

**Relato de un  
ex-agente de la DEA**

# **LA GUERRA FALSA**

**Fraude mortífero de la CIA en la guerra a las drogas**



**MICHAEL LEVINE**

Laura Kavanau-Levine

2001



# LA GUERRA FALSA

FRAUDE MORTIFERO DE LA CIA EN LA GUERRA A LAS DROGAS

---

MICHAEL LEVINE  
con  
LAURA KAVANAU-LEVINE

---

EDITADO POR

**ACCION ANDINA - CEDIB**

2001  
Cochabamba - Bolivia

**EDICIONES:**



**ACCION ANDINA**



*Centro de Documentación  
e información Bolivia*

Dirección: Calle Calama N° E- 0255  
Casilla: 3302 Fax: (042) 52401  
Telfs.: (042) 2 1707 / 5 2401  
Correo Electrónico CEDIB @ UNBOL. Bo  
COCHABAMBA - BOLIVIA

Cuarta edición

Depósito legal 2 - 1 - 164 - 94

© Michael Levine y Laura Kavanau - Levine, 1993

**TÍTULO ORIGINAL:**

The Big White Lie, The CIA and the cocaine/crack epidemic

**TRADUCCIÓN DEL INGLÉS NORTEAMERICANO:**

Reed Roal

Comparación y corrección de las versiones inglesa y española:

**RENÉ ROCA BADO ALCÓCER;**

Corrección:

**ANA MARÍA BRAVO;**

Confección tipográfica.

**MILKA VEIZAGA B.;**

Diagramación:

**FREDDY CAMPERO T.;**

Impresor: Talleres Gráficos "Kipus"

**CEDIB**

No. INV.: 203151  
PROCEDENCIA CEDIB  
INV. POR: 1000

## **PRESENTACION DE LOS EDITORES EN ESPAÑOL**

*El libro "LA GUERRA FALSA" de la pareja Michael Levine y Laura Kavanau Levine, es el testimonio de un protagonista de primera línea en la llamada "Guerra de las Drogas"; guerra en que se juega la suerte de millones de personas en el mundo y, especialmente, en la región andina.*

*Por 25 años agente de la DEA (Departamento Antinarcóticos del Gobierno de los Estados Unidos), hoy en retiro, Levine participó en múltiples operaciones relacionadas con la represión del tráfico de drogas.*

*Convencido de la justeza de su campaña, se sentía "soldado de primera línea", pero la vida le fue mostrando que la guerra era falsa en verdad.*

*Mientras los agentes de la DEA se esforzaban por detener a los narcotraficantes, Levine observó cómo sus jefes se interesaban sobre todo en la publicidad y los fondos que conseguirían del Congreso Norteamericano. Además vio cómo la CIA protegía directa o indirectamente a los mayores narcotraficantes, dándoles cobertura para salir de los EE.UU. y participar en golpes de Estado.*

*Fue testigo de las "desapariciones" que generó la dictadura argentina, de la acción de "asesinos por gusto" de su policía política, de la ingerencia argentino - norteamericana en Solivia para el "Golpe de la Cocaína" (Golpe de Estado de García Meza), del papel de Luis Arce Gómez, Roberto Suárez, además de otras irregularidades.*

*Finalmente constató que sus esfuerzos y los de sus colegas resultaban vanos. Los Estados Unidos estaban perdiendo la guerra contra las drogas; habían aumentado los drogadictos, la violencia, la corrupción y el negocio mismo de la droga. Todo ello rué socavando su fe, al extremo de decidirlo a develar la realidad y denunciarla ante el público.*

*Levin, norteamericano de origen polaco, con aspecto latinoamericano, publicó en 1990 su primer libro "Deep Cover" (Encubrimiento Profundo), "best seller" en los EE.UU. y Europa, donde denuncia "la pasividad, la incompetencia y los subterfugios de la jerarquía de la DEA en la absurda guerra de las drogas".*

*Su siguiente libro "THE BIG WHITE LIE - The CIA and the cocaine/ crack epidemic", que lo presentamos con el título "LA GUERRA FALSA" (aprobado por el mismo Levine), es la primera traducción a nuestro idioma.*

*En su testimonio, Levine relata las experiencias que tuvo como oficial de la DEA destinado a Buenos Aires desde 1979.*

*Confirma la participación de la CIA y la dictadura militar argentina en el "golpe de estado" de García Meza; poniendo a su vez al desnudo la extraña relación de la CIA con la DEA.*

*"CIA y DEA no siempre están de acuerdo, salvo en sus instancias superiores. La primera no sólo protege a narcotraficantes, sino que no pocas veces ella misma entra en las operaciones ilícitas. La CIA determina qué y cómo hacer o no hacer, en tanto que la DEA debe aparentar que hace la guerra contra las drogas".*

Levine despeja la "historia oficial", dando fundamento a lo que muchos sospechaban: la ineficiencia, la corrupción y los intereses encubiertos de los organismos de los EE.UU. que a diario se inmiscuyen en asuntos internos de todos los países.

La lectura del libro - desmentido como es obvio por los que Levine llama "los temos" - es muy ilustrativa, pues muestra que lo invocado ayer - el comunismo - hoy es la "guerra de las drogas", la cortina para intervenir en los países chicos y pobres. En realidad, dice Levine, "es un fraude mortífero".

Más allá de lo que puedan opinar los organismos aludidos por Levine, su libro fue elogiado a fines de 1993 por los diarios "The New York Times" y "Los Angeles Times" y empezó a tener una circulación internacional. En Bolivia, la Embajada norteamericana en La Paz manifestó:

"De la misma manera que la Embajada de los Estados Unidos de América respondió el año pasado, cuando Michel Levine publicó su primer libro de ficción, esta Misión Diplomática afirma que no existe absolutamente ningún elemento de verdad en las aseveraciones contenidas en su último libro" ("Hoy", La Paz, 8 de dic. de 1993).

Pero los bolivianos vivieron los resultados de lo que relata el autor: golpes de Estado, represión, muertes, etc. Con la lectura del libro, podremos saber quién hace ficción y quién dice la verdad.

Es por esta razón, que ACCION ANDINA\* -con el apoyo del Centro de Documentación e Información Bolivia, CEDIB- estimó importante y oportuno publicar el testimonio de Levine en español, proponiéndose su difusión en la región andina como una gran DENUNCIA, base para una reflexión más amplia sobre esta GUERRA FALSA.

A la expresión, que dramáticamente subraya Levine: "Mi seguro de vida consiste en denunciar", añadiríamos que esta audáz denuncia es un elemento más para realizar una ACCION en la región ANDINA, cuyos habitantes buscan resguardar su propio "seguro de vida".

A los Levine, con quienes compartimos en algunos eventos internacionales (a muchos de los cuales asisten para declarar como testigos de excepción), les agradecemos por su valioso aporte, que lo estimamos una contribución desde las entrañas mismas del Norte. Un aporte que da más luces respecto al "fraude mortífero" de la GUERRA FALSA.

por ACCION ANDINA - CEDIB

Maria Lohman

Jorge Hurtado

Gregorio Lanza

· ACCION ANDINA es una plataforma de intelectuales, científicos y políticos de la región andina (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela) que buscan ofrecer alternativas de PAZ frente a las políticas represivas y de injerencia promovidas actualmente desde el Norte en la "lucha contra las drogas".

## **DEDICATORIA**

Este libro está dedicado a la memoria de mi hijo el sargento Keith Richard Levine, de la policía de Nueva York, asesinado el 28 de diciembre de 1991, al tratar de evitar un robo a mano armada, cometido por un adicto al crack con un historial de dos condenas previas por asesinato.

Mientras la CIA nos traicionaba y nuestros líderes hacían la vista gorda, quedó en manos de los organismos policiales limpiar el desastre en que habían convertido a los Estados Unidos. Y aún continuamos pagando con nuestra sangre y la de nuestros hijos.

Está también dedicado a todos los policías muertos en la campaña contra las drogas en las calles de los Estados Unidos. Para Laura, cuya visión, sabiduría y talento están en cada página de este libro y cuyo amor lo inspiró.

A aquellos muchos lectores de mi primer libro, que me escribieron llenos de frustración e ira, ésta es la historia que prometí publicar, la historia que los políticos no podrán ignorar.

M. Levin



# CONTENIDO

Nota del autor  
Introducción  
Prólogo

---

## PRIMERA PARTE: EL GOLPE DE LA COCAINA 1

---

- 1.- Un Secuestro y una Premonición
- 2.- Argentina
- 3.- Un Sandwich de Mantequilla de Maní
- 4.- El Golpe de la Cocaína
- 5.- Ilusiones Perdidas
- 6.- Esperanzas Perdidas
- 7.- Tortura
- 8.- Solicitando Recibo
- 9.- Blanco

---

## SEGUNDA PARTE: OPERACION HUNO 109

---

- 10.- Operación Huno
- 11.- Sonia y la Pesadilla de Miami
- 12.- La Maquinaria de la Guerra Anti-droga
- 13.- Un Tiroteo en Colombia
- 14.- Tucson
- 15.- La Trampa
- 16.- Cocaína Extraña
- 17.- Mónica: La Argentina
- 18.- Ana: La Comisionista
- 19.- Fuera del Blanco
- 20.- Eduardo: El Teniente
- 21.- Como No Atrapar a un Asesino
- 22.- Al Filo
- 23.- Misión Improbable
- 24.- Inocentes
- 25.- Asesinos de Piedra
- 26.- Suena la Alarma
- 27.- El Gran Arresto
- 28.- El Día del Juicio de Ana
- 29.- Escape de Tucson

---

## TERCERA PARTE: EL SECRETO DE SONIA 345

---

- 30.- Protegiendo el Oasis
  - 31.- La caja de Pandora
  - 32.- Papo
  - 33.- El juicio de Papo
  - 34.- El Último Baile
  - 35.- Un Trato con el Diablo
  - 36.- Un Arresto por Drogas en Texas
  - 37.- Resurrección
  - 38.- Final Fraudulento
- Epílogo



## NOTA DEL AUTOR

*La historia que usted está a punto de leer, es cierta. Se cambiaron algunos nombres y se alteraron ciertas descripciones, para evitar poner en peligro a agentes e informadores, para evitar violar las leyes de confidencialidad y para proteger la identidad de personas acogidas bajo el Programa de Protección de Testigos.*

*También he cambiado los nombres de ciertos criminales con quienes estuve relacionado durante mi rol clandestino. Por razones que desconozco -a pesar de haber violado varias leyes estatales y federales desde tráfico de drogas hasta homicidio- aquellos nunca fueron procesados y, en algunos casos, ni siquiera identificados. Nuestro gobierno americano no acusó a narcotraficantes y asesinos, por lo que podrían enjuiciarme si publico sus verdaderos nombres. Sin embargo, si los hechos que describo llegan a escandalizar a los funcionarios del gobierno, tal como lo escandalizarán a usted, estoy dispuesto a divulgar la verdadera identidad de dichos criminales.*

*La reconstrucción de los incidentes, hechos y conversaciones en las que tomé parte, se hizo con ayuda de transcripciones de conversaciones grabadas, diarios personales, copias de informes, transcripciones judiciales y entrevistas a otros participantes. Los incidentes, hechos y conversaciones en los que no participé, fueron reconstruidos a partir de declaraciones hechas por los que sí intervinieron, declaraciones hechas por criminales con quienes trabajé durante mis misiones clandestinas, entrevistas a informadores, investigación histórica e informes gubernamentales.*

*Gran parte de la evidencia acumulada en la Operación Huno, incluyendo videos y conversaciones grabadas, fue destruida misteriosamente por la DEA. Por esa razón, algunas de las conversaciones descritas en estas páginas tuvieron que reconstruirse en base a transcripciones judiciales, notas de mi diario personal y otros documentos.*

*El prólogo es una dramatización ficticia de un encuentro y una transacción ocurridos en realidad y está basado en mi conocimiento de los implicados, declaraciones de informadores y testimonios de traficantes de drogas, con los que tuve contacto durante mi trabajo como agente clandestino en la Operación Huno.*

*Los "ternos" a quienes me refiero en el libro son los burócratas de la guerra contra las drogas, aquellos que dirigen la guerra desde sus sillones y escritorios y frente a las cámaras de televisión, personajes para los que sus carreras e imágenes son más importantes que las vidas de los hombres y mujeres que están bajo su comando.*



## INTRODUCCION

*El Senador John Kerry, durante las Audiencias del Senado referentes al Caso Irán-Contra, al enterarse con evidencia de la enorme participación del gobierno americano en el tráfico de drogas, incluyendo testimonios indicativos de que cuando menos dos presidentes podrían estar criminalmente implicados, manifestó que "nuestro sistema judicial ha sido pervertido; convirtiendo a los organismos de seguridad en canales para el flujo de drogas dentro de los Estados Unidos". Destacó con asombro que mientras los contribuyentes pagaban impuestos (más de \$100 mil millones) para campañas anti-droga, su propio gobierno estaba en complicidad para inundar su país con drogas. En una gran muestra de ultraje, proclamó que el pueblo norteamericano había sido traicionado.*

*A pesar del gran despliegue retórico del Senador Kerry, ni un solo funcionario del gobierno de los EE UU fue acusado de violar las leyes sobre drogas. La evidencia -que hubiera puesto a muchos personeros gubernamentales en la cárcel por crímenes con sentencias mínimas de 10 a 20 años en vez de las benignas sentencias de servicio comunitario-, fue dada al comité de Kerry en sesiones secretas y nunca será revelada al pueblo norteamericano.*

*La gran confidencialidad se debió supuestamente a razones de seguridad nacional. Después de leer este libro, usted sabrá que estas razones no pueden ser ciertas; se ha hecho mayor daño a la seguridad nacional con esa falsedad y con la avalancha de drogas que se produjo a continuación.*

*Jack Blum, investigador principal de Kerry, a tiempo de renunciar, declaró: "Estoy asqueado a muerte, de las verdades sobre las que no pueden hablarse". Como agente clandestino de la DEA, con 25 años de experiencia en casos desde Bangkok hasta Buenos Aires, fui testigo de las más escandalosas de esas verdades. En este libro, esas verdades serán publicadas por primera vez.*

*En estas páginas conduciré al lector a través de la odisea que me tocó vivir a lo largo de seis años. Usted oirá las palabras que oí, será testigo de lo que yo y otros hicimos, y descubrirá las verdaderas razones de la epidemia de crack y cocaína en los EE. UU., las razones que los políticos han estado encubriendo.*

*Usted verá cómo la CIA pervierte el sistema judicial norteamericano*

*protegiendo a narcotraficantes y asesinos; así como jueces y fiscales federales sospechosos de violar leyes sobre drogas han sido protegidos de toda investigación; igual que una bella mujer sudamericana, conocida como "la Reina de la Cocaína", que ha sido responsable de los cargamentos más grandes de cocaína que han entrado a los Estados Unidos, fue capaz de seducir a la CIA para que destruyera a todos sus competidores, la protegiera de procesos legales y le pagara una fortuna por sus "servicios". También descubrirá cómo el único gobierno de Bolivia -país que produce la materia prima para cerca de un 90 por ciento de la cocaína que entra a los Estados Unidos-, que quiso colaborar con la DEA para derrotar a los barones de la droga, fue traicionado y puesto en manos de paramilitares apoyados por la CIA, al mando del criminal nazi Klaus Barbie (también protegido por la CIA). Finalmente, usted se dará cuenta, como yo, de la peor traición a los Estados Unidos: cómo sin la protección y apoyo de la CIA a criminales de guerra nazis y narcotraficantes, nunca hubiera existido La Corporación, "General Motors de la Cocaína" en Sudamérica y la resultante epidemia de crack y cocaína en los Estados Unidos.*

*Una mentira blanca es una falta de veracidad bien intencionada. La CIA quisiera que creamos que proteger a narcotraficantes en la dos últimas décadas -desde las tribus productoras de heroína en el Sudeste Asiático durante la guerra de Vietnam, hasta los Contras Nicaragüenses traficantes de cocaína-, fue una acción bien intencionada, con el fin de proteger la seguridad nacional y que sus mentiras al pueblo norteamericano fueron inocentes.*

*La verdad es que lo único "blanco" de sus mentiras, son las toneladas de cocaína que nos han inundado a causa de sus acciones. Estas mentiras no tienen nada de pequeñas; hasta la fecha han matado a más norteamericanos que las guerras de Vietnam y Corea combinadas, incluyendo a mi hijo, oficial de policía de la ciudad de Nueva York asesinado por una pandilla de adictos al crack, y a mi hermano, que se suicidó después de 19 años de adicción a la heroína. Estas mentiras han causado el peor deterioro en las condiciones de vida y valores familiares de la historia de los Estados Unidos, cuestan billones de dólares en impuestos, crímenes relacionados con drogas y otros costos sociales, además de dos generaciones de bebés con daños cerebrales que están destinados a padecer patologías sociales. No obstante, ninguno de los responsables de estas mentiras ha ido a la cárcel..... aún.*

*Sin más preámbulos, descubra usted la mayor, más blanca y más mortal mentira: la guerra a las drogas.*

## PROLOGO

Cali, Colombia, 11 de noviembre de 1980, 2 a.m. La banda de salsa se contoneaba al compás de la música, los cuerpos cubiertos de transpiración de los músicos giraban al ritmo que iban creando. La sala de baile se encontraba atestada de gente vestida de seda importada y cubierta de joyas. Los olores de los perfumes exóticos se mezclaban con la hediondez de la selva, a pesar del aire acondicionado. El cantante, un negro panameño, cantaba, *"Me abriste tu corazón, mamita. Colombia te canto"*.

Afuera, la música amplificada recorría la noche tropical, las luces de la mansión eran visibles a kilómetros de distancia. Un guardia, vestido de kaki y con una metralleta Uzi al hombro, se movía entre las filas de automóviles de lujo. Siguiendo el ritmo, el guardia repetía el estribillo, *"Colombia te canto, mamita linda, Colombia de canto"*.

"Dios mío, no aguanto más". Haciendo una pausa, el guardia se apoya en un Porsche negro y saca un pequeño frasco de polvo blanco del bolsillo de su camisa. Decididamente, no existe en el mundo nada más blanco, brillante y seductor.

*"Qué cosa más linda"* dice insertando el frasco en su fosa nasal derecha; e inhalando profundamente.

Otro guardia con gafas oscuras y su respectiva metralleta Uzi, lo mira sin expresión a unos metros de distancia.

Otros dos guardias vigilan la entrada, punto donde termina el círculo de luz y el incesante ruido de la selva ahoga a la música. Sus dedos se crispan en los gatillos, a lo lejos varios automóviles se acercan con sus faros, únicos puntos de luz en la oscuridad de la noche.

Uno de los guardias, un colombiano fornido buscado en los Estados Unidos por narcotráfico, se movió en la garita y desapareció en las sombras. El otro, también colombiano y acusado de múltiples homicidios en Miami, un hombre delgado que nunca sería reconocido en las fotos de los carteles en que la policía anuncia que se lo busca. Su rostro había sido desfigurado por la explosión de una bomba, quedando sólo una fracción del labio superior en una sonrisa permanente. El hombre se movió hacia el centro del camino, vigilando los automóviles que se aproximaban.

Dentro de la mansión, la banda comenzó a tocar otra salsa y la fiesta se puso aún más animada. Algunas de las caras más conocidas en Norte y Sudamérica -gente de negocios y políticos, deportistas y celebridades-, se codeaban nerviosamente con la élite de la mafia colombiana. Los invitados o

bailaban en el salón principal o se agrupaban en pequeñas habitaciones laterales inhalando a gusto la cocaína ofrecida por los mozos en bandejas de plata. Algunos aspiraban cocaína con pequeñas cucharillas de plata con mangos en forma de cabezas de diablo, que semejaban caricaturas del anfitrión de la fiesta, Octavio "Papo" Mejía.

Papo, rodeado de guardaespaldas, se movía entre los invitados. Vestido de la mejor manera, desde sus zapatos Italianos y traje de seda blanca hasta su Rolex con diamantes engarzados, era el vivo retrato del barón de la droga de Hollywood; con sólo una diferencia.....Mejía era real y mucho más peligroso que cualquier invento de un guionista.

En Miami corría el rumor de que Papo había matado a un hombre por no haber saludado a su padre. Este le había enseñado negocios inseparables de la cocaína y la muerte. Su padre fue ametrallado y muerto a los 42 años, a plena luz del día, en un centro comercial de Miami. Sus asesinos, tres miembros de una banda rival de narcotraficantes, comandada por la ignominiosamente conocida "Madrina", Griselda Blanco, destruyeron el cuerpo de tal modo y con tanta saña, que no se presentó un solo testigo entre la multitud que presencié el hecho. Este fue el inicio de la Guerra de la Cocaína, que generó violencia desde Miami hasta Medellín, a principios de los años 80.

Según los rumores, el joven Papo debía ser la próxima víctima; pero sus enemigos fueron muy lentos. El astuto asesino inició una matanza que dejó un río de sangre en las calles de Miami y una flotilla de cadáveres flotantes en las vías fluviales del Sur de Florida. Durante esos años, los agentes de la DEA y la policía llamaban a los narcotraficantes colombianos: "los desechables", por la rapidez con que eran asesinados y reemplazados. En ese sub-mundo sustentado por la violencia que fluía desde la cuenca del Amazonas hasta el corazón de Miami, nadie era más temido que Papo.

El aura de Papo era como un campo magnético. La gente decía que se sentían escalofríos en su proximidad. Era esta aura la que atraía a las celebridades. Para los ricos y poderosos, aburridos y abrumados por cuestiones de tiempo y dinero, el codearse con Papo Mejía era como vivir al borde de un precipicio, algo irresistible.

Sus invitados se apartaban de él como por arte de magia. Cualquier conversación intrascendente con el colombiano podía tener consecuencias mortales. Esta noche existía una razón especial para alejarse de su camino.

Papo estaba furioso.

Papo miró su reloj. ¿Qué se creía esa puta Atalá de Bolivia? Espinosa había dicho que ella llegaría a medianoche. Si no llegaba, la haría destripar en la calle principal de Ciudad de Panamá, o donde la encontrara, a plena luz del día.

Sí... enviaría a Eduardo Pineda a hacerlo. No...., lo haría él en persona y después les daría de comer sus entrañas a los perros vagabundos.

La fiesta era en honor de ella, y todo el mundo había venido a ver a la legendaria belleza que vendía cocaína para el gobierno boliviano. Papo había invitado hasta a su mejor cliente americano, *El Alemán*, quien llegó desde Miami. El iniciar contactos con esta mujer, mostraría al mundo de la droga que Octavio Mejía había obtenido el logro más grande, acceso directo a la mejor fuente de pasta base de cocaína: los depósitos del gobierno boliviano. Si, con esto se pondría a la altura de todos esos otros *hijos de puta*: Pacho Cuervas, la familia Ochoa y aun de Pablo Escobar.

Si la mujer no aparecía esta noche, sin importar quién la protegiera, les daría una lección a todos esos maricones *bolivianos*, que nunca olvidarían. Y ese cabrón de Mario Espinosa.... después de todo fue *su* idea ofrecerle joyas y el Mercedes Benz a la mujer.

Espinosa le había dicho antes "Nadie sabe lo que ella piensa", "Está *chiflada*, y es impredecible. Pero si a Sonia Atalá le parece que hará un buen trato, vendrá. Ofrecámosle joyas y un Mercedes como regalo, además del dinero. Y también una fiesta enorme, con invitados de primera".

Si el muy *maricón* se equivocó esta vez, le prepararía una muerte especial. El solo pensarlo lo tranquilizó por el momento.

Sonia Atalá se puso cómoda en el asiento del Mercedes y encendió un cigarrillo, a su lado estaba Nati. La música del stereo del automóvil le hizo recordar cuánto le gustaba la salsa, tan distinta de la música *folclórica* boliviana. Tal vez esta noche, después de los negocios, si la gente era simpática, podría bailar un poco. ¿De qué sirve la vida sin un *poquito de salsa*?

El coche dió un giro brusco y se iluminó súbitamente. A pocos pasos se veía una reja abierta y un hombre con una metralleta al hombro.

"Ay, *Dios mío*", susurró Nati, "mírale la cara". Sus uñas se clavaron en el brazo de Sonia.

"No te asustes, mi amor", sonrió Sonia. "¿Parece que estuviera sonriendo, no?". Abrazó a Nati, gozando de la cercanía de su cuerpo. Le encantaba llevar a Nati al lugar donde fuera. Ver el mundo con los ojos de Nati, era como verlo con una inocencia perdida hacía mucho tiempo.

"No sé por qué haces esto", dijo Nati, con la mirada pegada en la cara de pesadilla, que parecía flotar en el resplandor de los faroles del automóvil. "Tienes a los clientes más grandes del mundo a tus pies. ¿Para qué necesitas ésto?".

Sonia apartó el pelo de Nati de su hermoso rostro, diciendo, "Son negocios, *querida mía*". "Su dinero es tan bueno como el de cualquier otro hombre".

No podía contarle a Nati la verdadera razón por la que se encontraban allí. Nati se paralizaría de terror y Papo se daría cuenta inmediatamente de las intenciones de Sonia. Hacer tratos con un perro asesino no tiene sentido, a menos que se tenga un plan preparado.

La gran demanda de cocaína en los Estados Unidos estaba llegando a un nivel como nunca antes. Y el trabajar para Lucho, Luis Arce Gómez, Ministro del Interior de Bolivia, había puesto a Sonia en una posición extremadamente poderosa. Ella se había convertido en una celebridad del bajo mundo, en uno de los miembros más altos de *La Mafía Cruceña*, que estaba a cargo del suministro del 80 por ciento de la cocaína del mundo. Recibía invitaciones de embajadores, estrellas de cine, diplomáticos y líderes militares y se le concedía el trato privilegiado que se asignaba a la realeza.

"Vamos a inundar las fronteras de los Estados Unidos con cocaína", Lucho se había jactado, poco después de haber tomado el poder. Y en los seis meses transcurridos desde el "golpe de Estado", Sonia se había encargado de que la fanfarronada se convirtiera en realidad. Ella había mostrado a los tontos que estaban ahora a cargo del país, cómo convertir en oro las toneladas de cocaína depositadas en las cajas fuertes del gobierno, y también les había presentado a sus mejores clientes colombianos y norteamericanos. Y ahora que tenía instalado el sistema que llevaba droga y traía oro, los *hijos de puta* le pagaban tratando de eliminarla del trato. La sola idea de que pensarán que podían hacerlo, porque era mujer, la enfurecía.

Les haría pagar caro a cada uno de ellos. Ella los había fortalecido y ahora los haría caer. No existía el hombre que no se arrodillara ante ella, mucho menos Lucho. Y cuando éste cayera, los otros le seguirían también.

El chófer bajó la ventanilla y el calor de la selva llenó el automóvil. El guardaespaldas se tensó en su asiento, sus ojos fijos en la cara mutilada del guardia y en el arma apuntada en su dirección. Sonia sintió la adrenalina en sus venas: las uñas de Nati penetraron profundamente, pero era un dolor exquisito. Estaba lista para lo que viniera.

El guardia dió una mirada dentro del automóvil. Sus ojos se encontraron con los de Sonia. Ella devolvió la mirada y sonrió. Después de un momento prolongado, el guardia hizo una señal para que avanzaran, dirigiéndose luego al teléfono intercomunicador. "*Ella acaba de llegar*", fueron su palabras.

Papo se enteró de la llegada de Sonia sin sonreír. Miró su reloj otra vez. Se había retrasado en dos horas y nueve minutos. Si no salía algo de esto, serían los 129 minutos más caros de la vida de Sonia.

## PRIMERA PARTE

# EL GOLPE DE LA COCAINA

La primera señal de corrupción en una sociedad..... es que el fin justifique los medios.

*-Georges Beranos, "Why Freedom?" (1955)*



# I

## UN SECUESTRO Y UNA PREMONICIÓN

"¿Tú hablas español, no es cierto Levine?" fueron las palabras del agente especial (ASAC) Jim Hunt. Eran las 10 a.m. del 26 de mayo de 1976, en la oficina de la DEA en Nueva York. El ex-infante de marina me había reconocido el instante en que asomé la cabeza en su oficina llena de humo de cigarrillos. El cuarto atestado con los cuatro "ternos" de cara adusta, quedó repentinamente en silencio. Todos dirigieron su mirada hacia mí.

"Sí", respondí, sorprendido por la tensión en el aire y las caras desconocidas, lo cual era casi siempre señal de una operación conjunta con otras agencias.

Mi corazón palpitaba aceleradamente después de un veloz trayecto por la carretera oeste. "Urgente", había dicho el operador de radio. "Repórtese a la oficina del Sr. Hunt lo más pronto posible". Esto significaba sólo una cosa, dondequiera que me encontrara, debía estar en el cuartel general en cuestión de minutos; Jim Hunt no era el tipo de hombre a quien se irrita con una demora.

Hunt miró su reloj y me dijo: "Son las 10:00. Quiero que estés en la oficina del aeropuerto John F. Kennedy a las once. Repórtate a Bob Nickeloff. Llama a tu familia y diles que no irás a casa esta noche y que es todo lo que sabes. "¿Entendiste?" Jim Hunt no era de los que conversaban mucho cuando las cosas se ponían mal y las cosas estaban definitivamente muy mal.

"Si señor", le respondí.

Minutos más tarde, me dirigía a gran velocidad al aeropuerto John F. Kennedy en mi automóvil, con la luz de emergencia encendida y la sirena aullando sobre el techo. Me sentía bien, casi podía oír los latidos acelerados de mi corazón. Era para esto que había entrado como agente a la DEA. Realmente me sentía un héroe.

Una hora después viajaba rumbo al sur, en un Boeing 707 con otros 17 agentes secretos de la DEA: 14 hombres y 3 mujeres. No teníamos la menor idea de a dónde nos dirigíamos o de qué haríamos allí a nuestra llegada; pero todos nos sentíamos eufóricos. La adrenalina hacía que algunos de los agentes caminaran sin cesar por el enorme avión casi vacío.

Eramos los soldados de vanguardia de la guerra más larga y sucia en la que participara los Estados Unidos. "La guerra contra las drogas", repetían incesantemente nuestros líderes, "es la principal prioridad de nuestra nación. El futuro de los Estados Unidos está en riesgo". Esta era una guerra que debía ganarse "a cualquier costo". Nosotros éramos los protectores de la juventud americana, de muchachos como mi hijo e hija, Keith y Niki y mi hermano David, quien se había convertido en adicto a la heroína. Nuestro gobierno había escogido a 17 de nosotros para una misión altamente secreta en esta guerra. Nos sentíamos privilegiados y honrados, y estábamos preparados para hacer lo que se nos ordenara, sin cuestionarlo.

Después de unas seis horas de vuelo Bob Nickeloff, agente especial de la oficina de la DEA en Nueva York, salió de la cabina y nos comunicó que nuestro destino era Argentina, y que recogeríamos a tres de los fugitivos más buscados en el mundo de la droga: Miguel Russo, Yolanda Sarmiento y Françoise Chiappe. Los tres formaban parte del caso de la Conexión Francesa; habían enviado toneladas de heroína a nuestro país y tenían acusaciones pendientes en Nueva York. Se habían refugiado en Argentina, país que no tenía acuerdos de extradición con los Estados Unidos. Pero la DEA había convencido a los argentinos para que nos entregaran a los criminales.

"Argentina los expulsará de su territorio", nos explicó Nickeloff, hombre de aspecto académico "y nosotros estaremos allí, por coincidencia, para aceptarlos". Todos reímos como si fuéramos partícipes de una broma. "Esta es la primera vez que se lleva a cabo una operación de esta naturaleza. "Es cara y riesgosa", nos dijo haciendo una pausa, con una mirada ligeramente

divertida en su rostro. Fue entonces que me di cuenta de lo diferente que era de nosotros. Como siempre, estaba vestido con traje formal y corbata, mientras que nosotros parecíamos más una banda de delincuentes que agentes. Nickeloff se daba cuenta de esto y gozaba el momento. "Es importante", dijo a continuación, "que cumplan sus órdenes al pie de la letra".

Nickeloff trató de explicar que desde el punto de vista legal, éste era un asunto muy sutil; pero apenas le presté atención. Pensaba en mi hermano David, heroinómano desde los 15 años y la pesadilla de su vida. Luego vino a mi memoria un día de otoño en Plattsburgh, Nueva York, cuando tenía 19 años y estaba en la Fuerza Aérea. Después de una discusión sobre una deuda de 3 dólares, un hombre me apuntó al estómago con una pistola calibre 45 y apretó el gatillo. El arma no disparó.

La Policía Militar arrestó al tipo, confiscó el arma y la probó después. El arma funcionó perfectamente. Me mostraron la bala y el punto donde el percutor hizo impacto. El fulminante estaba abollado, esa bala debía haberse disparado. Nadie podía explicarse por qué no ocurrió.

Meses después del incidente, me desvelaba tratando de ver el sentido del hecho. Llegué a la conclusión de que todos nacemos con un destino o por lo menos un rol que cumplir.

En ese momento, a 10.000 metros de altitud y en medio camino hacia Argentina, no tenía la menor duda sobre mi rol en la vida. Esta era la razón por la que no perdí la vida, me sentía como el valiente soldado a punto de defender mi país de la "muerte blanca". Estaba orgulloso de lo que mi país estaba haciendo. Durante ese vuelo sentí que mi destino se cumplía.

Aterrizamos en el aeropuerto de Ezeiza antes del amanecer. Miré por la ventanilla, mientras el avión se detenía a unos cuatrocientos metros de la terminal, súbitamente me inundó una rara sensación de familiaridad. Se supone que debo estar aquí, pensé. Minutos más tarde, al bajar del avión, sentí el aire frío en mis pulmones. Las luces de la terminal brillaban opacas entre la densa niebla. Bobby Joura, otro agente y amigo del grupo de Nueva York, caminaba a mi lado. "Sabes Bobby", le dije, "Tengo la sensación de que retornaré a este país para quedarme a vivir".

"Seguramente", dijo él y me miró de forma extraña.

Me sentí avergonzado y me callé. Me estaba comportando como un niño. Además, para que un agente de la DEA piense en que lo transfieran a Buenos Aires, uno de los mejores puestos de la organización, se necesitaba un "rabbi" muy poderoso y yo no lo tenía.

El cielo comenzó a tornarse gris y la pista se llenó de vida repentinamente. Apareció una caravana de alrededor de una docena de jeeps y camiones militares llenos de soldados armados en traje de combate

y seis Ford Falcon, dirigiéndose hacia nosotros a gran velocidad. Las luces de emergencia de los vehículos iluminaban la pista, otros doce vehículos se materializaron de la nada. Por un instante tuve la impresión de que ésto era un ataque y no un encuentro.

"Ya llegaron", dijo incidentalmente Nickeloff.

Los automóviles y camiones pararon frente al avión. Soldados con fusiles y metralletas saltaron de los camiones, y un grupo de cerca a veinte soldados y seis hombres vestidos de terno y gabardina rodearon uno de los camiones con cubierta de lona. Los miré fascinado. Esta era la Policía Secreta Argentina, los pétreos asesinos, según me habían dicho.

En cuestión de segundos, los soldados y la policía secreta condujeron hacia nosotros, casi a rastras, a tres personas. Al acercarse, vi que sus manos y pies estaban esposados y que sus cabezas estaban cubiertas con sacos de lona.

"No podemos custodiarlos hasta que estén en el avión", ordenó Nickeloff.

Todos retornamos rápidamente a bordo. Me detuve cerca de la puerta junto a la tripulación del avión, quienes miraban con asombro cómo los argentinos golpeaban a los tres individuos y los empujaban hacia la escalera. El primer prisionero en subir era un hombre enorme como un oso, cuyos brazos eran tan gruesos que habían usado grilletes para esposarlo. Este era Chiappe, el famoso gángster y narcotraficante corso y me lo entregaban bajo órdenes de Hunt. Me sentí tan orgulloso que apenas podía respirar.

El gran tamaño de Chiappe pareció bloquear la puerta de la nave. Aunque mido casi dos metros, me sentí como un enano a su lado.

"Gigante de mierda", susurró alguien.

"¡Cállense!" replicó otra voz. Nuestras órdenes eran de "no hablar en lo absoluto" hasta que el avión despegara.

"¿Dónde?" susurró uno de los policías secretos, un hombre delgado con ojos depredadores. Hice una señal para que me siguiera por el pasillo hasta la parte trasera del avión que se me había asignado para custodiar a Chiappe. Los argentinos, con los ojos pegados en el hombre como si esperaran que éste explotara en cualquier momento, lo condujeron por el pasillo estirando sus cadenas como si fuera un gorila de circo. Me di cuenta de que el soldado que estaba detrás de Chiappe tenía su metralleta apuntada a la espalda de éste. Sus ojos no pestañeaban y su dedo estaba crispado en el gatillo. Me puso más nervioso que al prisionero.

Pasaron como 20 minutos antes de que Chiappe estuviera sentado, sin grilletes y yo me sentara a su lado. La ropa del hombre estaba sucia y manchada con sangre y apestaba a cuerpo sucio y excremento. Este no sería un vuelo placentero, pero no me importaba. Si tenía que hacerlo, viajaría parado de cabeza.

Tuve que reemplazar los grilletes con esposas, pero éstas no podían cerrarse por el grosor de las muñecas del hombre. El policía secreto me miraba mientras forcejeaba con las esposas y, súbitamente, se aproximó y cerró las esposas a la fuerza, dejando a Chiappe sin circulación en las manos. El hombre dió un gruñido de dolor y el argentino me hizo un guiño. La bolsa de lona debía permanecer sobre la cabeza del prisionero hasta que despegáramos.

Los otros dos prisioneros habían sido sentados sin mayores problemas y la tripulación se preparaba para un despegue rápido. El policía argentino sonrió y me dió la mano; había algo en su sonrisa que me ponía nervioso. "Buena suerte", dijo. "Ahora hay tres menos de estos bastardos".

"Gracias", le respondí apretando su mano y sintiendo una repulsión que traté de ignorar.

Chiappe repentinamente empezó a moverse en su asiento. Ruidos apagados salían de debajo de la bolsa. El argentino buscó algo en su abrigo. Me acerqué a Chiappe y levanté una esquina de la bolsa. "Mi dinero", dijo en español, salpicando sangre mientras hablaba. Un coágulo quedó pegado en mi dedo. Me limpié. "El bolsillo de mi chaqueta", dijo. "Tenía dinero ahí".

Busqué en ambos bolsillos de su chaqueta y en los bolsillos de su pantalón. No había nada.

"¿Usted habla español?" me preguntó el argentino, con una mirada nerviosa.

"Sí", le respondí.

"El no tenía nada", dijo el argentino en español, incómodo pero aún sonriendo. "Que se vaya a la mierda, de todos modos".

Yo no tenía idea de si Chiappe podía oírnos con la bolsa cubriendo su cabeza, así que me acerqué y le dije, "Dice que no tenías dinero". Escuché un risa debajo de la bolsa y luego el hombre apoyó su cabeza en el respaldar del asiento. Levanté la mirada y vi al policía argentino salir por el pasillo. Se dió la vuelta una vez más para despedirse con la mano.

Veinte minutos después del despegue, recibí órdenes de quitar la bolsa de la cabeza de Chiappe, leerle sus derechos constitucionales y explicarle lo que estaba pasando. Pasé mis brazos alrededor de su cabeza para quitarle la bolsa. La bolsa estaba húmeda y manchada con sangre seca. Al levantarla, la sangre chorreó por mis manos. Lo que había debajo de la bolsa era un revoltijo.

Era difícil saber si la cabeza de Chiappe era grande o estaba hinchada y deformada por la paliza. Parecía tener unos cuarenta años. Su pelo canoso estaba manchado con sangre, tenía costras y sangre por todas partes.

Parecía sonreír, sólo que no se trataba de una sonrisa; todos sus dientes frontales habían sido destruidos, quedando sólo pedazos de ellos.

"¿Que pasó?", le pregunté.

"Hace tres días", me contestó, agachando la cabeza para no rociarme con sangre, "estaba en una parrillada con mi familia cuando de repente aparecieron soldados y policías por todas partes. Exigí saber qué era lo que pasaba. Me botaron al piso de un golpe y me sujetaron. Un soldado me rompió los dientes de un culatazo. Eso es lo que está pasando", me dijo, "¿Quieres saber algo más?" Chiappe tosía; su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Entonces no hice más preguntas.

"Me vendaron los ojos, llevándome a algún lugar donde me encadenaron al suelo y siguieron golpeándome. Y ahora estoy aquí". De pronto levantó sus manos esposadas. "¿Me las puedes quitar?" El acero le había cortado las muñecas. "No me escaparé", dijo señalando la ventana. Le quité las esposas.

En medio camino a Nueva York supe que los otros dos prisioneros habían recibido el mismo trato. Más tarde cambiamos de puestos de custodia y me asignaron a Yolanda Sarmiento, narcotraficante chilena de edad madura, la única de los tres que había estado antes en los Estados Unidos. Me contó que la policía argentina había matado a su único hijo. "No me importa lo que pase ahora", sollozó, apoyando su cabeza en mi hombro. "No tengo nada porque vivir".

Sentí tristeza y la abracé. Se veía tan dulce e indefensa, me recordó a mi abuela. La habían acusado de asesinar a un narcotraficante competidor en Manhattan, supuestamente ella misma había descuartizado el cuerpo en una bañera, porque su esposo no tuvo las tripas para hacerlo. Traté de imaginar cómo lo hizo, pero no pude.

Más tarde, durante mi descanso para comer y dormir, pensé en todo lo que había ocurrido. Me preocupaba que una parte de mi mismo sintiera simpatía por esta gente y tuve que recordar lo que las drogas habían hecho a mi hermano. Lo que le pasa a un narcotraficante lo tiene bien merecido pensé y me quedé dormido.

Me quedaba mucho por aprender.

Diez meses después, el 27 de febrero de 1977, mi hermano David acabó su batalla de 19 años contra la adicción a la heroína con un disparo en la cabeza. Su nota decía: "A mi familia y amigos, lo siento. No puedo aguantar más las drogas".

Culpé a los narcotraficantes por la muerte de mi hermano; tenía que apresar a cuantos pudiera. Me dediqué por completo al trabajo secreto, trabajando siete días a la semana, veinticuatro horas al día. Mis actividades se centraron en compras clandestinas de droga, arrestos de

narcotraficantes y testificación en cortes judiciales. Llegué a dormir en el gimnasio de la DEA. Era algo incesante.

En agosto de 1978, cuando me enteré de que me transferían a Buenos Aires, quedé atónito. Mi sueño se había hecho realidad, me mandaban a donde estaba la acción, donde mi talento para el trabajo clandestino y mi habilidad con el español podían ser utilizados, donde los narcotraficantes más grandes del mundo operaban con impunidad, Sudamérica. Ahora sí mi destino se cumpliría, ésto no era una simple coincidencia.

En diciembre de 1978, me trasladé a Buenos Aires, Argentina, la tierra del tango, los criminales nazis y la muerte auspiciada por el gobierno. En esa época, estaba absolutamente convencido de lo correcto de la guerra contra las drogas por parte de los Estados Unidos. Sentía que mi destino era participar.

¿Cómo pude ser tan inocente? La verdad es que lo fui. Pero en la Argentina me di cuenta de que la guerra contra las drogas, con la que había estado casado los últimos 13 años, era una puta infiel que me había engañado desde el primer día.



# ARGENTINA

## 1

Los acordes del himno de los Estados Unidos salieron por los altoparlantes y la guardia de tres infantes de marina de color se puso en atención con la rapidez de un disparo de rifle. La bandera flameaba en la brisa, al ser izada en el mástil de la embajada americana en Buenos Aires, ante los ojos de 150 invitados. Era el 4 de julio de 1980. Había cumplido más de 15 años como agente federal y no podía sentirme más orgulloso de mi trabajo y nacionalidad. Pero faltaban sólo 48 horas para mi primer vistazo de lo involucrado que estaba mi propio gobierno en el tráfico de drogas; sólo 48 horas para oír por primera vez el nombre de Sonia Atalá.

Como agregado de la DEA para Argentina y Uruguay, pasé aquella mañana saludando y sacándome fotos con dignatarios extranjeros, militares argentinos y celebridades presentes en las ceremonias del Día de la Independencia. Aproveché la oportunidad para conversar sobre políticas de control de drogas con el comandante de la patrulla fronteriza argentina, la *Gendarmería Nacional*, con 27.000 hombres a su mando.

Esa tarde, un policía secreto argentino que era mi informador vino a mi oficina para planear una operación clandestina. El domingo llegaba a

Buenos Aires un narcotraficante boliviano para entrevistarse conmigo, en mi rol de representante latino de la mafia americana, uno de los varios roles que había estado jugando en los últimos 18 meses. Engañaría al boliviano para que me entregara cocaína en Buenos Aires y los argentinos se ocuparían de arrestarlo. Otra victoria rutinaria en la guerra contra las drogas.

Cuarenta y ocho horas después, yo era Luis García, un cubano-americano con anillos de diamantes, un Rolex falso en la muñeca, y tres cadenas gruesas de oro en el cuello, sentado en una suite (vigilada por la policía argentina) del "Sheraton" de Buenos Aires, frente a frente con un miembro de la *Mafia Cruceña*, la mafia boliviana de la cocaína.

"Sabes Luis, creo que vamos a hacer muchos negocios juntos", me dijo Hugo Hurtado. El fornido boliviano tomó otro trago de "Chivas Regal" y me sonrió mostrando sus dientes forrados con oro. "De verdad me caes bien".

"¿Y yo?", dijo Alfredo (nombre ficticio), el informador que había arreglado la entrevista. "¿No te caigo bien?" me hizo un guiño astuto, el cual ignoré.

Alfredo era chiflado aun para ser informador. Era rubio, de ojos azules, argentino de origen alemán, un piloto valiente que si quería llegaba a cualquier parte en su avioneta Piper Cub. Yo lo llamaba "el Sabueso de Bolivia", ya que lo enviaba a Bolivia a atrapar narcotraficantes de la forma en que uno manda a un perro de caza para espantar presas. Siempre se las arreglaba para engañar a algún "narco" boliviano para venir a Buenos Aires a entrevistarse con su "amigo de Nueva York". A veces me hacía pasar por puertorriqueño, a veces por cubano, generalmente por siciliano americano; pero siempre era el representante de la mafia americana en busca de drogas. Los "narcos" me entregaban cocaína en Buenos Aires y los policías argentinos se encargaban de arrestarlos. Siempre me aseguré de que Alfredo fuera bien pagado, pero el brillo de sus ojos después de cada viaje me decía que él era adicto al peligro y que hubiera hecho lo mismo aun sin paga.

"Creo que eres un nazi de mierda", solía decirle. "Te apuesto a que la mitad de tu familia se esconde de Simon Wiesenthal. Si alguna vez causas problemas te mandaré a mis amigos del Mossad, para que tomen fotos de tu casa". Cuando le decía esto, me miraba de forma extraña con una sonrisa sarcástica, pero sin reír de verdad.

"Claro que me caes bien Alfredo", dijo riéndose Hurtado. "¿De qué te preocupas?"

"No quiero que te olvides de que yo también soy parte de esto", dijo Alfredo. "Yo fui quien arregló esta entrevista". Esto le daba realismo al trato, los que se dedican a hacer tratos con drogas siempre están preocupados de recibir su parte del dinero. Y el narcotraficante boliviano detectaría cualquier cosa rara que no pareciera real.

Alfredo era astuto. Trabajaba a los narcotraficantes como quien los seduce, llamándolos para averiguar si les podía hacer favores especiales, enviando regalos a su familia (pagados por el gobierno de los EE.UU.), cayendo bien y generando confianza. Convenció tan bien a Hurtado, que el boliviano no tardó en traer una muestra gorda de cocaína pura y no me costó nada arreglar la entrega de 200 kilos en Buenos Aires.

Hurtado era simpático. Era el típico agricultor que se había convertido en narcotraficante por los problemas económicos en Bolivia y por la gran demanda en los EE.UU. Tenía el rostro ancho de mestizo, un bigote delgado y la sonrisa siempre lista, y le encantaba beber whisky, contar chistes y hablar. De hecho, le gustaba tanto hablar que comenzó a hablar implicándose y destruyendo cualquier posibilidad de salir vivo de Argentina.

"Sabes Luis, me gustaría acabar la transacción antes de que hayan cambios en el gobierno de mi país", nos dijo, "porque las cosas podrían ponerse complicadas....tal vez me involucre".

"¿Qué quieres decir con eso de "cambios?" le pregunté. Un narcotraficante involucrado con cambios de gobierno es siempre algo interesante.

El pensó por un momento en lo que diría, mirando a la botella de "Chivas" y finalmente dijo, "¿Han oído algo sobre ese caso grande de cocaína en Miami? Ese, donde estaban metidos Roberto Suárez y el otro al que le dicen *El Judío Trigueño*?"

¿Oír del caso?, yo lo había creado. El tipo estaba hablando del caso que había dominado mi vida en los últimos seis meses. Yo era *El Judío Trigueño*.

"Sí, he oído algo". Podía ver de reojo la sonrisa en los labios de Alfredo. Sentí cómo me sonrojaba; no podía mirarlo.

"Sabían que 50 kilos de ese cargamento eran míos", se jactó Hurtado. (Acababa de decir lo suficiente para ser acusado en los Estados Unidos). "No sólo eso, sino que también usaron mi hacienda para cargar el avión. Tengo una buena pista de aterrizaje allí".

"Qué lástima", dije, esperando que los micrófonos ocultos hubieran detectado su voz claramente. "Verás, esa es la razón por la que vine a Argentina. Los gringos son poderosos en Miami, Colombia y Bolivia. La DEA.... ni siquiera sabe que existe Argentina".

Hurtado rió irónicamente y se sirvió medio vaso de whisky. "En eso si que te equivocas mi amigo. El caso se inició aquí en Argentina. *El Judío Trigueño*, el que le hizo la trampa a Suárez, vive aquí; es agente o tal vez informador de la DEA (el pronunció *la day-ah*). Dicen que se llama *Mitch-ay-e!*".

Mi corazón palpitó rápidamente. La cara de Alfredo se iluminó, sonriendo como idiota. No podía creer que Hurtado no se diera cuenta.

"El Judío engañó realmente a la gente de Suárez", continuó Hurtado.

"Y a ti también", le dije, mirándolo directamente a los ojos.

"No, yo nunca llegué a conocerlo.... sólo hice una inversión".

"Ese *Mitchael* debe ser algo especial", dijo Alfredo, guiñándome un ojo otra vez. "¿Qué aspecto tenía?"

Tuve el impulso de darle un golpe, pero me di cuenta de que lo que estaba haciendo era perfecto.

"Nunca lo vi", dijo Hurtado. "Dicen que es alto y moreno.... como un negro".

"Esos judíos de mierda", dijo Alfredo.

"Ese tipo está causando problemas en mi país", dijo Hurtado, dirigiéndose a mí.

"¿Cómo?", le dije, consciente del color de mi piel, tostada por el sol; una cualidad que siempre me ayudó a cambiar de identidad; pero que en este momento hubiera deseado no tener.

"Bolivia es un país pobre. La coca da sustento a la gente. No podemos tener un gobierno de mierda que nos traicione.... que colabore con los gringos.... que nos delate a la DEA". Levantó su vaso en un brindis silencioso y acabó con lo que quedaba en éste. Después dijo, "La gente de Suárez planea *un golpe* (revolución), muy pronto".

Por un largo instante reinó el silencio en la habitación. Me pareció oír algo moviéndose detrás de una de las paredes. Los cuartos vecinos estaban atestados de policías secretos argentinos, quienes estaban grabando la conversación. Yo estaba de acuerdo con la grabación pero me asustaba la presencia de la policía.

"Mira", continuó Hurtado, sirviéndose más whisky, "la DEA no puede haber logrado lo que ha logrado, sin ayuda de nuestro gobierno".

Mientras hablaba, mi memoria retornó al primer encuentro que tuve con la mano derecha de Roberto Suárez, Marcelo Ibáñez, en una *confitería* en Buenos Aires, seis meses antes. Había tratado de convencerme de llevar a Bolivia 9 millones de dólares para comprar 500 kilos de cocaína. "En Bolivia", me había dicho Ibáñez, "estarás más seguro que en tu propia casa".

"¿Y por qué quieres hacer la transacción antes del cambio de gobierno?", le pregunté a Hurtado.

Hurtado se encogió de hombros. "En mi país es fácil cambiar de gobierno, pero lo difícil de predecir es el rumbo que tomará".

"No entiendo, pensé que el cambio te favorecería".

"Esta es una cuestión de odio. En lo que me concierne, todo está funcionando bien. Yo le pago 100.000 dólares al jefe de narcóticos y 100.000 al ministro. Cuando las cosas pasen a manos de los militares...". Se encogió de hombros otra vez. "Es por eso que quiero cerrar el trato antes del cambio".

Hurtado siguió hablando por un rato sobre "el cambio", Alfredo haciéndole preguntas. Yo me limité a mirar, preguntándome si Hurtado era uno de esos habladores de los que el mundo de la droga está lleno, hombres que te llenan de historias de montañas de droga y dinero. ¿Quién podía creer que los narcotraficantes tuvieran el poder como para apoderarse de un país?

De pronto alguien tocó la puerta. Alfredo fue a abrir y un mozo entró con una nueva botella de "Chivas". Nadie la había pedido, pero a Hurtado esto no le pareció fuera de lo común.

El mozo miró detenidamente a Hurtado mientras yo firmaba la cuenta. Alfredo y yo sabíamos que este no era ningún mozo. La entrevista supuestamente debía ser clandestina, sin acción policial. Los policías argentinos habían aceptado dejar que Hurtado retorne a Bolivia; sería arrestado a su retorno a Buenos Aires con los 200 kilos. Algo había cambiado.

El mozo dió una última mirada a Hurtado, memorizando cada detalle de su cara y se marchó. El boliviano, algo chispeado, no se dió cuenta de nada y una vez que comenzó a hablar de nuevo no hubo forma de pararlo. Si su intención era impresionarnos, lo había logrado completamente.

De acuerdo a Hurtado todos los mayores productores de cocaína de su país se habían juntado en una organización bajo el control de Roberto Suárez. Varios altos miembros del gobierno ya estaban pagados por la organización y Hurtado mismo era el encargado de recolectar dinero de los traficantes y pagar a los funcionarios del gobierno<sup>1</sup>. Nos describió el decomiso de 854 libras de cocaína en el caso Suárez, como una pérdida en común. Sus palabras fueron "Yo invertí 50 kilos. Otras personas también invirtieron".

"¿Si Suárez es tan poderoso, por qué había otra gente involucrada? Yo pensé que la droga era toda de él".

"No, no, no, Luis", me dijo, golpeándose la frente. "¿Por qué dejar que el riesgo esté sobre una sola persona? Si hay algún problema... una pérdida... todos perdemos". Hurtado terminó su whisky de un solo trago. Alfredo me hizo una señal con los ojos.

Hubo un silencio total. Mi intención era que Hurtado siguiera hablando, pero lo que ya había dicho implicaba tantas posibilidades que no me daba tiempo a pensar.

Alfredo rompió el silencio. "¿Cómo está Sonia?" preguntó con una sonrisa.

"Está muy bien", contestó Hurtado, sorprendido.

---

1) Era el comienzo de *La Corporación*, la organización que planeaba dominar la producción de cocaína en Sudamérica, por la próxima década, proveyendo del 50 al 90% de la cocaína en el mundo. La organización era el blanco de la Operación Trifecta, caso expuesto en mi libro *Deep Cover*.

"¿Quién es Sonia?" pregunté. En mis conversaciones previas con Alfredo, nunca la había mencionado.

"Mi sobrina", contestó Hurtado.

"Dios mío que es linda", dijo Alfredo acabando su whisky. "¿Está en el negocio no?"

"Sí", dijo Hurtado.

"Están hablando estupideces", les dije, riendo, aliviado con el cambio de tema.

"Está casada", dijo Hurtado muy serio.

"¿Cómo? con esos ojos tan lindos, no puede ser casada".

Hurtado de pronto se puso incómodo. Tomó un trago de su whisky. "Con el nuevo gobierno, Sonia va a tener una posición muy poderosa".

"¿Cómo?" pregunté, notando el miedo en su voz. Había hablado abiertamente sobre la gran influencia de Suárez en el nuevo gobierno, pero se puso cauteloso cuando se habló de Sonia.

"Ella ya tiene mucho poder... y es muy popular entre los militares".

"¿Tenía algo invertido en la cosa de Miami?" pregunté.

"No me sorprendería. Ella hace las cosas... en secreto". Nos quedamos en silencio por un momento.

"¿Y qué de los 200 kilos que estoy encargando", le dije. "Vienen de una corporación o el trato es sólo contigo?"

"¿Qué importa? dijo Hurtado. Por un instante pensé que había preguntado demasiado. "El trato es conmigo. Yo soy responsable ante los otros".

"¿Sonia tiene algo que ver con esto?", preguntó Alfredo.

"¿Sonia?" dijo Hurtado, como si nunca antes hubiera oído el nombre.

"No. Con esto, no. Ella tiene sus propios tratos".

Nunca antes había oído de una mujer en el área masculina del tráfico de drogas y menos de una que trabajara por su cuenta.

Después de otro trago de "Chivas", Hurtado dijo, "Sonia es fuerte. Tiene su propio laboratorio, vende pasta base y cristalizada... Tiene sus propias líneas (clientes) para pasta base en Venezuela, Colombia y Brasil.... La cristalizada la vende directamente a Norte América".

"Jesús", dijo Alfredo haciendo muecas.

"Bueno, tú sabes... mi sobrina Sonia... hace sus cosas sola".

Hubo una larga pausa.

"Nunca antes he hecho tratos con bolivianos", dije, tratando de cambiar de tema y hacerlo hablar un poco más. "Estoy acostumbrado a tratar con una sola persona".

"Entiéndeme, hace apenas una semana perdí un avión con 158 kilos en Venezuela... fue un error... Eran norteamericanos... les dije antes del despegue que su equipo estaba mal. Pero por lo menos habían otros inversionistas conmigo".

¡Perfecto! Recientemente había recibido un teletipo de la DEA en Caracas, describiendo un avión con 158 kilos de cocaína boliviana que se había estrellado. Los pilotos fueron interrogados por la policía venezolana y sólo declararon que la droga estaba destinada a "Michael" en Miami. Pensé que Suárez trataba de frotar mi nombre en la cara de la DEA.

En el avión, los policías venezolanos encontraron fotografías de una pista clandestina de aterrizaje, cuya topografía era poco usual. Podía ser la pista de Hurtado. Si los pilotos de la DEA pudieran identificarla como la pista usada en el caso Suárez, tendríamos en nuestras manos los inicios de una gran conspiración. Cualquiera que tuviera algo que ver con el avión caído en Venezuela o el decomiso a Suárez, sea invirtiendo dinero o droga o cargando gasolina al avión, sea el Presidente de Bolivia, un *campesino* sin zapatos o una bella narcotraficante boliviana, podría ser acusado y encarcelado en los Estados Unidos, si lo podíamos identificar. Tenía que hacer que Hurtado siguiera hablando.

"¿El avión despegó de la misma pista?" pregunté.

"Sí", contestó, tomándose un trago y mirándome interrogante. "Bueno, no es precisamente mía. Está en *Perseverancia*, la hacienda de Sonia". Hurtado se puso incómodo de pronto.

Era tiempo de parar. Estaba tornándome en policía en vez de agente, y Hurtado se estaba dando cuenta. Cuando se le pasara la borrachera podía darse cuenta de todo lo que había dicho y éste era un trato que no debía fallarme. Hurtado había dicho cosas que tenían enormes repercusiones en el mundo de la droga. Los productores de cocaína de Bolivia estaban a punto de tomar el poder en su país. Y en ese momento, yo estaba seguro de que era el único americano que lo sabía.

## 2

Parado frente a mi ventana, miraba nerviosamente a la entrada del hotel, seis pisos más abajo. Hurtado había salido de la habitación unos minutos antes, llevándose la segunda botella de "Chivas" sin abrir, después de haber llegado a un acuerdo sobre un embarque a Buenos Aires de 200 kilos de cocaína a 27.000 dólares el kilo. A través de Alfredo, yo lo contactaría en una semana, indicando dónde y cuándo se haría el pago de los 5,4 millones de dólares. La policía secreta argentina había prometido que dejaría retornar a Bolivia a Hurtado, pero yo tenía la impresión de que no se cumpliría el acuerdo.

"¿Por qué no me dijiste nada sobre Sonia?", le pregunté a Alfredo.

"La cosa parecía tan fantástica que quise que lo oyeras directamente de Hurtado. ¡El pendejo es su tío y le tiene miedo! ¿No te diste cuenta?"

Sonia se borró de mi mente cuando vi a Hurtado salir del hotel y subirse a un taxi. Al alejarse el taxi, tres automóviles aparecieron de repente y lo siguieron. Otro auto se estacionó frente al hotel y el mozo, ahora vestido con una gabardina oscura, subió rápidamente a éste. El automóvil siguió a los otros a gran velocidad. Obviamente la policía argentina tenía planes para Hurtado y no lo habían discutido conmigo.

"¿Sabes en qué hotel se hospeda?", le pregunté a Alfredo.

"En el Plaza".

"Anda allí. Quédate con él. No me importa qué excusa inventas. Di que quieres asegurar tu ganancia, o que quieres "voltearme", o cualquier otra cosa. No quiero que le pase nada".

En 1980, la muerte era cosa común en la Argentina. El gobierno militar todavía creía que estaba en lucha a muerte contra el comunismo. Eran los años de la llamada "*Guerra Sucia*". Si uno era idealista con simpatías que podían ligarse a la izquierda, o se callaba la boca o salía del país. De otro modo, era muy posible que un tipo vestido de civil, con documentos de identificación del gobierno tocara la puerta y uno fuera llevado al sótano de un edificio militar o del gobierno, donde sería torturado con los últimos "adelantos", hasta denunciar a otros "izquierdistas". Después de lo cual pasaría a la lista de "desaparecidos". Se estima que de 1976 a 1982, desaparecieron 25.000 argentinos. Muchos de los cuales comienzan a aparecer ahora en fosas comunes y flotando en el Río de la Plata y el Paraná.

Había oído decir antes a otros agentes que los métodos de tortura utilizados por los argentinos y otras fuerzas policiales eran enseñados por nuestra propia CIA. Sin embargo, en esa época, me era difícil creerles. Desafortunadamente, los hechos en Bolivia aludidos por Hurtado y las revelaciones publicadas por otros exagentes me han dado evidencias convincentes sobre lo cierto de estas historias<sup>2</sup>.

Siendo el asesinato en masa una herramienta casi oficial del gobierno, varios de los oficiales de la policía y ejército argentinos con los que teníamos que trabajar estaban involucrados en asesinatos en masa. Semana tras semana asistí a reuniones con el Embajador Raúl Castro y otros jefes de sección de la embajada, en las cuales se anunciaba el número de desaparecidos de la semana previa. El Embajador Castro, se entristecía por lo que estaba sucediendo y siempre se discutieron formas de presionar al gobierno argentino para que cambiara su modo de operar. Los representantes de la CIA, presentes en todas las reuniones, se sentaban en absoluto silencio, sin ofrecer sugerencias. El gobierno de los EE.UU. no se

---

2) Ver A.J. Languth, *Hidden Terrors: The Truth About U.S. Police Operations in South America* (New York: Pantheon Books, 1978)

resolvía a acabar con los asesinatos en masa, razón por la cual reinaba un clima de desesperanza en la embajada.

Todo ésto me causaba un conflicto constante con mi conciencia. Mi misión, poner atajo al tráfico de drogas donde y en la forma en que se presentara, y mi seguridad personal, dependían de la cooperación de instituciones de policía, militares y de inteligencia argentinos. Algunos de los oficiales y agentes argentinos de los que dependía, podían haber sido los asesinos a sangre fría de hombres, mujeres y niños. En algunos casos sólo tenía una leve idea de cuán involucrado estaba cada uno de ellos; en otros no cabía la menor duda.

Un leve golpe en la puerta de mi habitación del hotel me volvió al presente. Abrí la puerta y la habitación se llenó de policías secretos de la Unidad Especial de Inteligencia. Su líder, un tipo alto, moreno, con bigote y pelo engominado, entró con una sonrisa en el rostro.

Los ojos de Mario (nombre ficticio) lo traicionaban, decían claramente el tipo de hombre que era. Si uno estudiaba sus pupilas veía que estaban muertas, sin brillo, como pequeñas lápidas; los ojos eran los de quien mata a menudo y sin remordimientos, como un asesino profesional. Un agente de la CIA a quien conocí antes lo llamaba "ojos de verdugo".

Para Mario, el asesinato se había convertido en una adicción, una necesidad, hasta un afrodisíaco. Una vez, en una función de la embajada de los EE.UU., le oí decir, medio borracho, a otros policías argentinos, "No hay nada que me excite más que matar. Inmediatamente después de matar tengo que culear.... Me muero de ganas de culear". Aunque había fingido no verme, lo que trataba era de escandalizarme. "¿Usted sabe por qué Argentina no tiene problemas con drogas, señor Levine?", solía decirme lleno de gusto, "porque mandamos a nuestros narcotraficantes a un lugar mejor. De hecho, si tiene las tripas, debería venir y ver, le haría bien". Después de lo cual se reía, pero sus ojos de asesino me decían que no estaba bromeando.

Nunca dejé traslucir el odio que sentía hacia Mario y los otros de su clase, como tampoco podía olvidar con qué facilidad yo podía pasar a la lista de *desaparecidos*.

"¿Qué está pasando, Mario?" pregunté en tono perentorio. "Algo anda mal. Teníamos un trato, ¿no?"

"¿Qué quieres decir, che?" me respondió sonrojándose. Sabía exactamente lo que le había querido decir.

"¿Dónde está el boliviano en este momento?", dije tratando de hablar calmadamente.

Encogió los hombros. "Supongo que de vuelta en su hotel".

"¿Vivo o muerto?"

La sonrisa desapareció de su rostro. "¿Podemos ir a otro lado?". Señaló hacia una de las paredes, indicando que la habitación estaba equipada con micrófonos.

"¿A mi casa?"

Sonrió. "¡Fenómeno!"

Me dieron ganas de agarrarlo a golpes. Sabía que tal vez Hurtado estaba ya muerto, mientras Mario bromeaba conmigo. Los policías argentinos habían hecho antes trucos parecidos.

Sonreí. "Tú sabes dónde está".

Una hora después, Mario llegó a mi casa en La Lucila, un suburbio al norte de Buenos Aires, acompañado por dos de sus hombres. Habían estado antes en la casa. La rutina con los policías argentinos era que una vez que me ayudaban en un caso, iban a mi casa para que les pagara una "recompensa". La recompensa era la parte más importante, porque estos tipos trabajaban por dinero y la DEA pagaba muy bien.

Los policías, normalmente locuaces, se sentaron en silencio en los sillones de la casa. Miraban a Mario, su *jefe*, como esperando su aprobación.

Mario alzó una botella de "Johnny Walker", se tomó un trago directamente de la botella y luego se sentó en un sillón con la botella a sus pies. Su conducta tan casual me recordó que los agentes de la DEA asignados en el extranjero no tenían lo que puede llamarse un "hogar". Dondequiera que uno viviera tenía que hacer lo concerniente con el trabajo.

El living se extendía desde el primer piso hasta un hermoso jardín y la enorme ventana daba la impresión de estar en medio de una selva. Nunca vi una habitación tan hermosa y tranquila como aquella tarde. Me parecía tan incongruente tener que hablar sobre muertes y ver como la dedicación de 15 años de mi vida se desintegraba.

Mercedes, mi empleada, sirvió tragos y *empanadas*. Hubo un prolongado silencio. Mirándome, Mario masticaba su *empanada* y bebía su whisky. Aún seguía jugando conmigo, esperando a que yo iniciara la conversación. "¿El boliviano no va a vivir?"

Mario encogió los hombros. "Eso está fuera de mi alcance".

Sentí una horrible sensación. "¿Ya lo mataron?"

"No, no, no". Agitó su dedo índice. "Mis hombres lo están vigilando". Sonriendo, "¿Creo que Alfredo está con él, no?"

"¿Qué es lo que está pasando?"

"¿Has oído sobre el golpe... el cambio?"

"Sí. ¿Qué tiene que ver con todo esto?"

Mario rió y meneó la cabeza asombrado. "Ustedes los norteamericanos me sorprenden. ¿No has hablado con tu propia gente?"

"¿Qué tratas de decir?"

"Con tus amigos del tercer piso".

Sabía que el hijo de perra estaba pagado por la CIA y la DEA. La misión de la CIA era destruir el comunismo y los hombres de Mario se ocupaban de matar unos cuantos miles de "comunistas" al año. Esa era la razón del silencio de la CIA durante las reuniones de la embajada, cuando se discutía la política argentina de asesinatos en masa; los asesinos estaban pagados por ellos.

"Nosotros somos iguales que ustedes y los de Toxicomanía", le dije, refiriéndome a la Unidad Argentina de Narcóticos. "A veces hablamos y a veces no". La rivalidad entre la unidad de Mario y la unidad federal era similar a la rivalidad entre las agencias de espionaje y policiales en los Estados Unidos, cada una tratando de lograr su propia gloria.

Mario tomó otro trago de whisky y se inclinó con los brazos sobre las rodillas. "Che, lo que dice el boliviano puede ser muy embarazoso para tu país y el mío".

"¿Qué tratas de decir?"

"¿Levine, eres de verdad tan inocente? ¿Piensas que eres el único que sabe lo que está pasando en Bolivia?" Echó una mirada a sus hombres; le encantaba mostrar su superioridad sobre funcionarios americanos.

"¿Entonces, pretendes decir que lo que Hurtado contó es cierto?"

"¿Será que eres el único en tu embajada que no se ha enterado?" dijo Mario, sonriendo. Sus esbirros me miraron con atención esperando mi reacción.

"¿Piensas que el gobierno de Bolivia o cualquier otro gobierno en Sudamérica puede cambiarse sin que tu gobierno y el mío lo sepan?"

"Bueno, entonces todo el mundo lo sabe", dije. "¿Qué tiene esto que ver con que Hurtado muera?"

"Porque la gente que él nombró como narcotraficantes es la gente a la que nosotros estamos ayudando para librar de izquierdistas a Bolivia".

"No te entiendo. ¿Quiénes son nosotros?"

"Nosotros. Los argentinos... trabajando con la CIA. Levine, ¿no te das cuenta de lo embarazoso que este Hurtado puede ser para nuestros países?"

Me sentí atontado. ¿Cómo no me di cuenta? Varios eventos inexplicablemente ocurridos en los últimos seis meses pasaron por mi mente. Mario acababa de explicarlos todos.

Seis meses antes, había telefonado al cuartel general de la DEA en Washington D.C., para informar que un hombre llamado Roberto Suárez estaba unificando a todos los grandes productores de cocaína en Bolivia bajo una sola organización. Suárez mismo me había brindado la oportunidad de ser el principal cliente de la organización, si aceptaba

comprar 1.000 kilos por mes, una cantidad impresionante considerando que el mayor decomiso de drogas hasta la fecha había sido de 200 kilos de cocaína en el sur de Florida. Pedí autorización para una operación sorpresa.

El cuartel general negó su autorización. Se me informó que "Suárez no estaba registrado en la computadora" y que "Nadie sabe quién es".

Supongo que debería haber sospechado algo. Cómo podía ser que el hombre a quien seis meses después el programa "60 Minutos" llamaría "el mayor narcotraficante", no estuviera registrado en el sistema de computadoras de la DEA, en el cual no sólo estaban los nombres de todos los peces chicos de la droga desde Bogotá hasta Bangkok, sino también los nombres de todas las personas con las que éstos hablaban por teléfono. Alguien tenía que estar protegiendo a Suárez. Sin embargo, yo no podía concebir que alguien en mi gobierno protegiera a un narcotraficante, sea cual fuera la razón.

Por varias semanas seguí reuniéndome con mis informadores, trabajando clandestinamente y acumulando información sobre Suárez y su organización, todo esto sin el apoyo de la DEA. Continué bombardeando el cuartel general con llamadas y cables solicitando autorización y dinero para el caso. Finalmente, una persona, Ralph Saucedo, escuchó mis llamadas. El 13 de febrero de 1980, recibí un cable de la oficina central que decía que Suárez era desconocido y que se me negaba permiso para gastar dinero en la investigación; sin embargo, el cable finalizaba con las siguientes palabras: "Por favor responda si se puede encontrar información adicional para probar la importancia de Suárez. El caso parece ser interesante y se puede lograr algo si se lleva a cabo".

Con el tiempo, conocería a más hombres como Saucedo quienes, por conciencia y deber, trataban de cumplir la misión a la que se habían comprometido ante al pueblo americano, a pesar de las presiones políticas. Desafortunadamente, en el alto mando de la DEA, estas personas han sido siempre una rareza.

Por mi parte, me dediqué por completo a la "caza" de la organización de Suárez. Después de dos meses de trabajo clandestino, me las ingenié para arreglar una primera entrega experimental de 500 kilos. Cuando envié conversaciones grabadas y fotos de reuniones clandestinas a la oficina central de la DEA, los "ternos" quedaron en ridículo y me permitieron montar una operación de decomiso en Miami.

"Mucha gente está interesada en que esto falle", me dijo Saucedo poco antes de mi partida a Miami para la última fase de la operación. Tampoco él sabía por qué o no quiso decírmelo, pero como el campo de represión del tráfico de drogas es muy competitivo, supuse que algo tenía que ver con rivalidades internas. A mi no me importaba quién se llevaba los laureles,

sólo quería que el caso se llevara a cabo. Olvidé las palabras de Saucedo y me sumergí en la clandestinidad.

El 24 de mayo de 1980, la operación terminó con el despegue milagroso de nuestro avión desde la hacienda de Sonia Atalá en medio de la selva boliviana. En unas horas arreglé el pago de 9 millones de dólares a los representantes de Suárez en los EE.UU.: Alfredo "Cutuchi" Gutiérrez y José Roberto Gasser, los dos mayores traficantes de droga.

Mientras contaban los 9 millones en la bóveda del banco, le ofrecí ayuda a Gutiérrez para sacar el dinero del país. "No te preocupes", me dijo, "mi hombre (Gasser) tiene muchos negocios legítimos en los EE.UU. y además se lleva cantidades similares de dinero (producto de la droga) cada semana". Estos tipos no necesitaban lavar dinero. Ambos fueron arrestados al salir del banco.

El mundo se tambaleó con las noticias. Fue el caso de drogas más grande de la historia. Los "ternos", se disputaban la atención de la televisión, ante cuyas cámaras se jactaban de su heroísmo mostrando la droga y los 9 millones en efectivo. Repentinamente, todos los "ternos" de la DEA eran expertos sobre Suárez. Mike Wallace informó en "60 Minutos", que la DEA le dijo que Suárez había sido arrestado en Bolivia en 1976 por cuestiones de droga y que en 1979 Brasil lo había nombrado "el principal proveedor de cocaína" de dicho país. Sin embargo, tres meses antes se me había informado, como agente principal en Argentina y Uruguay, que no existía información sobre Suárez en la computadora de la DEA.

El artículo de Jonathan Kandell titulado "El Gran Escándalo de la Cocaína Boliviana", aparecido en "Penthouse" en Agosto de 1982, es típico de la información que circulaba en los Estados Unidos:

Hubieron semanas de pacientes negociaciones con los lugartenientes de Suárez en Buenos Aires, Miami y Santa Cruz. Una docena de agentes de la DEA, hombres y mujeres, ensayaron cuidadosamente sus roles como estafadores, financistas del bajo mundo, guardaespaldas, prostitutas y químicos. Se puso a disposición de los maleantes bolivianos una lujosa mansión en Fort Lauderdale y limousinas. Se organizaron viajes a Las Vegas y Broadway. Y se sacó un préstamo de 9 millones del Federal Reserve Bank en Miami para ser utilizado como pago a Suárez por la primera entrega de cocaína.

Todo era mentira.<sup>3</sup>

La advertencia de Saucedo en cuanto a que la DEA tenía intenciones de que el caso fracasara, fue muy discreta comparada con la realidad. El avión

---

3) Otro buen ejemplo de la ficción que puso la DEA acerca del caso Suárez puede fundamentarse en Brian Freemantle, *The Fix* (New York: Tom Doherty Associates, 1986).

asignado al recojo de la cocaína era tan poco adecuado, que los bolivianos hicieron apuestas sobre si podía despegar. La oficina central se negó a cambiar el número de serie del avión, a pesar de que el mismo había sido usado sólo unos meses antes para trasladar de un lugar a otro a un policía boliviano corrupto. El equipo clandestino, supuestamente una familia de mafiosos, había sido reunido sólo horas antes del encuentro con los representantes de Suárez. Los cuidadosos ensayos mencionados en el artículo fueron en realidad una reunión de tres horas. La lujosa mansión era una casa de dos habitaciones cuyo alquiler costó casi la mayor parte del presupuesto de 2.500 dólares y las limousinas eran autos alquilados de la compañía Budget.

A pesar de los obstáculos, se hizo un milagro gracias al heroísmo de un pequeño grupo de agentes cuyo grito de guerra era, "Hagámoslo a pesar de los obstáculos de la DEA".

Después de que se acalló la prensa, José Roberto Gasser, hijo de Edwin Gasser, uno de los industriales más ricos en Bolivia y un convencido anticomunista, fue silenciosamente liberado y la oficina del Fiscal del Distrito Judicial de Miami levantó todos los cargos en su contra. Gasser retornó inmediatamente a Bolivia, donde publicó avisos de una plana en los periódicos bolivianos, en los que se mostraba la foto de su liberación incondicional firmada por el fiscal de los EE.UU. De la noche a la mañana, nuestra guerra contra las drogas se convirtió en un chiste entre los narcotraficantes sudamericanos.

El Asistente del Fiscal de los EE.UU. que autorizó la liberación de Gasser fue Michael "Pat" Sullivan, quien más tarde enjuiciaría a Manuel Noriega. Según sus declaraciones, no existía suficiente evidencia en contra de Gasser. El público americano no fue informado sobre esto y los "ternos" de la DEA negaron ser entrevistados sobre los detalles del caso.

Yo estaba seguro de que la falla del caso se debía a rivalidades entre "ternos" y a fiscales incompetentes. No fue hasta que escuché las palabras de Mario que el rompecabezas tuvo sentido.

"Debes entender la difícil situación en la que me encuentro", me dijo Mario. "Tengo que reportarme ante un superior. Todo lo que dijo el boliviano ha sido grabado".

"Mario, soy agente de la DEA, no de la CIA", le dije, poniéndome de pie y tratando de evitar una avalancha de pensamientos atemorizantes que se venían a mi mente. "Oíste lo que dijo Hurtado sobre el narcotráfico; cosas terribles, a mi no me importa la política de mierda. Ese hombre es de gran valor para la DEA y la lucha contra las drogas, pero vivo. A través de él podemos hacer caer a gente que amenaza a nuestra juventud, americanos y argentinos. Si muere no nos servirá y tampoco a ustedes. De todos modos

ha prometido regresar, lo oíste, con 200 kilos. Este podría ser el caso más grande en la historia argentina, y tendría mucho valor para la DEA. Y si hay una persona en la Argentina que puede asegurarse que el hombre salga vivo, esa persona eres tú".

Estaba parado cerca de Mario. Sus ojos generalmente opacos brillaban con una emoción que no había visto antes. Yo no estaba seguro si lo que dije tenía sentido, pero supuse que toqué los tres puntos más importantes: su ego, su amor por el dinero y ese torcido sentido del deber patriótico que parece motivar a algunos argentinos. Sea cual fuere el caso, había tocado algo sensible en Mario y sus hombres.

Mario asintió y dijo pensativamente. "Veré lo que puedo hacer".

Antes de que se fueran, Mario se me acercó. "Escucha, che", me dijo, perforándome con sus ojos asesinos, "esta conversación no ocurrió nunca".

"Tú me conoces bien", le dije.

"Sólo quería asegurarme. Hay algo más que tal vez te parezca interesante. De todos modos pronto ya no será un secreto. ¿Te acuerdas del que arrestaste en Miami; el que liberaron?"

"¿Gasser?"

"Sí", dijo Mario, con esa sonrisa diabólica típica de sus adivinanzas. "¿Sabes quién es?"

"Todo lo que sé es que es un narcotraficante".

"¿Te sorprendería saber que él y su padre son dos de los peces gordos que están detrás del golpe de Estado?"

"No, Mario, después de hoy nada me sorprendería".

"Y bueno, ¿alguna vez pensaste en por qué tu propia gente los dejó salir de la cárcel?"

"Anda Mario, dímelo".

Sus ojos se clavaron en los míos. "No sé, Levine, pero si yo estuviera en tu lugar me gustaría saber por qué".



### III

## UN SANDWICH DE MANTEQUILLA DE MANÍ

1

A las 6 a.m. de la mañana siguiente a mi entrevista con Hurtado, me dirigí por la avenida Libertador hacia mi oficina en la embajada. Habían pasado casi 14 horas desde que envié a Alfredo a cuidar a Hurtado y no había oído una sola palabra de él. No pude dormir, así que decidí adelantarme a la hora pico de Buenos Aires en la que cualquier auto americano con placas diplomáticas, se convierte en un buen blanco para automovilistas neuróticos.

A media mañana mi asistente, Max Pooley y nuestra secretaria, Linda Alcalumbre, habían llegado al trabajo y yo aún no tenía noticias de Alfredo. No quería llamar a su casa para el caso de que no hubiera llegado a dormir. La esposa de Alfredo era muy nerviosa, y yo no quería causar mayores problemas. Telefoneé al cuartel general de la DEA para reportar lo que sabía hasta el momento.

"Si yo fuera tú no escribiría eso en un cable", me dijo Gordon Groot (nombre ficticio), uno de los "ternos" bajo cuyo mando me encontraba en la sección para Latinoamérica. Acababa de informarle sobre lo que Hurtado había dicho.

"Créeme", le dije, "No lo voy a hacer". Lo llamaré un "cambio de gobierno". Pero eso fue lo que el tipo dijo. Lo llamé...".

"Bueno, tú sabes que habrán elecciones allí, tal vez se refería a eso".

"No creo. El tipo dijo un *golpe*. Eso quiere decir golpe de Estado o revolución".

Estuve a punto de contarle lo que Mario me dijo sobre el apoyo de la CIA a los narcotraficantes, pero decidí no hacerlo. Estaba hablando por un teléfono de la embajada que con seguridad estaba vigilado y, además, no estaba seguro de mi confianza en Groot. Era uno de esos agentes veteranos en el extranjero que habían sido transferidos de la CIA a la DEA y posiblemente aún trabajaba para ellos.

"¿Puedes buscar el nombre de Hurtado en la computadora?" le pregunté.

"Seguro".

Le di una descripción completa de Hurtado junto con todo lo que sabía sobre él, incluyendo tres números telefónicos en Bolivia que éste me diera. "Y también tengo el nombre de una mujer, pero no su apellido. Fíjate si consigues algo sobre ella también".

"Bueno".

"Sonia AD (apellido desconocido), boliviana, sexo femenino, edad desconocida, sobrina de Hurtado. Puede ser propietaria de una hacienda con pista de aterrizaje. La hacienda está ubicada en el mismo lugar donde se recogió la cocaína en la operación Suárez".

"Bien".

"Si el tipo me dijo la verdad debe haber algo sobre ella... o sobre alguna mujer llamada Sonia".

"...mmm".

"Puede estar ligada con los militares".

"Bueno, te devuelvo la llamada más tarde".

Una hora más tarde Groot llamó. "Negativo", fue su respuesta.

"¿Ambos nombres?" le pregunté.

"Nada".

Recordé la primera vez que mencioné el nombre de Suárez a uno de los "ternos" en la oficina central. Tampoco estaba en la computadora.

Telefoneé a la oficina de la DEA en La Paz y hablé con un excelente agente llamado Craig Chretien. El había oído hablar de Sonia y de Hurtado, pero no sabía nada de un golpe de Estado.

"Sabes que habrán elecciones, tal vez eso es a lo que se refiere".

"No creo", le dije. "¿Hay alguna razón por la que SRF (CIA) estaría interesada en esta cosa?"

"¿Estás bromeando? ¡Esa es su especialidad! Además una coalición de izquierda está a la cabeza en las elecciones".

"No jodas".

"Sí, pero la cosa es complicada. Las elecciones aquí son algo especiales. Pero sobre lo otro... no he escuchado nada de eso. Las cosas son difíciles aquí, estamos limitados".

"Sé lo que quieres decir", dije. Era bastante difícil hablar por teléfono sabiendo que todos los espías del hemisferio occidental probablemente escuchaban la conversación. "Y esa Sonia", dije. "¿Grande?"

"Por lo que he oído, es muy poderosa. Creo que su esposo es político o algo por el estilo. Pero como te dije, estamos limitados aquí últimamente".

Después de colgar preparé teletipos para el cuartel general de la DEA y para la DEA en Caracas, detallando lo que Hurtado había dicho durante nuestra entrevista, refiriéndome al golpe como al "cambio de gobierno". Estaba seguro de que la CIA leía todos los cables que entraban y salían de la embajada, y no estaba muy seguro sobre el golpe. Era posible que Hurtado me hubiera engañado y Mario no hubiera podido resistirse a uno de sus juegos. El y sus gorilas probablemente pasaron anoche un buen rato a costa mía.

En el cable solicité que la DEA en Caracas envíe a Dave Kunz, Dave Gorman y a Rich Vandiver las fotos de la pista de aterrizaje encontradas en el avión caído con los 158 kilos de Hurtado, éstos tres eran los pilotos que habían volado en la misión Suárez. Quería saber si la pista era la misma en la que aterrizaron durante la operación; la que según Hurtado pertenecía a Sonia.

También sugerí un par de planes para arrestar a Hurtado, incluyendo un encuentro conmigo en Miami para recibir su pago. El me había dicho que a veces viajaba a Miami para recibir pagos. Arrestarlo en Miami sonaba muy lindo para ser verdad, pero lo habíamos hecho en el caso Suárez. Esto me recordó la liberación de José Roberto Gasser y las últimas palabras de Mario anoche; "si yo estuviera en tu lugar me gustaría saber por qué".

\* \* \*

Había sido notificado de la liberación de Gasser, cuando éste ya había retornado a Bolivia. ¿Me pregunté por qué esperaron a que el tipo estuviera de vuelta en Bolivia antes de avisarme? Yo era el agente del caso, el único responsable de dirigir el mismo. Debía haber sido el primero en saberlo. Y luego llegaron las noticias de Gasser que se publicaron en los periódicos

bolivianos, seguidas por la información de que éste aún entraba y salía de los Estados Unidos llevando dinero del narcotráfico. Para mi, esto era una afrenta personal.

Había telefonado al Asistente del Fiscal de los EE.UU. en Miami, Scott Miller, el hombre a cargo de la parte acusadora en el caso Suárez. Era la primera vez que hablábamos.

"La evidencia en contra de este tipo es mayor que toda la evidencia acumulada contra la mitad de los vendedores callejeros que he arrestado", le dije.

"No fue mi decisión", dijo Miller. "Pat Sullivan, mi jefe, dijo que no había suficiente evidencia para sentenciarlo".<sup>1</sup>

"No estoy de acuerdo", dije. "Pero si no había suficiente evidencia para condenarlo, había más que suficiente para encausarlo. Este tipo no es cualquier cosa; es el pez más gordo que la DEA ha atrapado".

"Estaba fuera de mi alcance", dijo Miller. "No podía hacer nada".

"Scott, somos motivo de risa aquí. El caso mayor en la historia..." Nuestros informadores nos preguntan "¿Cómo pudo pasar?" Todo el mundo sabe que el tipo es un pez gordo y ¿él sale libre sin juicio? (Con la liberación de Gasser perdimos cerca del 90 por ciento de nuestra efectividad en el Cono Sur. Los narcotraficantes eran omnipotentes. Los informadores tenían miedo de trabajar con nosotros, especialmente en Bolivia, de donde cada día la cantidad de cocaína que atravesaba las fronteras de Norteamérica se multiplicaba geométricamente.

"Si quieres hablar con Pat Sullivan. El es el jefe", me dijo irritado Miller.

\* \* \*

Quizás, pensé, había una forma de reabrir el caso Gasser. Decidí revisar el archivo de nuevo. Entre los reportes concernientes con su arresto encontré uno que indicaba que el otro acusado, Gutiérrez, había declarado que Gasser "sabía que estaba recogiendo dinero del narcotráfico". El informe también indicaba que Gutiérrez había manifestado ansiedad por declarar. Tal vez Sullivan no se dió cuenta de esto; después de todo era sólo un párrafo corto en medio de un informe muy largo. Rogué para que ése fuera el caso.

Telefoneé a la DEA, en Miami y hablé con Richie Fano, agente en Miami de la operación Suárez. Buscó en el archivo para ver si existía una

---

1) Tiempo atrás en Florida, supe de un guitarrista desempleado llamado John Clements, de unos 30 años, que estuvo presente cuando se traficaba droga. El no formó parte de la operación y no dijo una sola palabra. La evidencia contra él era tan débil que el juez, en principio, lo excluyó del caso. Pero el Asistente del Fiscal General de los EE.UU. creía que aún el más pequeño traficante debía comparecer ante el jurado, por lo que Clements fue incriminado y convicto por conspiración. Todos sabíamos que Clements conocía de la conspiración pero que no formó parte de ella. Sabíamos que lo mínimo que había contra Gasser era ser uno de los mayores violadores de la ley de drogas en nuestra historia. Aparentemente, Gasser tenía amigos con una inusual influencia en el sistema judicial. Para mayores detalles del caso de Clements, ver Donald Goddard, "Undercover" (New York: Times Books, 1988).

declaración de seguimiento hecha por Gutiérrez, pero no encontró nada. ¿Un hombre que traficaba toneladas de cocaína queriendo hacer una declaración a la DEA y nadie le prestó atención? ¿Cómo era posible?

Redacté otro cable listando toda la evidencia en contra de Gasser, enfatizando el párrafo que pensé que Sullivan no había visto, pidiendo que se reconsiderara la acusación de manera que se lo pudiera arrestar durante uno de sus viajes a Miami. Ambos, Hurtado y Gasser, viajaban a los Estados Unidos, y yo estaba seguro de que había suficiente evidencia para arrestarlos. Si pudiera convencer a la oficina central de la DEA y a la oficina del fiscal de los EE.UU. para que presentaran el caso ante un gran jurado para una acusación sellada (secreta), podíamos mandarlos directamente a la cárcel tan pronto como entraran a los Estados Unidos. Todavía teníamos a Gutiérrez y si dos de ellos cooperaban, podíamos procesar a todo el gobierno boliviano. Nuestra guerra contra las drogas recuperaría parte de la efectividad que había perdido.

Mandé los cables y envié por valija diplomática al laboratorio de la DEA en Miami, la muestra de cocaína que Hurtado me había dado. Luego llamé al cuartel general de la DEA y a Miami, tratando de lograr apoyo para convencer a la fiscalía de que iniciara una investigación sobre la red cocainera boliviana, con especial énfasis en un encausamiento a Gasser Hurtado.

Esa tarde, Linda me llamó; Alfredo acababa de pasar por la caseta de guardia de la embajada. Levanté la mirada y lo vi aparecer por el pasillo, con su paso rápido. Llevaba una sonrisa de oreja a oreja.

"¿Este Alfredo es un caso, no?" dijo Linda. Ella era una mujer alta y amable de Oklahoma que había trabajado en la oficina durante cinco años.

"Tienes razón", le contesté.

"Che", dijo Alfredo apenas estuvimos solos en mi oficina, "Acabo de dejarlo en el aeropuerto. Todo está perfecto. Ese *hijo de puta* bebe como loco, ¿no?" Se sentó en un sofá, inquieto. Se movía nerviosamente, como si estuviera apurado para llegar a algún lado; siempre era así.

"¿Viste a Mario o a su gente?", le pregunté.

"Claro que sí".

"¿No hubieron problemas? ¿Hurtado se dió cuenta de algo?"

"De nada. Le caigo muy bien", sonrió. "Hablaba. Y yo me ocupaba de llenarle el vaso. Siguió hablando hasta acabarse la segunda botella".

"Sí, y ¿tú no le ayudaste?"

"Bueno.... un poquito", dijo Alfredo, moviendo la cabeza de un lado a otro. "Me dió todos los detalles, los pagos de protección, los nombres, las cantidades. Lo tengo todo escrito". Sacó de sus bolsillos unos pedazos de papel con la información que Hurtado le había dado sobre su trabajo como

recolector de los narcotraficantes bolivianos. Según Hurtado, él era el encargado de los pagos.

Si ésto era cierto, la información era dinamita políticamente. Ayudaría al actual gobierno boliviano que nos habían colaborado en el caso Suárez y parecía ser sincero en su campaña antidroga.

"Hurtado me contó más sobre el caso Suárez", dijo Alfredo. "Me dijo que Suárez es muy buen amigo del tipo que conociste... Ibáñez". Marcelo Ibáñez era el ex-Ministro de Agricultura y la mano derecha de Suárez. Yo había estado tres días con él, haciendo el trato con el que los hicimos caer.

"Así es", dijo Alfredo. "Me dijo que Ibáñez le había contado que el Judío Trigueño lo había tentado con un millón de dólares. También me dijo que: "Ahora hasta la DEA muestra dinero. Uno no sabe con quién se mete". Está que se caga de susto de sólo pensar en la DEA".

"¿Estás seguro de que no sospecha que yo soy el Judío Trigueño?"

"Seguro", dijo Alfredo. "El tipo cree que eres cubano". Se rió.

"¿Cubano?. ¿De dónde sacaste eso?"

Encogió los hombros en un gesto de inocencia. "No me preguntes. Es lo que le escuché decir por teléfono: "un cubano alto, negro, con cadenas de oro en el cuello". Alfredo se dió una palmada en la pierna y se desternilló de risa.

Yo también ref. Era imposible mirarlo sin reírse. "Oye nazi de mierda, ¿tú le dijiste que yo era negro cubano?"

Alfredo se dobló de risa. "¿Y qué importa? Hurtado está tan seguro de ti que llamó por teléfono a Bolivia para que le pongan tanques de combustible especiales a su avioneta... para hacer la entrega".

"¿Aquí en la Argentina?"

"Por supuesto, ¿dónde más?"

"¿Y qué del golpe, te dijo algo más?"

Alfredo contestó. "Lo único que dijo es que si no hay golpe, Roberto Suárez va a tener problemas. Mucha gente anda detrás de él. El gobierno lo anda buscando".

Miré a Alfredo. El me devolvió la mirada. El tipo era un loco hijo de perra, tan simpático que era fácil olvidarse que era un informador. Y eso es algo que un agente de narcóticos nunca debe hacer.

"¿Piensas que este Hurtado es serio?", le pregunté. "Habla demasiado; y ¿si resulta ser un farsante mentiroso? Como su famosa pista de aterrizaje; primero nos dice que es de él después que es de su sobrina Sonia".

"Es de Sonia", enfatizó Alfredo. "Este tipo no es ningún farsante".

"¿Qué te hace sentir tan seguro?"

"Siempre dijo que la pista era de ella. Cuando estuve en Bolivia la vi. Aterrizamos y despegamos allí".

"¡Maldición! Describe la pista ahora mismo". Fui al escritorio de Linda y me presté unos lapices de color y papel que guardaba para cuando su hijita Marcela venía a la oficina. "Dibújala".

Alfredo comenzó a dibujar la pista de aterrizaje. "Hay un río", dijo dibujando una línea curva azul. "Al aterrizar se lo cruza. Y a la derecha hay un pequeño cobertizo". Dibujó una pequeña casa con un lápiz negro.

"Fantástico", le dije, mirando cómo aumentaba árboles y flores al dibujo. La topografía era lo suficientemente clara como para identificar la pista. Si los pilotos que volaron para la misión Suárez afirmaban que era el mismo lugar, tendríamos suficiente evidencia para un caso de conspiración.

"¿Te dije algo más sobre la misteriosa Sonia?"

Alfredo se ofendió. "Che. El no es el único que me ha hablado de Sonia. El tipo no es un farsante".

"¡Bueno, ninguno de los dos está en la computadora!"

"¿Cómo?"

"Nada", le dije. "No es nada importante. ¿Hay algo más que quieras decirme?"

Alfredo pensó por un largo instante. "No... Si, una cosa. El habló de un trato que está arreglando con unos colombianos. Y Sonia tiene un cargamento, creo que dijo 200 kilos, destinado a Venezuela. Pero no me dijo nada más. Además pensé que no debía seguir haciendo preguntas".

"¡Gutsadankum!"

"¿Qué?"

"Algo que seguro no sabes. Quiere decir Gracias a Dios en yiddish".

Después de que Alfredo se marchó, preparé otro cable actualizando el anterior, aumentando la descripción de la pista de aterrizaje de Sonia. Pero no dije que era la pista de Sonia, porque súbitamente me estaba poniendo paranoico sobre todo el asunto. Después de 19 meses en Argentina había conocido a los farsantes más grandes del mundo. Alfredo podía engañarme tranquilamente y era amigo de Mario y su gente, para quienes no habría mejor cosa que hacerme aparecer como el idiota más grande del mundo. Esto, junto con un narcotraficante boliviano al que le encantaba farsear, podía resultar una situación muy embarazosa.

¿Narcotraficantes tratando de apoderarse de Bolivia apoyados por la CIA? ¿Una misteriosa mujer a cargo de su propia organización y dueña de una pista de aterrizaje utilizada en el mayor caso de drogas de la historia? ¿Nada o nadie en la computadora?

Y supuestamente yo era un cubano negro.

Pero también yo había estado presente en la entrevista con Hurtado, y mucho de lo que dijo se había comprobado. La muestra de cocaína que me dió era real. La DEA en Bolivia sabía que Hurtado y Sonia eran peces gordos y Mario me había dicho que averiguara por qué Gasser fue liberado. Pero no podía creer que mi gobierno estuviera involucrado, aún no.

Pasé la siguiente semana bombardeando a la DEA y al Departamento de Justicia con telegramas y llamadas telefónicas, tratando de que el cuartel general de la DEA pusiera mayor atención a todo lo referente a la cocaína boliviana y de que el fiscal general en Miami acusara a Gasser y a Hurtado. Alfredo trató de mantenerse en contacto telefónico con Hurtado. Yo tenía miedo de que éste se diera cuenta de yo era el Judío Trigueño y Alfredo mi soplón. Si esto ocurría, nunca lograríamos que Hurtado saliera de Bolivia, país que no tenía tratado de extradición con los Estados Unidos.

El miércoles 16 de julio, ninguno de mis cables al cuartel general había sido contestado y nadie me había devuelto las llamadas telefónicas. Para empeorar las cosas, Alfredo no había podido ubicar a Hurtado en ninguno de sus tres números telefónicos.

Algo estaba sucediendo. Craig Chretien me llamó el día anterior dándome una pista acerca de cuál podía ser el problema. "He oído rumores de una movida de los militares aquí", me dijo. "No estoy seguro si son buenas noticias, pero algo se está cocinando. De pronto muchos tipos importantes no aparecen".

Y las fotos de las que ahora estaba seguro eran de la pista de aterrizaje de Sonia, habían desaparecido.

Parte de mi campaña de comunicación había estado dirigida al cuartel general de la sección latinoamericana y las oficinas de Miami y Caracas, tratando de averiguar cómo podía desaparecer sin dejar rastros, la evidencia, supuestamente enviada por valija diplomática, que podía implicar a Hurtado y su sobrina con 1.200 libras de cocaína decomisada en Miami y Venezuela. En Venezuela me dijeron que habían enviado las fotos a Miami, en Miami dijeron que las fotos nunca fueron recibidas, y uno de los "ternos" del cuartel general me dijo, "¿Por qué no te olvidas de las malditas fotos?. ¡Seguramente se perdieron!"

La tarde del miércoles me encontraba sentado, mirando fijamente a la ventana de mi oficina considerando todas las opciones. No podía entender la idea de que habían narcotraficantes tan cerca en Bolivia, a los que podía acusar y arrestar fácilmente, preparándose para apoderarse del país, y que ningún burócrata de alto rango de la DEA o el Departamento de Justicia se interesara en poner un alto a la situación.

En retrospectiva, me cuesta creer lo ingenuo que fui, pero en aquel tiempo yo creía totalmente en lo que hacía. Creía que el suicidio de mi hermano era culpa de gente como Suárez, Gasser, Hurtado y Atalá. Todo lo que deseaba era poner a esa gente entre rejas y, tal vez, evitar que otros

más se dediquen al negocio de la droga. Esa había sido mi misión en Sudamérica. ¿Por qué la gente que me había mandado aquí, ponía ahora obstáculos en mi camino?

### 3

Más tarde, Tania, la informadora que me había introducido a la organización de Suárez, llegó a mi oficina completamente presa del pánico. Vestida de negro con un enorme sombrero con velo que escondía su cara, parecía un Ninja gordo y asustado. Sin decir una palabra, se agachó al pasar por la ventana y cerró las persianas. Yo no sabía si reír o preocuparme.

"¿Qué te pasa?"

Cuando se sacó el sombrero y el velo, vi manchas de maquillaje alrededor de sus ojos. "El está ofreciendo una recompensa por nosotros", dijo ella, temblando. Desde el caso Suárez, había estado oculta en Buenos Aires, pero en contacto diario con su familia en Bolivia.

"¿De qué estás hablando?"

"Suárez ha ofrecido 150.000 dólares por cada uno de nosotros, muertos. Dice que eres el Judío Trigueño".

"Ya lo sé", dije, y ella me miró sorprendida. "¿Alguien en Bolivia sabe dónde estás?"

Ya había hecho arreglos para que ella entrara bajo el Programa de Protección de Testigos y que fuera trasladada a los Estados Unidos con una nueva identidad. Este proceso normalmente era muy largo y el caso de Tania era probablemente el más complicado que se había presentado hasta entonces. Ella había cumplido una condena de ocho años en una prisión de los EE.UU., por tráfico de drogas y había sido deportada, lo que la hacía persona no grata en los Estados Unidos. La DEA estaba tratando de que la readmitieran con identificación americana. Y todo para un caso que el gobierno americano estaba tratando de destruir a toda costa.

"Sólo mi familia", susurró pasmada. Su cuerpo temblaba.

"¿Estás segura de que ellos no le dirán a nadie dónde estás?"

"Sí, absolutamente segura. Si no ya estaría muerta".

"Los dos estaríamos muertos. ¿Quién te aviso sobre la recompensa?"

"Gente que sabe. El dinero se lo han ofrecido a muchos. Algunos de ellos conocen a mi familia".

"¿Saben dónde estás?"

"Sólo saben que estoy en Argentina".

"Maravilloso". Tania era la típica soplona, deseosa de vender su lealtad pero aterrorizada de encarar las consecuencias.

"Tengo que llamar a mi familia". Comenzó a caminar nerviosamente por mi oficina. "Anoche fueron a nuestra casa. Mi hijo está allí".

"¿Por qué demonios está tu hijo allí?" Habíamos traído a Ricardo, su hijo adolescente, a Buenos Aires junto con ella. En Bolivia podía ser usado como rehén.

"Es un niño", respondió, apoyando su cabeza en mi hombro. "Extrañaba a sus amigos... a la familia..".

Linda tocó suavemente la puerta y le dije que llamara a la familia de Tania en Bolivia. Mientras esperábamos la llamada, traté de calmar a Tania haciendo llamadas a mis contactos en la policía local pidiendo que vigilaran bien su casa. Irónicamente, ella estaba más segura en Argentina, un país donde la gente sin identificación no podía andar en la calle sin ser arrestada, que en los Estados Unidos, donde las mafias de la droga operan con impunidad, matando a quien se les antoje.

Cuando entró la llamada, me senté al lado de Tania en el sofá. Tomó el auricular con mano temblorosa. "Hola". Por un momento, se incorporó y se puso pálida. "¡No, No, No!", gritó y alejó el teléfono de sí misma. Tomé el teléfono.

"Habla Miguel, el amigo de Tania".

"¡Están rodeando la casa!" oí decir a una voz aterrorizada de mujer. "¡Están armados!" ¡Están golpeando las puertas!"

"¿Quiénes son?"

"No sé". Se puso a llorar, mientras yo oía golpes y gritos. "¡No abran!" gritó a alguien. "Aléjense de la puerta".

"¿Cómo están vestidos? ¿Soldados? ¿Policías?"

"Gringos, con sombrero de vaquero y gafas".

"¿Gringos?" El teléfono había sido colgado.

Tomó otros 90 minutos para llamar de nuevo, durante ese tiempo Tania estuvo recostada en el sofá en estado de shock. Llamé a la DEA en La Paz y supe que aumentaban los rumores sobre un golpe, pero que no podían hacer nada sobre el problema de Tania. "No sabemos si nosotros mismos estamos en problemas", me dijo un agente.

Finalmente, entró la llamada. Tania se sentó y tomó el teléfono. "Hola!" Escuchó por un momento y respiró tranquila. Estaba hablando con su hijo.

"Los gringos se han ido", le dijo. Describió lo que había ocurrido y Tania me lo repitió:

Unos hombres vestidos de negro, con sombrero de vaquero y gafas oscuras, "definitivamente no bolivianos", rodearon la casa. Golpearon la puerta, diciendo que buscaban a Tania. Según ellos eran del FBI.

Tomé el teléfono. "¿Ricky, qué acento tenían?"

"Norteamericano", me dijo, "pero podían estar fingiendo. Escuché a uno de ellos hablar en español, con acento argentino. Estoy seguro de que

trabajan para Suárez". Lo que Ricardo acababa de describir era un encuentro con *los "Novios de la Muerte"*, un grupo de hombres que estaba a pocas horas de hacer historia.

"¿Sabes quién eres?"

"No creo".

"¿Tienes suficiente dinero para escapar y venir a Buenos Aires inmediatamente?" El muchacho quedó en silencio. "Si no tienes suficiente puedo hacer que la DEA te dé dinero, pero preferiría que nadie te viera".

"Tengo un pasaje", me dijo.

"Bien. Quiero que salgas de Bolivia lo antes posible".

Tania, muy aliviada, colgó el teléfono. Ricardo saldría en una hora y llegaría a Buenos Aires en el vuelo de la tarde. "Casi se me olvida decirte algo", me dijo. "Ibáñez está oculto. Suárez también quiere matarlo. Le está echando la culpa de todo". Ibáñez, el hombre que había recomendado a Suárez que hiciera negocios con el Judío Trigueño, era también gran amigo de Hurtado. Tal vez el hecho de que Ibáñez estaba oculto, explicaba por qué Hurtado no se había dado cuenta todavía de mi identidad. "Voy a tratar de ubicarlo", me dijo Tania, "y convencerlo de que se entregue a la DEA".

"Buena idea", le dije. "Mientras no le digas dónde estás".

Acompañé a Tania "de incógnito" hasta la puerta de la embajada, donde había todo un escuadrón de policías argentinos y gente de seguridad de la embajada. Llamé un taxi para ella. Antes de que subiera le dí un abrazo, y recordé algo que le quería preguntar.

"¿Conoces a alguna mujer llamada Sonia en Bolivia?"

"¿Sonia?" dijo, poniéndose alerta como una cobra. "¿Su esposo es corredor de autos?"

Yo ya había aprendido a ser cuidadoso y no mezclar mis casos. Una vez cometí ese error y casi lo pagué con mi vida. Si la hacienda de Sonia se utilizó en el caso Suárez, Tania debía conocerla. Y si la conocía, tenía que tener razones para no decírmelo.

"No sé", dije. "Sólo sé su nombre y que vende mucha droga".

"Es ella", dijo Tania cautelosamente. "Es muy peligrosa. ¿Cómo supiste de ella?"

"No sé si estamos hablando de la misma persona", le dije. "Alguien me mencionó su nombre. ¿Pero por qué no me hablaste antes de ella?"

Tania me miró por un largo rato. "Te dí información sobre Roberto Suárez y mira lo que pasó".

Alfredo llegó al poco rato de que Tania se fuera. "Este es tu día", dijo Linda, viéndolo pasar como una tromba hasta mi oficina, con un cassette en las manos.

"Finalmente lo tengo al *hijo de puta*", dijo. Había grabado una conversación con Hurtado. Hurtado aceptó entregar drogas en la Argentina, pero quería que primero Alfredo fuera a Bolivia lo antes posible.

"Tenemos que acabar esta cosa", decía Hurtado en la grabación, "antes del cambio de gobierno". Escuché, tratando de detectar algo de sospecha en su voz, pero su tono era tranquilo y amistoso.

"*Jefe*, estoy listo para ir cuando quiera", dijo Alfredo haciendo un saludo militar.

"¿No tienes miedo de que te maten en el golpe?"

"Lo creeré cuando lo vea".

"¿Cuándo puedes partir?"

Su cara se iluminó. "El próximo vuelo a Santa Cruz sale el domingo".

Le di suficiente dinero en efectivo para su pasaje por avión y su estadía de unos días en Bolivia y lo vi salir alborotado por el pasillo. Mi asistente Max Pooley, veterano de la DEA en la frontera de Texas, estaba en el escritorio de Linda mirando.

"Ese cabrón está loco", dijo.

"Le gusta vivir al borde del peligro", dije yo.

Max se rió. "No, simplemente está loco".

## 4

A la mañana siguiente, mandé otro cable detallando el itinerario de viaje de Alfredo y pidiendo de nuevo que la DEA presionara a la oficina del Fiscal para acusar a Hurtado lo más pronto posible. Hurtado podía descubrir mi identidad en cualquier momento, y si Alfredo estaba entonces con él, podía ser el fin del loco de ojos azules. Uno de los "ternos" de la sección latinoamericana dijo: "No puedo obligar a Miami a que hagan su trabajo" y me colgó cuando le grité. "¿Y entonces qué mierda quieren que haga desde aquí?"

Estuve sentado en mi oficina por un largo rato tratando de aclarar mis pensamientos. Linda me llamó, acababa de llegar una llamada del cuartel general.

"¿Cómo estás, Mike?" dijo una voz calmada.

"Bien", respondí.

"Eso no es lo que me han dicho".

Reconocí la voz del "rabbi". Era difícil creer que habían pasado dos años desde nuestro primer encuentro.

A fines de septiembre de 1978, como preludeo de mi transferencia a Buenos Aires, me llamaron al cuartel general de la DEA para conocer a

algunos de los altos personeros bajo cuyas órdenes estaría. Sería un día tenso entre los líderes de la guerra contra las drogas, a quienes no caía bien aún antes de que me conocieran.

Mi ascenso y transferencia a Buenos Aires no había sido un regalo. Entre 1973 y 1978 estuve a la cabeza en la oficina de Nueva York en cuanto a arrestos, compras clandestinas y decomisos de drogas, y nunca había perdido un caso, sin embargo nunca se me había considerado para un ascenso. Para colmo de males, los agentes que habían recibido ascensos no habían logrado nada y no tenían experiencia en las calles. Lo que sí tenían eran buenas conexiones políticas. Yo no era el único agente de la DEA que había sido engañado y dañado por esta policía; ocurría en toda la agencia.

Corría el rumor de que "mi principal problema" radicaba en que yo era judío. Documenté estos rumores y estaba a punto de demandar judicialmente a la DEA. Cuando era obvio que ganaría el caso, los "ternos" decidieron ofrecerme un ascenso y la transferencia a Buenos Aires creyendo que no lo aceptaría.

El "rabbi" era una de las muchas personas que me presentaron ese día. Se había ganado el respeto de muchos agentes que trabajaban en las calles. "¿Por qué no me visitas en mi oficina antes de irte?", me dijo en un tono que implicaba, un "por tu propio bien".

Me asomé por su oficina al final del día. Estaba solo, sin chaqueta, mirando por la ventana. Sonrió y me invitó a tomar asiento y en los siguientes minutos hablamos en general sobre el trabajo y las condiciones de trabajo en Argentina. De pronto me dijo. "¿Te preocupa de algún modo el hecho de que eres judío, ahora que vas a Argentina?".

La pregunta me tomó por sorpresa. Era algo que podía haber esperado de otro judío, pero no del "rabbi", que era cualquier cosa menos judío.

"No", le dije, "¿debería preocuparme?"

"Sé de algunas personas que pensaron que tal vez sería así".

"Bueno, espero que estén contrariados", dije yo.

Sonrió y me dijo que así fue. "Sabes que eres el primer hombre que entra a la sección latinoamericana sin la influencia de un rabbi". Quedó pensativo por un largo instante, mirándome. "Sólo quiero que sepas algo", dijo finalmente. "Estoy al tanto de tu carrera, Mike. Pienso que tenemos mucha suerte al tenerte en nuestras filas". De pronto sonrió, se puso de pie, y me tendió la mano.

Me sorprendió tanto que no pude moverme por un segundo. Como la mayor de los agentes, no confiaba en halagos. Pero su apretón de manos fue firme; su sonrisa abierta y sincera. Me sentí sonrojar. Siempre que sentía que un halago era sincero, me ponía incómodo.

El rabbi me puso el brazo sobre los hombros y me acompañó hasta la puerta. "Mike vas a encontrar que allí existe otro mundo que no es como las

calles de Nueva York o Miami. Si necesitas ayuda o un consejo amistoso, quisiera que me llames".

Tuve la sensación de que me quería decir algo más, pero por alguna razón cambió de parecer. No tuvimos mayor contacto. Y ahora la repentina llamada telefónica, después de dos años, era como para ponerme nervioso.

"¿Qué es lo que te han dicho?" pregunté, tratando de que mi voz sonara serena y amistosa.

"Que estás empujando demasiado las cosas".

"¿Y eso está bien o mal?"

"Depende de a qué te refieres, tu salud o tu carrera. Si te estás desvelando, es malo para tu salud; si estás contrariando a tus superiores, yo diría que es malo para tu carrera. ¡Tú dime!"

"Si lo que estás tratando de hacer es ponerme nervioso, lo estás haciendo muy bien", dije, tratando de reír.

"Mike, una vez te dije que allí existe otro mundo y que me llames si necesitabas consejos. Decidí no esperar tu llamada. Pienso que la DEA necesita hombres como tú, pero tienes que aprender a escoger en qué guerra te metes. Eres un gran agente, Mike, pero tu sentido de las proporciones está fuera de lugar y eso puede ser muy peligroso".

"No te entiendo", le dije.

Se quedó en silencio por un momento. "Hace muchos años fui policía... patrullero uniformado. ¿Lo sabías?"

"No", le contesté sorprendido.

"Hay muchas cosas que no sabes", me dijo. "Tú me recuerdas a mis años de novato".

"No soy tan joven".

"Es tu actitud. Cuando me inicié quería arrestar a todo el mundo, vigilar a todo sospechoso, investigar cada crimen. Pensaba que podía cambiar el mundo. Recuerdo que una vez fui asignado con un oficial viejo a quien le faltaban unos meses para jubilarse. Estábamos en el turno de las cuatro hasta la medianoche, en un barrio peligroso. Nos disponíamos a tomar un café, cuando se armó la gorda".

"Apareció un montón de gente en una esquina. Oímos balazos y después una explosión. El viejo condujo lentamente el auto hacia la esquina, me dieron ganas de gritarle que conectara la sirena, pero me mantuve calmado. Cuando llegamos a la esquina ví que había un motín; cientos de personas saqueando las tiendas, volcando autos, incendiándolos; era un infierno".

"¿Y qué crees que hizo el viejo? Retrocedió el auto hasta la mitad de la cuadra y se estacionó. "Llama y pide ayuda", me dijo. Yo estaba furioso, apenas podía contenerme, pero me callé y seguí sus órdenes. Tomó unos cuatro minutos para que llegaran los refuerzos mientras tanto esperamos sentados sin hacer nada.

"En ese instante estaba lleno de desprecio por el viejo cabrón. Pero cuando pensé sobre el asunto después (cuando la vida me enseñó algunas lecciones) me di cuenta de que el viejo me había salvado la vida. Esa espera de cuatro minutos pudo haber sido la más valiosa de mi vida".

"¿Qué tratas de decirme?", le pregunté, aún cegado por mis ideas sobre la guerra contra las drogas y sin entenderle.

"Lo que trato de decir es que estás fuera de tiempo y sin apoyo. Si doblas la próxima esquina, estarás totalmente solo y estarás perdido".

"Sólo hago lo que es correcto; ¿no es para eso que me mandaron aquí?"

"Mira Mike, nuestro país tiene muchos intereses y tú sólo eres un hombre en un rincón olvidado del mundo. Hay mucha gente más inteligente que tú y yo involucrada en este negocio y que sabe cosas que nosotros no sabemos. Así que, si una acción parece correcta no quiere decir que lo sea; y aun si es correcta, a veces no es la más saludable".

"¿Qué sugieres que haga?"

"Relájate", me dijo. "El caso Suárez fue un gran logro; mayor de lo que se esperaba. Acaba tus informes, haz recomendaciones y deja que alguien se ocupe del resto. Nos hiciste quedar bien; ahora tómate unas vacaciones".

"Me cuesta hacerlo". Se quedó en silencio por un momento. "Mike, no te olvides nunca del sandwich de mantequilla de maní".

"Estás bromeando".

"No. Te digo esto porque me caes bien".

Colgué con un escalofrío. Sus palabras me seguirían hasta el fin de mi carrera; palabras que por el momento, me resistía a creer.

El rabbi se refería a lo que le pasó a Sante Bario. Bario era uno de los mejores agentes secretos de la DEA; había realizado los mejores trabajos de la agencia. Era también amigo mío. Hará un año que fue arrestado por contrabandear heroína desde Méjico, donde trabajaba, a los Estados Unidos. Cuando estuvo preso en una ciudad fronteriza de Texas, en espera de audiencia, comió un bocado de un sandwich de mantequilla de maní y le vinieron convulsiones y luego entró en estado de coma. Murió un mes más tarde. El guardia de la prisión le informó a su esposa que se había encontrado estricnina en su sangre. El informe oficial de la autopsia indicó que la causa del deceso fue asfixia, se atoró con un sandwich de mantequilla de maní.

Varios colegas de Bario estaban informados de que él estaba involucrado en casos que tocaban algunos intereses de la CIA. Los rumores decían que "sabía demasiado" sobre el contrabando de drogas a los Estados Unidos por parte de la CIA, con el que la agencia financiaba sus propios intereses, y que lo mataron los miembros de seguridad interna de la DEA (en realidad la CIA) o la CIA misma. Yo siempre me mantuve al

margen de este rumor. ¿Quién podía creer que una rama del gobierno de los EE.UU. asesinara a su propia gente?"

Aquella noche volviendo a casa, decidí seguir los consejos del rabbi. Estaba exhausto y mis nervios agotados. Mis jefes y el fiscal de los EE.UU. evitaban mis llamadas. Suárez había ofrecido una recompensa por mi muerte. Todo ésto tenía que ser una advertencia.

## IV

# EL GOLPE DE LA COCAÍNA

Poco antes del amanecer del 17 de julio de 1980, un viejo encorvado pasaba lentamente en su bicicleta por el centro de Trinidad, Bolivia. El largo y polvoriento camino estaba en silencio con excepción del crujido que producían las ruedas de la bicicleta y la respiración trabajosa del viejo tratando de pedalear cuesta arriba, al mismo tiempo que masticaba la hoja de coca.

La quietud fue súbitamente interrumpida por el sonido de automóviles aproximándose. Sonó una bocina, luego otra. El ruido retumbó en las colinas distantes, rompiendo la calma.

Una camioneta pasó al lado del viejo, salpicando grava. Una piedrecilla hirió levemente su cara. Seis hombres uniformados y con máscaras que cubrían sus caras miraron al viejo desde la carrocería de la camioneta. Se escucharon risotadas y algunas palabras en un idioma desconocido.

Pasó otra camioneta cargada de enmascarados, ésta vez más cerca. El viejo sintió que algo lo rozaba y trató de no perder el equilibrio. Se escucharon más gritos y risas y el viejo pudo reconocer el idioma. Había trabajado varios años para un patrón alemán. Levantó la vista, y se dio cuenta de que le apuntaban desde la camioneta. Oyó un disparo y vio el polvo levantarse cerca de él.

El viejo detuvo su pedaleo y vio alejarse la camioneta.

Un camión con más hombres enmascarados pasó a mayor distancia del viejo. Se escucharon disparos a lo lejos. Uno de los hombres que iban en el camión miró al viejo y se puso en posición. Tenía un rifle con mira telescópica. Se levantó la máscara y apuntó.

El viejo volvió a pedalear. Apenas podía distinguir al hombre del rifle. Lo último que vio fue un fogonazo en la parte trasera del camión, después un proyectil calibre 22 le hizo explotar la cabeza como un melón. Los hombres del camión aplaudieron.

El golpe de la cocaína había comenzado.

Explosiones y disparos empezaron a llenar el aire y las colinas. Más hombres uniformados y enmascarados entraron a Trinidad, disparando a todo lo que se movía. Asaltaron tiendas y casas, saqueando y disparando. Los rufianes enmascarados no eran bolivianos; hablaban español con acento alemán, francés e italiano. Algunos, como Mario y sus hombres, tenían acento argentino. Sus uniformes no tenían identificación de ningún país; aunque algunos tenían insignias nazis. Pronto el ejército boliviano se unió a los extranjeros, haciendo un llamado para que el coronel Luis Arce Gómez fuera el líder del golpe.

Las noticias sobre la revuelta se esparcieron rápidamente por toda Bolivia; llegando a oídos del gobierno de Lidia Gueiler, el cual había colaborado con la DEA para el éxito de la operación Suárez. Se declaró estado de emergencia y se llamó a una reunión urgente en la sede de la COB (Central Obrera Boliviana) en La Paz.

Marcelo Quiroga, diputado recientemente electo de la coalición socialista y quien había manifestado su oposición a las drogas, llamó a un paro nacional. Se adoptó la medida. Todo el país quedó paralizado.

Mientras tanto, en las afueras de La Paz más hombres uniformados y enmascarados tomaron las ambulancias de la Caja Nacional de Seguridad Social y se dirigieron al centro de la ciudad, disparando indiscriminadamente a hombres, mujeres, niños y hasta a perros callejeros.

Comenzaron a correr ríos de sangre.

Los asesinos eran los *"Novios de la Muerte"*, un grupo de más de 600 paramilitares, adoradores del nazismo, reclutados por Klaus Altmann, en realidad Klaus Barbie, criminal de guerra nazi protegido por la CIA.

Barbie reclutó a los *"Novios de la Muerte"* inicialmente para el uso exclusivo de Roberto Suárez en la protección de su imperio de drogas. Pero a partir de este día estarían al mando del Coronel Arce Gómez, llamado Lucho, líder del golpe, un maleante barrigón de uniforme y gafas oscuras, prototipo del dictador latinoamericano. Arce Gómez, primo de Suárez, ordenó que los neonazis torturaran y asesinaran al pueblo boliviano, llegando a extremos sin precedentes.

En las ambulancias, los hombres sabían exactamente a dónde se dirigían. La operación había sido planificada por el mismo Barbie junto con el terrorista internacional Stefano Della Chiaie, bajo la autoridad de Arce Gómez. Los hombres llegaron al edificio de la COB y subieron de prisa por las escaleras, disparando a quien se interponía a su paso.<sup>1</sup>

En la sala, donde se llevaba a cabo la reunión, se desencadenó el infierno. Noel Vásquez, miembro de la COB, fue testigo ocular:

Todos nos lanzamos al piso... Momentos después entraron civiles encapuchados con armas automáticas... eran feroces.

Nos ordenaron salir. Sacaron primero a los dirigentes. Cuando bajábamos las escaleras uno de ellos le ordenó a Marcelo (Quiroga) que se quedara. El se negó y le dispararon. Yo me acerqué a él y levanté su cabeza; vi que aún estaba vivo, pero que sangraba profusamente. Después supimos que había muerto.

Lastimosamente el heroico Quiroga, quien había dirigido el juicio por corrupción y droga contra el exdictador Hugo Banzer, no murió instantáneamente. Herido en la cabeza, fue conducido al cuartel general de policía para ser torturado por los expertos importados desde la Escuela de Mecánica de la Fuerza Naval Argentina, institución donde varios de los 25.000 desaparecidos fueron usados como conejillos de indias para refinar técnicas de tortura. Estos expertos aplicaron sus "conocimientos" en Quiroga como lección para los bolivianos, quienes estaban un poco atrasados al respecto. Lo mantuvieron vivo y en agonía por varias horas. Su cuerpo torturado y castrado fue hallado días después en el Valle de la Luna, al sur de La Paz.

Los sobrevivientes del asalto a la COB fueron llevados al cuartel general del Ejército, donde fueron golpeados y torturados. Las mujeres recibieron tratamiento "especial", siendo violadas además de torturadas y golpeadas.

"Pasamos varios días en una celda, sin alimento, viviendo entre nuestros excrementos", dijo Vásquez. "Fuimos torturados por paramilitares encapuchados con acento italiano o argentino".

En la tarde del 17 de julio, estaba claro que el objetivo principal del golpe era proteger y controlar la industria de la cocaína en Bolivia. Todos los traficantes presos fueron liberados, uniéndose a los neonazis. Los edificios gubernamentales fueron invadidos y los archivos de los narcotraficantes fueron robados o quemados. Los empleados del gobierno fueron torturados y asesinados, las mujeres atadas y violadas repetidas veces por los

---

1) Tiempo después supe que la planificación de la acción militar para el golpe tuvo lugar en una reunión entre militares de la Argentina y Bolivia en junio, y el video de la reunión se lo pasó en la CIA.

paramilitares y los narcotraficantes que habían sido liberados. Después, los golpistas se dedicaron a desarticular el paro nacional.

Un grupo paramilitar inició un ataque contra la estación de radio católica: Radio Fides, y la acallaron. En las siguientes 24 horas, veinte sindicalistas fueron ejecutados o torturados hasta morir. El dirigente campesino Genaro Flores fue torturado tan brutalmente que quedó inválido. El paro nacional se tambaleaba. Sólo el sindicato minero resistió, pero con la muerte o captura de la mayoría de sus dirigentes, capitularon después de dos semanas.

El 18 de julio se cerraron las fronteras y el país fue declarado zona militar. En La Paz, el General García Meza y el Coronel Arce Gómez fueron nombrados Presidente y Ministro del Interior, respectivamente. Argentina reconoció inmediatamente al nuevo gobierno. Aunque continuaba una cierta resistencia, el golpe fue casi un éxito total.

Un diplomático describió las calles de La Paz diciendo: "De la noche a la mañana se convirtió en el lugar más extraño que uno pueda imaginarse, con tipos armados corriendo de un lugar a otro y el resto de la gente atemorizada escondiéndose en sus casas. Parecía como si la mafia se hubiera apoderado de Washington".

Los golpistas utilizaron la técnica argentina de usar vehículos de aspecto inocente para hacer desaparecer gente. Según un estudiante boliviano, "cada vez que aparecía una ambulancia había que escapar"<sup>1</sup>. Los principales enemigos del golpe eran los dirigentes de sindicatos, periodistas, clérigos progresistas, activistas políticos y los bolivianos que solían ponerse por casualidad al alcance de una mira. Miles fueron llevados a estadios, al estilo del golpe de 1973 en Chile, donde se escogieron grupos para ser torturados y ejecutados.

A mediados de agosto, toda resistencia se había extinguido. Como Ministro del Interior, Arce Gómez tenía un virtual monopolio del poder dentro del aparato de represión y control total de la fabricación de cocaína del país. Barbie, a quien Arce alguna vez llamó "mi profesor", también conocido como "El Carnicero de Lyon" por las atrocidades cometidas contra los franceses como jefe de la Gestapo en dicha ciudad, fue nombrado coronel honorario del ejército boliviano y recibió funciones de comando del aparato de represión. Sus especialidades eran contrainteligencia y tráfico de drogas.

Bajo la protección de Arce Gómez, todo el tráfico de cocaína pasó al control de un pequeño grupo de barones de la droga, aquellos que habían financiado el golpe. Los miembros clave de este grupo eran Suárez, Gutiérrez (aún en la cárcel en Miami, en espera de juicio) y José Roberto Gasser. Un porcentaje de las ganancias de la droga pasaba a manos de Arce Gómez, y cada uno de los barones de la droga recibió un escuadrón de neonazis para su protección y para eliminar a sus competidores.

---

<sup>1</sup>) Magnus Linklater, Isabel Hilton y Neal Asceron, "El Legado Nazi" (New York: Holt, Rinehart y Winston, 1954).

Arce Gómez hizo una lista de 140 pequeños traficantes que debían ser suprimidos (muertos o encarcelados) con el aparente propósito de mostrar a los Estados Unidos que el nuevo gobierno tendría mano dura con los narcotraficantes; pero en realidad para eliminar la competencia y mejorar la producción de cocaína.

Como resultado de esta campaña que estuvo a cargo de los "Novios de la Muerte", se realizaron grandes decomisos de droga. Se depositó en las bóvedas del Banco Nacional de Bolivia cocaína avaluada en billones de dólares. Los sicarios de Barbie recibieron una casa de tortura, ubicada al frente del hotel "Los Tajibos" en Santa Cruz, para sus actividades de represión. La casa pertenecía a una traficante de 30 años de edad, Sonia Atalá, sobrina de Hugo Hurtado.

Sonia, casada con Wálter "Pachi" Atalá, corredor de autos y exsubsecretario de Hugo Banzer, recibió el comando de su propio escuadrón de neonazis, por muy buenas razones. Las conexiones de Sonia en Colombia y los Estados Unidos, donde la mayoría de los bolivianos tenía miedo de ir, eran las mejores. Arce Gómez pronto se dió cuenta de lo que valía para el gobierno y la puso a cargo de la venta de la cocaína que se había acumulado en las bóvedas del banco y empezaba a descomponerse.

El Golpe de la Cocaína había convertido a Sonia Atalá en la principal vendedora del país que entonces producía el 80 por ciento de la cocaína del mundo, sin duda alguna la mayor narcotraficante del mundo.



# V

## ILUSIONES PERDIDAS

### 1

Los informes que llegaban a la DEA acerca del Golpe de la Cocaína eran asombrosos, en particular para los cinco agentes destinados a Bolivia. Aunque supuestamente los "ternos" de la DEA no tenían idea de quién era Roberto Suárez hasta que éste se apoderó de su país, Suárez en cambio tenía una copia de cada uno de los archivos personales de los agentes, incluyendo detalles íntimos de carácter personal, fotos e historiales médicos de sus familias. Estos archivos, se entregan rutinariamente al Ministerio del Interior del país de destino cuando un agente de la DEA es transferido al extranjero; y ahora en Bolivia el Ministro del Interior era Luis Arce Gómez, primo de Suárez.

Para mí, el golpe fue una derrota personal, pues, con un pequeño equipo de agentes clandestinos había trabajado mucho para infiltrar la organización de Suárez y arrestar a sus integrantes principales. Nos echaron de encima y se apoderaron del gobierno, para evitar que siguiéramos investigándolos. Además, aún no podía olvidar las palabras de Mario en sentido de que el golpe se había hecho con ayuda de la CIA.

La información que recibíamos indicaba que uno de los instigadores y financiadores del sangriento golpe era Erwin Gasser, padre de José Roberto Gasser. Uno de los hombres más poderosos y ricos de Bolivia, ¿hubiera apoyado el golpe si su hijo seguía bajo custodia en los EE.UU.? ¿Y por qué fue liberado José Gasser, conocido como uno de los hombres a cargo de la producción de cocaína en Bolivia? ¿Sería posible que lo liberaran sin ayuda de la CIA? El rabbi había aconsejado que me apartara de todo esto, pero me dí cuenta que no era posible. Existían aún muchas preguntas sin contestar, cuyas respuestas podían invalidar toda la razón de mi existencia durante los últimos 15 años.

Durante la semana posterior al golpe me sentí confundido, incapaz de decidir qué hacer. Alfredo seguía incomunicado en Bolivia, supuestamente con Hurtado. Traté de convencerme de que Alfredo era un profesional a sueldo, quien conocía los riesgos a que se exponía.

Mientras tanto, a pesar del golpe, a pesar de la muerte y tortura de los personeros gubernamentales bolivianos que habían colaborado con la DEA en la operación Suárez, no podía hacer que los "ternos" se interesaran en acusar a Gasser o Hurtado o en apremiar a la fiscalía en Miami para investigar la situación de la cocaína en Bolivia. Ni siquiera pude conseguir que trataran de encontrar las fotos perdidas de la pista de Sonia o, por lo menos, determinar cómo habían desaparecido. Algo estaba ocurriendo sobre lo que no tenía ningún tipo de información, algo horrible y secreto; y no tenía la menor idea de qué hacer.

Fue entonces que me di cuenta de que me encontraba sitiado. Todos mis ideales estaba siendo destrozados por un enemigo oculto detrás de un muro de burocracia y yo no hacía nada por defenderme. Resolví seguir adelante y hacer lo posible para lograr que se acusara a Hurtado y Gasser. Con suerte se acusaría después a Sonia Atalá . Y a continuación, quizás caerían Arce Gómez y Klaus Barbie y todo el maldito gobierno boliviano.

La mañana del sábado 26 de julio, alguien golpeó estruendosamente mi puerta. Era Alfredo que acababa de regresar de Bolivia.

"No me lo vas a creer", dijo caminando de arriba abajo por mi living, con aspecto de no haber dormido muchos días. "Estábamos en el avión de Hurtado... Dos oficiales de la Fuerza Aérea piloteaban el avión, él les prestó su avión a los militares para el golpe. Mientras tanto nosotros hablábamos sobre el trato, sentados en la parte trasera del avión".

"Abajo, habían tiroteos y explosiones de bombas. Estaban arrasando con los *campesinos*... mujeres, niños. Era horrible". Alfredo se derrumbó en un sillón con la cabeza entre las manos. Estaba viendo un aspecto de él para mi desconocido. Le serví un whisky y se lo tomó de un solo trago. Respiró hondo y dijo, "perfecto".

Alfredo, como profesional que era, tomó notas de todo lo que había visto, desde el número de serie del avión de Hurtado hasta una descripción de los dos coroneles que pilotearon el avión. (Después hice que un experto argentino dibujara las descripciones de los dos hombres; uno de ellos fue identificado como el Coronel Ariel Coca, uno de los líderes del golpe). Habían sobrevolado la ciudad minera de Oruro, que aún se resistía al nuevo gobierno.

"¿Y que pasó con el trato?" pregunté.

"Me dijo que no se haría nada hasta que el golpe estuviera finalizado. Pero también dijo que irá a Colombia la próxima semana, a Cali, a cobrar por 100 kilos, suyos o de Sonia, me dijo que de ambos. Después mencionó entregas que hizo recientemente en Panamá, Brasil y Puerto Rico".

"¿Por qué no quiere hacer tratos conmigo? ¿Piensas que sospecha algo?"

"No creo", dijo Alfredo inseguro: "Me llevó en su avión. Hablamos sobre el trato delante de los dos coroneles. Si supiera quién eres yo no estaría aquí". Sus ojos de loco se iluminaron de repente. "Mándame de vuelta la próxima semana. Me quedaré con él hasta que todo esté listo".

"No te apresures", le dije. "Quiero ver si consigo una orden de arresto antes de que regreses. Así, si no quiere hacer el trato, le puedes decir que nos reunamos en Miami o Puerto Rico. ¿Crees que vaya si le dices que voy a adelantarle algo del dinero?"

"¿Estás bromeando? Saldrá en el próximo vuelo".

No estaba seguro si quería que Alfredo regresara. Habíamos abusado ya demasiado de su suerte. Pero si conseguía la orden de arresto para Hurtado, podía hacer la oferta por teléfono. Tal vez éste llevaría a Sonia si la oferta era lo suficientemente tentadora.

Envié a Alfredo a casa y me dirigí a mi oficina, donde inicié otra serie de cables y llamadas telefónicas al cuartel general. Descarté el que la DEA encontrara las fotos perdidas de la pista de Sonia y envié directamente a la oficina de los pilotos en Texas el mapa que Alfredo dibujó.

\* \* \*

El miércoles, 30 de julio, Tania estaba de vuelta en mi oficina, ésta vez con sombrero y velo blancos. Tenía noticias perturbadoras.

"Cutuchi va a salir de la cárcel", me dijo. "Mi gente llamó. Corren rumores por toda Santa Cruz... los narcos dicen que el trato se hizo en los Estados Unidos y que él saldrá de Miami".

Llamé a la oficina de la DEA en Bolivia y hablé con Craig Chretien. "Hemos oído algo", dijo. "Si esto ocurre, más vale que cerremos esta oficina".

Mandé otro cable al cuartel general de la DEA, pidiendo con urgencia que se acusara a Gasser de manera que se lo arrestase durante sus

entradas y salidas con dinero de la droga a los Estados Unidos, mientras Gutiérrez estaba aún preso. Puse muy en claro que Gutiérrez no estaría más tiempo en la cárcel si no actuábamos rápidamente.

Tenía miedo de poner en el cable lo que Tania me dijo. La CIA leía todo lo que salía de la embajada. Si ellos estaban detrás de la liberación de Gasser, podrían hacer lo mismo con Gutiérrez.

El primero de agosto, el piloto Dave Kunz me llamó para avisarme que él y los otros pilotos habían identificado el dibujo que hizo Alfredo de la pista de Sonia como el mismo lugar donde recibieron la cocaína de Suárez. Después de varias semanas de presionar al cuartel general para que convencieran al fiscal general en Miami para acusar a Gasser y a Hurtado, recibí una llamada de uno de los "ternos". Me dijo exasperado, "Te autorizamos a viajar a Miami. Presenta tú mismo el asunto a Pat Sullivan".

Emocionado, llamé a la oficina de la DEA en Bolivia para ver si tenían algo que me ayudara a convencer a Sullivan para la acusación a Gasser.

"Olvidalo, mejor ni vayas", me dijo un agente. "¿Viste el cable que le mandamos antes de que se liberara a Gasser?"

"¿Qué cable?"

"Sobre el asesinato".

"¿Asesinato? ¿Cómo diablos no me enteré de eso?"

"Revisa tus archivos. Si no lo tienes te enviaré una copia".

"¿Qué dice el cable?"

"En 1972, Gasser mató a un mayor del ejército de apellido Rojas. No sabemos si fue algo político o de drogas o las dos cosas, pero hubo una acusación formal".

"¿Cuál fue la disposición?"

"No pudimos conseguirla. Su familia tiene tanto poder político que no pudimos conseguir ninguna disposición. Un informador del gobierno (boliviano) nos dijo que pagaron una coima para que lo absolvieran".

"Jesús", dije. "¿Sullivan vio esto antes de liberarlo?"

"Claro que sí. Carajo, y eso no es todo. La gente de Suárez se presentó a Selum, el anterior Ministro del Interior, e intentaron hacerle firmar un papel donde decía que Gasser y Gutiérrez no tenían antecedentes para un arresto. Querían presentarlo al juez en Miami para sacarlos bajo fianza. El Ministro les dijo que se vayan a la mierda".

"¿El es quién nos ayudó, no?"

"Sí, Jorge Selum. Nos apoyó arriesgando su pellejo. Dijo que si la policía boliviana se enfrentaba a Gasser y Suárez, él apoyaría a la institución".

"¿Y Sullivan recibió toda esta información?"

"Toda, completa".

Le pregunté si tenía noticias sobre Hurtado o su sobrina Sonia.

"Estamos muy limitados desde el golpe, pero he oído que la mujer esa tiene mucho peso ahora..., mucho. Parece que Hurtado va a trabajar para ella".

El cable sobre Gasser no estaba en mi archivo, así que llamé de nuevo a la DEA en Bolivia para que me lo enviara. Lo llevaría conmigo para la entrevista con Sullivan.

## 2

La mañana que llegué para mi entrevista con Sullivan, jefe de la sección criminal de la Oficina del Fiscal de los EE.UU., Distrito de Florida, hacía un calor espantoso en Miami. No había dormido las últimas 48 horas; los acontecimientos de los cuatro meses pasados me atormentaban, despertándome con amenazas veladas y quitándome el sueño.

Antes de partir de Buenos Aires traté de averiguar lo máximo posible sobre los "ternos" con quienes me entrevistaría. Un agente me dijo que Scott Miller sólo buscaba publicidad y que se olvidaba de la existencia de un caso tan pronto como su nombre se publicaba en la prensa. Otro agente me dijo que nunca tuvo problemas con Miller. Sin embargo, en cuanto a Sullivan, todos estaban de acuerdo; tenía conexiones políticas de alto nivel y en las palabras de un agente, "No es el tipo a quien se jode, Levine".

A las 10:00 me encontraba en una oficina gubernamental al otro lado del escritorio donde estaba sentado Sullivan, hombre de unos treinta años con una ligera sonrisa en la boca y los ojos serios. El calor de Miami era más fuerte que el aire acondicionado, pero Sullivan, de corbata, se veía sereno y aburrido.

Sentado a mi lado estaba Miller, el hombre oficialmente a cargo de la parte acusadora en el caso Suárez. Nunca nos habíamos encontrado en persona aunque hablé varias veces con él por teléfono. Nuestras conversaciones casi siempre acabaron cuando él manifestó que "la decisión no está en mis manos" o "depende de mi jefe, Pat Sullivan". Miller era bajo, calvo, tenía barba y usaba un blazer azul con botones dorados.

En diez minutos le di todos los datos a Sullivan. Había pasado todo el fin de semana ensayando lo que diría. Mencioné todos los increíbles hechos: los arrestos del caso Suárez en Miami, el encuentro clandestino con Hurtado, el Golpe de la Cocaína, la identificación por parte de los pilotos de la DEA de la pista de aterrizaje de Sonia y todo lo que sabía sobre ella, el vuelo de Alfredo sobre la masacre en Oruro, el rumor de que Gutiérrez sería liberado en Miami.

Mientras yo hablaba, Sullivan me miraba, sin expresión. Una o dos veces miró su reloj. Terminé mi monólogo recomendando que Hurtado y Gasser fueran acusados lo antes posible.

"Hurtado sospecha", dije. "No creo que quiera hacer un trato, pero estoy seguro de que lo puedo atraer para reunirse conmigo aquí y lo podemos arrestar. Gasser entra y sale de los Estados Unidos, lo podemos atrapar cuando pase por aduana".

Sullivan me miró un buen rato y dijo, "¿Eso es todo?"

"¿No es suficiente?", le dije, mirando a Miller para que me apoyara. Miller miraba sus zapatos.

"No, para mí no es suficiente", dijo Sullivan. "No creo que usted tenga lo suficiente". Miró su reloj, la reunión había acabado.

Luché para controlarme. "En este momento, Sr. Sullivan, los narcotraficantes en Sudamérica se están riendo de nosotros. Todavía podemos cambiar la situación. Si Hurtado confiesa y tal vez Gasser, ¿quién sabe cuánto podemos lograr? Estos "narcos" están manejando ahora a Bolivia; podríamos acusarlos a casi todos".

Sullivan me miró fijamente, mientras Miller miraba la pared. "En mi opinión", dijo Sullivan lentamente, "simplemente usted no tiene lo suficiente".

"Con todo respeto, Sr. Sullivan", dije, "estoy en completo desacuerdo con usted. He sido agente 15 años y he visto a gente acusada por mucho menos".

"No en mi distrito".

Le entregué una copia del cable de la DEA en Bolivia informando sobre la acusación de homicidio en contra de Gasser y su intento de presionar al Ministro del Interior. "Sólo quería asegurarme de que usted viera ésto". Le dio una mirada rápida, sin decir palabra y lo puso sobre el escritorio.

"Tengo hasta una cinta grabada con una conversación en la que Suárez describe a Gasser y a Gutiérrez como a gente de su confianza. Fue Gasser quien llamó a Suárez para prevenirlo, Gutiérrez estaba listo para cooperar".

"Esa no es evidencia admisible", dijo Sullivan.

"¿Para una acusación?", le respondí. "Estamos hablando de uno de los mayores narcotraficantes. He visto a vendedores chicos acusados por mucho menos. Y este tipo nos ayudará a hacer caer a todo un gobierno de narcotraficantes".

Sullivan me miró fríamente y dijo, "nunca hago acusaciones para un caso que no voy a ganar".

"Sr. Sullivan", dije, "el liberar a un narcotraficante de la importancia de Gasser sin dar a un jurado la oportunidad de oír la evidencia en su contra, es engañar al pueblo americano".

No podía creer que esas palabras habían salido de mis labios. Sullivan era un tipo demasiado poderoso para decirle lo que acababa de decir.

Sullivan sonrió y dijo, "lo siento si lo ve de ese modo".

Sentí que acababa de dar vuelta a la esquina de la que me habló el rabbi. Ahora me encontraba completamente solo.

Salí del edificio. La reunión había durado menos de 20 minutos. ¿Por qué la DEA me había hecho viajar 1.200 kilómetros para ésto? Antes de partir de Argentina hice arreglos para ir al cuartel general de la DEA, a Venezuela, Bolivia, Colombia y Puerto Rico para lo que pensé sería una, completa investigación del caso de la cocaína boliviana. ¿Pero de qué serviría todo esto sino recibía apoyo del fiscal de los EE.UU.? ¿Por qué los "ternos" de la DEA habían aprobado mi itinerario?

Todo estaba previamente arreglado. Los bolivianos eran intocables y todo el mundo lo sabía, menos yo. Me habían enviado a la caza de fantasmas para mantenerme ocupado.

\* \* \*

Llamé al cuartel general y anuncié que cancelaba mis planes de viaje y que tomaría unos días de permiso. Mi licencia fue aprobada sin preguntas. Nadie se molestó en averiguar que había pasado.

Alquilé un auto y me dediqué a pasear unos días por Miami. Tenía la impresión de que estaba en peligro, pero no podía identificar cual era la fuente. Cuando me dirigí hacia el norte a la casa de mi madre en Delray Beach vi que me seguía un Chevrolet azul, último modelo. El automóvil se mantuvo detrás mío hasta que llegué a la salida de la autopista que conducía a la casa de mi madre, donde di un giro brusco; el auto azul continuó su camino.

"Te ves muy mal", me saludó mi madre. Ella es una hermosa mujer que parece tener 20 años menos de los que en realidad tiene. Habla inglés con acento británico, no por haber nacido allí. Emigró a los Estados Unidos desde Polonia cuando era joven y aprendió el inglés mirando películas inglesas.

Puse mi maletín en el suelo y le di un abrazo. Me sentí seguro por un momento. "Es porque estoy cansado mamá", le dije.

"¿No has estado comiendo comida japonesa?" "Estás muy flaco. Has bajado de peso. Te parecerá chistoso, pero tres personas en este barrio han muerto por comer comida japonesa".

"Mamá, casi toda la gente que vive aquí es mayor de 80 años".

"Murieron por comer comida japonesa, parásitos".

"¿Cómo es que no salió nada en los periódicos?".

"Los periódicos no lo publicarían; están pagados por los restaurantes japoneses".

"Mamá, tu deberías ser agente y no yo".

"No te hagas al chistoso, Michael. ¿Cuándo vas a obedecerle a tu madre?"

Ella tenía tanto miedo por mi trabajo que prefería no hablar del tema, y su miedo tomaba otros caminos, como la comida japonesa. Aquella tarde

con mi madre y mi padrastro me hizo sentir bien después de mucho tiempo, la buena comida, las fotos de mis hijos y mi hermano, las fotos de mis parientes de Polonia, algunos de los cuales sobrevivieron al Holocausto y viven en Israel, la atmósfera de la casa donde pasé mi niñez, todo ayudó a mejorar mi estado de ánimo.

A mi regreso al hotel, había suficiente luz como para poder ver el Chevrolet azul detrás de mi auto. Me siguió hasta mi hotel en Miami.

Aquella noche partí hacia Nueva York.

Los siguientes ocho o nueve días en Nueva York los pasé como fugitivo. Tenía miedo de hablar por teléfono y constantemente me fijaba si no me seguían, pero no vi nada raro.

El 15 de agosto visité el cuartel general de la DEA para hablar con unos "ternos" sobre asuntos administrativos en los que estaba atrasado. Ninguno mencionó el caso Suárez y, por primera vez desde el inicio del caso, yo tampoco lo hice.

Después de mi visita al cuartel general retorné a Argentina. Me sentía agotado por mi batalla contra la burocracia. Necesitaba unas buenas vacaciones. Pensé en pasar el resto de mi descanso viajando por Sudamérica y yendo al gimnasio.

Unas semana después, Mario y su jefe visitaron mi oficina. Me preguntó sobre mis avances en el caso Hurtado. Era su forma de decirme que su jefe esperaba una recompensa por haber dejado salir al boliviano de Argentina. Les dije que serían los primeros en saber si algo ocurriese, le di la mano al jefe y los acompañé al ascensor. El jefe me sonrió desafiante al cerrarse la puerta.

El ascensor subió al tercer piso, a la oficina de la CIA.

Volví a mi oficina enfurecido. Las noticias de las atrocidades que ocurrían en Bolivia habían estado llegando toda la semana a través de informadores. No podía deshacerme de la idea de que mi gobierno estaba detrás de esto. Tenía que averiguarlo. ¿Cómo era posible que la CIA apoyara a los narcotraficantes que supuestamente eran la amenaza número uno a nuestra seguridad nacional?

Pensé en llamar al "Doctor". En el Cono Sur no había una mejor fuente de información sobre el mundo del espionaje y el crimen internacional. Pero tratar con él o aun hablar con él tenía sus riesgos.

Lo conocí al poco tiempo de haber sido transferido a Buenos Aires. Vino a la embajada con dos de sus ayudantes, exagentes de inteligencia militar, quienes siempre lo acompañaban. Aparecieron en la puerta de mi oficina, sonriendo cortésmente, esperando que la secretaria los presentara, tres hombres amables con bigote e impecablemente vestidos. El Doctor había pasado por la guardia de la embajada sin que nadie me notificara, tenía esa clase de conexiones en todas partes.

El Doctor, alto y de mirada penetrante, era uno de los hombres más impresionantes que he conocido. Era también uno de los más atemorizantes. Su visita no fue del todo inesperada. Semanas antes uno de los "ternos" me previno que sería visitado.

"Estaba a cargo de una unidad UAE", dijo el "terno" cuando me llamó.

"¿Qué es eso?"

"Es una Unidad de Acción Especial. Las usábamos en el Cono Sur... en cualquier país... Bolivia, Uruguay, Brasil, para lo que se necesitara, sólo es cuestión de llamar al Doctor. Estamos pensando en volver a usar ese concepto. Es algo que quisiera que analices".

"¿Pero, qué es exactamente lo que hacen?"

"Lo que sea. ¿Hay un fugitivo en Bolivia y lo quieres en Argentina para extraditarlo? Llama al Doctor. Cuarenta y ocho horas después, te lo entregan por la puerta trasera de la embajada en la maleta de un auto. ¿Quieres un teléfono intervenido en Chile? Llama al Doctor y está hecho. Sus archivos de inteligencia son mejores que los de la CIA, lo puede hacer todo. Es carísimo, pero vale la pena".

"¿Cuán caro?"

Se calló por un momento. "Eso lo tienes que arreglar con él. Tiene los mejores talentos de Argentina, desde expertos electrónicos hasta asesinos, y eso cuesta caro. Pero está dentro de tu presupuesto. Sólo quiero que hables con él. Haz un trato... estoy seguro de que será aprobado".

Mi primera entrevista con el Doctor fue extraña y enervante. Tomamos café y hablamos por cerca de una hora. Sus ayudantes apenas dijeron palabra. Tomaron su café y me estudiaron, sonriendo cortésmente cada vez que los miraba. El Doctor me investigó por completo usando para ello una charla inconsecuente. Me preguntó sobre mi origen, mi familia, mi educación, las armas que prefiero, mi entrenamiento en artes marciales, casi subliminalmente. Nunca fue rudo, sólo insistente, y siempre amistoso y cortés.

El Doctor finalmente mencionó el propósito de su visita. Me recordó algunos trabajos que su equipo hizo para la DEA: intervenir unos teléfonos en Paraguay, localizar a un fugitivo en Uruguay, nada especial, analizando mi reacción. En sus ojos estaba la pregunta, "¿Cuán lejos puedo llegar con este gringo?" De la manera más cordial posible, le dije que el cuartel general podía interesarse en volver al concepto de UEA y que yo estaba analizando la idea. Esto pareció satisfacerlo, acabando la visita.

Nunca hice uso completo de su UEA. Por el precio apropiado éstos podían hacer cualquier cosa, era el tipo de arma que uno no podía usar sin herirse a sí mismo. Revisé los archivos de la oficina. Unos años atrás el Doctor había recibido una suma enorme por sus servicios, los cuales estaban disponibles para otras agencias y embajadas. Me costaba confiar

en gente que ofrecía servicios de ese tipo a cambio de dinero; no tenían lealtad y se vendían al mejor postor. Mientras trabajaban para uno, devoraban toda la información que podían obtener sobre uno, información que tenía un alto valor en el mercado.

Sin embargo, mantuve relaciones amistosas con él; de vez en cuando un café y charla en mi oficina; algún uso limitado de sus servicios para obtener información muy necesaria (tal como qué agentes, policías y políticos eran de confiar y cuáles eran peligrosos y por qué) que no se podía conseguir de otras fuentes. Su capacidad de obtención de información iba más allá de las fronteras argentinas. Era seguro que, a través de sus contactos con la DEA, tenía acceso a sus archivos y a fuentes en los EE.UU., tal vez mejor acceso del que yo tenía. A pesar de lo riesgoso que era tratar con el Doctor, era un mal necesario. Nunca se sabía si él sería la última opción disponible, la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre la vida y la muerte.

Encontré su número en el archivo y lo marqué.

"¡Hable!" dijo una voz de hombre. Le dije quién era y pregunté por el Doctor, usando su nombre.

"Un momento". El teléfono hizo un ruido.

Se podía oír un tic-tac, y me pregunté qué aparato electrónico estaban usando. La electrónica era una de las especialidades del Doctor y su pasión. Seguramente alguna máquina estaba grabando mi voz al mismo tiempo que una computadora la analizaba para ver si estaba bajo stress. Si hubiera una máquina que leyera la mente por teléfono, el Doctor la tendría o la estaría inventando.

"Hola, don Miguel", dijo la voz profunda, siempre afable. "¿A qué se debe el placer?"

"Bueno, la razón por qué lo llamo.... ¿está al tanto de los hechos en Bolivia?"

"El golpe, por supuesto. Muy interesante".

"Sí. Lo que necesito... bueno, hay algo.... relacionado con el golpe, que me molesta.... tal vez usted pueda ayudarme".

"Por supuesto".

"¿Usted sabe sobre el caso de Roberto Suárez, en el que estuvimos involucrados?"

"Claro".

"¿Cuánto sabe al respecto?"

Silencio. "Conozco la investigación".

"¿Entonces ha oído el nombre de José Gasser?"

"El boliviano".

"Sí".

"No quiero interrumpirlo", dijo el Doctor, "pero, ¿podemos hablar sobre esto por teléfono?"

"Probablemente no", dije, un poco cohibido. Antes habíamos hablado sobre temas delicados por teléfono.

El Doctor me invitó a su oficina, lo que me sorprendió. Nunca había estado allí antes. Mis manos temblaban cuando escribí la dirección; escondí en mi pierna una automática de 9 mm antes de salir.

Una hora después un taxi me dejó en una calle de lúgubres edificios de apartamentos. Este podía haber sido un barrio viejo en Frankfurt, París o Londres en los años 20. La dirección indicaba un edificio de hormigón de seis pisos. No se veía un alma en la calle. Revisé la dirección, era aquí.

El pasillo estaba completamente oscuro cuando entré, pero se prendió una luz, iluminando el ascensor que parecía un ataúd. El pasillo volvió a la oscuridad apenas entré al ascensor. Al llegar al tercer piso traté de abrir la puerta pero ésta no cedió. De repente una llave abrió la cerradura y la puerta se abrió.

Uno de los ayudantes del Doctor, el Coronel, me saludo cortésmente, cerró con llave el ascensor y me condujo a través de un laberinto de pasillos hasta la oficina del Doctor. Cuando entré a la pequeña oficina, escasamente amoblada, el Doctor estaba sentado detrás de un escritorio grande de madera. Se puso de pie y me saludó.

"Bienvenido, bienvenido, don Miguel", dijo él, tan cordial como si fuésemos viejos amigos. "Tome asiento, por favor, póngase cómodo. ¿Desearía un café? Por supuesto que sí. Coronel, nos puede traer un café".

Cuando salió el Coronel, di un vistazo a la habitación. Sólo habían dos archivos cerrados con barras y un par de sillas metálicas. Me pregunté por qué no se había activado una alarma al detectar mi arma.

El asiento del Doctor estaba directamente en frente de la única ventana de la habitación, la cual estaba protegida por barras y malla metálica. "Y... ¿en qué puedo servirle?" me preguntó.

"Sobre el caso Suárez... ¿usted sabe que Gasser fue liberado inmediatamente después de su arresto en Miami?" dije con mucho cuidado. El Doctor estaba relacionado con la CIA, cuánto y con qué motivo, era difícil de juzgar.

"Sí. Lo sé".

"De acuerdo a mis fuentes, él y Roberto Suárez están involucrados hasta el cuello en el golpe, lo financiaron". Vi un archivo de unos cinco centímetros de grosor entre sus dedos. "Lo que no entiendo... tal vez usted me puede ayudar... es ¿por qué Gasser fue liberado?".

El Doctor me miró por un largo rato. "¿Qué le hace pensar que lo puedo ayudar?"

"No conozco a otra persona que sepa más de lo que pasa, que usted".

El Doctor sonrió. El Coronel apareció con una bandeja con pequeñas

tazas de café, hubo un silencio mientras nos sirvió. Cuando se marchó el Doctor dijo: "Fue una corte americana la que lo liberó".

Encogí los hombros, esperando que siguiera hablando; que me dijera algo, rumores, cualquier cosa. Pero el Doctor no me dió ninguna información. Primero quería saber mi opinión.

"¿Por qué piensa usted que lo liberaron?" preguntó.

"El Fiscal de los EE.UU. supuestamente no tenía suficiente evidencia en su contra".

"Pero usted no cree eso".

"No".

"¿Qué es lo que sospecha?"

"La CIA".

El cuarto quedó en silencio y se me ocurrió que un tipo de negro podía entrar y atacarme en cualquier momento. El Doctor sonrió, se apoyó en el respaldar de su asiento y juntó la punta de sus dedos frente a su rostro. "Es interesante que usted diga eso".

"¿Por qué, usted sabe algo?"

"No, no", contestó rápidamente. "Pero es una suposición lógica".

"¿Qué quiere decir?" estaba sentado en el borde de mi asiento.

"¿Conoce usted la historia de estos bolivianos... los narcotraficantes?"

"Parcialmente", dije. En realidad, sabía muy poco. Para mí sólo eran narcotraficantes.

Abrió el archivo frente a mí. "Por favor discúlpeme", dijo.

Miré cómo hojeaba el archivo, sintiéndome un poco nervioso. ¿Cometí un error al venir aquí? Sentía que me estaban filmando o por lo menos grabando, sabía que el Doctor informaba a gente de la DEA y posiblemente de la CIA.

"Nada nuevo", dijo, cerrando el archivo. "¿Ha oído hablar del general Echeverría, general del ejército boliviano?"

"No. ¿Debería haber oído algo?"

"Fue su división Ranger la que trabajó estrechamente con la CIA para la caída del Che Guevara en 1967".

"Yo estaba asignado a las calles de Nueva York en ese entonces", le dije.

El Doctor sonrió de forma cortés. "El general Echeverría protegía a Suárez en esa época. No es nada definido, pero es algo por considerar. Ahora, la historia de la familia Gasser es mucho más interesante. ¿Usted sabe por supuesto que son muy ricos?"

"¿Quién no lo es en ese negocio?", dije.

El Doctor sonrió nuevamente. "Han sido el poder detrás del trono por muchos años. ¿Ha oído hablar de la Liga Mundial Anti Comunista?"

Me sentí como un burro. "No".

"Es una organización financiada por la CIA. El padre de José, creo que se llama Erwin, es un miembro clave de la organización. El señor Gasser es también el hombre que financió el golpe del General Banzer en 1971... ese golpe, dicho sea de paso, también fue apoyado por la CIA. Este fue el comienzo de la subida de la cocaína como parte de la economía boliviana".

"Sí", dije tratando de no aparecer sorprendido.

"Entonces, si los Gasser apoyaron este último golpe, yo diría que su... suposición... puede ser válida".

"¿Qué, la CIA está detrás de todo esto?" dije, con mi corazón latiendo rápidamente.

"Bueno, por supuesto que Argentina apoyó el golpe, lo financió, tomó parte en éste; fuimos los primeros en reconocer al nuevo gobierno; les estamos dando préstamos de emergencia. No hubiéramos hecho nada de esto sin por lo menos unas palabras de apoyo de su gobierno. De hecho, tenemos información de que un grupo de 10 bancos privados, con el Bank of America a la cabeza, ha postergado los pagos de la deuda de Bolivia, dando al nuevo gobierno el chance de consolidar su poder y la nueva economía de la cocaína".

Sentí ganas de llorar.

El Doctor continuó. "Y, por supuesto, mucha de la gente del golpe de Banzer está involucrada en este golpe, incluyendo al señor Barbie y al mismo Banzer".

"¿Barbie?"

"Bueno, en 1971 usó el nombre de Klaus Altmann. Trabajó para el general Banzer como asesor de seguridad, de hecho fue él quien reorganizó la policía secreta. Creo que tiene la misma función con Arce Gómez".

No se me ocurría qué decir. "Lo que este boliviano dice puede ser muy embarazoso para tu país y el mío", fueron las palabras de Mario. El había estado a punto de matar a Hurtado. El Doctor esperó a que yo hablara.

"¿Por qué?" dije finalmente.

"¿Por qué?" el Doctor se mostró sorprendido.

"¿Por qué... la CIA apoyaría todo esto?"

"Aparte de lo obvio y más probable, que el gobierno recientemente electo era de izquierda, creo que tengo una teoría interesante sobre incentivos especiales". Dijo con una sonrisa. "Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos son a fines de este año, ¿no es cierto?"

"Sí".

"Bueno usted sabe que Carter no es muy popular entre la gente de la CIA".

"No le entiendo". Lo que en realidad quise decir es que no quería creerle.

La mayoría de los agentes de la CIA que yo conocía eran apasionadamente anti Carter. Carter y su director de la CIA, el almirante Stansfield Turner, habían reducido enormemente el personal de la agencia. Yo tampoco era admirador de Carter. Pensaba que su política de drogas era mala para el país. Una declaración de su asesor sobre política relativa a drogas, el Dr. Peter Bourne, en sentido de que la cocaína era la "más benigna" de las drogas ilícitas y la creación del término "uso recreativo de drogas", habían dado a los americanos licencia para dedicarse a la droga, además de contribuir al aumento masivo de la demanda de cocaína y a los efectos desastrosos que vinieron a continuación. Pero ayudar a los narcotraficantes a que se apoderen de Bolivia para derrotar al presidente Carter parecía el colmo.

"Claro", dijo el Doctor. "¿Se imagina cómo va a perder popularidad Carter si deja que un país caiga en manos de narcotraficantes?"

"No me parece", le dije.

El Doctor ríó. "¿No le parece que es una teoría interesante?"

¿Se podía creer en la teoría del Doctor? Once años después, se supo más sobre la "Sorpresa de Octubre", la acusación de que la CIA y el comité de elección de Reagan conspiraron para atrasar la liberación de los rehenes americanos en Irán, para asegurar la derrota de Carter en las elecciones de 1980. Esto ocurrió al mismo tiempo que los neonazis en Bolivia se dedicaban a la tortura, la violación y el asesinato. Además, como acababa de enterarme, Gasser, Suárez y otros tres narcotraficantes se reunieron con Arce Gómez y miembros de los ejércitos argentino y boliviano el 17 de junio de 1980 para planificar el golpe; una grabación de esa reunión fue entregada a la CIA por uno de los argentinos que estuvo presente.<sup>1</sup>

Si el Golpe de la Cocaína fue parte de una conspiración internacional de la CIA para que Reagan ganara las elecciones, Carter siguió el juego sin advertirlo. Su administración canceló 200 millones de dólares de ayuda a Bolivia y el 21 de agosto ordenó el cierre de las oficinas de la DEA en dicho país. Un vocero del Departamento de Estado llamó a Bolivia "el primer gobierno de la historia que cae en manos de narcotraficantes". Arce Gómez, el nuevo Ministro del Interior, alias el "Ministro de la Cocaína" según la DEA, insinuando que Carter estaba favoreciendo al comunismo al oponerse a su gobierno de facto, anunció: "Carter, al suspender la ayuda a Bolivia, será el único culpable del aumento de consumo de cocaína en los Estados Unidos". Arce Gómez prometió "inundar" los Estados Unidos con cocaína y cumplió su promesa. Este fue el inicio de la explosión de la cocaína de los años 80.

---

1) Esta reunión y sus participantes pronto fue dado a conocer en todo el mundo subterráneo y, eventualmente, también en los medios regulares de difusión. Ver el artículo de Jonathan: "The Great Bolivian Cocaine Scam", en "Penthouse" de agosto de 1982, para una mención de la reunión.

Las cosas parecían estar fuera de mi control, pero no podía mantenerme al margen. Me encontré de nuevo enviando cable tras cable, tratando de lograr el interés de los agentes en el cuartel general, Miami y Sudamérica para seguir adelante con el caso a pesar de la oposición de los "ternos". Mi gobierno hizo que perdiera toda ilusión de ganar la guerra a las drogas. Pero la gente que se apoderó de Bolivia simbolizaba un mal que trascendía más allá de las drogas.

· Volví otra vez a mi guerra.



## VI

# ESPERANZAS PERDIDAS

### 1

Tania vestida de negro y con la cara cubierta por un velo, entró a mi oficina apresuradamente. Cerré las persianas. Se sacó el velo. Sollozaba; sin duda se trataba de otra de sus crisis.

"Quieren que regrese", dijo emocionada.

"¿Quién quiere que regreses, dónde?"

"El Ministro Lucho. Quiere que lo ayude con el nuevo gobierno... a descubrir a los narcotraficantes". Estaba sin aliento.

"¿Tú? ¿Que los ayudes a descubrir a quién?"

"A los narcotraficantes".

"¿Qué estás diciendo? ¿Qué es lo que pasó?"

"Me encontré con Esther (Aranda), la nuera de Lucho y ella me dijo que llame a Alberto Alvarez... su sobrino. Lo llamé, y..."

"Tania, ¿estás loca? Trato de mantenerte viva y tú te quieres lanzar de cabeza al fuego". Tania estaba sentada frente a mi con el pecho agitado, la mano sobre el corazón y los ojos brillantes de emoción. "¿Te encontraste con la nuera de Lucho?"

Ella asintió, al borde de las lágrimas. "Me dijo que quieren hablar conmigo; necesitan mi ayuda".

"¿Dónde te encontraste con ella?"

"Aquí... en Buenos Aires".

"¿Sabe dónde vives?"

Estábamos a fines de agosto; su hijo estaba seguro en Argentina; yo seguía luchando con el Departamento de Estado, Inmigración y Justicia, y la DEA para acogerla bajo el Programa de Protección de Testigos, pero parecía que Tania no quería romper sus lazos con la gente que quería matarla.

"No, yo la llamé y nos encontramos después; pero no sabe dónde vivo".

"No sabe donde vives, ¡Dios mío! ¿Por qué no me lo dijiste?"

Los ojos de Tania se movieron rápidamente y sus labios temblaron, estaba pensando en una mentira.

"Traté de llamarte pero no estabas aquí".

"¿Cuándo?"

"El domingo".

"Sabes que no estoy aquí los domingos. ¿Por qué no llamaste a mi casa?"

"No tenía tu teléfono en ese momento".

Quedé sin habla. Por un instante, mis 15 años de tratar con informadores me abrumaron, tratar de enderezar sus vidas llenas de mentiras y sus eternos problemas familiares y económicos; tratar de mantenerlos vivos a pesar de sus idioteces. Me dieron ganas de estrangularla. En vez de hacerlo, me senté a su lado en el sofá.

"Tania, cuéntame todo lo que pasó".

"Me encontré con Esther. Es tan buena gente, ella no me haría ningún daño. Me dijo que Alberto quería hablar conmigo. Me pidió mi número de teléfono. No quise dárselo, entonces ella me dio el de él. Lo llamé".

"¿Lo llamaste sin decírmelo?" Alvarez era la segunda persona a cargo del Ministerio de la Cocaína, uno de los jefes del nuevo gobierno boliviano.

"Lo llamé porque necesita que lo ayude". Se puso de pie, enojada. Hice que se sentara. Continuó su voz entre un lamento y un chillido, "Me dijo que como conozco a los *principales narcotraficantes*, necesitan que vaya a Bolivia y ayude para que el gobierno los atrape. Quieren mi colaboración. Me dijo que él vendría en persona a Argentina para entrevistarse conmigo".

"¿Y qué le dijiste?"

"Le dije, que pruebe sus buenas intenciones entregando a la DEA algunos de los nombres que ya sabe, entonces yo iría a Bolivia".

"Me dijo que estaba de acuerdo, Miguel. Pero que tenía que consultar con García Meza y Arce Gómez y luego vendría a Buenos Aires. ¿Qué hay de malo con eso?"

"¿No crees que quiere matarte?"

"¿Por qué quisiera matarme? respondió. "Si lo que quieren es matarme no me llamarían".

"Están desesperados por agarrarte, Tania. Le costamos a Suárez 9 millones de dólares en cocaína. Arce Gómez es su primo".

"Pero si ellos no saben que trabajo para ti. Piensan que tú también me engañaste, y que..".

"¿Cómo demonios sabes eso?"

"El me dijo que nadie cree que soy informadora; quieren que regrese para hacer las paces".

Su voz parecía la de una niña indefensa y por un momento sentí pena por ella. Quería deshacer lo que nunca podría ser deshecho. Nunca podría volver a su país.

"¿Y le creíste?" dije, lo más suavemente posible. Los informadores indicaban que Suárez se la pasaba hablando sobre nuestra muerte y ella quería volver a Bolivia a hacer las paces.

"No sé".

"¿Te preguntó tu número de teléfono?"

"Sí".

"¿Se lo diste?"

....".No".

"Gracias a Dios, Tania".

Tania me miró largo rato con lágrimas en los ojos. De repente rió. "*Mi negro, judío de mierda*", dijo. Era como me llamaba cariñosamente. La abracé y besé su frente.

"¿Alguien de tu familia tiene tu número de teléfono en Buenos Aires?" Los informadores habían indicado que más de 200 policías secretos argentinos, incluyendo a los mejores expertos en tortura (como los hombres de Mario), se encontraban aún en Bolivia enseñando a los bolivianos los detalles del "arte". Además, si la locuacidad era hereditaria, probablemente los familiares de Tania habían dicho ya todo lo que sabían.

"No, yo los llamo cuando es necesario".

"Hagas lo que hagas, Tania, nunca pero nunca le des a nadie tu número de teléfono. Si alguien necesita contactarte, dale mi número en la embajada. Si todo va bien serás ciudadana de los EE.UU. antes de Navidad".

"¿Y qué pasa si Alvarez está de acuerdo?"

"Dile que está bien. Te reunirás con él aquí en mi oficina. El puede entregar a sus narcotraficantes y tú puedes colaborar; pero aquí, en este mismo sofá".

Alvarez no volvió a llamar, aunque cuatro días después estuvo en Buenos Aires para el Cuarto Congreso de la Liga Anticomunista Latinoamericana, junto con Stefano Della Chiaie (lugarteniente de Barbie,

buscado en Europa por varios asesinatos y atentados). La organización era una rama de la Liga Mundial Anticomunista, financiada por la CIA.

"Casi se me olvida decirte", dijo Tania, "que todavía corren rumores de que Cutuchi saldrá pronto de la cárcel".

"La DEA lo sabe", le dije.

Después de que Tania se marchó, envié la información al cuartel general en un mensaje rotulado URGENTE. Hice algunas llamadas para acelerar el trámite para sacar a Tania junto con su hijo a los Estados Unidos.

La mañana del lunes primero de septiembre, Mario apareció en mi casa junto con Alfredo. Había fuego en los ojos muertos de Mario y Alfredo se veía alicaído. Los dos se sentaron sin decir palabra. Pedí a Mercedes que nos sirviera café y Mario le aumentó whisky al suyo.

"¿Qué hay de nuevo?" pregunté.

"Quería hablar contigo sobre nuestro amigo boliviano", dijo Mario, mirándome fijamente, "así que traje a Alfredo".

Comprendí inmediatamente. Habían pasado dos meses desde que Mario dejó salir vivo de Buenos Aires a Hurtado y ahora quería recibir su pago por ésto. Sabía que si un caso no terminaba exitosamente no había dinero.

Los últimos avances del caso Hurtado me daban escalofríos. Los informadores en Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Brasil y California avisaron que Hurtado estaba involucrado con cargamentos de cientos de kilos de cocaína; sin embargo, Alfredo no lograba que nos enviara un solo gramo a la Argentina. Los mismos informadores decían que Hurtado estaba trabajando para Sonia, aunque su nombre nunca aparecía en ninguno de los cables y tampoco estaba listado en la computadora de la DEA. Parecía que cuando la CIA estaba "interesada" en un narcotraficante, éste no aparecía en la computadora de la DEA.

"No sé qué hacer Mario", dije. "El hombre nos está demorando".

"No", dijo Mario, mostrándome un cassette. "Lo grabamos esta mañana cuando llamó por teléfono".

"¡Maravilloso!" dije. "Escuchémoslo".

Alfredo estaba inquieto. Sabía que había cometido un error al trabajar en un caso de la DEA junto con Mario sin haberme avisado. Yo no sabía si lo hizo para manipularme y que lo mandara de vuelta a Bolivia o porque era argentino y tenía que obedecer a Mario.

La cinta era igual a otras conversaciones recientes que Alfredo tuvo con Hurtado. Casi al final Hurtado dijo, "Mira Alfredo, no puedo hacer nada contigo por el momento. Existen algunos problemas". No dijo cuáles eran los problemas.

"No me parece muy alentador", dije.

"Me parece que deberíamos mandar a Alfredo a ver cuáles son los problemas", dijo Mario, mirándome. Siempre tuve la horrible impresión de que trataba de imaginarse cómo me vería muerto.

"¿Y qué pasaría si el problema es que ya sabe quién soy y Alfredo no regresa?"

Mario rió. "¿Tienes miedo de ir Alfredo?"

"¿Miedo?" dijo Alfredo sonriendo. "¿A qué mierda le tendría miedo allí?"

"Bueno, Levine", dijo Mario burlón, "¿qué me dices, quieres atrapar a este pez gordo o no?"

Miré a Alfredo. Era otra vez el mismo de siempre, ojos brillantes, inquieto. "Estás loco y lo sabes, ¿no?"

"Claro", me respondió.

Dos días después Alfredo partió con destino a Bolivia.

Mientras tanto un informante en San Diego, California, comenzó a hacer tratos con Hurtado. Mandé una copia del archivo del caso Hurtado a California con la esperanza de que, si el trato fracasaba, podrían combinar su evidencia y la mía para por lo menos acusarlo. No pasó nada y Hurtado no fue acusado, pero hubo una enigmática mujer involucrada en el trato, que según el informador de San Diego parecía manejar la cosa desde Bolivia.

Nadie sabía su nombre.

## 2

"¿Eres Mike Levine el que manejó el caso Roberto Suárez?" dijo una voz que apenas se oía por la estática. Mi corazón comenzó a palpar rápidamente. Salía de mi casa cuando el teléfono sonó.

"Sí".

"Soy de la policía; estoy llamando desde Miami. Es una emergencia, así que conseguí tu número de teléfono a través de la guardia de la embajada".

"Está bien, ¿qué pasa?"

"Sólo quería decirte que, en este momento, Alfredo Gutiérrez está siendo liberado bajo fianza de 1 millón de dólares".

"¡La gran puta!, me estás tomando el pelo" grité. Las cosas estaban sucediendo tal como nos dijeron los informadores. "¿Qué dice la DEA en Miami, los llamaste? Están...".

"Llamé a todos los que conozco aquí. No puedo lograr que nadie venga y que siga a este tipo. Sabes que va a salir del país. Así que pensé que lo mejor era llamarte".

"Un millón de gracias. Voy a telefonar inmediatamente a mi gente".

"Buena suerte compadre", dijo con una risa irónica.

Salí volando hacia la embajada y llegué en la mitad del tiempo normal. Me bajé del auto, dejando las llaves puestas y la puerta abierta.

"¡Llamadas de emergencia!" le grité a Linda al pasar a mi oficina, sacándome la chaqueta y la corbata. Era verano y estaba empapado en transpiración. "Llama a Richie Fiano en Miami y Ralph Saucedo en Washington".

"¿A cuál primero?" preguntó Linda.

"¡Cualquiera! Sólo comunícame. Y también llama a Scott Miller a la corte de justicia en Miami".

"¿Qué pasa?" gritó Linda dirigiéndose al teléfono.

"Gutiérrez está saliendo bajo fianza".

Richie Fiano, con quien trabajé en Nueva York, fue el primero con quien pude hablar. El había estado en el avión que despegó de la pista de Sonia Atalá con 854 libras de cocaína pertenecientes a Suárez. Era también el agente del caso Suárez en Miami.

"¿Cómo mierda pasó esto?" le pregunté a Richie.

El Juez Alcee Hastings, juez federal en Miami, había bajado la fianza de Gutiérrez de 3 millones a 1 millón, tal como lo habían predicho nuestros informadores. (Hastings sería después acusado y despedido por el Congreso por cargos no relacionados).

"¿Y no hay nadie para por lo menos seguir al tipo?"

"Me están mandando detrás de otro caso pequeño, Mike".

"Richie, éste es el mayor narcotraficante que ha sido arrestado. ¡El caso más grande! Estos cabrones se han apoderado de su gobierno. ¿Es que en realidad quieren que escape?"

Hubo un largo silencio. "Yo sólo trabajo aquí Mike". Había un tono de exasperación en su voz. Quería librarse de mí y no se lo podía culpar. No estaba en posición para enfrentarse a los "ternos" y yo no tenía derecho a obligarlo".

Cuando hablé con White y Saucedo, Gutiérrez ya estaba a bordo de un avión. No había nada que hacer y nada de qué hablar. El último acusado en el caso Suárez estaba libre y en camino a Bolivia.

La última persona con quien hablé fue Miller, el amigo de Pat Sullivan. "¿Cómo estás?" me preguntó alegremente.

"No muy bien. Acabo de enterarme sobre lo de Gutiérrez".

"¿Sí?" dijo, como si se hubiera olvidado del asunto. "Me opuse a la reducción de la fianza, pero el juez no estuvo de acuerdo conmigo" y siguió hablando sobre la audiencia. Apenas le escuché. En mi mente vi a Gutiérrez en una limousine dirigiéndose a una pista clandestina en el sur de Florida. Luego lo vi subiendo a un pequeño jet, riendo incrédulo por la facilidad con que estaba escapando y desaparecer con rumbo sur.

Después de mi conversación con Miller cerré la puerta de mi oficina y me acosté en el sillón. De pronto me di cuenta de que Gutiérrez estaba en camino a Bolivia, y que él y Hurtado eran socios.

Alfredo estaba con Hurtado.

### 3

A los pocos días recibí información desde el cuartel general de la DEA en sentido de que Gutiérrez estaba a salvo en Bolivia y que, según los informadores, Suárez había subido el precio por mi cabeza y la de Tania, ofreciendo un total de 200.000 dólares por cada uno. ¡Gracias Juez Hastings! ¡Gracias "ternos" de la DEA! ¡Gracias oficina del Fiscal en Miami! ¡Gracias, gracias, gracias!

La suerte de Alfredo funcionó otra vez. Había estado cuatro días con Hurtado, librándose por un pelo de la llegada de Gutiérrez. Llegó a mi oficina muy emocionado. Esta vez Max Pooley estuvo presente en la reunión.

"Che, no te puedes imaginar lo que pasa allí", dijo Alfredo. "Es como si Bolivia fuera el supermercado de la cocaína. Hay gente de todo el mundo haciendo tratos. Hurtado me contó que están deshaciéndose de los traficantes pequeños y poniendo todo en manos de unos cuantos peces gordos, de manera que el gobierno lo controle todo".

"¿Sentiste que sospechan?" le pregunté.

Alfredo meneó la cabeza y el dedo en señal negativa.

"Hurtado hizo tratos delante mío. Me habló de tratos con colombianos y cubanos de Miami. Hasta me contó que un piloto colombiano no pudo encontrar la pista de aterrizaje en la selva. Apenas le quedaba combustible, así que, ¿qué crees que hizo? Aterrizó en el aeropuerto principal de Santa Cruz y se hizo arrestar. Hurtado tuvo que sacarlo de la cárcel para venderle la droga".

"¿Y qué de Sonia, te la mencionó?"

"Para nada".

"¿No te parece raro? le dije. "Antes nos hablaba mucho de ella. ¿Por qué crees que hubo ese cambio súbito?"

(Después me enteré de que el piloto era cubano americano y que la transacción era con Sonia, el tipo no encontró la pista y fue ella quien lo sacó de la cárcel. También Sonia era ahora uno de los "peces gordos" que controlaban el tráfico de cocaína en Bolivia).

"¿Quién sabe?" dijo Alfredo, encogiéndose de hombros. "Lo raro es que el tipo sigue hablando conmigo y anda haciendo tratos delante mío".

"Pero no está haciendo tratos contigo".

"¡Pero los quiere hacer, che! Dice que tú deberías ir allí".

"¿Yo debería ir a Bolivia? Están ofreciendo 200.000 dólares por la cabeza del Judío Trigueño, ¿y quiere que vaya allí?"

"Me dijo que el jefe de policía y el Ministro del Interior lo protegen. No tienes por qué preocuparte, che".

"Estás bromeando".

"No", dijo Alfredo. "Me dijo que se encontraría contigo en la frontera boliviano-argentina. Estarán con él, el Ministro del Interior y el jefe de narcóticos, para que estés seguro".

"¿Te dijo que Arce Gómez estaría allí? ¿Y se lo creíste?"

"Sí", dijo Alfredo, mirándome fijamente. Quería que lo acompañara en una de sus misiones suicidas.

Quedamos en silencio y pensé en el riesgo que implicaba ir a Bolivia. El mayor peligro que corría era que los dos hombres con quienes traté cara a cara durante el operativo Suárez estaban libres allí y habían buenas razones para suponer que eran socios de Hurtado. Pero era una gran oportunidad para mostrar a los americanos el monstruo que habíamos creado en Bolivia.

"Okay, voy a ir".

¡Fenómeno! dijo Alfredo, saltando de alegría. Max me miró asombrado. Yo hice una mueca y encogí los hombros.

## 4

Una vez más el destino intervino y me envió un mensaje mortal.

Estando Max y Alfredo aún en mi oficina, recibí una llamada de Scott Miller diciéndome que necesitarían a Tania y a mi para testificar en contra de un narcotraficante boliviano llamado Pedro Castillo, a quien Tania me había presentado el año pasado. Engañé a Castillo para que me entregara 10 kilos en Miami, donde fue arrestado.

Le dije a Max que enviara un cable al cuartel general detallando todo lo que Alfredo había dicho y pidiendo permiso para que yo fuera a Bolivia en misión clandestina, con pasaporte argentino falso. Tenía que preparar a Tania para que viajara a Miami conmigo. Sería la primera vez que testificaría en contra de un narcotraficante de alto nivel, a quien había traicionado. Marqué su número de teléfono.

"Estoy asustada", me dijo, con voz llorosa.

"No te preocupes, tendremos un ejército protegiéndonos".

Después de colgar mandé un cable al cuartel general de la DEA y a Miami con la fecha y hora de nuestra llegada, solicitando que nos asignaran

protección. Toda la agencia sabía sobre el precio de 200.000 dólares por nuestras cabezas.

El jueves 18 de septiembre, a las 6:00 nuestro vuelo aterrizó en el aeropuerto internacional de Miami. A los pocos minutos, Tania y yo avanzábamos entre los pasajeros por los pasillos del aeropuerto. Los tacos de Tania eran tan altos que sus pantorrillas se habían hinchado como globos, me tuvo despierto toda la noche hablando del miedo que tenía.

Estaba completamente asustada. Estaba segura de que el precio sobre nuestras cabezas atraería a pistoleros de toda Sudamérica. Pero yo no le escuchaba. Miraba hacia adelante, esperando ver media docena de agentes, con lentes oscuros y camisas al estilo Miami Vice.

No había nadie esperándonos.

"Probablemente nos esperan en el área de equipaje", le dije a Tania. Estaba preocupado porque tenía que dejar sola a Tania. Yo tenía que pasar por la fila para ciudadanos americanos, pero ella debía hacerlo por la fila de "otras nacionalidades". "Te esperaré al otro lado de esa puerta".

Le mostré mi placa al inspector de Inmigración y pasé a recoger el equipaje. No vi a nadie a primera vista. De súbito, Fiano apareció vestido con pantalones cortos y zapatos de tenis.

"¿Dónde está nuestra protección?" le pregunté.

"Yo soy tu protección", me contestó Richie.

"¿Quieres decir que no nos van a dar protección?"

"Ni siquiera yo debería estar aquí, Mike", me dijo suavemente Richie. "Tomé mis vacaciones para venir en mi propio auto".

"Mierda, es una vergüenza, Richie. Los narcotraficantes cuidan mejor a su gente", le dije tristemente.

Richie y yo recordamos viejos tiempos mientras esperábamos que Tania pasara por Inmigración. Después de una hora y media de espera comencé a preocuparme. Fuera de la terminal se escuchó un ruido como si el escape de un auto hubiera contraexplosionado.

Richie me miró. Ambos sabíamos que podía ser ruido de disparos.

"Voy a ver qué pasa con Tania".

Caminé rápidamente hacia Inmigración. Todos los pasajeros se habían ido y sólo quedaba un inspector en su escritorio. Le describí a Tania y le pregunté si la había visto.

"Ah, ella". Apuntó hacia una puerta. "La tienen ahí".

Corrí hacia la puerta y golpeé. Cuando se abrió, vi a Tania sentada con los ojos manchados por el maquillaje que se había corrido con sus lágrimas. Su nombre estaba en la lista de "indeseables" y la habían arrestado. Inmigración estaba a punto de mandarla de vuelta en el próximo vuelo a Buenos Aires.

"Tania va a ser testigo en un juicio federal por drogas", indiqué.

"Es una delincuente y va a ser deportada", dijo el tipo de Inmigración.

El impasse duró dos horas. Finalmente, varias llamadas a Washington, Buenos Aires, a la oficina del Fiscal en Miami y solucionaron el problema. Richie todavía nos esperaba, pero se veía pálido. Al recoger nuestro equipaje y dirigirnos a la puerta de la terminal, Richie dijo, "¿te acuerdas de los ruidos que oímos hace un rato? Le dispararon a alguien al salir de la terminal".

Dejé caer mi maleta. "Estás bromeando".

"¿Qué pasa?" Tania que no entendía inglés me miraba, con la cara llena de miedo.

"Nada", le dije recogiendo mi maleta.

"Creo que el tipo llegó en el mismo vuelo que ustedes", me explicó Richie. "Dos tipos vinieron en una motocicleta, al estilo sudamericano y lo mataron ahí mismo. Los testigos dijeron que el asesino se bajó de la moto y le dio un *tiro de gracia* en la cabeza. Luego escapó".

"¿Qué dice?" preguntó Tania.

"Dice que nos ha hecho reservaciones en un hotel cerca de la pista de carreras".

Tania sonrió por primera vez. "Qué bueno".

## 5

A mediados de octubre parecía que todas las investigaciones sobre el tráfico de cocaína boliviana habían muerto; los traficantes controlaban firmemente el gobierno. La pasta base y la cocaína se convirtieron en las principales exportaciones de Bolivia y la fuente de la mayor parte de sus ingresos. Mientras tanto, en los EE.UU. la demanda de cocaína aumentó hasta llegar a extremos nunca antes vistos. En Bolivia se inició una migración masiva, parecida a la fiebre del oro, en la que miles de bolivianos se trasladaron desde las ciudades hacia las zonas productoras de coca, para beneficiarse del "oro boliviano". El Ministro del Interior Arce Gómez había prometido inundar los Estados Unidos con cocaína y, con la ayuda de mi propio gobierno, lo estaba logrando con más éxito del que había soñado.

Los hechos en Bolivia no eran ningún secreto entre la gente que trabajaba en inteligencia. Dentro de la DEA, cables e informes con los resultados de investigaciones iban de aquí para allá. Los nombres de toda la gente a cargo de la "Corporación de la Cocaína" eran bien conocidos: Arce Gómez, Suárez, Gutiérrez, Gasser, Hurtado, etc. Un nombre brillaba conspicuamente por su ausencia, Sonia Atalá.

En Miami, Tania y yo pasamos una semana testificando en el juicio de Castillo sin recibir protección del gobierno, entrando y saliendo por la puerta

trasera del edificio de la corte, usando caminos laterales y calles poco transitadas, escondiéndonos como fugitivos, sintiéndonos deprimidos y traicionados. Llamé al cuartel general para reclamar; un "terno" me dijo que me calmara, que llamaría a la DEA en Miami y arreglaría todo. Nunca volvió a llamarme y tampoco recibimos protección alguna.

Para Tania el fin del viaje fue mejor que para mí. Recibí instrucciones de recoger el dinero de su recompensa por el caso Suárez, a nuestro regreso a Argentina. Cuando le entregué el cheque de \$175.000 del gobierno de los EE.UU., respiró hondo y se le iluminó la cara pensando en todo lo que podía comprar.

En cuanto a mi propuesta de entrar a Bolivia clandestinamente y hacer el trato de los 200 kilos con Hurtado y Arce Gómez, los "ternos" ni se molestaron en contestar mi cable. Quizás la demora fue la última gota para Hurtado, ya que dejó de devolverle las llamadas a Alfredo. La verdad es que a mí tampoco me importaba. Estaba harto de todo esto. Había perdido toda esperanza en esta guerra contra la droga y en la parte que a mí me tocaba en ella



## VII

# TORTURA

### 1

"Jefe, si no estás haciendo nada con esto, ¿por qué no me dejas ocuparme del asunto por un rato?"

Max Pooley estaba sentado en frente mío, su sombrero de vaquero inclinado hacia atrás y sus botas de cuero de cocodrilo sobre mi escritorio. Era la segunda semana de octubre y Alfredo quería retornar a Bolivia. Yo estaba seguro de que estaría autorizando su muerte si lo dejaba ir, así que había estado tratando de hacerlo demorar.

"¿Qué quieres hacer con ésto, Max?"

"Haz que Alfredo le diga a Hurtado: si no quieres hacer tratos con el negro cubano, te tengo otro comprador, un ganadero de Texas".

Si existía un prototipo del vaquero tejano, ese era Max Pooley. Era alto, anguloso y calvo, de ojos azules. Debajo de la aparente calma tenía la tenacidad de un perro de presa.

"¿Con quién vas a trabajar? le pregunté.

"Mario y los muchachos".

"¿Has estado hablando con Mario?"

"Sí". Eso explicaba por qué Mario había dejado de llamarme de repente. Yo ya no tenía energía para seguir con el caso Hurtado o cualquier otro caso. Pero transferir el caso a Max podía tener consecuencias mortales.

"Déjame pensarlo, Max".

El 17 de octubre, viajé a Albuquerque, Nuevo Méjico, para recibir el premio Octavio González de la Asociación Internacional de Oficiales de Narcóticos, por el caso Suárez. El premio llevaba el nombre de un agente de la DEA asesinado en su oficina en Bogotá por un informador narcotraficante. Al dar mi discurso, pensé en los hechos del año pasado. Tuve la impresión de que estaba ensuciando la memoria de González con mi actitud de derrota.

Esa noche, estuve sentado en mi habitación mirando la placa que había recibido por un caso cuya existencia exclamaba a gritos que la guerra a la droga era un fraude. Me atormentaba la idea de que podía arriesgar la vida de otros agentes en ese fraude. Tuve un horrible presentimiento para el caso de que Max se hiciera cargo del caso Hurtado. Sabía que si seguía demorando las cosas, podía destruir el caso al estilo de los "ternos". Pero no pude hacerlo.

Levanté el teléfono y llamé a Max en la Argentina. Cuando contestó, le dije que el caso era suyo.

## 2

Exactamente a mediodía del 6 de noviembre, Alfredo miraba fijamente al teléfono en su habitación del hotel en Santa Cruz. El sudor perlaba su frente y no era por el calor. Un automóvil con dos hombres había seguido su taxi hasta la puerta del hotel y sólo hace unos instantes, en el lobby, dos hombres de gafas oscuras y guayabera se pusieron alertas cuando entró. Uno de ellos se paró a su lado cuando llenaba su tarjeta de registro.

Alfredo marcó el número de teléfono de Hurtado. "*¡Hable!*" dijo Hurtado.

"Estoy aquí".

"Bueno", dijo Hurtado. "Quédate ahí. Llegaré en un momento". Colgó sin preguntar el número de la habitación.

Alfredo colgó el teléfono lentamente. No le gustó la tensión que percibió en la voz de Hurtado. Su instinto de conservación le inducía a escapar y salvar su vida. ¿Pero a dónde podía ir? ¿Y qué *demonios* podía estar ocurriendo?

Tal vez Levine tenía razón al pensar que los narcotraficantes sospechaban que era de la DEA. El instante en que le dijo a Hurtado que el negro cubano ya no era parte del trato, el boliviano se relajó y el trato se hizo sin mayores problemas. Le entregaría 200 kilos a Max al otro lado de la

frontera; sería el mayor caso de drogas en la historia argentina, y significaría una enorme recompensa por su trabajo. Alfredo y Max fueron a cenar para celebrar. Ese hijo de puta de Levine se iba a volver loco cuando regresara de los Estados Unidos y se enterara de que él y Max habían tenido éxito sin su ayuda.

Pero a los pocos días Hurtado llamó para decir que tenía un pequeño problema con Arce Gómez y que la transacción tenía que ser postergada. Y pocos días después de eso, llamó nuevamente diciendo que el problema había sido resuelto y que Alfredo debía ir a Santa Cruz lo antes posible para finalizar el trato.

Alfredo estaba contento de que Levine estuviera en los Estados Unidos. El cambio repentino lo hubiera hecho cambiar de opinión y no hubiera autorizado el viaje. El comportamiento de Hurtado le pareció normal a Alfredo: los cambios súbitos y las falsas excusas eran estrategias usuales de todos los *narcotraficantes*, especialmente de esos *bolivianos boludos*.

Pero ahora Alfredo no se sentía muy seguro. Pensó en llamar a Max, pero ¿qué podía hacer Max? La DEA ya no tenía oficinas en Bolivia. Sería mejor llamar a Mario.

Mario le había dado a Alfredo un número secreto a dónde llamar si necesitaba comunicarse. Le haría saber a Mario, en código, que podían presentarse problemas; que si no llamaba en 24 horas deberían ir a buscarlo. Pero y ¿si me estoy asustando por nada? Se me van a reír, especialmente Mario.

A las 12:30 alguien tocó la puerta. Alfredo abrió y Hurtado entró, sus ojos estudiaron la habitación cautelosamente. Este no era el Hurtado tranquilo y sociable de la reunión en el "Sheraton" de Buenos Aires.

"No tengo mucho tiempo", dijo Hurtado, "tengo que viajar. Tendré 10 kilos preparados en unos pocos días".

"¡Diez!" Alfredo se olvidó de sus temores. La diferencia en la recompensa por un decomiso de 200 kilos y uno de 10 kilos era enorme y Alfredo ya había comenzado a gastar el dinero antes de tenerlo. "Estaba seguro de que me venderías 200 kilos. Me hiciste perder el tiempo".

"Lo siento", dijo Hurtado, "pero es que no conozco a tu nuevo cliente. Y a decir verdad, tú y yo nunca hemos hecho negocios antes". Hurtado sonrió extrañamente. "Pensé que sería mejor ser cauteloso. La próxima vez te puedo vender la cantidad que quieras".

Cuando Hurtado se marchó, Alfredo enfurecido, habiéndose olvidado de sus preocupaciones previas, telefoneó a otro narcotraficante pariente de Hurtado, llamado Milton Méndez, tratando de lograr el trato de los 200 kilos. Si Hurtado tenía miedo de hacerlo, quizás Méndez lo haría. Estos bolivianos maricones, hijos de puta, no le joderían su recompensa.

A las 16:00 Méndez, un hombre moreno y fornido, entró a la habitación de Alfredo. Habían sido presentados por Hurtado durante el último viaje de

Alfredo. Aparte de ser narcotraficante de primera, Méndez también era jefe del Servicio de Inmigración boliviano, en el aeropuerto de Santa Cruz. Pero Méndez, generalmente amistoso, se veía tenso y aprensivo. El instinto de Alfredo le decía que escapara, pero lo ignoró.

"Te puedo entregar 200 kilos sin problemas", dijo Méndez, "pero ¿cómo sé que puedes pagar?"

Alfredo estaba preparado para eso; sacó una carta del Bank of America en Buenos Aires señalando que en la cuenta que Max había abierto (ficticiamente) había un saldo de 5 millones de dólares. Méndez la examinó cuidadosamente. Parecía estar impresionado. "Hablaré con mi gente", dijo poniéndose de pie. "Te llamo más tarde".

A las 9:30 p.m., tres hombres morenos de guayabera entraron a la habitación de Alfredo sin decir palabra. Uno se le acercó; otro, alto de bigote con gafas tipo espejo, bloqueó la puerta. Uno de los hombres empezó a registrar la maleta de Alfredo; el otro comenzó a registrar los cajones de la cómoda.

"¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pasa?" preguntó Alfredo.

"Policía", contestó el de las gafas. "¡Cállate la boca!"

Cuando acabaron, el de las gafas dijo, "Vienes con nosotros".

"¿A dónde vamos?"

El de las gafas se acercó a Alfredo. "Calla la boca, mierda", susurró.

Los tres hombres sacaron a Alfredo del hotel y lo metieron a una vagoneta que esperaba afuera. Lo forzaron a acostarse sobre el piso del vehículo. Los tipos subieron y uno de ellos le puso el pie sobre la espalda.

El viaje duró 15 minutos. La vagoneta paró súbitamente. Se abrieron las puertas y Alfredo fue bajado bruscamente. Fuera del vehículo lo rodearon varios hombres, algunos uniformados, y lo condujeron a una casa de muros gruesos. Dió un rápido vistazo al hotel del frente, Los Tajibos. Al entrar a una de las habitaciones de la casa oyó una voz que hablaba en alemán. De algún lado se escuchó de repente un aullido espantoso, seguido por un gemido. Se cerró una puerta y reinó el silencio.

Se le ordenó a Alfredo sentarse en una silla en medio de la habitación. Los tres hombres se pararon a su lado en silencio. Lo único que se oía era el tic-tac de un reloj. Finalmente, se abrió la puerta y entró un hombre con uniforme de la policía boliviana, con gafas oscuras y gorra militar. Tenía el grado de capitán.

"¿Quién eres y qué haces en Bolivia?" dijo el jefe.

Alfredo había pasado parte de su vida adulta preparándose para un momento como éste. Sin vacilar, dijo, "Soy un hombre de negocios argentino. Estoy aquí para comprar madera para la compañía americana donde trabajo".

Alfredo no vio venir el puño. El lado derecho de su cabeza explotó dolorosamente y todo se oscureció. Se dió cuenta después de que estaba en el suelo mirando al Jefe, la vista borrosa en el ojo derecho.

"No tengo paciencia con los mentirosos", dijo el Jefe.

Alfredo sintió cómo comenzaba a hincharse su ojo derecho. Su mano estaba pegajosa con sangre. "¿Por qué hizo eso?" preguntó, tratando de pararse.

El siguiente golpe le llegó a la entrepierna y lo hizo levantar del piso. Se lo dieron por detrás, entre las piernas. Alfredo cayó pesadamente al suelo, vomitando y faltándole aire. El dolor se extendió por su cuerpo desde sus testículos hasta los ojos. Abrió los ojos sólo para ver una bota apuntada a su cara. No sintió dolor, sólo un relámpago enceguecedor seguido por una oscuridad total.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba sobre una mesa, desnudo. Podía oírse algo como aceite hirviendo en una sartén. Volvió la cabeza y su ojo sano vió que estaba en una cocina. El cuarto estaba lleno de hombres, algunos con uniformes de policía, otros de civil y algunos en traje de combate. En la cocina, el de las gafas tenía una sartén sobre la llama. Era aceite.

El tipo se inclinó sobre Alfredo, sonriendo. Llenó un cuenta gotas con el aceite hirviendo y lo puso sobre el pene de Alfredo.

"¿Quién es Mitchael?" dijo suavemente.

"No lo sé".

"¿Estás trabajando para la DEA en Buenos Aires?"

"Sólo estoy tratando de comprar madera aquí. ¡Trato de ganarme la vida!"

El de las gafas dijo, "¡estás mintiendo!" y dejó caer una gota de aceite hirviendo en el pene de Alfredo. Del fondo de sus entrañas, un grito salió por la boca de Alfredo haciendo eco en las paredes de la habitación.

Fuera de la casa no se podía oír nada. En los últimos cinco meses las gruesas paredes de la casa habían acallado los gritos de agonía de cientos de víctimas, ésta era la cámara de tortura de los "Novios de la Muerte". Ultimamente la policía boliviana de narcóticos la había comenzado a usar con mayor frecuencia. Se harían cargo por completo una vez que sus métodos fueran más eficientes.

La casa pertenecía a Sonia Atalá.

### 3

"Su esposa me ha estado llamando cada día", dijo Max Pooley. "No sé qué decirle". Nunca había visto a Max tan preocupado.

"Tengo el presentimiento de que está bien, Max", le dije tratando de convencerme a mí mismo.

"Dios mío, espero que la suerte no le falle al loco ése", dijo Max. "Creo que debemos hacer algo".

"Si la DEA trata de averiguar sobre su paradero, será su sentencia de muerte". Si es que no estaba muerto ya.

"Bueno, hagamos algo".

"Esperemos 24 horas. Si no pasa nada le pasamos la voz a la gente de Mario".

"Esos hijos de perra aprecian a Alfredo", dijo Max. "Irán allí y comenzarán a quemar gente".

Tendrían que quemar a su propia gente, pensé. De pronto me dí cuenta de la posición irónica en que se encontraban Mario y su unidad. A estas alturas, todo el mundo sabía que el gobierno argentino apoyaba a los bolivianos. Técnicamente, al trabajar con nosotros para que cayera Hurtado, estaban poniéndose en contra de su propio gobierno y de la CIA.

"Me gustaría ir con ellos", dije.

"Veinticuatro horas", Max meneó la cabeza. "Creo que el tipo ya está muerto".

"Max", le dije, "si Alfredo está todavía vivo, nada lo va a matar a ese bastardo, nunca".

A eso de las cuatro de la tarde, el guardia de la embajada llamó. "Aquí hay un tipo llamado Alfredo".

"¡Traiga al pendejo ése ahora mismo!" dijo Max, saltando de alegría.

¡El "muerto" había regresado! Sin decir palabra, Alfredo entró a la oficina y comenzó a sacarse la ropa.

"¡Miren lo que me hicieron!" gritó. Su voz estaba histérica de furia. "Esos bolivianos cabrones, hijos de puta, maricones. ¡Miren lo que me hicieron!"

Su cuerpo, desde el cuello hasta la entrepierna estaba cubierto de moretes, quemaduras y ampollas, algunas de las cuales estaban infectadas. Su ojo derecho estaba tan hinchado que sólo se veía una ranura.

"¡Maldición!" dijo Max, dirigiéndose a la puerta, "Voy a traer mi cámara. Quiero que vean ésto en el cuartel general".

"¿Quién te lo hizo?" le pregunté, sorprendido de que no estuviera en cama en un hospital.

Alfredo escupió las palabras. "La policía boliviana". Casi delirando y con golpes al aire y exclamaciones, Alfredo nos contó su terrible aventura.

Después de ser torturado durante tres días, Alfredo confesó que estaba en Bolivia para hacer un trato de drogas. Más tarde supimos que lo que temíamos había ocurrido. Gutiérrez, a su llegada a Bolivia, habló con Hurtado. Los dos se dieron cuenta de que Mitchael y el negro cubano eran la misma persona. Pero el aguantar tres días le había salvado la vida a Alfredo. "Entonces estos gorilas pensaron: "Le hemos estado echando aceite hirviendo al argentino por tres días y ni siquiera ha confesado que vino a comprar coca. Ahora lo admite, pero insiste en que nunca ha trabajado para el agente judío de la DEA. Tal vez no sabía que el tipo es agente, o tal vez Hurtado nos dió un dato equivocado".

"Quédate quieto un momento", dijo Max apuntando su cámara.

"De repente los burros me creyeron. Miraban la carta del banco con los \$5 millones, luego me miraban a mi y volvían a mirar la carta. De repente todos empezaron a sonreír. Primero me querían hervir en aceite y luego se peleaban por venderme coca".

"Todos los jefes querían entrevistarse conmigo. Lo juro por mi madre", besó la punta de sus dedos. "Me entrevisté con el mismo Arce Gómez, con Tito Camacho (comandante de la policía de narcóticos). Los de narcóticos me dieron permiso especial para entrar a Bolivia y comprar toda la cocaína que quiera. Los muy hijos de puta. El arreglo es \$6.000 por kilo a Arce Gómez y \$500 a Camacho por cada kilo que saque de Bolivia. Me dijeron que si quería podía hacer tratos con Hurtado, tiene autorización (de Arce Gómez) para vender. Todo lo que necesitaba era pagar a narcóticos \$25.000 por mi liberación y todo quedaba listo. ¿Se imaginan la desvergüenza de los boludos?"

"¿Cómo diablos saliste de esa?" dijo Max, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo también sonreía intrigado.

Alfredo se ríó y se llevó la mano al pecho dolorido (le habían roto las costillas.) "Che, es imposible subestimar la inteligencia de un policía boliviano. Les dije, "nunca viajo con semejante cantidad de dinero en efectivo". Ellos me dijeron, "Pero hemos visto que tienes dinero en el banco". Entonces les dije, "Si, pero en un banco en Buenos Aires". Y ellos me dijeron, "Pero tienes tu chequera". Les contesté, "Pero no tengo \$25.000 en esa cuenta". Entonces me preguntaron, con cara de burros, "¿Cuánto tienes?" "Sólo \$10.000 en esa cuenta".

"El jefe me dijo, "Okey, haz un cheque por \$10.000 y cuando regreses me pagas el resto". Puedes imaginarte cómo son esos boludos, che?"

"¿Y qué hiciste?"

Alfredo me miró, sonriendo otra vez. "Les hice el cheque, ¿qué otra cosa me quedaba?"

Max y yo nos reímos. "Tienes suerte de estar vivo, pendejo", dijo Max.

"No", dijo Alfredo, con la cara seria. "Hurtado es el pendejo a quien se le acabó la suerte; porque esta vez lo tenemos".

"¿Qué estás diciendo?"

"Antes de que regresara, me llamó. Se hizo el que no sabía lo que me pasó. Pero estaba muy amistoso de nuevo. Yo le seguí la corriente. Me dijo que no fue él quien tuvo el problema con el Ministro, sino su sobrina".

"¿Sonia?" pregunté. "¿Que tipo de problema?"

"No me lo dijo, pero no han oído la mejor parte aún". Alfredo hizo una pausa y nos miró. La sonrisa de loco volvió a su rostro. "El pelotudo viene a Buenos Aires el veinte. Quiere entrevistarse con Max y hacer el trato".

El operativo Hurtado se realizó con facilidad sorprendente. El 20 de noviembre, Hurtado apareció en Buenos Aires listo para hablar de negocios otra vez. Max, que pudo haber ganado un "Oscar" por su papel de ganadero tejanero convertido en narcotraficante, convenció a Hurtado para que entregara la mercancía. El 27 de noviembre, Hurtado y cinco mujeres que usó como "mulas" para pasar 15 kilos de cocaína por la frontera, fueron arrestados por la policía secreta al mando de Mario, en una habitación vacía del hotel donde pensaban que Max los esperaba. No fueron los 200 kilos que Alfredo negoció, pero en 1980 aún se consideró a éste como uno de los mayores decomisos de cocaína en la Argentina.

El caso nunca apareció en los periódicos. Una hora después de su arresto, Hurtado fue conducido a uno de los "agujeros negros" de donde ningún prisionero regresaba.

Esa tarde, Mario, tan elegante como siempre, apareció por mi casa con dos de sus ayudantes, para celebrar el caso. Max y Alfredo también estaban allí. Habría una recompensa para todos; el Tío Sam estaba agradecido. Pero aún quedaba un problema.

"Quiero hablar con él", le dije a Mario. "Hay preguntas importantes que sólo él puede contestar".

"Tenemos el mismo problema, Miguel", dijo Mario, mirándome con sus ojos de funeral. "Este tipo puede poner en situación embarazosa a nuestros gobiernos".

Repliqué, "Sin interrogatorio, no tiene valor para la DEA, entonces no habrá recompensa para ustedes".

Mario quedó pensativo por un momento. "¿Qué tal si te consigo una grabación de su... interrogatorio?"

"Eso es lo mínimo, Mario. Lo que importa es que no quiero que lo maten. Mi gobierno lo necesitará como testigo. Muerto no vale nada".

Mario meneó la cabeza y sonrió. "Levine, sabes que ese hombre nunca testificará ante una corte en los Estados Unidos".

La tarde siguiente Mario apareció en mi casa con un cassette.<sup>1</sup> "Aquí está el interrogatorio", me dijo. "No te puedo prometer nada, pero según mis superiores parece que lo van a dejar vivir".

"¿Puedo hablar con él?"

"De ninguna manera", respondió inmediatamente. "Me estoy arriesgando lo suficiente al entregarte esto".

---

<sup>1</sup> El video original sobre la tortura y el interrogatorio de Hurtado fue pasado en el cuartel general de la CIA, y la dirección del cuartel general lo dió a la oficina de la CIA de Buenos Aires.

Cuando Mario se fue, hice dos duplicados del cassette. Puse uno en mi estéreo y lo escuché.

Reconocí dos voces en la grabación, la de Mario y la de Hurtado, se escuchaban por lo menos dos voces más de otros "interrogadores" que no pude reconocer. Estaba claro que Hurtado estaba siendo torturado, y que Mario y sus compañeros estaban gozando de su trabajo. También era evidente que el cassette de 90 minutos no cubría el interrogatorio completo, pero era más que suficiente.

Hurtado, ahogándose y gimiendo de dolor, describió cómo el gobierno boliviano estaba involucrado a todo nivel en la producción y venta de cocaína destinada a otros países sudamericanos, a los Estados Unidos y a Europa. Nombró a varios jefes de policía y altos personeros gubernamentales de países sudamericanos que estaban involucrados en narcotráfico o protección de narcotraficantes, gente en puestos clave que los hacía valiosos para la CIA. Y confirmó que el capo de lo que vendría a ser *La Corporación*, era el Ministro del Interior Arce Gómez.

Hurtado dijo que aparte de tener su propio laboratorio y flota de aviones, Arce Gómez también recibía una parte de toda la cocaína producida en el país. Todo productor de cocaína que no contribuía era asesinado o arrestado, confiscándose su cocaína. Hurtado nombró a cuatro personas que trabajaban directamente bajo órdenes de Arce Gómez en el negocio de la cocaína, un abogado boliviano (quien resultó estar protegido por la CIA), un alto personero gubernamental, un militar de alto rango y la sobrina de Hurtado, Sonia Atalá.

Se interrogó a Hurtado sobre las 854 libras de pasta base decomisadas en el caso Suárez. El avión, confesó, fue cargado y reabastecido con combustible en la hacienda de Sonia, La Perseverancia.

"¿De quién era la mercancía?" le preguntó Mario.

"Era de Alfredo Gutiérrez, Roberto Suárez, Widen Razouk y Erwin Gasser". Razouk era uno de los mayores traficantes en el mundo árabe y Gasser era el padre de José Gasser, protegido desde hacía tiempo por la CIA.

Los argentinos hicieron que Hurtado recordara todos los tratos que hizo en el pasado, detalle a detalle. "Aquí, el teatro no funciona, mi amigo", era la voz de Mario otra vez. "Puedes salir de la cárcel, pero de la tumba nadie regresa".

"Le voy a decir todo lo que sé, señor", dijo Hurtado. Y describió una serie de tratos de drogas y armamento realizados en toda Sudamérica en los menores detalles. Según él, todos los había hecho bajo la dirección de su sobrina, Sonia Atalá.

"¿Para tu sobrina?" resonó la voz incrédula de Mario. "¿Qué edad tiene?"

"Treinta".

"Treinta años. ¿Está casada?"

"Sí, señor".

"¿Cómo se llama su marido?"

"Pachi... Wálter Atalá; le dicen Pachi".

"¿A qué se dedica?" le preguntó Mario.

"A nada, señor", dijo Hurtado. "Sonia es una mujer muy poderosa (en el negocio de la cocaína). Trabaja con el Ministro del Interior".

Mario me dijo que iban a permitir que Hurtado "sobreviviera". Semanas después me contó que había sido sentenciado a ocho años de cárcel. Rogué para que ésto fuera verdad, pero por lo que había oído en la cinta de la tortura, lo dudaba mucho.

## VIII

# SOLICITANDO RECIBO

El lunes, 1º de diciembre, recibí la primera reacción del cuartel general de la DEA ante las declaraciones de Hurtado, las que involucraban en el tráfico de cocaína al gobierno boliviano y altos personeros de gobiernos de otros países sudamericanos .

Recibí órdenes de poner mis archivos a disposición de la CIA en Buenos Aires.

Durante el resto de la semana, los agentes de la CIA bajo el mando de Vinx Blocker, analizaron minuciosamente los archivos de los casos Suárez y Hurtado (ambos contenían información sobre las actividades de Sonia Atalá), sacando copias de todo aquello que necesitaban. La grabación de la tortura de Hurtado me incitó a la acción. De nuevo comencé a llamar constantemente al cuartel general de la DEA para lograr una investigación completa y una acusación a todo el gobierno boliviano.

"Me pregunto cuándo llegará el día en que podamos revisar los archivos de la CIA en busca de narcotraficantes", le dije durante una conversación telefónica a Mark Best (nombre ficticio), quien trabajaba en la sección sudamericana.

"¿Estás bromeando?" me dijo, "terminaríamos acusándolos a ellos y bien que lo saben".

Gordon Groot llamó unos días después. "Me han dicho que te hable sobre tus teletipos y llamadas telefónicas", dijo.

"Sí, dime".

"Existe por aquí la opinión de que nos estás haciendo quedar mal... como si fuésemos poco profesionales. Has exasperado a la gente del Departamento de Estado, la DEA en Miami, la oficina del Fiscal General de los EE.UU., y a la gente del cuartel general. Estás poniendo demasiado en tus cables y hablas demasiado durante tus llamadas telefónicas. ¿Sabes que el Estado puede cerrar una oficina de la DEA?"

"Sabes", le dije, sintiendo cómo perdía el autocontrol, "he visto como los mayores narcotraficantes son liberados; cómo éstos asesinan, violan y torturan a la gente, y ponen precio a mi cabeza; se apoderan de su país, con la ayuda del mío. Y todo lo que puedo hacer son llamadas telefónicas y enviar cables para poner una barrera a toda esta mierda, y me vienes a decir, "¡Relájate, estás haciendo quedar mal a la DEA!"

Groot se quedó en silencio. ¡Mierda! ¿Cómo me había metido en esto de nuevo?

"La otra razón por la que me dijeron que te llame", continuó Groot, como si no le hubiera dicho nada, "es para saber si quieres ser transferido de la Argentina".

"Salir de la Argentina, ¿por qué?"

"Bueno, con el precio sobre tu cabeza, pensamos... piensan que te sentirías más seguro...".

"Hombre", le dije, "no sé quién te dijo que me llames. Ni quiero saberlo. Pedí protección de la DEA cuando Tania y yo fuimos a Miami en septiembre a testificar, no me la dieron. Ahora de pronto ¿ustedes se preocupan por mi seguridad?" Me sentía más seguro estando en Argentina que si estuviera en el cuartel general de la DEA.

"Lo siento si es que tomas las cosas de ese modo".

"Yo también", le dije y colgué el teléfono.

Durante las tres primeras semanas de diciembre, un torrente de teletipos "secretos" fluyó entre Sudamérica y Washington, solicitudes de información adicional sobre la situación en Bolivia, solicitudes para que se hagan más preguntas a Hurtado, solicitudes de verificaciones y aclaraciones. La mayoría de las preguntas fueron contestadas con la grabación del interrogatorio, copias del cual fueron enviadas a todas las oficinas interesadas, (la CIA ya tenía su copia). Mario contestó a todo lo que no estaba en la cinta. Existía suficiente información para iniciar una investigación acerca del gobierno boliviano.

A fines de diciembre el torrente se convirtió en un goteo y luego se detuvo por completo. El Departamento de Justicia y la oficina del Fiscal del sur de Florida tenían tan poco interés en acusar a los bolivianos, como cuando mi entrevista con Sullivan y Miller. No se tomó ninguna acción para acusar a ninguna de las personas nombradas por Hurtado. No se mencionó el caso Hurtado en los medios de comunicación.

Poco antes de Navidad conseguí que Tania saliera de Argentina con destino a los Estados Unidos para asumir su nueva identidad. Cuando se fue, me di cuenta de que su presencia (venía cada dos días a la embajada con noticias recientes de Bolivia) me había servido como recordatorio de toda la situación. Ahora que se fue podía olvidar fácilmente todo.

A fines de enero de 1981, apenas cumplía con mi trabajo. Ya no me interesaba el trabajo clandestino, evitaba ver a informadores y cumplir con mis deberes de investigación, dejándole todo a Max. Me di cuenta que cuanto menos cumplía mi deber, me llevaba mejor con mis jefes. Todo lo que tenía que hacer era mantener al día el papeleo administrativo, mandar informes de inteligencia y asistir a reuniones sobre la campaña antidroga con oficiales de policía argentinos y uruguayos, y todo el mundo quedaba contento.

Así que por un tiempo estuve en paz. Nadie me molestaba y yo no molestaba a nadie. Uno de los "ternos" me llamó y me preguntó si quería ampliar mi misión en Argentina por tres años adicionales. Casi le pregunté por qué querían extender mi misión, si sólo hace seis semanas querían transferirme a otro lado, pero me controlé.

Mientras no pensaba en lo que hacía, todo estaba bien. Pero la situación en los Estados Unidos cambió repentinamente. Ronald Reagan había sido elegido presidente y volvió a declarar la guerra contra las drogas. Los medios de comunicación descubrieron de pronto que la economía de la cocaína estaba abarcando toda Sudamérica y estaban "atónitos" ante el hecho de que Bolivia estaba en manos de narcotraficantes. Los reportajes sobre el tema comenzaron a aparecer en todos los medios de comunicación, y yo cometí el error de mirar y leer.

Todo lo que leí o vi estaba completamente desinformado, pobremente investigado o cuidadosamente editado para no herir intereses creados; que hubiera sido mejor para la gente en los Estados Unidos que no se publicara nada. La cobertura de los medios de comunicación era tan incompleta que cualquiera tendría la impresión de que nuestros líderes tenían la firme intención de ganar la guerra a las drogas. Viendo ese tipo de información se generaba un abandono tendiendo hacia una confortable apreciación de la línea oficial. El programa "60 Minutos" que reveló a Arce Gómez como al "Ministro de la Cocaína" y a Suárez como al "mayor proveedor de drogas",

nunca mencionó en absoluto a los Gasser, la familia conectada con la CIA que financió el Golpe de la Cocaína. El programa informó sobre el operativo contra Suárez, pero no dijo nada sobre el arresto de José Gasser y su posterior liberación por Pat Sullivan. Los americanos nunca supieron que Gasser entraba y salía de los Estados Unidos con millones de dólares del narcotráfico y que nunca sería acusado. Tampoco serían acusadas otras "personas valiosas" para la CIA, que también estaban involucradas en el narcotráfico.

En ningún artículo salió a publicidad el nombre de Sonia Atalá, ni los nombres de los altos personeros gubernamentales bolivianos que habían sido nombrados por Hurtado, Tania y Alfredo.

De todos los reportajes que leí en el año siguiente al Golpe de la Cocaína, la única revista que se acercó a la realidad fue "High Times". Sus reporteros supieron del arresto de Gasser y sobre lo que pasó con el operativo Suárez y sospecharon. Trataron de conseguir detalles de la DEA, pero habían tocado un "interés especial" muy delicado. En un artículo en la edición de agosto de 1981 titulado "Colonialismo de la Cocaína: Cómo el Fascismo se apoderó de Bolivia", decían:

La DEA confirmó el arresto (de Gasser y Gutiérrez) con cargos de violaciones monetarias y conspiración, pero no dió mayores detalles. Es curioso, ya que éste puede haber sido el operativo más grande realizado hasta ahora...

Ambos magnates industriales conservadores (Gasser y Gutiérrez), fueron liberados bajo fianzas de \$ 1 millón cada uno, y pronto huyeron a Santa Cruz. "High Times" pasó casi dos semanas tratando de obtener una confirmación oficial o una negativa por parte de la DEA en este caso histórico; pero nuestras llamadas no fueron contestadas.

A principios de febrero leí el artículo que me puso nuevamente en medio de la batalla. Encontré en la embajada un ejemplar del 9 de febrero de 1981 de la revista "Newsweek", donde se publicaba un artículo titulado "El Floreciente Tráfico de Cocaína", por Steven Strasser y Larry Rohter. El artículo trataba sobre el creciente problema internacional de la droga, y los países del mundo en los cuales se habían financiado golpes con dinero de la droga. Me pregunté cuántos de éstos habían sido apoyados por la CIA. Una parte del artículo estaba enfocado en Bolivia: "Desde que García Meza derrocó al gobierno civil de Lidia Gueiler, quien trabajó para controlar el tráfico de cocaína y aceptó colaboración por parte de los Estados Unidos, la represión del narcotráfico en Bolivia se ha convertido en una farsa en manos del Ministro del Interior y Justicia, el Cnl. Luis Arce Gómez". El artículo continuaba con la acusación a Arce Gómez de proteger a las tres

mafias de la cocaína, una dirigida por Alfredo Gutiérrez; otra por José Gasser y la tercera por Roberto Suárez. (El artículo no mencionaba el arresto y liberación de Gutiérrez y Gasser).

Mientras leía el artículo, comencé a preguntarme qué haría el pueblo americano si se le informaba cómo habíamos traicionado a Gueiler o a los heroicos bolivianos que estaban en contra de la droga; si supieran cómo el caso Suárez fue destruido a propósito por el gobierno; si sólo supieran los hechos detrás de la liberación de Gasser y Gutiérrez. La indignación pública podría hacer tambalear al gobierno americano. El Congreso tendría que iniciar investigaciones formales y caerían cabezas. Aquellos que en nuestro gobierno habían participado en estos delitos contra el pueblo americano acabarían entre rejas. Y yo ayudaría a ponerlos en la cárcel. Ya no pude mantenerme callado.

Me senté ante mi máquina de escribir y puse en el carro una hoja de papel membretado de la embajada en Buenos Aires. Empecé una carta que nunca había imaginado escribir. En tres páginas, me identifiqué y describí la destrucción del caso Suárez por parte de nuestro gobierno. Di suficiente evidencia para que un equipo de reporteros llegara a la conclusión, como yo mismo había llegado, de que los narcotraficantes bolivianos tomaron el poder porque intereses creados en los Estados Unidos así lo querían.

No incluí evidencia de la participación de la CIA en el Golpe de la Cocaína, porque la Agencia y la policía secreta argentina estaban muy cerca mío. Me podía convertir fácilmente en uno de los desaparecidos. Pensé que los periodistas de "Newsweek" ya sabían sobre la participación de la CIA en el tráfico de drogas, lo habían mencionado veladamente en su artículo. Si se ponían en contacto conmigo, les diría todo lo que sabía personalmente.

Envié la carta a Strasser y Rohter, solicitando recibo y la franqué el 16 de febrero de 1981. El 1º de marzo me llegó el recibo de retorno, indicando que "Newsweek" había recibido mi carta. Esperé ansiosamente que alguien se pusiera en contacto conmigo. Nadie lo hizo.

Al llegar abril, me di cuenta de que había tomado una decisión errada en cuanto a mi carrera. Una carta de ese tipo flotando, sin ser contestada, era como una mina sin explotar enterrada en una playa llena de gente. En mayo, empezaron mis problemas serios.



# IX

## BLANCO

### 1

Estábamos en mayo y no tenía noticias de "*Newsweek*". Tal vez la carta se había entrapelado o tal vez los periodistas simplemente la habían descartado, junto con una tonelada de otras cartas sobre otros proyectos. Me arrepentía de haberla mandado, pero era demasiado tarde. Todo lo que podía hacer era tratar de no pensar al respecto y esperar que no pase nada malo. Necesitaba una semana de vacaciones. Serían mis primeras vacaciones desde que entré a trabajar como agente federal 16 años atrás.

Mis jefes, maravillados por los pocos problemas que había causado últimamente, autorizaron inmediatamente mi vacación. Quizás se olvidarían de mí y me dejarían terminar en Argentina los últimos ocho o nueve años de mi carrera. Mientras no pensara en mis ideales perdidos, mi autotraición y lo que pasó con mis casos, todo estaría bien. Al abordar el avión con destino a Puerto Rico, hasta se me ocurrió la idea de pedir un ascenso y continuar mi carrera como "terno" sin correr mayores riesgos.

Durante mi primera noche en Puerto Rico, en una cómoda habitación en el Hotel Caribe Hilton de San Juan, tuve un sueño. Caminaba por las calles

oscuras y desiertas de una ciudad que de algún modo sabía era Santa Cruz, Bolivia. Una mujer de pelo largo y oscuro me seguía y yo escapaba horrorizado. Sabía que si me tocaba moriría instantáneamente. Corrí tan rápidamente como pude, pero ella me alcanzaba; parecía deslizarse sobre el suelo. Súbitamente ya no pude correr. Me di la vuelta y ella estaba allí, sonriendo. Estiró la mano.

"¿Por qué?" le pregunté.

"Soy Sonia".

El sonido del teléfono me salvó de aquel sueño, sólo para ponerme en una pesadilla real. Era Max quien llamaba.

"Tengo malas noticias".

Lo primero que pensé fue en la carta, los "ternos", la CIA. "No me jodas, Max".

"Ojalá estuviera bromeando, Mike. Primero te daré las noticias no tan malas. Alguien entró en tu casa. Me llamaron de la embajada para avisarme. Fuí y tomé algunas fotos".

"¿Se entraron a mi casa?"

"Hombre, Mike, la cosa es medio extraña. Parece que no se llevaron nada. Destruyeron muchas cosas, pero el televisor y tu stereo están aún allí".

"¿No se robaron nada? ¿Estás seguro?"

"Absolutamente. Cuando regreses puedes revisarlo todo. Lo que me parece realmente raro es que parece que los tipos que entraron no estaban apurados. Se sentaron en tu living y se acabaron tu whisky".

"¿Qué?"

"No estoy bromeando Mike. Encontramos un par de botellas vacías y vasos. Parece que eran cuatro".

"¿Tomaron huellas dactilares?" Dije, sintiendo un escalofrío en el cuello.

"Max rió. "¿Bromeas? Cuando llegué, los tipos de seguridad habían puesto, las manos sobre todo".

"Todo eso tendrá que esperar a que regrese". dije. "Tengo miedo de preguntarte; pero, ¿cuáles son las malas noticias?"

Max quedó en silencio un largo rato. "Unos inspectores de Seguridad Interna están en camino hacia aquí. Quieren que estés de vuelta en tu puesto, de modo que puedan conversar contigo".

El corazón se me hizo un nudo. La división de Seguridad Interna de la DEA, que estaban a cargo de investigar casos de corrupción dentro de la agencia, no era famosa por su tacto y diplomacia. En 1981 sus inspectores eran considerados como cortacabezas de los directores de la DEA, siendo utilizados principalmente para acabar con la carrera de cualquier agente que los "ternos" consideraran como "blanco".

Los agentes de la DEA son vulnerables administrativamente con riesgo de ser despedidos en cualquier momento. Sus vidas están regidas por tres

manuales, cada uno del grosor de la guía telefónica de Manhattan, donde se encuentran las regulaciones más ridículas, poco realistas y opresivas que se puedan haber inventado, regulaciones que sirven para justificar la burocracia y mantener a los agentes callados, bajo control absoluto. Un agente puede ser acusado de repente por "uso ilegal de un automóvil del gobierno", por hacer compras al volver a su casa o de "actividades policiales no autorizadas" al encontrarse con un informador a las tres de la mañana sin avisar a un superior, o de "falsificar informes gubernamentales" si reporta haber trabajado 117 horas, y los inspectores dicen que lo siguieron y que en realidad trabajó 115 horas. En estos casos el agente es considerado como "blanco" por meterse donde no debía. En general, los agentes tienen más miedo a ser despedidos que a enfrentarse con narcotraficantes armados. Para muchos la insignia se convierte en su identidad. La agencia se convierte en una especie de padre y prefieren morir a ser despedidos.

El uso indebido de Seguridad Interna hizo que la agencia cambiara el sistema de investigación de corrupción y mala conducta, poniéndolo en manos de supervisores y de los mismos agentes. Pero en 1981, Seguridad Interna era el equivalente de la Gestapo y yo era su blanco siguiente.

"¿Te dijeron de qué se trataba?" pregunté.

"Algo relacionado con tus gastos en el caso Suárez".

"¿Cuándo dijeron que quieren que regrese?"

"Ayer. Dos de ellos están en camino ahora mismo. Dijeron que te avisemos para que estés de vuelta en tu puesto lo más pronto posible".

## 2

Veinticuatro horas después estaba de vuelta en Buenos Aires. Max me recogió del aeropuerto. No dije palabra hasta llegar a mi casa.

El momento que vi la fachada, sentí algo extraño. Max estacionó el auto y entramos por el garaje. En el pasillo de entrada sentí un fuerte olor a podrido. Todo el piso estaba cubierto de vidrios rotos y pedazos de ropa; salpicado de los restos podridos de lo que había quedado en el refrigerador. Quedé inmóvil, la casa que había sido como una fortaleza había sido invadida.

"El resto de la casa está igual", dijo Max, "pero como te dije, parece que no se llevaron nada; por lo menos nada grande".

"¿Encontraste mierda en algún lado?" pregunté. Un detective de Nueva York me contó una vez que muchos ladrones dejan sus "firmas" fecales.

"¿Qué?"

"Mierda. ¿Encontraste mierda?"

"¿Quieres decir caca?"

"Exactamente".

"No", contestó Max, divertido. "Lo que si se ve es que los tipos se pusieron cómodos".

Entramos al living. Habían tres sillas alrededor del stereo, el cual se podía haber vendido por lo menos en 2.000 dólares y hubiera cabido en una funda de almohada. Una botella de "Chivas Regal" a medio tomar estaba tirada en el suelo. En el piso frente al stereo habían cerca de 100 cintas, algunas de las cuales estaban rotuladas "DEA, Evidencia". Habían tres sillas alrededor de las cintas y una botella de whisky llena en el suelo.

"Parece que hicieron una pequeña fiesta", dijo Max.

"¿Así fue como lo encontraste?"

"Exactamente. Tomé algunas fotos".

"¿Quién hizo la denuncia?"

"Tu jardinero llegó a las seis de la mañana, oyó ruidos dentro de la casa y salió escapando. Llamó a seguridad en la embajada y ellos me llamaron a mí. Cuando llegaron aquí, así es como estaba todo".

Miré los cassettes. Los había tenido ocultos en varios lugares de la casa. Algunos eran sólo de música, otros eran de conversaciones mías con narcotraficantes. Unos pocos eran de asuntos personales, conversaciones mías con "ternos". Los intrusos habían buscado las cintas por toda la casa y luego se sentaron tranquilamente a escucharlas, tomándose unos tragos.

De repente recordé que había dejado una copia de la cinta de la tortura de Hurtado en un cajón en el dormitorio. Atontado, agradecí a Max y le aseguré que podía hacerme cargo del resto. Después de que se marchó, subí apresuradamente al segundo piso.

El dormitorio principal parecía un basurero. El contenido de los roperos había sido desparramado por toda la habitación y cada cajón había sido vaciado. Hasta la cama estaba volcada. El aparato de video y el televisor no habían sido tocados. La cinta de Hurtado no estaba allí.

Durante la hora siguiente busqué cintas por toda la casa. No encontré ninguna fuera de las que estaban en el living. Todas las cintas de los casos Suárez y Hurtado habían desaparecido y también las de mis conversaciones con los "ternos".

Después reconstruí los hechos. Los intrusos, ya que habían cuatro vasos usados, supuse que ése fue el número de intrusos, entraron a la casa por la puerta de vidrio que daba a mi dormitorio. Forzaron los protectores de madera y cortaron un agujero circular cerca de la manilla de la puerta. Había un pedazo casi perfectamente circular en el suelo como prueba de su habilidad criminal.

Seguramente pensaron encontrarme en la cama.

Supuse que quien hizo el trabajo sabía que yo estaba de viaje, pero sólo Max, Linda y el "terno" que autorizó mi permiso lo sabían. Vi el pedazo redondo de vidrio y tuve una visión:

Tres sombras esperan fuera de mi dormitorio; uno de ellos de pie. Uno corta el vidrio a pocos centímetros del cerrojo. Otro apunta una linterna a través de la ventana. Estoy dormido. El que está de pie tiene algo en la mano, un arma con silenciador. Apunta a mi cabeza.

Pero no dispara.

El hombre que corta el vidrio acaba su tarea, sacando el pedazo de vidrio con succionadores de goma, sin hacer el menor ruido. El hombre con el arma se pone tenso. El cortador mete la mano y abre el cerrojo.

Abren la puerta y entran rápidamente. Me inmovilizan; el arma apunta a mi cara. Me arrastran hacia la planta baja. Me quieren interrogar, tienen toda la noche para que conteste sus preguntas.

La visión termina con Mario sentado en un sillón con una botella de whisky a sus pies, sus ojos de serpiente estudiándome.

Después, lo más probable es que mi cuerpo desapareciera y también las grabaciones, las cuales podrían explicar el motivo de mi desaparición. Habían miles de narcotraficantes con motivos para asesinarme, sería el crimen perfecto.

Aquella noche dormí en uno de los dormitorios pequeños con una pistola automática de 9 mm. en la mano y otra en el suelo, al lado de la cama. Rara vez me encontraría sin ambas armas durante el resto de mi misión en Argentina.

El domingo en la mañana, llamó Max.

"Sólo quería avisarte que ya llegaron", me dijo. "Dicen que no necesitan verte todavía. Primero se van a entrevistar conmigo y con Linda".

El lunes en la mañana llegué temprano a la embajada. Los inspectores ya habían pedido una oficina para realizar su investigación y estaban en medio de una entrevista a puerta cerrada con Linda. Max me miró e hizo una mueca.

"¿Qué demonios están haciendo con Linda? Ella no tuvo nada que ver con el caso Suárez". Me di cuenta del miedo que había en el tono de mi voz.

"No tengo idea", dijo Max, "pero lo que sí sé Mike, es que estos muchachos no están jugando".

Entré a mi oficina decidido a no mostrar señales de estar intimidado y cerré la puerta. Con las manos temblorosas abrí el cajón de mi escritorio y di un suspiro de alivio. La pequeña caja de metal seguía allí, tal como la había dejado, eran las copias de la mayoría de las cintas que habían sido tomadas de mi casa.

Horas después, la puerta del cuarto de interrogatorio se abrió y salió Linda seguida por los dos inspectores.

El inspector principal me miró fijamente por un largo rato. Era un hombre alto, desgarrado, calvo, de mediana edad. Le puse el apodo de "Cigüeña". Lo miré y esperé a que dijera algo.

Me dijo, "Si tiene algo que hacer, ¿por qué no lo hace?. Todavía no lo necesitamos".

"Claro", dije, con una sonrisa forzada. Miré más allá de Cigüeña a su compañero, "Barril".

Barril me miró con una mirada que parecía decir "te agarramos". Cigüeña, sin sacarme los ojos de encima, hizo un gesto a Max para que lo siguiera a la oficina.

Después de que la puerta se cerró, miré a Linda, que estaba pálida y temblorosa. Inicialmente había trabajado para la CIA en Argentina, se enamoró y se casó con un jugador de tenis argentino, lo que la CIA no aprobó y fue transferida a la DEA. Había pasado por muchas experiencias durante sus siete años en Argentina; tenía que ser algo muy terrible para hacer temblar a Linda.

"¿De qué se trata todo esto?" le pregunté en voz baja.

"Mike", dijo ella dirigiendo los ojos a la puerta, "quieren saber todo sobre ti".

"Sólo díles la verdad. No tengo nada que ocultar".

El método de presión psicológica que los inspectores estaban usando funcionaba muy bien. Estaban demorando el hablar conmigo, dándome tiempo suficiente para pensar en el poder que tenían sobre mi vida. Querían que el estómago se me hiciera un nudo, que se me confundiera la mente y que se me aflojara la lengua para cuando me tocara el turno de hablar.

El miércoles 6 de mayo, después de que los inspectores pasaron la mañana entrevistando al embajador, la persona a cargo del correo y otras personas de la embajada con quienes yo había tratado, me ordenaron entrar a mi oficina para comenzar el interrogatorio.

"Antes de que le haga ninguna pregunta", dijo Cigüeña, "debo leerle sus derechos constitucionales. Tiene derecho a mantener silencio..." Barril me miró fijamente mientras Cigüeña hablaba. Cuando Cigüeña terminó de leer, me preguntó si deseaba que un abogado estuviera presente.

"Nunca he hecho algo por lo que deba ir a la cárcel", dije. "No necesito un abogado".

Los dos se miraron como si hubieran confirmado una apuesta entre ellos. Cigüeña me pasó una hoja de papel.

"¿Entonces le importaría firmar ésto?"

Conocía muy bien el documento; era una renuncia a los derechos. La firmé, renunciando a mis derechos bajo la Quinta Enmienda y se la devolví. Me encontraba ahora sin abogado o Constitución que me protegiera. Pero no tenía nada que ocultar.

"Se trata sobre sus gastos durante el operativo clandestino que hizo en Miami", empezó Cigüeña. "¿Conoce usted a una informadora llamada Tania?"

"Sí".

"¿Trabajó secretamente con ella en Miami?"

"Sí, hace aproximadamente un año, en el caso de Roberto Suárez".

"¿Hizo que ella firmara un Formulario 103 indicando que recibió \$2.500?"

"Sí, lo hice".

"Bueno, ella dijo que usted se quedó con el dinero".

"¿Es ese el motivo de todo esto?" pregunté, asombrado.

"Eso es lo que originó la investigación", dijo Cigüefia, sacando un puro que metió casi por completo dentro de su boca. Lo mojó hasta ablandarlo y finalmente lo encendió. Se dirigió a mi soltando una bocanada de humo: "Pero hemos decidido ver algunas otras cosas más, ya que estamos aquí".

"Si me hubieran llamado, se hubieran ahorrado el viaje".

"Vamos a verlo", dijo Cigüefia, echando otra bocanada de humo hacia mi.

"Tania está en lo correcto", dije. "Cuando preparamos el operativo, la oficina de la DEA en Miami se negó a proporcionar dinero para el trabajo clandestino. De hecho, hicieron todo lo posible para arruinar el caso. Llamé a Ralph (Saucedo) en Washington. El vino a Miami con \$2.500 en efectivo, que había tomado del fondo especial destinado al pago de informadores. Me dijo que Tania firmara el recibo y que usara el dinero para el trabajo".

"Seguí sus instrucciones. De hecho, de los \$2.500 sólo recibí \$700. De esos \$700, entregué doscientos a los pilotos y cien a la Agente Especial Lydia Diaz<sup>1</sup> (nombre ficticio) para sus gastos. Después de eso, todo gasto salió de mi propio bolsillo". A juzgar por sus caras, lo que acababa de decirles no era novedad.

"Pero no era necesario que vinieran sólo por eso", dije. "Ralph Saucedo lo podía haber verificado en el cuartel general".

Ahora iba a saber lo que Cigüefia quiso decir con eso de "ver algunas otras cosas más".

Los dos inspectores me interrogaron metódicamente durante el resto de la semana. Ampliaron su investigación a todos los recibos por gastos que había hecho desde mi llegada a Sudamérica. (Después se dedicarían a investigar todos los recibos que hice desde que empecé a trabajar para la DEA).

Los recibos por gastos son la contabilidad detallada de todos los gastos hechos por un empleado gubernamental durante el desempeño de sus funciones, desde llamadas telefónicas hasta pasajes de avión y comidas. Después de un año de trabajo, un agente puede llegar a tener cientos de páginas de recibos. Si un inspector encuentra un solo artículo que en realidad no se pagó o no fue usado por razones de trabajo, el agente puede

---

1) Ella era la agente secreta que jugó el rol de mi esposa durante la operación Suárez.

ser acusado de fraude y falsificación de informes gubernamentales, delitos que tienen hasta 10 años de cárcel.

Los inspectores me acusaron falsamente de dedicarme al mercado negro; revisaron todos los registros de correo de la embajada para documentar la cantidad de artículos que había recibido por APO (un privilegio de importación sin impuestos para los americanos que trabajan en el extranjero) y Cigüeña interrogó a todos mis vecinos argentinos para averiguar si les había vendido mercadería que había importado usando mi status diplomático. Revisaron los archivos de todas las llamadas telefónicas que hice desde la embajada y me interrogaron sobre el propósito de cada una de éstas para ver si estaban relacionadas con mi trabajo. Hicieron preguntas a varios de los funcionarios de policía argentinos con los que trabajaba sobre lo "apropiado" de mi conducta, dando la impresión de que estaba metido en problemas.

Cuando Cigüeña y Barril partieron con destino a Miami, el martes 12 de mayo, toda la gente que me conocía estaba segura de que era objeto de una investigación criminal y que pronto sería arrestado. La gente en círculos diplomáticos comenzó a hacerme a un lado; la policía argentina y hasta los informadores evitaban tratar conmigo. Los inspectores me habían inutilizado como agente.

### 3

Ralph Saucedo me llamó. "Ya le dije (a Cigüeña) que estaba completamente seguro de que gastaste el dinero en el caso. ¿Qué es lo que está pasando?"

"No sé", le dije yo. "Tengo la impresión de que tratan de arruinarme".

A fines de junio supe que algunos agentes a los que no había visto en años, estaban siendo interrogados sobre las investigaciones en las que trabajaron conmigo y sobre lo que sabían de mi vida privada. Casi todo el mundo en la DEA estaba seguro que mi arresto era inminente. Yo tenía certeza de que mi carta a "Newsweek" había caído en manos de la DEA o de la CIA y que querían acallarme o desacreditarme, o ambos.

Me di cuenta de lo rápido que los rumores se esparcían cuando recibí una llamada de Vinnie Z (nombre ficticio), agente veterano de Nueva York. Me sorprendió oírlo; hacía mucho tiempo que no sabía de él.

"Mikey", me dijo. "Me alegra saber que todavía estás libre".

"¿De qué hablas, Vinnie?"

"No puedes imaginarte los rumores que corren Mikey; que los inspectores ya te arrestaron o que hay acusaciones en tu contra. Entonces decidí llamar y averiguarlo personalmente".

Quedé atónito. Los inspectores se habían ido de Buenos Aires sólo unos días antes.

"No te creo", le dije. "Es pura mierda".

"¿Entonces no es cierto, Mikey?"

"Vinnie", le dije, "le puedes decir a quien le interese que no he hecho nada incorrecto; que están tratando de desacreditarme".

Vinnie se calló por un momento, probablemente pensando, como yo, si nuestra conversación estaba siendo vigilada.

"¡Los muy hijos de puta! Jódelos, Mikey. ¿Piensas venir a Nueva York?"

"Tarde o temprano", le dije.

"Si necesitas algo, Mikey, sabes dónde encontrarme".

El 25 de junio, Cigüëña me llamó desde su oficina en Miami. "Hablamos con los pilotos, Dave Kunz, Gorman y Vandiver. Niegan que usted les hubiera entregado dinero alguno".

Sabía que me estaba mintiendo, así que conecté mi grabadora al teléfono. Desde aquel momento comencé a grabar todas las llamadas en las que hablaba con los inspectores.

"Si dicen eso, no es cierto", repliqué. "Pero no creo que hayan dicho algo así".

"Y Lydia Díaz también niega que le haya entregado dinero para gastos".

"Me cuesta creerlo; pero si eso es lo que dijo, no está diciendo la verdad".

Quedó en silencio por un momento. "Creo que usted debería venir a Miami para hacer más declaraciones".

"¿A Miami?" dije.

"¿Se está negando?"

"Claro que no", le contesté. "Dígame cuándo y estaré allí".

En la tarde del 29 de junio partí de Buenos Aires en un vuelo de Pan American con destino a Miami. Mi rodilla derecha, varias veces dañada durante operativos, había empezado a dolerme. No lo supe entonces, pero se había formado un hematoma dentro de la articulación. Meses después me hicieron una intervención quirúrgica y me lo extirparon. Esa noche del vuelo sufrí por la incomodidad del asiento. Cuando llegué a Miami el 30 de junio a las 7:30 a.m., tenía fiebre y el dolor era inaguantable. Los analgésicos que tomé ya no me hacían efecto.

A las 9:00 a.m., me encontraba en un cuarto pequeño, sin ventanas, con Cigüëña y otro inspector, uno de los tipos más feos que había visto en toda mi vida. Era gordo, con unos cuantos pelos sobre la calva. Tenía cara de jabalí. Su camisa parecía un collage de manchas de comida. Le puse de apodo "Inspector Quasimoto".

Quasimoto puso una grabadora frente a mi y comenzó a buscar un enchufe. Imaginé un programa de televisión llamado *"Cigüeña y Quasimoto en la guerra contra las drogas"*.

Cigüeña prendió uno de sus apuestos puros. Agotado por el largo vuelo y el dolor, casi me desmayé con el olor. Pero la idea de que estos cretinos gozarían con mi desmayo, me hizo recuperar.

A una señal de Cigüeña, Quasimoto encendió la grabadora y comenzó a leer mis derechos constitucionales. El aliento del tipo parecía salir de una letrina. Los malos olores, la fiebre y el dolor me tenían al borde del colapso. Si hubieran sido astutos, me podían haber hecho confesar lo que quisieran. Pero eran sólo unos burócratas estúpidos. Lo mejor que se les pudo ocurrir fue mostrarme mis recibos de gastos de viaje y preguntarme las mismas preguntas de antes.

Cuando llegaron a los recibos del caso Suárez, Cigüeña me reiteró que los pilotos y Lydia Diaz habían negado que les había entregado dinero.

Me cercioré de que la grabadora que tenía en el bolsillo estaba encendida. "No lo puedo creer", dije. "Yo les dí el dinero".

"¿Está dispuesto a someterse a un detector de mentiras?" me preguntó Quasimoto.

Ya no podía aguantar el dolor sin desmayarme, así que le dije, "Claro".

Se miraron entre ellos con un gesto de triunfo. El interrogatorio había terminado. Me llevaron a la oficina de su supervisor.

El jefe de la oficina de Seguridad Interna de Miami era el "terno" de los "ternos". Tenía el pelo engominado, sonrisa de predicador de televisión y estaba inmaculadamente vestido con un terno de polyester.

Habían otros dos inspectores en la oficina. Uno me fue presentado como el "Técnico del Detector". El otro, "Sinnombre", no me fue presentado.

El jefe me explicó rápidamente que tenía derecho de negarme a la prueba del detector. Luego hablamos sobre las preguntas que me harían. Estas serían principalmente sobre si entregué o no el dinero a los pilotos y a Lydia Diaz.

El técnico explicó que no podía hacer la prueba inmediatamente; necesitaba alrededor de una semana para conseguir las debidas autorizaciones, etc. Esto era pura mierda, la demora era simplemente para ponerme nervioso, condición que era aparentemente necesaria para todo lo que los inspectores hacían.

"Puede pasar la semana de espera en los EE.UU.", dijo el jefe. "Lo autorizaré. Llámenos en una semana y le avisaremos si todo está listo".

Salí del edificio sintiendo que ya me tenían en sus manos; que había caído en una trampa bien planificada. Si la DEA se hubiera esforzado de este modo para agarrar a Gasser y a Gutiérrez, qué distinta hubiera sido la guerra contra la droga.

El 6 de julio me pasó la fiebre y ya podía caminar cojeando. Telefoneé a Cigüeña desde Nueva York. Me informó que aún no estaban preparados. El Fiscal de los EE.UU. no había firmado algunos papeles.

"Cuando existe posibilidad de acusación criminal", explicó, "necesitamos la autorización de un secretario (del Fiscal de los EE.UU.)".

"Acusación criminal", repetí atónito. La frase resonó en mi mente durante el resto de la conversación. "¿Qué Fiscal?" pregunté.

"Sullivan, Pat Sullivan".

"¿Pat Sullivan?" se me fue el alma a los pies. El hombre que había liberado a José Roberto Gasser estaba a cargo de mi caso.

"¿Lo conoce?" preguntó Cigüeña con un tono que implicaba que los dos habían hablado ya sobre mi persona.

"Sí, lo conozco", le dije.

Cigüeña no hizo más comentarios. La prueba del detector fue postergada hasta el 14 de julio.

## 4

El viernes 10 de julio, en la tarde, llamé a Vinnie para pedirle el favor que me había ofrecido. Arregló una entrevista en un restaurant, con Ken, un tipo que había trabajado como examinador con detectores de mentiras para una agencia del gobierno. Ahora trabajaba por su cuenta.

"Vas a ir como cordero al matadero", me dijo Vinnie. "Te han tendido una trampa. Te aseguro que ya saben el resultado de la prueba. Mikey, me sorprende lo inocente que eres".

"Pero, si no tengo nada que ocultar", le dije, mirando a Ken, "¿cómo puede perjudicarme la prueba?"

"Si un examinador experto quiere que falles la prueba", dijo Ken, "la fallas. Sin importar cuán veraz crees que eres".

"Algo para lo que debes estar preparado", continuó Ken, "es que te cambian las preguntas a último momento, si tratan de hacerte preguntas tan generales que te hagan fallar".

"¿A qué te refieres?"

"Te pueden preguntar, por ejemplo, "¿Ha tomado usted algo que no le pertenece desde que está en la DEA?" Puedes fallar si es que alguna vez te llevaste a casa papel o un lapicero del gobierno".

"¿Qué te dije?" dijo Vinnie. "Los muy cabrones".

"Bueno, ya entramos de acuerdo sobre las preguntas", dije. "Van a cubrir todos los incidentes donde otro agente esté en contradicción conmigo".

"¿Te puedo hacer una pregunta tonta?" dijo Ken. "Si han iniciado una investigación sobre todos los aspectos de tu vida y sospechas que te están

tendiendo una trampa, ¿por qué aceptaste que te hagan una prueba que sólo te perjudicará?".

El 11 de julio, Cigüeña me llamó. "Lo llamo para aconsejarle que no tome ningún tipo de medicina antes de la prueba".

"Está bien", le dije. "Quisiera revisar otra vez las preguntas que me harán. Acordamos que las preguntas abarcarían sólo lo que concierne a supuestas contradicciones con otros agentes, ¿no es cierto?"

"Sí, es cierto, pero discutiremos eso cuando esté aquí. Debe estar aquí a las 8:30, no se retrase".

Entré a Seguridad Interna exactamente a las 8:30 a.m. el martes 14 de julio, preguntándome cómo me dejé meter en esta trampa. Un inspector desconocido me llevó a un cuarto pequeño.

A las 10:00 Cigüeña y Quasimoto entraron sonrientes. Me dieron la mano y me llevaron a la oficina del jefe.

El jefe y el técnico me esperaban. Todos me dieron la mano, nunca me sentí tan popular desde mi transferencia a la Argentina.

Les dije, "quiero que revisemos otra vez las preguntas".

Todos se pusieron incómodos. El técnico y el jefe comenzaron a revisar algunas de las preguntas; eran distintas a las que habíamos acordado. Las nuevas preguntas abarcaban toda mi carrera y eran difíciles de entender, por ejemplo, "¿ha engañado usted a los inspectores?" Carajo, los estaba engañando en ese instante al no avisarles que estaba grabando todo.

Discutimos sobre las preguntas por unos 30 minutos, tratando de que fueran más "aceptables". A los tipos no les importaba la verdad, lo que les importaba era atraparme. Mientras hablaban, dejé de prestarles atención. Sus caras se veían cada vez más siniestras.

De pronto dije: "¡Exijo mi derecho a no pasar por la prueba!"

El cuarto quedó en silencio y los tipos se miraron con cara de desilusión.

Los cabrones se habían aprovechado de mi temor. Habían llegado demasiado lejos y yo ya no les tenía miedo.

"Bueno, si no tienen otra razón para retenerme, me voy. Debo retornar a la Argentina".

El jefe me miró sonrojado. Asintió y sonrió. Le devolví la sonrisa y me marché.

## 5

A principios de agosto, los inspectores seguían investigando todo lo que hice y a toda la gente con la que había tratado. Llegaron al extremo de vigilar a mi exesposa y a mis dos hijos. Mi hijo Keith me contó que los

vecinos le habían dicho que unos tipos con identificación del gobierno habían estado haciendo preguntas sobre mí en el barrio.

"¿Dijeron de qué oficina eran?"

"La Sra. Barr dijo que eran inspectores".

Aunque había pasado más tiempo del límite de 30 días para investigaciones de personal, no se me había hecho ninguna acusación y la investigación se estaba ampliando.

El lunes 28 de septiembre comenzó el proceso de retirarme forzosamente de Argentina.

La DEA envió un equipo de evaluación de tres personas, auditores, para inspeccionar las operaciones de la oficina de Buenos Aires. Cuando entraron a mi oficina apenas pude creer lo que veía, el equipo estaba bajo el mando del propio jefe de Seguridad Interna.

"Le dije a mi jefe Terry Burke, que no estaba seguro si era apropiado que viniera", me dijo sonriendo, "pero insistió en que lo hiciera".

El equipo evaluó durante una semana mi rendimiento como agregado a la embajada. Me sentía orgulloso de lo que había hecho durante los casi tres años de trabajo en Argentina. Me pareció que durante esa semana la actitud del jefe era más amistosa. Tal vez se había dado cuenta de que sólo trataba de hacer algo bueno por mi país.

Por casualidad tuve que asistir a una conferencia en Brasil. Hicimos la primera escala juntos, el jefe, su equipo y yo. Al llegar a Rio, nos despedimos con apretones de manos.

"Buena suerte", me dijo el jefe, dándome una palmada en el hombro.

Cuán equivocado estaba sobre este tipo. Dos semanas después me enteré de que me había hecho una mala jugada.

El 6 de octubre me encontraba en Leesburg, Virginia, con todos los otros agentes de la DEA apostados en Sud y Centroamérica, para una reunión con el nuevo administrador de la DEA, un agente del FBI llamado Francis Mullen. Nos habían informado que la DEA pasaba a manos del FBI, aunque supuestamente seguiría siendo una agencia autónoma. (Hasta ahora nadie entiende la relación exacta entre la DEA y el FBI.)

El propósito de este cambio era "mejorar el control de narcóticos, combinando los métodos e informadores del FBI con la experiencia de la DEA". Por lo menos, esa era la versión oficial. Pero cuando se anunció el primer "cambio radical", según el cual todos los agentes de la DEA, a menos que estén realizando operativos, deberían usar "terno, camisa clara y corbata", nos dimos cuenta de que la creación de la nueva agencia para la guerra contra las drogas no era más que otra mierda política.

Nos van a volver "ternos" dijo uno de mis colegas de Sudamérica. Nos pareció un chiste; pero para los cretinos que regían nuestras vidas la cosa era seria.

Esperábamos la llegada de Mullen, cuando me avisaron que tenía una llamada de Tommy Dolittle (nombre ficticio), nuevo jefe de la unidad para Sudamérica.

"Le tengo malas noticias", me dijo. "Acaban de llegar los resultados del equipo de evaluación. El Jefe de Seguridad Interna ha recomendado que se lo retire de Argentina".

"¿Por qué causa?" dije, tratando de mantener la voz calmada.

Dolittle hizo sonar unos papeles, "Lo acusan de ausencias prolongadas de su puesto..".

"Todas mis ausencias fueron para trabajos clandestinos o para atestiguar ante cortes judiciales", lo interrumpí.

"... recibos de gastos cuestionables...".

"Esas son tonterías. Ya me están investigando por eso y el jefe lo sabe. ¿Me está sentenciando antes de acabar la investigación?"

"Por qué no deja que termine, Levine", replicó Dolittle, "puede hacer sus comentarios después". Continuó su lista, "dicen que cuando se lo entrevistó, no sabía dónde quedaba la oficina de la CIA y que tuvo que preguntárselo a su secretaria; también dice en el informe que pone música rock a todo volumen en su oficina, molestando al resto del personal de la embajada".

Dolittle, quedó en silencio. Supuse que era tiempo de hacer mis comentarios.

"¿Esas son las acusaciones?" dije. "No se dónde está la oficina de la CIA y pongo música rock a todo volumen y ¿por éso quieren retirarme de Argentina?"

"No le estoy diciendo que tengo que estar de acuerdo con este informe", dijo Dolittle. "Esas son las recomendaciones".

"La semana anterior a que vinieran a Buenos Aires, no estuve en mi puesto por razones de trabajo. Cuando regresé, la CIA se había trasladado a otra sección del edificio. ¿No le parece obvio lo que tratan de hacer?"

"No necesita alzar la voz", dijo Dolittle.

"Disculpe, pero supuestamente era un equipo de evaluación. ¿Le informaron sobre mi desempeño como agente de narcóticos?"

"Mencionaron que era satisfactorio".

"¿Satisfactorio? ¿El caso de Roberto Suárez fue satisfactorio? ¿Qué pongo la radio muy fuerte? ¿Que no sé dónde está la oficina de la CIA? Mire... alguien trata de silenciarme, desacreditarme y sacarme de Argentina, así de simple. El informe no es más que mierda".

"Como le dije, Levine", dijo Dolittle calmado, "No tengo que seguir las recomendaciones. ¿Por qué no escribe usted su versión de los hechos? y tomaré una decisión".

El 5 de enero de 1982, abordé un avión con destino a los Estados Unidos, habiendo sido retirado de mi puesto en Argentina. Quien quiso

sacarme de su camino, lo había logrado. No era el primer agente que se había mezclado con intereses especiales y había sido "neutralizado", ni tampoco el último. Hace unos dos años un agente de la DEA en Tegucigalpa, Honduras comprobó que los militares hondureños, que junto con Oliver North y la CIA apoyaban a los Contras en Nicaragua, fueron la fuente de más de 50 toneladas de cocaína que entró a los Estados Unidos en un período de 15 meses. Los "ternos" de la DEA sacaron prontamente de Honduras al agente y cerraron la oficina.

En mi respuesta de 12 páginas a los cargos, indiqué que había costado más dinero al contribuyente el investigar mi música rock que lo que gastó la DEA durante la investigación de la corporación de la cocaína en Bolivia. Mi memorándum no logró cambiar la decisión de Dolittle.

"No lo estoy sacando en base a las recomendaciones", me dijo Dolittle, "lo estoy sacando por el precio que hay sobre su cabeza y porque las acusaciones en contra suya hacen que su desempeño como agregado a la embajada sea imposible. ¿Tiene alguna preferencia en cuanto a su próximo destino?" me preguntó.

"Cualquier lugar menos el cuartel general", le dije decepcionado. "Sólo quiero seguir trabajando en las calles".

Cuando llegaron mis órdenes, había sido transferido al cuartel general de la DEA. Dolittle era mi nuevo jefe.

Cuando el avión despegó de Ezeiza, di una última mirada a Buenos Aires. Me costó creer que habían pasado más de tres años desde mi llegada y que había cambiado tanto desde entonces. Ya no era el joven agente idealista de aquellos días.

Había sido traicionado.

La guerra contra las drogas era un espejismo por el cual hubiera muerto en aquel entonces. Habían muchos otros agentes de la DEA en todo el mundo cuyos ideales eran destrozados día a día, tratando de encarcelar a narcotraficantes que tenían conexiones dentro del gobierno americano y salían libres de toda culpa. Para mi, el ser agente fue la razón de mi vida. Habían otros agentes como yo en todo el mundo y también sus casos eran saboteados, tenían problemas con sus superiores y sin embargo seguían adelante.

Quizás nos empeñábamos en esta lucha porque creíamos que lo que hacíamos era lo correcto.

Pero la guerra en la que estaba involucrado ahora, era algo para lo que nunca antes me había preparado. Me dirigía a mi nuevo trabajo en el cuartel general de la DEA, donde trabajaría con la misma gente que trataba de desacreditarme y destruirme. Y aunque no lo sospechaba, mi vida cruzaría de nuevo el camino de Sonia Atalá y el gobierno narcotraficante de Bolivia.



## SEGUNDA PARTE

# OPERACION HUNO

En su constante búsqueda de información e influencia, la CIA frecuentemente protege a aquellas personas poderosas que la DEA busca por actividades criminales... y la información tiene precedencia sobre el cumplimiento de la ley. El criminal con buenas conexiones, es intocable mientras provea información a los Estados Unidos y drogas a sus ciudadanos.

*-James Mills, "The Underground Empire"*



# X

## OPERACION HUNO

### 1

El cuartel general de la DEA con dirección 1405 Eye Street, Washington, D.C., estaba ubicado en una de las zonas más sórdidas de la capital de los Estados Unidos. El edificio de 12 pisos era una construcción gris y sombría.

La primera semana de mi nuevo trabajo como "terno" transcurrió entre interminables pasillos que resonaban con el eco de máquinas de escribir, teléfonos e intercomunicadores y ascensores llenos de gente tensa y pálida; todo bajo el constante escrutinio de burócratas, que no podían mirarme a los ojos y se callaban cuando me acercaba.

En Argentina había vivido en una hermosa casa, en un país donde me sentía contento con la gente, la cultura y el idioma, y donde hacía mi trabajo: atrapar narcotraficantes. Ahora, como estaba siendo investigado y posiblemente sería acusado, vivía en Arlington, Virginia, en un departamento sin ventanas, en un sótano; y trabajaba con gente que evitaba mi presencia.

Mi primer puesto en el cuartel general fue de asistente en la Unidad Latinoamericana. Mi supervisor no era otro que Tommy Dolittle. Me asignaron "coordinar y vigilar las investigaciones internacionales relacionadas con Colombia, Bolivia, Perú y Venezuela". Dolittle me dijo, "en

esos países usted hará las veces de ojos y oídos del cuartel general; estaré al tanto de su desempeño"; lo cual no era nada difícil, ya que desde su oficina podía ver el despacho donde yo trabajaba junto con otros tres asistentes y tres secretarías.

Mi oficina era un pequeño cubículo, donde debía pasar 10 horas diarias mientras estuviera asignado al cuartel general o hasta que me despidieran o me mandaran a la cárcel.

Un día, mientras tomábamos un café en un restaurante cercano, Tony Buono (nombre ficticio) me explicó cómo funcionaban las cosas en el cuartel general.

"Tú sabes, Levine, que andar contigo no es bueno para lograr ascensos en el cuartel general, ¿no?"

"¿Y entonces por qué me invitaste?"

"Hombre", me miró directo a los ojos. "¿Crees que llegará el día en que nos puedan convertir en "ternos"?"

"Estoy aquí contra mi voluntad".

"Mikey", me dijo. "Sabes que no soy uno de esos pendejos. Pero me cansé de ser postergado. De nada me sirvieron los casos exitosos, sólo me causaban problemas. Cuanto mayor el caso, mayores problemas". Asentí, pero pensé que tal vez no debería haber aceptado su invitación a tomar café.

"Créeme, Mikey", continuó, "ésta es una bendición para ti. Si sabes a quien besarle el culo, no importa en qué problemas estés metido saldrás de aquí en tres años y con un ascenso".

"Bueno", le dije, "pero ¿y qué hago todos los días para no perder la cordura?"

"Olvídate del asunto. Este trabajo de mierda es la cosa más fácil del mundo. Todo lo que tienes que hacer es leer los cables. Si ves algo que puede llegar a ser noticia, lo subrayas con amarillo y se lo das a tu jefe, él se lo da así al Administrador. A él le gusta ese tipo de mierda. Si puedes, se lo llevas personalmente y haces que te conozca".

"Qué emocionante".

"Lo que debes evitar es que la prensa llame a tu jefe sobre algo que ocurrió en uno de los países que tienes asignados y tú no le hayas informado al respecto".

"Sería terrible, ¿no?" le dije sonriendo.

"La otra parte importante del trabajo es hacer mucho papeleo, estadísticas de cómo vamos ganando la guerra y ese tipo de mierda para que salga en la TV o se presente a testificar ante el Congreso".

"¿Y de dónde saco las estadísticas?"

Tony rió. "Te las inventas. El resto del trabajo depende de tí. Si quieres te consigues algún caso de investigación; invéntate un par de viajes; llama a

reuniones, conferencias, lo que tú quieras; o si no, no hagas ni mierda, a nadie le importa. ¿Alguna vez supiste que despidieron a alguien por no hacer nada?"

"No".

"Te van a llegar 10 ó 12 cables por día. Eso es todo. Te puedes dedicar a estudiar neurocirugía en tu tiempo libre".

"Gracias por los consejos, Tony".

"De nada. Sólo así podemos sobrevivir".

Mi trabajo era tal como lo había descrito Tony, excepto que mi jefe y otros vigilaban cada movimiento que hacía. Me di cuenta de la estrecha vigilancia cuando Mike Powers, amigo mío que estaba trabajando en el cuartel general desde que su esposa fue asesinada por narcotraficantes en Bangkok, me invitó a ir a un gimnasio cercano. Ibamos a la hora de almuerzo y el ejercicio me ayudaba a combatir la depresión.

Mike había estado yendo al gimnasio varios meses antes de mi llegada, sin mayores problemas. Cuando se enteró de que alguien había informado que tomábamos más tiempo de la hora permitida para ir al gimnasio, se enfureció. Dejé de ir con él y con eso se acabaron sus problemas.

Pensé en visitar al rabbi para que me aconsejara. Lo vi una vez en un ascensor de la oficina. Lo miré sonriendo, pero su mirada se dirigió rápidamente a otro lado.

El lunes 1 de febrero, tuve que enfrentarme a otro motivo de preocupación. Mi exesposa me llamó y me dijo que nuestra hija de 14 años, Niki, estaba comportándose de manera extraña, y que sospechaba que estaba usando drogas. Me pareció imposible, mi hija era una muchacha inteligente, que lo tenía todo.

La llamé y hablamos cordialmente hasta que mencioné el asunto de las drogas. Se enojó conmigo por siquiera sospecharlo. "Es mamá", dijo llorando. "Me odia".

"No es cierto, linda", le dije.

"Nunca te haría algo así, papi", me dijo ella.

Cuando colgué, me sentí intranquilo, recordé a mi hermano.

Saqué mi pistola de su funda y la puse sobre el escritorio, puse mi insignia al lado. Pensé en todo este asunto, en el destino. Recordé a todos los agentes que habían terminado con sus vidas sentados en sus escritorios, con un balazo en el paladar.

Tomé mi arma y la cerré con llave en uno de los cajones. No, mierda, yo no sería uno más.

Había estado trabajando en el cuartel general por casi tres semanas, y cada día sentía que estaba perdiendo la cordura. Sabía que estaba mal, y ellos también lo sabían. Tenía que escapar de esto.

"¿Estás bien?"

Levanté la vista y en medio de una nube de humo vi al agente especial Jack Rourke (nombre ficticio), con un cigarrillo en la boca. Habíamos trabajado al mismo tiempo en la oficina de Nueva York, hacía algún tiempo. Nunca habíamos trabajado juntos, pero conocía su buena reputación entre los otros agentes.

Era alto y delgado, podía haber sido un tipo elegante, pero su terno se veía arrugado y su corbata torcida. Tenía el aspecto de muchos agentes, tan obsesionados con sus casos que sus vidas privadas eran tan desordenadas como su ropa.

"Estaría mucho mejor si pudiera trabajar en las calles", le respondí.

"Qué coincidencia", dijo Jack, sonriendo. "¿Tienes tiempo?"

"El resto del año".

Sonrió con gesto de complicidad. Miró alrededor y me preguntó, "¿Te gustaría trabajar en un caso pequeño?"

"Por supuesto". De pronto, sentí que las cosas podían mejorar.

"Tal vez sea un poco difícil".

"Jack, no me importa de lo que se trate. Pero ¿qué hago con los "ternos"? Seguridad Interna me ha estado investigando por más de un año".

"Ya lo consulté", dijo Rourke. "No fue fácil, pero lo conseguí".

"¿De qué se trata?"

"Se llama Operación Huno", dijo Rourke, poniendo un grueso archivador sobre mi escritorio. "Por el momento es la investigación más delicada de la agencia. Tenemos como blanco a Luis "Lucho" Arce Gómez, el Ministro del Interior de Bolivia".

Miré a Rourke por un largo rato. "el Ministro de la Cocaína", le dije.

"El mismo", dijo Rourke.

¿Sería una trampa? Miré a Rourke, tratando de descubrir alguna pista de engaño. ¿Sabría Rourke que este hombre había tomado el poder con ayuda de la CIA y sus colaboradores de la DEA?

"¿Sabes algo de Sonia Atalá? ¿Te suena el nombre? Vendía cocaína para el gobierno boliviano".

"¿Me estás tomando el pelo?" le dije.

"Claro que no. Ella trabajaba bajo órdenes directas de Arce Gómez. Ahora trabaja para nosotros".

"¿Cómo ocurrió todo esto?"

"Mike, esta tipa vendía droga por toneladas, tenía clientes desde el Cartel de Medellín hasta la mafia italiana. Hacía sus propios negocios, aparte de vender la cocaína confiscada por Arce Gómez.

"Arce decidió arruinarla. Le dio unos 300 kilos de cocaína que se había

echado a perder en las bóvedas del Banco del Estado. Sonia logró que su químico rescatara unos 30 kilos.

"Arce y sus muchachos querían cobrarle los 300 kilos... una suma fantasmagórica, alrededor de 1.5 millones de dólares. Entre tanto, Sonia hizo un trato con un colombiano llamado Papo Mejía. ¿Alguna vez oíste hablar de él?"

"No", le dije, diciéndole la verdad. "¿Debería haber oído?"

Rourke hizo una pausa para encender otro cigarrillo. "Es uno de los asesinos más peligrosos dentro del negocio de la cocaína. Oíste hablar de Griselda Blanco, ¿la Madrina?; ¿o de la Guerra de la Cocaína?, ¿de los cow-boys de la cocaína?"

"Claro".

"Papo y Griselda provocaron la guerra. Se persiguieron por varios años, matando a todo el mundo menos a ellos mismos. Papo es un perro rabioso".

"Sea como sea, Sonia hizo un trato con Papo, una bolsa de joyas a cambio de... le prometió 30 kilos".

"¿Joyas? ¿Por qué cobró en joyas y no en dinero?"

"Déjame terminar la historia".

"¿De quién es la versión?"

"De Sonia".

"¿Sólo de ella? ¿Nadie te la ha corroborado?"

"Créeme, esta tipa no miente, Mike. No está en situación de poder mentir".

"Si tú lo dices".

"La cosa es que le dió las joyas a Arce. Y Arce, en vez de darle la droga para Papo, le dijo, "Bueno las joyas son parte del pago del millón y medio de dólares que me debes". Con esto Sonia quedó entre la pared y la espada.

"Cuando Papo se dio cuenta de que no recibiría la droga a cambio de las joyas, casi se vuelve loco. El tipo estaba listo para mandar a matar a Sonia y a su familia".

"¿Quieres decir que la están buscando en este momento?"

"¡Claro que sí!" dijo Rourke, moviendo la cabeza.

"¿Cómo la conseguimos nosotros?"

"¿A quién más podía pedir ayuda? dijo Rourke. "Para colmo de males, Arce Gómez confiscó todas sus propiedades y cuentas de banco y la busca para encarcelarla. Entonces contactó a la DEA a través de unos policías bolivianos en los que se puede confiar".

"¿Policías bolivianos en los que se puede confiar?" le dije. "No sabía que existían".

"Bueno, hay unos pocos, de acuerdo a los tipos que están apostados allí, ahora".

"¿Qué tipos allí?"

"Vamos a volver a abrir la oficina de la DEA en Bolivia. ¿No sabías?"

"La verdad es que no he sabido mucho últimamente. ¿Y qué pasa con Arce?"

"Renunció para limpiar su imagen. Ahora está como agregado militar de su país en Argentina".

"Qué interesante".

Habían muchas cosas que no terminaban de convencerme. Atalá había sido una de las narcotraficantes más poderosas del mundo. No era el tipo de persona que iría a la DEA tan fácilmente, especialmente sabiendo que la DEA era el hazmereír en Bolivia gracias a lo que se hizo con el caso Suárez. Sonia tenía suficientes conexiones en el gobierno como para conseguir mejor protección que la que le daría la DEA. Pero no le expresé mis dudas a Rourke. Yo quería salir del "palacio de los ternos", del cuartel general de la DEA, sea cual fuese el costo. "¿Dónde la tienen?"

Aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, mirándome, decidiendo si confiar o no en mí. Yo sabía que él no tenía idea de mi rol en el caso Suárez y el Golpe de la Cocaína, ni de lo que pasó después. Si quería entrar en este caso lo mejor era no decir nada... todavía.

"Los tenemos a ella y su familia instalados en una casa en Virginia".

"¿Qué papel juego en todo esto?"

Rourke encendió otro cigarrillo. "Bueno, cuando recién llegó pensamos que lo mejor sería dejarla trabajar con un agente clandestinamente y ver qué pasaba. Tú sabes, que la gente sepa que está de nuevo en el negocio y ver qué pasa. La mandamos a Nueva York con Luis Alvarez (nombre ficticio)".

"Entonces, Sonia llamó a uno de sus antiguos clientes, una chica argentina que vive en Nueva York, para ver si se podía hacer algo. Planeamos una entrevista, pero no funcionó. La argentina olió que algo andaba mal y no confió en Alvarez. Lo peor es que Sonia perdió la confianza en Luis y ya no quiere trabajar con él. Este caso es tanto más importante para que no se joda el contorno.

"Entre tanto, supe que te habían transferido de Sudamérica. Sabía que hiciste varios trabajos allí, entonces..". Encogió los hombros. "Eso es todo. ¿Qué te parece?"

"Me gusta. Me gusta mucho", dije, tal vez muy rápidamente. "Pero me parece que deberíamos apuntar más alto".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Rourke.

"¿Por qué no los agarramos a todos?" Rourke se puso perplejo. "Sonia fue parte de una conspiración que involucró a Arce Gómez y su gente y a Papo Mejía, ¿no es cierto?"

"¿Y entonces?"

"Entonces conseguimos pruebas irrefutables de que el trato se hizo y los acusamos de conspiración".

"Sigue".

"Yo puedo trabajar con Sonia, haciéndome pasar por su socio, o lo que sea".

"Si... lo que sea". Me miró con una sonrisa.

"¿Qué tratas de decirme?".

"Sonia es una mujer muy linda".

"Ni lo pienses", le dije. "Si tengo algo con una mujer, no va a ser con una mujer que probablemente torturaba gente hace sólo unos meses. Los inspectores de Seguridad Interna estarían encantados de saber que estoy metido con una soplona".

"Está bien, está bien", dijo Jack.

"Esta sería la trama. Sonia vuelve a los negocios; yo soy su socio. Tenemos todo un cargamento de cocaína que vender. Conseguimos unos 50 o 100 kilos de la mejor cocaína del laboratorio de la DEA y autorización para dar muestras a los maleantes para que sepan que esto es en serio. Corre la voz de que Sonia está de vuelta en la cosa. Me responsabilizo de su deuda con Papo".

"Si ella es tan poderosa como dices, todo el mundo de la droga estará haciendo fila para hacer tratos con nosotros", dije, sintiéndome revivir. "Ir de pesca con un señuelo como Sonia es pesca mayor. Jack, no tendrás este tipo de oportunidad en toda tu carrera".

"Si, tienes razón", dijo inhalando el humo de su cigarrillo.

"No podemos dar muestras de cocaína, a menos de que sea la mejor, 100 por ciento pura. Corre la voz como reguero de pólvora. Sonia tiene la mejor pichicata. Hacemos tratos con todo el que se aparezca y lo grabamos en videos, podemos llenar las cárceles".

"Mientras tanto, durante las negociaciones con la gente de Papo...".

"¡La gente de Papo!" me remedó Rourke, riendo y meneando la cabeza. "Levine, eres fantástico".

"... conseguimos la evidencia de la conspiración con Arce Gómez y su gente. Una vez que no podamos seguir adelante, le pagamos a Papo en cocaína en vez de dinero. Arrestamos a todos. Sacamos de la escena a un asesino y acusamos al ex Ministro del Interior de Bolivia por conspiración". *Y jodemos a la CIA, pensé dentro de mi.*

Rourke se quedó callado. Prendió otro cigarrillo.

"¿Sería o no una victoria contra la Muerte Blanca?" le dije.

"Me gusta", replicó Rourke, poniéndose de pie, levantando el archivador del caso que no había abierto.

"Qué bueno", le dije, poniéndome también de pie. "Creo que podemos hacer algo con ésto". Le di la mano.

Rourke me dijo, "Déjame discutirlo con Ralph Saucedo".

El miércoles 3 de febrero no había recibido noticias de Rourke, así que supuse que el caso se acabó o no existió nunca. El trabajo de oficina era

cada vez peor. Tommy Dolittle apenas me hablaba y los "ternos" parecían más preocupados en neutralizar a Michael Levine que a Luis Arce Gómez o a Papo Mejía. Afuera nevaba y me esperaba un día largo y deprimente; tal vez una vida larga y deprimente.

Entonces, Rourke entró a mi oficina. "Tenemos luz verde. Tú y Sonia parten mañana a Miami. Puedes comenzar a correr la voz sobre Levine Atalá, la Corporación de la Cocaína. Durante el viaje tendrán suficiente tiempo para conocerse y preparar una cobertura".

"¡Maravilloso!", le dije, sin embargo comencé a sentirme paranoico. La DEA me estaba enviando a trabajar con una de las mayores narcotraficantes de Sudamérica; una mujer a la que había tratado de acusar durante dos años de mi vida. Tenía que haber algo raro.

"Ah, sí", dijo Rourke, "casi se me olvida. ¿Conoces a Lydia Díaz?"

"Por supuesto. Ella se hizo pasar por mi esposa durante el caso Suárez."

"Bueno, mañana se hará pasar por tu hermana. Viene desde California".

"Está bien".

No estaba nada bien. El inspector Cigüñea había interrogado a Lydia repetidas veces sobre el dinero que le entregué durante el operativo Suárez. Según él, ella había dicho que yo era un mentiroso. ¿Por qué habían elegido a ella entre todas las agentes de la DEA para ésta misión en particular? Pero no le dije nada a Rourke. La Operación Huno era mi única oportunidad de escapar del cuartel general.

"Okay, todo listo entonces", dijo Rourke.

"Sólo algo me intriga", le dije. "¿De dónde salió el nombre, Operación Huno?"

Los ojos de Rourke brillaron maliciosamente. "Atalá... suena como Atila... el Huno. ¿Entiendes?"

# XI

## SONIA Y LA PESADILLA EN MIAMI

### 1

La mañana del jueves 4 de febrero de 1982, conocí a Sonia Atalá, la mujer que había llegado a la cima del mundo de la droga, mundo que era responsable de miles de homicidios, muertes por sobredosis y suicidios. Un mundo que cuesta centenares de miles de millones de dólares al año a la economía de los Estados Unidos. Un mundo que había matado a mi hermano y que amenazaba atrapar a mi hija.

Rourke me condujo a través de la terminal, hacia el punto de embarque de nuestro vuelo con destino a Miami. Delante nuestro pude ver a dos mujeres de traje, mirándonos. "Son ellas", me dijo Rourke.

La más baja, de pelo castaño oscuro y ojos penetrantes, me miró fijamente.

"*Sonia Atalá, aquí es Migwel Levine*", dijo Jack en su mal español.

"*Encantado*", dije, tomándole la mano.

Sentí que usaba un perfume poco común. Sutil, pero fuerte y difícil de confundir con otro. Después me contó que era una mezcla exclusiva hecha para ella. Tenía los pómulos salientes y la piel clara. Apenas usaba maquillaje y sus joyas eran caras pero sencillas. Su traje de dos piezas le quedaba perfecto. Parecía una joven ejecutiva.

La Sonia Atalá sobre la que había oído en los últimos dos años había estado asociada con asesinos, torturadores, criminales de guerra nazis y con la CIA. Su tío Hugo había mostrado un inconfundible temor al hablar de ello, y bajo la tortura había hablado de haberle entregado metralletas M-16 y AK 47. Tania, mi informadora la había llamado "peligrosa" y "viuda negra". Pero ante mí tenía a una mujer que parecía profesora de kindergarten. Lo único que la delataba eran sus ojos de depredador. Sentí cómo sus ojos me medían, mientras Rourke me presentó a la otra mujer, María Montez (nombre ficticio), analista de inteligencia de la DEA, que era traductora y asistente de Rourke.

Faltaba aún una hora para nuestro vuelo a Miami, así que fuimos a un restaurante en el aeropuerto. Teníamos que conocernos rápidamente para preparar nuestra cobertura. El éxito del caso dependería de que todo pareciera real.

Sonia y yo nos sentamos frente a María y Rourke. Comencé a hablar de cosas intrascendentes para que nos acostumbráramos a estar juntos. En el avión nos dedicaríamos a crear una cobertura y a saber detalles más íntimos sobre nuestras vidas.

"¿Hablas inglés?" le pregunté en inglés.

Sonia encogió los ojos y contestó en español. "Sólo algunas palabras. Los mormones suelen venir a nuestra casa. Les están enseñando inglés a mi esposo y a nuestros hijos".

"¿Eres mormona?" le pregunté, tratando de sostener su mirada.

Sonia se rió. "No, soy católica. La religión es algo que no conozco mucho".

Mientras hablábamos mi mente estaba enfocada en memorizar hasta el mínimo detalle. Es una técnica que se utiliza para recordar conversaciones y detalles para después testificar fielmente los hechos.

Me di cuenta de que Sonia también hacía lo mismo. Estaba seguro de que me estaba catalogando tan minuciosamente, como yo a ella.

"Miguel", me dijo suavemente, "*permiso*". Se levantó de la mesa y cruzó el restaurante. Me fijé que me miraba a través de un espejo.

Y alguien más me miraba.

El hombre del espejo dirigió rápidamente su mirada a otro lado. Estaba sentado junto a otro hombre que leía el periódico. Estudié a los dos, escuchando apenas a Rourke. El hombre me volvió a mirar. Decididamente se trataba de agentes de la CIA o de inspectores. Era muy extraño.

"¿Estás bien?" la voz de Rourke me devolvió a la realidad. "Parece que hubieras visto un fantasma".

"Perdón", dije. "Estaba distraído".

"Más vale que no estés distraído en Miami", dijo Rourke.

El mencionar a Miami trajo una serie de imágenes a mi mente: mi llegada a Miami con Tania, Pat Sullivan, la voz de Hurtado diciendo "Es una mujer muy poderosa."

"¿Nos va a apoyar la oficina de Miami?" pregunté.

Rourke encogió los hombros. "Les pedimos ayuda, pero sabes cómo es la cosa. Dicen que están ocupados pero que tratarán de darnos gente de apoyo".

"A decir verdad", le dije, "me siento más seguro sin ellos".

Miré al espejo. Los dos hombres se habían ido. Desaparecieron rápidamente. Decidí no decirle nada a Rourke, si eran inspectores o de la CIA era mi problema. Si se lo decía a Rourke, éste podría sacarme del caso y mandarme de vuelta al cuartel general.

"Si todo sale bien en Miami", decía Rourke, "Saucedo quiere que establezcamos una nueva base de operaciones en Tucson. Es una ciudad pequeña, segura, la situación es más fácil de controlar, y no tendremos que preocuparnos de la política de Miami. Ya tenemos un número de teléfono allí".

Entendía por qué Saucedo quería evitar tener como base a Miami. Durante el caso Suárez algunos de los "ternos" de Miami llegaron al extremo de prohibirle viajar a esa ciudad con el fin de hacer fracasar el operativo. Era alentador el hecho de que Saucedo, que tenía un alto cargo en la DEA, se pusiera en contra de los otros "ternos" para el caso Suárez, y que ahora estuviera dispuesto a seguir trabajando a pesar de los obstáculos. Era una señal de que por lo menos alguien entre los directivos de la DEA quería hacer lo correcto.

"Qué bueno", dije mirando a la multitud para ver si alguien más nos observaba. "Nunca he estado en Arizona. Tal vez me traiga suerte".

"La suerte no tiene nada que ver con ésto y tú lo sabes".

## 2

Sonia y yo nos sentamos juntos en el avión para preparar nuestra historia. No me gusta volar, así que durante el despegue cerré los ojos. Cuando estuvimos en el aire, abrí los ojos. Sonia me miraba, con una leve sonrisa en los labios. "No te gusta volar".

"No, nunca puedo acostumbrarme".

Me costaba aceptar la situación. Dos años de oír su nombre entre susurros, dos años de tratar de encarcelar a sus socios y ¿ahora estábamos del mismo lado?

"Qué gracioso", dijo ella, y miró por la ventanilla. Se apagó el letrero de "No Fumar". "¿Te molesta si fumo?"

Sí me molestaba, pero quería evitar cualquier fricción. "No, fuma si quieres".

Encendió un cigarrillo y dió un vistazo al interior del avión. "Cuéntame sobre tu vida", le dije.

Sus ojos parpadearon. "¿Qué es lo que quieres saber?"

"Lo necesario para que nuestras historias coincidan".

"Creí que la DEA lo sabía todo", dijo ella, con un tono de ligero desdén.

"Sí, pero yo no sé nada. Supuestamente soy tu socio y estoy haciéndome responsable por el dinero que le debes a Papo. Vamos a estar con mucha gente que te conoce y nos van a hacer preguntas. Si nuestra historia parece falsa... ". Encogí los hombros.

Inhaló el humo de su cigarrillo y reclinó su asiento, haciéndome una señal para que yo hiciera lo mismo. "Bueno, ¿por dónde quieres que empiece?" me preguntó.

"Por el principio, cuéntame lo mismo que te provocaría curiosidad en una persona a la que recién has conocido".

Sonia suspiró profundamente y comenzó su relato. Me contó que venía de una familia pobre y que a los 14 años se casó con Walter "Pachi" Atalá, conocido corredor de automóviles. Tuvo cuatro hijos. La familia de su esposo era rica, poderosa y con influencias políticas; Pachi tuvo alguna vez un puesto político en el gobierno que "tenía algo que ver con el Ministerio de Trabajo". En cierta época, se lo preparó como posible presidente. Desde que se casó, Sonia había vivido en medio del lujo.

"¿Cómo fue que te metiste en el negocio de la cocaína?"

"Pachi se dedicaba a las carreras de coches. Fue a Europa. Yo estaba aburrida de seguirlo o de estar con los niños, así que comencé con mi propio negocio".

"¿Qué tipo de negocio?"

"Importación de televisores, estereos y todo eso desde Panamá".

"¿Esto fue antes de que te metieras en lo de la cocaína?"

"Claro. Después vino el golpe de Estado, el Ministro me invitó a participar".

"¿Entonces, antes de eso no estabas en el negocio de la cocaína?"

Me miró fijamente. "No. Pero en mis viajes y negocios conocí a mucha gente que lo estaba y el Ministro sabía eso".

Se veía tan sincera. Sin duda era una mentirosa acabada. Decidí no mostrar mis dudas sobre lo que me contaba, porque sabía que si cuestionaba las partes falsas de su historia, se acabaría el caso. "¿Qué pasó después?"

Sonia se encogió de hombros. "Estaba aburrida, así que me pregunté a mí misma, ¿por qué no entrar en el negocio?"

"¿No tuviste problemas tratando con hombres?"

Hizo una pausa y me miró a los ojos. "No tuve problemas, porque no deseaba hombres. Soy casada. No engaño a mi marido".

"Pero cuando viajabas y hacías tratos con cubanos, colombianos y todos esos tipos supermachos, ¿cómo los tratabas?"

Sonrió, recordando algo. "Nunca tuve problemas. Estaba bajo la protección de los más poderosos. Los Ochoa (Cartel de Medellín) me adoraban; me trataban como a una reina. Ponían a mi servicio sus autos, sus chóferes y sus guardaespaldas. Hacían cualquier cosa por mi. Nadie se hubiera atrevido a insultarme, mucho menos a tocarme".

"Tu vida debe haber sido increíble. Vendiendo cocaína para el gobierno boliviano, viajando en primera clase por todo el mundo, invitada por la gente más rica y poderosa. Te trataban como a reina".

Rió irónicamente. "Sí, fui la Reina de Bolivia con una corona blanca; ese era mi nombre".

"La Reina de la Cocaína".

"Sí", dijo y quedamos en un incómodo silencio.

"Cuando Arce Gómez te hizo la mala pasada y Papo comenzó a buscarte, ¿por qué no pediste ayuda a los Ochoa o a otra gente?"

Suspiró. "Así es esto. En este negocio uno no interfiere en los negocios de otra gente. Además, Papo está loco. Mucha gente, aunque no lo admita, le tiene miedo".

"¿Tú le tienes miedo?"

Me miró por un instante. "Sólo un idiota no le tendría miedo a Papo".

Oí sus palabras, pero no vi la menor señal de miedo en su cara.

"En este trueque de joyas por cocaína que hiciste con él, ¿cuánto "perico" tenías que entregarle?" Sus ojos se pusieron alertas.

"Creo que eran 30 kilos".

"Eso es más de un millón en joyas. ¿Las revisaste? ¿Sabes de joyas?"

"Papo me dijo que valían entre \$300.000 y \$400.000. Las mandé al Ministro, él dijo que eran buenas joyas. Papo también me dió un auto y unos cheques".

"¿Un auto? ¿Cheques?" Rourke no me había dicho nada sobre esto, sólo sobre las joyas.

"Un Mercedes Benz amarillo y unos cheques, pero uno de los cheques no tenía fondos".

"¿Y tú le diste todo éso a Arce Gómez a cambio de unos 30 kilos de cocaína que supuestamente debían ser entregados a Papo?"

"Claro". Su puño se crispó y comenzó a frotar el dedo índice con el pulgar. Al nivel donde se hacían estos tratos, todas las transacciones eran en efectivo. Hacer un trueque con una bestia como Mejía, era meterse en problemas. Lo que quería preguntar pero no me atrevía a hacerlo, era "¿Por qué buscabas problemas?"

La aeromoza nos interrumpió sirviendo el almuerzo. Mientras comíamos, pensé en el golpe, los asesinatos y la tortura. Quería preguntarle a Sonia dónde estuvo durante el golpe, todo lo que sabía y lo que hizo, pero me reprimí. Sabía que si cometía un error, mi rol en la Operación Huno acabaría inmediatamente. Terminé mi almuerzo nerviosamente.

Pronto retornamos a nuestra conversación. "¿Le diste directamente a Arce lo que recibiste de Papo?"

Se puso alerta. "No, se lo di a su gente, a sus asistentes. Ellos se lo entregaron a él".

"¿Cómo lo sabes?"

"Después hablamos, pero él me dijo que aún le debía más de un millón, en intereses. Era una deuda sin fin".

"¿Pero ya tenías la deuda cuando hiciste el trato con Papo, verdad?"

"Claro".

"O sea, que cuando recibiste las joyas y lo demás ya sabías que Arce te estaba cobrando todo ese dinero".

"Por supuesto".

"Entonces sabías que Papo no recibiría nada de la mercancía".

Sonia sonrió. "¿Crees que estoy loca? Pensé que el Ministro entregaría la cocaína".

"¿Le dijiste esto a Papo?"

"Me dijo que era mi problema. Después de eso el Ministro confiscó mis cuentas bancarias, mis propiedades. ¿Qué podía hacer?"

"¿Por qué lo hizo?"

"¿Por qué?" Su mirada se tornó de hielo. "Yo le había presentado a todos mis clientes. Si me sacaba de su camino podía hacer las ventas directamente".

Quería preguntarle más, pero no podía hacerlo. Si la seguía interrogando arriesgaría mi salida del cuartel general. Lo que no podía entender era ¿por qué había estafado intencionalmente a uno de los hombres más peligrosos del mundo de la cocaína? Me quedé callado.

Nos acercábamos a Miami, así que cambié la conversación a nuestros roles. Como mi español tiene acento argentino-puertorriqueño, decidimos que yo sería un argentino criado en Nueva York. Sonia y yo nos habíamos conocido a través de mi hermana Lydia Díaz. Ensayamos las respuestas a lo que podían preguntarnos y llegamos a la pregunta más delicada.

"¿Qué pasará si alguien nos pregunta si hay algo personal entre tú y yo, qué respondemos?"

"¿Qué quieres decir?"

"Me estoy haciendo cargo de una deuda que podría causar mi muerte; es algo que ningún hombre haría si no hay algo más que dinero en juego".

"A nadie le importa si hay algo entre nosotros".

"Lo sé, pero vamos a hacer tratos con gente que te conoce. Algunos conocen a tu marido. ¿No crees que sospecharán algo? ¿Qué les contestarás? Tengo que saberlo para que coincidamos... para que la cosa parezca real".

Me miró. "Les diré que somos socios. Se imaginarán lo que se les antoje, sin importar lo que les digamos".

### 3

El tren de aterrizaje tocó la pista de Miami y me despertó. Vi que Sonia estaba despierta y me observaba.

"¿Estás cansado?"

"Sí", le respondí, "muy cansado".

"¿Tienes hijos?"

"Sí, pero no viven conmigo".

"Debe ser difícil para tí, Miguel".

"Sí... sí lo es".

De pronto sentí ganas de confiarle mis problemas. Me sentía solo, tenía miedo y no tenía en quién confiar. De aquí en adelante tendríamos que confiar nuestras vidas el uno en el otro. Pero decidí callar.

Nos dirigimos hacia la sección de recogida de equipaje sin decir palabra. Sabíamos lo suficiente como para fingir durante una entrevista, siempre y cuando las preguntas no fuesen demasiado íntimas. Miré por sobre el hombro, vigilando.

Allí estaba.

El tipo del restaurante del aeropuerto tratando de perderse entre la multitud a unos seis metros de distancia, pero era demasiado obvio. Tal vez quería que me de cuenta de su presencia.

Volví la cabeza, como si no lo hubiese visto. La mejor estrategia cuando uno está siendo seguido, es pretender no darse cuenta.

Cuando recogimos nuestro equipaje, el tipo había desaparecido.

Tal vez era pura coincidencia que viajásemos en el mismo vuelo. Pero ¿quién viajaría desde Virginia hasta Miami sin llevar equipaje? Tampoco llevaba un maletín de mano. Lo más probable era que me había seguido hasta Miami, donde alguien se haría cargo de continuar rastreándome. Resultaba raro, ya que si eran de alguna agencia gubernamental deberían saber ya a dónde me dirigía. ¿Por qué me siguieron en el vuelo? O sabían que algo pasaría en el avión o querían que yo me diera cuenta de que me seguían.

Traté de observar a la gente con las gafas puestas y sin voltear la cabeza, lo único que conseguí fue que me doliera la cabeza.

"¿Hey qué te pasa?" dijo Rourke. "Nunca te he visto tan callado".

"Hay gente que busca a Sonia, Jack. Si alguien la reconoce debemos darnos cuenta".

"Buena idea", dijo Rourke. "Casi me olvidé de que estamos en el territorio de Papo Mejía".

"¿Nos espera algún agente?" pregunté.

Rourke rió. Me acordé de la falta de protección cuando Tania y yo vinimos a Miami.

Tomamos un taxi hasta nuestra base de operaciones, el "Sheraton River House", un hotel cercano al aeropuerto. Sonia y yo fuimos solos en un taxi, para dar la impresión de haber llegado como pareja.

La Operación Huno había comenzado.

El momento en que entramos al lobby, sentí un escalofrío. Los malos recuerdos del operativo Suárez, el interrogatorio de Seguridad Interna y Pat Sullivan se agolparon en mi memoria, atemorizándome y entristeciéndome.

Sentí una mano sobre el brazo. Di un salto. "¿Estás bien, Miguel?" me preguntó Sonia preocupada.

Tenía suficientes razones para preocuparse, estaba comenzando a actuar como paranoico. Seguramente se preguntaba cómo me portaría cuando tuviéramos que encontrarnos con Papo y sus hombres. Tenía que sobreponerme.

"Estoy bien", le contesté. "Me cuesta un poco acostumbrarme al calor".

María y Rourke estaban registrándose, fingiendo no conocernos. Nunca se nos vería juntos, hablando en público.

Un rato después, finalmente pude estar a solas en mi habitación. Me desvestí, prendí el aire acondicionado y me lancé a la cama. A los pocos minutos estaba de pie otra vez, caminando y mirando a la calle a través de las cortinas de la ventana, parecía que escapaba de mi gobierno en vez de trabajar para éste. Tenía que controlarme. Si Seguridad Interna me estaba siguiendo, no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Mientras no hiciera nada malo, no me harían daño. Traté de convencerme de eso.

El ruido del teléfono me despertó. Miré el reloj y vi que había dormido casi cuatro horas. Contesté al teléfono. Era Rourke, Lydia había llegado de Los Angeles y me esperaban en la habitación de Sonia.

Quince minutos después toqué la puerta de Sonia y Rourke me abrió.

"Caramba, ya era hora hombre. No te pagamos por dormir". Estaba bromeando. El cuarto estaba envuelto en una nube de humo.

"Bueno, vámos a los hechos", dije.

Lydia Díaz, la linda agente puertorriqueña que había pasado por mi esposa durante el operativo Suárez, estaba sentada en una esquina

mirándome. "¿No me vas a saludar?" le dije acercándome para darle un beso en la mejilla.

Me miró con la mirada ausente; se puso pálida. Alejándose de mí, me dijo "Hola". Se la notaba incómoda.

"¿Cómo te va? ¿Cómo está tu esposo?"

"Bien". Bajó los ojos y se calló.

Lydia había jugado un papel importante en el caso Suárez. Era una mujer inteligente, extrovertida y sin temores. Pero ahora era diferente. Me habían informado que los inspectores la habían interrogado varias veces sobre mi. ¿Tal vez la obligaron a tomar este caso de modo que me vigilara?

Sonia, junto al teléfono nos miraba interrogante. Tenía enfrente una gruesa libreta con direcciones.

"Esa libreta parece el "quién es quien" del mundo de la droga", dijo Rourke, conectando una grabadora al teléfono. "Voy a hacer que llame a algunos de sus contactos en Miami para que sepan que estamos de vuelta en el negocio".

Miré sobre el hombro de Sonia mientras hojeaba su libreta. Casi cada página estaba llena de números telefónicos, los códigos de área eran de Sudamérica, Europa y los Estados Unidos, probablemente unos mil nombres en total. Se me ocurrió que si sabíamos utilizarla, podríamos encarcelarlos a todos.

Sonia telefoneó a varios colombianos y cubanos vendedores de droga en Miami, a quienes les había vendido cocaína antes. La escuché conversar. Estaba calmada, parecía que había hecho el papel de traidora toda su vida. Si se mantenía igual de calmada en persona, ya habíamos ganado media batalla.

"Si, tuve que desaparecer por un tiempo... tuve un pequeño problema... *Si, si, con él...* ahora tengo otro socio, Miguel, no creo que lo conozcas. Ha estado viviendo en Argentina.... Bueno, queremos arreglar el problema con Papo antes de hacer ningún negocio. Pero sabes cómo son las cosas, tenemos que ganarnos la vida... No, no tenemos mercancía ahora, pero la tendremos pronto... Si necesitas ubicarnos llama a Tucson, Arizona.... Claro que te puedo dar el número".

Sonia estaba usando el número de Tucson porque apenas se supiera que estábamos en Miami, estaríamos expuestos a un ataque de Mejía, que tenía su base en Miami. Antes de salir a campo abierto teníamos que demostrar nuestras buenas intenciones, de modo que nos dejara vivir lo suficiente para pagarle la deuda y tal vez hacer algunos negocios. Pero teníamos que apurarnos y hacer algo más que charlar por teléfono, antes de que Mejía se enterara de que Sonia trabajaba para la DEA. Teníamos que hacer contacto con un vendedor de drogas y comprar o venderle cocaína.

A las pocas horas, nuestro teléfono en Tucson comenzó a recibir llamadas, averiguando detalles. Algunas eran de la organización de Mejía, tratando de saber dónde estábamos. Una de las llamadas era de un colombiano llamado Mario Espinosa, quien los había presentado a Sonia y Papo, pidiendo que se le devolviera la llamada. Yo estaba seguro de que Papo había dejado con vida a Espinosa sólo con el fin de que en algún momento lo condujera hasta Sonia.

Decidimos que lo mejor era tratar con un narcotraficante conectado con los peces gordos; alguien que pasara la voz de que la Reina había vuelto; alguien en quien Sonia confiara y que no revelara nuestro paradero a Mejía, hasta saber si éste vendría a hablar o a matar.

"Ana Tamayo", dijo Sonia, con los ojos brillantes. "Es la persona perfecta. Es *comisionista* (intermediario que pone en contacto a vendedores sudamericanos con compradores en los EE.UU., a cambio de una comisión). Todo el mundo la conoce; todos la respetan. Ha hecho tratos hasta para los Ochoa".

"¿No crees que le avise a Papo dónde estamos?" le pregunté.

"¡Nunca!" Sonia se ofendió ante la pregunta. "Me adora, somos muy buenas amigas. No haría nada que pueda dañarme".

Me pregunté si sabía que estaba a punto de destruir a su buena amiga.

Estaba decidido. Ana Tamayo sería nuestra primer participante, la primera víctima de la Operación Huno.

"Llamémosla temprano en la mañana y arreglemos una entrevista", dijo Rourke.

"Ana es cálida, muy buena gente", me dijo Sonia aquella noche en el restaurante del hotel. "Conoce a Papo, pero nunca me traicionaría".

El restaurante era oscuro, lleno de rincones ocultos. Sonia, Lydia y yo estábamos en una mesa ubicada en una esquina oscura. Lydia apenas había hablado en toda la noche, lo cual me ponía nervioso.

"¿Dónde crees que Ana piensa que estás?" pregunté.

"Todo el mundo cree que estoy ocultándome de Papo".

"¿No crees que sospechará algo cuando me presentes como a tu socio?"

Sonia sonrió. "Le encantarás. Tiene unos 50 años, pero cree que es una jovencita. Le encanta reír y flirtear", dijo riendo, recordando algo. "Es muy divertida". La sonrisa se borró de su cara. "¿La van a arrestar?"

"Probablemente".

Sonia protestó: "Pero si es mi amiga. Es sólo una comisionista". Pero sus ojos se mostraban fríos.

"En este país", le dije, "eso puede costar 30 años de cárcel". Sus ojos siguieron inmutables. "La necesitamos porque es tu amiga", dije. "Podemos

confiar en que no le avise a Mejía dónde estamos, hasta que estemos preparados".

Dirigió su atención a la orquesta que había subido al escenario y empezaba a tocar una salsa. Algunas parejas se levantaron a bailar.

Lydia miró su reloj y bostezó. "Estoy cansada", dijo. "Quiero llamar a mi esposo antes de acostarme".

Cuando la vi levantarse me puse repentinamente paranoico. ¿Por qué se marchaba? Busqué entre las sombras; sabía que me observaban.

Dos parejas con aspecto latino se levantaron hacia la pista de baile, uno de los hombres miró a Sonia. Dijo algo y los cuatro se dieron la vuelta a mirarla.

"¿Los conoces?" pregunté.

Sonia los miró. "No".

"Parece que te conocen".

Sonia encogió los hombros, estaba acostumbrada a ser el centro de la atención. Por el tamaño de su libreta de direcciones, medio mundo de la droga la conocía de vista y nos encontrábamos en la capital de ese mundo.

"¿Sabes bailar salsa?" me preguntó. Asentí. "Bailemos, te hará bien".

Cuando me paré, sentí las miradas que nos observaban. Teníamos que actuar bien. Quizás tendríamos que hacer un trato con alguien que nos había estado mirando toda la noche desde una esquina oscura del restaurante.

Bailando, mis temores sobre la CIA y los inspectores se desvanecieron, lo único que me importaba era seguir el ritmo de congas, bongos y timbales. Bailamos varias piezas, una tras otra, hasta que quedamos bañados en transpiración; por un buen rato me olvidé de mi persona.

Y de pronto todo terminó.

La orquesta paró de tocar, se encendieron las luces y las parejas se retiraron de la pista de baile. Volví a la realidad y me encontré mirando a los ojos de Sonia Atalá: principal informadora de la DEA y tal vez de otras agencias. Me di cuenta de que todo lo que decía o hacía con Sonia sería analizado por cien "ternos", a quienes yo no les caía bien. No debía cometer el menor error.

"Vamos", le dije, conduciéndola fuera de la pista de baile. "Se hace tarde".

Cuando llegamos a nuestras habitaciones, Sonia me dio un beso en la mejilla y dijo, "Me gustas, Miguel". Y desapareció detrás de su puerta.

A las 11 a.m. del día siguiente comenzamos a poner en peligro nuestras vidas.

Rourke, María, Lydia y yo estábamos sentados en silencio mientras Sonia llamaba a la casa de Ana Tamayo en Colombia. Supimos que Ana

estaba en Miami cerca de nuestro hotel, Sonia colgó y llamó al número de Miami. Contestó la hija de Ana, Candy, de apenas veinte años y ya adicta a la cocaína.

"¡Sonia! No puedo creerlo. Todos estábamos preocupados por tí. ¿Dónde estás?"

Sonia dudó un instante y luego dijo, "aquí en Miami".

"Mamá se va a poner tan feliz".

"¿Está en casa?"

"No, salió a hacer un negocio, pero llegará en 10 minutos. ¿Dónde estás? Dame el número de teléfono".

Sonia leyó el nombre del hotel, "*Cher-a-tone Reeber House*" y el número de teléfono de un folleto. Cuando colgó, quedamos todos en silencio. Rourke me miraba.

"¿La hija de Ana conoce a Papo?" pregunté. María le tradujo a Rourke.

"Probablemente", dijo Sonia encogiendo los hombros.

"¿Y sabe que tienes problemas con él?"

"Por supuesto".

"¿Crees que se lo diga a alguien?". Me preguntaba cómo hacía Sonia para no preocuparse en lo absoluto.

"No creo. Cuando Ana llame, le pediré que se asegure de que sea así".

No se me ocurrió nada más que decir. La Corporación de la Cocaína Atalá-Levine estaba a escasos minutos de su primera prueba. Después de un rato, Sonia se levantó y encendió el televisor y puso uno de los canales en español. Miré unos minutos y me di cuenta de que era una *telenovela* hecha en Buenos Aires y que Sonia me miraba.

"¿Reconoces algo?" me dijo sonriendo maliciosamente; me pregunté cuánto sabía sobre mi.

"Sí, todo".

"¿Extrañas la Argentina, Miguel?"

"En este instante sí, mucho".

Pasaron dos horas y Ana no llamaba. De pronto, alguien tocó la puerta bruscamente. Rourke, Lydia y yo sacamos las armas, María se escondió en el baño. Sonia se quedó sentada en la cama, calmada.

"¿Quién?" grité.

"Gente de tu lado, Levine... los buenos", dijo riendo una voz en español.

Dos agentes de la DEA de Miami entraron a la habitación. Uno era Avelino Fernández, veterano agente de la agencia; al otro tipo no lo conocía. Le di un apretón de manos a Avelino y los puse al tanto de la situación.

"Creo que deberíamos vigilar frente al hotel". dijo Avelino. "Si creen que ella está aquí, van a estar fuera del hotel esperando a que aparezca".

"Bien", dije.

"Les avisaremos si vemos algo". Avelino dejó su radio portátil para que pudiéramos comunicarnos con él.

Pasaron dos horas más y no recibimos la llamada de Ana. Rourke encendió el televisor y nos pusimos a mirar programa tras programa. La habitación se fue llenando de bandejas y tazas vacías de café. Nos envolvía una densa nube de humo de cigarrillos.

Sonia llamaba a nuestro servicio de respuestas en Tucson cada media hora. Sólo se reportaron llamadas en español de gente que no quiso dejar ningún mensaje.

Finalmente, la voz de Avelino resonó en el receptor de radio. "Unidad de Miami, llamando al hotel".

"Adelante, habla el hotel".

"Hay gente vigilando el hotel. Dos automóviles, justo al frente. Tres hombres hispanos en uno y dos en el otro... autos alquilados. Lo único que puedo decirles es que no son de los tipos buenos". Describió los autos y la gente. No teníamos fotos de Mejía, así que de la única forma que podíamos averiguar era mandando a Sonia a echar un vistazo, lo que no haríamos.

"Estamos en un lugar difícil", dijo Avelino. "Si seguimos aquí afuera por más tiempo los vamos a asustar. Sugeriría que vayamos al lobby en caso de que ustedes necesiten apoyo".

"De acuerdo", dije.

"Okay. Si nos necesitan, pidan que la operadora llame al Sr. Fernández".

"Diez cuatro".

Me sentía eufórico, mi corazón latía rápidamente. Algo estaba a punto de ocurrir, todos en la habitación estábamos llenos de energía. Pero no estábamos preparados para lo que pasó.

Luego de diez minutos tensos, sonó el teléfono. Sonia levantó el auricular, escuchó por un momento, y dijo; "es alguien que habla inglés".

Le hice una seña a Lydia para que tomara el teléfono.

"Si", contestó Lydia. Su rostro se iluminó por la sorpresa. "Habla Lydia Díaz".

Estaba atónito. Esta era una habitación para un trabajo secreto. ¿A quién se le ocurriría llamar y usar el verdadero nombre de Lydia?

"Si... si.". Lydia se puso pálida. Tomó un lápiz y papel. "Adelante". Su mano temblaba mientras anotaba la información. Me sentí indisputado. Estaba anotando el nombre y dirección del Inspector Quasimoto.

"Okay", dijo Lydia, "tengo el mensaje". Colgó y me miró directamente por primera vez. "Era la DEA de Miami. Dicen que tengo que llamar inmediatamente a Seguridad Interna".

"¡No puedo creer esta mierda!", miré a Rourke, que meneó la cabeza y se dió la vuelta. "¡Estos tipos quieren que me maten!"

Esa llamada era la vigilancia obvia, ahora comprendía su juego. Querían ponerme lo más nervioso posible. Si tuviera que hacer tratos con un traficante en este momento, arruinaría el caso y podría hasta perder la vida. Ellos pondrían mi obituario como un preciado trofeo sobre su escritorio (un inspector de Nueva York presumió que un agente que él investigaba cometió suicidio)

Reprimí el impulso de salir corriendo y gritando. Me dí cuenta de que Sonia me observaba cuidadosamente. Parecía no estar sorprendida por lo que pasó. Sintiéndome mareado, le pedí a Lydia que llamara a Quasimoto.

"Mike", replicó ella, pálida y con las manos temblando, "están tratando de utilizarme para arruinarte. Ya me han interrogado tres veces. Trataron de que cambiara mi declaración acerca de cuánto dinero me entregaste. Querían que dijera que posiblemente me diste menos. No quiero hablar más con esa gente. Mi esposo Johnny (nombre supuesto), me dijo que la próxima vez hablen con nuestros abogados".

Para un agente secreto, que arriesga su vida diariamente porque se cumpla la ley, aceptar que su propio gobierno está dispuesto a quebrantar esas mismas leyes para destruirlo, es algo devastador.

"Lydia, me harías un favor si los llamas". Sabía que si ella no los llamaba encontrarían la forma de echarme la culpa por eso. "Quiero saber qué es lo que quieren. Además, si no lo haces, te acusarán de cometer 15 violaciones del Manual por no haber llamado cuando se te ordenó".

Las manos de Lydia temblaban tanto, que tuvo que intentar tres veces antes de poder marcar el número correcto. Sentí cómo mi corazón martilleaba cuando preguntó por Quasimoto.

"¿Me ordenó que llame?" preguntó Lydia. Escuchó y luego dijo: "Bueno, ¿de qué se trata?... pensé que éso había acabado hace mucho tiempo". Escuchando, tomó un lápiz y anotó una dirección que yo conocía, el cuartel general de Seguridad Interna en Miami.

Lydia colgó. Estaba tan pálida y abrumada como yo. "Quieren que me presente en el cuartel general para más interrogatorios".

"¿Sobre qué?" le pregunté.

"Dijo que sobre lo mismo de antes". Lydia se puso de pie. "Lo siento, pero yo vuelvo a casa".

"Lydia, si te vas, van a tratar de culparme también por eso".

"Lo siento, Mike. Yo me voy. Tendrán que hablar con mi abogado".

Rourke nos miraba atónito, viendo cómo la Operación Huno se estrellaba antes de despegar. "Lo siento, Jack", le dije. "No puedo continuar haciendo este trabajo en estas condiciones. Tú lo acabas de ver".

Rourke encogió los hombros. "Tienes que hacer lo que debes. Dime, ¿qué es lo que piensas hacer?"

"¿Qué es lo que voy a hacer? Voy a tomar el primer vuelo de mierda que me saque de aquí. Hay maleantes vigilando el hotel, inspectores vigilándome, ni siquiera puedo pensar racionalmente".

Un momento después estaba en mi habitación haciendo mi maleta, caminando de arriba abajo como un loco. Tenía que haber algún modo de defenderme. Traté de pensar racionalmente sobre lo que podía hacer. Decidí llamar a mi supervisor en el cuartel general, Tommy Dolittle.

"Llamaré a Dick Johnson (Jefe de Inspectores)", dijo Dolittle después de que le hice un recuento de lo que acababa de ocurrir. "Espere un rato y lo llamaré de nuevo". Me pareció escuchar una risa.

Seguí caminando por la habitación, deteniéndome de rato en rato para golpear mi cabeza contra la pared. Cuando sonó el teléfono, levanté el auricular al primer timbrado. Era Rourke para decirme que estaba cancelando el operativo y que los hombres que vigilaban el hotel habían desaparecido. "Por lo menos los tipos de Miami nos acompañarán hasta el aeropuerto", me dijo.

Si el objetivo de los inspectores era confundirme de tal manera que me olvidara de mi propia seguridad, lo habían logrado.

Después de otros 20 minutos de caminar por la habitación, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Dolittle. "Johnson me dijo que Quasimoto está investigando un asunto que no tiene nada que ver con usted".

"¿Nada que ver conmigo?" repetí estúpidamente.

"Sus palabras exactas fueron: un asunto no relacionado con el de Levine", dijo Dolittle perdiendo la paciencia. "Para mí, eso sólo significa que no tiene nada que ver con usted".

"Pero cuando Lydia preguntó, él dijo que era "¡el mismo asunto de antes!".

"Oiga, ¿qué quiere que le diga?" replicó bruscamente Dolittle. "Johnson es el jefe y me dijo que no había relación alguna".

Me sentía totalmente derrotado. "Okay. Gracias", dije. "Nos veremos en el cuartel general".

Dolittle ya había colgado.

Una hora más tarde, quienes formáramos el grupo para la Operación Huno estábamos reunidos en el aeropuerto. Decidí retornar solo a Washington. Necesitaba estar solo para aclarar mis pensamientos.

"¿Estás en problemas?" me preguntó Sonia.

Estábamos solos. Rourke, María y Lydia estaban haciendo llamadas telefónicas.

"Sí", le dije.

"¿Eso quiere decir que ya no trabajarás conmigo?"

"Sí", le contesté.

Sonia sonrió irónicamente y meneó la cabeza. "No entiendo a tu gobierno", dijo calmadamente. Confirmando simplemente un hecho; expresando lo que sentía.

"Yo tampoco", le dije.

Una hora después estaba solo en la terminal del aeropuerto. Estaba seguro de que me seguían, pero esta vez ni me molesté en descubrir a mis perseguidores. No quería hacer algo de lo que después me arrepentiría. Ellos sabían que a menos que lograran que Lydia mintiera, su investigación no avanzaría, así que ahora trataban de quebrantarme. Tenía que hacer un esfuerzo y sobreponerme.

Una hora antes de mi vuelo me acerqué al mostrador. Estaba armado y necesitaba llenar un formulario que me permitiera portar armas a bordo.

La encargada miró mi identificación por un largo rato. "No tengo los formularios aquí", dijo, y desapareció por una puerta con mis credenciales. Había seguido esta rutina tantas veces que la sabía de memoria. Este no era el procedimiento usual. En un par de minutos la encargada retornó con mis credenciales y el formulario. Se veía muy nerviosa.

Me miró mientras llenaba el formulario. Cuando terminé, me preguntó si quería entregar mi bolso.

Tenía un bolso y un maletín. "No, gracias. Llevaré mi equipaje conmigo a bordo".

"Disculpe", dijo rápidamente, "el avión está lleno y el Capitán ha pedido que todo equipaje que no sea de mano vaya en el compartimiento".

Me alarmé. Querían revisar mi equipaje. "Señorita, falta una hora para mi vuelo, creo que entregaré mi bolsa en el momento de abordar el vuelo. No quiero que se pierda".

"Lo siento señor, son nuestras regulaciones", dijo ella y tomó mi bolso. "No se preocupe, es un vuelo directo. Me aseguraré de que su equipaje llegue a destino". Me entregó un ticket y mi bolso desapareció detrás de una cortina.

Sabía lo fácil que era para un burócrata con placa hacer que se deje olvidada una maleta para ser revisada. Si se encuentra evidencia incriminatoria se pueden arreglar los hechos para que se ajusten a las circunstancias. El fin siempre justifica los medios para los que están en el poder. Y para atrapar a un agente "fuera de control" como yo, cualquier medio se justificaba.

Mi vuelo aterrizó en el aeropuerto a las 8:00 A las 9:30 seguía esperando mi equipaje.

Mi bolso no llegó.

## XII

# LA MAQUINA DE LA GUERRA ANTIDROGA

### 1

El domingo 7 de febrero, finalmente Eastern Airlines entregó mi equipaje en mi domicilio. Mi ropa estaba revuelta y anudada; algunas prendas estaban húmedas y sucias. No sólo habían revisado el bolso, sino que probablemente lo hicieron en la misma pista. Recordé que había llovido mientras esperaba en el aeropuerto de Miami.

Meses antes, cuando sospeché que los inspectores trataban de forzar a ciertos agentes para que hicieran declaraciones que me incriminaran, me puse en contacto con la Asociación Federal de Investigadores Criminales, para que me apoyasen. Era miembro del sindicato y supuestamente tenía derecho a recibir ayuda legal en todo lo relacionado con mi trabajo.

"No podemos ayudarle hasta que lo despidan o sigan acción legal en su contra", me dijo un representante de la firma que se ocupaba de los asuntos legales del sindicato. Me dijo que haría unas llamadas extraoficiales y tal vez mandarían una carta indagatoria. Pero si quería enjuiciar a la DEA por

acoso, negligencia y poner en riesgo mi vida, tendría que hacerlo a través de una firma privada y pagarlo con mi dinero.

Consulté a dos abogados con buena reputación en la defensa de empleados del gobierno contra sus agencias. Cada uno de ellos me aseguró que teníamos un buen caso. Ambos me pidieron un anticipo de \$25.000 dólares.

"Mi personal consta de sólo cuatro personas," dijo uno de ellos. "Apuesto a que el gobierno contratará unos doce abogados. No puedo tomar el caso por menos dinero."

En 1982, para mi \$25.000 eran como \$25 millones. El único bien que poseía era mi motocicleta. Pero tenía que defenderme. Todavía me quedaban unas cuantas armas.

El lunes a las 5:00, me dirigí al trabajo en mi motocicleta, tratando de poner en orden mis ideas y quitarme la depresión. Ni siquiera el aire frío de la mañana tuvo mucho efecto sobre mi ánimo deprimido.

A las 5:30 estacioné mi motocicleta en el garaje subterráneo del cuartel general y me dirigí a mi pequeña oficina.

Sobre mi escritorio estaban mis armas: una máquina de escribir IBM y el Manual, la biblia de los "ternos". En su acoso, los inspectores habían pisoteado mis derechos constitucionales, y también habían violado algunas de sus propias regulaciones. Ahora los combatiría con esas mismas regulaciones.

No tenía nada que perder. Escribiese lo que escribiese, tendría que pasar por las manos de alguna autoridad en sus cabales; por lo menos alguien se daría cuenta de que no sólo se estaban violando mis derechos, sino que estaban convirtiendo la guerra contra las drogas en un fraude total.

Miré el Manual, tres enormes libros, con un total de 1.300 páginas: el Manual de Personal de la DEA, al Manual Administrativo de la DEA y el Manual del Agente de la DEA. Estos libros contenían los reglamentos y regulaciones que regían todo lo que hacía un agente durante su carrera, dentro y fuera del servicio. Lo que necesitaba hacer ahora era encontrar reglamentos y regulaciones específicos que los inspectores habían violado cuando trataban de crucificarme. No sería un trabajo fácil.

Yo era el agente típico; me disgustaban los manuales burocráticos. Si necesitaba saber algo, hacía que algún "terno" consultara el manual y me dijera lo que podía o no hacer. De esa manera, podían concentrarme en mi trabajo en las calles.

Cuando habían tiroteos, o heridos, o algún incidente feo a raíz de nuestro trabajo, los "ternos" se dedicaban a consultar el Manual para echarle la culpa al agente o supervisor de grupo que había pecado. Lo interesante es que el pecador nunca resultaba ser un "terno".

Otro uso frecuente del Manual era para mantener en orden a los agentes. Era imposible desempeñar el trabajo de control de narcóticos y al

mismo tiempo atenerse al Manual. Cuando los "ternos" querían deshacerse de un agente, lo único que necesitaban era investigar la más mínima violación de las regulaciones del Manual que éste había cometido y despedirlo.

Era una locura que un agente usara el Manual en contra de los "ternos". Pero no me quedaba otro camino. Leí la jerga burocrática durante varias horas, buscando alguna categoría que abarcara mi situación. Decidí hacer un reclamo por mala conducta, mal uso de investidura y otras seis posibles violaciones. No sabía si hacer un reclamo oral, un reclamo informal o un reclamo formal. Sabía que si usaba el formato equivocado, nadie leería mi reclamo.

A las 9:00 sentí el ruido de las máquinas de escribir, teletipos y teléfonos fuera de mi oficina. La gran Maquinaria de la Guerra Antidroga comenzaba a funcionar y yo aún no había escrito nada.

Pero entonces sentí que era el momento preciso y comencé a escribir furiosamente. El encabezado final, dirigido a Tommy Dolittle, mi supervisor era "Reclamo Informal/Formal. Acto y/o actos perpetrados por Seguridad Interna con la intención de intimidar y continuar su campaña dirigida a arruinar mi carrera, salud y reputación". En un informe de seis páginas, detallé mi trabajo durante el caso Suárez, el intento por parte de los "ternos" para arruinar el caso, la misteriosa liberación de Gasser y Gutiérrez, los narcotraficantes que habían dado el golpe de Estado con ayuda de la CIA y mi carta a "Newsweek". Incluí el precio que se puso a mi cabeza, el asalto a mi casa en Buenos Aires, el daño causado a mi vida por una investigación que excedió el límite de 30 días que prescribía el Manual de Personal de la DEA, la llamada del Inspector Quasimoto a la habitación encubierta del hotel en Miami y la revisión de mi equipaje. Finalmente, acusé a los inspectores de coercionar a los agentes para que cambiarán su testimonio con el fin de incriminarme y declaré que había grabado mis conversaciones con los inspectores como prueba.

Finalicé así el memorándum:

"Solicito también que el Administrador sea puesto al tanto de este asunto. Pienso que las acciones de estas personas causaron y están causando daño a mi persona y que la negligencia de la DEA está permitiendo que esto continúe".

"...¿Es esta la forma en que la DEA paga el trabajo acucioso y sacrificado?"

Cuando terminé, estaba bañado en transpiración. Volví a leer el memorándum y vi que era demasiado emocional, que había cometido algunos errores con la jerga burocrática y que en partes llegaba a la histeria.

Pero ya estaba cansado de portarme calmado y como profesional. Me estaba defendiendo.

Mi padre solía decir que cuando uno pelea contra un oponente más fuerte hay que herirlo, sin importar dónde.

Junté las páginas y las engrampé. Tenía que entregárselo prontamente a Dolittle o si no me arrepentiría. Era hora de desafiar al oponente más fuerte.

Eran las 19:30, había un silencio total, afuera nevaba en la oscuridad. Había pasado más de 13 horas en mi oficina sin hablar con nadie. (Tampoco había revisado los cables que llegaron).

Me dirigí a la oficina de Dolittle y traté de entrar. La puerta estaba cerrada con llave. Estaba a punto de pasar el memorándum por debajo de la puerta, cuando me di cuenta de que no había puesto la fecha.

Recordé lo que pasó con la carta a "Newsweek"; pensé en romper el documento y olvidarlo todo. Pero también recordé que no tenía nada que perder, las cosas no podían ponerse peor de lo que ya estaban.

Tomé un lapicero de un escritorio y puse la fecha del día siguiente en la primera página. Empujé el memorándum por debajo de la puerta de Dolittle.

Aquella noche dormí bien después de mucho tiempo.

## 2

"Entre y cierre la puerta", dijo Dolittle, mirándome fijamente desde su escritorio. Eran las 10:00 del martes. Cerré la puerta y me senté.

"¿Quería verme?" dije.

"Primero, quería avisarle que mandé su memorándum al piso de arriba", dijo Dolittle.

"Gracias".

"La razón por la que lo llamé", dijo abriendo un enorme cuaderno, "es para decirle que estoy descontento con el desempeño de su trabajo". Hizo una anotación en su cuaderno. Esperé a que terminara de escribir.

"Hace sólo un mes que regresé y..".

"Parece que no pone atención en lo que hace. Ayer, por ejemplo, ni siquiera revisó los cables que llegaron".

Me di cuenta de lo que Dolittle hacía. Me estaba "notificando oficialmente sobre desempeño poco satisfactorio de funciones de trabajo", éste era el primer paso que el Manual requería para despedir a un empleado.

"Trato de hacer lo mejor que puedo. He estado bajo investigación por más de un año. Recién comencé este caso y..". dejé de hablar. Dolittle no me escuchaba. Estaba haciendo anotaciones en su cuaderno.

Después de un rato levantó la vista y dijo. "Recibirá un memorándum sobre esta entrevista. Ha sido notificado".

Cuando regresé a mi oficina, cerré la puerta y apoyé la cara sobre el metal frío. Podía oír la Máquina de la Guerra Antidroga. Sentí que había caído entre sus engranajes y me estaba destrozando. Había formado parte de algunos de los casos más importantes de la agencia y me despedían por mal desempeño de mis funciones como agente de narcóticos.

Me encerré en mi oficina, incapaz de ordenar mis pensamientos. Esperaba a que ocurriese algo, que sonará el teléfono o que alguien tocara la puerta. Me pregunté cuánto rato pasaría antes de que enviaran a la gente de blanco para que me llevara a un manicomio, donde todos se olviden de mí con excepción de mis hijos.

¡Mis hijos! Casi me había olvidado de ellos. Podía conseguir otro trabajo, en otro lugar; pero nunca podría reemplazar a mis hijos. Llamé a Nueva York. Niki contestó al teléfono.

"¿Cómo estás hijita?"

"Bien", respondió cortante.

"¿Necesitas algo, mi amor? Hace días que no te llamo. ¿Está todo bien?"

"¡Todo está maravilloso!" contestó bruscamente.

"¿Qué pasa, Niki?"

"¡Nada!" dijo, subiendo de tono su voz. "Tengo que salir".

"¿Vamos amor, qué pasa?"

"Ya te lo dije: nada. ¡Todo está perfecto!"

"¿Y entonces por qué me gritas?"

"¡Porque me estás haciendo preguntas estúpidas! ¡Me molestas!"

Pensé en las drogas. ¡No! No era posible que mi propia hija estuviera metida en eso. Cambié de tema.

"Te extraño mucho amorcito. No quiero pelear con mi única hija por teléfono".

Se calló. "Yo también te extraño papi", dijo. Esta era mi hija tal como la conocía.

"¿Qué tal si voy este fin de semana y hacemos algo?"

"No, no este fin de semana papi, estaré ocupada".

Quise preguntarle a dónde iría y qué haría, pero no quería que se enfureciera y colgué el teléfono. "Está bien, amor", le dije. "¿Está tu hermano?"

Se puso impaciente. "Keith fue al kárate".

"Bueno, amor. Avísale que llamé".

"Bueno", dijo y colgó el teléfono.

Pasé el resto del día en mi oficina, con la puerta cerrada. No hablé con nadie. Cuando oía pasos me incorporaba esperando a que alguien entrara. Pero sólo recibí papeles por debajo de la puerta, cables, memorándums y sobres del gobierno, el combustible de la Máquina de la Guerra Antidroga.

Los papeles se acumularon como nunca antes frente a mi puerta. Se estaba documentando mi "mal" desempeño, cuantitativa y cualitativamente:

Observaciones sobre el Agente Especial Michael Levine. 9 de febrero, 1982: Levine recibió 12 cables, 13 informes de investigación y 5 memorándums, todos los cuales requerían acción administrativa. Levine no realizó ninguna actividad administrativa y se mantuvo a puerta cerrada en su oficina. Debe anotarse que esta falla de desempeño se produjo a continuación de que el Director Regional, Tommy S. Dolittle, le advirtió sobre su previo mal desempeño. La conducta de Levine puede ser el resultado de demasiados años como agente encubierto.

Las observaciones continuarán.

Si "llevaba a cabo la acción administrativa apropiada", fallaría en otra cosa. Cuando los "ternos" querían deshacerse de alguien, lo hacían eficazmente y protegiéndose con varias capas de burocracia.

Estaba al tanto de sus métodos. En 1975, cuando fui Supervisor de Grupo en Nueva York, me asignaron un agente recién graduado. Mi supervisor me llamó al poco tiempo de su llegada: "El cuartel general quiere que nos deshagamos de ese tipo".

"¿Por qué?", pregunté.

"Según la academia no sirve para nada, es uno de esos demócratas que se les pasó entre los dedos". (Demócrata, era la palabra clave que significaba negro).

"Bueno, y ¿por qué lo mandaron a Nueva York?"

"No lo sé", dijo mi jefe. "Sólo le estoy pasando el mensaje".

"Hey, si no sirve para nada, su desempeño lo mostrará", dije. "Pero si sirve, no lo perjudicaré".

"Como le dije antes", continuó mi supervisor, "sólo le estoy pasando el mensaje".

El agente nuevo, que era negro y había sido reclutado en el departamento de policía de Nueva Jersey, resultó ser realmente excepcional; a los seis meses lo calificué como muy bueno. Al poco tiempo, me destituyeron del cargo y no recibí ascensos hasta que amenacé a la agencia con seguirle un juicio.

El miércoles 10 de febrero, me encontraba en mi oficina antes del amanecer, después de otra noche insomne, pensando en posibles medios de defensa. Tuve la esperanza de que cuando el Administrador Mullen viera mi memorándum se daría cuenta de lo que la destrucción de los casos bolivianos había hecho a la guerra contra las drogas en Sudamérica y por lo menos investigaría el asunto. Pensé que haría algo.

Me hacía falta dormir. Tony me aconsejó que consiguiera un par de gafas oscuras y tratara de dormir sentado, para "el caso de que uno de los "ternos" entre a tu oficina y te pille durmiendo". Me puse un par de gafas para el sol. Puse el Manual del Agente de la DEA frente a mí y me quedé dormido.

Me despertó un fuerte golpe en la puerta. Estaba echado sobre mi escritorio con las gafas dobladas debajo mío.

"Si", dije incorporándome, preguntándome hacía cuánto rato que tocaban la puerta.

Era un memorándum del Administrador Mullen. Había visto mi memorándum y había tomado acción inmediata. Se dirigía a "todos los empleados de la DEA, a nivel mundial" y decía que se había enterado de que "ciertos empleados de la DEA" habían estado grabando conversaciones con otros empleados de la DEA. "Esto no será tolerado en el futuro", eran las palabras del Administrador. Cualquier agente que fuera descubierto grabando subrepticamente una conversación con otro agente, sería despedido.

Sonó el teléfono. Tommy Dolittle quería verme inmediatamente.



## XIII



# UN TIROTEO EN COLOMBIA

Hay un proverbio árabe que dice: cualquier día es bueno para morir. Pero en la tarde tropical del 9 de febrero en Cartagena, Colombia, la muerte era en lo que menos pensaban los dos agentes de la DEA asignados a esa bella ciudad. Charlie Martínez y Kelly McCullough descubrirían pronto que ese proverbio debería estar siempre en la mente de un agente de la DEA.

A las 23:50, ambos agentes leían en su cuarto del Hotel "Don Pas", cuando alguien tocó la puerta bruscamente. Ninguno de los dos estaba armado, un error del que pronto se arrepentirían. Nadie les había dado instrucciones sobre si podían portar armas en Colombia y los dos agentes, que eran básicamente pilotos, supusieron que no podían hacerlo.

"¿Quién?" preguntó Martínez, que hablaba español.

"La Policía Nacional de Colombia", respondió una voz áspera.

Los agentes sospecharon. Habían estado averiguando, bajo órdenes de la DEA en Bogotá, el paradero del narcotraficante fugitivo René Benítez. Si era la policía que golpeaba, éstos deberían saber que se trataba de agentes de la DEA. Podían haber llamado por teléfono y pedirles que vayan al

cuartel general de policía. ¿Con qué motivo tocarían la puerta a media noche?

Martínez telefoneó a la administración, mientras McCullough escuchaba los susurros que se oían al otro lado de la puerta. Un empleado del hotel le dijo a Martínez que los visitantes eran de la Policía Nacional de Colombia. Martínez no estaba totalmente convencido. Sabía que estaba en un país donde los narcotraficantes tenían mayor poder y protección que cualquier agente de la DEA. Pidió al empleado que llamara a la policía local, pero éste se negó, diciendo que estaba mandando a la habitación a personal de seguridad del hotel.

Los agentes se dieron cuenta de que algo andaba mal.

Se miraron y pensaron lo mismo, sin armas estaban perdidos. No tenían apoyo de la DEA, ni instrucciones sobre qué hacer en caso de emergencia.

Después de una espera de 15 minutos, un hombre más tarde identificado como Iván Duarte pasó una tarjeta de identificación de la policía por debajo de la puerta y les previno que si no abrían la puerta entrarían por la fuerza. Se descubrió después que Duarte era un exoficial de la Policía Nacional de Colombia. La identificación era legítima, pero la visita no.

Sin armas y sin poder pedir ayuda, los agentes abrieron la puerta; Duarte, un fornido colombiano, entró de un golpe en la habitación seguido por cinco hombres. Los agentes se dieron cuenta inmediata de que éstos no eran agentes de policía. Duarte comenzó a interrogar a Martínez en español sobre su misión en Cartagena. Su mayor interés era saber por qué estaban haciendo averiguaciones sobre Benítez.

A los pocos minutos, un tipo enfurecido entró a la habitación con un arma en la mano. Apoyó el cañón del arma en la cabeza de Martínez. "Soy René Benítez".

Martínez y McCullough fueron conducidos fuera del hotel a punta de pistola e introducidos en un pequeño Toyota estacionado frente al hotel. Martínez fue puesto entre Benítez y el conductor, y McCullough en la parte trasera entre Duarte y otro hombre. Los agentes notaron que los seguía otro automóvil con seis hombres dentro.

Durante una hora fueron conducidos por las oscuras calles de Cartagena, asegurándose los secuestradores de que no eran seguidos. Finalmente, los automóviles salieron de la ciudad hacia una zona remota. Después de 20 minutos de viaje, los dos autos se detuvieron en un claro en la selva.

A excepción del ruido de los insectos, la noche estaba calma. Un trueno y un grito rompieron la calma. Benítez le había disparado a Martínez en el muslo.

Charlie se contrajo dolorido. "No te preocupes", dijo Benítez. "Una vez los de la DEA me dispararon en la pierna y sigo bien".

Aprovechando la distracción, McCullough se lanzó entre sus captores y comenzó a correr, con Duarte y varios hombres que lo perseguían.

Benítez se alejó unos pasos del auto, apuntó y le disparó de nuevo a Martínez, hiriéndolo en el hombro derecho. Después de esto, Benítez apuntó a la cabeza de Martínez y apretó el gatillo, pero el arma no disparó. Martínez saltó sobre Benítez y los dos comenzaron a forcejear por el arma.

Mientras tanto, Duarte hizo fuego sobre McCullough. La primera bala le rozó la rodilla izquierda, la segunda le dio en los glúteos y lo hizo caer al suelo. Cuando McCullough se encontraba en el suelo, Duarte se acercó, apuntó y le disparó al cuello. Lo dejó, suponiendo que estaba muerto, para unirse a la persecución de Martínez.

Los tres proyectiles no habían logrado matar a McCullough. Semiconsciente oyó gritar a Martínez y más disparos. Luego hubo un silencio total. McCullough se paró haciendo un gran esfuerzo y se dirigió hacia una iglesia que había visto al pasar. Sintió cómo la sangre fluía de sus heridas. El dolor lo atormentaba, pero no podía parar. Charlie podía estar todavía vivo en la oscuridad; tenía que conseguir ayuda.

A las 3:30 el padre Guillermo Grisales, párroco de Santa Catalina de Alejandría, en las afueras de Cartagena, fue despertado por su madre. "Alguien llama", dijo ella nerviosamente.

El padre Grisales se levantó rápidamente de la cama y se dirigió a la puerta principal. Allí vio a McCullough sangrante, doblado en dos y sin aliento. Afortunadamente el padre Grisales hablaba un poco de Inglés y tenía un automóvil.

A los pocos minutos el sacerdote conducía a McCullough a la estación local de policía. Cuando un médico examinó las heridas de McCullough, el sacerdote quedó atónito. La bala disparada al cuello había pasado por el pecho y salido por debajo del brazo. Parecía un milagro que el americano estuviera aún vivo.

De pronto se produjo un forcejeo. El americano insistía en ponerse de pie y en no ser curado, pidiendo que lo llevaran de vuelta a donde había quedado su compañero.

El doctor, un policía y el sacerdote subieron de nuevo a McCullough al auto del sacerdote. Después de un largo recorrido, llegaron al claro donde había ocurrido el tiroteo. El padre Grisales quedó nuevamente sorprendido. El americano, herido como estaba y después de haber caminado cinco kilómetros en busca de ayuda, llamaba a su compañero e insistía en bajarse del auto para buscarlo.

McCullough, el sacerdote y el doctor buscaron a Martínez más de una hora, después de lo cual abandonaron la búsqueda. El policía aterrorizado por la mafia colombiana, no se movió y dijo al sacerdote, "Seguro que fue la mafia. Quizás sea una emboscada para matar policías". McCullough se

negó a recibir tratamiento médico hasta varias horas después, cuando se le informó que Charlie también había sobrevivido y estaba en el hospital.

El padre Grisales mandó después una carta al embajador de los Estados Unidos en Colombia, en la que decía, "¿Cómo pudo un hombre tan gravemente herido haber caminado hasta mi casa? Estos hombres deben recibir un entrenamiento excepcional en su país. Desearía que esta carta sea enviada después a la madre de Kelly por haber criado un hijo tan admirable".

Abrí la puerta de mi oficina a lo que parecía un nido de hormigas. La sección de Investigaciones sudamericanas de la DEA resonaba con el ruido de máquinas de escribir, teléfonos e intercomunicadores; las secretarías se movían de aquí para allá, los apresurados "ternos" llevaban archivos bajo el brazo. Nunca había visto tanta actividad a esa hora tan temprana.

Me dirigí a la oficina de Dolittle. Sentí que todas las miradas me seguían y pensé que este sería el día en que me arrestarían.

"Le estoy entregando el caso de la balacera a McCullough-Martínez", me dijo Dolittle enojado, antes de que dijera palabra alguna. El hombre estaba exasperado.

"¿Cuál caso?" pregunté.

"¿No sabe lo que pasó?"

Traté de calmarme mientras Dolittle me puso al tanto de lo que había ocurrido.

"Lo voy a enviar a Colombia como representante de la Sección Latinoamericana para la búsqueda de Benítez. ¿Qué le parece?"

Los "ternos" no podían decidir si despedirme, encarcelarme o utilizarme como herramienta desechable. "Dígame cuándo", le contesté.

"Yo salgo en el próximo vuelo. ¿Tiene visa de entrada a Colombia?"

"No".

"Consígala inmediatamente. No le queda mucho tiempo. Y haga el equipaje como para dos semanas o tal vez más. Se quedará hasta que el trabajo esté hecho".

"Muy bien", le dije. "Sería bueno si se olvidaran de mí y me dejaran allí para siempre". Dolittle sonrió por primera vez desde que lo había conocido.

"Prepare todo y lo llamaré". Su teléfono sonó. Levantó el auricular y me dió la espalda. Eso era todo.

Al salir de la oficina, vi una maleta lista apoyada en la pared. Dolittle ni siquiera hablaba español, ¿por qué partía a Colombia con semejante apuro? ¿Por qué no me mandaba a mí cuando las cosas estaban aún frescas y habían testigos?

Me enteré después que la razón del apuro de Dolittle por llegar a Colombia era para averiguar por qué los dos agentes de la DEA habían sido

puestos en una situación tan riesgosa estando sin armas y sin apoyo. Su investigación resultó absolviendo de toda culpa a los "ternos" que trabajaban en Colombia. En su informe declaró, contrariamente a lo que declaró Charlie Martínez, que "el hecho de que (los agentes) estuvieran sin armas podía haberlos favorecido". Una vez más la incompetencia y la estupidez de los directivos de la DEA, que causaría más muertes y torturas de agentes, fue encubierta y lo sigue siendo hasta el día de hoy.

No dije nada al respecto. Salir del cuartel general y volver a Sudamérica era como ser indultado de la silla eléctrica. Después de meses de trabajo sin sentido, perseguir a Benítez sería como una bendición de Dios.

Los "ternos" habían prometido a la prensa que no descansarían hasta atrapar a Benítez. Sabía que si me daban luz verde, lo capturaría rápidamente. Atrapar a gente como él era la razón por la que había entrado a trabajar como agente.

A la mañana siguiente ya tenía mi visa, cancelé mis cuentas pendientes y llamé a mis hijos. Estaba en mi oficina con las maletas listas, cuando Jack Rourke me llamó.

"¿Bueno, estás listo para la fase dos de la Operación Huno?"

"¿Estás bromeando? le grité. "Después de lo que pasó en Miami, ¿no te conseguiste otro agente?"

"Nadie me dijo que lo hiciera", dijo Rourke. "No vamos a regresar a Miami. De hecho, acabamos de alquilar una casa de lujo en Tucson para tí y Sonia. Vamos a montar toda una familia de mafiosos, como en el caso Suárez".

"Ni me lo recuerdes", le dije.

"Olvídate de Miami", dijo Rourke. "Esta vez la cosa la va a manejar Buck Turghid (nombre ficticio). Es el agente residente a cargo de Tucson. Supuestamente es bueno. El teléfono de Tucson no deja de sonar. Todo el mundo anda buscando a Sonia para volver a hacer negocios".

"No me sorprende. Trabajar en un caso con la Reina de la Cocaína es como pescar con dinamita. ¿Pero quieres que yo también trabaje en eso?"

"Vamos, compadre. Sonia te tiene mucha confianza". Pensé en sus ojos, esos ojos no confiaban en nadie.

"Me encantaría ayudarte, pero no puedo", le dije, aliviado porque tenía una buena excusa. "Dolittle acaba de asignarme al caso McCullough-Martínez. Estoy viajando a Colombia".

"No, no te escaparás tan fácilmente, compadre. Acabo de hablar con los jefes de la agencia. La Operación Huno es de alta prioridad. Irás a Tucson".

"-¿Seguro?" le pregunté, sintiendo que el alma se me iba a los pies.

"Absolutamente. De hecho, quieren que empecemos ahora mismo. Ralph Saucedo y los otros jefes quieren que Sonia trate de ponerse en contacto con Benítez".

"¿Qué?"

"Ella lo conoce muy bien. Ha hecho tratos con él. Una vez que la tengamos trabajando, lo más probable es que ella encuentre al hijo de puta antes que nadie. Lo que me recuerda que necesitare que estés esta noche en su casa. Quiero que haga algunas llamadas". No le contesté. "¿Vendrás conmigo, no?"

Mi rol apestaba a trampa. Acababan de reasignarme a que pasara por el socio de un hermosa narcotraficante; a que viviéramos bajo el mismo techo con una cantidad enorme de cocaína a nuestra disposición. La supuesta lealtad de Sonia era hacia los mismos jefes de la DEA que querían encarcelarme. Mis probabilidades de salir libre de esto eran muy pocas, pero estaba claro que no me quedaba otra alternativa. "Por qué no", le dije.

"Excelente. Te encantará Tucson".

# XIV

## TUCSON

*Para traicionar, primero debes pertenecer.*

*-Harold Philby*

### 1

Rourke estacionó el automóvil frente a una casa sencilla a mitad de cuadra en un barrio de Arlington, Virginia. Cuando tocamos, Sonia, vestida de jeans y camisa deportiva, abrió la puerta y sin decir palabra nos hizo pasar. Por un instante, sus ojos observaron la calle oscura. Detrás de ella estaba un tipo bajo, fornido, simpático, esperando ser presentado.

"Miguel, mi esposo Pachi; Pachi... Miguel", dijo Sonia. Era Walter "Pachi" Atalá. Otro de los nombres de la cinta de la tortura de Hurtado.

Su apariencia era tan engañosa como la de Sonia. Había inocencia en su cara. Me lo podía imaginar como corredor de autos, pero no como Subsecretario de Trabajo de una de las peores dictaduras de la historia de Bolivia. Sonia me había contado que se lo estaba preparando para presidente cuando comenzaron los problemas.

Sonia nos condujo a un pequeño living donde sus cuatro hijos estaban sentados en la alfombra, a los pies de una pareja de edad mediana con sonrisas relucientes. Sonia susurró, "Los Mormones".

"Hola", dije.

"Hola", contestó la pareja casi al unísono, mirándonos con curiosidad. Pachi se sentó a sus pies, parecía uno más de sus hijos. Los niños, todos lindos de ojos oscuros y tez blanca, tenían entre ocho y trece o catorce años.

Me di cuenta de que Walter me observaba. Al salir de la habitación, Sonia y él intercambiaron miradas aprensivas.

Sonia nos llevó a donde estaba el teléfono, en una pequeña habitación. El plan era que llamara a Mario Espinosa en Colombia para hacerle saber que seguíamos en el negocio y cuáles eran nuestras intenciones. Su reacción nos daría idea de lo que Papo planeaba hacer con nosotros.

"¿Estás bien, Miguel?" me preguntó Sonia, mientras Rourke conectaba la grabadora al teléfono.

"Estoy bien", le dije, preguntándome cuánto sabía sobre mis problemas.

Al poco rato Sonia estaba hablando con la familia de Espinosa en Colombia, quienes le dijeron que éste no estaba y que volvería en la mañana. Sospechaban algo y trataron de averiguar el paradero de Sonia. Ella les dijo que volvería a llamar en la mañana.

Cuando colgó se veía preocupada. Había mantenido contacto con Espinosa en los meses pasados tratando de distraerlo. Papo probablemente estaba presionando a Espinosa para que encontrara a Sonia o pagara su deuda. Por primera vez, Sonia pensó que Espinosa estaba evitándola.

A la mañana siguiente estábamos de nuevo en la casa de Sonia, llamando a Colombia desde el teléfono de la cocina. Mientras su familia dormía y Rourke fumaba cigarrillo tras cigarrillo, escuché como Sonia jugaba al gato y al ratón con alguien que quería saber de dónde estaba llamando. Espinosa estaba "de viaje". Nadie sabía cuándo retornaría.

"Estoy consiguiendo una casa en Tucson", dijo Sonia. "Dile a Mario que lo llamaré cuando esté instalada".

"Qué raro", dijo Sonia después de colgar. "Estoy segura de que estaba allí. Siempre habla conmigo".

"¿Hace cuánto tiempo que lo eludes con lo de la deuda?"

"Unos seis o siete meses".

"Con razón", dije, "Papo no esperará más. Con estos tipos no se puede hablar mucho sin hacer algo. A veces es mejor no hacer contacto hasta estar listo para hacer algo".

"Tienes razón, pero él me dijo que llamara", dijo Sonia asintiendo en dirección a Rourke.

"¿Qué es lo que está pasando?" dijo Rourke.

Le traduje la conversación y dije, "Creo que Papo no está convencido en lo absoluto de lo que ella dice. Sólo quiere vengarse".

"¿Qué dices?" preguntó Sonia.

"Sólo traduje lo que te dije", le contesté.

"¿Qué es lo que acabas de decir?" preguntó Rourke.

"Hey, paren la mierda esta. No puedo traducir cada frase. Ella me preguntó lo mismo que tú".

"Esta bien, relájate socio", dijo Rourke., "Qué más da. Ya les crearán cuando estemos en Tucson".

## 2

El miércoles 24 de febrero, a las 20:00, el vuelo 619 de American Airlines aterrizó suavemente en Tucson. Rogué porque el aterrizaje fuera una buena señal de lo que vendría. La segunda fase de la Operación Huno, la fase clandestina había comenzado oficialmente.

En la terminal, Rourke, María Montez, Sonia y yo alquilamos un automóvil y nos dirigimos al Hotel 'Marriot', en el centro de Tucson. La casa no estaría lista por un par de días, así que el hotel sería nuestra primera base de operaciones.

Gocé del recorrido del aeropuerto al centro de Tucson. Nunca antes había estado en el desierto. Pensé que haría calor, pero el clima era fresco y agradable.

Antes de salir del cuartel general, tuvimos dos semanas de reuniones y conferencias con varios "ternos", que recalcaron que el principal blanco del operativo sería Arce Gómez, ahora agregado militar de su país en Argentina, junto con varios de sus colaboradores, quienes habían trabajado con Sonia en la venta de enormes cantidades de cocaína destinadas a los Estados Unidos. El otro objetivo era arrestar a Papo Mejía y paralizar a su organización. René Benítez era un blanco aparte.

Lo que no se nos informó era que más de uno de nuestros principales blancos estaban pagados y protegidos por la CIA.

Como Sonia ya había hecho innumerables tratos previos con esta gente, su testimonio corroborado en un juicio federal por conspiración sería suficiente para encarcelarlos por 1.000 años. Pero sin corroboración, su testimonio no podría hacer encarcelar a nadie. Por esta razón, nuestro principal objetivo era la corroboración de las declaraciones de Sonia sobre nuestros objetivos.

Y ¿qué mejor corroboración para un jurado que una filmación de un grupo de traficantes de narcóticos en medio de un trato, hablando de tratos previos y confirmando todo lo que Sonia había dicho? Una vez obtenido

eso, nada nos detendría. Esta vez, quizás "60 Minutos" mostraría un reportaje de verdad sobre drogas.

A eso de las 22:30, Sonia, María, Rourke y yo estábamos sentados en una esquina oscura del salón del hotel, demasiado nerviosos para poder dormir. El salón a media luz, con una pequeña pista de baile al medio estaba semilleno. Una pequeña orquesta tocaba una pieza lenta y tres parejas bailaban medio dormidas.

"Toda la casa estará equipada para grabar sonido y video", dijo Rourke, que seguía con el mismo arrugado terno azul que tenía puesto cuando salimos de Washington., "Si Sonia los hace hablar, será devastador. No habrá jurado que se resista a creerle".

"¿Por qué quedarnos sólo con eso?" dije., "Acuérdense de su libreta de direcciones; podemos agarrar a todos los que están ahí, al mismo tiempo que obtenemos pruebas de la conspiración".

"¿Crees que no lo sé".

Rourke acabó el resto de su cerveza. El y Sonia fumaban constantemente; el humo comenzaba a molestarme.

"La trampa es muy importante", dije. "No deben haber dudas sobre nosotros, Jack, o la cosa se arruina incluyendo a nosotros dos".

"¿De qué te preocupas? Tenemos una casa de lujo. El cuartel general dice que ésta es la prioridad número uno; tendremos todo lo que querramos".

Dejamos de hablar cuando una mesera sonriente se acercó a limpiar la mesa. Sonia pidió un vodka y aunque era el sexto que se tomaba, no se le notaban los efectos del alcohol. Hacía varias semanas que yo no dormía bien; un trago me pondría en estado de coma, así que pedí una soda. Rourke y María se alistaron para marcharse.

"Son los detalles los que me preocupan", dije, "los pequeños detalles importantes, como la droga; tiene que ser la mejor, la más pura que se pueda conseguir".

"Tranquilízate, eso ya se está haciendo", dijo Rourke.

"Y todos nosotros aquí, sentados en este lugar".

"¿A qué te refieres?"

"Es una ciudad pequeña. La próxima semana podremos estar haciendo un trato con gente que puede estar ahora en este mismo lugar, y podría acordarse de habernos visto juntos... y tú tienes aspecto de policía de tránsito".

Rourke echó un vistazo alrededor. "Tienes razón. ¿Por qué Sonia y tú no se quedan un rato por aquí y gastan algo de dinero?. Lydia llegará mañana".

"¿Lydia sigue en esto?"

"Sí".

"¿Después de lo que pasó en Miami?"

"Evidentemente, el cuartel general lo quiere así". Rourke se puso incómodo y miró su reloj, Miami y Lydia eran temas que no le gustaba mencionar. Cuando Sonia y María se levantaron para ir al baño, me dijo, "¿Por qué crees que no hemos oído nada de la gente de Mejía?"

Nuestro teléfono había recibido llamadas de varios traficantes, incluyendo a Ana Tamayo, pero ni una sola llamada de la gente de Mejía.

"Estoy seguro de que sabe todo lo que hicimos desde que llegamos a Miami", dije mirando alrededor del salón. El lugar se estaba llenando y me preocupaba que demasiada gente nos viera con Rourke.

"Y entonces; ¿por qué no llama?"

"Ponte en su lugar. Sonia desaparece de Bolivia y según todos saben no tiene un centavo, ¿cierto?"

"Sí", dijo Rourke.

"Sonia ha estado vendiendo droga por todo el mundo sin haber estado involucrada sentimentalmente con hombres, ¿cierto?"

Rourke enarcó una ceja.

"Supuestamente", añadí.

"Supuestamente", repitió Rourke.

"Y ella es parte del grupo que se apoderó de Bolivia; un grupo que podría estar relacionado con la Agencia (CIA)". Hice una pausa y miré a Rourke para ver su reacción.

La Operación Huno y los Atalá representaban muchas interrogantes temibles, entre ellas sus conexiones con la CIA. Sonia y Pachi habían tenido demasiado poder en Bolivia para que la Agencia no se hubiera interesado en ellos. Cuando los argentinos arrestaron a su tío Hugo, me sorprendió la orden de los "ternos" de abrir mis archivos a la CIA. Y ahora, con la Operación Huno dirigida a la misma gente, la presencia de la CIA era ominosa. Su apoyo a nazis y narcotraficantes era algo que no querían que se hiciese público. Entre nuestros objetivos tenía que haber gente que podía revelar estas conexiones. Por esta razón, pensé, debería controlar la dirección de la Operación Huno. Tenía que haber gente de la CIA entre la DEA, y algunos se mantendrían muy cerca de este operativo.

Rourke ignoró el comentario.

Así que continué hablando: "Ella desaparece del planeta por un par de meses y de repente aparece en Miami, con un tipo nuevo como socio. Entonces, gracias a los inspectores, desaparece repentinamente de nuevo, sólo para aparecer después en Tucson. Mejía tendría que estar loco para morder en semejante sefuelo. Este tipo no es ningún cretino. Ahora mismo debe estar sentado, esperando a ver si esto es cierto antes de hacer su movida".

Rourke miró en silencio a la gente que bailaba. Me pregunté si el comentario que hice sobre la CIA le había molestado. La orquesta comenzó

a tocar una salsa, varias parejas se dirigieron a la pista de baile, y Sonia y María regresaron.

"No sé qué piensan hacer ustedes", dijo María, "pero yo estoy cansada y quiero llamar a mi esposo antes de que se haga tarde".

"Si, yo también necesito dormir un poco", dijo Rourke. "Ustedes dos quedéense un rato; pero no hasta muy tarde".

Después de que Rourke y María se marcharon, llamé a la mesera y pedí dos tragos. Cuando los trajo, le di un billete de \$20 y le dije que se quedara con el cambio. Fue la primera de varios mozos y meseras de Tucson que nunca se olvidarían de nuestras caras.

Sonia y yo estábamos sentados en silencio, escuchando la música. El lugar estaba ahora casi lleno. Di un vistazo al salón. Me repugnó la idea de que el gobierno pagara a gente armada para que me siguiera.

"Bueno, ¿quieres bailar o no?" Sonia estaba de pie, esperando. La llevé a la pista de baile y pensé, cabrones ustedes hagan su trabajo, yo estoy haciendo el mío.

Sonia y yo comenzamos a movernos al ritmo de la salsa, y en un instante me perdí en la música. De rato en rato miraba a Sonia. Sus labios sonreían; su mirada se deslizaba por el salón, sin perderse nada. Tenía todo controlado.

Bailamos unas dos horas más. Se me había pasado el efecto tranquilizante de la música. Finalmente, se prendieron las luces y la orquesta se retiró. Las meseras apuradas arreglaban cuentas y Sonia y yo quedamos solos un momento en la pista de baile.

Fue entonces que los vi.

Dos hombres de terno y pelo corto, nos miraban desde la barra. Era tan obvio. Los cabrones ni siquiera trataban de confundirse entre la gente. Cuando nos dirigimos a nuestra mesa, vi que uno de ellos pagaba la cuenta, mientras el otro nos miraba.

"¿Pasa algo malo, Miguel?"

"No, ¿por qué?"

"Te ves extraño".

Pensé que ella tenía que haberlos visto también. ¿Por qué no me decía nada?

"Es tarde", le dije, eran las 2:00 a.m. en el horario de Tucson, en tanto que eran las 4:00 a.m. para nuestros cuerpos.

"No estoy cansada", dijo Sonia. "Pensé que teníamos que hacernos famosos en Tucson. Podríamos ir a algún otro lado a bailar".

Miré hacia la barra; los dos hombres se habían ido. Seguramente no estaban lejos. ¡Bien! Estos cabrones tendrían que trabajar duro esta noche.

"Bueno, si hay algún lugar abierto, vamos".

"¡Maravilloso!" dijo Sonia y tomó su cartera.

Dejé un billete de \$50 sobre la mesa, era el tipo de propina que haría que la gente nos reconociera y nos trate como a la realeza (o narcotraficantes) dondequiera que fuésemos e impresionaría a los traficantes cuando fuesen invitados nuestros.

Un portero chicano nos indicó cómo llegar a un club nocturno. Hablaba con el acento cantado de los mejicanos. Nos miró de arriba abajo y sonrió. "La gente que va allí es de mala calaña".

"¡Magnífico!" dije y le di \$10. "Es lo que estamos buscando".

"¿De dónde son?"

"Yo soy argentino y ella es boliviana".

Nos sonrió con complicidad. Sonia rió y partimos por la calle principal de Tucson que se veía desierta y oscura. Tal vez nuestros seguidores pensaron que nos íbamos a dormir y se fueron a casa.

En la primera intersección, el sonido de un motor me llamó la atención. El auto estaba estacionado en la oscuridad a unos veinte metros a mano derecha. Sólo pude adivinar dos sombras oscuras en el asiento delantero. Sonia hizo como si no hubiera visto nada y yo hice lo mismo.

La descripción del portero no era muy correcta, "de mala calaña" era poco decir, era un antro. Al fondo de un largo y cavernoso salón, seis músicos vestidos de vaqueros tocaban música tejano-mejicana, mientras una multitud de mejicanos en ropa de trabajo bailaban con mujeres vestidas con trajes de lentejuelas. La mezcla de olor a cerveza fermentada, perfume barato, sudor y orina me hizo abrir los ojos.

"Me gusta este lugar", dijo Sonia, sonriendo y tomándome el brazo.

"Necesito un trago", dije.

Un tipo gigantesco con ojos asesinos nos bloqueó el paso. "¿Quieren algo?"

"Sólo vinimos a bailar y a tomar un trago", le dije, pasándole un billete de \$20.

La cara de funeral se iluminó con una sonrisa. "*¿De dónde son ustedes?*"

"*Somos de Miami*".

Nos hizo una seña para que lo siguiéramos. Su cuerpo empujaba a todo el que no se movía a tiempo; nos llevó a una de las mesas en medio del salón. Llamó a una mesera, quien nos hizo un espacio entre el montón de botellas de cerveza, jarras y vasos. La gente cercana nos miraba con curiosidad hostil. El vestido de seda de Sonia y mi bebida al estilo Miami Vice, mostraban a gritos que éramos turistas gringos.

Cuando se marchaba nuestro anfitrión, le pregunté "¿Alguna vez vienen aquí gringos de terno?" Me miró curiosamente.

"Los gringos no vienen aquí. ¿Por qué preguntas?"

"Cuando veo gringos de ternos me pongo nervioso" le dije y le pasé otros \$20. Otra sonrisa, una mirada de complicidad y se marchó a través de la multitud, que se dividió ante él como el Mar Rojo ante Moisés.

Sonia se puso de pie llevándome hacia la pista de baile. Era como una lata de sardinas. La banda tocaba una canción sobre un hombre que quería encontrar una mujer que fuese tan fiel como su perro. Sonia se puso a bailar inmediatamente, sin importarle los empujones.

Traté de bailar. De pronto una mujer de vestido rojo me golpeó con el hombro en las costillas y caí de cabeza sobre una mesa, volteando botellas y vasos. Nadie se dio cuenta, ni siquiera Sonia, quien seguía bailando.

Volví a la pista, con la manga empapada en cerveza, tratando de encontrar un espacio dónde bailar. La del vestido rojo apareció de nuevo sacudiéndome, pero me las arreglé para no caer otra vez.

Trataba de bailar cuando la del vestido rojo me golpeó por otro lado. Siguiendo el ritmo apunté hacia ella y le di un empujón con todo el peso de mi cuerpo. Una fila de gente cayó como fichas de dominó. Alguien lanzó una palabrota, pero la mayoría se rió. La del vestido rojo ni me miró. Esta pista de baile podía haber sido un excelente lugar de entrenamiento para la liga de fútbol americano.

Sonia riendo, me dijo "¿Qué gente más divertida, no?"

"¡Maravillosa!" le contesté, con todo el entusiasmo que pude. Sonia siguió bailando y yo vigilando a la del vestido rojo. Entonces vi que nuestro gigantesco anfitrión bloqueaba la entrada a dos gringos de terno.

Eran los tipos del hotel Marriot.

No era coincidencia, tenían que estar siguiéndome. Salí de la pista de baile, con la intención de ponerles mi placa y mi arma en la cara y obligarlos a que se identificaran. Pero me contuve, si mostraba mi placa, todo el mundo sabría que era agente. Habían por lo menos 200 personas. Destruiría nuestra cobertura.

De repente me di cuenta de todo, querían que arruinara el caso. Volví a la pista de baile y miré cómo el portero hacía su trabajo. Sonia, que seguía bailando, no se había dado cuenta de nada.

El portero discutía acaloradamente con los dos gringos. Empujó a uno de ellos. Pude ver cómo el tipo se ponía rojo de furia.

A los policías y agentes no les gusta ser maltratados en público. Pensé que los tipos sacarían sus placas y sus armas, llevándose al portero a algún lugar donde le desharían la cabeza a golpes. Pero me equivocaba, se dieron la vuelta y se marcharon humildemente.

El portero se dió la vuelta, buscándome en la penumbra. Le hice señas, indicándole que estaba en deuda con él; el servicio valía por lo menos \$ 50. Se los di al salir y quedamos como amigos de por vida.

Al poco rato, estaba de vuelta en mi habitación examinando mis costillas amoratadas y mi codo hinchado. Este trabajo de agente secreto era endemoniadamente peligroso.

En la mañana, Rourke me llamó. "Me estoy llevando el auto. Tengo que ir a la oficina de Tucson. Turghid quiere que revisemos un par de cosas".

"¿Cuánto vas a tardar?" pregunté, sintiendo su incomodidad. El hecho de que no me había pedido que vaya con él se interponía entre nosotros.

"Yo, ah, no estoy muy seguro... tal vez unas dos horas".

"¿Y qué de Sonia y María?" le dije, sintiendo paranoia pero incapaz de decirle algo.

Seguramente Turghid le pidió a Rourke que no me llevara. Normalmente, el agente del caso debiera estar presente en cualquier discusión relacionada con el operativo. Nunca me habían presentado a Turghid, así que supuse que cualquier animosidad que éste sintiera en contra mía era el resultado de la investigación de los inspectores.

"Ah, Sonia va a hacer llamadas tratando de atraer a Benítez".

"Entonces me tomaré un par de horas libres e iré a un gimnasio".

"Buena idea".

Veinte minutos después me encontraba en la puerta del hotel esperando un taxi. Algo dentro de mí me urgía a escapar. Pero ¿escapar a dónde? Encontré un gimnasio y me inscribí, pensé que un poco de ejercicio me ayudaría a mejorar el estado de ánimo.

El gimnasio estaba repleto de gente joven. Todas las máquinas estaban ocupadas. Decidí empezar con unos abdominales y unas flexiones así que busqué un espacio libre en el suelo. El único espacio disponible estaba cerca de tres viejos con traje de gimnasia que estaban parados, hablando.

Comencé mis ejercicios y los viejos me hicieron un poco de espacio a sus pies. Quise decirles algo, pero pensé que sería una estupidez armar un lío por un pedazo de piso. Traté de seguir el ritmo de la música; pero era imposible oírla con la charla de los viejos.

"¿Y cómo sabes que murió montado"

"¿Cómo lo sé? Porque Kranz, que vive en el departamento del lado, se lo oyó decir al tipo de la ambulancia".

"No te creo".

"¿Por qué no?"

"A ese tipo se le ponía erecto sólo cuando veía su libreta de banco. ¿Crees que le iba a pagar a una prostituta?"

"Tal vez le dió un ataque cuando le tuvo que pagar y vió ¿cuánto era el dinero?"

"Entonces no murió montado".

No pude continuar. Me senté muerto de risa y los tres viejos me miraron.

"Viste, ya molestamos a este señor", dijo uno de ellos.

"No, no", dije poniéndome de pie. "Está bien, no se preocupen".

"¿Eres de Nueva York?" me preguntó uno de ellos.

"Sí", le contesté, y al poco rato hablábamos sobre el Bronx donde dos de ellos habían vivido por varios años. Eran judíos. Se llamaban Sam y Morris. Me hablaron de su pasado. Era como si hablara con alguien de mi familia.

"¿Eres Italiano?"

"No. Mi apellido es Levine".

"¿Levine? Repitieron al unísono. "¿Eres judío?"

"¿Han escuchado de algún Levine que no lo fuese?" les dije.

Me sentí aliviado. Podía hablar con gente extraña y decirles mi verdadero nombre.

Un par de horas más tarde, después de una buena sesión de gimnasia, regresaba al hotel en taxi, preguntándome si no había sido una estupidez decirle mi verdadero nombre a tres extraños. Podría encontrarme en un restaurante con la mesa llena de narcotraficantes invitados. De repente, "Hey, Levine, no te hemos visto en el gimnasio últimamente".

Me encontraba bajo mucha tensión y estaba perdiendo la cautela. Tenía que ser más cuidadoso o arruinaría el caso, mi carrera y hasta podría perder la vida.

## XV

# LA TRAMPA

### 1

La mañana del viernes, me encontré con Rourke, María y Sonia en el estacionamiento del hotel. Eran las 9:30 y el sol brillaba enceguecedor. Nos dirigiámos a la oficina de la DEA donde tendríamos una reunión con toda la gente que participaría en el operativo. Rourke había estado todo el día anterior en la oficina y no dijo palabra al respecto.

En camino a la oficina, mantuve la vista en el espejo del auto mirando si alguien nos seguía. De pronto Sonia me tocó el hombro.

"*Pregúntale, Miguel*", dijo.

"Pregúntale ¿qué?"

"¿Sobre lo que hice ayer", dijo orgullosamente.

"Traduce", me ordenó Rourke, quien se veía incómodo en su terno azul.

"¿Qué fue lo que hizo ayer?"

"Es increíble", me respondió, mirándola por el espejo retrovisor.

"Bueno, ¿qué fue lo que hizo?"

"Consiguió una pista sobre Benítez".

"¡Estás bromeando! ¿Tan rápido? ¿Cómo?"

"Llamó a uno de sus antiguos clientes en Colombia, le dijo que estaba otra vez en el negocio. Preguntó por Benítez, quien también fue su cliente. Y se enteró de que Benítez está siendo protegido por un militar colombiano, un coronel y está oculto en algún lugar remoto".

Sonia me volvió a tocar el hombro. "¿Te está diciendo?"

"Sí", le dije sin darle la vuelta. "¿Te parece cierto?" le pregunté a Rourke.

"Bueno, en el cuartel general están contentos. Piensan que la información es correcta. Ahora es sólo cosa de encontrarlo".

"Ju see", me dijo Sonia en Inglés, orgullosa.

"Sí", le dije, "*Hiciste muy bien*".

Llegamos a la oficina de la DEA, cerca del aeropuerto de Tucson, a eso de las 10:00 a.m. El único rasgo que distinguía al edificio era la bandera de los Estados Unidos izada en un mástil. Rourke se estacionó en medio de varios autos que se veían maltratados y sucios. Era el rasgo típico de los estacionamientos de las oficinas de la DEA; automóviles maltratados, cubiertos de barro y polvo que habían sido usados en misiones recientes. Entramos en silencio al edificio.

"Los están esperando", dijo la recepcionista, haciéndonos pasar por un pasillo estrecho. Rourke iba adelante. Al pasar por una oficina, reconocí a un agente con el que había trabajado hacía tiempo; al verme volcó la mirada rápidamente.

Al final del pasillo, entramos a un recinto grande donde cerca de 20 hombres y dos o tres mujeres esperaban sentados. La mayoría llevaba armas en la cadera o en cartucheras bajo el brazo y esposas colgadas del cinturón. Cuando entramos, la conversación cesó.

Un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto, fornido, de cara roja, vestido de jeans, botas de vaquero y guayabera salió de una oficina contigua para recibirnos. Era Tyler "Buck" Turghid.

"He oído mucho de ti", dijo, mirándome fríamente.

"Espero que algo bueno", le dije.

Turghid ignoró el comentario. Dijo algo rápido a Sonia en un español tejanero inteligible. Sonia le sonrió cortésmente y asintió. Cuando Turghid se dio la vuelta, ella me miró interrogante y encogió los hombros.

"¿Por qué no entran a mi oficina? y allí les explicaré cómo funcionará la trampa". En la oficina de Turghid reinaba un orden absoluto, todo estaba en su lugar. En la pared habían fotos del Administrador de la DEA Mullen, el Procurador General Edwin Meese y el sonriente presidente Reagan.

Turghid se reclinó en su asiento y puso un pie sobre el escritorio, mostrando orgulloso sus elegantes botas de vaquero. Tomé asiento cerca de la pared, a la derecha del escritorio. Sonia se sentó a mi lado con cara

estoica. María se sentó al otro lado de la habitación y Rourke se mantuvo de pie.

"Cierra la puerta", dijo Turghid.

Cuando Rourke se disponía a hacerlo, entraron dos hombres y cerraron la puerta. Los dos eran jóvenes, de estatura mediana y de compleción ligera. Ambos estaban vestidos con poleras verdes idénticas, pantalones de algodón y mocasines cafés. Su apariencia física era tan distinta como lo es el día de la noche. Uno era blanco, con pelo crespo, castaño claro; el otro era de tez oscura, con pelo negro, lacio.

"Este es el agente especial Oliver South (nombre ficticio)", dijo Turghid. "Lo he designado agente a cargo del caso para este operativo. Y ése es el sargento Rudy Herrera (nombre ficticio), él es oficial supervisor de la oficina del sheriff". Ambos asintieron. South me miraba con tanto nerviosismo que me causó curiosidad.

"El cuartel general quiere que este caso sea de absoluta prioridad", dijo Turghid mirándome directamente, "y es así cómo será. Verán que no dirijo las cosas al estilo de la gente de la oficina de Nueva York". Turghid hablaba monótonamente con acento de vaquero. "Los técnicos están instalando el equipo de video y grabación en la casa. Probablemente podrán trasladarse allí en unos días. El avión llegará el lunes. Hemos alquilado dos automóviles Lincoln. Para el lunes estarán equipados con sistemas de grabación".

Mientras Turghid hablaba lo estudié atentamente. Sabía que era ex agente de aduana y que había trabajado en la frontera con México antes de la formación de la DEA. Tenía aspecto de jugador profesional de poker, su piel tenía las arrugas profundas de quien ha trabajado muchos años al aire libre y sus ojos cambiaban de expresión constantemente.

"Tengo gente a cargo de los trámites", decía Turghid, "para conseguir 50 kilos de la mejor cocaína de la DEA. Pondremos la droga en el avión y ustedes pueden traer a los traficantes para que la vean, la prueben o lo que sea. Pueden disponer de todo el personal que quieran para cubrirlos, o para que trabajen directamente con ustedes, o lo que sea".

La secretaria de Turghid interrumpió la reunión para avisarle que lo necesitaban en otra sección de la oficina. El instante en que salió, South se me acercó. Con la mirada en la puerta y hablando bajo, dijo "Van a necesitar chóferes y guardaespaldas; Rudy y yo queremos trabajar juntos".

No me gustó lo que dijo. Yo tenía el mismo grado que Turghid y había sido supervisor de grupo. Lo que menos necesita un supervisor son agentes que traten de dar órdenes y quieran hacer las cosas a su modo.

"¿Hablan español?" pregunté.

"Yo sí", dijo Rudy.

Miré al dúo. Mi primera reacción fue estar de acuerdo, lo que menos necesitaba era tener discrepancias con el agente del caso. Pero había algo

que me molestaba en South, aparte del hecho de que trataba de pasar por sobre la autoridad de su supervisor. Me miraba con miedo.

Cuando estuve en la Fuerza Aérea trabajé dos años con perros guardianes. La experiencia me enseñó mucho sobre los perros y la gente. En ambos casos, aquellos que me temían eran los más peligrosos e impredecibles. En mis años de trabajo como agente había evitado a la gente que tenía esa mirada. Pero no había forma de evitar el problema con South.

"No sé si tengo suficiente autoridad para hacer algo al respecto", dije.

"Buck lo dejará a su criterio", presionó South, hablando rápido y mirando la puerta. Sonia nos miraba fijamente.

Era una situación difícil. Como agente del caso, South estaría encargado de hacer que el operativo se llevara a cabo sin problemas, se siguieran los procedimientos legales, se presentaran los informes puntualmente, se tradujeran del español al inglés las conversaciones grabadas, y todos recibieramos lo que necesitáramos, desde dinero hasta munición. Todas estas responsabilidades mantendrían a South ocupado entre 18 a 20 horas diarias. ¿Por qué quería también trabajar directamente con nosotros?

Por otra parte, me encontraba bajo investigación. Por la forma en que me habían mirado los otros agentes, tal vez no sería mala idea hacerle un favor al agente del caso y así ganármelo.

"Bueno", dije. "Si Buck está de acuerdo, lo acepto".

"Si le digo que salió de usted, estará de acuerdo", replicó South. Su sonrisa rastrera me molestaba. Se dió la vuelta y habló con Rudy. Sonia se me acercó y preguntó, "¿Qué es lo que quería?".

En ese momento, Turghid retornó a la oficina, con la cara encarnada. Alguien lo había enfurecido. "Disculpen", dijo volviendo a su asiento. "Hay cada imbécil". Dijo la última palabra venenosamente. "¿En qué estábamos? Ah sí". Me miró nuevamente. "Quiero saber lo que piensa Levine".

"¿Lo que pienso?" Miré a Turghid y luego a Rourke. Rourke me miró con la mirada impasible.

"Bueno, Sonia es la mayor informadora con la que hemos trabajado hasta ahora. Es el tipo de señuelo que atraerá a una multitud de narcotraficantes de primera. Fingiremos que somos narcos hasta atraer a esa multitud, y después los encerraremos".

La expresión de Turghid no era muy placentera.

"¿Y Mejía?"

"Apenas sepa que estamos negociando en serio, que tenemos cocaína y queremos pagarle la deuda, y decida que no sería mala idea dejarnos vivos, negociaremos la deuda, haremos que lo admita frente a las cámaras. Lo haremos esperar hasta que la Operación Huno avance lo más posible, le entregaremos la cocaína y lo encarcelaremos".

La cara de Turghid no mostró reacción alguna. "¿Y qué pasa con el objetivo de todo este operativo: Arce Gómez?"

"Una vez que corroboremos las declaraciones de Sonia tendremos suficiente evidencia como para acusar a todo el gobierno boliviano por conspiración. No veo otra forma".

"¿Pero quién sabe? Una vez que esto marche y la gente piense que somos narcotraficantes, no sabemos lo que puede pasar después. Podríamos acabar en Sudamérica haciendo un trato directo con él".

"¿A quién debemos invitar primero?" preguntó Turghid.

"Bueno..", dije, mirando a Rourke para que me ayudara. Miró a otro lado. Habíamos hablado de esto varias veces, ¿por qué callaba ahora? "Rourke y yo pensamos que debería ser un *comisionista*. Harán correr la voz rápidamente. Pensamos en una colombiana llamada Ana Tamayo o en una argentina llamada Mónica García (nombre ficticio)".

Turghid quedó en silencio, sus ojos aún fijos en mí. Finalmente, asintió y dijo, "Bueno que sea así". Se puso de pie y se dirigió a la puerta, "Vengan, les presentaré al resto de la gente".

Me puse de pie. No tenía idea de lo que pensaba. No había dicho si le gustaba o no el plan.

Sonia me tocó el brazo. "*Pobrecito, Miguel*", susurró. "No le caes muy bien, ¿no?". Sonreía traviesamente.

"Nos llevamos muy bien".

Aún sonriendo, me dijo, "Creo que él no lo sabe".

## 2

Turghid nos presentó a Sonia y a mí al resto del equipo. Algunos de ellos trabajarían como nuestros "empleados" cuando fuera necesario y el resto sería utilizado para vigilancia, protección y cualquier trabajo inmediato de investigación que se presente. En apariencia era una transposición de la gente de Tucson, motociclistas, pandilleros, vaqueros, vendedores de pólizas de seguros, estudiantes, universitarios y gangsters; casi la tercera parte eran chicanos de habla hispana.

Esa tarde ensayamos nuestros roles. Oliver y Rudy, con gafas oscuras idénticas, nos llevaron a almorzar al restaurante El Torito. Pasaban muy bien por chóferes guardaespaldas. Rudy llevó el enorme Lincoln hasta la puerta y frenó con un buen chirrido de llantas, llamando la atención; South nos abrió las puertas. Los dos entraron primero al restaurante y consiguieron una mesa privada para nosotros y una mesa separada para ellos, ubicada frente a la nuestra. Sonia se veía acostumbrada a todo esto, había sido su modo de vida por muchos años.

A juzgar por las miradas de reojo y los susurros de la gente y el excelente servicio del personal, supuse que actuábamos bien. Después del almuerzo, dejé una propina inolvidable e hice una señal; Rudy salió en busca del auto mientras South pidió la cuenta. En unos segundos la cuenta estaba pagada y el automóvil esperaba en la puerta. Reinó el silencio; al salir todo el mundo se dió la vuelta a mirar. Nadie en el restaurante se olvidaría de nosotros y ésa era exactamente mi intención.

Después de almorzar fuimos a ver la casa. Rudy nos explicó que habían conseguido una de las casas que quedaba a mayor altura en las colinas de Tucson, era "una belleza" según él.

Rudy era entusiasta, con una sonrisa que le serviría para tratar con tipos malos. South era el reverso de la moneda, estaba sentado al lado del chófer, tenso e incómodo, y no decía nada a no ser para responder a alguna pregunta. Emanaba una tensión que era contagiosa.

En camino hacia las montañas, me di cuenta de que un auto con dos hombres comenzó a seguirnos por la carretera. No pude identificarlo, pues el intenso calor lo hacía ver borroso y no se aproximaba lo suficiente para verlo bien.

"Oye, Rudy", dije, "hay un tipo detrás nuestro. ¿Es de los nuestros?"

"No", dijo Rudy, "lo he estado vigilando".

Seguimos nuestro camino en silencio.

De pronto, Rudy dió un giro brusco a la izquierda entrando a un camino llamado Skyline Drive. Me di la vuelta y miré hacia la intersección de caminos. El otro auto no volvió a aparecer.

Después de 10 minutos, Rudy dió otro brusco giro a la derecha y entramos a un camino polvoriento que no parecía estar pavimentado.

"Llegamos", dijo Rudy.

La casa, era un amplio rancho y estaba ubicada a unos 100 metros de donde el camino terminaba abruptamente. Más arriba y detrás nuestro sólo había desierto y a nuestros pies se esparcía Tucson.

Sonia y yo nos bajamos al calor de horno y al silencio absoluto del desierto. Miré hacia la lejanía y sentí una tranquilidad que creí nunca más sentiría.

Habían dos automóviles estacionados en el camino de entrada y una camioneta frente al garaje. "Los técnicos están trabajando en la casa todavía", dijo South conduciéndonos hacia la puerta principal. Fue lo primero que dijo desde que salimos del restaurante.

"Bueno, estamos en casa", dije. "¿Crees que funcionará?"

Sonia encogió los hombros. "Está bien".

Rourke y María ya estaban allí mirando cómo los técnicos de la DEA instalaban una cámara oculta de video dentro de un televisor de pantalla grande que estaba en una esquina del living. Vi a un tipo de espaldas.

"Instalamos micrófonos en toda la habitación. Pero si quieren buen sonido, mantengan el volumen bajo".

"Algo más", dijo su compañero, un tipo macizo que cargaba un montón de herramientas en el cinturón. "La imagen será transmitida a una grabadora de video en frecuencia UHF. Así que si miran televisión con los "narcos", asegúrense de no poner el último canal UHF".

"¿Qué pasaría?" le pregunté.

"Párese frente al televisor", me dijo el tipo. Apretó un botón y se prendió la pantalla. Al instante vi mi imagen en la pantalla. "Eso es lo que pasaría".

"Sería un poco embarazoso", dije.

"Sí", dijo el técnico. "Pero no tienen de qué preocuparse; es el último canal de UHF. ¿Además, a quién se le ocurriría mirar los canales en UHF?".

Paseamos por el resto de la casa. El dormitorio principal, que también sería equipado con micrófonos, tenía una ventana enorme con vista al desierto. Sería el cuarto de Sonia. Una puerta corrediza de vidrio llevaba a un patio trasero donde había una piscina. Al lado del dormitorio había un baño con Jacuzzi, con vista a la ciudad. La parte trasera de la casa estaba separada del desierto por un muro de adobe.

Mi cuarto era amplio, con una cama cómoda y un lindo escritorio. El cuarto de Lydia estaba al otro lado del pasillo; el de Sonia estaba al otro lado de la casa. Cerré la puerta para estar solo. La puerta no tenía cerrojo, lo cual no me gustó. Tendría que comprar un cerrojo de cadena e instalarlo yo mismo.

Otra cosa que no me gustó del cuarto es que estaba atestado de cosas: cuadros, fotos, adornos y otros lugares donde esconder micrófonos y cámaras. No es que se necesitaran muchos muebles para esconder aparatos de espionaje. Las últimas cámaras tenían lentes del tamaño de la cabeza de un alfiler y podían esconderse en cualquier parte. No había lugar en la casa que estuviera libre de observación.

Fuera de eso, el lugar era fantástico. La casa daba la impresión de lujo discreto. Las paredes estaban cubiertas con obras de arte y la colección de discos tenía todo, desde Tito Puente hasta Beethoven. Los refrigeradores, el bar y la despensa estaban bien aprovisionados y parecía que la casa nunca hubiera estado vacía.

Más tarde, South nos llevó a Rourke y a mi a un depósito ubicado al lado de la piscina cuya puerta estaba cerrada con un enorme candado. "Soy el único que tiene la llave de esto", nos dijo.

El depósito estaba lleno de equipo de grabación de audio y video. South apretó un interruptor y dos monitores de video se prendieron, mostrando a María, Rudy y Sonia en el living. Sonia se veía incómoda y con la mirada ausente. Me pregunté en qué estaría pensando.

"Puedo manejar todo el equipo desde aquí", dijo South. "Cuando estén en la casa con los tipos malos, me escurriré por aquí fingiendo trabajar en la piscina y lo prenderé. Puedo cerrar la puerta por dentro".

"Se ve bien", dije preguntándome a dónde más serían transmitidas las imágenes y por qué South nunca me miraba directo a los ojos.

"¿Cuándo estará lista para que nos traslademos?"

"El lunes... o el martes a más tardar".

"Lo único que puedo decir es que en los años que he trabajado en esto, nunca he visto una trampa tan buena".

"Si, bueno, Buck quiere que todo salga bien", dijo South, moviendo unos diales y con aspecto de sentirse incómodo.

"¿Linda, no?" le dije a Rourke, quien no había dicho palabra.

"Si, es una belleza", dijo sin mayor entusiasmo.

Algo le molestaba. En Washington había estado entusiasmado con todo el operativo. Ahora, aunque parecía que conseguiríamos lo que quisiésemos, se lo veía desinflado. Algo había ocurrido. Lo acorralé en la cocina antes de volver al hotel. "¿Pasa algo malo?", le pregunté, "¿algo que debería saber?"

Rourke se veía indeciso. Me dijo, "Sólo haz tu trabajo socio y no pasará nada malo".

Eso no era suficiente. "No me lo estás diciendo todo, ¿no?"

Movió la cabeza impacientemente. "¿Qué quieres que te diga? Sabes exactamente lo que necesitas saber, Mike". Se dirigió hacia la puerta.

### 3

El sábado en la noche las cosas estuvieron a punto de reventar. Cruzaba el lobby del hotel cuando vi a un hombre mirándome sobre el periódico que leía. Lo había visto hacía unas horas en el restaurante "El Parador" donde Sonia y yo cenamos.

Levanté una guía turística, la abrí y me quedé mirándolo. Después de un rato bajó el periódico para mirarme de nuevo. Sonreí y le guiñé un ojo; el tipo escondió la cara detrás del periódico. Sentí el súbito impulso de patearle el periódico, escupirle en la cara y gritarle. Si era inspector o de la CIA, ¿qué haría? ¿identificarse, arrestarme? O tal vez debería patear al cabrón, esposarlo al mostrador de la recepción y buscar a Rourke y Turghid y decirles que el tipo me estaba siguiendo.

Comencé a cruzar el lobby y pensé. ¿Qué pasaría si el tipo fuera vendedor de seguros y no me había visto en su vida? Cambié de curso y pasé al lado del tipo, haciendo caer su periódico con el hombro.

"¡Que demonios!" reaccionó, agachándose a levantar el periódico.

"¿Me habló a mí?" dije, mirándolo de arriba.

El tipo miró hacia arriba con el rostro en llamas. Estaba listo para patearle la cara al menor gesto sospechoso. Me sentía mareado, a un pelo de perder el control.

Una leve sonrisa apareció en su rostro. "No, se debe haber equivocado", dijo él, levantando calmadamente su periódico. Se incorporó lentamente, con la mirada sobre mí, sonriendo mientras lo hacía y cruzó el lobby saliendo por la puerta principal. Si lo que intentaba era llevarme al límite, lo habían logrado.

Durante el fin de semana recibimos una avalancha de llamadas telefónicas de posibles clientes; pero ni una palabra de la gente de Mejía. Ana Tamayo y Mónica García habían llamado como seis veces. Sonia las llamó para decirles que nuestra casa estaría lista esta semana. Preferiríamos a Tamayo como primera invitada; era amiga de Sonia y la menos apta para sospechar algo de nuestra trampa o traicionarnos y la que haría correr la voz sobre nosotros.

Pero Ana estaba ocupada. Estaba buscando compradores para 150 kilos de cocaína, que un traficante colombiano llamado Pacho Cuervas (nombre ficticio) acababa de meter a Miami. Parecía que Mónica García, una argentina que era comisionista en Nueva York y Miami, sería nuestra primera invitada. Llegaría el martes en la tarde y el avión llevando nuestros 50 kilos de cocaína llegaría el martes en la mañana. Trabajábamos contra el tiempo.

El lunes en la tarde Sonia y yo nos trasladamos a la casa. Lydia, que debería haber llegado el mismo día que nosotros, había demorado su llegada hasta el último momento y llegaría esa noche. Oficialmente, la DEA nunca forzaba a nadie a aceptar una misión secreta; sin embargo, sé de más de un agente que fue presionado a aceptar una misión y lo pagó con su vida. Recordando lo nerviosa y asustada que estuvo Lydia después de la llamada del inspector en Miami, sólo podía imaginar que la estaban forzando a que trabajara conmigo.

El lunes por la noche Rudy y South, vestidos con camisas, pantalones y zapatos idénticos, nos llevaron a cenar a uno de los mejores restaurantes de Tucson. Habíamos perfeccionado nuestro acto de entrada y salida durante todo el fin de semana en los mejores restaurantes y clubes nocturnos de Tucson, de modo que cuando retornásemos con narcotraficantes invitados, los mozos pelearían por encenderles los cigarrillos o apartarles la silla. No hay cosa más falsa que un supuesto narcotraficante haciendo cola para conseguir una mesa en un restaurante. Sonia era tratada como reina en Sudamérica y sus clientes esperarían el mismo trato aquí.

Una vez que estuvimos sentados en el restaurante, despaché a nuestros guardaespaldas con instrucciones de recogernos en una hora. Quería

repasar algunos detalles con Sonia: todo lo que ella y Mónica sabían la una de la otra; lo que le gustaba y no le gustaba a Mónica, y cualquier debilidad que pudiésemos aprovechar; que debíamos decir y no decir sobre nosotros frente a ella. Esta era la última oportunidad de corregir cualquier error.

"Mónica es muy coqueta", dijo Sonia, poniendo un cigarrillo entre sus labios. Un mozo le dió fuego al instante. Sonia sonrió maliciosamente. "Creo que va a hacer todo por agarrarte".

"¿Quieres decir que voy a estar en peligro?" pregunté bromeando.

"Sólo si lo deseas", dijo ella.

"¿Qué crees que pensará acerca de tí y de mí?"

Sonia se molestó. "Ya le dije que eres mi socio".

Ya lo habíamos dicho antes, pero quería asegurarme. No quería encontrarme con ninguna sorpresa cuando Mónica estuviera con nosotros. "¿Te creará?"

"No es ninguna tonta. Creará lo que quiera crear. Lo único que le importa es el dinero; ése es su único amor. Y siempre ha ganado dinero trabajando conmigo".

"¿Cómo la conociste?"

"Hace unos años fue a Bolivia, había oído decir que los precios de la cocaína eran mejores que en Colombia. Pero sin conocer a la gente indicada te podían comer vivo. A los policías de narcóticos les pareció una ternera gorda. No sabían si comérsela ellos mismos o venderla a los indios". Sonia rió recordando. "Pero no estaban seguros sobre qué conexiones tenía, mencionaba los nombres de todos los peces gordos colombianos, así que la arrestaron".

"Era la época de Navidad cuando supe de ella. Sentí lástima, así que la saqué de la cárcel". Sonia volvió a reír. "Me besó las manos. Haría cualquier cosa por mí".

*Así que tenías el poder suficiente como para sacar gente de la cárcel. ¿Cómo lo hiciste? ¿Llamaste a Arce Gómez o a la CIA?*

"Así que te tiene mucha confianza", dije. "Será fácil tratar con ella".

"¿Fácil?" "Esa no es la palabra que usaría para describir a Mónica. Es como un radar. No se pierde nada".

"¿Es así de astuta?"

Sonia rió. "Cuando Lydia y el otro, no me acuerdo su nombre, fueron conmigo a Nueva York para la entrevista con ella... ¿cómo se llama?"

"Louie Alvarez".

"Si, Alvarez. Cuando Mónica los conoció, les dió una mirada y no dijo una palabra delante de ellos".

"¿Por qué?"

"¿Por qué? No lo sé... quizás sintió que algo andaba mal". Sonia inhaló profundamente el humo de su cigarrillo y sonrió. "Tienes que admitirlo, estaba en lo correcto".

"Entonces tal vez sospeche de ti".

"No. Cuando estuvimos a solas, me contó todo lo que estaba haciendo. Eran ellos. Debe haber visto algo que le molestó. Si sospechara de mi no estaría viniendo".

"Podría ser que estuviese trabajando para otra persona", dije. "Para alguien como Papo Mejía".

Sonia me miró. Me pareció ver miedo por primera vez en sus ojos. "No creo".

"¿Conoce a Papo?"

"Claro. Todos lo conocen".

"¿Y no crees que sea posible que la esté mandando para probarnos?"

"Todo es posible. Pero no lo creo".

El mozo se acercó con el menú de postres. Pedimos café. Sonia se había retirado a su mundo. Tenía la mirada perdida en el espacio.

¿Sería éste un punto débil? Había tanto por conocer en esta mujer. Había trabajado años con informadores, los conocía como a la palma de mi mano. Después de estar casi una semana con Sonia, de lo único que estaba seguro era de que me había hecho saber sólo lo que ella quería que yo supiese. Nunca antes me había pasado esto con un informador.

Por lo poco que sabía sobre Sonia, en Bolivia había hecho tratos millonarios. Tenía por lo menos tres casas, una enorme hacienda y una plantación de algodón; era dueña de departamentos y oficinas en Brasil, y su esposo Pachi era rico antes de que ella se metiera en el negocio de la cocaína. El millón y medio que le debía a Arce Gómez era una migaja. Yo no creía que esa amenaza fuera suficiente para cambiar su posición como reina de la cocaína por la de informadora de la DEA, viviendo en una modesta casa en los suburbios de Washington D.C.

"Sonia", le pregunté "¿tu marido Pachi, conoce a Mónica?"

Sus ojos se empequeñecieron; eran los ojos de una fiera acorralada.

"Claro. Ella estuvo alojada en mi casa".

"Sí, pero, ¿sabía los negocios que tenías con ella?"

Sus ojos echaron fuego. "No sé lo que sabía, qué es lo que el sabía de sus negocios".

"¿Sabía en qué negocios estabas, no?"

Estaba comenzando a mostrar los colmillos. "Ya se lo dije a Jack y al otro. Lo que hice era asunto mío".

Puso otro cigarrillo en sus labios. El mozo apareció al instante con un encendedor. En los ojos de Sonia vi una furia que nunca antes había visto. Si seguía indagando, mi compañera de misión podría convertirse en mi enemiga. Lo que menos necesitaba era hacerme de otro enemigo.

"Sin duda alguna" dije con una gran sonrisa. "Eras la reina".

Me miró y sonrió. "Sí, lo era".



## XVI

# COCAÍNA EXTRAÑA

Cuando abrí los ojos el martes en la mañana, la habitación estaba inundada de luz. Era tarde y nadie me había despertado. La casa zumbaba con actividad.

Cuando terminé de bañarme y vestirme eran las 11:00, South y los técnicos estaban revisando el equipo de espionaje y había un par de agentes en la entrada de la casa. Rudy preparaba café en la cocina, mientras Rourke hablaba por teléfono con el cuartel general.

"¿Quiere un café, jefe?" me preguntó Rudy.

Tenía un mandil puesto y sonreía. Me caía bien. Había sido muy cauteloso al principio, seguramente oyó los rumores sobre mí. Pero se estaba relajando, mostrando su verdadera personalidad.

"Bueno", le contesté, "pero, ¿no estamos atrasados?"

"No", me dijo, sirviéndome una taza. "Mónica llamó, no puede llegar hasta mañana".

"Bien. Un día más nos será útil. ¿Qué pasa con la droga?"

"Ya está en el aeropuerto".

"*Fenómeno*", dije. Vi a Lydia y a Sonia sentadas cerca de la piscina.

Salí por la puerta corrediza de vidrio que daba al patio. El calor era aplastante.

"Buenos días, damas", dije acercándome a Lydia. Sonia murmuró algo y Lydia levantó sus gafas para mirarme.

"Ah, hola". Sentí la tensión inmediata.

"¿Qué tal el viaje?" pregunté.

"Bien". Bajó sus gafas y se reclinó.

"Supongo que tu esposo no está muy complacido con el viaje"

"Bueno, no".

Desde que Quasimoto trató de interrogar a Lydia en Miami, había estado tentado de llamarla. Pero como Tommy Dolittle me dijo que el Jefe de Inspectores había insistido en que el asunto no tenía nada que ver conmigo, era una advertencia para que no me metiera.

Supuse que si trataba de ponerme en contacto con Lydia, los inspectores lo usarían para acusarme de "interferir en una investigación" o alguna otra cosa por el estilo.

Si los inspectores tenían algo en su contra, quizás lo estaban utilizando para presionarla y lograr que Lydia me vigilara.

En la tarde, todo el equipo se reunió en un lugar aislado del aeropuerto de Tucson. Allí me encontré con dos viejos amigos: los pilotos de la DEA Dave Kunz y Dave Gorman, que habían sido pilotos para la misión Suárez en Bolivia.

Desde aquel fiasco, supe que los inspectores los habían interrogado varias veces sobre sus relaciones conmigo y que los interrogatorios habían sido duros. Después de haber sobrevivido a una misión suicida en Bolivia y ser obligados a pasar por media docena de interrogatorios, supuse que no estarían contentos de verme.

Pero cuando nuestro auto hizo alto debajo de las alas de la avioneta Beechcraft Queenaire, me alegró ver que ambos Daves me sonreían desde la puerta del avión.

"Veo que sigues con nosotros" dijo Dave ayudando a Sonia a subir los dos últimos peldaños, mirándola apreciativamente.

"Ni pienses sobre ello" dijo Rourke, quien subía detrás mío. Entré a la cabina y les dí la mano a ambos. Gorman me golpeó el brazo; Kunz me dió una palmada en la espalda. Me sentí bien.

"No pueden despedirte por pensar" dijo Gorman.

"Yo no lo aseguraría" dijo Kunz.

Presenté a los dos Daves a Sonia, diciéndole en español que era la única pareja de maricones que trabajaba para la DEA y ella se rió.

"¿Qué le dijiste, Levine?" preguntó Kunz, que siempre se jactaba de su feliz matrimonio de 14 años, en aquel entonces, con su esposa Sue.

"Que ustedes son los tipos más valientes que he conocido".

"Seguro" dijo Gorman. "Levine, tu nunca cambiarás".

"¿Ya equiparon el avión?" pregunté, buscando pistas visibles de aparatos de grabación, como lo haría un narcotraficante.

"Está todo listo" dijo Kunz. "Lo hicieron esta mañana. Prendimos el equipo de grabación cuando vimos llegar tu auto. El interruptor está en la cabina".

Asentí, preguntándome si en alguna oficina nos estarían escuchando.

Cuando todo el equipo estuvo dentro de la nave, Kunz sacó dos maletas que estaban apiladas detrás de la cabina. Puso una de ellas sobre un asiento y abrió el cierre. Veinticinco bolsas de un kilo de cocaína estaban ordenadas en el interior.

"¿Qué es?" dijo Gorman.

"Hay otros 25 kilos en la otra maleta, ésto vale más o menos unos \$2 millones", dijo Kunz. "Sólo necesitamos que nos avisen una hora antes y estaremos aquí, listos, tal como lo ven".

Había algo raro en el aspecto de la cocaína. Tomé una de las bolsas y la miré a contraluz. "Se ve medio amarillenta", dije.

"Es la mejor que se pudo conseguir en el laboratorio", dijo rápidamente South.

"Bueno, espero que sea la más pura posible. No vamos a hacer tratos con ningún tonto. ¿Te parece que está bien?" le pregunté a Sonia.

Tomó una bolsa y la examinó a la luz. Movié la bolsa de arriba abajo y la puso a la luz de nuevo, mirándola con los ojos más expertos de Sudamérica.

"No me gusta el color", dijo Sonia, "y no veo ninguna roca". Me devolvió la bolsa. Hasta los vendedores callejeros sabían que los cristales en forma de roca significaban que la cocaína era pura.

"Dijeron que es 100 por ciento pura".

"Si el test indica que es pura estará bien. Si no, todo el mundo lo sabrá".

Retorné la bolsa a la maleta. Kunz corrió el cierre. La DEA tiene toneladas de la cocaína más pura almacenada en sus bóvedas para evidencia. No tenía la menor duda de que ésta también probaría ser pura.

A medianoche, Sonia, Lydia y yo estábamos solos en la casa, sentados alrededor del televisor en el living. Estaba sintonizado en una película en español que ninguno de nosotros miraba. Estábamos sentados aparte, cada uno perdido en sus pensamientos. Nos habían dicho que el equipo de vigilancia no funcionaría mientras no hubieran narcotraficantes presentes, pero yo no lo creía. No podía deshacerme de la idea de que la cámara estaba encendida. Tenía que hacer algo para tranquilizarme. Me puse de pie.

"¿A dónde vas, Miguel?" me preguntó Sonia. Estaba sentada en el sofá, vestida con una bata.

"Voy a ir al Jacuzzi", dije, dirigiendo mis palabras tanto hacia el televisor como a Sonia.

Encendí las luces del baño, prendí el Jacuzzi y metí mi cuerpo tenso en el tibio y burbujeante líquido.

La vista de Tucson de noche era espectacular. Las luces de la ciudad formaban una alfombra dorada que desaparecía en el horizonte.

Quedé maravillado con el espectáculo de la noche del desierto. Mis problemas se esfumaron y pensé en la inmensidad del universo y en lo inconocible de la inteligencia que estaba implicada. La Operación Huno de pronto me pareció risiblemente minúscula y al mismo tiempo, monumentalmente importante. Me parecía que había un orden que hacía funcionar el universo. Una vez más tenía confianza en la vida y en mi rol en ella. Estaba donde debería estar, cumpliendo mi destino. Mi mente se relajó totalmente y sentí cómo la tensión salía de mi cuerpo hacia los remolinos de agua.

Desperté de golpe. Encontré mi reloj, eran las 3:00 a.m. Me vestí rápidamente, tratando de oír si alguien estaba todavía despierto en la casa, lo único que oí fue mi respiración amplificadas por las paredes del cuarto de baño.

Cruzaba el living, cuando se prendió una lámpara. Di un grito y un salto atrás.

Sonia rió. "Te asusté". Estaba sentada casi frente al televisor.

Empecé a caminar de nuevo.

"Miguel, espera un momento".

"¿Sí?"

"Ven, siéntate conmigo un rato".

"¿Qué pasa Sonia?"

"Sólo quería hablar sobre algo contigo... sobre la cocaína del avión".

"Me... me recordó. Se parecía a la mercancía que me daba el ministro".

"Esta es pura".

No dijo nada. Sus ojos brillaron a la luz de la lámpara.

"Hablaremos mañana", dije, pensando en la cocaína rara, amarillenta; la paz y tranquilidad me abandonaron rápidamente.

## XVII

# MÓNICA: LA ARGENTINA

### 1

Mónica debía llegar en el avión de mediodía. El plan era que Lydia, Sonia y yo la recogieramos del aeropuerto en los dos Lincolns, con un grupo de guardaespaldas. Pensé que una buena impresión de poder, le daría confianza. Después de que viera el avión y probara nuestra cocaína regresaría a sus compradores en Nueva York y Miami con la idea de que éramos lo mejor en el mundo de la droga. De allí, correría la voz y estaríamos listos. Por lo menos ese era el plan.

Al vestirme, me dí cuenta de que para ser un narcotraficante de primera clase mis joyas tenían aspecto barato. Mi reloj era una imitación de un Rolex de oro. Era una buena copia que me había costado 75 dólares en Argentina y había pasado el escrutinio de varios traficantes. Pero si Mónica era tan astuta como Sonia decía, se daría cuenta de que el segundero saltaba entre segundos y no se movía suavemente como en un Rolex genuino.

Era uno de esos aparentemente insignificantes detalles que podían arruinar todo el caso. Las joyas eran muy importantes entre los

narcotraficantes latinos. Para fingir ser el socio de la Reina de la Cocaína, un Rolex de 12.000 dólares era un requerimiento mínimo.

"Ustedes dos recojan a Mónica del aeropuerto", les dije a Sonia y Lydia. "Rudy, tú que hablas español, maneja el auto; South, tú síguelos en el otro. Lleven un par de agentes como guardaespaldas y asegúrense de que la grabadora esté encendida en el auto donde vaya Mónica. De vuelta a la casa, ustedes los del auto de atrás vigilen para ver si los siguen. ¿Entendieron?"

"Muy bien", dijo Rudy. South asintió con la cara seria. "¿Quieres que le pongamos una venda a los ojos cuando la traigamos del aeropuerto?" preguntó Rudy.

No había pensado en eso. No habíamos oído palabra de la gente de Mejía y tal vez Mónica estaba trabajando para ellos. Le pedí su opinión a Sonia.

"Si algo va mal, lo sabré al instante", dijo sin inmutarse.

"Seguro", dije, "pero si notas algo raro, hazle una seña a Rudy. Siéntate de forma que te pueda ver por el espejo retrovisor y hazle una seña con la cabeza. Rudy, si te hace la seña, le pones la venda a Mónica".

"Bueno".

"Discúlpate", le dije a Sonia. "Dile que es culpa de tu socio Miguel. Que es un hombre muy cauteloso".

"Ya sabré qué decirle", dijo Sonia irritada. "No hay porque preocuparse".

Cinco minutos después me dirigía al distrito comercial de Tucson repasando mentalmente todo lo que hicimos. ¿Habíamos olvidado algo? No, el equipo lo había hecho todo a la perfección.

De pronto comenzó a dolerme la cabeza. Paré en un micro-mercado, compré un frasco de aspirinas y una Coca-Cola y tomé cuatro píldoras. Apoyé mi cabeza dolorida en el volante. Cuando recuperé el conocimiento, estaba con el cuerpo sobre el volante, bañado en transpiración, mareado y con náuseas. Me había pasado el dolor de cabeza. Era la 1:00 p.m., había estado inconsciente durante casi dos horas. Mónica probablemente ya estaría en la casa y yo aún no había comprado mis joyas.

Me saqué la camisa empapada de sudor y volví al micro-mercado. Sólo habían poleras sin mangas; compré una roja que tenía una inscripción que decía "Salvemos a las Ballenas".

Después encontré una tienda de empeños en la parte antigua de la ciudad. Pensé que si alquilaba las joyas lograría un mejor efecto por menos dinero. Como no sabía si los "ternos" aprobarían este tipo de gasto, decidí gastar mi propio dinero.

El momento que entré a la tienda, el dueño me miró con sospecha desde su reja protectora. Era un chicano viejo, fornido, con bigote y tatuajes hasta

el cuello. Sus manos no estaban a la vista, lo que me puso nervioso. "¿Dónde estuviste preso?" me preguntó, mirando el tatuaje de mi hombro izquierdo.

Me hicieron el tatuaje en Vera Acuña, en México, cuando estuve en la Fuerza Aérea en 1959. Como tenía sólo 19 años, me pareció fantástico. Fue obra de un cantinero borracho con una aguja sucia. El resultado no fue muy admirable, más parecía un plátano que la hélice y alas que debía haber representado. Era tan horrible, que parecía el típico tatuaje que se hace en la cárcel. Me había servido mucho en mis tratos con narcos, pero habían ocasiones como ésta en que me causaba problemas.

Ignoré la pregunta. "¿Me puede alquilar joyas?"

Me miró intrigado y luego sonrió. "¿Estás tratando de estafarme?"

"No", le dije. "Necesito joyas para impresionar a cierta gente en un negocio". Saqué mi tarjeta de crédito American Express. "Sólo tienes que hacer una papeleta de crédito por el monto del valor de las joyas y la guardas como garantía".

El tipo se enojó, como si hubiera insultado a su madre. "Sal de aquí hijo de puta antes de que llame a la policía". Al llegar a la puerta le oí gritar, "Estoy cansado de estos estafadores de mierda..". No era mi día.

Después de recibir negativas en otras dos tiendas de empeños y en una joyería, decidí identificarme en la próxima tienda. Si éso no funcionaba, tendría que olvidarme de las joyas.

Busqué un centro comercial elegante y elegí la joyería de aspecto más caro. Me sorprendí cuando supe que la gerente era la exesposa de un agente de la DEA. Por un alquiler modesto, una enorme garantía y una explicación vaga de para qué necesitaba las joyas, salí con un Rolex de oro, un anillo de circonio con aspecto de diamante de cinco quilates y una pulsera de oro lo suficientemente pesada como para servir de ancla a un barco. Antes de salir del centro comercial entré a una tienda de ropa y compré con mi tarjeta de crédito una camisa azul de seda para que hiciera juego con mis pantalones y zapatos y me la llevé puesta.

Veinte minutos después llegué a la casa. Los dos Lincolns estaban estacionados en la entrada, junto con un tercer automóvil que no reconocí. South y dos agentes me miraron mientras estacionaba el auto. Al pasar, uno de los agentes, un chicano, me dijo. "Te ves impecable, compadre".

"¿Dónde estuvo?" me preguntó South, mirándome sospechosamente. "Estábamos preocupados". Seguro, pensé.

"¿Todo bien?" le pregunté.

Encogió los hombros. "No entiendo español. Están esperándote en el living".

Entré a la casa pensando en mi actuación. ¡No te veas inseguro! Esta es tu casa, tus empleados. Eres el jefe. Tenía que dar la impresión de entrar a mi propia casa. Sería la primera impresión que Mónica tendría de mi.

Sonia, Lydia y Mónica estaban sentadas alrededor del televisor, con tragos en las manos, mientras Rudy hacía las atenciones del caso.

"¿Cómo están todos?" dije, acercándome a besar en la mejilla a Sonia y luego a Lydia, atento a la vigilancia de Mónica a través de sus gafas oscuras. "Disculpa la tardanza", dije, dirigiéndome a Mónica. "Tuve un asunto imprevisto".

Ella se puso de pie.

"No, no. Por favor, siéntese". Me incliné hacia ella, tomé su mano y le di un beso en la mejilla. "Perdón por no estar aquí para recibirla".

Mónica tenía buen cuerpo, unos pocos kilos demás, pero muy atractiva; sus rasgos eran finos y llevaba el pelo oscuro recogido. Usaba un Rolex de oro, la versión femenina del modelo que yo llevaba puesto. Sus ojos eran evaluadores; constantemente evaluando gente y objetos. En ese momento me miraban de pies a cabeza haciendo cálculos como computadora.

"No se preocupe", dijo Mónica en español con fuerte acento argentino. "Sonia y Rudy me atendieron muy bien". No había mencionado a Lydia. No era el tipo de omisión que haría un argentino.

"Por favor, disculpen", dije. "Quisiera lavarme". Antes de seguir hablando, debía enterarme de lo que se había dicho. También sentí que me volvía a doler la cabeza. Me dirigí al baño, llené el lavamanos con agua fría, y metí la cara. Me temblaban las manos. ¿Qué era lo que me pasaba?

Alguien tocó la puerta suavemente.

"¿Sí?"

"Soy yo", dijo Sonia en voz baja. Abrí la puerta. Me miró con ansiedad. "¿Estás bien?"

El agua se escurrió de mi pelo a la camisa. "¿Por qué? No parece estarlo?"

"Estás pálido".

"¿Mónica se dio cuenta de algo?"

"No, nada. Le causaste buena impresión".

"¡Perfecto! ¿Ha hablado algo?"

"No ha dicho nada delante de Lydia. No sé lo que le pasa a ella. No ha dicho una palabra, está sentada como estatua. Pero Rudy está perfecto, es amable, gracioso, le encantó a Mónica".

"Está analizando todo, hasta los cuadros y los muebles, todo". Sonia miró por encima del hombro. "Mejor regreso".

Cuando volví al living Rudy servía más tragos y Mónica examinaba un hermoso cuadro al óleo de un indio sentado frente a una fogata en el desierto.

"Ah, Miguel", dijo. "Qué cuadro más interesante. Sonia me dijo que usted lo eligió". Sus ojos me estudiaron sin pestañear.

Tenía que cambiar de tema. La pintura no estaba firmada y nadie sabía su origen. Era uno de esos pequeños problemas que tenía que afrontar. "¿Sabe algo sobre indios?" le pregunté.

"Hay indios en Argentina, usted lo sabe", dijo Mónica, mirándome de frente. Era una persona imponente.

"Habían indios en Argentina", dije. "Los argentinos hicieron todo lo posible para exterminarlos, igual que los norteamericanos".

"Sonia me dijo que usted es argentino".

"Nací allí y viví unos cuantos años. Tenía unos negocios. Pero me crié aquí".

"Tiene usted un acento interesante", dijo, mirándome con curiosidad. "Pronuncia algunas palabras como puertorriqueño, otras como argentino y otras sin acento alguno. Qué raro".

"Creo que se debe al haber vivido y viajado por muchos países".

"Qué interesante", dijo, y sus ojos estaban en constante escrutinio.

Mónica no tenía el menor apuro de hablar sobre drogas. Había venido a Tucson a hacer un trato, así que si no mencionaba los negocios, debía tener alguna razón. Decidí esperar.

Nos sentamos en el living y hablamos durante una larga y tensa hora; Rudy y otro agente chicano servían tragos y bocadillos. Sonia estuvo en lo cierto en cuanto a Mónica, no se le pasaba nada, y si sentía curiosidad sobre algo no tenía el menor embarazo en preguntar. Me hizo preguntas sobre Argentina: en qué parte de Buenos Aires había vivido, qué negocios hice allí, mis conexiones familiares y amigos. Me comparaba con Lydia sospechosamente. Lo bueno es que nos parecíamos bastante en los rasgos y el color de la piel.

"Miguel", dijo Mónica de repente, "qué raro que su hermana sea puertorriqueña y usted argentino".

Estaba preparado para ésa pregunta. "Somos hermanos de padre", le contesté. Eso era suficiente, que ella se figurara el resto.

"Qué raro".

"No en los Estados Unidos", le dije.

Cada vez me gustaba menos esta mujer con ojos inquisitivos.

Hice una seña a Rudy. Al poco rato sonó el teléfono y me avisaron que tenía una llamada. Me disculpé y fui al dormitorio. Rudy me siguió.

"¿Dijo algo al venir del aeropuerto?"

"Un poco", dijo Rudy. "Les oí hablar sobre Bolivia. No pude oír todo, pero debe haber sido grabado. ¡Demonios! Esta mujer es cautelosa, ¿no?"

"Así es. Tenemos que seguir con la actuación. Conoce a Mejía. Cuando se vaya tiene que estar convencida o si no el operativo se arruinará".

"¿Puedo sugerir algo?"

"Claro".

"¿Por qué no la llevamos a ver la ciudad?. Yo puedo hacer de guía. Podemos ir a la parte antigua de Tucson donde se filman las películas de vaqueros. Eso la entretendrá".

"Buena idea", dije. "Pasa la voz al resto y diles que quiero ir solamente contigo y con Sonia, nadie más. Quiero que Mónica esté contenta y relajada a la hora de la cena. Pero que no sea muy obvio que tratamos de ponerla contenta".

Rudy rió. "¿Alguna vez te han dicho que tienes una mente tortuosa?"  
"Si, mi madre".

El paseo turístico funcionó bien. Al final de la tarde la *comisionista* argentina estaba tranquila y sonriente y había terminado con su constante interrogatorio. Cuando Sonia sugirió que Rudy nos sacara una foto, Mónica sonrió a la cámara y yo abracé a ambas.

A la hora de la cena, todo iba sobre ruedas. Rudy había tomado el rol de supervisor del resto de los agentes. South puso mala cara, pero no dijo nada.

Fuimos a cenar a uno de los restaurantes que habíamos preparado durante la semana. Fuimos conducidos a nuestras mesas como si fuésemos de la realeza. Los mozos se peleaban el privilegio de apartarnos las sillas y prender nuestros cigarrillos. Mónica, fumando me sonrió y dijo.

"Parece que lo conocen aquí, don Miguel", usando por primera vez el don.

"En los Estados Unidos, si se gasta dinero es fácil ser conocido", dije. "Pero trato de no ser muy conocido".

Durante la cena, hablamos de todo menos de drogas. Pensé que tal vez la argentina nos estaba haciendo el quite.

Cuando tomábamos unos tragos después de cenar, Mónica se inclinó hacia mi y dijo. "Estoy trabajando con unos cubanos, entre Miami y Nueva York. Han oído hablar mucho de Sonia y están interesados en hacer negocios. Claro que depende de la calidad y del precio de su mercadería".

"Por supuesto", le dije. "No había pensado que vino a hacer turismo en Tucson".

"No sé", dijo ella. "Siempre tengo curiosidad de conocer lugares nuevos... y gente nueva".

"Lastimosamente, nos visita en tiempos difíciles", dije. "¿Conoce a Papo Mejía?"

"Si".

"Entonces sabe sobre nuestro problema".

"Si".

"Bueno, entonces sabe lo difícil que es volver al nivel de negocios que hacía Sonia sin resolver previamente este problema".

"Por supuesto", dijo Mónica, mirando nerviosamente alrededor suyo. Papo no era un tema que le gustaba.

"Le digo ésto porque quiero poner las cartas sobre la mesa. Si su gente resulta una clientela buena, no quiero perder contacto con usted. Esperamos hacer muchos negocios. El problema es que ahora sólo me quedan 50 kilos. Tenemos mercancía lista en Bolivia, pero no podemos ir allí hasta resolver el problema. Usted me entiende".

"Perfectamente".

Bien, éso era precisamente lo que queríamos que Papo supiera.

"¿Cuánto quiere comprar?" pregunté.

"Todo lo que tenga".

Una vez que Mónica empezó a hablar, no había modo de pararla. Cuando llegamos de vuelta a la casa esa noche, supimos que ya no era sólo *comisionista*, era socia de un grupo que traficaba cocaína desde Miami a Nueva York, llevando hasta 50 kilos por viaje en autos equipados con compartimientos ocultos. *La argentina* se había convertido en una narcotraficante de primera clase. Y con la información que nos dió, ya no importaba si su grupo venía o no a Tucson. Con algo de investigación, tal vez interviniendo su teléfono en Nueva York, las oficinas de la DEA de Nueva York y Miami podrían identificar fácilmente al resto de su organización.

Podríamos hacer lo mismo con el resto de la gente que aparecía en la libreta de direcciones de Sonia.

Esa noche, Mónica y Sonia compartieron el dormitorio principal. Esto no era ninguna novedad, ya que habían compartido camas antes. Claro que ninguna había estado equipada con micrófonos ocultos como ésta.

El momento en que Sonia y Mónica cerraron la puerta del dormitorio, telefoné a Rourke y le avisé lo que habíamos logrado hasta el momento. Me sentía bien, había olvidado mis problemas y estaba haciendo lo que me gustaba, sin que me pusieran obstáculos.

"Tenemos el número de teléfono de Mónica en Nueva York", le dije. "Todo lo que tenemos que hacer es revisar sus llamadas y hacer un registro y así sabremos quiénes son todas las personas con las que está involucrada. Intervenimos el teléfono y acabamos con su operativo. Nunca sabrá quién la atrapó".

"Correcto", dijo Rourke. "Pasaré la información a Nueva York y a Miami. Sigue adelante".

Dormí muy bien esa noche.

El jueves 4 de marzo, desperté temprano en la mañana. Rudy ya estaba en la cocina preparando café, junto a Lydia y otro agente chicano llamado Héctor. Por la ventana vi a South dirigiéndose al depósito de la piscina. South tenía más aspecto de agente de la CIA que muchos agentes que había conocido antes. No podía convencerme de que nuestras imágenes de televisión llegaban sólo al depósito de la piscina.

Sonia apareció de pronto, con aspecto tan emocionado como cuando consiguió la pista sobre Benítez. "Me contó todo".

"¿Qué fue lo que dijo?"

"Todo lo que le dije a Rourke y a los otros," dijo. "Todo es cierto. Lo podrán oír ellos mismos".

"¿Mencionó nombres?" pregunté. "¿Habló de Arce Gómez y su gente?"

"Lo dijo todo", contestó Sonia, con ojos de triunfo. "Espero que todo haya sido grabado."

"¿Mencionó los nombres de sus socios actuales?"

"Si y hasta los describió. Lo dijo todo, todo". Sonia se mostró preocupada de repente. "¿Se grabó todo, no?"

Miré a Rudy. El asintió. "Si", dije. "todo fue grabado".

"¿Es suficiente como para encarcelarla?"

"Más que suficiente".

Sonia volvió al dormitorio y yo fui al depósito. La puerta estaba entreabierta. Adentro, South miraba las pantallas. Si yo hubiera sido Mónica, la Operación Huno hubiera acabado en ese instante. South seguía concentrado en las pantallas y comenzó a mover unos diales.

No puedes mirarme a los ojos, ¿no? pensé.

"¿Qué está pasando?" le pregunté.

"Casi nada".

"Sabes que las grabaciones del dormitorio de Sonia valen oro. Mónica no sólo corroboró las declaraciones de Sonia sobre Arce Gómez, sino que habló sobre todo lo que ha hecho últimamente. Según Sonia, hasta describió a sus socios".

"Qué bueno", dijo South ausente, ocupado con el equipo.

"Con la información que nos ha dado, podremos intervenir su teléfono en Nueva York y destruir su negocio".

"Qué bueno", repitió South.

Comencé a perder la paciencia. "Ya se lo dije a Rourke anoche, pero quiero asegurarme de que la información llegue a Nueva York y a Miami lo más pronto posible. ¿Tú estás a cargo de los formularios de investigación?"

South me miró con miedo en los ojos. "Voy a entregarle todas las cintas a Turghid", dijo. "Tiene que hacerlas traducir, después prepararé los informes".

Lo miré fijamente y él se volcó hacia las máquinas. Sentí ganas de darle un golpe en la cabeza. ¿Qué había pasado con su entusiasmo por trabajar con nosotros?

Al salir me dí la vuelta. "Hey, alguien puede pasar por aquí y ver todo esto".

La puerta se cerró de un fuerte golpe.

Telefoneé a Rourke y le informé sobre mi conversación con South. "Mira", le dije, "hemos identificado un negocio grande. Pero si la información no llega a tiempo donde es necesaria, no servirá de nada".

"Deja de molestar", dijo Rourke, enojado. "Turghid y yo sabemos lo que hacemos, se hará lo de la información".

"Jack, lo que menos quiero es meterme en mayores problemas. Pero si las cosas van del modo que creo que están yendo, esto se repetirá varias veces más. Si no hacemos las cosas bien, estaremos paralizados mientras los "narcos" se rían de nosotros".

Rourke quedó callado. "Mira", dijo finalmente, "Llamaré a Turghid hoy día y hablaré con él al respecto".

"Bien", dije, "y te prometo que no te molestaré más". Dios me ayude a cumplir la promesa.

"Relájate, compadre. Vivirás más años".

Me lo imaginé envuelto en una nube de humo. "Gracias por el consejo".

### 3

Cuando Mónica se levantó estaba lista para dedicarse a los negocios. Quería ver nuestra mercancía. Pasado el mediodía, Rudy nos llevó a Mónica, Sonia y a mi al aeropuerto, seguidos de cerca por South en el otro auto con Lydia y dos guardaespaldas. Kunz y Gorman habían sido notificados y nos estarían esperando.

Al llegar al aeropuerto, nuestro auto de apoyo se estacionó en una calle lateral. Debíamos tener cuidado de que nuestro show no llamara la atención de la policía local, o del FBI o alguna otra agencia federal que tratase de atraparnos. Eso significaría el fin de la Operación Huno.

Cuando pasamos por la reja trasera del aeropuerto, dirigiéndonos hacia la pista, Kunz bajó la escalera de la avioneta. Al poco rato nos encontramos a bordo.

"Abran las maletas", ordené.

Los pilotos se movieron rápidamente. Pusieron las maletas sobre unos asientos y abrieron los cierres. Los ojos ambiciosos de Mónica se clavaron en la cocaína.

"Este", dijo escogiendo un paquete, "éste y éste".

Gorman tomó los tres paquetes de cocaína que ella había escogido y los puso sobre el asiento que estaba frente a ella. Mónica sacó un pequeño cortaplumas de su cartera e hizo una incisión en la primera bolsa. Movié la hoja del cuchillo, evitando tocar las rocas, y cuidadosamente extrajo un poco de polvo, el cual examinó a la luz. Era experta en esto. No había sacado las rocas porque éstas casi siempre son de mayor pureza que el polvo; el polvo puede ser "mezcla", cocaína diluida con otra substancia.

"Parece que está un poco amarilla", dijo. "¿Ha estado guardada mucho tiempo?"

"No", contesté, rogando que South hubiese dicho la verdad sobre la cocaína. Qué fútil sería nuestro operativo si la pureza era menor al 98 o 99 por ciento.

"Mire". Mónica puso el polvo hacia la luz brillante que entraba por la puerta del avión. Lo examiné y se me fue el alma a los pies. Se veía aún más amarillenta de lo que recordaba.

"Ya he vendido 50 kilos de esta partida sin recibir reclamos", dije.

"Puede ser por una imperfección en el proceso", dijo ella, "pero tendré que probarla antes de llamar a mi gente. ¿Tienes una bolsita de plástico?" le pidió a Kunz.

El sacó una bolsa plástica y me la pasó. La abrí y Mónica puso un poco en el interior. La podría probar en la casa frente a las cámaras. Los pilotos me miraron con complicidad. Sonia se veía absolutamente calmada.

Mónica repitió el proceso con las otras dos bolsas, examinando cuidadosamente el polvo y moviendo la cabeza. "Qué raro", murmuró. Finalmente tomó una pizca de cocaína y la frotó entre la punta de sus dedos. "Está un poco húmeda", dijo. "Puede ser que haya estado guardada por mucho tiempo, o que estuvo en un lugar húmedo. Veremos cómo salen las pruebas".

"Por supuesto", dije, mirando a Sonia, cuyo rostro no reflejaba emoción alguna.

En la casa, Rudy puso un termómetro eléctrico sobre una mesa frente a la cámara. Junto a éste puso dos vasos transparentes de vidrio, uno lleno hasta la mitad con agua y el otro lleno hasta la mitad con Clorox, que Mónica había pedido.

Examinó primero la reacción de la cocaína al Clorox. Depositó una pizca de polvo en el Clorox; la mitad se fue al fondo y se disolvió, una mala señal. La cocaína pura flota y se disuelve en la superficie, dejando una mancha aceitosa. Después puso otra pizca de polvo en un pedazo de vidrio y lo sujetó sobre el quemador del termómetro subiendo la perilla hasta el máximo. La cocaína pura se derrite a los 130°C, y cuando se ha derretido

deja una mancha amarillenta y aceitosa. El polvo comenzó a desintegrarse a menor temperatura y dejaba grumos oscuros.

"Decididamente no es pura", dijo, mostrándome el vidrio con el residuo negruzco. "Compruébelo usted mismo".

"No vendo cocaína mezclada", dije. Tenía el corazón en la boca. La cocaína había sido mezclada y Sonia había prometido tener la mejor. A eso se debía la fama de la Reina de la Cocaína.

"O si no ha sido mezclada, ha estado guardada mucho tiempo", dijo categóricamente. "No es la mejor que he visto". Miró a Sonia, quien se sonrojó. "¿Cuánto quieren por kilo?"

"Cuarenta mil", dije yo.

Pensó por un instante. "Serían 2 millones; demasiado dinero por esta calidad".

"¿Por qué no llama a sus socios y lo discute con ellos?" dije, sabiendo que si llamaba desde la casa tendríamos sus números de teléfonos casi inmediatamente.

"Estoy esperando que ellos me llamen entre las siete y las ocho esta noche. Lo que si le puedo decir es que si está de acuerdo en darnos la mercadería a consignación, estoy segura de que no habrá problema".

"Mónica, aunque me cae muy bien, no podría hacer eso. Necesitamos el dinero para arreglar la deuda con Papo y para pagar la mercadería que nos espera en Bolivia. Además, esta es nuestra primera transacción con usted. Después de que hagamos más negocios, podremos trabajar a crédito, pero ahora...".

"Pero si Sonia me conoce hace años", dijo Mónica, mirando primero a Sonia y después a mí. "Ella le puede decir que siempre pago lo que debo".

Sonia se puso incómoda. Estaba acostumbrada a hacer los tratos. Ahora tenía que mantenerse en silencio.

"Pero yo soy responsable por su deuda. Imagínese si les pasa algo a usted o sus socios un arresto, pérdida de mercancía, uno de sus clientes no les paga a tiempo y nos demoramos con el pago. Estaríamos en serios problemas".

Mónica calló. No había nada más que decir.

Pero aún sin haber hecho un trato, la Operación Huno había sido un éxito total en lo que se refería a Mónica. Había dicho y hecho más que suficiente para encarcelarla por conspiración, posesión, posesión con intención de distribución y otros tres o cuatro crímenes. Además, durante la noche Mónica había corroborado en una grabación las declaraciones de Sonia sobre Arce Gómez y su gente, a quienes había conocido cuando estuvo en Bolivia haciendo negocios con Sonia. Podíamos encarcelar a Mónica en cualquier momento. Si testificaba ante un gran jurado; sería un gran paso hacia la acusación de Arce Gómez, exactamente lo que había estado tratando de hacer desde mi arribo a Argentina hacía cuatro años.

Pero en cuanto al resto de la operación, la cocaína amarilla era un problema serio. Dudaba que los socios de Mónica vinieran a Tucson con \$2 millones para comprar cocaína, y si corría la voz de que teníamos cocaína de mala calidad, nuestra trampa perdería su atractivo y aumentaría el riesgo para nuestras vidas. Si Mejía se enteraba de esto, tal vez decidiría matar a Sonia y a mi con ella.

Y aún quedaba pendiente la pregunta de ¿quién era responsable por la mala cocaína?. Sea quien fuese tenía un alto cargo en la DEA y estaba involucrado en la Operación Huno. Además de no tener el menor escrúpulo de poner en peligro nuestras vidas.

Exactamente a las 7:00 p.m. sonó el teléfono y una voz de hombre preguntó por Mónica. Ella contestó la llamada en el dormitorio. Mientras hablaba, fui al depósito y toqué la puerta suavemente. South abrió la puerta y entré.

En la pantalla de televisión vi a Sonia y Lydia sentadas en silencio. La conversación telefónica de Mónica no podía ser vigilada, ya que se hubiese requerido una orden judicial que no teníamos. Turghid no pensó que fuese necesario.

"Me olvidé preguntarte", dije, "¿cuál es la pureza de esa cocaína?"

"Le dije que según el laboratorio es pura", dijo South, mirando la pantalla.

"Si, pero ¿cuán pura? Los traficantes son gente de negocios. La pureza exacta significa mucho para ellos".

"Creo que dijeron 89 por ciento. Tengo que revisar los papeles".

"La cocaína no probó tener ni siquiera 89 por ciento. Y aún así, ¿por qué no nos dieron algo mejor? ¿Sabes cómo nos está perjudicando esto?"

"Usted sabe cómo es el trabajo", dijo con los ojos fijos en la pantalla. "Hice una solicitud a Washington; ellos la firmaron y nos indicaron qué cocaína usar".

No sabía qué decirle. South insistía en que de las toneladas de cocaína pura almacenadas en los laboratorios de la DEA, el cuartel general había decidido entregar al "principal operativo de la agencia" la peor basura amarillenta, para atraer a los mayores narcotraficantes del mundo. Además, la cocaína ni siquiera tenía 89 por ciento de pureza. Si había sido adulterada, como lo habían demostrado las pruebas de Mónica, sólo podía ser por dos razones: alguien había robado parte de los 50 kilos originales para venderlos y substituyó la cocaína robada con mezcla, o alguien quería que la Operación Huno fracasase.

Ambas teorías estaban basadas en que la droga había sido adulterada, así que debía ser muy cauteloso sobre este tema. Antes de abrir la boca tenía que estar 1.000 por ciento seguro y las pruebas de Mónica no eran

muy concluyentes. El único modo de lograr una prueba concluyente sería hacer un reclamo a Seguridad Interna. Eso causaría la cancelación inmediata de la Operación Huno y enfocaría la investigación sobre quienes participábamos en el caso. Hubiese sido perfecto para ellos si podían culparme por la adulteración de la cocaína.

Mónica volvió del dormitorio con el rostro inescrutable. "Comprarán la mercancía sólo si la manda a Nueva York".

"¿Quieren que se la entregue y que la mande a Nueva York?" Mi incredulidad era fácil de fingir. Pedían mucho más de lo que pensé.

Mónica encogió los hombros. "Dijeron, hable con el señor".

"Lo siento", dije, pensando que por lo menos no trataba de engañarme. "Creo que no podemos negociar; por lo menos por ahora. Pero nos mantendremos en contacto, tal vez en el futuro".

"Sí", dijo Mónica. "Estoy segura de que un día de estos haremos algún trato. Miguel, Sonia me contó que Ana llega el sábado. ¿Le importaría si me quedo unos días más... sólo hasta que ella llegue? Hace tanto tiempo que no la veo".

"Por supuesto", dije. "Mi casa es su casa".

No quería que Mónica se quedase más de lo necesario, era demasiado curiosa y astuta. Tendríamos que seguir actuando sin el pretexto de los negocios y Mónica esperaría ver el otro lado del comportamiento de nuestra familia de mafiosos, un grupo de gente relajada y a gusto en compañía del resto. Eso no lo habíamos ensayado.

Esa noche, después de que Mónica y Sonia se acostaron, telefoné a Rourke y le conté lo de la cocaína.

Rourke se molestó. "¿Estás seguro de que no te está engañando, sólo para que le entregues la cosa?"

"Estoy seguro en un 95 por ciento".

"¿Por qué no llamas a Turghid?"

"Jack, no he oído palabra de él desde la reunión. Ni siquiera sé si le interesa el caso. Además, aun si la cocaína es como dice South, ¿por qué estamos usando mierda amarillenta, de 89 por ciento de pureza si este caso es tan importante?"

"¡Mierda! Deja que hable con Turghid en la mañana. Te llamaré después".

Pasé esa noche en vela y en la mañana fui al gimnasio. Miré antes de entrar para asegurarme de que mis amigos no estaban allí; no me sentía de humor para hablar con ellos. Hice ejercicios durante dos horas y regresé a la casa. Cuando llegué descubrí, aliviado, que Rudy había llevado a Sonia y a Mónica de compras. Me hubiera sido difícil actuar dadas las condiciones.

Rourke llamó.

"Hablé con Turghid y me dijo que la droga es de 89 por ciento; así lo dicen los papeles del laboratorio y él no tiene razón para dudarlo. ¿Estás seguro de que no lo es?"

"Por supuesto que no, ¿cómo puedo estarlo? Lo único que he visto fue la prueba de Mónica".

"A eso me refiero. No llegues a conclusiones tan rápidamente".

"Jack, no quiero hacerlo. Pero aun si la cosa es de 89 por ciento, ¿por qué no nos consiguieron 99 o 100? ¿Por qué causarnos este problema?"

Rourke calló. "Mira, todo ésto está en manos de Turghid, tú lo sabes. Tenemos suerte de haber recibido la cooperación que hemos recibido".

Dejó que Rourke me convenciera de que "quizás" la prueba de Mónica había sido una estratagema porque "quizás" no tenía el dinero y "quizás" trataba de engañarnos para que le entregáramos la droga; y que si la cocaína de 89 por ciento no era la mejor del mundo, tampoco era la peor. Si seguía insistiendo en que la cocaína era mala, ésto significaría que el asunto llegara a manos de Seguridad Interna, destruyendo así la Operación Huno, y dándole a los inspectores otra oportunidad de arruinarme.

La estadía de Mónica pagó un dividendo inesperado. Estábamos todos sentados alrededor del televisor esa noche, cuando oí a Mónica preguntarle a Sonia sobre un cliente alemán. Sonia dijo que no lo recordaba, a pesar de que Mónica insistió en que debía recordarlo.

Más tarde, cuando Sonia y yo estuvimos solos le pregunté sobre *El Alemán*. "Es sólo alguien a quien conocí", dijo evasivamente. "He conocido a mucha gente".

## XVIII

# ANA: LA COMISIONISTA

### 1

Cuando me levanté el sábado en la mañana, Sonia estaba en la cocina con Rudy, de buen humor y riendo. Mónica y Lydia aún dormían.

"Miguel, te va a encantar Ana", dijo Sonia. "Es tan divertida, ya verás. La he extrañado tanto".

Rudy me miró sonriendo. Ana Tamayo debía llegar esa tarde desde Miami. No me sentía muy seguro sobre la presencia simultánea de Ana y Mónica en la casa. Mi instinto me indicaba que dejara que Sonia y el equipo de espionaje se ocuparan de eso.

"¿Vas a compartir la cama con las dos?" pregunté.

Sonia rió coqueta. "Claro, ¿por qué no? He compartido camas con cada una de ellas, ¿por qué no con las dos?"

"Esa va a ser una belleza de grabación", dijo Rudy en inglés.

"¿Qué dijiste?" preguntó Sonia. "¿Qué dijo, Miguel?"

"Preguntó si habría espacio para él también".

Sonia rió como si hubiese escuchado la cosa más graciosa del mundo. Nunca la había visto de tan buen humor.

"Creo que hoy día me voy a mantener al margen de todo", dije. "Anda al aeropuerto con Rudy, Mónica, Lydia y unos guardaespaldas; que todos estén relajados y yo apareceré en la noche. Dile a Ana que Miguel está con unos clientes... pídele disculpas... tú sabes".

"Lydia no tiene que ir", dijo Sonia bajando la voz. "De todos modos no habla mucho. Mónica se pone nerviosa cuando está con ella. Si quieres que hablen...".

Sonó el teléfono. Levanté el auricular. Era de nuestro servicio de contestación de llamadas, un tal Sr. Pineda había llamado de Miami. Dejó un número para que se le devuelva la llamada.

"¿Quién es Pineda?" le pregunté a Sonia. Se puso pálida.

"Es Eduardo.... es de la gente de Papo".

"Han debido oír algo", dije.

"Seguro", dijo Sonia; había dejado de sonreír. "¿Qué hacemos?"

"Llámallo, dile que estamos aquí, que queremos arreglar la deuda; pero que tenemos que discutir primero cuánto es y ver si estamos todos de acuerdo. Pero que tengan paciencia hasta que estemos listos".

"¿Y si quieren venir?"

"Diles que no estamos listos todavía", dije. "Ahora que soy tu socio, soy el responsable y tienen que hacer los tratos conmigo".

Tal como lo sospeché, el número era de un servicio de contestación de llamadas. Sonia dejó un mensaje diciendo que estaba en Tucson; que todo iba bien y que llamaría de nuevo.

"Así está bien", dije cuando colgó. "Ahora saben que no vamos a tratar de escapar. Pueden esperar a que estemos listos".

Papo estaba haciendo por fin su movida.

En la tarde todos fueron a recoger a Ana al aeropuerto. Tomé uno de los autos y fui a mi visita casi diaria al gimnasio.

"Hey, Levine", me dijo uno de mis tres amigos. "Estábamos hablando de ti".

"Sí", dijo otro de ellos. "Te tenemos una chica hermosa". Señaló hacia una rubia bronceada que trató de ignorarlo.

"¿Qué te parece?"

"Cuando me vuelvan a gustar las mujeres", le respondí.

Quedó intrigado por un momento. "Nos estás tomando el pelo".

Hablé como una hora con los viejos, me servían para sobrellevar toda la tensión de la Operación Huno. Después de hacer ejercicios por dos horas, llamé a la casa y hablé con Rudy.

"¿Qué está pasando?"

"Todo va bien, jefe. Nos estamos alistando para llevar a las tres a cenar".

"¿Están hablando tranquilamente?"

Rudy rió. "Ana es todo un caso".

"¿Es habladora?"

"Es imposible hacerla callar. Creo que puso un poco nerviosa a Mónica".  
Al fondo, podía oír a una mujer hablando en español.

"¿Es a ella a quien oigo?"

"Sí",

"Ah", dije. "¿Preguntaron por mí?"

"Para nada", dijo Rudy. "Ah, Mónica recibió una llamada de un tipo... muy misteriosa. Después de colgar dijo que tiene que partir mañana a primera hora".

"¿A dónde va?"

"A Miami. La oí hacer su reserva".

"¿Lo tienes arreglado?"

"Claro", dijo Rudy. "South y yo la llevaremos".

"Hey, hazme un favor. Anda solo o lleva a un agente que hable español, ¿bueno?"

Rudy permaneció un instante en silencio. Debí recordar que él y South habían sido buenos amigos antes de que yo llegara, y probablemente lo seguirían siendo después de que me fuese.

"Como diga usted, jefe", dijo Rudy.

"Bueno, voy a aparecer esta noche después de que las lleves a cenar. Dale mis disculpas; estoy ocupado con los negocios".

Llegué a la casa a eso de las 8:00 p.m. y la encontré vacía. Aproveché la oportunidad para llamar a Nueva York a mis hijos. Mi padre nos abandonó cuando tenía 13 años y nunca lo vi hasta que lo ubiqué cuando tenía unos 20 años. Me había hecho la promesa de que nunca perdería el contacto con mis hijos.

"¿Dónde estás papá?" dijo mi hijo Keith. "Hemos tratado de llamar a tu departamento en Virginia y a tu oficina. Todo lo que dijeron es que no estabas allí".

"Estoy en Arizona. No te puedo dar este número, pero si me necesitas, llama al cuartel general de la DEA, y diles que eres mi hijo y que es urgente. Si te ponen trabas, diles que quieres hablar con Jack Rourke. El me ubicará. ¿Bueno?"

"Bueno".

"¿Cómo va todo?"

"La casa anda loca, papá". Sentí su voz angustiada.

"¿Qué pasa?" cerré los ojos.

"Es Niki. Está como loca. No se le puede hablar sin que responda a gritos".

"Hablaré con ella".

"Vienes cada dos semanas, papá. ¿Qué quieres que haga, que deje que le hable así a mamá?"

"Keith, no puedes tratar de ser el padre. Tan pronto como pueda salir, estaré allí".

Se calló. "Tengo que colgar, papá" Apenas podía oír su voz.

"Todo saldrá bien hijo. No te preocupes".

"Claro".

"¿Hijo?"

"¿Si, papá?"

"Te quiero".

"Yo también te quiero, papá".

Todos los problemas y la Operación Huno se esfumaron de mi mente. Comencé a caminar por la habitación y a hablar solo.

Tuve el impulso de abandonarlo todo y tomar un avión a Nueva York. Pero era imposible, me entregaría a los inspectores. Me despedirían por abandonar mi puesto sin autorización y sólo Dios sabe qué más. Si pedía que me retiraran del caso, probablemente me culparían por lo que ocurriese con la Operación Huno, la extraña cocaína y Sonia Atalá.

Tenía que salir de la casa, ¿a dónde?. No importaba.

Cinco años antes, después del suicidio de mi hermano, sentí que mi vida se desintegraba. Tomé mi motocicleta en Nueva York y viajé hasta acabar tres días después en una playa en el sur de la Florida a las 4:00 a.m., mirando el mar. Había escapado lo más lejos posible, pero mis problemas me siguieron. No podía escapar de mí mismo.

Habían pasado cinco años y seguía escapando sin llegar a ninguna parte.

Conduje el auto, sin dirección fija, por los caminos del desierto. No tenía a dónde escapar, pero ésto parecía disminuir el dolor de vivir en constante tensión y temor.

Antes del amanecer llegué a la casa lo suficientemente agotado como para caer rendido y dormir profundamente.

## 2

Desperté con el sonido de una voz de mujer que hablaba como ametralladora en español. Salí de la cama, me afeité, me duché y me vestí y la voz continuaba su perorata. Tenía que ser el televisor; ningún ser humano podía hablar por tanto rato sin descansar. Me dirigí al living. Encontré a Rudy en el pasillo.

"Ana está aquí", dijo, asintiendo en dirección a la voz, "y Mónica regresó a Miami".

"¿Todo va bien?"

Rudy sonrió y meneó la cabeza. "Es todo un caso. Tuvo despiertas a Sonia y a Mónica toda la noche".

"Algo bueno".

"Jesús, de lo único que habla es de droga. Debe haber mencionado por lo menos unos 100 nombres".

"Qué bueno".

"Mejor se apura. Está esperando conocer a don Miguel".

Cuando entré al living, sentí el poder de Ana Tamayo. La alta mujer de pelo negro sujeto en un moño, estaba sentada como reina en un enorme sillón frente al televisor. Cuando me vió, paró de hablar y me sonrió, su mirada buscaba la mía.

"Usted debe ser don Miguel", dijo levantándose.

"Sí", dijo Sonia, mirándome preocupada.

"*Encantado*", dije, cruzando la sala y besando a Ana en la mejilla.

"Por favor, discúlpeme por no haber estado anoche. Tuve que hacer un negocio de último momento".

"No se preocupe, don Miguel", dijo ella, apretando mi brazo. "Sonia, su hermosa hermana y el encantador Rudy me han atendido maravillosamente".

Su sonrisa era contagiosa. Parecía emanar felicidad. También le sonreí.

"Me da la impresión de haberla conocido antes" le dije. No estaba fingiendo. Había algo en la mujer que me hacía sentir en familia.

"Lo sé", dijo. "Yo siento lo mismo".

"Por favor, siéntese, póngase cómoda, Ana". Pedí a Rudy que me trajera un café. Me senté junto a Sonia.

"¡Dios mío!" Ana juntó las manos. "¡Qué pareja más linda que hacen!" Sonrió a Sonia, quien se veía disgustada.

Después de estar una hora con Ana, nos habíamos hecho amigos. Supuestamente tenía unos 50 años, pero el entusiasmo que emanaba era el de una adolescente. Usaba bastante maquillaje y unos pantalones tan apretados que tenía que arreglárselos a cada rato. Trataba de ser sensual, pero su apariencia y personalidad daban más la impresión de una colegiala tratando de vestirse como las chicas mayores, que de una narcotraficante.

Escuchando a Ana hablar sobre la flojera de su esposo, el precio de los televisores en Miami, la vida sexual de las estrellas de cine y enormes tratos de drogas, se me ocurrió que no podían haber dos mujeres de carácter más opuesto que Ana y Mónica. Mientras que Mónica era calculadora y cautelosa, Ana era amistosa y confiada hasta el extremo. Sin pensarlo dos veces me dijo frente al televisor espía, que acababa de vender 145 kilos de un cargamento de 150 kilos de cocaína; admisión suficiente como para encarcelarla con una condena de 45 años.

"El cargamento es de Pacho Cuervas", dijo.

"¿De quién?"

Bajó la voz con miedo a ser escuchada. "Es el pez más gordo en Colombia".

"¿Más gordo que los Ochoa y Escobar?" pregunté.

Ana supuestamente había sido intermediaria entre Sonia y Jorge Ochoa y Pablo Escobar (del cartel de Medellín). Era una verificación de que Sonia era la puerta directa al imperio de la cocaína y Ana lo ratificó varias veces ante la cámara.

"Más gordo", insistió Ana. "Sonia..". Movi6 la cabeza, incapaz de encontrar palabras. "No puedes imaginarte".

Sonia me mir6. Sus ojos parecían brillar diciendo, *¿No te dije que Ana era increíble?*

"Todavía me quedan cinco kilos en Miami", continuó Ana. "Pero tuve que venir, apenas tuve tiempo, para ver a mi *Sonita*". Se miraron complacidas. "Apenas los venda, lo que posiblemente será la próxima semana (porque van a venir unos gringos) y arregle unos asuntos familiares, me encargaré de conseguirles clientes.

"Ay, Dios mío", dijo de pronto llevándose la mano a la frente, "y tengo dos bebés en Miami que no pueden hacer nada sin su madre. Ay, Miguel, no hay cómo descansar".

"¿Tiene dos niños?"

"No", dijo riendo, "no hijos, bebés. Mi esposo y mi hija Candy". Levantó los brazos fingiendo pesar.

Sonia rió. "Así que todo sigue igual".

"Ay, Sonita, te juro que no pueden ni ir al baño sin mi ayuda".

"No hay apuro", dije. "Van a venir unos clientes. Si vendemos todo antes de que regrese, habrá más droga, espero".

"¡Ojalá!" dijo Ana, llevando los ojos al cielo. Rudy me sonreía desde el otro lado de la habitación y tuve que mirar a otro lado. Hasta Lydia sonreía. "Don Miguel", dijo, bajando la voz de nuevo, "¿usted sabe que soy *comisionista*, no?"

"Sí, Ana. Sonia ya me lo dijo".

"Mi comisión es de \$ 2.500 por kilo".

"Que Dios te bendiga, Ana", le dije.

"Gracias, don Miguel".

"¿Quiere bailar?"

Ana sonrió. "Me encantaría".

Puse una cinta de salsa de "El Gran Combo" de Puerto Rico, y bailamos con Sonia, Rudy, Lydia y el televisor espía mirándonos en silencio.

Durante unas dos horas más bailamos, contamos chistes, tomamos unos cuantos tragos y grabamos más conversaciones. Salí del living por un

momento para descansar. La energía que un agente gasta en uno de estos casos es algo que los "ternos" no pueden entender. Es como un acto complicado de malabarismo. Uno debe hacer dos partes, la de actor y la de investigador, memorizando detalles y conversaciones para luego testificar en juicios que se realizan meses o hasta años después.

Cuando volví a la sala, Ana hablaba con Sonia sobre *El Alemán*.

"Tienes que acordarte de él", decía Ana. "Estaba obsesionado contigo. Ay, Dios mío, chica, te mandó pasajes para que lo visites en su casa en Hawaii y ¿no te acuerdas?"

"¿Cómo me voy a acordar?" dijo Sonia, encogiendo los hombros y mirándome nerviosamente. "Muchos hombres me invitaban a ir a todas partes". Ana y Mónica recordaban al tipo claramente y ¿Sonia no podía?"

"¿Quién era?" interrumpí. Ana sonrió maliciosamente.

"Sólo un cliente de Mejía", dijo Ana. "Es alguien que... ". Ana vió que Sonia la miraba seria y dejó de hablar.

"¿Un alemán, no? Creo que Mónica dijo algo sobre él".

Ana se encendió de repente, "Miguel, no me gusta hablar mal de la gente, pero Mónica no es... no debería hacer caso a todo lo que dice. Puede preguntarle a Sonia, nunca hablo mal de la gente".

"Pensé que era alguien con quien podíamos hacer negocios. Pero si está en Alemania..".

"No, no está en Alemania. Habla con acento alemán, pero vive en Miami", dijo Ana, mirando a Sonia, que tenía la vista en otro lado.

"¿Dijo algo sobre Hawaii?" insistí.

Ahora Ana estaba realmente incómoda. "No sé, Miguel, alguien me dijo que tenía una casa allí". Dejó de hablar, Sonia la miraba furiosa otra vez.

Más tarde, durante la cena en uno de los restaurantes donde nos conocían, Ana y yo brindamos por la suerte de habernos conocido. Ana se inclinó y dijo, "Miguel, no se imagina lo feliz que estoy de ver a Sonia de nuevo y de verla con un caballero como usted". Me pareció ver una lágrima en sus ojos. Me apretó la mano. "Sé que les irá muy bien".

"Gracias, Ana", dije, sintiendo tristeza repentinamente. "Espero que así sea".

### 3

Esa noche, de vuelta en nuestro living, Ana abrió una puerta al mundo de la droga en Colombia, con una oferta que pensé sería imposible que la DEA rechazase. Sonia y yo habíamos cuestionado a la ingenua Ana sobre el paradero de René Benítez. Durante la conversación, me sorprendió enterarme de que Ana había presentado a Sonia ante Benítez y que Sonia y

él se conocían bastante bien. En cierta ocasión habían estado juntos dos días en Panamá, negociando un trato grande. Después me enteré de que Sonia había querido que Benítez asesinara a algunos políticos bolivianos; según ella los asesinatos fueron arreglados a instancias del gobierno de Arce Gómez.

"Pensé que tú serías la mejor informada de su paradero", dijo Ana. "¿Por qué te interesa tanto encontrarlo?"

"Tengo algo importante que hablar", dijo Sonia.

"Ana, usted sabe sobre nuestro problema con Papo, ¿no?" dije. El solo mencionar el nombre asustó a Ana. Sus ojos se abrieron; su voz bajó de tono.

"¿Saben que mató a Hernan Carini y a toda su familia?"

"Lo oí", dijo Sonia.

"¿Quién era?" pregunté.

"Eran sus competidores en Colombia", dijo Sonia.

"Sí, pero también hacían algunos negocios", dijo Ana. "Papo le debía mucho dinero a Hernán. Es tan peligroso deberle dinero, como que él te lo deba... más peligroso. No quería pagarle, así que decidió matarlo. Pero Hernán tenía una familia grande y todos narcotraficantes, así que Papo sabía que si mataba a uno, se vengarían". Ana apuntó a su frente. "Piensa así; como el demonio".

"Esperé a que la familia se reuniese para celebrar algo, y mientras tanto se mantuvo muy amistoso. Llegó con sus hombres y ametralladoras. Mató a todos: mujeres y niños, hasta a los perros".

"Supe que alguien sobrevivió", dijo Sonia; la historia parecía no afectarla.

"Sí, Hugo".

"¿Quién es Hugo?" pregunté.

"Un tío viejo", dijo Ana. "Escapó a la selva. Nadie lo ha visto desde entonces, pero los hombres de Papo aún lo buscan".

"Papo debe haberse hecho de muchos enemigos", dije. "¿No tendrá miedo de que lo maten?"

Ana se estremeció. "Es como una serpiente venenosa. La única forma de matarlo es cortándole la cabeza".

"Ahora entiende por qué queremos arreglar esto antes de dedicarnos a los negocios", dije.

"Por supuesto", dijo Ana. "¿Qué pasó con el otro que tenía problemas?" se dirigió a Sonia.

Sonia la miró advirtiéndole. "Eso ya se arregló".

"¿Cuál otro?", pregunté inmediatamente.

"Mi tío mezcló con azúcar una mercancía que mandamos a Colombia y yo tuve que pagar".

"¿Espero que eso no nos cause problemas?" inquirí.

"No", dijo Sonia sin inmutarse. ¿Decía la verdad o mentía?

Ana se sonrojó y tenía aspecto de querer que la tierra se la tragase. Tenía que sacarla del aprieto, pues quería que siguiese hablando.

"¿Ana, se da cuenta?" reí. "En este negocio no puedo arriesgarme".

"Cierto", dijo Ana. "¡Ay, Dios! ¿Por qué no se me ocurrió antes?" Se inclinó hacia mí. "Miguel, ¿usted habló de un trato de marihuana que hizo en Colombia, no es cierto?"

Durante la cena, mezclando verdad y fantasía, le había contado a Ana sobre un trato de marihuana que hice en Argentina con un colombiano llamado Eagleman. Max Pooley y yo habíamos negociado 27 toneladas de marihuana con un colombiano bajito, cargado de joyas y con ese nombre, a quien Max había atraído a Argentina. Los agentes argentinos se enloquecieron con las joyas que llevaba el narcotraficante, especialmente su reloj. Max y yo hicimos todo lo posible para convencerlos de que lo dejaran salir vivo del país. En algún lugar de Colombia hay un narcotraficante llamado Eagleman que nunca sabrá el precio que casi pagó por usar su Rolex con diamantes engarzados.

"Bueno, en este momento, Pacho tiene 17 toneladas de marihuana de primera, cerca de una pista de aterrizaje y sin comprador".

"¿Dónde?"

"En Colombia, ¿dónde más? Cerca de Cartagena".

"No sé, Ana... hierba. Nunca he hecho..".

"No tiene que pagar hasta que tenga la mercancía, Miguel. No tiene nada que perder. Pacho sabe todo sobre Sonia y yo lo garantizaré a usted. Lo único que necesita hacer es mandar un avión para recoger la droga. Cuando la haya vendido, puede pagarme aquí mismo".

Me tomó por sorpresa. Diecisiete toneladas de marihuana colombiana valían por lo menos \$20 a \$25 millones de dólares y me las estaba ofreciendo gratis.

"No sé", dije, tratando de demorar la cosa. No sabía qué decir, pero no quería dejar pasar la oportunidad. "Todavía no hemos arreglado la cosa con Mejía. Me asusta la idea de ir a Colombia hasta no resolver nuestro problema".

"No se preocupe por él", dijo Ana, casi saltando de entusiasmo. Me tomó la mano y dijo, "Siento que lo conozco, Miguel. Confío en usted. Lo garantizaré con Pacho. Mientras sea su invitado, nadie le hará daño, ni siquiera Papo. No se imagina el poder que tiene. Además, tal vez le interese saber ésto. ¿Ha oído hablar de unas pildoritas llamadas Kawasaki?"

"No, ¿qué es lo que son?"

"Unas tabletas pequeñas, dosis de morfina. Llegaron a Colombia desde Francia ocultas en cañas de pescar. Pacho me pidió que le consiga clientes. Si quiere, le puedo decir que usted tratará de venderlas".

"¿Cuánto tiene?"

"Un millón, tal vez más; son minúsculas", dijo Ana, pinchando los dedos. "Una caja pequeña contiene... no se... quizás unas 10.000 píldoras. Cuando vaya a recoger la marihuana puede llevarse las píldoras. Lo que no pueda vender, se lo regresa a Pacho. ¿Qué le parece? Sólo necesita un avión y un piloto. ¿Qué pierde usted?"

Quedé atónito. Gracias a su amistad con Sonia, Ana me estaba ofreciendo unos \$40 millones en marihuana y morfina entregadas por quien ella describía como al mayor traficante de drogas de Colombia. Esta era la ocasión de descubrir la conexión de la morfina entre Marsella y Colombia.

¿Por qué dudaba? Porque no estaba seguro de si la agencia se pondría en contra mía como lo hizo durante el caso Suárez.

Ana se dirigió a Sonia. "No hay por qué pensarlo dos veces. Dile que no tiene nada que perder". Sonia me miró, esperando que la rescatara de la situación.

Tomé una decisión, era una oportunidad que ninguna agencia perdería. "Ana, no es que dude. La cosa con Papo me preocupa. Dígale a Pacho que sí. Lo haremos tan pronto como nos deshagamos de la mercancía que tenemos aquí. Después conseguiré un piloto y un avión. Claro que tendremos que ir primero para ver la pista de aterrizaje y hacer arreglos para el reaprovisionamiento de combustible".

"Pacho se ocupará de eso", dijo Ana rápidamente.

"Necesitaré por lo menos una o dos semanas", dije. Eso sería suficiente para que los "ternos" tomaran una decisión.

"Maravilloso", dijo Ana, emocionada. "La pista de aterrizaje es de tierra y de 2.000 metros de largo. Es plana y firme. Cualquier avión puede aterrizar".

"El piloto tendrá que verlo por sí mismo, Ana".

"Ah, pero por supuesto, querido. Pacho los tratará como a reyes. Haremos una fiesta. Tengo un buen presentimiento sobre esto". Abrazó a Sonia y después se me acercó y me besó.

"Yo también, *mamita*". le dije.

## 4

Después de que todos se habían acostado, me encontraba en mi cama tratando de relajarme y librar mi mente de pensamientos. Alguien me había dicho que ésa era la clave de la meditación, si uno podía poner la mente en blanco por unos 10 o 20 minutos y relajarse totalmente; era el equivalente de una noche entera de sueño. Pero el esfuerzo que implicaba poner la mente en blanco me causó mayor tensión.

Sonó el teléfono y levanté el auricular en la oscuridad. "Hable".

"¿Eres tú, Michael?" Era Liana, mi ex esposa. Oí un clic en la línea.

"¿Hay alguien más en la línea?" pregunté.

"No en este lado", dijo ella.

"¿Está en la línea, alguien?" pregunté en español. Silencio. "¿Cómo conseguiste el número?"

"Le dijiste a Keith que en caso de emergencia llamara a la DEA".

"Está bien. Estoy en medio de un operativo, así que probablemente nuestra conversación está siendo grabada".

"Niki está metida en drogas", dijo ella de golpe.

Sus palabras me aturdieron. "¿Cómo lo sabes?"

"¿Cómo crees? Soy su madre, vivo con ella"

Sentí ira. Era agente de narcóticos; le había hablado a mi hija tanto sobre las drogas. ¿Cómo podía hacerme ésto?"

"¡Quiero hablar con ella!" dije.

"No está aquí".

"Dios mío, ¿qué hora es?"

"No sé... las 3:30".

"Tiene sólo 14 años. ¿Qué está haciendo fuera de la casa a esta hora?"

"¿Crees que no lo he pensado?" gritó Liana. "¿Crees que la dejé salir, cabrón? ¿Crees que la puedo controlar? Le tengo miedo. Acéptalo, Michael, tu hija es una drogadicta, ¡igual que tu hermano! ¡Y es culpa tuya!"

Sus palabras llegaron al fondo de mi alma. Me quedé sin aliento.

"¿No tienes nada que decir, Michael?"

"Si abandono mi puesto, seguro que me despedirán", dije, sujetándome la cabeza con una mano.

"Ese tu trabajo maldito", dijo ella. "No sabes cuánto lo odio. Eres agente de narcóticos, bueno, ven y haz algo por tu propia hija".

"Si puedes arreglar las cosas por unos días...". empecé a decir. Liana colgó bruscamente el teléfono.

Prendí las luces. Sentí que debía salir para pensar claramente. Me vestí apresuradamente, tratando de no pensar en nada.

Al salir de mi cuarto, sentí ruido en el living. Ana estaba frente al televisor prendido. Me miró sorprendida y se puso de pie. Vi que lo imposible había sucedido, había puesto el canal prohibido. En la gran pantalla pude ver a Ana mirándome mientras yo entraba al living.

"Miguel", dijo, poniéndose la mano al pecho, "me asustó. No podía dormir y .... ¿Está llorando?"

Tenía que hacer que no se diera la vuelta. "Acabo de recibir una llamada de mi ex esposa. Mi hija está metida en drogas", dije, pensando que no debería decírselo a una narcotraficante, contra quien testificaría y cuya vida destruiría.

"Ay, pobrecito", dijo Ana tomándome entre sus brazos. La abracé, manteniéndola de espaldas al televisor. "Tengo el mismo problema con mi hija", dijo ella. "Los hijos hacen sufrir tanto".

"Ana, no me haga caso", dije, interponiéndome entre ella y el televisor. Cambié de canal y lo apagué con un solo movimiento, rezando para que no se diera cuenta.

Me habían dicho que la cámara oculta sólo funcionaría cuando South la manejara desde el depósito. El se había marchado hacia varias horas. Alguien seguía manejándola y no desde el depósito.

"No quería involucrarla en mis problemas", dije mirándola. "Perdón, ¿quería ver televisión?"

"Por favor, no se preocupe, Miguel", dijo ella sentada. "Estamos despiertos por la misma razón. La vida no es cosa fácil".

Nos sentamos juntos hasta que amaneció. Ana me contó sobre su hija adicta a la cocaína y su esposo alcohólico. Mantenía ella sola a su familia. El peso de ser el sustento económico, moral y emocional de su familia la agotaba cada día más.

Le conté sobre la adicción a la heroína y el suicidio de mi hermano. "A veces, Ana, pienso que tal vez Dios trata de castigarme por los años que he estado metido en este negocio".

"No piense así, Miguel. Con todas las armas y bombas que los gringos le venden al mundo entero, Dios castiga a sus hijos con armas y bombas. Son los gringos mismos los que quieren la droga. Es su problema. Y mientras haya demanda siempre habrá alguien que traiga drogas. Así es la vida".

"Gracias Ana. Necesitaba eso"

Rió y me abrazó de nuevo. "Miguel, me cae tan bien".

"Yo siento lo mismo por usted, Ana", dije, con absoluta sinceridad.

Después de que Ana partió a Miami el domingo, traté de ubicar a Rourke en su hotel, pero supe que estaba de viaje hasta el lunes por la mañana. Decidí esperar a su regreso para informarle sobre la invitación de Ana para adquirir más de \$30 millones en droga a Pacho Cuervas. Sería un operativo enorme que involucraría autorizaciones de viaje al extranjero y coordinación entre varias secciones de la DEA, el Departamento de Estado y, posiblemente, la CIA. El cuartel general tendría que ocuparse de esto. Decidí no decirle nada a Turghid. No había necesidad de complicar más aún las cosas.

Esa tarde Sonia y yo estábamos sentados lado a lado en unas sillas reclinables a la orilla de la piscina, solos. Cuanto más me encontraba cerca de Sonia tenía más preguntas que hacerle. ¿Cuánto de inglés sabía realmente? La había visto reaccionar cuando se hablaba en inglés, mostrando que entendía mucho más de lo que pretendía. ¿Cuánta información no había entregado a la DEA? Cuando Ana y Mónica mencionaron a narcotraficantes tales como El Alemán o Pacho Cuervas, Sonia se había puesto tensa. Si alguien mencionaba a Pachi y cocaína en la

misma frase, se petrificaba. ¿Y qué de sus conexiones con la CIA? ¿Y qué de este trato misterioso donde su tío estafó a los colombianos?

"Nunca me contaste que tuviste problemas con otros clientes", le dije, incorporándome y viéndome reflejado en sus gafas.

"¿Qué problema?"

"Dijiste que tu tío robó cocaína de un embarque y la substituyó con azúcar. Por lo menos eso es lo que tú dijiste".

"Ah, ese problema".

"Si, ese problema. ¿Esa gente está en los EE.UU.? Hay algo de lo que deberíamos cuidarnos o uno de estos días saldremos de compras y cuando las balas comiencen a silbar me dirás: Ah, hubo un trato del que me olvidé hablarte, Miguel".

"Eran cubanos y colombianos de Miami. Pero no hay nada... está todo resuelto".

"¿Por qué no me lo dijiste antes?"

"Se lo dije a Rourke", me contestó impacientemente. "No puedo acordarme de contarte todo lo que le conté a él y a los otros. ¿Por qué no te lo contó él?"

No dije nada; no tenía una respuesta. Sonia se reclinó en su silla y dijo, "¿Por qué no te tranquilizas, Miguel? Siempre andas tan serio".

"Trato de hacerlo", dije con la voz seca. Me di cuenta de nuevo de lo vulnerable que era con esta mujer. Cualquier cosa negativa que ella dijera sobre mi, sería utilizada en contra mía por Seguridad Interna.

Me recliné y cerré los ojos. No confiaba en Sonia. Fuese cual fuese su juego, sabía que su lealtad no estaba con la DEA. Quería por lo menos confiar en Rourke, pero dudaba que me ayudase. Por lo menos parecía ser sincero en cuanto a mi participación en la Operación Huno.

Quedamos en silencio.

"¿Qué te pareció Ana? me preguntó Sonia.

"Muy buena gente", le contesté.

"Es sólo una *comisionista*".

"Si, lo sé".

"Es una pena, con todo ésto... llevar a alguien así a la cárcel".

Traté de decidir si lo era o no, y no pude definir mis sentimientos en uno u otro sentido. Supongo que había visto suficiente de la "verdadera" guerra contra las drogas para decir que no lo era y había creído en la guerra lo suficiente para decir que sí lo era.



# XIX

## FUERA DEL BLANCO

### 1

El lunes por la mañana me despertó el sonido del teléfono.

"¿Don Miguel?" era Ana que llamaba desde Miami. No había perdido tiempo en arreglar el trato de la marihuana y la morfina con Pacho Cuervas. Seguramente acababa de colgar el teléfono después de haber hablado con Colombia. Su respiración estaba agitada.

"Sólo tiene que decirme la fecha en que usted y su piloto llegarán. Todo está arreglado. ¿Me entiende, Miguel?"

"Ana, acabo de despertar. Disculpe".

"No, usted disculpe por llamar tan temprano. Quería asegurarme...".

"Usted sabe que tengo que acabar este negocio primero".

"Lo sé, pero ésto es importante, Miguel. Es una gran oportunidad. No quiero que usted y Sonia se la pierdan. Hablé con Pacho Cuervas y está muy interesado. Sabe todo sobre Sonia y le conté sobre usted. Tiene muchas ganas de conocerlo".

Pensé en cuánto les tomaría a los "ternos" para entender el operativo, y apoyarlo. "Lo que quiero decirle... No quiero que se inquiete si me atraso unos días".

"No, él lo entenderá. Lo único que necesita es la fecha de su llegada. Tendrá su avión esperándolo".

"*Tremendo, Ana. Fenómeno*", dije. "Lo haremos".

Ana rió. "Pacho quiere hacer una fiesta en su honor".

"Allí estaré, Ana", dije. "Déjeme terminar este negocio aquí y estaré en camino".

"Por favor no me falle, Miguel. Lo garanticé personalmente, ¿usted sabe lo que éso significa? Ante ellos usted ya está aceptado".

"No se preocupe, Ana", le dije. "No se arrepentirá".

Ana, como buena *comisionista*, estaba ocupada preparándose el camino con muchos traficantes, no sólo con Cuervas. Era imposible predecir cuán lejos nos llevaría el viaje a Cartagena.

"Lo sé, Miguel. *Un beso grande, mi amor*".

"*Un abrazo, mamita*".

"Ay, espere Miguel. Aquí hay alguien que lo quiere saludar".

"¿Miguel? dijo la voz de una mujer joven, en tono risueño. Soy Candy. No sé qué le hizo a mi madre, pero no ha dejado de hablar sobre usted", dijo en inglés con un ligero acento.

"Bueno, ella hizo lo mismo conmigo, Candy".

"Parece tan dulce. Espero conocerlo pronto".

"Yo también", dije con la garganta apretada.

Apenas colgué el teléfono, sonó de nuevo.

"Señor, quisiera hablar con Erica", dijo una voz de mujer en inglés. Erica era uno de los nombres que Sonia usaba para el operativo.

"¿De qué se trata?"

"¿Es usted la otra persona que contrató el servicio de contestación de llamadas?"

"Sí", dije, "¿de qué se trata?"

"Sólo quería avisarle que nuestras operadoras de habla hispana han estado recibiendo llamadas inquietantes; la gente que llama trata mal a las operadoras y...".

"¿Las llamadas son de Miami?" pregunté, cortándola.

"Sí, así es, de un señor Pineda".

Pineda había estado llamando y dejando mensajes cada vez más amenazadores. En su último mensaje había dicho, "Esto no quedará así".

Prometí a la mujer que tomaría cartas en el asunto y colgué. Ya no podíamos seguir demorando la cosa.

A media mañana, ninguno de los agentes de Tucson había aparecido; Sonia se bronceaba en la piscina; Lydia, como siempre, estaba en su dormitorio.

Rourke llamó. Estaba aún en el cuartel general y no llegaría a Tucson hasta el día siguiente. Lo puse al día sobre las llamadas de Mejía y el asunto de Cuervas.

"No deberías haber dicho que irías", dijo Rourke.

"Jack, ¿cómo podría considerarme agente de narcóticos si rechazo la oportunidad de atrapar a uno de los peces gordos de Colombia?"

"Levine, no me jodas. Sabes con quién tengo que tratar".

"Bueno, tú tampoco me jodas. Supuestamente soy un narcotraficante, no un burócrata. Si fuera real, ¿cómo podría rechazar una oferta de 30 millones en droga así por así? Y si la rechazo y Mejía se entera, sabrá que estamos fingiendo".

"Sólo tranquilízate", dijo. "Tendré que hablar al respecto con cierta gente aquí en el cuartel general. ¿Supongo que no quieres llamar a Turghid?"

"¿Para qué? Esto no tiene nada que ver con Tucson. Además no lo hemos visto desde que empezó el operativo. ¿Por qué cambiar las cosas?"

"Lo llamaré", dijo Rourke agotado.

Quince minutos después, Rourke llamó de nuevo. "Turghid quiere que todos ustedes vayan a su oficina".

"¿Y qué del trato con Cuervas?"

"Me ocuparé de éso tan pronto como cuelgue".

Esa tarde, Sonia, Lydia y yo llegamos a la oficina de Turghid. Apenas entramos sentí que algo pasaba. La recepcionista nos hizo entrar rápidamente. Turghid me miró indignado desde su escritorio. South, quien estaba en la oficina, ni siquiera levantó la vista.

"¿Por qué no la mandas a algún otro lado?" me dijo Turghid bruscamente. Señaló a Sonia y me miró como si fuera John Wayne enfrentándose a un pistolero.

"¿Por qué?" vi que Sonia se dirigía hacia la puerta. ¿Entendió lo que dijo Turghid?

"Es una informadora. No me gusta tener informadores en las sesiones de planificación".

"La acompañaré", dijo Lydia, aliviada ante la idea de salir de la habitación. South cerró la puerta cuando salieron.

Me senté frente a Turghid y puse una pequeña bolsa de cassettes sobre su escritorio. Eran las grabaciones de mis conversaciones telefónicas con Ana. "Esto es oro. Es Ana Tamayo hablando de todo, desde el Cartel de Medellín hasta Pacho Cuervas".

"Quiero que sepas que me opongo a que vayas a Colombia. Nuestro objetivo es Arce Gómez. En lo que a mi concierne, ir a Colombia está fuera del blanco".

"Ana dice que Cuervas es más poderoso que el Cartel de Medellín", dije. "Según Sonia, Ana sabe de qué está hablando, ella arregla tratos para el

cartel. ¿Cómo es posible que el mayor narcotraficante de Colombia esté fuera del blanco?"

"Tendrás que arreglar éso en el cuartel general", replicó Turghid. "Mientras tanto ese cerdo de Benítez sigue libre; quieren que Sonia lo siga buscando. Quiero saber qué planeas hacer con la gente de Mejía".

Traté de mantener la voz firme. "Pensaba tratar de atraer a Mejía para que viniera aquí y nos sentásemos a discutir la deuda de Sonia, después lo demoraría lo más posible. Supuse que al demorarlo y hacerle admitir todo frente a las cámaras, lograríamos el mayor número de casos, quizás hasta el viaje a Cartagena".

"Ya te dije lo que pienso sobre eso".

Encogí los hombros y en el tono más deferente posible le dije, "Me limitaré a reportar lo que está ocurriendo. Quizás en el cuartel general piensen que valga la pena hacer algo".

"Haz lo que tengas que hacer". Turghid me miró disgustado, con las manos sobre su escritorio como si estuviera listo para saltar sobre mi.

"Después de que Mejía llegue, y haya la suficiente evidencia en video como para acusarlo, pensaba decirle que nos ausentaríamos por unas dos semanas para recibir un cargamento o algo por el estilo y que arreglaríamos las cosas a nuestro regreso".

"¿Estas hablando de parar el operativo?"

"Eso daría tiempo para que corra la voz y que se enterara un mayor número de "narcos", tal vez hasta Arce Gómez". Dudaba que eso ocurriera, Arce Gómez estaba seguro en Argentina y no se arriesgaría a hacer tratos con nadie. Pero Turghid usaba a Arce Gómez como su comodín para mantener el operativo anclado en Tucson; así que ¿por qué no jugar la misma carta contra él? "Después desapareceríamos un par de semanas. A nuestro regreso sería cosa de decidir por cuánto tiempo prolongar el operativo, a cuánta gente acusar, cuánta evidencia acumular en contra de Arce Gómez antes de comenzar a hacer arrestos".

"Buck, si hacemos ésto correctamente, podemos arrestar a la mitad de los "narcos" que aparecen en la libreta de direcciones de Sonia aquí mismo en Tucson, quizás unos 100 de primera categoría".

Los ojos pequeños de Turghid se nublaron pensativos. Su cara se suavizó. Cien narcos de primera categoría arrestados en su distrito significaría ganar el Premio del Fiscal General.

"Okay. Sigue adelante y llama a la gente de Mejía", dijo Turghid. "Pero te diré esto una vez más: la Operación Huno tiene un blanco principal, Arce Gómez. No quiero que salgas de ese blanco. ¿Supongo que entiendes éso?"

"Perfectamente", le contesté.

Regresamos a la casa en absoluto silencio. Lydia miraba hacia afuera por una ventana del auto y Sonia por la otra. Estaba acostumbrado a que Lydia se comportara así; pero Sonia obviamente estaba disgustada por algo.

Cuando llegamos a la casa, Lydia se veía agitada y nerviosa. "Quisiera tomar unas dos horas libres. ¿Te importaría si me llevo uno de los autos?" me preguntó.

"Claro que no", le respondí lo más amablemente posible, pero su mirada me asustó. "¿Qué te pasa? ¿Estás bien?"

"Estoy bien", dijo ella. "Sólo quería hacer unas compras y desaparecer por un rato".

De nuevo sentí que me ponía paranoico. ¿A dónde estaba yendo? ¿Por qué estaba inquieta? ¿Tenía algo que ver conmigo?

Después de que Lydia se marchó, llamé a Rourke al cuartel general para ponerlo al tanto sobre mi entrevista con Turghid.

"Bueno, tengo buenas noticias para ti, compadre", dijo Rourke. "A Ralph le gustó el asunto de Cuervas. Estamos haciendo las gestiones del caso y hasta el momento les gusta".

"Jack, no tenemos mucho tiempo".

"¡Caramba! Pienso que te estoy dando buenas noticias y ya comienzas a molestar".

"Disculpa, Jack", le dije inmediatamente. No podía darme el lujo de ponerlo en mi contra. "Haz que sepan sobre el tiempo, ¿bueno? Le dije a Ana que serían dos semanas".

"Creéme, Mike, estoy presionando lo más posible".

"¿Y qué de la cosa con Mejía? ¿Están todos de acuerdo? ¿Debo tratar de reunirme con él y después demorar lo más posible?"

"¿Qué te dijo Turghid al respecto?"

"Jack, te juro que no sé lo que me dijo, aparte de que no salga del blanco. Lo único que puedo decirte con seguridad es que no dijo que no".

"Carajo, Levine. Te llamaré de nuevo".

Me senté cerca del teléfono en la cocina perdido en mis pensamientos. De pronto levanté la vista y vi a Sonia parada detrás mío y mirándome con una cara que me hizo agradecer que ya no estuviera al mando de los escuadrones de la muerte. Su cara era como una máscara de furia. "¿Qué se creen que soy?" dijo, con cara de agredirme.

"¿Qué.. de qué estás hablando?" le dije, dándome cuenta de que estábamos solos.

"Me llevaron a otra habitación porque soy informadora y luego ¿se rieron de mí?"

Había entendido lo que dijo Turghid. ¿Tal vez había estado espiando todas mis conversaciones?

"Sonia, estás equivocada". Se acercó y retrocedí. "Turghid es el jefe. No tuve nada que ver con éso. ¿Además quién se rió?"

"Oí risas".

"No me oíste reír a mi. ¿Viste a la otra gente? ¿Te parece que son mis amigos?"

Me miró a los ojos. "Se lo que oí. No soy tonta".

"¡No me oíste reír!" dije enfurecido. "¡Mi vida no tiene nada de gracioso en este momento!"

Estábamos parados el uno frente al otro y de pronto la cara de Sonia se suavizó. ¿Era que dudaba o estaba actuando?"

Sonó el teléfono y lo levanté. Era Rourke.

"Justo a tiempo", dije.

"¿Qué tratas de decir?"

"Nada... tendrías que haber estado aquí. ¿Qué hay de nuevo?"

"Te llamo sólo para decirte que sigas adelante con tu plan. Reúnete con la gente de Mejía, después cierra la cosa en Tucson por un tiempo, ¿bueno?"

"Si y con algo de suerte iré a Colombia".

"Okay. ¿Crees que cerrarás la cosa para el fin de semana?"

"Como van las cosas, espero estar vivo para el fin de semana".

"Que gracioso, compadre. Quiero saber si podré ir a casa para entonces".

"Yo también quiero salir de aquí", dije. "Tengo problemas familiares en Nueva York. Me gustaría tomar uno o dos días libres, si es posible".

"Sí. Hazlo. Parece que estaremos libres el fin de semana".

"Depende de cómo reaccione la gente de Mejía cuando Sonia los llame".

"Bueno. Llegaré mañana".

"Buen viaje Jack".

Colgué y levanté la vista. Sonia ya no estaba en la cocina.

# XX

## EDUARDO: EL TENIENTE

### 1

Sonia marcó el número de Miami por tercera vez. Pineda, al igual que nosotros, sólo dejó el número de un servicio de contestación de llamadas. Los narcotraficantes utilizan servicios de contestación para protegerse de agentes de narcóticos, soplones y de otros narcotraficantes con malas intenciones. Pagan en efectivo, adelantado por varios meses y sólo se los puede ubicar a través del servicio. Nunca dan una dirección; de manera que es imposible encontrarlos. Nuestro primer objetivo era seguir este juego hasta que Pineda se rindiese y dejase un número telefónico dónde encontrarlo directamente. Eso nos ayudaría a localizarlo para un arresto.

"El servicio del Sr. Pineda", dijo una voz de mujer.

"Por favor, avísele que Sonia le devolvió la llamada".

"Espere un minuto", dijo la mujer, "él está aquí".

Sonia me miró e hizo un gesto con los ojos. Seguramente Mejía le había ordenado que no se alejara hasta que Sonia lo llamase

"¿Sonia?"

"*Hola*, Eduardo, qué gusto de hablar contigo", dijo Sonia.

"¿Es cierto que te casaste de nuevo?"

"Cometí ese error sólo una vez, Eduardo".

*Había corrido la voz acerca de nosotros.* "Tengo un nuevo socio; eso es todo".

"¿Y qué sobre aquel asunto?"

"Bueno, sabes cómo estuvieron las cosas... y los problemas en Bolivia. Quería arreglar toda la deuda".

"Sí, te entiendo".

"Estoy trabajando mucho. He estado esperando la llegada de unas alforbras antes de ponerme en contacto con ustedes".

"¿A Tucson?"

"Sí... ", le hice una seña a Sonia para que me pasara el teléfono"... sí, sabes que tengo un socio".

"Así me lo dijiste".

"Y queremos arreglar todo. Mejor hablas con él". Me pasó el teléfono.

"Habla Miguel".

Hubo un largo silencio. Pensé que tal vez colgaría. "Así que eres el socio de Sonia", dijo finalmente.

"Sí", contesté.

"Te has hecho cargo de todo un problema. El señor para el que trabajo está muy disgustado".

"Así me han dicho y es por eso que quiero arreglar todo esto lo antes posible. Sabes que estamos trabajando mucho para afianzar el negocio".

"Así me han dicho".

"Los beneficios serían mutuos si el señor considera la posibilidad de hacer negocios con nosotros, una vez que resolvamos todo".

"Todo es posible", dijo Pineda. "Sólo espero que no hayan más demoras".

"Estoy seguro de que no las habrán", dije. "Es sólo cuestión de ponernos de acuerdo sobre cuánto sería lo justo. No tendrán más problemas con nosotros".

"Bien. Eso no le gustaría al señor".

"Mira... ¿cómo te llamas?"

"Eduardo".

"Eduardo, no vamos a escapar a ninguna parte. No quiero tener ningún problema con... el Sr. Mejía", dije para que quede claro en la grabación quién era el "señor". "Sólo quiero arreglar esto y hacer algunos negocios".

"Buena idea", dijo Pineda. "Queremos hacerlo lo antes posible. Tendremos que encontrarnos cara a cara".

"Perfecto", le dije. "Estamos en Tucson".

"Partiremos mañana".

"Bien", dije, "llama a nuestro servicio tan pronto como llegues y nos encontraremos".

"Quiero hablar con Sonia".

"Claro", le pasé el teléfono a Sonia. "Papo", susurré, "pregúntale por Papo".

"¿Sí?" dijo Sonia.

"Entonces nos veremos pronto".

"Sí. ¿Y Papo... también vendrá?"

Hubo un largo silencio. "Está en Medellín, pero estoy en contacto con él".

"Yo, ah, pensé que lo vería. Mándale mis saludos".

"Bueno. Entonces... ¿nos vemos?"

"Claro".

Cuando Sonia colgó, se la veía disgustada. "¿Qué pasa si Papo no viene?"

"Bueno, cuando comencemos a arrestar a todos, al menos sabremos donde se encuentra. El es quien tiene que aceptar las condiciones finales, ¿no es cierto?"

"Bueno, los otros también tomaron parte".

"Sí, pero él es el jefe".

"Sí".

"¿Entonces cómo puede arreglar esto sin exponerse?"

Sonia me miró. "Es muy astuto".

"Seguro", dije, "pero Sonia y Miguel son un poquito más astutos, ¿no es cierto?"

"Vamos a verlo", dijo ella.

Cuarenta y ocho horas más tarde nuestro servicio telefónico llamó para avisar que un tal Leo Rodríguez había llegado al "Holiday Inn" de Tucson. Dejó un número de habitación. South y un grupo de agentes habían sido asignados al aeropuerto durante las 24 horas previas para revisar, con una lista de nombres y alias de la gente de Mejía, todos los nombres en las listas de pasajeros de los vuelos de llegada. Pineda y sólo Dios sabe quién más habían pasado desapercibidos. Quizás el mismo Mejía podía estar en Tucson con su pequeño ejército privado.

A las 18:30, telefoneé al "Holiday Inn" y pregunté por Leo Rodríguez.

"¡Hable!" dijo Pineda.

"Habla Miguel, el socio de Sonia. ¿Qué tal el viaje?"

"Creí que nos íbamos a reunir", dijo en tono áspero.

"Por supuesto".

"¿Cuándo y dónde?"

"¿Qué tal en el bar del hotel donde estás?"

"¿Cuándo?"

"En una hora y media".

"A las ocho", dijo él. "Nos vemos". Colgó.

A las 7:30, Sonia, Lydia, Rudy y yo fuimos al hotel de Pineda. Lydia tenía puesto un ceñido vestido negro de noche; Rudy estaba vestido de pies a cabeza de seda negra. Yo estaba vestido de blanco, color que siempre me

traía suerte. Sólo Sonia, que vestía una blusa blanca y un par de pantalones sencillos, no parecía narcotraficante. Antes de partir, South me informó que habían ya 20 agentes en el "Holiday Inn" y un grupo especial con escopetas y rifles, apostado en las cercanías.

Todos estábamos nerviosos. No estaba seguro sobre Lydia, quien parecía llevar tensión dondequiera que fuese. Pero era una mujer hermosa, y su presencia ayudaría a distraer a Pineda y evitar que se diera cuenta de las muchas miradas observadoras. Además, Lydia llevaría un arma más, la cual podría ser muy necesaria. Habían pasado más de 18 meses desde que Sonia estafó a Mejía, 18 meses de demorar, mentir y esconderse. Era muy posible que Mejía se hubiera olvidado hacía tiempo del dinero y estuviera viniendo a Tucson nada más que para vengarse.

En el auto volví a hablar con Sonia sobre los detalles del asunto de las joyas. Todavía no estaba todo muy claro, porque Sonia nunca me lo había explicado bien. Tampoco aclaró mucho esta vez.

"¿Entonces, el arreglo original fue de 30 kilos de cocaína a cambio de las joyas?"

"No", dijo Sonia, con ojos distantes. "Fue por 100 kilos".

"¡Dios mío, me alegro de haberte preguntado! Mejor me explicas todo de nuevo, así queda fresco en mi memoria".

Disgustada, Sonia empezó su relato. "Papo quería 100 kilos. Así que me dio las joyas, un auto..".

"¿El Mercedes?"

"Un Mercedes amarillo... y unos cheques".

"¿Qué clase de cheques?"

"Unos, ¿cómo se llaman?, cheques de caja y unos cheques personales".

"¿Cuánto en cheques?"

"No sé", dijo impacientemente. "Tal vez doce o más, unos por \$20.000, otros por \$50.000... no me acuerdo".

"Bueno, ¿cuánto era el total?"

"¿De los cheques?"

"De todo".

"Bueno, los cheques no tenían fondos".

"¿Todos?"

"Creo que si... no me acuerdo".

¿Por qué se hacía la tonta? Sabía que nadie la acusaría ante la ley. Quizás nunca pensó en entregar la droga a Mejía. Sería típico de Sonia el estafar a Mejía y después echarle la culpa a sus enemigos. Debería haber hablado previamente sobre esto. Lo peor que podía hacer era interrogarla 15 minutos antes de la reunión.

"Sonia, sólo necesito saber, más o menos, cuánto recibiste. De otro modo Pineda se dará cuenta de que esto es sólo una actuación".

"¡No recibí nada!" contestó en tono tajante. "Todo fue a manos de la gente del Ministro".

"Ya lo sé. Lo que quiero saber es, ¿cuánto dice Papo que le debes?"

"No sé cuánto quiere ahora".

"¿Y qué de los 30 kilos? ¿De dónde sacaste esa cantidad?"

"Eso es lo que Papo dijo que valía. Dice que le debo una fortuna. Dice que las joyas valen \$300.000, el auto \$100.000 y no sé cuánto valor ha puesto por los cheques. Pero las joyas valían sólo unos \$150.000, el auto tal vez \$50.000 y los cheques no valían nada".

"¿Ninguno de los cheques, ni siquiera los del banco? ¿Estás segura?"

"Ya te lo dije, no me acuerdo".

"¿Pero lo último que Papo te dijo es que le debías 30 kilos?"

Sonia miró hacia afuera por la ventana del auto. "Sí".

No llegaría más lejos. En realidad, en lo que a mi concernía, la situación no era tan mala. Toda la transacción era tan vaga y complicada, intencionalmente o no, que sería imposible que se llegara a un acuerdo en un sola reunión.

Cuando llegamos al estacionamiento del hotel, Sonia me tocó el brazo y dijo, "Papo debe haber mandado más gente fuera de Eduardo".

"No pasará nada", le dije. "Tenemos a todo un ejército protegiéndonos".

## 2

La noche era más calurosa de lo normal cuando Sonia y yo entramos al hotel. Se había descompuesto el aire acondicionado y el lobby parecía un horno. Al cruzar el lobby hacía el bar, encendí la minigrabadora que llevaba en mi estuche de mano.

El bar estaba lleno de gente y hacía un calor infernal. Sonia y yo nos detuvimos en la puerta de entrada. Pineda estaba sentado solo, en una mesa cercana a la salida. El colombiano era el único hombre en la habitación que usaba chaqueta, una gruesa chaqueta de paño.

Al aproximarnos a la mesa vi que su cara estaba bañada en transpiración. Varios ojos nos miraron subrepticamente desde las mesas vecinas. Reconocí a dos o tres de nuestros agentes. Sentí cómo la adrenalina comenzaba a circular por mis venas. Pineda se puso de pie lentamente para besar a Sonia en la mejilla, sin desprender el brazo derecho del costado. Parecía que llevaba una metralleta debajo de la chaqueta y no trataba de disimularlo. Sonia me miró significativamente.

*"Eduardo, te presento a Miguel. Miguel, Eduardo".*

*"Mucho gusto"*, dije, extendiendo la mano. Pineda la estrechó sin decir palabra. Sus ojos se dirigieron a la puerta, por donde Lydia y Rudy

acababan de entrar. Rudy reaccionó ante la tensión de Pineda, asintió con la cabeza mirándome y llevó a Lydia a una mesa vecina a la nuestra.

"Mi hermana y uno de mis hombres", dije.

Pineda, quien parecía tener unos treinta años, era delgado y de baja estatura. Su rostro agradable, bien afeitado, tenía algo de maldad, tal vez acentuada por su palidez y su peinado. Había miedo en sus ojos oscuros. Al sentarse, mantuvo las manos debajo de la chaqueta.

Pensé que seguramente Mejía y su gente tenían tanto miedo de Sonia y de mi como nosotros de ellos. Sonia no sólo era una de las narcotraficantes más poderosas del mundo, sino que también se creía que estaba involucrada en contrabando de armas y asesinatos políticos. En Bolivia tenía poder suficiente como para ordenar el asesinato de gente que estaba al otro lado del mundo. Todo un escuadrón de mercenarios del nazi Klaus Barbie había estado a sus órdenes, y su esposo Pachi había sido favorecido por uno de los regímenes más brutales de la historia boliviana. Mejía, para quien sobrevivir significaba mantenerse al tanto sobre sus innumerables enemigos, debía suponer que el regreso de Sonia implicaba una renovación de su poder mortífero. Y Mejía debía saber también que en el mundo de la droga, una deuda podía ser más peligrosa para él que para el deudor.

Sonia se dedicó inmediatamente a aligerar la tensión. "Qué gusto me da volver a verte, Eduardo", sonrió amablemente. Su miedo se había desvanecido.

Preguntó a Pineda sobre su familia, amigos y socios, tomándole la mano cariñosamente; comportándose como si estuviera contenta de poder finalmente solucionar el problema con Mejía; como si le importara todo ésto. Parecía conocer a Pineda mucho más de lo que había señalado.

Pineda, escuchando a medias, le respondió cortante. Me miraba estudiándome y ocasionalmente miraba a la gente, entre la cual reconocí a otros seis agentes. También me dí cuenta de que habían tres hombres de aspecto latino, dos en una mesa y otro solo, que nos observaban cuidadosamente. No estaba seguro de quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. Sólo sabía que había mucha gente alerta y si alguien sacaba un arma, cuando el humo se disipase, no habría un solo mueble sin agujeros de bala.

Pedimos unas cervezas frías, que no lograron calmar a Pineda. Estaba bañado en sudor.

"¿Entonces qué vamos a hacer?" preguntó finalmente, mirándonos a Sonia y a mí.

"Eduardo, esto es muy sencillo", dije. "Soy un hombre de negocios, no un maleante. Tenemos mercancía esperando en Bolivia y clientes esperando esa mercancía. No puedo hacer negocios, pues estoy atemorizado. Dondequiera que vayamos en Sudamérica, todo el mundo sabe sobre esto".

Pineda se veía complacido.

"Y honestamente hablando, Eduardo, conozco la reputación del Sr. Mejía. Me asusta. Si es posible, estoy listo para arreglar toda esta cuestión ahora mismo".

Era lo que menos intentaba hacer. Mis objetivos eran descubrir lo más posible sobre la organización de Mejía; engañarlo para que saliera al descubierto; lograr la mayor evidencia grabada en su contra, incluyendo lo que supiera sobre Arce Gómez y no darles absolutamente nada.

"Tenemos 50 alfombras y estamos vendiéndolas. Según me informaron la deuda son unas 30".

"Pero la cosa no fue así", interrumpió Sonia enojada. "Los cheques que me dio Papo no tenían fondos". Puse mi mano sobre su hombro para calmarla, pero tampoco era mi intención disuadirla del todo. Su reacción fue natural; la de una persona preocupada por el dinero, no la de una actriz en un operativo.

"Papo debería estar aquí", dije.

"Primero", dijo Pineda, "les daré un consejo. Nunca lo llamen Papo". Hizo una pausa para que entendiéramos bien.

"Todos lo llamaban Papo", dijo Sonia. "Yo siempre lo he llamado Papo".

"Nadie le dice eso en la cara", previno Pineda. "Ahora... lo llaman Guacho".

"Guacho", repetimos Sonia y yo casi al unísono.

"Verás", dije, "no voy a arriesgar nada. Tengo que insistir en que él esté al tanto de todo lo que pase aquí".

Pineda dio un rápido vistazo alrededor. Me pregunté si acaso Mejía estaría cerca. Era imposible, para haber sobrevivido tantos años, Mejía tenía que poseer el instinto de un animal de presa. No se dejaría sorprender por nada que pareciera ser una trampa. Hasta el momento la Operación Huno había sido todo, menos sutil. Si no lográbamos evidencia directa en contra de Mejía, un encuentro cara a cara o una grabación de su voz aceptando su parte en la transacción de joyas por cocaína, nunca lo apresariamos.

"No se preocupen", dijo Pineda. "Tendrán la seguridad que necesiten".

"Tienes que entender, Eduardo", insistí. "Como te dije antes, soy un hombre de negocios..".

"Te entiendo".

"Como lo veo", continué, "el trato original entre Sonia y ... Guacho fue por 600.000; ¿correcto?"

"Sí", dijo Pineda.

"Entonces podemos hacer dos cosas: Puedes esperar hasta que venda lo que tenemos ahora a mayor precio y te pago en efectivo. O te doy diez kilos ahora, lo que serían más o menos unos \$400.000 y esperas a que

regresemos de Bolivia con nuestro próximo cargamento. Te doy cinco más. Nos damos la mano como amigos. Quedamos a la par".

Pineda pensó por un momento. Me pregunté por qué no había rechazado la oferta inmediatamente, Mejía pedía más de un millón.

"¿Y si nos dejan vender la cosa a nosotros?" preguntó finalmente.

"¿Qué quieres decir?"

"Tenemos una gran organización en Los Angeles. Podríamos vender lo que ustedes tienen".

"No se me había ocurrido la idea".

"Mi hermano está entre los "grandes" en California. Si lo llamo esta noche, un camión especial estaría en camino mañana. Tiene compartimientos escondidos que pueden llevar 25 kilos por vez. Podríamos hacer dos viajes".

"¿Quieres decir que venderían los 50?"

"Claro", dijo Pineda.

"Es algo en qué pensar", le dije.

Ahora entendí cuales habían sido las órdenes de Pineda. Mejía pensó que si lo buscábamos para pagarle la deuda era o una trampa o éramos unos tontos. La misión de Pineda era averiguar cuál de las dos opciones se daría. Y obviamente había decidido que se trataba de la segunda. Cincuenta kilos valían unos \$2 millones y lo tomaría todo, se le notaba en los ojillos hambrientos. Le parecíamos una presa fácil. Si le dábamos los 50 kilos, ese sería sólo el comienzo, después nos exprimiría hasta dejarnos secos.

"Sabes, Eduardo", dije, "esto nos convendría a ambos. Te tengo confianza. Una vez que arreglemos la deuda, tenemos otros 150 kilos esperando en Bolivia. Y nos han asegurado el envío de toda la mercancía que podamos vender".

Los ojos de Pineda se enfocaron en mí. "Sería bueno que ustedes trabajen por medio de nosotros. Nuestra organización se extiende desde Colombia a Miami, Nueva York y hasta California". Chasqueó los dedos. "Mi hermano es el mayor vendedor de California. El Alemán, uno de nuestros clientes en Miami, nos compró 1.200 kilos el año pasado y en lo que va de este año, ha comprado 400".

"¿Un Alemán?". Mi corazón palpitó aceleradamente. Parecía que todo el mundo, exceptuando a la DEA, conocía al Alemán, o ¿tal vez lo conocían? Roberto Suárez no había aparecido en la computadora. "¿Tú conocías a un Alemán?" le pregunté a Sonia.

"Seguro que Sonia lo conoce", dijo Pineda. "¿No te acuerdas? ¿Lo conociste en la fiesta en Panamá?"

Sonia se sonrojó. "No", dijo. "No lo recuerdo".

Pineda insistió. "Seguro que te acuerdas... el tipo estaba loco por tí. Te mandó pasajes para que fueras a visitarlo a su casa en Hawaii".

"Qué suerte que lo conoces", dije. "Quería buscarlo".

Pineda rió. "No te hubiera servido de nada. El hombre es leal con Guacho... con nosotros. Ha estado haciendo negocios con nosotros por ocho años. Adora a Guacho. Algunos *hijos de puta* de Colombia trataron de pasar sobre nosotros y hacer negocios directamente con él. Lo visitaron en su casa en Miami y le dijeron, "¿Para qué pagarle a Guacho y a Eduardo si puedes comprar directamente de nosotros?" El hombre se disculpó por un momento y me telefoneó. Fui inmediatamente a su casa. Deberías haber visto la cara de miedo de los cabrones. Les dije delante mío, "La próxima vez que quieran hacer negocios conmigo, llamen primero a Eduardo". El hombre es así.

"Que Dios me rodee de gente así", dije.

"Te diré algo", dijo Pineda. "Un cliente como él puede sustentar una organización. Sus clientes son jueces, fiscales distritales, gente de teatro y deportistas conocidos. Está completamente protegido".

"Bien", dijo Pineda más tranquilo, "en nuestros negocios antes de aceptar la mercadería y venderla, hacemos que nuestro químico la analice. Yo personalmente pongo mis iniciales en cada bolsa. De ahí en adelante, la mercancía lleva mi garantía personal de pureza".

"Tengo la mejor", dije, con el estómago hecho un nudo por el recuerdo del análisis que hizo Mónica y la posibilidad de que Pineda ya lo supiera. Mónica conocía a Mejía y ella había regresado directamente a Miami desde Tucson.

Pineda sonrió astutamente. "No te importará entonces, si nuestro químico la analiza".

"Por supuesto que no", dije.

Invité a cenar a Pineda. Aceptó con una sonrisa de lobo. Quería ver de cerca cómo funcionaba la Corporación de la Cocaína Atalá-Levine. El hombre esperaba irse de Tucson con \$2 millones en cocaína, la cual no era una mala ganancia para una inversión de sólo unos miles de dólares en joyas. Pero no dejaría que éso ocurra. Tendría que demorarlo lo más posible y al mismo tiempo mantenerlo convencido de nuestra actuación. El problema es que no tenía la menor idea de cómo lograrlo.



## XXI

# COMO NO ATRAPAR A UN ASESINO

### 1

Los mozos del restaurante "La Fuente" nos trataron como a reyes. Pineda sonrió por primera vez. Afortunadamente el aire acondicionado funcionaba bien, porque no se sacó la chaqueta de paño. A una señal previamente acordada, Rudy se acercó para avisarme que me necesitaban para un "negocio urgente" en otra parte. Esta vez no era parte del acto, Rourke y Turghid me esperaban en la oficina para ponerse al tanto de la situación.

Cuando me levanté de la mesa, Pineda se puso de pie y me dió la mano. "Quiero felicitarte por tu organización", dijo. "Tienes gente muy buena".

"Gracias", le dije.

"Necesito que me hagas un favor, si no te importa".

"Claro".

"¿Me puedes prestar un chófer mañana?"

"No hay problema. Hazte cargo tú, Rudy".

"Sí, jefe".

Me acerqué a Lydia para despedirme y luego a Sonia.

"¿A dónde vas?" me dijo Sonia al oído.

"Es sólo un negocio", dije. "Te contaré después".

Sonia tenía cara de preocupación cuando me marché y con muy buena razón. Era una mujer llena de secretos y estaba aprendiendo que cuando uno se convierte en informador pierde el derecho a escoger lo que quiere revelar.

Quince minutos después estaba en la oficina de Turghid repitiendo todo lo que Pineda me había dicho, incluyendo la información sobre El Alemán. Turghid estaba sentado disimulando apenas la mala cara, tamborileando su escritorio con los dedos; Rourke tomó nota de todo lo específico y South se sentó con la mirada baja.

"Pienso que lo que debemos hacer rápidamente", dije, "es identificar al Alemán; al hermano de Pineda en Los Angeles y averiguar inmediatamente el paradero de Mejía".

"¡Ese no es tu problema!" dijo bruscamente Turghid. "Nos estamos ocupando de eso".

"¿Identificaron a alguien más que estuviera con Pineda?" pregunté.

"Estuvimos allí durante 48 horas", dijo South, con la vista baja, "y no vimos a nadie".

"Está solo", dijo Turghid.

"Sonia no cree que sea así".

Turghid dió un puñetazo al escritorio. "¡La gran puta, me interesa un carajo lo que piense una informadora! ¿Qué planeas hacer ahora?".

Miré a Rourke tratando de que me apoyara, pero él evitó mi mirada. "Creo que la prioridad es localizar a Mejía y grabarlo", dije. "Ha oído la trampa o es muy astuto. El tipo no piensa salir al descubierto. Y si no lo hace no tendremos nada contra él, sólo tenemos lo que declaró Sonia".

Turghid, aún tamborileando, miró a South. Rourke, tenso y preocupado, tragó una bocanada de humo. Tucson era el imperio de Turghid, no había mucho que Rourke pudiera decir. "Okay", dijo finalmente Turghid. "Pero quiero que se me mantenga al tanto de todo".

"No hay problema", dije. "¿Qué hacemos con El Alemán? Sería fácil que lo identifiquen en Miami. ¿Cuántos alemanes con buenos contactos políticos que trafiquen droga pueden haber en Miami?"

"Me aseguraré que Miami reciba la información", dijo Rourke antes de que Turghid dijera nada. "Tu ocúpate de Mejía; eso será suficiente para ti, compadre".

Quería hablar sobre conseguir mejor cocaína y el viaje a Colombia, pero la mirada que Rourke me dió, significaba "mantén la boca cerrada".

Rudy llegó a la casa a las 18:00 del día siguiente con una sonrisa de lobo. Había pasado la tarde guiando a Pineda en una excursión de compras

y turismo; le había caído tan bien que Pineda le compró una corbata de seda y una camisa y le ofreció trabajo en la organización de Mejía. Rudy, sin duda alguna pensando en su trabajo en el Departamento del Sheriff, rechazó gentilmente la oferta. Mientras Sonia trataba de localizar por teléfono a René Benítez en Colombia, Rudy me contó los detalles del día.

"Jefe", me dijo. "Este tipo espera que le paguen. Tiene movilizada a toda la organización de Mejía de costa a costa".

"¿Qué quieres decir?"

"Habló por teléfono casi toda la tarde. Está trayendo gente de todas partes. Me dijo que quería que usted lo llame".

"Bien, lo haré tan pronto Sonia termine de usar el teléfono".

"¿Qué le va a decir?"

"Rudy, tengo dos sorpresas para el señor Pineda: uno, nos vamos de esta ciudad y no le entregaremos nada hasta volver y, dos, exijo hablar con Mejía en persona o no hay trato. El problema es que no sé cómo darle las noticias".

Después de hablar con Rudy, fui al cuarto de Sonia para ver si seguía hablando por teléfono. Estaba por golpear la puerta cuando oí una voz enfurecida a través de la puerta.

"¿Por qué le confiaste?... Te dije Pachi, que era mal tipo... ¡No te pagará nunca!... ¡No conoces a esta gente, yo sí!"

Golpeé la puerta.

"¿Sí?"

"Soy yo. ¿Vas a usar el teléfono todavía?"

"No estoy hablando por teléfono".

"Oh, perdón. Llamaré a Pineda ahora mismo".

"Salgo en un segundo".

Quedé frente a la puerta por un momento, escuchando, pero Sonia no dijo palabra. Debí haber colgado apenas toqué la puerta. ¿Qué demonios estaría pasando? Lo primero que pensé era que estaba traficando de nuevo, pero era imposible. Nadie podía estar tan loco... o tan seguro de sí mismo.

Al poco rato llamé a la habitación de Pineda.

"¿Cuándo podemos reunirnos y hablar de los detalles?" me preguntó, con voz ansiosa. Seguramente Mejía lo estaba presionando.

"¿Qué tal si salimos a cenar esta noche? Te recogeré a las 8:30".

"Está bien". Colgó el teléfono.

Rudy nos condujo a Sonia, Lydia y a mi al hotel de Pineda y entró a la recepción para llamar a su habitación. Volvió inmediatamente.

"Quiere que vaya a su habitación".

"¿Cómo está, disgustado, nervioso?"

"No podría decirle. Sólo dijo: dile a Miguel que venga a mi habitación".

A los pocos minutos toqué la puerta de la habitación de Pineda. Abrió la puerta rápidamente; estaba vestido con pantalones y camiseta. "Estoy hablando por teléfono", dijo, "pasa". Cuando entré, miró hacia el pasillo antes de cerrar con llave la puerta; algo pasaba. Se apresuró al teléfono. "Están aquí", dijo. "Te llamaré de vuelta".

Colgó. "Discúlpame, he estado hablando por teléfono toda la tarde, haciendo arreglos". Estaba sentado al borde de la cama, mirándose nerviosamente.

"No hay problema", le dije, sentándome en una silla. El cuarto se veía limpio. Sólo la almohada se veía un poco aplastada. Probablemente tenía ahí el arma.

Pineda fue al grano.

"Hablé con Guacho. Hay algunas cosas que no tomé en cuenta, cuando hablamos ayer".

"No te entiendo".

"Guacho dice que la deuda es de un millón y más".

"Estás bromeando".

"Lo que... lo que dijiste ayer no incluía el tiempo que hemos perdido, todo el dinero que nuestro dinero podía haber ganado. No tomamos en cuenta los problemas".

"Hermano", le dije, midiendo mis palabras y poniéndome despacio de pie, "tenía miedo de que ésto sucediera. No hay manera en que podamos ponernos de acuerdo sin que nos entrevistemos en persona con el Sr. Mejía".

Pineda se puso pálido. "Mira, por lo que dijiste anoche, ibas a darme \$750.000 de mercancía inmediatamente y el resto a tu regreso de Bolivia".

"Vaya", dije, poniendo la mano en la frente. "Pensé que habíamos quedado de acuerdo en que eran \$600.000. He estado demorando hacer una venta para resolver esto. Demoré nuestro viaje a Bolivia. Tengo gente esperando en Nueva York para hacer un trato en este instante".

"¿Qué dices?" demandó Pineda, con los ojos dilatados. "¿No vas a pagar?"

"Claro que no", dije. "Soy un hombre de negocios. No quiero ningún problema; quiero un arreglo justo. No puedes subir de \$600.000 a más de \$1 millón en 24 horas y decir que es justo. Sonia me dijo que aún \$600.000 no es justo; los cheques que el Sr. Mejía le dió no tenían fondos y las joyas no valían lo que me dijiste".

"¡Mentira! Todos los cheques tenían fondos. ¿Ella te dijo que los cheques no tenían fondos?"

"A eso me refiero; hay cosas sobre las que tenemos que discutir aún".

"Entonces, ¿no vas a pagar?"

"¿Por qué te hubiese llamado si no para pagar? No es éso lo que estamos discutiendo, estamos discutiendo cuánto vamos a pagar, lo cual será imposible decidir a menos que Sonia y el Sr. Mejía estén de acuerdo".

"Ya te dije que éso es imposible".

"Mira", dije. "Tengo gente en Bolivia esperando con 150 kilos. No puedo viajar a menos que tenga dinero. No puedo dejar que te lleves nuestra mercancía a California sin dejar un centavo. Tengo negocios que hacer".

Los ojos de Pineda se dilataron. Miró a la almohada y yo me incliné hacia adelante deslizando mi mano por la pierna para tomar mi arma. La experiencia me decía que lo haría y rogué por que no fuese así. No quería usar mi arma.

Pineda se dió la vuelta. "Supongamos", dijo susurrando. "que nunca dijiste esas palabras".

"No quise ofenderte", dije rápidamente, "pero estoy bajo presión. Si dejas que te lleves todo, estoy quebrado".

Pineda se relajó un poco. "Pensé que nos habíamos entendido. Llamé a mi gente, están de venida. Ahora qué les digo, ¿que regresen?"

"Se razonable, Eduardo. ¿Cómo podemos arreglar una deuda si no estamos de acuerdo con la cantidad?"

Después de un momento, Pineda dijo, "¿Quieres hablar con Guacho tú mismo?"

"Me encantaría", dije, "pero en mejores condiciones. Son él y Sonia quienes deben llegar a un arreglo".

"¿Dónde está Sonia en este momento?"

"Afuera, en el auto".

"Vamos", dijo Eduardo, poniéndose de pie bruscamente y tomando una camisa. "Quiero hablar con ella".

## 2

Cuando Pineda y yo nos acercamos al automóvil, pude ver la sorpresa en los ojos de Sonia. Nos sentamos en el asiento de atrás; Rudy y Sonia quedaron adelante.

"¡Maneja!" ordenó Pineda.

Rudy me miró. "Da unas cuantas vueltas mientras conversamos".

En menos de un minuto, Sonia y Pineda estaban trabados en una discusión sobre números, tal como yo lo quería.

"Miguel dice que son unos \$600.000", dijo Pineda, "y yo recuerdo que entonces fueron unos \$800.000 y tenemos que tomar en cuenta el dinero que podíamos haber ganado con éso".

"Pero ninguno de los cheques tuvo fondos suficientes". dijo Sonia.

"¡Eso es imposible!" dijo Pineda. "Yo los giré personalmente. Llegaron al banco".

Sonia lo enfrentó. "¿Tienes pruebas?"

"Tengo los cheques cancelados en Miami".

"¿Los tienes en Miami?" Sonia se veía preocupada.

"Dos de los cheques por \$500.000 son de mi propia cuenta y también está el dinero que te mandamos a Panamá".

"Lo revisaremos mañana", dijo Sonia, "iremos a la casa y calcularemos la cantidad. Telefona a Papo, hablaré con él".

"¡Okay!" dijo Pineda, disgustado. "Haremos eso mañana. Lo que quiero saber es si debo llamar a mi gente para avisarles que vengan o no. Eso es todo lo que quiero saber, nada más. Algunos de ellos ya están en camino. Y otros saldrán mañana. No quiero que lleguen aquí y tenga que decirles..".

"Ellos pueden ver la mercadería mañana", dijo Sonia.

"¿Qué?" dijo Pineda.

"Pueden ver si les gusta o no la mercadería. ¿Si o no?" presionó Sonia.

"Si... si", dijo Pineda.

"Espera un rato", dije. "Todavía no estamos de acuerdo sobre el monto de la deuda. Tengo que viajar a Nueva York el sábado a más tardar..".

"No importa", interrumpió Sonia. "Tu viaje no es un problema. En los próximos dos días podrán ver la mercancía y escoger la cocaína que quieran".

Sonia había tomado súbitamente control de la Operación Huno y casi no me dí cuenta. Quería que el caso llegara al clímax hasta mañana. Si los hombres de Pineda trataban de llevarse la cocaína, serían arrestados y la operación terminaría. Tenía que retomar el control, así que llevé la conversación hacia el tema de cuánto en realidad le debía Sonia a Mejía.

"Según la contabilidad", dijo Pineda, "cuando hicimos la transacción en Cali, le dimos a Sonia alrededor de \$800.000, contando \$300.000 en joyas y los \$500.000 en cheques".

"Pero casi todos los cheques no tenían fondos", dijo Sonia mirándome.

La angustia en sus ojos era clara, sus manos no estaban limpias. Siempre había sido evasiva en cuanto al dinero que había recibido en cheques de Mejía, diciendo que no importaba porque de todos modos no tenía fondos. La DEA había creído en el cuento. Pero no tenía sentido que Mejía hiciera un adelanto de dinero para drogas con cheques sin fondos, especialmente si ya le había dado joyas y el automóvil. Los cheques habrían sido rechazados mucho antes de la entrega de la cocaína. ¿Qué había pasado con el medio millón de dólares?

"Nunca me avisaron que los cheques no tenían fondos", dijo Pineda. "Tal vez los cheques sin fondos fueron los que giraron *Los Pablos*".

"Si", dijo Sonia.

Eso era muy poco probable, ya que *Los Pablos* (Pablo Ochoa y Pablo Escobar) eran los dos mayores traficantes en Colombia. Sonia había revelado otro de los tentáculos de la conspiración; la compra de cheques por parte de Mejía de las corporaciones "legales" de Los Pablos, para encubrir pagos por drogas. La DEA estaría feliz de recibir esta información.

"El único modo de resolver esto", dije, "es si Sonia y Guacho se ponen de acuerdo sobre una cifra. ¿Cuántos kilos serán necesarios para pagar la deuda? Sea cual fuese el número, si los dos están satisfechos; esa será la cantidad justa".

"Exactamente", dijo Pineda exhausto. "Entonces... lo llamaré ahora mismo".

"Iremos directamente a la casa y esperaremos tu llamada", dije.

Era perfecto. Había logrado todo lo que quería, la demora y el contacto directo con Mejía. "¿Estás de acuerdo?" le pregunté a Sonia.

"¿Por qué no arreglamos todo mañana?" dijo. "Te llevas una muestra de la mercadería; haces lo que tienes que hacer. Hablaré con Papo. Decidimos y ahora queda todo listo.

"Bueno", dijo Pineda, confundido por el cambio súbito.

"Mañana en la mañana entonces", dijo Sonia. "¿A qué hora quieres que lo hagamos?"

De nuevo trataba de forzar el fin del operativo de manera que yo no pudiera reaccionar sin salir de mi rol.

"Temprano", dijo Pineda, alegrándose. "Los esperaré lo más temprano posible".

Sonia siguió adelante. "A las diez. ¿Está bien?"

"Si", dijo Pineda.

Sonia acababa de sacarme de en medio y tomar el control absoluto. Tuve ganas de botarla del auto, pero eso hubiera estado fuera de mi rol. En vez de eso me incliné y pregunté, "¿Cómo podemos hacer el negocio si no estamos de acuerdo en el monto?".

Silencio. Sonia me miró enfurecida.

Pineda finalmente meneó la cabeza derrotado. "Exacto...".

Sonia comenzó a hablar de nuevo, pero la corté bruscamente. "¡Tenemos que llegar a un acuerdo!".

Pineda quedó de acuerdo en arreglar una llamada entre Mejía y Sonia. Cuando lo dejamos en el hotel había perdido toda esperanza de conseguir droga en este viaje. Estaba defraudado, pero aún nos creía, la condición exacta en que yo quería que estuviese.

De vuelta a la casa, Sonia tenía la mirada perdida en las luces de la lejanía.

"Sonia", le dije, "no puedes hacer eso".

"¿Qué?" dijo disgustada, mirándome de reojo.

"Yo estoy a cargo del operativo", dije lo más suavemente que pude. "Si lograbas lo que querías el caso hubiera acabado mañana. No es éso lo que queremos".

"Como digas", me contestó y se dió la vuelta.

Pensé en decirle que se cuidara, que si repetía lo de esta noche, la entregaría personalmente a Mejía. Así es cómo se trata a los informadores. Pero no lo hice porque no sabía cuánto nos quedaba por andar juntos. Ella era tan enemiga mía como Suárez, Mejía o los inspectores; pero en su caso mi futuro y quizás mi vida estaban estrechamente ligados con la de ella. No podía bajar la guardia por un solo instante.

### 3

Cuando volvimos a la casa, llamé a Rourke y le dije que con suerte hablaríamos directamente por teléfono con Mejía y tal vez tendríamos un número de teléfono dónde localizarlo.

"Supuestamente está en Miami", dije. "El tipo es muy astuto y muy peligroso. El instante que sepamos dónde está, tenemos que vigilarlo y mantenerlo allí hasta que lo arrestemos".

"Sólo consigue el número", me dijo Rourke. "Haré que la DEA de Miami esté preparada".

"Esta puede ser nuestra única oportunidad para agarrar a este tipo, Jack. Ni siquiera tenemos una foto suya. Diles a los de Miami que por lo menos traten de sacarle una foto mientras habla por teléfono. Pineda dijo que su mujer estaba en Miami para dar a luz. Tal vez podrían identificarla o algo por el estilo, lo que sea".

"Sólo consígueme el teléfono, compadre".

La tarde siguiente, Rourke y Turgid esperaban en la oficina. Un ejército de policías de Tucson y agentes vigilaban el "Holiday Inn". No se había detectado ningún acto sospechoso y Pineda no había salido de su habitación.

A eso de las 3:45 sonó nuestro teléfono. Contesté yo. "El Sr. Pineda quiere que Sonia lo llame al "Holiday Inn", dijo el servicio de contestación.

Salí apresuradamente a la piscina para llamar a Sonia. "Creo que ahora sí", le dije. Se puso de pie sin decir palabra y me siguió a la cocina. Conecté la grabadora al teléfono, puse el audífono para poder oír la conversación y marqué el número del "Holiday Inn". Le pasé el teléfono a Sonia con mano temblorosa.

"Está esperando tu llamada en este instante", dijo Pineda, y le dió el número con código de Miami.

Cuando Sonia colgó, llamó a Rourke y le dió el número. "No podemos demorar mucho", dije. "Si esperamos demasiado, va a oler que algo anda mal y saldrá del país".

"Así es".

"Esta llamada podrá ser toda la evidencia que tengamos en su contra".

"Tienes razón".

"¡Jack! Por favor asegúrate que en Miami sepan a cuánta gente han matado estos tipos".

"Créeme, ya lo saben".

"Asegúrate, ¿bueno Jack?. Si hay algo que haría que este operativo valga la pena sería atrapar a este tipo".

"Bueno, si cuelgas el maldito teléfono los podré llamar".

Supuse que la llamada de Rourke a Miami tomaría un minuto. Les tomaría unos 90 segundos a los agentes de Miami para descubrir el lugar donde se encontraba Mejía. En tres minutos enviarían la dirección por radio a los automóviles de la DEA. En seis minutos, los automóviles se dirigirían a dondequiera que Mejía estuviese esperando la llamada de Sonia.

Me lo imaginé esperando la llamada cerca de una cabina telefónica. Estaría nervioso. Tenía que sospechar algo, sabía cómo era Sonia. Le había robado casi \$750.000 y había logrado ocultarse durante casi un año y medio.

Vi cómo los agentes estacionaban sus autos. No podrían arrestarlo sin descubrirnos, pero por lo menos lo seguirían hasta donde estaba viviendo, para arrestarlo a su debido tiempo. Tal vez lograrían sacarle una foto mientras hablaba con Sonia, sería evidencia de primera.

Habían transcurrido siete minutos desde que hablé con Rourke. Ya deberían estar cerca de Mejía. Transpiraba intensamente. Comencé a marcar el número. El teléfono sonó una vez... dos veces. Había esperado demasiado, ¡mierda!

"Aló", dijo una voz de hombre.

"¿Papo?" dijo Sonia.

"El habla".

"Hablas con Sonia. ¿Cómo estás?"

"Bien y ¿tú?" dijo ásperamente.

"Te llamo para saber si estás de acuerdo", dijo Sonia, "¿si sabes lo que hemos estado haciendo aquí con Eduardo?"

Sus ojos estaban dilatados y su cara sonrojada, estaba aterrizada.

"¿Qué?"

"Que te estoy llamando para saber si estás de acuerdo, sobre... lo que estamos arreglando con Papo, con Eduardo". Tenía tanto miedo, que confundió los nombres.

"Si", dijo Mejía, sin duda tratando de decidir si colgar o no. No había dicho aún nada que lo incriminase.

"Llegamos a un acuerdo sobre 25 kilos. ¿Lo sabes?"

"Si, él me dijo más o menos lo mismo", dijo Mejía olfateando la carnada pero aún sin morder.

"Sólo quería saber si tú lo sabías", dijo Sonia. Sujetaba el teléfono con las dos manos para evitar temblar.

"¿Qué?" dijo Mejía cortante, aún parecía que colgaría en cualquier momento.

"Sólo quería saber si tú lo sabías... ahora ya lo sé", dijo Sonia, lista para colgar.

Mejía quedó en silencio un rato. Todavía no había dicho nada que lo incriminara. Finalmente, continuó hablando. "Debes saber Sonia, que lo que diga Eduardo es lo correcto. Pero también debes pensar que nos estafaste. Nos costaste dos años".

Había mordido el anzuelo y había dicho lo suficiente como para encarcelarlo.

"No, no es éso", dijo Sonia. "Al principio quise arreglar la situación, pero después estuve enferma, sé que tú... es que estaba en una situación tan mala que no pude llamarte. Es por éso que te llamo ahora. Discúlpame. Se que has perdido mucho; pero de ahora en adelante trataré de arreglar todo. Sólo quería saber si estabas de acuerdo, para que hagamos los arreglos con Eduardo".

Sonia estaba casi rogándole que aceptara, para que lo hiciera ¿qué? No habíamos llegado a ningún acuerdo. ¿Qué pasó con la historia de los cheques sin fondos? ¿Dónde estaban las negociaciones?

"Oye Sonia, ¿vamos a hacer el trato?"

Sonia me miró lívida de terror. "Dos o tres semanas", susurré.

"Lo tendrás en ocho días", dijo Sonia mirándome directo a los ojos.

"Entonces que sean 30 kilos" dijo Papo.

"Nos llegarán 25 kilos en una semana", dijo Sonia.

"¿Qué?" dijo Mejía, tan confuso como yo.

"Tendrás todo en ocho días... todo".

"¿Qué?"

"Tendrás los 25 kilos en ocho días", dijo Sonia.

"Te dije que sean 30, Sonia. Me has causado muchos problemas".

"Exactamente. Entiendo... Sé que estás en... bueno, que estás en lo correcto, bueno... si..". Hablaba sin sentido.

"Digamos que sean 30 y todo queda arreglado", insistió Mejía.

"¿Quieres 30?"

"Es lo justo".

"¿Sí?"

"Harás lo correcto. Y será como si nunca hubiese pasado nada".

"Está bien. Entonces estamos de acuerdo en 30".

"Sí", dijo Mejía.

"Lo arreglaré con Eduardo".

"¿Seguro?"

"Absolutamente seguro", dijo Sonia, "Te entregaré todo, en diez días a más tardar y seremos amigos de nuevo".

"Listo, perfecto. Habla con Eduardo y puedes estar segura de que será como si yo estuviese allí".

¡Perfecto! Así lo vería el jurado, también. "Trata de hacerlo hablar más", susurré. Sonia asintió.

"Como estaba en peligro, quería por lo menos oír tu voz... que sepas del trato...que estoy haciendo lo correcto".

"Tienes que hacerte ver, para que podamos conversar", dijo Mejía.

"Claro", dijo Sonia, poniéndose más audaz, "nos veremos de aquí en adelante".

Mejía también se tranquilizó y parecía no tener el menor apuro por colgar el teléfono. Comenzó a preguntar a Sonia por gente que ambos conocían. Yo me sentía contento. Me imaginé a los agentes ocultos a su alrededor, tomando fotos, listos para seguirlo. ¡Buen trabajo!

"Tuviste muchos problemas", dijo Mejía.

"Sí, pero están resueltos", dijo Sonia, mirándome.

"¿Qué paso con ese tipo, como se llamaba?"

"¿Cuál? ¿Cuál de ellos?"

"Ese tipo Willy".

"Todos ellos son tipos malos", dijo Sonia, tratando de cambiar de tema. Sin duda se trataba de otro narcotraficante al que había estafado y sobre lo que no había informado a la DEA.

"Bueno, ese Willy es una basura", dijo Mejía. "Se negó a hablar conmigo".

"Y Lucho", dijo Sonia, cambiando a un tema más seguro. "El gran Ministro Lucho Arce, que me arruinó después de todo lo que hice por él. Tú lo viste, estabas allí. Sabías que toda la gente que estaba conmigo eran sus representantes".

"Por supuesto, por supuesto, pero yo no podía hacer nada, Bolivia está fuera de mi alcance. Estaba muy disgustado cuando desapareciste de pronto. Si hubieras hablado conmigo; soy una persona razonable".

"Oye, algo más", dijo Sonia, mirándome significativamente para mostrar que lo estaba manteniendo al teléfono. "Nos van a llegar unas 150 alfombras, veremos si después de la entrega podemos hacer unos negocios con el resto".

"Por supuesto, no hay problema. Tú sabes que soy una persona sincera".

"Sí".

"Primero arreglaremos la deuda, después podemos llegar a un arreglo por el resto. Sabes que vivo en California. Sólo vine para el nacimiento de mi hijo. Nació hace dos días".

"Felicidades".

Luego Mejía mencionó a Pachi, y Sonia, en el pánico por cambiar de tema, casi cometió un serio error.

"Y Pachi, ¿está aquí en el ejército o en la universidad?"

"Estuvo aquí hace seis meses", dijo Sonia, su mano temblaba de nuevo. "Quisieron matarlo; también me buscaban a mi para matarme".

"Así me dijeron. Me enteré de todos tus problemas".

"Sé que te hice quedar mal. El Ministro se quedó con todas las joyas, mis casas y me dejó en la calle. Voy a tratar de recuperar mis casas..".

"Pero ¿acaso ya no tienes problemas en Bolivia?" la interrumpió Mejía, incrédulo.

"No", dijo Sonia, "lo que importa es que ahora todo está arreglado contigo".

"Ah, no, no, ese problema, por supuesto, ya lo arreglamos", dijo Mejía, pero había un asomo de duda en su voz. ¿Cómo podía Sonia volver a Bolivia después de apenas escapar con vida?

Finalmente, Sonia trató de atraer a Papo para que viniera a Tucson.

"Mira, el día en que hagamos la entrega, vienes, tomas una muestra y si te gusta, negociamos el resto".

"Ah, bueno, perfecto". dijo, pero con la voz tensa. "Si hay algo, habla con Eduardo".

"Cuando todo esté arreglado", dijo Sonia, "no tendremos problemas. Es que oí todo tipo rumores, la gente me decía que ibas a matar a mi hija. Me asusté".

"Sabes, Sonia, todos tenemos problemas, pero hasta arreglarlos no se pueden hacer las cosas calmadamente. Tu págame lo que me debes e inmediatamente haré correr la voz de que me pagaste y estamos en paz".

"Bueno, ya estoy más tranquila", dijo Sonia, aunque su aspecto no lo mostraba.

De repente se oyó un ruido en la línea. ¿Quién demonios estaba jugando con el teléfono?

"¿Hola?" dijo Sonia sorprendida.

"¿Aló, aló?" dijo Mejía.

El ruido dejó de escucharse.

"Entonces, ¿hablaremos cuando se haga la entrega?" preguntó Sonia.

"Listo", dijo Mejía bruscamente.

"¿Está bien?"

"Está bien, Sonia", dijo él en tono más amable. Tenía que sospechar algo ahora.

"Listo, cuando hagamos la entrega", dijo Sonia, "te llamaré al servicio de contestación y puedes ponerte de acuerdo con Eduardo".

"Listo".

La conversación más costosa de la vida de Papo Mejía había acabado. Había estado al teléfono menos de 15 minutos.

"¡Lo logramos!" exclamó Sonia.

Llamé rápidamente a la oficina de la DEA y pregunté por Rourke. "¿Y bueno?" le pregunté.

"¿Bueno qué?"

"¿La oficina de Miami lo ubicó?"

"¿Estás bromeando? Apenas conseguí que investiguen el maldito número de teléfono".



## XXII

### EN EL FILO

Desde el momento en que Rourke me informó que la DEA de Miami no había hecho nada para investigar la llamada telefónica con Mejía, sentí que estaba en una nube de incredulidad. Pasé como sonámbulo las 36 horas siguientes a la llamada; haciendo lo que se me ordenaba y sin hablar con nadie.

Los miembros de la organización de Mejía habían llegado a Tucson desde Miami y California, trayendo con ellos un jeep con compartimientos ocultos para transportar drogas. Pineda me llamó para preguntar si podía guardar el jeep en la casa hasta nuestro regreso a Tucson. Este era el tipo de oportunidad que hubiera acelerado mi corazón de investigador. Era una oportunidad para averiguar los números de licencia y de chasis de un vehículo de transporte de drogas; las huellas digitales que se pudieran tomar permitirían buscar e identificar a quien estuviese relacionado con el auto; los residuos de cocaína, que ciertamente se encontrarían en los compartimientos ocultos, permitirían hacer acusaciones adicionales para encarcelar a esta gente. Todas estas posibilidades pasaron por mi mente por fuerza de la costumbre; pero en realidad me importaban muy poco. Envié a Rudy y a otro agente a recoger el jeep y me olvidé del asunto.

Ana llamó varias veces para avisarme que Pacho Cuervas estaba listo y esperándome en Colombia, pero apenas me restaba energía para hablar con ella. Mi ex esposa me llamó para avisarme que mi hija no había regresado a dormir a la casa. Le dije que iría y colgué. Alguien llamó desde el cuartel general a la DEA en Tucson y dejó el mensaje de que los inspectores estaban revisando de nuevo mi archivo personal. Y cuando Rourke llamó y me dijo que tenía que quedarme un día más en Tucson y me preguntó si podía acompañar a Sonia hasta su casa en Virginia, le contesté, "Claro, porque no".

Eran las 4:00 del sábado 13 de marzo viajaba con Sonia en el vuelo 452 de American Airlines con destino a Washington. Sonia había dormido desde que el avión despegó a las 2:00 a.m. No tenía sentido que Sonia y yo estuviésemos juntos; demasiada gente nos quería ver muertos.

Estaba despierto, con la vista perdida al final de la cabina. Pensaba en mi vida, mi hija, el caso Suárez, el golpe en Bolivia y la Operación Huno. Miré a Sonia y pensé en los grupos paramilitares neo nazis. Nunca conocí su famosa casa de tortura, pero sabía que le pertenecía. Me sentí deprimido.

Llamé a la aeromoza y le pedí unas aspirinas. Tragué un puñado, cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento. Quizás dormí.

Finalmente, una luz grisácea comenzó a iluminar la cabina. Poco a poco el avión volvió a la vida. La tripulación sirvió el desayuno, Sonia despertó, se despertó y comenzó a comer sin decir palabra. ¿Cómo podía mantenerse tan fresca? Aunque se me había pasado el dolor de cabeza, no tenía apetito. Sabía que debía consultar con un médico sobre el dolor, pero no podía hacerlo. Si los "ternos" se enteraban, me obligarían a hacerme examinar, lo que les daría mayores motivos para despedirme.

¿Qué es lo que posibilita que los agentes nos enfrentemos a armas de fuego sin pestañear y sin embargo temblemos ante un "terno" con poder de despedirnos?

Durante 17 años mi trabajo había sido el propósito de mi vida; sin dejarme ni tiempo ni energía para otra cosa. Pero tenía fe en lo que hacía y acepté el sacrificio. Ahora, sentía como mi fe se tambaleaba y perdía el propósito de mi vida. Quizás fuese por esa razón que los agentes que se jubilaban morían a los cinco años. Sentía cómo el trabajo me estaba matando y sin embargo no podía liberarme.

Después de desembarcar, alquilé un automóvil. Mantuvimos silencio durante la media hora de viaje a la casa de Sonia. Cuando llegamos a la calle donde vivía, pasamos al lado de un auto.

A primera vista no me pareció raro, pero me dí cuenta de que estaba estacionado demasiado cerca de un camión. Era un viejo truco de vigilancia.

Por el espejo retrovisor logré ver a dos hombres sentados tratando de mantener la cabeza baja.

"¿Jack te dijo algo sobre hacer vigilar tu casa?" le pregunté a Sonia.

"No".

Estacioné frente a la casa, el auto misterioso estaba a una cuadra de distancia. Faltaban unos minutos para las 10 en punto y la casa estaba cerrada y silenciosa.

"Me voy", dijo Sonia en tono cariñoso. "Te voy a extrañar, Miguel". Apoyó la mano en mi hombro y se inclinó, esperando que le diera un beso.

No respondí, no podía quitar los ojos del espejo retrovisor. ¿Por qué Sonia se había tornado tan amistosa de repente? ¿Y cómo supieron que regresaríamos esta mañana?

Cuando Sonia se bajó y cerró la puerta, desperté. Lo que menos quería era que ella estuviera enojada conmigo. "¡Sonia!" la llamé, pero ella ya había entrado a su casa. ¡Maldición!

Puse en marcha el auto, con los ojos fijos en el espejo retrovisor. El automóvil no se movió, hubiera sido muy obvio. Estaban vigilando para averiguar cuánto tiempo transcurrió entre el aterrizaje del avión y la llegada de Sonia a su casa. Casi podía ver el informe:

El 14 de marzo de 1982, el Agente Especial Michael Levine y la informadora llegaron al Aeropuerto Nacional de Washington a las 9:00 a.m., donde Levine alquiló un automóvil. El par fue visto tres horas después llegando a la residencia de la informadora. El trayecto entre el aeropuerto y la residencia es de sólo media hora.

Tal vez fue por eso que Rourke me mandó solo con ella.

Si eran inspectores y Sonia trabajaba para ellos, me podrían acusar de lo que se les antojase. Los inspectores habían tratado de que los pilotos y Lydia mintieran en mi contra, ¿por qué no hacer lo mismo con una informadora? Probablemente tenían fotos de nuestra llegada. Tal vez fue por eso que ella quiso un beso de despedida para la foto.

De pronto mi temor se tornó en furia. Si no me defendía, estos cabrones no me dejarían en paz. Recordé cómo un agente me contó una vez cómo había planeado matar a dos inspectores que lo perseguían día y noche. "Soy agente de narcóticos", me dijo. "Tengo miles de enemigos; si veo que dos tipos de mal aspecto me siguen en un auto, les hago el quite y los sorprendo por detrás. Golpeo el auto con el revólver, se dan la vuelta, me parece que tratan de sacar sus armas. Les disparo en la cabeza. Si me preguntan algo después, diría que cometí un error".

Luego pensé que no eran inspectores, eran de la CIA.

Mario me había dicho en la Argentina refiriéndose a Hurtado, "crea una situación embarazosa para tu gobierno y el mío". Esa fue su explicación por

qué el tío de Sonia, Hugo debía ser muerto. Mario lo había hecho para la CIA y ahora yo debía enfrentar a las mismas gentes: Arce Gómez, El Alemán, Pacho Cuervas y quizás, al mismo Mejía. Si la CIA protegía a los narcotraficantes, ¿por qué no matarme? Le podrían echar la culpa a Mejía o a cualquiera de las miles de personas que había mandado a la cárcel.

Llegué a la esquina y di una vuelta brusca a la derecha. No pensaba en lo que hacía, había perdido el control. Saqué mi arma de 9 mm. y la sostuve en la mano. Sólo tenía que sacar el seguro y estaría lista para disparar.

Yo era un agente encubierto trabajando en el caso más sensible de la DEA, y los más grandes narcotraficantes habían puesto precio a mi cabeza, yo había percibido precisamente que dos sospechosos me vigilaban, *¡prueben a matarme!*

Paré el auto antes de llegar a la esquina. Apenas se veía la parte trasera del camión. Me acercaría a pie.

*Sí señor juez, me acerqué furtivamente porque me pareció ver a dos hombres en el auto. No podía dejar que me sorprendieran. Vi que uno de ellos acercó la mano al costado...*

Había salido del auto y llevaba el arma en la mano. Una voz dentro de mí dijo. "¡Alto, piensa en lo que estás haciendo!" Sentí cómo la furia que llevaba dentro llegaba al tope. Quizás estaba en ese estado que los expertos legales llaman "locura temporal". Corrí al lado del camión; creo que grité.

El automóvil ya no estaba allí.

Quedé inmóvil en medio de la calle, mi corazón a punto de explotar, tratando de recuperar la cordura.

A menudo pienso en lo que pudo haber pasado si el auto hubiera estado allí. Pero el auto no estaba y nunca lo sabré.

## XXIII

# MISIÓN IMPROBABLE

### 1

El lunes 15 de marzo, por la tarde, crucé en mi motocicleta el Puente de la Calle Catorce hacia Virginia; me sentía renovado. El viaje de ida y vuelta de 500 millas hasta Nueva York y los dos días que pasé con mi hija, me hicieron dar cuenta de que mi vida se extendía más allá del trabajo con la DEA. No había mucho que pudiese hacer para alterar el curso de lo que los "ternos", los inspectores y la CIA decidiesen hacer conmigo. Pero había mucho que podía hacer para cambiar el curso de la vida de mi hija.

Me había jurado que no usaba drogas. Quería creerle. Pero me sentía enfermo de tanta preocupación e inseguro sobre lo que debía hacer. Aunque no lo supe entonces, había empezado lo que más tarde sería la guerra contra la droga más importante de mi vida, la que salvaría a Niki.<sup>1</sup>

De regreso a Washington mis sentimientos en cuanto al problema con la agencia oscilaban entre dos opciones: sobrevivir o pelear. La primera había funcionado durante la Operación Huno y la investigación de Seguridad Interna. La segunda era que quienes protegían a los narcotraficantes debían

---

1) La historia completa de esta guerra está relatada en "*Fight Back*" (New York: Dell Publishing, 1991)

ir a la cárcel y yo se los demostraría. Cuando llegué a Virginia, sentí que estaba listo para la lucha.

En mi apartamento, la luz de la máquina receptora de mensajes parpadeaba, habían unos seis mensajes, todos de Rourke. El último decía, "¿Dónde diablos estás? ¿Quiéres o no ir a Colombia?"

A las 6:00 de la mañana siguiente, llegué al estacionamiento subterráneo de la DEA, vestía chaqueta de cuero negra, jeans y botas. En la parrilla de la moto llevaba mi maletín. Si tenía que viajar, estaría listo.

El garaje estaba vacío. La mayoría de los empleados llegaban a las 8:30. Me gustaba la soledad de la mañana; podría tomar un café y descansar antes de que la Máquina de la Guerra Antidroga comenzara a funcionar.

Estacioné la motocicleta en una esquina del garaje. Me saqué la chaqueta y la chompa y quedé con sólo una polera sin mangas; comencé a cubrir la moto con una cubierta plástica que se amarraba a las ruedas.

Estaba terminando de hacer eso, cuando oí abrirse la puerta eléctrica del garaje. Quedé encandilado por las luces de uno de los Chevrolets recién adquiridos por la DEA. Cuando el automóvil pasó a mi lado, vi la cara de nada menos que el nuevo jefe de la DEA, Francis "Bud el Terno" Mullen y me dí cuenta de que éste trataba de mirarme. El auto paró a unos 20 metros y comenzó a retroceder.

Había oído decir que Mullen se ponía furioso si veía a algún agente que no estuviese vestido formalmente; y lo peor es que creía que todo aquel que anduviese en moto era un criminal. Y aquí me encontraba yo, con los hombros tatuados, jeans, botas y una polera y acababa de llegar nada menos que en moto al lugar más sagrado: el garaje de la DEA.

Estaba seguro de que no me había reconocido. Había estado destacado en el cuartel general por poco tiempo. Pude haberme acercado e identificarme; pero para qué buscar más problemas, especialmente con el Administrador de la agencia, para quien el atuendo de los agentes era tan importante<sup>2</sup>. Tomé mi maletín y ocultando la cara con el casco, me dirigía mi oficina.

Una hora después, vestido de terno y corbata, salí del cuartel general a tomar un café. Tomé una taza en el mostrador y busqué una mesa tranquila en una esquina de donde podía ver la calle.

"¡Oye, Mike!" Era Tony Buono. Me llamó a su mesa. "Acompáñame, hombre".

"¿Qué novedades?" le pregunté sentándome.

Rió y abrió su chaqueta. "Brooks Brothers", dijo señalando la marca. "Estoy en el programa".

Reímos y le conté sobre mi encuentro en el garaje.

---

2) La fijación mental con el traje continúa. En junio de 1993, un artículo del "New York Newsday", reveló que el agente de la ciudad de New York, Felix Jiménez, ha rehusado las órdenes dadas a los agentes de llevar "adecuada vestimenta de negocios".

"A la mierda!" dijo Tony. "¿Has oído sobre los últimos cambios?"

"Si, pero las cosas no cambiarán, sólo la forma".

"Entonces no has oído", dijo riendo. "Nos van reorganizar. Habrá una división para heroína, otra para cocaína, una para marihuana y una división para drogas peligrosas a cargo de todas las otras. Cada una funcionará separadamente... como el FBI".

"¡Eso sería como si la asociación médica ordenase a los médicos que se especialicen en la parte derecha o izquierda del cuerpo!" dije incrédulo.

"Correcto", contestó Tony. "El esquema ya fue aprobado por el Fiscal General".

Inmediatamente pensé en Pacho Cuervas, el traficante de cocaína que me había ofrecido marihuana y morfina. Bajo la nueva organización, la investigación sería manejada por tres divisiones. Era casi imposible que un "terno" tomara una decisión; que tres la tomaran sería como desafiar la ley de gravedad. "¿Cuándo se implementará?" pregunté, preocupado.

"Dentro de unas dos semanas", dijo Tony, sonriendo de oreja a oreja. "Hey, parece que viste un fantasma".

"Ha sido una mañana medio rara, Tony".

"No te preocupes, Mikey. Es hora de que tomes esto más a la ligera. Compra la ropa adecuada y busca un ascenso".

## 2

A las 10:20 del primer día de mi retorno al cuartel general, me sentía tan atrapado como el día en que partí a Tucson. Pensé que haber presionado para que se siguiera el caso Cuervas había sido un error; cuando Rourke entró a mi oficina.

"¿Dónde estuviste?" preguntó, sentándose y prendiendo un cigarrillo. "¿Estás listo para ir?"

Lo miré. "¿Hablas en serio, Jack?"

"Nos dieron luz verde. ¿Quieres ir o no?"

"Por supuesto", dije. La aprobación había sido muy pronta, no parecía cosa de la DEA.

"No sé", dijo Rourke, "no te ves muy emocionado".

"Créeme que lo estoy".

"Qué bueno, porque Ana Tamayo no deja de llamar. Parece que convenció al tipo".

"Así parece" dije, sintiendo un escalofrío.

"Bueno, Sonia le dijo a Ana que llegarías tan pronto terminases un negocio aquí. Así que muévete".

Durante la hora siguiente Rourke y yo asistimos a una reunión de planificación con Marcelino Bedoya, coordinador con experiencia en

Sudamérica, y Tom Kennedy, oficial de operativos especiales. Ambos merecían mucho respeto. También estuvo presente Ed Grey (nombre ficticio), oficial de relaciones con la CIA y otras agencias de inteligencia. (Varios agentes de la DEA estaban seguros de que en realidad era agente de la CIA).

Durante la sesión, se me informó que Dave Kunz estaba de acuerdo con acompañarme como piloto. El llevaría pasaporte sudafricano o canadiense y yo usaría pasaporte y papeles argentinos. Viajaríamos a Ciudad de Méjico con nuestros pasaportes oficiales. En Méjico nos encontraríamos con un agente de la DEA, quien se haría cargo de los papeles que nos identificaban como ciudadanos americanos. Después viajaríamos a Cartagena con identidades nuevas, donde nos esperaría uno de los pilotos de Cuervas, llevándonos a su hacienda. De ahí en adelante estaríamos sin apoyo. Era bastante simple.

Sólo que me sentía aterrorizado.

Si ésta fuese una guerra en la cual la gente sabía lo que hacía, el caso Cuervas hubiese sido fácil. Pero con la incompetencia de los "ternos" de quienes mi vida dependería, comencé a cuestionarme la cordura de hacerme cargo del caso.

Había enseñado a miles de agentes jóvenes que ningún caso merecía arriesgar la vida. Si la intuición te decía que algo andaba mal, no lo debías aceptar.

Pero la Operación Huno no era un caso cualquiera. Había llegado demasiado lejos para poder dar la vuelta.

Marqué el número que Grey me había dado para arreglar lo de mi pasaporte argentino. El número era de Washington D.C. y no del cuartel general de la CIA en Langley, Virginia.

"Aló", contestó una voz de hombre.

"Habla Mike Levine. Me informaron que esperarían mi llamada".

"Sí", dijo la voz. "¿Tiene tiempo el jueves por la mañana?"

"Sí", dije.

"¿Puede estar en la estación del metro de Foggy Bottom, exactamente a las 10 a.m.?"

"Sí".

"Está ubicada justo frente a la universidad. Vestiré una chaqueta impermeable azul. Tengo barba y llevaré una mochila azul".

"Allí estaré", dije. "Vestiré un abrigo de cuero negro. Tengo bigote y...".

"Conozco su apariencia", dijo y colgó.

La mañana siguiente, recordando el incidente con Mullen, tomé el metro para ir a la oficina. Mi instinto no me engañó. A las 9:00 a.m. sonó mi teléfono, era un "terno" desconocido. "Alguien me avisó que viene al trabajo en motocicleta, Levine".

"Sólo la he usado una o dos veces", dije. "Estuve asignado a Tucson y Miami".

"Si, lo supe", dijo sin inmutarse. "¿No estuvo por casualidad en el garaje subterráneo ayer a las seis de la mañana?"

"¿Por qué, qué pasa?"

"El Administrador cree que un motociclista pandillero logró evadir el sistema de seguridad".

"¿Está bromeando?"

"No. Ha pedido que el FBI investigue el asunto".

Más tarde, me encontré con Tony en uno de los pasillos. Rió y me dijo, "¿Quieres que te recomiende un abogado, Mikey?"

"¿Para qué necesito un abogado si tengo amigos como tú, Tony?" le contesté, intrigado por lo rápidamente que se había enterado. Le seguí la corriente.

"Olvídalo. Sería mejor que entres al programa", dijo y señaló su chaqueta.

### 3

Exactamente a las 10:00 de la mañana del jueves salí de la estación del metro Foggy Bottom. La calle estaba llena de estudiantes, la mayoría de los cuales tenían barbas y llevaban mochilas.

Había viajado en el metro por casi una hora, tratando de detectar si me seguían. No vi nada sospechoso.

A las 10:10 había visto a cuatro hombres con barba y chaquetas impermeables azules. Hice contacto ocular con cada uno de ellos. Tres evitaron mi mirada y continuaron su camino; el cuarto pasó a mi lado, y retrocedió sonriendo.

"¿Estás en la universidad?" dijo mirándome de arriba abajo.

"Creo que me confundiste con otra persona", dije sintiéndome ridículo.

"Qué lástima", me dijo.

Se alejó, mirándome. Me dí la vuelta y vi a una mujer atractiva que me miraba y sonreía a unos diez metros de distancia. Comenzó a caminar hacia mí, sonriendo.

"¿Mike?" dijo.

"Adivinaste", dije. "¿Cómo me reconociste?, quizás porque soy el único tipo que no lleva una mochila azul".

Rió amablemente, me tomó el brazo y me condujo hacia uno de los edificios de la universidad. "Aquí podemos hablar en privado".

"Bien", dije. "¿Cómo te llamas?" Pensé que si no le preguntaba no me lo diría.

"Elaine".

"Soy Mike".

"Ya lo sé". Sonrió.

Fuimos a la biblioteca de la universidad. Nos sentamos en una mesa, y ella fue directo al grano; hablando de documentos falsos, identidades falsas, etc., mientras sonreía como si hablásemos de otro tema.

"Necesitaremos 20 o 30 ejemplares de tu firma", dijo, "usando tu nombre falso. También seis fotos tamaño pasaporte en blanco y negro, mirando a la cámara en un ángulo de 45 grados. Así se toman las fotos para los pasaportes argentinos". Rió, como si hubiese escuchado la cosa más graciosa.

"¿Para cuándo lo necesitas?"

"Se que partirás pronto". Sonrió, mostrando sus dientes perfectos; sabía más que yo. "¿Me puedes entregar todo mañana en la mañana?"

"No hay problema".

"Bueno", dijo. "¿Qué tal si nos encontramos aquí a la misma hora?" Su cara seguía sonriendo, mientras sus ojos, súbitamente fríos, me observaban. Sentí un escalofrío.

"Está bien", dije, pero ella ya no me escuchaba.

Sus ojos vigilaban a la gente a nuestro alrededor. Se puso de pie y me extendió la mano. La tomé y comencé a ponerme de pie. "No", dijo, bajando la voz y sonriendo. "Espera aquí unos minutos".

Cuando se marchó, quedé sentado en la biblioteca mirando a la gente a través de la ventana y preguntándome cuál sería el secreto. Los minutos se convirtieron en media hora y algunas personas comenzaron a mirarme de reojo. Debía irme; necesitaba las fotos para el pasaporte y tenía aún mucho por planificar, pero no podía moverme. Estaba realmente atemorizado.

Al día siguiente había logrado borrar de mi mente todo pensamiento negativo en cuanto al operativo Cuervas y decidí que todo saldría bien. Pensé que una vez que llegase a Colombia y estuviese fuera del alcance de los "ternos", me ocuparía de que el caso marchara bien. Había pasado parte de la noche haciendo un plan para utilizar la oferta de Cuervas para desestabilizar a los vendedores de drogas. Aún si el plan resultaba efectivo en un cincuenta por ciento, tendría un efecto devastador en el mundo de la droga.

Kunz y yo viajaríamos a Cartagena y recogeríamos las 17 toneladas de marihuana y el millón de dosis de morfina. Almacenaríamos las drogas en Tucson, donde Sonia y yo usaríamos una parte para pagarle a Mejía. Una vez que los hombres de Mejía partiesen de Tucson con las drogas, los agentes los seguirían y los arrestarían en otro estado. Pasaría mucho tiempo antes de que se dieran cuenta de que Sonia y yo trabajábamos para

el gobierno. Pagaríamos el costo de sus abogados para mantener nuestra cobertura.

Con nuestra cobertura y reputación intactas, continuaríamos la Operación Huno en otra dirección, venderíamos las drogas de Cuervas a los mayores distribuidores en los Estados Unidos, para después arrestarlos y volver a confiscar las drogas. Podríamos pagarle a Cuervas con el dinero confiscado a los traficantes y pedir más droga para mantener el operativo en movimiento.

Si nos encontrábamos con algún "narco" que pudiese descubrirnos, simplemente le entregaríamos muestras, filmaríamos las negociaciones y hallaríamos alguna excusa para no consumir el trato. Cuando la Operación Huno llegase lo más lejos posible, todos aquellos con quienes habíamos negociado serían arrestados y acusados de conspiración. Entonces tendríamos suficiente evidencia como para arrestar a toda la gente que aparecía en el libro de direcciones de Sonia, incluyendo a la gente del Cartel de Medellín.

El plan no lograría ganar la guerra contra las drogas -podríamos también perjudicarnos y retornar hacia Bolivia sobre la organización de Suárez-Gasser-, pero era una buena oportunidad para hacer que los maleantes perdieran miles de millones de dólares y crearía la suficiente inseguridad entre los narcotraficantes como para dañar la economía de la droga por varios años. No le costaría un centavo al contribuyente norteamericano, ya que todo el dinero saldría de manos de los mismos narcotraficantes.

Tuve un breve encuentro con Elaine y le entregué lo necesario para el pasaporte. Me informó que el pasaporte estaría listo para el miércoles siguiente (24 de marzo). Me sentí de nuevo como si fuese un verdadero agente.

La DEA no podía haber llegado hasta ese punto si esto no fuese serio. Quizás me había equivocado en cuanto a la fusión con el FBI; tal vez los errores cometidos en Bolivia fueron una anomalía, un incidente aislado donde la CIA se interpuso. La DEA no permitiría que eso ocurriese otra vez.

### 3

El lunes 21 de marzo por la mañana, salí del cuartel general a las 7:30, vestido con mi mejor terno, y crucé a la cafetería. Había hablado por teléfono con mi hija y me sentía esperanzado. No había tenido dolores de cabeza durante el fin de semana y pasé el domingo en la noche conversando con unos amigos sudamericanos, sin mencionar para nada la guerra contra las drogas. Había borrado todos los problemas de mi mente.

El plan operativo para el caso Cuervas había sido aprobado; pero para evitar futuros problemas durante el fin de semana hice una lista de las posibles fallas y sus soluciones. Si, me sentía muy bien; estaba listo para enfrentarme a cualquier cosa.

Tony Bueno estaba en su mesa de costumbre, con sonrisa de haber ganado la lotería.

"Como te vi salir de la oficina, pedí una taza para ti", dijo.

"Gracias", le dije sentándome. Me alegraba estar acompañado. Desde el inicio de las investigaciones de Seguridad Interna, pocos agentes se arriesgaban a hacer vida social conmigo.

"Veo que seguiste mi consejo", dijo, admirando mi terno.

"¿Dónde lo compraste, en Montgomery Ward?" Se rió. "¿De dónde sacaste tanto polyester?" Volvió a reír.

Sonreí discretamente.

De pronto, bajó la voz y mirando en derredor lleno de sospecha dijo, "¿Viniste en moto esta mañana?" Algo en su mirada me puso incómodo.

"¿Qué moto?"

Rió. "Bueno", dijo con mueca diabólica, "como un viejo amigo que soy, pensé en advertirte. No olvides esto. El FBI te tiene encerrado. Te lo dije y tú no has querido escuchar eso...".

"¿Qué quieres decir con eso de "te tiene encerrado"? De todas maneras, supuse que ya me habías acusado".

Tony rió y golpeó la mesa. "Si, pensé en acusarte, pero la cosa es demasiado divertida. Oí que mandaron a dos tipos del FBI al garaje para averiguar el número de placa de tu moto. ¿Estaba cubierta, no?"

"Si".

"Bueno, no pudieron leer el número sin rasgar la cubierta. Hubo una reunión del alto mando para decidir si tenían o no el derecho legal de hacerlo, ya que estaba dentro de la propiedad gubernamental. Llamaron hasta al jefe del consejo para pedirle su opinión. ¿Lo puedes creer?" Tony reía como loco, golpeando la mesa.

"¿Cómo lo sabes?"

Tony me miró con cara astuta. "Tengo mis fuentes de información. ¿Cómo crees que podría acusarte y perderme el espectáculo de ver a esos payasos corriendo como ratones? Olvídalo, no lo haría por nada del mundo".

"No te vayas todavía", dijo Ralph Saucedo, Director Regional de Operaciones en Sudamérica. "El Administrador quiere hablar contigo".

"¿El Administrador quiere hablar conmigo?" Pensé que sería sobre algo relacionado con la motocicleta. Saucedo estaba marcando un número de teléfono.

Miré a Rourke, sentado en una silla con la corbata torcida y el cuello de la camisa abierto. Habíamos finalizado una serie de conferencias con varios "ternos" sobre el operativo Cuervas. Parecía que seguiría adelante, a menos que la motocicleta lo arruinase todo.

"Estoy con Levine" dijo Saucedo. "Está bien, subiremos inmediatamente".

"¿De qué quiere hablar?" pregunté.

"Sobre el operativo", contestó Saucedo, que había sido el motor para el operativo Suárez, aun cuando tuvo que desafiar a la mayoría de los "ternos" para sacar el caso adelante. Era un hombre silencioso, serio, de origen anglo-mexicano y devoto mormón. Supongo que nuestras relaciones estaban basadas en una respetuosa desconfianza mutua. Sin embargo, estábamos otra vez del mismo lado.

"¿No es un poco inusual?" pregunté, sospechando que la moto tenía algo que ver con esto. Nunca antes había tenido que presentarme al director de la DEA antes de una misión.

"Es lo que quiere el director", dijo Saucedo, saliendo de su oficina hacia los ascensores. No dijo nada más.

A los pocos minutos Saucedo, Rourke y yo entramos a la oficina del "hombre principal", el *capo di tutti capo* de la guerra antidroga, el Administrador de la DEA.

Para alivio mío, Mullen no estaba en Washington y en su lugar estaba el Vice-Administrador, Fred Monastero. Habían otros dos hombres de terno azul sentados a ambos lados del escritorio; parecían atravesarme con sus ojos de burócratas. Cada uno de ellos hizo una venia, sin sonreír, al ser presentados.

"En realidad tengo una sola pregunta, Mike", dijo Monastero. "¿Te sientes seguro sobre esta misión... de ir a Colombia en la clandestinidad?"

Quedé atontado. Algo no estaba bien. Todo el mundo sabe que el trabajo de agente no es seguro en ninguna parte. Los agentes de la DEA trabajan en esas condiciones en todo el mundo y rara vez se les pregunta si se sienten seguros. En los 17 años que había trabajado para la DEA, incluyendo cuatro o cinco en Nueva York con Monastero, ningún supervisor me había hecho esa pregunta. Era una preocupación razonable, aunque poco expresada, de cualquier supervisor a cargo de la seguridad de la gente bajo su comando. Pero que el director de la agencia llamara a un agente a su oficina para hacerle esa pregunta era inconcebible en la DEA. Tenía que haber recibido instrucciones específicas para que me hiciese la pregunta y para que hubiesen presentes testigos de alto rango.

"Estoy absolutamente conforme con la misión, Sr. Monastero. No podría estar más seguro", dije. No les daría ninguna excusa para cancelar el operativo. "Esto es lo que he estado haciendo durante 17 años" añadí,

mirando a uno de los hombres del FBI y sonriendo. No me devolvió la sonrisa.

Monastero dió una mirada a los presentes. Todos estábamos en silencio. Sonrió, se puso de pie, y dijo, "Bueno, Mike, buena suerte". Me extendió la mano. "Tienes mi aprobación".

¿Eso era todo?

Le di la mano y miré las caras de los demás presentes. Me sentí mareado, como si estuviese parado en la punta de un iceberg que se alejaba más y más de la costa.

El miércoles 24 de marzo, me reuní con Elaine, la espía, en la biblioteca de la Universidad George Washington. Al sentarnos en una mesa en la parte de atrás, me dijo: "Trae un libro", y me miró con una sonrisa enigmática.

"¿Qué?"

"Trae un libro... de la repisa", dijo, como si le hablara a un niño retardado, mientras mantenía la sonrisa en el rostro. "Para revisar el pasaporte".

Saqué el primer libro grande que encontré en la repisa más cercana, lo traje a la mesa y lo abrí. Elaine, aún sonriendo, me pasó un sobre de papel manila. Lo puse en el libro abierto y saqué su contenido, un pasaporte argentino de aspecto usado.

Hojeé las páginas, era una obra de arte criminal. Conocía los pasaportes argentinos legítimos lo suficiente como para darme cuenta de que éste era verdadero o un facsímil tan bueno como para engañar a cualquier profesional. Las páginas señalaban que un tal Miguel Antonio Rubino había viajado bastante entre Argentina, Méjico y los Estados Unidos, ruta interesante para un narcotraficante.

"Te habrás dado cuenta", dijo Elaine, a *sotto voce* y sonriendo, "que en este momento te encuentras en Méjico. El pasaporte muestra que llegaste a ciudad de Méjico hace dos días. Tienes visa por dos semanas, lo que significa que tienes otros 12 días para viajar a Méjico con tu pasaporte oficial, dejar tu identidad oficial en la embajada americana y transformarte en Miguel Rubino".

"Impresionante", dije.

"No salgas de Méjico usando el pasaporte ni mártes ni jueves de la próxima semana. El empleado de inmigración cuya firma aparece en tus documentos de llegada (estaban adjuntos a las páginas del pasaporte) trabaja esos días, y podría reconocer que no se trata de su firma, aunque se parece bastante. Pero, no tiene sentido arriesgarse".

"Y si alguien llama a Buenos Aires para comprobar tu identidad, encontrarán a un Miguel Rubino viviendo en esa dirección, cuyos datos coinciden con los del pasaporte. ¿Alguna pregunta?" Elaine me miró con su

sonrisa incongruente. Tenía varias interrogantes, pero no me atreví a preguntar nada.

Se puso de pie y me dió la mano. "Buena suerte, Michael", dijo. Por alguna razón el uso de mi verdadero nombre me hizo sonreír.

"Gracias", dije, dándole la mano. Se dió la vuelta y se marchó, antes de que yo dijese otra palabra.

La vi alejarse y salir de la biblioteca, donde se unió a la gente que se dirigía hacia la Avenida Pennsylvania. Su sonrisa había desaparecido.

Abrí de nuevo el pasaporte y lo examiné. Era un trabajo magnífico; el resultado de un esfuerzo conjunto de agentes de la CIA en tres países. El documento me daba la impresión de que estaría recogiendo \$30 millones en drogas en 12 días. Quizás me había equivocado antes; quizás la guerra antidroga era cierta después de todo.

¿Para qué hacer todo este esfuerzo si no lo fuese?

Esa noche volví a mi habitación e hice mi maleta para el viaje a Colombia, escogiendo cuidadosamente lo que necesitaría para mi rol, asegurándome de que la mayoría de las cosas fuesen artículos comprados en Argentina. Preparé una billetera especial con identificación falsa que los policías argentinos me habían dado cuando estuve apostado allí, junto con tarjetas que mostraban un número de teléfono de Buenos Aires, un teléfono secreto de la embajada. Se habían hecho arreglos de modo que si alguien llamaba a Miguel Rubino a ese teléfono, le dirían que estaba "fuera de la ciudad".

En la mañana llevé todo mi equipaje a la oficina. Cerré con llave la billetera y el pasaporte en mi gaveta y puse la maleta debajo de mi escritorio. La maleta permaneció allí por 10 días enloquecedores llenos de cables ilegibles, máquinas de escribir ruidosas, caras serias y miradas de soslayo; 10 días bajo los fríos, inquisitivos ojos de Tommy Dolittle; 10 días que pasaron como si fuesen 10 vidas; 10 días que pasaron rozándome las piernas, como si estuviesen tan ansiosos por partir como yo lo estaba.



## XXIV

# TONTOS DE ABRIL

1

"¿Puedo pasar?" dijo Ed Grey. Levanté la vista del escritorio y vi su cabeza en el umbral de la puerta. Una sonrisa nerviosa parecía sugerir que esperaba una respuesta negativa.

"Claro que sí". Me sentí incómodo inmediatamente.

Grey, hombre alto, angular, que llevaba lentes con montura de carey y que acostumbraba a usar camisas blancas de manga larga y corbatas de colores suaves, entró cautelosamente a mi oficina. Nadie sabía si trabajaba para la DEA y actuaba como conexión con la CIA o viceversa. Se sentó en un asiento frente a mí, cruzando una larga pierna sobre la otra. Usaba los zapatos más grandes que había visto en mi vida.

Sonrió y se sentó por un largo rato sin decir palabra. Era el tipo de persona que hacía que uno sintiera que le debía una explicación por algo.

"¿En qué te puedo servir?" pregunté.

"Sólo necesitaba recoger tu, ah, pasaporte argentino", sonrió. "Me dijeron que no lo utilizarías".

Lo miré fijamente un momento, con la mirada en blanco. Después dije rápidamente, "Ah... claro", como si lo hubiese estado esperando todo el día.

Que el operativo Cuervas se hubiese cancelado no era sorpresa para mí, pero la forma en que me lo hacían saber, sí lo era. Había marcado la fecha de ayer en mi calendario, el día de los Tontos de Abril, como la fecha menos posible para viajar a Méjico antes de que mi visa falsa expirase. Cuando pasó el día sin que se mencionará el operativo, y después de otra reprimenda verbal de Tommy Dolittle por mi "falta de entusiasmo e iniciativa", perdí toda esperanza.

Durante 10 días, nadie había dicho una palabra sobre el viaje y yo, determinado a cumplir mi rol de buen soldado y evitar antagonismos, sólo esperaba recibir órdenes. Si los "ternos" dejarían morir una oferta de \$30 millones en drogas, sin decir palabra, quería verlo suceder. No me habían desilusionado.

Encontré el pequeño cuadernillo con la palabra ARGENTINA grabada en la cubierta, tal como lo había dejado 10 días antes. Se lo entregué a Grey.

"La Agencia es un poco quisquillosa en cuanto a estas cosas", dijo, abriendo el pasaporte para examinarlo, cerrándolo luego y guardándolo en el bolsillo de su camisa.

Grey siguió sentado, sonriendo. Le sonreí, sintiéndome embotado y vacío, esperando a que dijera algo, sintiendo la urgencia de estar solo.

"Bueno... ", dijo Grey, poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta. La abrió y entró el ruido de la oficina. "¿Quieres que la cierre?"

"Sí", dije. Se marchó.

Al cerrar la puerta, el operativo Cuervas también se cerró oficialmente. El hombre a quien Ana había llamado el mayor narcotraficante de Colombia nunca sería investigado, ni su nombre sería introducido a la computadora de la DEA. Sería como si nunca hubiese existido.

## 2

El martes 5 de abril, después de un fin de semana y una ausencia por motivos de salud, estaba de vuelta en la oficina. Supuse que la Operación Huno había corrido la misma suerte que el operativo Cuervas, "desaparecida" sin rastros, en el agujero negro de los intereses especiales de la CIA. Uno o dos años después tal vez me enteraría algo al respecto o tal vez nunca, no importaba. Por el momento mis únicas preocupaciones eran mis hijos y mi supervivencia.

A las 10:00 a.m. todos los cables que llegaron a mi escritorio habían sido leídos, subrayados, clasificados y puestos en el casillero de Dolittle. Un cable procedente de Panamá requería mayor acción que la de simplemente llenar un formulario y dejarlo en el casillero de algún "terno" o enviarlo a otra oficina de la DEA. Era una solicitud al cuartel general para ayudar a localizar

a un informador y requería unas llamadas telefónicas. Me encontraba en el afán de tratar de alargar una hora de trabajo hasta la hora de almuerzo cuando sonó el teléfono.

"¿Levine? Habla Terry Burke. ¿Puedes pasar por mi oficina?"

Burke era parte de un grupo de 15 o 20 agentes de la CIA (nadie sabía el número cierto) que habían sido transferidos a la DEA. Mucha gente en la DEA estaba segura de que aún trabajaban para la CIA. No conocía a Burke más allá de un saludo en los pasillos de la oficina. Era el único miembro de la plana mayor que me sonreía, su sonrisa me ponía nervioso.

No tenía idea de lo que Burke quería, pero era de la plana mayor y había sido lo suficientemente amable. Cuando pasé por la puerta abierta de la oficina de Dolittle, éste me miró con cara de decir, "Ahora si te llegó el turno".

La secretaria de Burke me mandó directamente a su oficina sin mirarme. "Toma asiento", dijo Burke, cuando cerré la puerta de su inmaculada oficina. Como siempre, tenía una enorme sonrisa en el rostro bien afeitado. Observé que sus manuales de la DEA, cuidadosamente ordenados sobre un librero, se veían usados y marcados.

"¿Cómo estás?"

"Bien". Tenía la certeza de que él sabía que lo que menos estaba era bien.

"Que bueno. Te llamé porque... bueno, tú sabes que vas a trabajar para mí en la División de Marihuana, no?"

"No, señor"

**Oh... pensé que Dolittle te había avisado".**

"No, señor".

"Bueno, no importa", dijo, aún sonriendo. "Pensé que sería justo decirte, antes de que comiences a trabajar conmigo, que yo era el jefe de Headroom cuando éste recomendó tu remoción de Argentina. Yo fui quien insistió en que se realizara la inspección".

Hizo una pausa, esperando mi reacción.

Acababa de informarme que era responsable de haber mandado al Inspector Headroom a investigarme, cuando éste trataba de encarcelarme a causa de otra investigación; que era responsable de mi transferencia forzosa de Argentina porque supuestamente tocaba mi radio demasiado fuerte y una serie de acusaciones ridículas. Y estaba sentado frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

"No sé qué decirle", contesté, sintiendo que cualquier declaración precipitada significaría el fin de mi carrera.

"Pensé que sería justo que lo sepas antes de trabajar bajo mi mando", repitió. Su sonrisa comenzaba a enervarme.

"¿Cómo podré defenderme de las acusaciones de ese informe si usted es mi jefe?" le pregunté, sin que nada me importase en ese momento.

Estaba condenado; si los inspectores y Dolittle no habían logrado atraparme, Burke lo haría.

"No dejes que éso sea un obstáculo".

Me encontré con Tony en el pasillo. "Cuánto quieres apostar", me dijo, bajando la voz y mirando a su alrededor, "que cualquier día de éstos los "ternos" van a tocar una campana y todos vamos a tener que cambiar de oficinas, como en el juego de sillas musicales". Rió.

"No hay apuesta", le dije, sintiendo por dentro que lo que decía no era nada gracioso.

"Olvídalo. Oye, ¿tu motocicleta tiene placa de Nueva York, no es cierto?"

"Sí".

"Según los rumores, lograron averiguar unos números de la placa, al tacto, y ahora el FBI está haciendo investigaciones en Nueva York".

"Supongo que me atraparon", encogí los hombros.

Tony me miró seriamente. "Mikey, pareces un perro apaleado. Nunca pensé que te vería así".

"Mi querido amigo", dije, entrando al ascensor y dejándolo en el pasillo. "Me rindo".

De vuelta en mi pequeña oficina, con la mente adormecida por el ruido de la Máquina de Guerra Antidroga, comencé a fantasear.

Miraba la puerta de entrada del cuartel general. Me había enterado de la conferencia secreta entre los "ternos" y la CIA para finalizar el complot que aplastaría al comunismo en el Hemisferio Occidental, poniendo a los narcotraficantes al mando de todos los gobiernos en Sudamérica. Había preparado el salón de conferencias del Administrador con explosivos plásticos y tenía en la mano un transmisor oculto en un lapicero. Bastaría apretar el botón y toda la suite volaría en pedazos. Llegó una limusina negra y William Casey, director de la CIA, fue escoltado por una falange de guardaespaldas hacia el edificio. Con él iba una mujer con velo negro. Era Sonia Atalá.

El sonido del teléfono me devolvió a la realidad.

"Hey, compadre", dijo Rourke. No había oído su voz hacía más de una semana. "¡Regresaremos a Tucson!"

### 3

Rourke entró a mi oficina, con una pila de archivos bajo el brazo, como si el desastre del caso Cuervas y los casi ocho días de silencio nunca

hubiesen ocurrido. "Necesito que llames a Ana Tamayo", dijo. Se veía cansado, acosado y tan gris como la punta de su cigarrillo.

"Estás bromeando", dije.

"La tipa está como loca. La jodiste con Pacho. Sonia ha estado inventando excusas durante toda la semana, pero ella insiste en hablar directamente contigo".

"No te puedo creer. ¿La Operación Huno todavía existe?"

"Vamos, Mike. No me jodas más de lo que ya estoy. Ya sé lo que me vas a decir".

"No, Jack, no voy a decir ni mierda. Sólo déjame hacerte un pregunta, ¿por qué se canceló el operativo Cuervas?"

"Tú sabes que eres grado 14, compadre. Yo soy grado 13. ¿Piensas que yo la cancelé?"

"No tengo la menor idea".

Rourke botó la ceniza de su cigarro en un papelerero. "Lo único que sé es que alguien del alto mando dijo que era demasiado riesgosa".

"Hombre, ¿piensas que les interesa mi seguridad? El mismo Monastero sabe que hay agentes haciendo cosas más riesgosas en el Bronx o en Brooklyn. A nadie le importa".

"Además Turghid se opuso".

"¿Qué tiene que ver él con éso? Es el RAC de Tucson".

Rourke meneó la cabeza. "Le dijo a alguien que no quería casos con píldoras".

"¡Mierda!" Me puse de pie. "¡Pura mierda! Hombre, juré que nunca más dejaría que un caso me joda. ¡Lo juré! Pero ésto es enfermante".

"Lo sé, Mike, lo sé. Yo también estoy tratando de que la cosa no se deshaga y esta gente también me está volviendo loco. No sé para que me rajo el lomo. Voy a trabajar en la División de Marihuana, y Burke ya me dijo que no quiere que trabaje en otra cosa que no sea hierba. Si no quieres llamar a Ana, no puedo obligarte". Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

"Espera", le dije. "Siéntate. Sólo déjame aclarar algunas cosas".

"Si vas a empezar con la misma mierda..".

"No, haré la llamada, pero no sé lo que ha pasado. Ponme al tanto de lo que ocurrió. Además, parece que estaremos juntos en la División de Marihuana".

"Bromeas".

"Ojalá fuera así", dije.

"Es una maldita conspiración", dijo Rourke, tomando asiento. Comenzó su relato. "Sonia ha estado haciendo llamadas a todo el mundo estas dos últimas semanas".

"Comencemos con Mejía", dije. "Hace casi tres semanas ella le dijo que le devolvería la droga en diez días a más tardar".

"Los tiene bajo control. Les dijo que te demoraste con unos negocios. Dijo que regresarías a Tucson la próxima semana".

"¿Y le creyeron?"

"Hasta el momento".

"¿Estás seguro de que no están tan furiosos y que lo único que les interesa es matarnos?"

Rourke se puso pensativo. "Lo dudo. El todavía piensa que hay posibilidades de cobrar la deuda".

"¿Sonia habló directamente con Papo?"

"No. Mario Espinosa llegó de Colombia. Parece que Papo lo ha hecho responsable".

"¿Por qué?"

"Espinosa es el tipo que le presentó a Sonia".

"Ese Papo es una fiera. ¿Tenemos alguna idea de dónde se encuentra?"

"En algún lugar en Colombia".

"¿Y qué pasó con Miami? ¿Descubrieron algo sobre él, dónde dio a luz su esposa, dónde se alojó, cualquier cosa?"

Rourke exhaló humo y meneó la cabeza. "Lo único que saben es que llamó desde un teléfono público".

"¿Y qué de la pobre Ana?"

"¿Qué es éso de la "pobre Ana?"

"Me cae bien Jack. Si la arrestamos, no tenemos que torturarla". Me disgustaba la idea de arruinar a Ana más de lo necesario. Para mi, ella significaba algo más que una simple narcotraficante, sentimiento que no compartía con Rourke.

"Bueno, Sonia le dijo a la pobre Ana que estabas ocupado con los negocios. Está enojada y quiere comunicarse contigo".

"¿Y éso es todo?"

"Eso es todo".

"¿Entonces, vamos a regresar a Tucson?"

"Hasta el momento, las órdenes son que regresemos la próxima semana. Es todo lo que puedo decirte".

Conecté mi grabadora al teléfono y llamé a Colombia. Contestó una mujer. Tan pronto como dije mi nombre, Ana vino al teléfono disgustada.

"¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no me llamó?"

"Ana, por favor, discúlpeme. Era imposible".

"Lo esperé todo este tiempo, Miguel. He quedado muy mal frente a Pacho y los demás".

"Por favor, Ana", dije. "No puede imaginarse lo mal que me siento al respecto. Han pasado algunas cosas. Tengo más alfonbras de las que puedo vender... 150. Pero si me ayuda a conseguir clientes puedo resolver

la situación más rápidamente. Dígale a Pacho que me está ayudando a vender una mercadería; que estaremos allí tan pronto como lo hagamos". Pensé que la promesa de más de \$1 millón en comisión le quitaría el disgusto.

Hubo un largo silencio y luego Ana dijo, "Puedo partir esta semana".

"¿Esta semana?" cubrí el teléfono y le susurré a Rourke "¿Esta semana?" Encogió los hombros. La llamada era mi problema, nadie podía predecir con qué rapidez se moverían los "ternos".

"Sí, porque hay un feriado aquí", dijo Ana.

"Ah, entonces, quiere decir, más o menos, ¿la próxima semana?"

Estuvo de acuerdo. Me avisó que ya tenía en mente algunos clientes. Hasta prometió traer una muestra de las píldoras de morfina de Cuervas. Pero había cambiado. Por primera vez sentí desconfianza en su voz.

"¿De dónde está llamando. Miguel?"

"De Nueva York", dije, rogando que no me pidiera un número de teléfono.

"¿Cómo está el clima?", era el tono de la mujer que ha encontrado lápiz labial en el cuello de la camisa de su novio.

Había nevado un poco en Washington y esa mañana en las noticias oí que parte de la nevada había llegado a Nueva York. "Está nevando", dije. "Odio la nieve. No hallo la hora de regresar a Tucson. No hallo la hora de verla de nuevo, *mamita*".

Se produjo otro largo silencio. Luego Ana, con voz extraña, dijo. "Estaré en Miami el domingo. Llamaré apenas llegue".

Después de colgar, hice tocar la cinta y le traduje el contenido a Rourke.



## XXV

# ASESINOS DE PIEDRA

### 1

"Se hará de este modo,..". dijo Turghid, mirándome fijamente desde su escritorio. Era un ardiente miércoles 14 de abril por la mañana, y me encontraba de regreso en Tucson, casi un mes después de mi partida. A mi llegada a la casa la noche anterior, Lydia apenas me miró, estaba más tensa que antes. Para los agentes de Tucson yo seguía siendo el hombre a punto de ser encarcelado. South seguía al acecho y Rudy, aunque amistoso, se mantenía reservado. Sólo Sonia había cambiado.

"¿Adivina lo que pasó?" dijo animadamente al poco rato de mi llegada a la casa. "Lo agarraron".

"¿Agarraron a quién?"

"A René Benítez". Me sonrió, esperando ver mi reacción.

"¿Tú lo hiciste?"

"Por supuesto", dijo orgullosamente. "Le prometí a Jack que se lo entregaría en bandeja y lo logré".

"Buen trabajo".

Hablamos por un rato. No demostró que hubiese existido fricción alguna entre nosotros. Pronto comprendí que su buen humor no se debía sólo a

haber entregado a Benítez, todo le estaba saliendo muy bien. Se la veía llena de confianza en su rol de informadora. ¿Y por qué no? Controlaba completamente la Operación Huno y su destino.

Había dedicado las dos semanas pasadas a demorar por teléfono a los hombres de Mejía; los había convencido de que viniesen a Tucson en unos días a recoger la droga, donde serían arrestados. Le habían prometido que el mismo Mejía estaría presente, lo que significaba que ahora que Arce Gómez estaba fuera del poder en Bolivia, la mayor amenaza para ella estaba a punto de ser eliminada. Lograría esto sin poner en peligro a ninguno de los cientos de narcotraficantes de primera que aparecían en su libreta negra.

Cuando trató de apurar la Operación Huno con Pineda, sospeché que uno de sus objetivos secretos era proteger los nombres de sus clientes. Ahora estaba absolutamente seguro de esto. Si la Operación Huno finalizaba con el arresto de Mejía en unos pocos días, como parecía, Sonia se las había arreglado para ser informadora de la DEA sin aparecer como tal ante los "narcos". Sólo había delatado a aquellos que le habían causado daño. No había perdido su reputación ni sus contactos al trabajar con la DEA y los podría utilizar en el futuro. Y su esposo Walter, de quien yo sospechaba estaba involucrado en el tráfico, nunca sería mencionado en los informes de la DEA.

La única posible mancha en ese cuadro perfecto era Ana Tamayo, quien estaba haciendo todo lo posible por ayudarnos. Ana había llamado para avisarnos que vendría a Tucson desde Miami con uno de sus mayores clientes. Llegarían en 48 horas.

"...Así que esta vez, no saldremos del blanco", finalizó Turghid.

"¿Y qué de Ana Tamayo?" pregunté.

"¿Qué pasa con ella?"

"Llegará pasado mañana con un cliente. ¿Qué hago con ella?"

"Si llega con el dinero, encarcela a la perra".

"Le pedí que traiga muestras de las píldoras de morfina de Pacho Cuervas. ¿Qué pasa si las trae?"

"La arrestamos. Eso es todo. Cuando la gente de Mejía llegue queremos que esto se acabe. ¿Lo entiendes?"

"Sí".

"Te tengo buenas noticias", dijo, sonriendo. "Hice que empaquetaran la cocaína en bolsas nuevas".

Droga vieja en paquetes nuevos, eso los engañaría. "Qué bien", dije mirando a Rourke, quien desvió la mirada. "Maravilloso".

*Yo, Michael Levine, renuncio desde este instante a todos mis sueños, metas y fe en la realidad. Renuncio a mis bolas y me declaro un perfecto*

*eunuco del gobierno. Todo lo que deseo a cambio es que no se me moleste y que se me permita sobrevivir.*

Más tarde, en medio del calor brutal de la tarde, caminé solo por la casa, tratando de acostumbrarme a estar rodeado de micrófonos y cámaras ocultas; admirado de cómo lo hice en el pasado.

Teníamos 48 horas de pausa antes de la llegada de Ana. Normalmente ese tiempo se utiliza para perfeccionar el operativo y repasar todas las posibilidades que se le ocurran a la gente del equipo. Pero por primera vez en mi carrera, trataba de no pensar en el caso. Sonia y Lydia estaban acostadas lado a lado en silencio en la piscina, así que me puse traje de baño y me uní a ellas. La mejor manera de no pensar en algo es sentarse al sol del desierto por un rato. En unos minutos mi cerebro estuvo vacío y mi cuerpo se derritió como goma.

A lo lejos oí abrirse una puerta corrediza. "¿Podría hablar un minuto con usted?" dijo la alegre voz de Ollie South. A través de una nube de transpiración, vi su silueta en la puerta del patio. Llevaba una bolsa grande de papel en la mano.

"Claro que sí", dije, poniéndome de pie, atontado por el calor. Entré a la casa que estaba fresca y oscura. South había puesto la bolsa sobre la mesa del living y estaba de pie mirándome, con una leve sonrisa en los labios.

"Esto es para usted", dijo.

Abrí la bolsa y vi que estaba semi llena con cassettes. "¿De qué se trata todo esto?"

"Ahora que no tiene nada que hacer", dijo South, pestañeando pero mirándome de frente por primera vez, "el Sr. Turghid quiere que los transcriba y traduzca al inglés".

La bolsa contenía todas las conversaciones grabadas que Sonia y yo mantuvimos con Ana Tamayo, Mónica García y Eduardo Pineda, unas 50 a 60 horas de conversación. South sacó del bolsillo de su camisa un recibo de la DEA y lo puso sobre la mesa.

"El Sr. Turghid quiere que firme esto", dijo, con su sonrisa casi tornándose en una mueca. Puso un lapicero del gobierno sobre el recibo y me miró expectante. Turghid y yo teníamos grado 14. Ordenarle a un agente que haga trabajo de oficina durante una misión era un insulto, pero hacerle esto a alguien de mi grado y experiencia iba más allá del insulto. Era una provocación. Aparte del hecho de que en la casa hubiesen cassettes rotulados de Evidencia de la DEA, era una estupidez sin sentido; este trabajo podía causar distracciones peligrosas. Si querían hacer que el desempeño de un agente sea por debajo de lo óptimo, nada mejor que hacerle transcribir grabaciones durante el tiempo de espera.

A pesar de lo mal que le caía a Turghid, tenía la certeza de que no fue él quien había dado la orden. Alguien lo había "sugerido" desde el cuartel

general, alguien que sabía de antemano que me negaría a hacerlo, en cuyo caso me harían caer en una trampa burocrática y me acusarían de no obedecer órdenes.

"Aclaremos esto. Estoy en medio de una misión que supuestamente es de alta prioridad para la DEA y ¿Turghid quiere que transcriba grabaciones?"

South estaba preparado para esto. Se irguió, sonriendo, con los ojos pestañeando y dijo, "no sé nada al respecto. Mis órdenes fueron traerle las cintas y que firme el recibo. ¿Se niega a firmar?" Ya había retirado el recibo y el lapicero.

"Por supuesto que no", dije, tomando el recibo de su mano, firmándolo y devolviéndoselo. Miró mi firma, sus labios se separaron como si pretendiese hablar. Yo no había reaccionado como le dijeron que lo haría. Su respuesta estaba programada, pero le causé un corto circuito.

"Bueno, ya tienes lo que necesitabas. ¿Algo más?"

Se sonrojó y levantó el recibo. "Usted sabe", dijo de pronto en tono de disculpa, "sólo sigo órdenes".

"Sé lo que es éso".

Se retiró hacia la puerta.

"Espera un segundo", dije. Paró con la manilla de la puerta en la mano. "Necesito algo".

"¿Qué?" preguntó, mirándome con sospecha.

"Necesito una de esas grabadoras con pedal que usan las secretarías. Si voy a hacer trabajo de secretaría por los menos necesito el equipo adecuado".

"Le diré al Sr. Turghid", dijo saliendo por la puerta.

Lo miré a través de las persianas mientras subía a su auto. Lo encendió y tomó el micrófono de la radio. Hablaba mientras el auto se alejaba. Alguien había estado esperando su informe.

Regresó una hora más tarde con la máquina.

Me encerré toda la noche en mi habitación, escuchando a Sonia y a mí mientras convencíamos, manipulábamos y mentíamos a Ana Tamayo, que sonaba ingenua y vulnerable; a Mónica García, el tiburón, que sonaba más sospechosa y cautelosa de lo que recordaba; al asustado Mario Espinosa, que había presentado a Sonia a Mejía; al siniestro Eduardo Pineda y al mortífero Papo Mejía. Escribí todo cuidadosamente a mano, primero en español, y después hice la traducción al inglés. Cualquiera que dijese que la palabra es barata nunca habló con un agente, cada una de las personas que hablaba en nuestras cintas había dicho lo suficiente como para ser encarcelada durante 45 años en una prisión federal.

El agente tienta a la gente que tiene por objetivo, con dinero, poder, venganza o temores. Los manipula para que digan lo que quiere ante

grabadoras ocultas y durante el momento más vulnerable, les revela su placa, destruyéndolos de tal forma que la admisión final ante la corte no significa nada, es como la estocada que mata al toro que sangra de cientos de heridas.

Los agentes siempre se sorprenden al enterarse de que en la mayoría de los países civilizados del mundo, su trabajo se considera ilegal e inmoral. También nos sorprende saber que nuestros jefes tampoco confían en nosotros. Esto nos asombra porque la mayoría de nosotros cree que nuestra inmoralidad profesional no tiene nada que ver con nuestros verdaderos valores morales. Vivimos con nuestras acciones porque creemos en lo correcto de lo que se nos ha ordenado hacer y en la virtud de aquellos que lo ordenan, quienes en su mayoría son burócratas y políticos que confían aún menos en nosotros.

Al amanecer de esa larga noche de escucharme a mi mismo en acción, pensé en las palabras de Hemingway en *Muerte en la Tarde*: "Lo moral es lo que te hace sentir bien después de hacerlo y lo inmoral es lo que te hace sentir mal después de hacerlo". Por primera vez en 17 años no pude soportar escuchar mi propia voz.

## 2

El viernes en la noche, a las 9:30, me encontraba solo en la casa esperando la llamada de Rudy. Habían transcurrido casi tres horas desde que envié una caravana de dos autos a recoger a Ana y a su cliente del aeropuerto. Los llevarían a uno de los restaurantes donde, cuando todos estuviesen tranquilos y relajados, don Miguel haría su aparición.

Había estado vestido y listo para ir desde hacía más de una hora antes, pero estaba nervioso e inquieto. Las palabras de mi conferencia sobre trabajo clandestino vinieron a mi mente: nunca se debe trabajar cuando no se tiene fe en algo; la concentración falla, se cometen errores y ocurre lo peor. No tenía la menor fe en lo que hacía. Trataba de darme ánimos pero no lo lograba.

Sonó el teléfono y me sobresalté. Estaba parado frente al televisor espía. Le hice un gesto obsceno con el dedo y tomé el teléfono.

"Aquí estamos", dijo Rudy. Al fondo se oía murmullo de conversaciones, un piano y el tintinear de vasos.

"¿Cómo fue la cosa?"

"Yo diría que bastante bien. Ana llegó con dos tipos".

"¿Dos tipos?"

"El tipo principal y su guardaespaldas".

"¿Hay algo que debería saber?"

"Yo, ha, pienso que el tipo tiene real apego por Sonia".

"¿Crees que cause problemas?"

"Bueno... no todavía".

Media hora después fui al restaurante. El portero me reconoció y me abrió la puerta del auto antes de que apagara el motor, ganándose una propina de \$5. El maitre, que me vió entre la gente que esperaba, dejó todo lo que estaba haciendo para llevarme hacia nuestras mesas, un billete de \$20 desapareció de mi mano como si lo hubiese aspirado.

Rudy se paró a mi lado, hablándome al oído. "¿Todo bien?" me preguntó. Más allá podían verse las dos mesas de nuestro grupo. Sonia, Lydia, Ana y dos latinos con guayabera dejaron de hablar y me miraron desde una mesa cubierta con platos y un bosque de botellas y vasos. South y dos agentes chicanos con aspecto duro y de gafas estaban sentados en la otra mesa. South, fuera de lugar con su pelo claró, me miró sombríamente. Le dije algo a uno de los chicanos, quien asintió sin cambiar de expresión.

"Todo está bien", dije, consciente del intenso escrutinio del hombre que estaba sentado a la izquierda de Sonia. "¿Algo más que debería saber?"

"Usted lo ve, jefe".

Pasé a Rudy y rodeé la mesa saludando a todos. Besé a Lydia en la mejilla y Ana se puso de pie para darme un abrazo y un beso. No había nada raro en ella; había perdonado todo. Me incliné y besé a Sonia en la mejilla. "Hola", dijo, con los ojos puestos en el hombre que estaba ahora de pie a su lado.

"Perdón por la tardanza", dije.

"No se preocupe, Miguel", dijo Ana, "entendemos". Señaló a los dos hombres. "Permitame presentarle a mi buen amigo Roberto".

Roberto, ligeramente calvo, con una sonrisa que reveló sus dientes desiguales bajo unos ojos malévolos, extendió su mano cubierta de joyas hacia mí. Calculé que llevaba unos \$50.000 en oro y diamantes sobre las manos y el cuello, lo cual podría pagar el trabajo dental que necesitaba. Los narcotraficantes son tan difícilmente predecibles.

"*Mucho gusto*", dije estrechándole la mano; su apretón era fuerte. Juzgué que tenía unos cuarenta y tantos años, medía alrededor del metro ochenta y pesaba unos ochenta y cinco kilos. No me soltó la mano inmediatamente, tocándome los nudillos y la piel. Los delincuentes creen que pueden averiguar mucho sobre un hombre por sus manos.

"No te preocupes", dijo. "Sonia y tu bella hermana nos han tratado muy bien". Sus palabras me llegaron en cadencias cortas, sin duda alguna era cubano. Tenía tan mal aliento que contuve la respiración. "Este es Carlos", dijo presentándome a un hombre alto, huesudo, que estaba a su lado.

"Perdón, ¿cómo se llama? No pude oír su nombre", dijo Carlos. Su español era mejicano. Me dió la mano; era grande y nudosa.

"Miguel".

"Miguel", repitió. Era tan alto como yo, con el pelo grueso, ondulado, negro con unas cuantas canas y un grueso bigote. Parecía tener unos cuarenta y tantos años. Me miraba cuidadosamente, de una forma que me hizo sentir incómodo. "¿No lo he conocido antes?" preguntó.

"Tal vez", dije. Me acerqué a un asiento vacío.

"No, no", dijo Roberto, "toma mi asiento... al lado de tu dama".

"No, hermano, está bien. Están cómodos, no hay necesidad de moverse".

Carlos sé movió al asiento de al lado. "Siéntese aquí para que puedan conversar", dijo. Quedé entre los dos.

"¡Hey!" Roberto chasqueó los dedos al mozo. "Mierda, que tal si nos atiendes, hombre". dijo en un inglés espantoso. Hubo un silencio en derredor nuestro y el mozo se acercó apresuradamente.

"¿Si, señor?"

"¿Qué te dije cuando entré, hombre?" Roberto estaba en su asiento como una cobra lista para el ataque. ¿Era psicótico?

"Pero señor, yo, yo..".

"Trae una ronda de tragos para todos, John", dije, cortando a Roberto y pensando en lo mucho que gozaría cuando encarcelase al cabrón. "Y traeme una soda dietética".

"Si, señor". Se dio la vuelta y se perdió entre la gente.

"El tipo es casi siempre muy bueno", dije, "te adivina el pensamiento".

"Bueno a veces hay que presionarlos un poco", dijo Roberto, volviendo a hablar en español. Estaba disgustado por lo que hice.

¡Que se vaya a la mierda! Me importaba poco lo que fuera a pasar. Que vuelva a Miami si así lo quería, así acabaría antes este lío.

"¡Vamos! Es hora de ir al baño", le dijo Roberto a Carlos. "Vamos a divertirnos. ¿Quieres probar un poco de la nuestra?" Mostró por debajo de la mesa una bolsa llena de polvo blanco. Psicótico y adicto.

"No, gracias".

Cuando Roberto y Carlos fueron al baño, Ana se inclinó hacia mí. "Miguel, se que es medio loco. Pero en Miami tiene mucho poder. Siempre ha estado conmigo al cien por ciento".

"Ana, después de lo que pasó, podría traer un gorila y si me dice que es su amigo, lo trataría como si fuese mi hermano".

Ana me miró como si estuviese a punto de llorar. "Ay, Miguel", dijo, y me tomó la mano.

Me sentí de lo más bajo.

Pasamos una hora más charlando y bebiendo con Roberto y Carlos, incluyendo varios viajes al baño, y no se mencionaron los negocios. Los

ojos pequeños, oscuros y furiosos de Roberto vigilaban todo, el movimiento en otras mesas, nuestros guardaespaldas, para luego mirar a Lydia y después a mi. Había inhalado demasiada cocaína, tenía ese aspecto de rata acorralada de los adictos.

Sonia no dejaba de tocar a Roberto cuando decía algo gracioso, dándole miradas seductoras, rozándolo "sin darse cuenta". Pero Roberto no respondía. Estaba aún cauteloso por mi presencia.

Durante una pausa en la conversación, Roberto se inclinó hacia mi. "He estado en el negocio largo tiempo. ¿Cómo es que nunca oí tu nombre?" Carlos escuchaba atentamente.

Giré ligeramente hacia Roberto, dándole la espalda a Carlos. "Podría hacerte la misma pregunta. Pero Ana te trajo; le tengo absoluta confianza. Pero si tú no la tienes... no hay problema, nos podemos despedir, sin rencores".

La cara de Roberto estaba cerca a la mía. Mostró sus dientes desiguales y me ocurrió algo extraño.

Lo miré a los ojos; eran iguales a los ojos sin vida de Mario, el policía argentino. Podía ver mi muerte reflejada en ellos. Di la vuelta hacia Carlos. Estaba inclinado hacia adelante, mirándome con los mismos ojos de asesino de piedra.

Desde aquel instante, recuperé la fe en lo que hacía. Era algo personal. Esto tipos significaban para mi más que drogas; tenían que ver con asesinatos en masa, la destrucción en masa de los judíos, los campos de exterminio de Camboya, la "guerra sucia" en Argentina, cosas que nunca hubiesen ocurrido si no fuese por hombres como éstos. Detenerlos no tenía nada que ver con la mierda de la guerra antidroga; era un trabajo de Dios. Quería verlos enjaulados más que nada en mi vida. Y sentí vértigo de sólo pensar que estaban en mis manos.

"No quiero ofenderte", dijo Roberto, "pero no puedes culparme por ser cauteloso, ¿no?"

Volví a mi posición entre los dos y vi que Carlos tenía la mano derecha detrás suyo, fuera de vista y que tenía los ojos en mis guardaespaldas. Rudy nos miraba; South y los otros dos estaban enfrascados en su conversación. ¿Habrían revisado a estos tipos para ver si llevaban armas? Había sido otro descuido mío.

"Eso no tiene sentido", dije. "Yo soy el que está en una posición vulnerable. Estoy tratando de vender mercadería, no de comprarla".

"Cierto", dijo Roberto, "pero eso es lo que hace la DEA; tratan de venderte mercadería y después te arrestan y te quitan el dinero".

Forcé una sonrisa. "¡No te creo!"

"Es cierto", dijo Roberto; su sonrisa desapareció. "Conozco a dos tipos que cayeron así". Miró a Carlos. "¿Cómo se llamaba... Loco? ¿El tipo de

Miami?" Carlos asintió, manteniéndose atento a lo que pasaba en la mesa de los guardaespaldas. "Y el italiano de Nueva York hace unos años, Charlie algo... Di Palermo, Charlie Di Palermo".

Charlie Di Palermo, *capo* de la mafia, fue el primer caso en el que trabajé. Había sido planificado por Billy MacMullen, mi supervisor de grupo en la oficina de la DEA de Nueva York, en 1974. Di Palermo era parte de la conexión francesa. Dos agentes de la Sureté de París se hicieron pasar por contrabandistas de heroína y engañaron a Di Palermo para que apareciera en Point Lookout, Long Island, con un adelanto de \$150.000 por 10 kilos, donde lo arrestaron y despojaron de su dinero. El caso era antiguo y había recibido muy poca publicidad. ¿Cómo lo supo Roberto?

"No puedo creer que en este país dejen que la policía haga algo así", dije. "No parece legal".

"Es cierto", dijo Roberto. "Hombre, no te estoy mintiendo".

"Te creo. Nunca había oído hablar de eso. Mira hermano, no tengo nada que ocultar. Nací en Argentina y crecí en el Bronx. ¿Qué más quieres saber?"

"Ah", Roberto asintió, "así que ahí es donde agarraste el acento puertorriqueño".

"Si, supongo".

"Estaba tratando de identificar el acento de tu hermana, pero ella no habla mucho, ¿no? Entonces, ¿cómo es que nunca oí hablar de tí?"

Encogí los hombros y traté de hablar en tono tranquilo. "Tuve unos problemas en Nueva York hace unos siete, ocho años. Todo el mundo sabía que me arrestaría el FBI, por conspiración o algo por el estilo, así que fui a Argentina a esperar que las cosas se calmaran. Volví hace unos meses y mi hermana me presentó a Sonia. Cuando supe quién era, no iba a dejar pasar la oportunidad, me hice su socio".

"¿Con quiénes hiciste negocios?" preguntó Roberto. Su brazo se apoyó en el de Sonia. Ella no se movió.

"Bueno, hace muchos años hice unos negocios de *teca* con un cubano grandote, negro en Nueva York. Tenía sólo un ojo...".

"Bennie El Tuerto" Roberto quedó sorprendido. "¿Hiciste negocios con Bennie El Tuerto?"

"Si", dije como casualmente. "Después lo arrestaron y comencé a trabajar con un tipo que decía que era su primo, El Indio, y después con otro tipo que estaba con la gente de Raymond El Español, que se llamaba Chino".

En realidad había arrestado a Bennie El Tuerto a principios de los años 70. Después oí rumores de que había muerto, pero aún si hubiese muerto había vendido tanta droga a tanta gente que nunca podría ubicarme. Raymond El Español era otro tipo en cuyo caso trabajé pero nunca logré

arrestarlo, nunca supo que yo era agente. Y debían haber cientos de Chinos e Indios en el mundo de la droga de Miami a Nueva York.

"Conozco a esa gente", dijo Roberto, mirándome. No estaba completamente convencido, pero estaba más tranquilo. Era tiempo de darle vuelta al asunto.

"¿Y tú?" le dije, mirándolo fijamente. Pestañeó por primera vez. "Estoy listo para venderte mercancía, respondí a todas tus preguntas, y ni siquiera sé quién eres, ¿no?"

Sus dientes aparecieron y sus ojos sin brillo se dirigieron a Carlos. "No sabe quién soy, Carlitos". Rió, su cabeza pareció separarse de los hombros, era el baile del cocainómano. Era hora de otro viaje al baño. "Dile al hombre quién soy, Carlitos".

Carlos que había estado inclinado hacia mí, con la mano aún fuera de vista, se movió incómodo. Antes de que pudiera decir algo, Roberto acercó su cabeza a la mía y dijo, "Has oído de la conexión francesa, ¿no es cierto?" Su aliento era como gas tóxico. "Fui uno de los tipos más jóvenes que trabajó con ellos. Trabajé con Carlos Rojas. Es más, hice negocios con el viejo".

"¿El viejo?"

"Sí, Carlo Gambino".

Asentí sin inmutarme, pero me sentía emocionado. Era así como había conocido a Charlie Di Palermo y a Bennie El Tuerto, ambos tenían lazos con el famoso sindicato de narcotraficantes italianos y franceses de la conexión francesa. Di Palermo estaba listado por la DEA como parte de la familia de Gambino. Roberto no tenía idea sobre esta información. El hombre con aliento infernal comenzaba a aparecer como el pez gordo que Ana había dicho que era. Decidí averiguar algo más.

"¿Alguna vez hiciste negocios con El Alemán en Miami?"

"¿El Alemán?" Me miró más sospechoso que intrigado.

Miré a Ana, quien conversaba animadamente con Lydia y Sonia. No quería que mis preguntas sobre este hombre despertaran sus sospechas. "¿Conoces a Papo Mejía, no?"

Roberto se puso tenso. "He oído hablar de él", dijo.

"¿Sabes sobre nuestro problema con él?"

"Ana mencionó algo".

"Bueno, de acuerdo a lo que he oído, su mayor cliente es un alemán que vive en Miami. Supuestamente tiene conexiones con jueces, fiscales de distrito, políticos, ¿sabes a lo que me refiero?"

Roberto mostró su dentadura de tiburón. Entendió cuál era mi interés. Mejía me estaba exprimiendo, así que yo quería robarle sus clientes.

Mi mente volaba. Quizás usaría a Roberto para que me presentara al Alemán. Después de la inexplicable liberación de José Gasser y de

"Cutuchi" Gutiérrez, el sistema judicial de Miami se había convertido para mí en un enigma atemorizante, un enigma que podría ser resuelto a través del Alemán. "¿Lo conoces?" pregunté.

"No lo conozco personalmente. Sólo he oído hablar de él".

"Qué pena... me hubiese gustado conocerlo".

Roberto asintió. "Sí, ¿y a quien no?". Miró a Carlos. "Carlitos, es hora de ir al baño".

Carlos asintió y puso algo en su bolsillo trasero. Dirigí la mirada hacia los guardaespaldas, Rudy miraba a los dos hombres, South me miraba a mí.

"Con el permiso de las damas", dijo Roberto haciéndole un guiño a Sonia. Ella le sonrió, con ojos insinuantes. Roberto se puso detrás mío y se inclinó acercando su cara. "¿Estás seguro de que no quieres probar un poco?" Su aliento casi me asfixió. "Es de primera. Espero que la tuya sea igual de buena". Rió con los ojos fijos en Sonia. Después giró la cabeza como un boxeador y siguió a Carlos, quien le abrió paso a través del restaurante. Roberto acababa de ganarse una cita con el televisor espía.

En realidad no era necesaria una actuación frente al televisor para arrestarlo por conspiración. Ya tenía lo suficiente. Si lo quería, lo podía hacer caer por la cocaína que me había ofrecido. Pero quería asegurarme de que le dieran una condena de varios años y nada mejor para eso que atraparlos con unos millones para comprar droga. Mónica, Ana y Pineda podían identificar al Alemán y habían dicho y hecho lo suficiente como para ser encarcelados por varias acusaciones; una vez que acabásemos con Roberto, tendríamos a los cuatro en nuestras manos. Si lográbamos convencer a cualquiera de ellos para que identificase al Alemán, lo atraparíamos también a él. Sería muy interesante ver los nombres que El Alemán tenía en su libreta de direcciones y escuchar lo que tenía que decir sobre jueces, fiscales de distrito y políticos, sobre algunos de los cuales yo ya tenía ciertas sospechas.

"Don Miguel", dijo Ana, inclinándose hacia mí. "¿Qué le parece?"

"Es un tipo de primera. Me cae muy bien. Espero que podamos hacer negocios".

"Un brindis", dijo Sonia, levantando su copa, con los ojos brillantes. La estaba pasando muy bien.

"Sí", dijo Ana, levantando su copa. "Por los amigos y por lo bueno que es estar entre ellos".

### 3

Cuando Roberto y Carlos regresaron del baño, fuimos al grano con el asunto de los negocios. Le dije que tenía 50 kilos de cocaína de primera, disponibles para entrega inmediata, a \$43.000 el kilo y que el trato, una vez

que probase la mercancía y estuviese satisfecho con la calidad, tendría que efectuarse rápidamente, *dando y dando* (pago en efectivo y entrega inmediata). Sonia, quien ahora conversaba con nosotros, estaba sentada cerca de Roberto.

"No hay problema", dijo Roberto, sintiendo la presencia de Sonia y tan lleno de cocaína que su cabeza y su cuello temblaban. "Pero ¿por qué en Tucson? A mi gente no le gusta mandar dinero tan lejos". Hizo una pausa para devorar a Sonia con los ojos. "Miguel", dijo. "Quiero felicitarte por la mujer que tienes".

"No me hagas avergonzar", dijo Sonia, apoyando su mano en el brazo del tipo. Reaccionó como pez sacado del agua, estremeciéndose, con la boca abierta y los ojos saltones. Sonia sonrió radiante y lo miró sin pestañear; toda una hazaña, considerando el mal aliento del tipo.

"Escogí Tucson", dije, "porque aquí no pasa nada. Es una belleza, la DEA y el FBI, ni siquiera saben que existe. Aquí tengo conexiones familiares y todo está bajo control con la policía. Por otra parte, Miami es caluroso en todo el sentido de la palabra. Hay ejércitos de policías investigando nuestro negocio".

"Te diré algo", dijo Roberto, haciendo un esfuerzo para enfocar su atención. El brazo de Sonia, ligeramente apoyado sobre el suyo, parecía quemarle la piel. "Con mi gente estarías más seguro en Miami que en cualquier otro lado. Somos dueños de la policía".

"Quizás sea así, mi amigo", dije. "Pero, ahora ese sería un riesgo demasiado grande para mi, especialmente con el problema que tenemos con Mejía".

Roberto acabó un vaso de champagne de un solo trago y se sirvió otro. "¡Que se vaya a la mierda!" dijo. "Es una víbora de mierda". Carlos lanzó una carcajada truculenta detrás mío. Roberto nos miró a Sonia y a mí. "¿Por qué no lo matan y listo? ¿Crees que si le pagan todo se acabará?"

"¿Lo conoces personalmente?" pregunté.

"Lo suficiente. Hay una sola manera de tratar con un hijo de puta como ése, ¿no es cierto Carlitos?"

"*Si, jefe*" dijo el mejicano, levantando su copa. "*Como a todas las serpientes; hay que cortarle la cabeza*". Los dos hombres rieron y tomaron más champagne.

"¿No es cierto, *mamita*?" dijo Roberto volcándose hacia Sonia.

"Claro", dijo Sonia, con una sonrisa maliciosa. Roberto le llenó la copa y vació el resto de la botella en la suya. Le hice una seña al mozo para que trajera más; asintió y desapareció. Carlos se tomó lo que quedaba de brandy. Le hice una seña a otro mozo para que llenara todos los vasos en la mesa y el brandy también desapareció.

"¿Sabes lo que le hicieron a Sonia?" pregunté.

"Oí algo", dijo Roberto.

"Bueno, entonces sabes lo injusto del asunto; Arce Gómez debería pagarle a Mejía, no nosotros".

"¿Lucho? Saben que lo conocí".

"¿Lo conociste?" dijo Sonia, de pronto interesada.

"Claro, en Miami. Hacía negocios con Loco. Lo vi allí, pero no tuve nada que ver con él. No me convence. Sonita, tú dímelo", dijo, tomándole la mano, "y yo me encargaré de Papo".

Sonia se dejó tomar la mano.

Sentí una mano enorme sobre el brazo.

"¿Piensa que bromea?" dijo Carlos. Lo miré. "He trabajado con este hombre por varios años", dijo, con voz aguardentosa. "Es un hombre como no hay otro. Si es tu amigo... todos tus enemigos son suyos también. Y no lo serán por mucho tiempo". Sus ojos se fijaron en los míos casi brillando en la penumbra.

"Don Miguel", dijo, bajando la voz de súbito y acercándose. "Tengo la impresión de que usted es el tipo de hombre que sabe lo que es matar. Bueno, yo he matado a muchos por este hombre... 12 personas. Y el también ha matado por mí".

Moví la cabeza hacia otro lado. No quería oír lo que diría a continuación. Había oído suficientes historias de gente como Carlos y Roberto y no quería que mis sentimientos afectaran mi actuación. De todas formas, después los llevaría a la casa y podrían repetir todo ante los micrófonos.

La voz de Carlos interrumpió mis pensamientos"... el tipo se reía de mí. Roberto vino por detrás y el tipo seguía riendo. Había inhalado un montón de cocaína. Ni siquiera vi salir el arma. ¡Pum! Sus sesos salpicaron a todos y Roberto se reía. El tipo seguía vivo, tirado en el piso sacudiéndose, y Roberto lo pateaba resbalando en sus sesos. "¿Así que mi amigo es gracioso?" le dijo y nos miramos el uno al otro y comenzamos a reír".

Traté de no escucharle mientras seguía hablando de muertes, muertes sangrientas, muertes por arma de fuego y muertes por cuchillo, su herramienta favorita, pero su voz seguía llegando a mis oídos.

"Me gusta mirarlos a los ojos. Me gusta verles los ojos".

Eché un vistazo detrás mío. Roberto estaba acurrucado junto a Sonia; al otro lado de la mesa Ana conversaba con Lydia, pero con los ojos fijos en mí; Rudy miraba en silencio desde la mesa de los guardaespaldas, mientras que South y los otros dos agentes miraban sus vasos, sin decir palabra.

"Al momento de morir, en ese preciso instante, puedes ver como sus ojos cambian, como ojos de pescado".

¿Por qué me contaba todas estas cosas? La voz de Carlos bajó de tono y pareció mezclarse con el ruido del restaurante.

"... sabe, yo era asesino a sueldo antes de conocer a Roberto... hace 15 años... no hay nada que no hagamos el uno para el otro..".

No me sentía el mismo de siempre. Debía ir tomando nota de sus palabras como agente profesional que era, listo para repetir las ante cualquier juez y jurado. Pero se necesita espacio en la memoria para almacenar ese tipo de información y ya no me quedaba nada.

Los mozos aparecieron con champagne, cognac y vino y comenzaron a llenar los vasos. Levanté el trago de alguien y me lo tomé de un solo sorbo. Sonreí a Carlos y traté de no escucharlo. Quería gritar, pero me las arreglé para seguir sonriendo y asintiendo.

Era casi la 1:00 cuando nuestra caravana llegó al "Smugglers Hotel", donde Rudy había reservado habitaciones para Roberto y Carlos. Quedamos en encontrarnos en la mañana para ir al aeropuerto, de manera que Roberto pudiera probar nuestra mercancía. Después les haríamos el honor de llevarlos a la casa donde haría su aparición ante la televisión, sellando así su futuro entre rejas. No podía concebir que Turghid cancelara el plan.

Antes de entrar al hotel Roberto abrió la puerta de Sonia, le hizo una reverencia y le besó la mano. "Miguel", dijo, "de nuevo quiero felicitarte por tu mujer". Tomó su mano entre sus dos manos; vi mi muerte escrita en sus ojos. Sonia sonreía, también mi muerte estaba en sus ojos.

A eso de las dos de la mañana estaba tirado en el sofá. Había decidido quedarme en el living hasta que Ana estuviera dormida. No quería que saliera de su cuarto por casualidad y se viera a sí misma otra vez por el televisor. Pensaba en la forma de desconectarlo temporalmente, cuando Ana apareció de súbito.

"Ah, que bueno que esté despierto", dijo. Se acercó descalza y se sentó a mi lado. "Miguel", dijo suavemente, tomándome la mano, "¿cómo está su hija?"

"Estoy preocupado por ella", dije. "¿Cómo está Candy?"

"¡Ay!" exclamó, con la mano en la frente. "Que Dios me ayude. Entre el alcoholismo de mi marido y las drogas de ella...". Movié la cabeza. "Que Dios nos ayude a ambos, Miguel". Hizo una pausa y dijo, "No pude hablar antes con usted. Mucha gente quedó desilusionada. Quedé muy mal".

"¿Mucha gente?"

"Le hablé a mucha gente sobre usted, peces gordos. Todos querían conocerlo. Hubiera sido muy bueno para usted y Sonia".

"Ana", dije, sintiéndome de pronto muy cansado para seguir actuando. "No sabe cuánto lo siento. Tal vez cuando finalicemos este negocio podamos viajar juntos allí". Recordé las tabletas de morfina. "¿Trajo esas muestras?"

"No quise arriesgarme. Nunca antes había visto la situación tan tensa. Por primera vez en mi vida me detuvieron al pasar por la aduana de Miami.

No sólo revisaron mi equipaje, sino que me llevaron a un cuarto y me hicieron desvestir".

No podía creer lo que oía. La habían revisado por primera vez en su vida. Alguien tenía que haber puesto su nombre en SOUNDEX, la lista de narcotraficantes sospechosos que tenía la aduana. Alguien quería que la atraparan con las tabletas de morfina y así eliminarla de la Operación Huno. El arresto de Ana destruiría cualquier posibilidad de una investigación de Pacho Cuervas y de cualquier otra gente a la que debí haber sido presentado en Colombia. Y sólo los "ternos" y la CIA sabían que ella retornaría a los Estados Unidos con drogas.

Sonó el teléfono. Lo levanté.

"Miguel, disculpa que llame tan tarde", era Candy la hija de Ana, "pero necesito hablar con mi madre".

"No te preocupes", dije, notando el tono de urgencia en su voz, tono que me parecía familiar. Le pasé el teléfono a Ana.

"¿Qué pasa ahora?", dijo Ana. Escuchó por un momento y luego dijo. "Pero me prometiste. Juraste que no te juntarías con esa gente". Habían lágrimas en sus ojos.

Me puse de pie y me dirigí a mi habitación; no quería escuchar más. Pensé que debía estar con mi hija y no aquí. Los 17 años en que creí que lo que hacía ayudaba a jóvenes como mi hija se me vinieron encima. No habían sido más que una mentira. Cuando cerré la puerta de mi cuarto, la voz de Ana resonó en el silencio de la casa.

"¿Por qué me haces ésto?"

## 4

A la mañana siguiente, me presenté temprano para informar a Turghid. Como era sábado, la oficina estaba vacía con excepción de Turghid y Rourke. El hombre estaba reclinado en su silla, con los pies sobre el escritorio. Me miró con cara de John Wayne cuando puse una caja de cassettes y un montón de transcripciones escritas a mano sobre su escritorio. No podía ocultar su sorpresa.

"No quise que ésto se quedara en la casa mientras los narcotraficantes estén allí", le dije. Rourke tosió.

"¿Por qué simplemente no nos pones al día?", dijo Turghid ásperamente.

"Okay". Decidí quedarme parado. "El tipo principal se llama Roberto. No se su apellido, pero será fácil averiguarlo. Se jacta de conocer a gente de la conexión francesa. Dice que fue uno de los más jóvenes del grupo".

Rourke sacó una libreta y comenzó a tomar notas. Demoré casi media hora en repasar los hechos importantes de la noche anterior. Mientras hablaba, Turghid me miraba y tamborileaba impacientemente los dedos en

sus rodillas. Cuando finalicé, levantó los pies del escritorio y se inclinó hacia adelante, pero no dijo nada.

Rourke silbó. "Creo que ya sé quien es este tipo. Parece ser Roberto Torrez (nombre ficticio)".

"Bueno, sea quien sea", dije, "su guardaespaldas anda jactándose de toda la gente que mandaron a mejor vida. Si los encarcelamos, resolveremos media docena de homicidios. También sabe quién es El Alemán y conoció a Arce Gómez en la casa de otro narcotraficante, conoce a todos en el mundo de la droga".

"¡Maldición!" dijo Rourke, mirando a Turghid, quien no dejaba de mirarme disgustado.

"Creo que vale la pena arriesgarse a llevar a estos tipos a la casa, para que actúen frente a la cámara", dije.

"¿Y qué de los tipos de Mejía?" dijo Rourke.

"Los podemos demorar hasta que hagamos el trato con Roberto".

"Me importa un carajo quién sea", dijo Turghid con la voz baja y truculenta. "Ya les dije, que no quiero que salgan del blanco".

De pronto me sentí agotado. Discutir con burócratas es como discutir con una máquina automática que hace lo que ha sido programada para hacer y nada cambiará su comportamiento.

"¿Eso quiere decir que no quieres que siga adelante con Tamayo y estos tipos?". Pregunté concisamente. Quería que supiera que a mi no me importaba el curso que tomaran las cosas; que obedecería órdenes, pero que la responsabilidad por lo que pasara sería suya. Pero lograr que un "terno" acepte cierta responsabilidad es como tratar de atrapar mercurio con los dedos.

"¿Dije éso? Sólo dije que ni el cuartel general ni yo queremos que salgas del blanco".

"Mira", dije, "el tipo está dentro del objetivo. Conoció a Arce Gómez en la casa de un "narco". Miré a Rourke para que me apoyara y él miró hacia la ventana.

Tratando de controlarme, continué. "Querías que transcribiera las malditas cintas, lo hice. Soy un agente, tengo grado 14, pero lo hice de todos modos. Si quieres que siga trabajando con más cintas hoy, lo haré. Me diste cocaína amarillenta de segunda, la acepté. Sólo dime qué quieres que haga y lo haré".

El rostro de Turghid se puso rojo sanguinolento. Pareció hincharse. Levantó los hombros como si fuera a saltar sobre mí. "Voy a repetir lo que dije una vez más", dijo, con su voz apenas en un susurro. "El cuartel general dice que tienes que limitarte a comprobar las acusaciones en contra de Arce Gómez... ¡éso es todo!"

"Eso significa", dije lo más suavemente posible, "¿que debo dejar de trabajar con Roberto Torrez y Ana Tamayo?"

"Te lo voy a aclarar, Levine. Significa que sigas con tu plan, pero que no salgas de Tucson para nada; no salgas de tu camino por nada, o nadie, a menos que tenga por objetivo a Arce Gómez. ¿Lo entendiste ahora?"

Era cualquier cosa menos claro.

"Sí", dije poniéndome de pie. "Lo entiendo claramente". Hice ademán de salir.

Los ojillos de Turghid se abrieron. "¿A dónde vas?"

"Los voy a llevar al avión para sacar unas muestras, luego los llevaré a la casa para que hagan sus pruebas y tal vez hablen sobre los asesinatos ante la cámara".

Turghid asintió. "Sólo quiero que no te olvides de lo que te dije".

"No", dije. "Créeme que no lo olvidaré".

Volví apresuradamente a la casa. Rudy me esperaba en la cocina, como siempre, con la sonrisa fácil pero inescrutable.

"¿Se siente bien, jefe?"

"Nunca me sentí mejor", dije. "¿Por qué, tengo mala cara?"

"Se ve un poco cansado". Su sonrisa desapareció. Me dió la impresión de que quería decirme algo. Rudy me caía muy bien. Lo había observado durante el operativo, era tranquilo y de confianza, un verdadero profesional. Hubiera sido un alivio tener como aliado a una persona en quien pudiera confiar en medio de esta locura.

"Me estoy poniendo un poco viejo para todo ésto", le dije. "¿Alguna novedad?"

"Roberto llamó un par de veces. Están listos para que los recojamos en cualquier momento".

"Bueno. ¿Dónde están todos?"

"Están afuera, alrededor de la piscina".

"Estaré listo en un minuto", dije, dirigiéndome hacia la piscina.

Al salir de la casa vi que South cerraba la puerta del depósito de la piscina. Sonia, Lydia y Ana tomaban el sol en sillas de playa. Me miraron protegiéndose del sol brillante con las manos.

"Ana, voy a llevar a Roberto a que pruebe la mercancía. ¿Quiere venir con nosotros?"

"Ay, no querido", me respondió. "Pero voy a regresar a Miami, así que si la cosa no funciona con Roberto, tráigame unas muestras para llevárselas a mis clientes".

"Claro", dije. "¿Cuánto cree que va a necesitar?"

"Sólo un poco en tres bolsas separadas, sólo que por favor, no le diga nada a Roberto".

Cuando me di vuelta para volver a entrar a la casa, Sonia se puso de pie "¿Podemos hablar un momento?"

Entramos a la casa y nos detuvimos a unos centímetros de la cámara. Ella se paró cerca de mí.

"Roberto llamó hoy tres veces", dijo, buscando mis ojos con los suyos. "Sabes que le gusto, ¿no?"

"Sí, me di cuenta", le contesté. "¿Quieres que haga algo al respecto?"

"No", sonrió torcidamente. "lo puedo manejar sola, pero lo que me preocupa es lo que piensa de ti".

"¿A qué te refieres?"

"Hizo algunos comentarios".

"¿Qué clasé de comentarios?"

"Dijo que tal vez no eras tan hombre".

"¿Le dijiste que sólo somos socios?"

"Por supuesto, pero me preguntó si hay algo raro contigo".

"¿Raro? ¿Que soy maricón o algo así?"

"No sé... tal vez", dijo, desafiándome con los ojos.

"No me importa lo que piense, mientras no se pase de raya... y al final termine entre rejas".

"No te enojas. Pensé que debías saberlo".

"No estoy enojado contigo", le dije, poniendo la mano en su hombro. No podía arriesgarme a crear más fricción entre nosotros. "Hiciste lo correcto al avisarme y te lo agradezco". Me miró fijamente. "¿Estás ségura de que puedes manejarlo?"

La sonrisa maliciosa apareció en su rostro. "Muy segura".

Cuando fuimos a recoger a Roberto y a Carlos del "Smugglers Hotel", ellos ya nos esperaban en el estacionamiento bajo un sol de fuego, protegiéndose los ojos y mirando en derredor nerviosamente. Carlos estaba vestido de pies a cabeza de blanco refulgente y Roberto brillaba en su guayabera color salmón con pantalones y zapatos que hacían juego. El oro que llevaba en las manos y el cuello brillaba a la luz del sol. Si hubiera una revista de modas para narcotraficantes, hubieran sido los modelos perfectos para un artículo titulado "La Tenida Perfecta para el Trato en el Desierto".

Se sentaron en el asiento trasero sin decir palabra. El auto partió y continuamos en silencio por varios minutos; repentinamente me invadió el temor de que descubrieran el aparato de grabación que estaba instalado a sólo unos centímetros de la cara de Roberto. Probablemente estaban armados. Tenía que mantenerlos ocupados. Me di la vuelta hacia ellos. "¿Cómo durmieron señores?"

"Yo siempre duermo bien", dijo Roberto, investigando con la mirada el interior del auto. Carlos miraba por el espejo retrovisor.

"¿Qué les ha parecido Tucson?"

"Nada bueno", respondió Roberto. Sacó del bolsillo de su guayabera una bolsa plástica con cocaína y una cucharita de oro. Sujetando la bolsa por debajo de la ventana, sacó una buena cucharada de polvo. Levantó ligeramente la cuchara y bajó la cabeza. ¡Zas! Una blanca cola de cometa desapareció por su fosa nasal. El tipo era como una aspiradora humana.

Exhaló rápidamente, cerrando los ojos; cuando los abrió, éstos brillaban húmedos. Respiró profundamente y exhaló despacio; su aliento me hizo parpadear. Rudy a mi lado meneó la cabeza ligeramente. Por un momento Roberto quedó con la mirada perdida; su cuerpo se sacudió un poco como si fueran a darle convulsiones, lo había visto ocurrir antes, pero se recompuso rápidamente.

"¿Quieres?" me dijo, ofreciéndome la bolsa.

"Por favor guarda eso", dije. Carlos se dió la vuelta para mirarme. "No estamos en Miami. Los estoy llevando a ver 50 kilos. Si nos para un policía de tránsito, lo podría perder todo".

Roberto me miró fijamente, con la bolsa aún entre las manos. Carlos estaba en medio con aspecto de perro de presa. Me di la vuelta en el asiento, poniendo la mano a unos centímetros del arma que llevaba en la pantorrilla. Si uno de ellos llevaba un arma vería el movimiento que haría para sacarla; una vez que la viera recién les dispararía. Mi pistola llevaba 13 balas. Trece golpes de gatillo y el mundo sería más saludable, pensé.

"No hay problema", dijo Roberto guardando la bolsa en su bolsillo. "No hay ningún problema". Sonrió con su mueca de piraña mientras me observaba.

Continuamos nuestro camino en silencio, mientras se oía por el stereo del auto la música de una cinta de salsa del "Gran Combo" de Puerto Rico. Me relajé. Por lo menos había acabado parte de la actuación, no me caían bien y viceversa. Haríamos un negocio y eso sería todo.

Los dos Daves esperaban en la puerta del avión Queenair cuando llegamos. Mientras Rudy se estacionaba cerca del ala, ví cómo Kunz entró para encender el equipo de grabación. Dejé que Carlos y Roberto subieran primero para evitar que vieran el arma que llevaba en la pantorrilla. Una vez a bordo, Gorman reclinó dos asientos y puso uno de las maletas encima.

Llegó el momento de la verdad, pensé mientras abría la maleta.

La cocaína, a pesar de las bolsas nuevas, se había puesto aún más amarillenta. Contuve la respiración, mientras Roberto tomaba una de las bolsas. La levantó y la puso a contraluz.

"Se ve rara", dijo. "Está amarilla".

"Creo que es por el procesado". dije. "Tal vez la secaron con luz artificial indebida".

La extraña explicación se me ocurrió en ese momento; sabía lo suficiente sobre la fabricación de cocaína como para tener la certeza de que eso era posible.

Posible pero no convincente. "Sí", dijo Roberto, mirando con sospecha el polvo amarillento. "Quizás".

"Es de primera calidad", dije. "Vamos, llevemos unas muestras a la casa y las podrás probar tú mismo... ya verás".

"Sí", dijo Roberto, mirando el polvo, "veremos".

Roberto eligió al azar cuatro paquetes de un kilo. Tomó una pequeña muestra de cada uno, depositando el polvo en distintas bolsas plásticas. Pasó las bolsas a Carlos, quien las ató y las puso en el bolsillo de su guayabera.

Posesión, pensé, y posesión con intento de distribución; señores acaban de violar las leyes federales con sentencias de 30 años de cárcel. Me sentí muy bien de pronto.

"¿Estaría bien si tomo un poquito para mi uso personal?" preguntó Roberto. "Se me está acabando la mía".

"Claro que sí". Vi como sacó una media onza de cocaína amarillenta perteneciente al gobierno de los EE.UU., la puso en otra bolsa plástica, la amarró y la metió en su bolsillo. Dio unas palmaditas a su bolsillo y me sonrió.

Le indiqué a Kunz que pusiera más o menos un gramo de cocaína en cuatro bolsas, con voz lo suficientemente alta como para que la grabadora lo registrara. En un momento le entregaría las cuatro bolsas a Ana frente a la cámara, cerrando la cadena de custodia desde el avión hasta sus manos. Quería asegurarme de que no hubiera la menor duda de que no tuve oportunidad alguna de sustraer nada de la droga para mí mismo. Si existía la menor duda, los inspectores tratarían de acusarme basándose en eso.

"Son muestras para otros clientes", le dije a Roberto mientras ponía las bolsas en mi estuche de mano. "Si no te apuras, no puedo garantizarte que no lo venderé todo".

"Probémosla", dijo Roberto, "después podemos charlar".

De regreso a la casa, Carlos creyó ver un automovil siguiéndonos. "¿Es tu gente?" me preguntó. Me di la vuelta y vi un auto gris desviarse para entrar a un centro comercial.

"No", dije, "nadie de mi gente nos sigue. ¿Qué fue lo que viste?"

"Dos gringos. Nos siguieron un buen rato", respondió, aún mirando el tráfico.

"¿Quiere que vuelva y veamos quiénes eran?" preguntó Rudy, tratando de mostrarse preocupado.

¡Error! Un narcotraficante no haría eso. "No, tenemos mercancía en el auto", dije.

A eso de la 1:45 llegamos a la casa y encontramos que las mujeres nos esperaban. Había un surtido de sandwiches y tragos sobre la mesa del

living junto con el termómetro eléctrico y el resto del equipo para analizar la droga, justo frente al televisor espía. El automóvil de South estaba estacionado afuera y él no estaba en la casa, así que supuse que estaba en el depósito asegurándose de que no perdiésemos un minuto de lo que estaba a punto de ocurrir.

A las 5:30 se había analizado la droga y Roberto y Carlos estaban de un humor magnífico. Habían acabado la cocaína que trajeron y ahora estaban usando la del gobierno. Su actuación ante la cámara no pudo haber sido más espectacular. Roberto estaba loco por Sonia. Se jactaba de sus proezas como narcotraficante y asesino. Carlos le ayudaba a verificar y embellecer sus relatos. Ana había sido testigo de algunos de los tratos.

Hablaron de tratos hechos desde Colombia hasta Nueva York; de haber hecho tratos con los más poderosos barones de la droga de Sudamérica y los Estados Unidos; de asesinatos sobre los que sabían, habían presenciado o habían cometido individualmente o en equipo. Con un poco de estímulo logré hasta que Roberto repitiera lo que me había dicho sobre El Alemán y Arce Gómez. Sería una cinta maravillosa para un jurado, una confesión completa con testigos y cómplices; todo en una sola sesión.

Sonia recompensó a Roberto con miradas largas y apasionadas, tocándolo de vez en cuando. Hacía que Roberto nos contara su vida, mientras me sonreía maliciosamente para demostrar lo poco que le costaba hacerlo. Lo controlaba completamente y él ni se daba cuenta. Entonces ella se me acercó y acarició la mejilla. La sonrisa de Roberto se esfumó.

Sonia acababa de crear un triángulo amoroso que no existía; un triángulo que podía costarme la vida.

No es una casualidad que las corridas de toros sean tan apreciadas por los hombres latinos y que el matador sea considerado como un héroe nacional en América Latina. El evento y el hombre son los mejores ejemplos de machismo: la pelea a muerte. El machismo, el sentido exagerado de masculinidad y sus atributos, coraje, virilidad, agresividad y la dominación de la mujer, que existen en muchos hombres pero que se encuentran más a la superficie del hombre latino, era algo que Sonia sabía muy bien cómo manipular para lograr sus objetivos.

¿Cuántos habían muerto sin darse cuenta de cómo cayeron?.

Roberto, sentado con Sonia a su lado, se jactó del arsenal que tenía en su casa en Miami. Carlos lo verificó. "Tiene un montón de ametralladoras Uzi con silenciador", dijo el asesino mejicano a sueldo, sosteniendo una ametralladora imaginaria en las manos. "Son una belleza. Sólo hacen *Brrrr* y *desaparece lo que tienes al frente*".

Roberto dijo, "Si deciden tratar de otro modo con Mejía, les puedo prestar unas cuantas. Sólo necesitan mandar su gente a recogerlas de Miami".

"Esa es una oferta que me gustaría aceptar", dije, pensando en la pena de 25 años por posesión de ametralladoras. Me di cuenta inmediatamente de que había cometido un error. Si le llegaba el rumor a Mejía, los resultados podrían ser desastrosos.

"O, si prefieren", dijo Roberto dirigiéndose a Sonia, "Yo me ocupo personalmente del hijo de puta". Sonia le sonrió seductora. "Sería una regalo para ti; para una maravillosa anfitriona y una bella mujer".

"Gracias por la oferta, don Roberto", dije, "pero prefiero arreglar la deuda y seguir mis negocios en paz".

"Sí", murmuró Sonia en voz apenas audible, "negocios, negocios, negocios... en lo único que piensa. Nada más le interesa".

Roberto encogió los hombros y le susurró algo a Sonia. Los dos rieron.

Las pruebas de la cocaína no fueron tan bien, como la charla. Roberto era un profesional absoluto. "¿Estás seguro de que esto no estuvo almacenado por largo tiempo, tal vez en algún lugar húmedo?" preguntó, examinando el polvo amarillento a la luz de una lámpara.

"De ningún modo", dije con la garganta apretada. "Está recién sacada del avión en que llegó de Bolivia".

Roberto se sentó en el sofá frente a la cámara y puso una pizca de polvo amarillento en un vaso con Clorox. Una tercera parte del polvo se depositó en el fondo, lo que quería decir que la cocaína había sido adulterada hasta en un 35 por ciento.

"¿Qué te parece?" pregunté.

"Veamos".

Puso algo de polvo en un portaobjetos de vidrio y lo colocó sobre el quemador del termómetro eléctrico. Pero al calentarse el instrumento, el medidor digital comenzó a fluctuar rápidamente. Me dio la impresión de que alguien lo había hurgado. El termómetro descompuesto nos estaba haciendo quedar como a impostores.

Roberto ni se inmutó. "Parece que está funcionando". Sonriendo a Sonia, puso una pizca de polvo en papel de aluminio y la calentó con un encendedor de cigarrillos. La habitación estaba en silencio mientras todos mirábamos cómo el polvo se derretía y quemaba. Era como una repetición de la prueba de Mónica, el polvo se puso negro y duro en vez de limpio y aceitoso. La cocaína había sido diluida. Se desvaneció cualquier esperanza de que la prueba que hizo Mónica hubiera sido una casualidad; que algunas de las bolsas se hubieran humedecido al estar almacenadas. Sonia me miraba con una expresión extraña en el rostro, como si supiera de antemano lo que pasaría y quisiera ver mi reacción.

"No creo que esto llegue al setenta por ciento", dijo Roberto, poco impresionado. Por la forma en que miraba a Sonia, supuse que su estimado era generoso.

"Hombre, pero si estás volando con lo que inhalaste ahora mismo", le recordé. "Cómo puede ser tan mala".

"No estoy diciendo que sea mala", dijo. "Pero tú sabes como es la gente, le gusta ver la cosa blanca y con pequeñas rocas. No soy vendedor callejero. No será fácil vender polvo amarillento".

\* \* \*

Más tarde, Rudy llevó a Roberto y a Carlos a su hotel para que se ducharan y cambiaran de ropa. Los recogeríamos para salir a cenar y a ver la vida nocturna. Después de que se marcharon me senté con Ana frente al televisor y le entregué las cuatro pequeñas bolsas de cocaína que traje del avión.

"Regresaré a Miami", dijo guardando las bolsas en el fondo de una cartera grande. "Le tendré más clientes, querido".

"¿Y acerca de Roberto? Dijo que probablemente se llevaría todo".

"El es bueno", dijo Ana. "He hecho siete tratos con él. Pero por si acaso", agregó con un gesto de duda, "contactaré a unos cuantos compradores más".

Ana era una mujer de negocios; no perdía su tiempo. Ya sabía lo que yo empezaba a sospechar. Roberto no compraría la droga. Se había mostrado dudoso de traer dinero a Tucson cuando pensaba que se trataba de cocaína de primera, ciertamente no se arriesgaría por droga de mala calidad. Pero la cocaína era la cocaína y estábamos en los Estados Unidos. Si la cosa era lo suficientemente buena como para que Roberto y Carlos se drogaran, Ana encontraría un comprador. Ana ya había descartado a Roberto como cliente, pero yo no, temía dejarlo salir libre de Tucson.

Normalmente, no me hubiera importado. El y Carlos habían admitido haber cometido una serie de crímenes frente a la cámara oculta, quizás se los podría condenar a muerte. Pero me sentía intranquilo. Tal vez fue la forma en que Sonia me miró cuando Roberto probó la droga; tal vez fue la forma en que toda la Operación Huno había sido llevada a cabo desde el principio, fuese cual fuese la causa, una voz en mi interior me prevenía que si Roberto salía libre de Tucson, no lo vería nunca más.



## XXVI

# CUANDO SUENE EL SILBATO

### 1

El sábado en la noche, Sonia le clavó las garras a Roberto, asegurándose de que no la olvidaría por el resto de su vida. Yo no estaba muy seguro de por qué lo hacía.

Después de una prolongada cena, todo el elenco se dirigió a un club nocturno con luces tenues y espectáculo. Roberto invitó a bailar a Sonia. Los miré mientras giraban lentamente al ritmo de la música. Roberto la estrechaba en sus brazos, con los ojos cerrados. Los ojos de Sonia se encontraron con los míos. Sonrió y puso la mano sobre el cuello de él como diciendo, "A éste lo tengo manejado".

Frente a mi, Ana finalmente había cesado de tratar de conversar con Lydia; ambas miraban aburridas hacia la pista de baile. Carlos también estaba callado. Su rostro estaba sombrío. Era hora de otro viaje al baño. Mirándolo ponerse de pie y tambalearse en la oscuridad, pensé de nuevo en lo que pasaría si un agente lo arrestase en este momento. Pero olvidé mis pensamientos pronto. Mi actuación me había quitado toda la energía. Sólo sentía ganas de apoyar la cabeza sobre la mesa.

"Miguel". Ana se inclinó hacia mi. "¿Se siente bien tu hermana?"

"¿Por qué?"

"Se la ve tan... tan preocupada. No habla nunca".

Miré a Lydia y después me acerqué a Ana. "Hay algunas cosas sobre las que mi familia nunca habla..". Ana quedó pasmada. "Lydia ha tenido, bueno, una experiencia horrible".

"¡Ay, Dios!" dijo Ana, tapándose la boca. "*Pobrecita*".

"Si", dije, moviendo la cabeza tristemente. Ana miraba a Lydia como si quisiera adoptarla. Puse mi dedo sobre los labios, haciendo un signo de guardar silencio y Ana movió la cabeza para mostrarme que nunca diría palabra.

Carlos volvió y por el resto de la noche, mientras Sonia y Roberto se movían por la pista de baile, me entretuvo con historias sangrientas. Poco a poco fui ignorándolo, hasta que su voz no fue más que un murmullo inaudible. Traté de mantenerme alerta, mirando a Roberto y Sonia. Si algo le pasaba a ella, sería mi responsabilidad.

De pronto vi que la mano de Carlos desaparecía de mi vista. Oí un clic metálico. Por el rabillo del ojo vi una hoja aserrada del tamaño de una bayoneta, brillando en la oscuridad. La punta estaba a escasos centímetros de mi pecho y Carlos me gruñía algo al oído.

"Le clavé esto en el corazón", susurró entre dientes, sus ojos drogados brillaban con el recuerdo. "Entró fácilmente, como mantequilla. Sabe de qué estoy hablando, ¿no?". Me acercó aún más la hoja del cuchillo.

"La traté de sacar, para clavársela otra vez, antes de que gritara o hiciera algo, estaba atascada. Así que la moví". Movió la hoja hacia adelante y hacia atrás. "La sangre salió a chorros, como de un géyser. Estaba a la misma distancia que estoy de usted. En ese instante supo que nada lo salvaría... se le notaba en los ojos".

"Y entonces gritó y murió, aún mirándome a los ojos, así de cerca como estamos usted y yo". Carlos hizo una pausa. Luego respirando casi sensualmente, dijo, "Por eso me encanta el cuchillo. Es personal. Lo puedes sentir es parte de ti. Sabe de que estoy hablando, ¿no?"

"Si", dije tratando de mirarlo directamente a los ojos muertos. Lo que trataba de decirme es que nada me salvaría si se le ocurría apuñalarme en el corazón. En dos segundos mostré como si me hubiera desvanecido de borracho; él y Roberto fingirían ir al baño y desaparecerían.

Miré hacia la mesa de los guardaespaldas, que estaba a sólo 3 metros de distancia, donde Rudy y dos agentes chicanos estaban sentados inmóviles. No sabía si estaban dormidos o despiertos. De todas maneras no podrían ayudarme. Todo ocurriría demasiado rápido.

"Es como bailar", dije, preguntándome de dónde saqué las palabras.

Carlos rió rompiendo la tensión. "Como bailar... me gusta eso. Es como bailar, la danza de la muerte". Rió de nuevo y el cuchillo desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

"Qué hermoso", dijo, acabándose una copa de champagne. "Habló como alguien que lo ha experimentado, Miguel".

¿Hermoso? Pensé. No, hermoso sería oír las puertas de acero de la prisión encerrándote por el resto de tu vida.

## 2

Cuando llegó el lunes, Sonia tenía a Roberto tan apasionado que o la poseía o explotaba. Andaba por Tucson como perro en celo, aullando a las colinas del norte de la ciudad, donde su amada estaba resguardada en un mítico castillo de la mafia rodeada por agentes. Llamaba a la casa cada dos horas, prometiéndole a Sonia que había despachado a Carlos a Miami a traer dinero para comprar "un mínimo de 40 kilos", poco más de \$1,6 millones, y como regalo especial de amor una ametralladora Uzi y un silenciador para usarlos en Papo, "si Miguel decide que tiene el coraje para hacerlo".

Cuando el teléfono sonó la mañana del lunes, Sonia contestó diciendo "Sí, *querido*". Hizo una mueca de disgusto. "Sí, yo también estoy encantada de hablar contigo, Roberto. No puedo hablar muy alto. Si, Miguel está en la habitación del lado". Era igual que las otras llamadas.

Conecté los audífonos y la grabadora al teléfono y me sénte al otro lado de la mesa a escuchar.

"Sólo quería oír tu voz, *mamita*", suspiró Roberto. "Carlos ya está en camino. Está regresando en coche, así que le tomará un día o dos".

"Lámame tan pronto como llegue, *mi amor*", dijo Sonia, moviendo la cabeza y haciendo otra mueca.

Supuestamente Carlos había volado a Miami el domingo en la mañana para recoger el dinero y había estado "en camino" hace casi 20 horas.

"Sonia, no te he visto desde el sábado. ¿No puedes escaparte por un rato? ¿No quieres verme?"

"Sí, por supuesto, *cariño*, quiero verte, pero sabes lo ocupados que estamos y que tenemos un problema con Papo".

"Sólo un par de horas, te prometo", masculló.

"Ah no, *mi amor*, no le gustaría a Miguel. Sabes cómo es él, siempre primero los negocios", dijo ella, mirándome y desviando la vista hacia otro lado.

"Pero Sonita, una mujer como tú debería ser atendida, no deberías temerle a ningún hombre. Deberías tener a un hombre a tu lado, no a un maricón".

Sonia rió, apuntándome con el dedo.

"¿Te está escuchando, ese... *mariposa*, ese *hijo de puta*, puedes hablar? Dime una palabra *nena* y me encargo de él, de Papo o de quien te moleste. ¿Podemos vernos esta noche? Por favor *mamita*, por favor".

Cuando Sonia colgó dijo, "Estamos perdiendo el tiempo. No le interesa la mercancía, ¿y tú lo sabes".

"Pero tal vez lo haga, sólo para probarte lo macho que es".

Sonia movió la cabeza dudosa. "¿Y Papo? Ya sospecha. Si hay otra demora...".

"Ha pasado un mes desde que le dijiste 10 días; otro día más no importará". Sonia estaba preocupada. "Vamos, Sonia", le dije, "si alguien puede hacer que este tipo entregue el dinero, esa persona eres tú".

"¿Quieres atraparlo como sea, no?"

"Si... como sea".

"¿Es sólo él o de verdad odias tanto a los narcotraficantes?". Sus ojos me desafiaron.

"Tengo mayor respeto por algunos narcotraficantes que he conocido que por algunos de mis superiores", repliqué. Estaba seguro de que ella repetiría ante alguien estas palabras. A la mierda con todo esto, pensé, que lo haga. Quería que lo supiesen. "Pero los asesinos, esos que sienten placer por matar, están dentro de otra categoría para mí. Sí, quiero atraparlo como sea".

"¿No te gusto, no?"

Me tomó por sorpresa. La casa estaba silenciosa, estábamos frente a frente, con nada más que una mesa y un mundo de mentiras entre nosotros.

"Sonia, hay momentos en los que pienso que me gustas y hay momentos en que pienso que no hay nada verdadero sobre tí, eres un misterio total".

"¿Y ahora?" me preguntó.

"*Vamos a ver qué pasa*", le respondí.

Ana decidió que Roberto ya no sería nuestro cliente y partió hacia Miami a conseguirnos más compradores. No dijo una palabra sobre la mercancía, pero estaba claro que había perdido el entusiasmo. Había dejado de hablarme sobre el viaje para encontrarnos con Pacho Cuervas.

Yo no dejaba de pensar en la ironía de la situación. Había sido asignado a una misión con la mejor informante y con la peor droga de la DEA. Habían sólo dos explicaciones posibles: *alguien trataba de arruinar el caso o alguien había robado parte de la droga y había diluido el resto para disimular el robo*.

La mitad de los "ternos" de la DEA habían visto los videos de Mónica y Roberto analizando la cocaína. Era obvio que la droga había sido adulterada. Las cintas deberían haber sido suficientes como para iniciar una serie de investigaciones de Seguridad Interna. También yo había hecho reclamos directos sobre la droga a Rourke, Turghid y South. No solamente no se había iniciado ninguna investigación, sino que se me había forzado a

continuar el operativo usando la misma cocaína sospechosa. Mientras tanto, se me seguía investigando, lo que limitaba mis opciones. No podía protestar demasiado, no podía negarme a trabajar con la droga y sentía que no podía retirarme de la misión.

No había otro camino que seguir adelante.

### 3

El lunes en la noche, mientras Roberto languidecía en su habitación deseando un poco de sexo telefónico con Sonia, Eduardo Pineda y Mario Espinosa dejaron una lista de mensajes urgentes en nuestro servicio de contestación.

"Tienes que demorarlos hasta el fin de semana", le dije a Sonia mientras conectaba la grabadora al teléfono de la cocina.

Sonia arrugó el ceño preocupada. "No sé. Es demasiado tiempo".

"Roberto dice que Carlos está en camino con el dinero. Después de tanto jactarse, aún es posible que haga el trato".

Sonia meneó la cabeza, exasperada. "Está bien", dijo cortante.

Marqué el número de teléfono de Miami y le pasé el teléfono a Sonia. En un instante hablaba con Espinosa. "Estaremos listos en unos días, Mario", le dijo ella.

"Por favor, *Sonita*", dijo Espinosa, con voz cargada de ansiedad. "No demores más la cosa. Ya se han hecho arreglos, irá gente de Miami y California".

Nuestras demoras habían enfurecido a Mejía. Si esta vez no pagábamos, Espinosa no regresaría vivo a Colombia.

"El problema es que estamos haciendo otro negocio al mismo tiempo", dijo Sonia. "Tú sabes como son las cosas. Pero las alfombras ya llegaron. Voy a ir a revisarlas".

"¡Fantástico!" dijo Espinosa. "Eduardo y yo partiremos inmediatamente hacia California. Cuando estés lista, llámanos allí". Le dio un número de teléfono de California.

"No te preocupes, Mario, todo estará arreglado para el fin de semana. ¿Papo estará, no es cierto?"

"Si... estará".

"Qué bueno, porque tengo ganas de verlo... para arreglar las cosas".

"Lo sé *querida*. Siempre supe que lo harías. Sin importar lo que dijese, siempre supe que no traicionarías nuestra confianza".

El martes en la mañana Rourke me llamó. "Levine, quieren que finalices el operativo", dijo. "Llama a la gente de Mejía y dales la droga. Y cuando suene el silbato, todos caen. ¿Entendiste?"

"¿Quién cae?"

"Quien aparezca para recoger la droga".

"¿Y eso es todo? ¿Qué pasará si Mejía no viene?"

"Lo acusaremos", dijo Rourke.

"Mejía es colombiano, Jack. No existe tratado de extradición. Nunca lo atraparemos". Rourke quedó en silencio. "¿Y qué pasará con el famoso objetivo? Que con toda esta mierda sobre Arce Gómez como objetivo principal, aún no tenemos nada para acusarlo".

"Mike, te doy mi palabra, voy a hacer que el tipo sea acusado. Estamos trabajando con la amiga de Sonia en Bolivia, Nati... Natalia, ¿la conoces?"

"No sé ni mierda sobre Sonia".

"Bueno, las dos eran inseparables. Nati corroboró mucho del asunto con Arce, estuvo presente. Estamos tratando de convencerla para que testifique. Y también tenemos otro posible informador del gobierno boliviano, alguien que era muy allegado a Lucho, que estuvo presente cuando recibió las joyas. Pero existen algunos problemas".

"¿Qué tipo de problemas?"

"Con la Agencia".

"¿Qué tiene que ver la CIA con ésto?" insistió.

"Mike, no sabes ni la mitad de todo esto. Sólo te pido que no hagas preguntas, ¿bueno?"

"Bueno. ¿Que hay acerca de Roberto y Carlos; la organización de Pacho Cuervas; Mónica y su gente en Nueva York, Miami; El Alemán de mierda y todos los políticos, jueces y fiscales de distrito que maneja en Miami, quizás hasta la DEA... ?".

"Hey compadre, no estoy ocultando nada de nadie. Todo lo que pasa llega al cuartel general. Todo va a las oficinas debidas".

"Jack", dije, "no te parece extraño que se pasen todo este trabajo, Sonia, yo, la casa, el avión, toda la mierda y después nos den mierda, cocaína amarillenta que no sirve para nada, para que tratemos de convencer que somos "narcos" de verdad"

"¿Qué quieres de mí? No sé cuántas veces te lo he dicho, Levine, tengo sólo grado 13. No tomo las decisiones".

"¡Pero sabes lo que están haciendo; estos tipos se nos están escapando a diestra y siniestra!"

Rourke era uno de los mejores agentes de narcóticos que había conocido. Sabía más sobre el negocio de las drogas que cualquiera de los "ternos" que eran sus superiores; pero como todos los mejores agentes de la DEA, tuvo que tomar una decisión al inicio de su carrera. Lucharía contra jefes incompetentes y siniestros, les mentiría y haría lo mejor posible a pesar de su oposición y arriesgándose a su furia, a ser investigado, olvidado para los ascensos y premios, ser despedido y encarcelado por alguna

infracción al Manual o como algunos lo temían, morir misteriosamente como Sante Bario o decidiría aceptar lo que le daba el sistema, estar fuera de la línea de fuego y no ser visto como una amenaza para las imágenes públicas y los frágiles egos de los "ternos" o para los intereses especiales como los de la CIA. (Tres años después de la Operación Huno, Kiki Camarena luchó contra el sistema y lo pagó con su vida). Rourke había escogido no oponerse al sistema. Yo no creía que me causaría daño, pero ciertamente no haría ningún esfuerzo para ayudarme.

Pero no podía permitir que la Operación Huno muriese. Rendirse hubiese sido como admitir que 17 años de mi vida habían sido una mentira.

Alrededor de mediodía sonó el teléfono. Era Roberto, el asesino de los dientes de sierra. "Quería avisarte que me voy", dijo.

"¿Qué pasó?"

"Ah, no estoy seguro. Tengo que ir a Miami para averiguarlo. Si lo arreglo, volveré en auto personal".

"Está bien", le dije. Probablemente había usado toda la cocaína del gobierno que le dí y no pudo aguantar más de 72 horas de sexo por teléfono.

"Mira, la oferta sigue en pie. Si quieres usar una de esas cosas [Uzis]. Mándame a uno de tus hombres".

"Listo, gracias. Lo voy a pensar".

"Sonia tiene mi teléfono".

"Listo. Que te vaya bien".

"Gracias. ¿Está Sonia? Quisiera despedirme".

Miré hacia la piscina. Sonia y Lydia estaban en sus lugares de costumbre. "No, lo siento. Tuve que mandarla a encontrarse con unos clientes".

"Bueno, mi vuelo sale a las dos. Volveré a llamar. Dile que la llamé".

Colgué y telefoneé inmediatamente a Turghid; le informé sobre la conversación.

"Tienes que alertar a la gente de Miami", le dije. "Lo pueden seguir hasta su casa, hay más que suficiente para una orden de allanamiento. Tiene todo un arsenal. Si Miami no quiere hacer nada al respecto, podemos mandar a Rudy y otro agente. Recogerían las Uzis y las entregarían a ATF. La posesión de una Uzi con silenciador tiene 25 años de cárcel".

Se produjo un largo silencio. Finalmente, Turghid dijo. "Mierda, ¿qué te dije de salirse del blanco?"

"Hey", dije, recordando lo vulnerable que era mi posición ante este hombre. "No quiero discutir contigo. Sólo trato de cumplir mi trabajo. Estoy haciendo una sugerencia. El resto depende de ti".

"Informaré al cuartel general. Créeme, Levine, estamos al tanto de todo lo que pasa. Mientras tanto, tus órdenes son seguir adelante y finalizar el operativo, ¿entendiste?"

A los pocos minutos el teléfono sonó de nuevo.

"Miguel", dijo Ana, "¿cómo están usted y mi Sonita?"

"Bien, Ana. Usted sabe... ocupados".

"¿Roberto sigue allí?" Su voz sonaba preocupada.

"Dijo que se iba y a decir verdad estoy contento. Ha estado por aquí demasiado tiempo y sin hacer nada. Lo que quiero decir es que, sin faltarle al respeto a usted Ana, no confío en él".

"No lo culpo. No es así normalmente. Siempre fue honorable conmigo. Carlos es el que no me inspira confianza. Me visitó anoche y me dijo que estaba partiendo a Tucson en auto y que le estaba llevando el regalo".

"¿Dijo algo sobre traer dinero?"

"Dijo que no haría el viaje por menos de 30 kilos".

"Pero usted no cree que sea verdad, ¿no?"

"No sé. Todo el asunto es muy extraño".

"Lo siento Ana, no les tengo confianza".

"Bueno, no importa, hay otra gente interesada. No están muy de acuerdo en viajar hasta allá, pero los trataré de convencer esta noche".

"Maravilloso", dije.

"Y le di su teléfono a un amigo en California; se llama Hernando Velasco, lo llamará pronto".

"¿Quién es?"

"Trátelo bien, Miguel. Es representante de una de los mayores vendedores de cocaína de California. Si le gusta la calidad, se llevará 30 kilos".

Obviamente, Ana no se estaba arriesgando con la calidad de nuestra cocaína, y probablemente había advertido a todos sus clientes de que no era de la mejor. Qué desperdicio, la DEA confisca cocaína diariamente. Existen toneladas de la cocaína más pura almacenadas en depósitos a lo largo del país, en espera de ser destruida.

"Lo trataré muy bien, Ana, no se preocupe. ¿Cómo están su hija y su esposo?"

"Ay, Miguel, siempre con problemas, pero bien, gracias a Dios".

"Se la oye cansada, *mamita*. ¿Por qué no se toma un descanso por unos días? El negocio seguirá funcionando".

"Ojalá pudiera, Miguel. Ojalá pudiera".

A las 14:00 el servicio de contestación reportó unas llamadas de Pineda y Espinosa, con un número de teléfono de California. Las cosas

comenzaban a ponerse tensas otra vez. Necesitaba calmarme y poner en orden mis ideas para no arruinar nada. Fui al gimnasio. Mis amigos estaban allí como siempre.

"Miren, es Levine", dijo uno de ellos, lo suficientemente fuerte como para que se oyese en todo el gimnasio. Hola a todos, soy Levine el agente secreto con misión en Tucson.

"¿Nu?" dijo uno de ellos. "¿Encontraste en qué invertir?"

Encogí los hombros. En febrero les había dicho que estaba en Tucson buscando un club nocturno para hacer una inversión.

"¿Gornisht?" preguntó Sam.

"Gornisht", contesté.

"¿Cuántos bares pueden haber en Tucson?" me preguntaron.

"¿Quiénes son ustedes, el FBI?"

"¿FBI?" dijeron al unísono.

"El Bureau Federal de Ventas".

Me las arreglé para terminar mis ejercicios sin hablar más con ellos. Salí del gimnasio sintiéndome bien; los dos viejos tuvieron un efecto positivo sobre mí. Pero al llegar a la casa vi el auto de South. Mi bienestar se desvaneció.

"El Sr. Turghid quiere saber qué día acabará la cosa", dijo apenas entré a la casa.

"Iba a hacer que Sonia los llame ahora. ¿Quieres oírlo?"

No esperé su respuesta; salí directamente al patio para llamar a Sonia. Turghid no me dejaría demorar más.

South miró cómo conecté la grabadora al teléfono, marqué el número y le pasé el teléfono a Sonia.

"Hola", contestó ansioso Espinosa. En algún lugar Mejía, enfurecido, esperaba noticias. Habían transcurrido casi seis semanas desde que Sonia le dijo que entregaría la droga en ocho días. Para Mejía, esta deuda debía haber trascendido el dinero o las drogas.

"Estamos casi listos", dijo Sonia tal como le indiqué.

"Fenómeno, Sonita. No sabes lo feliz que me haces. Partiremos hacia Tucson inmediatamente".

Le hice una seña a Sonia, dos días. Todavía quedaba una remota posibilidad de que Roberto viniese.

"No estaremos listos en dos días, Mario".

Hubo una pausa, después Mario dijo, "Esta bien Sonia querida. Partiremos de todos modos".

Después de que Sonia colgó, le dije a South, "Está todo listo. Le puedes decir a tu jefe que el silbato sonará el jueves".

South asintió. "Así que hasta entonces no tiene mucho que hacer, ¿no es cierto?"

"Depende de a qué te refieres".

"El Sr. Turghid quiere que siga trabajando con las cintas", dijo. "Las tengo en el auto".

## 4

El miércoles el servicio de contestación llamó temprano en la mañana. Pineda se encontraba ya en el hotel "Howard Johnson" en Tucson. Había pedido que lo llamara urgentemente.

A las 10:00 desperté a Sonia, conecté la grabadora al teléfono y marqué el número de Pineda. Espinosa contestó al primer timbrazo. "Quería que sepas, *Sonita*, que ya llegamos", dijo con la voz tensa.

"Estaremos listos mañana", dijo Sonia.

"Fabuloso".

"Una cosa, Mario. ¿Dónde está Papo? Debo hablar con él".

"¿Guacho?"

"Dijo que vendría", dijo Sonia, con el ceño fruncido. "Me lo dijo la última vez que hablamos".

"Espera... espera un segundo, Sonia". Oí voces apagadas. Pineda vino al teléfono. "Es imposible", dijo, "ni siquiera está en el país".

"Pero si me dijo que hablaría conmigo antes de hacer nada", dijo Sonia.

"Pensé que todo estaba arreglado", dijo Pineda, subiendo la voz.

"El me dijo que estaría aquí", insistió Sonia, "que hablaría conmigo".

De nuevo se produjo un largo silencio; luego Pineda, con la voz tensa y llena de sospecha, dijo, "Haré lo que pueda".

Cuando Sonia colgó se la veía agotada.

"No tiene sentido arrestarlos a ellos y no a Papo", dijo. "Si está en Colombia sabe que *la DEA* no puede tocarlo".

"Estoy de tu lado", dije. Era la primera vez que sentía eso desde que la conocí.

El teléfono sonó otra vez. "Me llamó Hernando Velasco", dijo una voz de hombre con acento colombiano. "Ana Tamayo me dió su teléfono".

"¿Sí?" dijo Sonia.

"Ana dijo que podría conseguir unas muestras", dijo Velasco. "No soy la persona encargada, pero...".

"¿Qué?" dijo Sonia confundida.

Me había olvidado de Ana y su cliente de California. Quizás lo había bloqueado de mi mente, sabiendo que la llamada traería a Ana a Tucson, donde sería arrestada.

"No soy el dueño del barco", dijo Velasco. "Soy parte de la tripulación".

"No le entiendo", dijo Sonia.

"¿Ana no le explicó?"

"Uno de sus clientes iba a llamar, pero no entiendo a qué se refiere".

"Sí", dijo Velasco, "soy yo y estoy interesado en comprar todo lo que tienen".

"Tenemos 50", dijo Sonia impacientemente.

"Es muy poco, querida. Lo que deseo hacer es ir primero allí y comprar uno. Si la gente en Los Angeles queda contenta con la calidad volveré en mi propio avión el mismo día para recoger el resto".

"Bueno, no sé", dijo Sonia, mirándome para que le diera una señal.

Asentí vigorosamente. Nunca durante mi carrera había rechazado a un narcotraficante que pedía que lo arrestaran. Dejemos que Turghid u otro me diga que no.

"Unos clientes nuestros llegarán mañana. No estoy segura si nos quedará algo", dijo Sonia mirándome. "¿Por qué no llama mañana por la noche?"

"Mañana por la noche" la Operación Huno habría finalizado. Acababa de asegurar que Velasco no fuese arrestado.

"Espere un segundo", dijo Velasco. "Pensé que su voz me era conocida. Usted me conoce".

"¿Cómo lo conozco?"

"Tenía que reunirme con usted en Cartagena. Ana preparó la entrevista".

La cara de Sonia se iluminó de furia al darse cuenta de quién era. "Oh sí, ya me acuerdo. Necesitaba el número de Roger el Piloto. Nunca lo conseguí".

Sonia hablaba de un piloto americano llamado Roger Reaves, que supuestamente había volado con varios cargamentos de droga de los carteles bolivianos y colombianos a los Estados Unidos. Su nombre estaba en tantos archivos como el de Noriega, sólo que hasta esta llamada telefónica nadie había logrado localizarlo.

"Puedo explicarle lo que pasó", dijo Velasco turbado.

"Sí", dijo Sonia, "Ahora recuerdo. Lo necesitaba urgentemente".

"Ana cometió un error. Yo tenía mis propios pilotos entonces. Los sigo teniendo".

Sonia pensaba. Aquí se presentaba otra oportunidad creada por la DEA para dañar a alguien que la había disgustado.

"Mire", insistió Velasco, "podemos hacer muchos negocios con ustedes. Compramos grandes cantidades. No se arrepentirán".

Rogaba para que lo encarcelasen.

"¿Dónde manejan los artículos?" preguntó Sonia.

"Parte donde está usted", dijo. "Y aquí en California. ¿El precio es el mismo que Ana me dió?"

"El que Ana le dió es correcto".

"¿Bueno, hacemos negocios?"

"¿Cuándo?" preguntó Sonia, mirándome.

"Cuando usted diga", dijo Velasco.

Sonia anotó el número de teléfono de su domicilio, colgó, y dijo, "¿Qué hacemos?"

"Demoraremos las cosas un día más", le contesté. "Eso le dará tiempo a Velasco para llegar y tal vez tengamos mejor oportunidad de atrapar a Mejía. Y quién sabe, tal vez hasta Roberto nos sorprenda".

"¿Te permitirán hacerlo?"

"Lo averiguaré ahora mismo", dije, levantando el teléfono.

Telefoné a Rourke. No tenía sentido hablar con Turghid, Velasco estaba "fuera del blanco". Cuando Rourke contestó, le conté sobre la llamada y le dije, "El tipo nos podría entregar a Roger Reaves".

"¿Y entonces qué quieres?"

"Sólo necesitamos un día más para jugar con él. Quiero decirle a Pineda que haremos las cosas el viernes".

"¡El viernes! Turghid se pondrá como loco".

"¿Y qué acerca de Mejía?" pregunté.

"Dios mío".

"En serio, ni siquiera puedo hablar con el tipo; me está haciendo transcribir cintas ahora, quizás después me hará lavar autos. Sólo averigua si vamos a arrestar a estos tipos aun cuando Mejía no apareciese".

"Carajo, Levine. Sabes lo que va a decir".

"Si dice que sí, sólo pido una demora de 24 horas. Perdimos todo un mes en Washington cuando pudimos haber atrapado a la mitad de la gente que figura en la libreta de Sonia; ¿qué es un día más?"

Rourke se calló por un momento. "Te llamaré de nuevo".

El teléfono volvió a sonar. Sonia contestó. "Tengo todo preparado", dijo Velasco. "Llegaré en el vuelo de la tarde". Hacer negocios con la Reina de la Cocaína era una oportunidad que se presentaba una sola vez en la vida. Velasco dijo que venía con \$400.000 para comprar 10 kilos. "Si la mercadería es buena, compraré todo lo que tienen", repitió.

Después de haber colgado, me preguntó, "¿Y qué haremos cuando vea la calidad de nuestra cocaína?"

"Buena pregunta", le dije.

"¿Y cuando el químico de Papo la pruebe? Creí que el objeto de este juego era hacerles hablar sobre Lucho frente a la cámara, ¿cuánto crees que hablarán si creen que los estamos estafando?"

"Lo sabías desde el momento en que Mónica hizo sus pruebas. ¡No! Desde el momento que viste la droga. ¿Por qué esperaste hasta ahora para decir algo?"

Rió, enojada.

"¿De qué hubiese servido si te decía algo? Tu gente no te hace caso. Además, saben muy bien lo que están haciendo".

"¿Entonces por qué preguntas?"

Encendió un cigarrillo. Inhaló profundamente y se transformó por completo. Cualquier señal de enojo desapareció rápidamente de su rostro. Exhaló el humo hacia mí. "No sé por cuanto tiempo estaremos juntos", dijo suave y seductoramente, "o qué es lo que ocurrirá. Solamente no quería que pienses que soy una tonta".

"Sonia, a nadie en el mundo se le ocurriría pensarlo. Pero tampoco yo lo soy".

Sonia me miró, y sin decir palabra se dió la vuelta y se dirigió hacia su habitación.

"¿A dónde vas?"

"A llamar a mi esposo y mis hijos. Quiero saber cómo están".

Media hora después, Rourke llamó. "Turghid no está muy contento; pero puedes demorar un día más... eso es todo".

"¿Con o sin Mejía?" pregunté.

"Si no aparece lo acusaremos y trataremos de encontrarlo".

"¿Alguien está trabajando para encontrarlo?"

"Alguien debería", dijo dudoso.

"¿Y qué acerca de Mónica, Roberto y los otros?"

Rourke bufó exasperado; me lo imaginé en su habitación de hotel, con la cabeza perdida en una nube de humo, notas y archivos desparramados por todo la pieza.

"Mike", dijo finalmente, "estoy pasando todo al cuartel general. De ahí en adelante esta fuera de mi alcance. Si tienes alguna pregunta, llama tú mismo".

## 5

El jueves en la mañana el teléfono no cesaba de sonar. Velasco llamó cuatro veces para avisarnos que estaba en camino a Tucson con el dinero; y que nos asegurásemos de guardarle por lo menos unos 10 kilos. Pineda y Espinosa dejaron mensajes amenazadores en nuestro servicio de contestación de llamadas.

Sonia rió. "Aún creen que les pagaremos hoy día. Si no los llamamos harán explotar el hotel".

Ana llamó de Miami para averiguar sobre Velasco. "Dijo que partiría hoy", le dije.

"No se preocupen, llegará o enviará a alguien", dijo Ana. "¿Cuántas alfombras dijo que quería?"

"Diez".

Quedó en silencio por un momento, probablemente calculando su comisión de \$25.000 dólares. Había mencionado problemas de dinero, posiblemente era eso lo que hacía que siguiera tratando de vender mercadería de mala calidad, eso y su lealtad hacia Sonia.

"Conozco a más gente aquí, pero no quieren viajar tan lejos. Tengo una reunión más tarde. Si sale bien, llegaré en persona". Eso significaba con dinero.

Después de colgar, la idea del arresto de Ana cruzó por mi mente. Evité seguir pensando en eso.

Cerca del mediodía marqué el número de Pineda. "Aló", dijo una voz tan baja y tensa que no pude reconocerla.

"¿Hablo con Eduardo?" pregunté.

"Sí. ¿Qué está pasando?"

"Mira, te llamo para avisarte que tenemos todo listo, pero hay un pequeño problema".

"No pueden haber más problemas", dijo llanamente.

"Es sólo un día", dije. "Estamos tratando de hacer dos transacciones al mismo tiempo". Sentí el tono nervioso y rápido de mi voz. Tenía que calmarme.

"Sigue".

"La demora es por la otra gente".

"¿Entonces qué quieres hacer?"

"¿Cuánto tiempo necesitas para arreglar tu jeep?" Era el jeep con los compartimientos ocultos que había estado guardado en el garaje de la casa durante las pasadas seis semanas.

"Unas dos horas", dijo.

"Bien. Dos horas. Entonces, haremos todo mañana".

Si Velasco llegaba en la mañana lo podríamos arrestar y atraer a la gente de Mejía a la casa para el arresto final. Después podría largarme de aquí.

"¿Todo bien?" pregunté.

"No tan bien", dijo Pineda.

"¿Qué pasa?"

"¿Podríamos hablar hoy día... en la tarde... en persona?"

Pasaba algo.

"No es nada fuera de lo común", persistió. "Aunque sea por 10 o 15 minutos. Sólo dos o tres preguntas que quiero hacerte... personalmente".

El tono de su voz indicaba que se trataba de algo fuera de lo común.

"Tengo que hablar con cierta gente primero", dije. "No estoy buscando excusas. Como ya te dije, estoy tratando de hacer demasiadas cosas a la vez".

Pineda insistió. "Sí, te entiendo, pero... no es nada fuera de lo común, si pudiésemos hablar 10 minutos".

"Sí, está bien", le dije. No tenía ningún pretexto para no encontrarme con él. "Te llamaré después".

"Espero tu llamada".

Cuando colgué, respiré hondo y tuve que sentarme un rato. Presionar a gente como Pineda y Mejía era como escalar el Monte Everest sin cuerdas.

"¿Qué pasa con Mejía?" dijo Sonia.

"¡Maldición! Me olvidé".

"¡Cómo puedes haberte olvidado!" gritó.

Tenía demasiado de qué preocuparme y estaba perdiendo el cuidado. "Quieren reunirse conmigo, de todos modos", dije. "Les preguntaré en persona".

El teléfono sonó otra vez, antes de que lo levantara para llamar a Turghid.

"Miguel", dijo Roberto, el asesino con dientes de tiburón. "Disculpa, las cosas no funcionaron".

"¿Qué pasó?"

"Como te dije, si vienes a Miami podemos hacer un trato. La gente no quiere viajar".

"Olvídalo", dije, pensando aún en Pineda.

"Bueno, para que quedemos como amigos, por qué no mandas a uno de tus empleados. Quisiera darte uno de esos regalos".

"Podría ser", dije. "Mira, tengo que irme".

"¿Está Sonia? Sólo quería saludarla".

"No, pero le avisaré que llamaste. Estoy seguro de que le encantará saberlo".

Colgué y llamé a Turghid.

"Están ocurriendo un par de cosas", dije, tratando de mantener la voz neutra. Turghid estaba callado. "Iba a llamarte sobre otra cosa cuando Roberto telefoneó desde Miami".

"Sí".

"Está allí con una Uzi con silenciador. Todo lo que tenemos que hacer es mandar a Rudy o a otra persona a recogerla y lograremos otra sentencia de 25 años".

Silencio. Iba a preguntar si seguía allí cuando dijo, "¿Llamaste para eso? ¿Acaso no lo discutimos ya varias veces?"

"Sí", dije, tratando de controlarme. "Simplemente estoy cumpliendo con mi trabajo como agente. El tipo llamó y te estoy informando lo que dijo".

"En este momento", dijo Turghid cortante, "nuestras órdenes siguen siendo enfocar el operativo en Arce Gómez. ¿Entiendes?"

"Claro que sí", dije sintiendo el corazón en una pinza.

"¿Algo más?"

"Sí", dije, "el otro motivo por el que llamé es que los hombres de Mejía se están poniendo nerviosos. Quieren encontrarse conmigo cara a cara".

"¿Por qué no les dices que se vayan a la mierda? Llámalos cuando estés preparado".

"Me encantaría hacerlo, pero creo que han olfateado algo".

"¿Qué quieres decir?"

"Han pasado seis semanas desde que les dijimos que volveríamos en ocho días. Si tu estuvieses en su pellejo, ¿no olfatearías algo raro?"

"¿Entonces qué quieres hacer ahora?"

"Les diré que nos encontraremos en "Tequila Willy's" a las cuatro, dentro de dos horas. Quiero que dos personas me cubran".

"Bien. ¿Qué más?"

"Quiero darles una muestra de la cocaína. Les diré que ésto es en serio y que no estamos tratando de hacer nada raro. Sé que necesitas la aprobación del cuartel general, así que no diré nada cuando me encuentre con ellos. Si consigues la aprobación, haz que uno de los agentes se acerque a la mesa con un sobre sellado y lo ponga frente a mí. Se lo pasaré a él. De esa manera estará claramente a la vista cuando lo levante".

Tenía un motivo más importante para hacer esto, aunque no podía decírselo a Turghid para evitar que explotase contra mí. No quería que Pineda viese por primera vez nuestra droga amarillenta frente a la cámara. Quería que lo supiese de antemano; que tuviese 24 horas para calmarse y darse cuenta de que era mejor recibir cocaína mala a no recibir nada y que podría resarcirse en un negocio futuro. Si le entregaba basura a último momento, estaba seguro de que se pondría furioso. Y tenía que haber traído *un par de pistoleros* a Tucson.

También quería que los hombres de Mejía hablaran claramente sobre Arce Gómez, Mejía, El Alemán y todos los narcos que conocían. Sería nuestra única oportunidad de grabar ese testimonio en videotape. Era el tipo de evidencia que haría que un jurado pasara una sentencia de encarcelamiento, y también el tipo de evidencia que se podría presentar ante el Congreso si la DEA no actuaba basándose en ella. Era aún tan ingenuo como para creer que el Congreso haría algo.

"¿Algo más?" me preguntó Turghid.

"Nada que se me ocurra en este momento".

La música Mariachi tronaba por los parlantes de "Tequila Willy's" cuando llegué a las 4:00. Crucé despacio el estacionamiento, vigilando cualquier movimiento repentino o si se veían cabezas en los autos estacionados. Si harían algo, ocurriría aquí.

Dentro del atestado bar, no pude ver a Pineda, pero habían tres tipos de aspecto latino con gafas oscuras y guayaberas sentados cerca de la entrada que me llamaron la atención inmediatamente. Dejaron de conversar cuando entré y trataron de no mirarme. Rogué que fueran agentes.

Me acerqué al bar, pero antes de que pidiese un trago Pineda y un latino de aspecto nervioso de unos treinta años aparecieron en la puerta de entrada. Sentí la tensión desde el otro extremo del salón. Debían haber estado vigilando el lugar cuando llegué y no los pude descubrir. Recordé cuán fácil era pescar a alguien desprevenido, aun a alguien que había pasado su vida entera tratando de descubrir emboscadas.

"¿Cómo estás, Eduardo?" dije, acercándome a Pineda con la mano extendida. En su cara sólo había sospecha.

Me dió un breve y frío apretón de manos y me presentó a Espinosa, quien me dió la mano sonriendo como vendedor de seguros.

"Gusto de conocerlo", dijo. Sus ojos atemorizados se movían buscando algo por todas partes. La transpiración le perlaba la frente.

"Sentémonos en algún lado", dijo Pineda. Busqué con la mirada si tenían bultos debajo de la camisa, mientras se dirigían hacia una mesa cerca de la pared. No vi ninguna señal de armas.

No dijeron nada por un par de minutos. Pineda estudió el lugar con ojos alertas, mientras Espinosa sonreía nerviosamente. Ellos habían pedido reunirse conmigo, así que esperé a que hablasen.

Se nos acercó una camarera y tomó nuestro pedido. Después de que se alejó, Espinosa rompió el silencio. "*Hace un calor tremendo*", dijo, sacando un pañuelo para secarse la transpiración. Tenía la cara mofletuda, parecía afeminado. Me pregunté cómo había sobrevivido en el mundo de la droga.

"Supongo que no ha estado antes aquí".

"No".

Siguieron en silencio mientras miraban a su alrededor. Finalmente, perdí la paciencia.

"Bueno, aquí estoy, ¿de qué se trata?"

Pineda me miró directamente a los ojos como si tratara de descubrir algo en ellos. "Quiero explicarte cómo trabajamos antes de que hagamos nada", dijo.

"Bueno", dije, "te escucho".

"¿A qué distancia está el lugar?"

"De aquí a una media hora de viaje".

"¿Cuándo iremos allí?".

"En la tarde. Tengo otro negocio programado inmediatamente después de ustedes".

"Eso es lo que quería explicarte. Nosotros abrimos cada una las bolsas. El químico las analiza todas. Yo soy testigo de los análisis. Después volvemos a empacar todo en nuestras bolsas, las cuales sello y marco con mis iniciales. Es mi garantía personal de pureza".

Llegaron los tragos. Espinosa se tomó de un golpe un vaso de vodka y continuó con media cerveza. Pineda miró repentinamente detrás mío. South y Rudy se acercaban al bar. South se veía sumamente nervioso.

"Esos son tus hombres", dijo Pineda.

"Pensé que sería buena idea entregarles a ustedes una muestra de nuestra mercancía antes de que vayan a la casa. Podría ahorrarnos algo de tiempo mañana". Pineda me miró sin inmutarse. Encogí los hombros. "Depende de ti".

Pineda pareció asentir, pero estaba tan nervioso que yo no supe si era un tic nervioso. Asentí a Rudy y él se acercó hacia nosotros con todas las miradas fijas en él. Cuando llegó a la mesa, se inclinó y susurró "¿Todo bien?" en mi oído, dejando al mismo tiempo un sobre cerrado sobre la mesa frente a mí.

Asentí, poniendo la mano encima del sobre. Sentí el bulto del polvo granuloso, era una muestra abundante. Pineda miró el sobre como si éste fuese a atacarlo y los ojos asustados de Espinosa se movían mirando a todas partes. Rompía una servilleta de papel en pequeñas tiras. Rudy se dio la vuelta y regresó al bar.

"Es un buen hombre", dije.

Pineda asintió; sus ojos se fijaron en el sobre. Se lo pasé, pero no hizo ademán de tocarlo.

"Aún así vamos a probar cada bolsa", dijo.

"Ya lo sé. Sólo dime cuántas personas vendrán a la casa para saber cuántos autos necesito mandar".

"Tenemos nuestros propios autos. Sólo dínos dónde es la casa".

"El barrio es muy tranquilo. Sería mejor si no se ven autos extraños, especialmente con placas de otro estado".

Pineda asintió, sus ojos se movían del sobre a mí, y de vuelta al sobre. Espinosa transpiraba profusamente y seguía rompiendo en tiras la servilleta.

"¿Y Guacho?" pregunté. "Le dijo a Sonia que vendría".

"Ya hablaremos sobre eso", dijo Pineda.

"Don Miguel, disculpe", dijo Espinosa poniendo su mano sudorosa sobre mi brazo. "Yo he estado en esto desde el principio... Eramos los tres, socios por partes iguales. Cualquiera de nosotros está igualmente autorizado..".

Pineda hizo callar a Espinosa con una mirada asesina.

"¿Quieres decir que no pagarán?" Pineda estaba furioso y apenas podía controlarse. Bajó las manos de la mesa.

Miré a mi alrededor; Rudy y South se habían marchado. Sabía que la DEA quería que este caso terminase, sin embargo deseaba decirle a Pineda. No mierda, no voy a pagar hasta que Mejía esté sentado frente a mí. Podía ver toda la furia y el temor que Sonia había causado enfocándose en mí a través de los ojos de Pineda. También sentía su desesperación. Su vida estaba tan en juego como la de Sonia... y la mía. No podía seguir con la farsa.

"No", le dije. "Voy a pagar tal como acordé. Sólo que no me gusta lo que está pasando".

Espinosa dejó escapar un suspiro y le hizo una seña a la camarera pidiéndole un vodka doble y una cerveza. Pineda no dijo nada, pero se tranquilizó y pidió una cerveza. La camarera limpió el montoncillo de tiras de servilleta y le dejó a Espinosa una servilleta nueva. Espinosa comenzó de nuevo con la segunda servilleta.

"Sólo quiero saber cuánta de tu gente irá", dije.

Pineda pensó por un rato, mirando el sobre que aún no había tocado y que estaba frente a él.

"¿Seis a la casa, no, Eduardo?" farfulló Espinosa. Se sentía obligado a llenar los silencios. Pineda le lanzó otra mirada y dijo, "Quiero el menor número posible".

Parecía estar preocupado sobre esto tanto como por la droga. Por lo menos habían cuatro más de su banda en la ciudad, quizás hasta Mejía se encontraba aquí. Fuese cual fuese el caso, Tucson era una ciudad pequeña y Turghid tendría 24 horas para localizar a los otros.

"Mandaré dos autos a las dos de la tarde. Si crees que necesitarás más, llámame".

"No necesitaré más de dos".

"Bien", dije, moviendo mi silla y poniéndome de pie.

Espinosa se paró, haciendo caer su silla. Pineda dirigió la mirada al cielo, yo sabía exactamente lo que sentía.

"Fue un placer conocerlo, Miguel", dijo Espinoza, sonriendo. Me extendió su mano sudorosa. "Por favor salude a Sonia. Dígame que espero verla mañana".

"Así lo haré".

Pineda, con ojos preocupados, no se había movido. Le extendí la mano, aún húmeda por la de Espinosa. Me dió la suya y la retiró rápidamente.

"Hasta mañana", dije.

Cuando el silbato suene, todos caen.



## XXVII

# EL GRAN ARRESTO

### 1

Sonia, Lydia y yo llegamos con 15 minutos de atraso a la oficina de Turghid, donde la reunión previa al arresto ya había comenzado. La oficina de la DEA estaba llena de agentes, policías uniformados, alguaciles del sheriff, un grupo SWAT y dos pilotos de helicóptero.

Turghid hizo una pausa; estaba frente a una pizarra en la que se había dibujado un diagrama de la zona ubicada alrededor de la casa. Miró su reloj y sus ojillos se enfocaron en mí.

"Qué bien que pudieron llegar", dijo. "En caso de que se produzca un tiroteo, quería estar seguro de que todos conozcan su aspecto".

Asentí y conduje a Sonia y a Lydia a una esquina de la sala cerca a una nube de humo de cigarrillo bajo la cual supuse que encontraría a Rourke. Nos habíamos demorado por una llamada de Velasco, quien aún no había partido desde California. Me habló interminablemente hasta que le colgué el teléfono. Deseaba que no viniera. Así, Ana no tendría razón alguna para regresar.

Turghid continuó con su sesión informativa. "La organización que haremos caer hoy en día es una de las más peligrosas en el negocio de la

droga. Esta gente lleva armas automáticas y no duda en usarlas". Esta declaración le concedió la atención absoluta de todos los oficiales de la ley. Cuando finalizó su descripción de la reputación de la organización de Mejía, cada hombre en la sala estaba preparado para un combate encarnizado.

El plan de Turghid para el arresto era minucioso. Media docena de agentes, junto con South y Rudy, estarían asignados al interior de la casa durante el trato mismo. South estaba a cargo de parte más crucial del operativo, asegurarse de que todo fuera fielmente grabado. Todo el supuesto propósito de la Operación Huno (el acusar a Arce Gómez) estaría basado en esta grabación final.

Otros 20 agentes armados con escopetas y armas automáticas se esconderían en el área aledaña a la casa. Otros 20 serían asignados a un perímetro externo, junto con media docena de alguaciles uniformados en automóviles y un grupo SWAT. "Sólo en caso de que se las arreglen para romper el cerco y escapar o se presente una situación de toma de rehenes", había dicho Turghid.

"Y desde el instante en que los tipos malos entren a la casa", continuó, "Quiero que el helicóptero esté en el aire cubriendo el área ¿entendieron?"

Dos hombres de uniforme oscuro, gafas y gorras de béisbol asintieron.

Turghid caminó frente a su público, dando un par de golpes al aire con una varilla indicadora: el Mariscal de Campo Montgomery frente a sus tropas del desierto. "Nadie se moverá a menos que yo quiera que se mueva", dijo. Miró fieramente a su silencioso público. "¿Alguna pregunta?" ladró.

No hubo ninguna.

"Para aquellos que no lo conocen, ese es el Agente Especial Mike Levine". Me apuntó con la varilla. "Denle una buena mirada".

Todas las miradas se dirigieron hacia mí. Esta era una precaución corriente que se tomaba antes de un operativo de gran escala, de modo que si se producía un tiroteo todos los participantes conocerían a los buenos. ¿Por qué no hizo lo mismo con Lydia y Sonia?

"Ya todos saben su misión. Manos a la obra"

Las sillas rasparon el suelo al ponerse de pie los oficiales; se revisó el equipo y la multitud de fornidos y serios oficiales se dirigió hacia la puerta.

"Quisiera hablar contigo", dijo Turghid, pasando por mi lado, sus ojos eran dos puntos negros, furiosos, en medio de una masa de piel encarnada. Lo seguí y vi que Sonia y Lydia se dirigían a una de las oficinas. Sonia me miró de forma extraña.

Me senté en la oficina de Turghid; Rourke, South y Rudy estaban también allí. Rudy estaba vestido con su polera verde y mocasines de cuero, señal del fin de la operación. Miré a South. Evitó mi mirada. Todo era como el día en que los conocí.

"El cuartel general está informado al detalle de todo esto", dijo Turghid. "Esto se llevará a cabo sin problemas ¿entendieron todos?". Dirigió sus ojos hacia mi.

"¿Alguna novedad sobre Papo?" pregunté.

"Nada que no se te haya informado".

"¿Y qué de la gente que está con Pineda? Por lo menos deben ser seis. ¿Han identificado a alguno?"

Turghid miró a South. "¿Identificaron a alguien?"

"A ninguno".

"¿Algo más?" preguntó Turghid.

"Sí, sólo una cosa", dije incapaz de contenerme. "¿Vamos a mandar a un agente a Miami para recoger la Uzi de Roberto?. Si mandamos a alguien por avión ahora, los podremos arrestar antes de que lleguen las noticias de este arresto hasta Miami. Es nuestra última oportunidad, no sólo de incautarnos de su arsenal, sino de posiblemente resolver varias docenas de homicidios".

"Ya te dije que estamos enfocando el operativo en Arce Gómez", dijo Turghid.

La habitación quedó en silencio por largo rato. Tenía ganas de gritar que todo ésto era pura mierda, podían haber atrapado a Arce Gómez durante el caso Suárez si realmente hubiesen querido hacerlo. Pero me limité a decir calmadamente, "Entonces, si lo entiendo bien, ¿la suma total del operativo serán los arrestos de quienes aparezcan hoy en la casa?".

Turghid meneó la cabeza con incredulidad. Se dirigió a Rourke. "¿Quieres decirselo?"

"Si obtienen una buena conversación", dijo Rourke, "y el trato con Nati funciona, presentaremos esto ante un gran jurado".

Pasaron por mi mente los eventos que habían ocurrido en los últimos años en Argentina y Bolivia. ¿A quién trataban de engañar? La CIA había puesto en el poder a todo el grupo boliviano, incluyendo a Sonia. No había forma de que alguien importante fuese acusado como consecuencia del operativo de hoy.

"Pineda me dijo que hay otros seis tipos con él. Mejía podría ser uno de ellos".

Rourke se encogió de hombros y miró a Turghid.

"Ya te dijeron que no se ha visto a nadie. ¿Tienes más preguntas?"

"No".

"Sabes lo que necesitas saber", dijo Turghid. "Así que haz bien tu trabajo. Nosotros nos ocuparemos del resto". La pieza quedó en silencio. "Ah sí", continuó Turghid. "Cuando lleguen los tipos malos, diles que Sonia está haciendo algún negocio o algo por el estilo. El cuartel general no quiere

que ella esté allí en caso de que se produzca un tiroteo. Lydia la acompañará".

## 2

La casa zumbaba con actividad cuando regresé. Miré a los tensos hombres con chalecos blindados mientras cambiaban de posición el mobiliario del living. Nadie me dirigió la palabra ni reconoció mi presencia.

Un sofá, dos sillones dobles, dos sillones sencillos y dos mesitas laterales en las que habían micrófonos escondidos fueron trasladados hacia el centro de la habitación, formando una U alrededor del televisor espía, de modo que nadie en la habitación escapara a ser filmado o grabado. Una mesa central sobre la que habían un termómetro eléctrico, unos tubos de ensayo, y portaobjetos de vidrio, estaba colocada frente al sofá, al centro de la pantalla de la cámara oculta.

Los agentes y policías entraron a la casa con chalecos blindados y escopetas y comenzaron a buscar lugares dónde esconderse. Un helicóptero sobrevoló la casa por unos minutos y se alejó. Había algo irreal en toda la escena.

South llegó con videotapes y cassettes en blanco. Dándose aires de importancia, comenzó a ir del living al depósito, probando el equipo de grabación.

A las 13:45, los dos Lincolns salieron a recoger a Pineda y sus hombres, seguidos por media docena de autos, levantando nubes de polvo del desierto. Los agentes asignados al interior de la casa, exceptuando a South, eran chicanos de habla hispana y parecían mezclarse con las paredes de madera de la casa. South desapareció dentro del depósito de la piscina.

Repentinamente quedé solo.

Salí afuera y miré la calle de arriba abajo. El cielo estaba nublado, el tiempo más fresco de lo normal y el aire se sentía anormalmente estático. A mi derecha, sólo se veía la montaña elevándose oscura y lejana; a mi izquierda, una larga y polvorienta calle con casas lujosas a los lados. No se veía un sólo auto, ni se oía sonido alguno. La quietud era tan poco natural que hizo que me preguntara si Pineda no sentiría algo raro apenas bajase del auto.

Traté de detectar alguna señal de la enorme emboscada que se tendía a mi alrededor. No vi ni oí nada aparte del extraño silencio. Me sentí espantosamente vulnerable.

A las 2:20 sonó el teléfono. "Van hacia allá", dijo una voz que no pude reconocer.

"¿Cuántos tipos malos?" pregunté.

"Cuatro".

"Hay por lo menos dos más en la ciudad", dije. Me colgaron el teléfono.

A los pocos minutos el teléfono sonó de nuevo. Era Velasco, llamando otra vez de Los Angeles.

"Justamente quería decirte que mi hombre está en camino donde tu estás", dijo.

"Excelente", dije. "Cuando haya llegado aquí, hablare con él". Y colgué.

El teléfono sonó de nuevo.

"Don Miguel, ¿está Sonia allí por casualidad?" dijo Roberto, el asesino de dientes de tiburón.

"No. Salió. Déjame el número".

"Ella ya lo tiene. Dile que estoy en la oficina. Sólo llamé para eso, espero que no te moleste".

"Olvidalo. Mira, estoy ocupado".

"Como ya le dije a Sonia, el regalo sigue esperándolos. Sólo manda a uno de tus hombres".

"Gracias", dije y colgué.

A los pocos minutos el teléfono sonó de nuevo. Lo levanté bruscamente, pensando en que había una conspiración contra mi cordura.

"Ay, don Miguel, que gusto de oír su voz", dijo Ana. "No sabe cuánto extraño a Sonia".

"Discúlpeme, Ana", le dije, con el oído alerta al ruido de autos que se aproximaran, "Sonia salió y estoy esperando a unas personas".

"Oh, perdón, Miguel. Llamé para averiguar si alguien llamó desde California".

"Si, él llamó. Dijo que vendría, pero parece que todavía no salió. No me siento muy seguro sobre él, Ana".

"Llegará, Miguel. Se lo garantizo. Trátenlo bien por favor".

"No se preocupe Ana, así será". Una vez más apareció el espectro del arresto de Ana y sentí una punzada en el corazón. Era justamente una narcotraficante, ¿qué demonios me estaba pasando?.

Mientras colgaba el teléfono, South apareció por detrás, con el rostro sonrojado. "Están a cinco minutos de distancia", dijo. "Lo recibí por radio".

"¿El equipo está funcionando bien?" pregunté. No sé por qué hice la pregunta; nunca antes me había preocupado por el equipo técnico. Los técnicos se ocupaban de instalarlo y yo me ocupaba de mi trabajo como agente.

South me miró fijamente un momento, como si lo hubiera pillado haciendo algo malo. "Todo está funcionando bien", dijo finalmente.

A las 2:55 me encontraba solo en el living. Tenía la impresión de que algo malo sucedería. Cerré los ojos y respiré profundamente. En el trabajo

de agente uno se vuelve hipersensible. El menor signo de temor se transmite a los demás como una carga eléctrica. Y es así cómo se pierde el control y muere la gente.

Tenía que controlarme.

"Ya llegaron", dijo una voz.

Se oyeron ruedas de autos, portazos, una voz amortiguada dijo algo, y luego sonó el timbre. Me paré un poco tembloroso. Un agente chicano llamado Hector salió de algún lado y se movió rápidamente hacia la puerta. "Ahora", le dije, y él abrió la puerta.

Pineda fue el primero en entrar, nervioso como un gato, sus ojos barrieron la habitación. Espinosa lo seguía, sonriendo nerviosamente. A continuación entraron dos hombres jóvenes de rostro duro, uno alto y rubio; el otro fornido de tez oscura y barba, llevando unas maletas y un tanque de oxígeno. Al final entraron Rudy y otro agente chicano llamado Tommy, llevando otro botellón de oxígeno.

Espinosa vino derecho hacia mí, con la frente sudorosa. "¿Cómo está, don Miguel?" Su aliento olía a alcohol. "Finalmente acabaremos esto. ¿Dónde está Sonia?"

"Salió a ver a un cliente", dije. "Tratará de regresar apenas termine".

Ambos quedaron inmóviles por un momento y me miraron fijamente. La ausencia de Sonia en ese momento crítico era siniestra.

"Bienvenido", dije, dándole la mano a Pineda. "Mi casa es suya", dije forzando en lo posible amabilidad y tranquilidad. "No quise demorarlos de nuevo, así que decidí que empecemos sin ella".

Pineda no dijo nada.

Los hombres de Pineda: José Libardo, el colombiano moreno y Mike O'Connor, el americano rubio, habían comenzado a desempacar y a preparar el equipo de análisis en el espacio que se les asignó. Pusieron su termómetro eléctrico al lado del nuestro sobre la mesita central, junto con una balanza digital, un sellador térmico, etiquetas, una caja de bolsas de plástico, y un surtido de tubos de ensayo, botellas de Clorox, alcohol de metileno y frascos de laboratorio.

O'Connor conectó una máscara al tubo de oxígeno, se la puso sobre la cara, y respiró profundamente. Asintió satisfecho. "¿Para qué es eso?" le pregunté a Pineda.

"El éter le produce molestias", contestó Pineda, vigilando nerviosamente a mis empleados. "Ha sido químico demasiados años. Le produce náuseas".

Repentinamente South apareció por una de las puertas. Habían ahora seis agentes mirando lo que pasaba, y Pineda estaba parado mirándolos. Sentí la tensión.

"Ustedes dos", dije señalando a South y a Héctor. "No se queden parados ahí y sírvanles a estos caballeros lo que deseen comer o tomar".

Héctor se movió. South me miró sin inmutarse. "Ya me oíste", dije. "¡Manos a la obra!" Sonreí al ver sonrojarse a South y me dirigí hacia Espinosa. Pineda me sonrió por primera vez.

"¿Les gustaría comer o beber algo?" pregunté, tomando a Pineda por el brazo y acercándolo a uno de los micrófonos ocultos.

"No, gracias".

Cuando los hombres de Pineda acabaron de instalar el equipo, hice que Rudy pusiese la maleta con los 30 paquetes de un kilo de cocaína cerca de la mesa de pruebas. Ahora el escenario estaba verdaderamente preparado y los actores en su lugar.

Libardo y O'Connor comenzaron a desvestirse, hasta la ropa interior. Doblaron cuidadosamente su ropa y la colocaron en bolsas plásticas.

"¿Para qué diablos hacen eso?" pregunté. Lo sabía, pero quería que Pineda lo dijese ante la cámara de modo que el jurado no quedara con la duda. Siempre es mejor que el malhechor lo explique por sí mismo.

"Son profesionales", dijo Pineda. "Es para evitar que su ropa huela, en caso de ser revisados por perros olfateadores de la policía".

"Coño", dije. O'Connor me miró por un instante.

"Estoy impresionado", dije. "Pero estás seguro que él no es policía. No necesitaría usar uniforme para dar multas por infracciones de tránsito".

Pineda rió nerviosamente. "Todo el mundo piensa que Mike es policía. Te reírías si te contara cómo lo encontramos. Era sólo un muchacho que fue a Colombia a comprar cocaína solo, hace ocho años. Ha estado con nosotros desde entonces".

O'Connor y Libardo se pusieron guantes plásticos y luego cada uno tomó un trago de su botella de cerveza. Sus movimientos tenían la coordinación semiconsciente, propia de quienes han trabajado por varios años en equipo. Habían demorado 20 minutos en instalar el equipo sin decir palabra, con las caras inexpresivas. Era fascinante mirarlos. La habitación había quedado en silencio y todas las miradas estaban fijas en ellos.

O'Connor habló por primera vez. "Okay, comencemos". Libardo abrió el cierre de la maleta y extrajo el primer paquete de cocaína, sujetándolo en la mano para examinarlo. El polvo aparecía más amarillento que nunca, pero él se mantuvo inexpresivo. Pesó el paquete en la balanza digital, 1.000 gramos exactos, un kilo de cocaína.

"Hasta ahora, todo bien", dijo Libardo en inglés con acento leve, pasándole el paquete a O'Connor.

O'Connor puso el paquete a contraluz, y luego lo examinó con un lente de aumento. Después de un momento miró a Pineda y meneó la cabeza.

"¿Qué quiere decir?" pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

"Vamos a ver", dijo Pineda. "Dejemos que haga los análisis".

Libardo sujetó el paquete mientras O'Connor hizo una pequeña incisión con un cortaplumas en el plástico. Movié la hoja en el interior y sacó

lentamente un pequeño montículo de fino polvo. Depositó un poco de polvo en dos portaobjetos de vidrio que estaban sobre la mesa y Libardo cerró con destreza la pequeña incisión con un pedazo de cinta adhesiva.

Todos los presentes se acercaron al sofá mientras O'Connor ponía cada portaobjeto sobre los quemadores, el suyo y el del gobierno. Pineda y yo estábamos parados detrás de ellos. Espinosa, apenas prestando atención a los análisis, estaba parado frente a nosotros con un vaso de whisky en la mano, conversando con Rudy. O'Connor giró la perilla calentadora de ambos instrumentos. El dial digital del termómetro del gobierno comenzó a subir y bajar erráticamente. "Esto no funciona", dijo.

Los idiotas me habían vuelto a dar el mismo termómetro malo. Si querían arruinar el caso, ¿por qué no pondrían un cartel de reclutamiento de la DEA en la puerta?

El termómetro de los "narcos", sin embargo, funcionaba perfectamente. Todos miramos mientras la temperatura subía gradualmente a 70°C, luego a 80°C. Entonces sucedió algo totalmente inesperado.

Antes de que la temperatura llegase a los 90°, más o menos la mitad del polvo se comenzó a poner café; a 100° el polvo era un burbujeante líquido café; a 110° se había convertido en ceniza negra. A 130° el resto del polvo comenzó a derretirse. O'Connor miró a Pineda y meneó la cabeza.

"Es basura", dijo. "Ha sido cortada. No le doy más de 50 por ciento".

La cocaína para el caso más importante de la DEA había probado ser de no más de 50 por ciento de pureza, calidad que rechazaría la mayoría de los usuarios de la calle.

Pineda esperaba una explicación. La sorpresa y sospecha que vi reflejadas en sus ojos no eran fingidas. O no había probado la muestra que le dí en el bar o el polvo del sobre era distinto de la basura amarillenta que había ahora sobre la mesa.

¿Pero qué podía decirle? Turghid me había dicho que la cocaína había sido recogida de un laboratorio de la DEA, donde probó tener 89 por ciento de pureza. No estaba preparado para esta basura de la calle. O alguien había robado algo de la cocaína y había adulterado el resto o era sabotaje.

"No puede ser", murmuré.

"Hey", dijo O'Connor, "hace 10 años que me dedico a esto. La droga está cortada"

"No"; dije rápidamente, "no te discuto. Alguien de mi gente ha metido las manos en esto o escogiste justo una bolsa con cocaína mala. De cualquier forma", dije, "quiero saberlo. Si algún cabrón me está robando, lo quiero saber ahora mismo".

O'Connor y Libardo estaban sentados inmóviles, esperando una señal de Pineda. Yo estaba enfurecido y no me molesté en ocultarlo. Pineda y Espinosa intercambiaron miradas que combinaban desesperación y entendimiento. Entendían mi problema a la perfección.

Sonia no sólo había estafado a Mejía, sino que había tenido problemas serios con otros traficantes. Ana y Mejía lo habían aludido. Su explicación de uno de los incidentes fue que su tío había robado la cocaína de un cliente y la había substituido con azúcar. Y ahora repentinamente se encontraba ausente. Ellos tenían que sospechar que también me había estafado a mi.

Pineda movió la cabeza. Libardo, dando una mirada de precaución a la sala, escogió otra bolsa y O'Connor repitió el procedimiento de análisis. Esta vez la cocaína probó tener un 60 por ciento de pureza.

"Es pura mierda", dijo O'Connor.

La sala estaba en silencio. Pineda me miró fijamente; Libardo y O'Connor estaban atentos a él. Todos los agentes se pusieron contra las paredes o en las puertas.

Conocía muy bien la expresión que los agentes llevaban en los ojos, estaban a un pelo de sacar las armas. Sólo hacía falta el más leve movimiento de alguien. Yo no había podido determinar si Pineda o Espinosa estaban armados, pero no importaba. Si alguno de los dos hombres hacía un movimiento que podría interpretarse como intento de sacar un arma, serían despedazados en el fuego cruzado y quizás yo también junto a ellos. La idea de que ésto pudiese ser exactamente lo que alguien deseaba me animó.

"Escucha, Eduardo", dije rápidamente, preguntándome si en el video me veía tan asustado como me sentía, "tienes que saber que no estoy buscando ningún problema con el Sr. Mejía. Sería un tonto si te invitara a venir y tratara de engañarte con mala mercadería. Tú no nos encontraste, nosotros te llamamos. No tenemos razón alguna para hacer algo raro. Estoy tan sorprendido como tú lo estás, más sorprendido. O la gente en Bolivia le volvió a hacer una mala jugada a Sonia o es alguien de mi propia gente". Miré fijamente con sospecha a mis hombres. No era poco común que los subordinados robasen mercadería.

Pineda asintió pensativo. "¿Entonces qué es lo que propones?" preguntó.

Espinosa bebió otro trago de un golpe. Me miró, sus ojos parecían platos; estaba atemorizado y con muy buena razón. Si yo no lograba satisfacer a Mejía de alguna manera, era hombre muerto.

"Don Miguel", empezó Espinosa, "podría sugerir..."

"¡Cállate!" le cortó Pineda.

¿Qué podía proponerles? ¿Qué podía proponer que hiciese que estos hombres hablaran libremente ante la cámara?

El teléfono sonó y Rudy lo levantó bruscamente. Escuchó por un momento y me miró. "Es para usted".

Contesté la llamada en el dormitorio principal. "Miguel", dijo Ana. "Acabo de hablar con Hernando en Los Angeles. Su hombre está en camino hacia donde está usted".

"Ya me llamó dos veces para decírmelo, Ana. ¿Es en serio o el tipo es otro Roberto?". *Enójese Ana, no regrese aquí.*

"Miguel, por favor, trate bien a esta gente. Cumplen su palabra. Dijo que llegarían a las 5:40 de la tarde. Son gente muy, muy importante. Comprarán por lo menos 10 kilos. Y tendré un buen motivo para visitarlos a usted y a Sonia".

"Ana, en este momento estoy a medio hacer un negocio, pero tan pronto como lleguen los atenderé, personalmente, como si fuesen familiares".

Ana rió. "Sé que lo hará. Mi comisión es la misma de la que hablamos antes, ¿no es cierto?"

"No se preocupe, *mamita*. Su dinero estará tan seguro conmigo como en un banco".

"Lo sé, Miguel, pero lamentablemente lo necesito ahora. Mi hija está regresando a Colombia y necesito tener dinero antes de su partida. Así que tomaré el avión hacia allá en la mañana".

Sentí un apretón en el pecho y respiré profundamente. "Espero verla entonces, Ana". Escuche mi voz, oiga lo que mi corazón le dice ¡Huya!

"Yo también, Miguel. También quería avisarle que hablé con Pacho otra vez. Esos artículos siguen esperándolo en Colombia. Usted me dijo que después de esto viajaríamos juntos, ¿no?"

"Sí".

"No sabe cuánto me alegra". Su voz se puso seria. "Por favor no me falle esta vez, Miguel. Fallarle dos veces a Pacho es perder la mayor oportunidad que se le haya presentado y me hará mucho daño a mí".

"No le fallaré esta vez".

*"Un beso, Miguel, y saludos a Sonia".*

*"Un beso grandote, mamita", dije.*

Volví al silencioso living lleno de agentes y narcotraficantes. O'Connor esperaba mostrarme los resultados de su última prueba. "Esta bolsa probó tener menos del 60 por ciento", dijo sujetando un portaobjeto de vidrio manchado con los restos negruzcos de la prueba de calor. "Y mira la forma en que se quemó como ceniza"

"Sí", dije sintiéndome enfermo. Era mucho peor de lo que anticipé.

"Lo único que se quema así es el Inositol. Esto ha sido adulterado. El Inositol es una de las sustancias comúnmente usadas para adulterar cocaína. "Y mira ésto", continuó, poniendo a un lado el vidrio y tomando el lente de aumento. Lo puso sobre otro vidrio cubierto a medias con polvo. "Mira tú mismo". Me senté a su lado y miré. "¿Ves de qué te estoy hablando?"

"¿Qué es lo que debería ver?" dije para el video. Esta vez no sólo pensaba en el jurado, éste era un video que nuestros personeros gubernamentales debían ver.

"Esto fue adulterado después de haber sido procesado", dijo el químico. "Mira las rocas, algunas han sido aplastadas y cortadas. Y hay por lo menos dos tipos de gránulos de polvo". Cerca de la mitad de los cristales tenían lados lisos, indicando que alguien los había cortado para reducirlos a polvo de modo que se mezclaran mejor con la sustancia diluyente.

"Tienes razón", dije, bajando el lente de aumento. Me di la vuelta hacia Pineda. "No puedo permitir que te lleves esto. Ahora tengo un tremendo problema, no sólo contigo, sino con los otros que están en camino con la idea de comprar mercancía de buena calidad. No quiero que nuestra reputación se arruine antes de empezar".

"Podemos hacer dos cosas. O acabamos con este trato ahora mismo y tan pronto como yo regrese de Bolivia con otro cargamento arreglamos todo o aceptan estos 30 kilos como pago parcial, calculamos cuánto falta y cuando regrese arreglaré la diferencia".

Contaba con su temor de volver a lo de Mejía con las manos vacías para que escogiesen la segunda opción. Si Pineda acababa la cosa ahora, nunca lograría que hablara libremente ante la cámara.

"No entiendo", dijo Pineda.

"Digamos", le expliqué, "que si les entregaba 30 kilos de 90 por ciento de pureza, hubiese cumplido con la deuda, ¿no es cierto?"

"Sí".

"Entonces digamos que lo que tenemos aquí prueba tener un promedio de 60 por ciento de pureza. ¿Me entiendes?"

"Hasta el momento".

"Entonces todavía les debemos un tercio de la deuda original. Y cuando volvamos, les tendré que pagar otros 10 kilos".

Pineda miró a O'Connor y a Libardo como si los tres se estuviesen comunicando telepáticamente. A Espinosa le chorreó la transpiración cuando inhaló como aspiradora la cocaína que había en la mesa de pruebas. No tenía nada que ver con la decisión, pero tendría que vivir o morir por ésta.

Algunos de los agentes miraban nerviosamente a los tres hombres que estaban alrededor de la mesa y a la bolsa de cuero que estaba entreabierta a sus pies. Nadie había revisado la bolsa para ver si contenía armas, ni tampoco pudimos averiguar si la guayabera de Pineda ocultaba un arma. Las manos se acercaron hacia las cartucheras escondidas. Se sintió una tensión nerviosa en el aire. Si Pineda rechazaba mi oferta, la Operación Huno llegaría a un final abrupto y posiblemente violento.

Pineda asintió ligeramente; los tres hombres habían llegado a un acuerdo silencioso. Libardo seleccionó otra bolsa de la maleta para analizarla.

"Veamos qué pasa", dijo Pineda.

"No tienen nada que perder", dije respirando hondo. "Si pierden algo de dinero con la venta de esto, se resarcirán completamente cuando regresemos".

"Tú sabes", dijo Pineda, "que si hacemos esto, vamos a tomar en cuenta los problemas que nos han causado, además del interés adicional sobre la cantidad original".

"Por supuesto", dije, demasiado rápido. "Estoy avergonzado. Lo que menos deseo es tener más problemas con el Sr. Mejía". Antes de que me conteste me volví hacia O'Connor y le dije en inglés, "Tú eres un tipo de primera... realmente bueno. ¿Qué te parecería viajar conmigo en unos días? Te daré una parte de lo que compre".

"Mejor pregúntale a él", dijo O'Connor. Si le gustó mi alabanza no lo demostró. "No hago nada sin su aprobación".

"¿Qué te parecería?" le pregunté a Pineda. "Vamos a hacer negocios juntos. Ustedes estarían protegiendo su inversión y yo pagaría por el servicio. ¿Qué tendría eso de malo?"

Estaba "echando un poco de mierda al juego". Trataba de abrumar a Pineda y, con suerte, lo distraería de las fallas en nuestra actuación.

"Se podría arreglar algo", dijo él, "después de que hable con Guacho. Cuando vayas, te daré un número de teléfono para que lo uses una sola vez. Me llamas y después de eso no lo uses nunca más. Si no te mandamos a Mike, te mandaremos a Jackie. Ella es aún mejor que Mike". Miré de reojo a O'Connor. "No entiende español, pero se lo podría decir en la cara. El sabe que Jackie es mejor".

"No importa cual de los dos me manden", dije. "Te lo agradezco".

"Está bien", dijo Pineda con su sonrisa de predador. Había mordido el anzuelo. Pensó que ahora que sabía dónde vivíamos Sonia y yo, no había necesidad de apurar las cosas. Tomaría lo que tuviésemos y nos entregaría en papel de regalo a Mejía.

South volvió a aparecer repentinamente y se quedó parado, con la cara de miedo más pronunciada que nunca. O'Connor y Libardo hicieron una pausa en su trabajo y tomaron cerveza. Después de un rato se miraron y reanudaron su labor. Y yo volví a mi tarea de soltarle la lengua a Pineda frente a la cámara.

A las 4:00, otros 10 kilos de cocaína habían sido analizados y yo había sacado a Pineda todo lo que le diría en voz alta a un agente por el resto de su vida. Repitió todo lo que me había dicho antes sobre El Alemán, enfatizando sus conexiones con el gobierno; reafirmó todo lo que Sonia había dicho sobre el trueque de joyas por cocaína con Mejía y repitió todas

sus declaraciones anteriores sobre el tamaño y la importancia de la organización de Mejía.

Este no sería como el caso Suárez, pensé. No importaría cuánto quisieran ocultar la Operación Huno, el video serviría como prueba.

No fue fácil lograr que Pineda hablara clara y libremente, ni mantenerlo cerca del televisor espía o de los micrófonos escondidos; pero Espinosa no necesitó mucho estímulo. El momento que Pineda se alejaba de mí para observar a O'Connor y a Libardo, Espinosa estaba a mi lado inhalando cocaína, tomando vodka y hablando como cotorra. Sólo tuve que mencionar lo mal que Arce Gómez había tratado a Sonia y me inundó con información.

Espinosa, sorprendentemente sobrio para la cantidad de cocaína y alcohol que había ingerido, contó su rol en el trato de joyas por cocaína. Se jactó de todos los tratos en los que había tomado parte, y en los que participaron figuras prominentes del gobierno de Bolivia.

Pensé en las palabras de Mario aquella vez que traté de convencerlo de que dejase vivir a Hugo Hurtado, "Lo que dice será embarazoso para tu gobierno y el mío". Ahora, escuchando a Espinosa hablar de la misma gente, me pregunté cuántos de los que mencionó estaban protegidos por la CIA. Los agentes de la Agencia se volverían locos si el video llegaba a manos de la prensa.

A las 6:00, sólo se había analizado la mitad de la cocaína y los clientes de Ana de Los Angeles llegarían en cualquier momento. Era tiempo de que sonara el silbato.

Pineda ayudaba a Libardo a reempaquetar la cocaína analizada; O'Connor iba por el segundo tanque de oxígeno; Espinosa derrumbado en una silla, parecía necesitar oxígeno.

"Eduardo", dije, mirando mi reloj, "quisiera sugerir algo para ganar tiempo". Hizo una pausa y esperó a que yo continuara. "¿Por qué no te llevas el resto y lo analizas cuando llegues a destino? Tengo otros clientes en la ciudad y estoy muy atrasado".

Los agentes parecieron revivir haciendo un movimiento claro, pero apenas perceptible. Sus miradas estaban súbitamente alertas. Era la hora del espectáculo.

"¿Y si se presentara algún problema serio con una de las bolsas?" preguntó Pineda, sintiendo el cambio en el ambiente.

"Mira", le dije, poniéndole la mano en el hombro, "Confío en ti". Un gran vendedor me había dicho una vez que tocar al cliente era una de las mejores técnicas de ventas. Miró mi mano como diciendo, "¿Qué demonios hace eso ahí?". La retiré inmediatamente.

"Ya hemos analizado casi la mitad", insistí. "Yo diría que el promedio es entre 50 y 60 por ciento de pureza, ¿correcto? ¿Qué diferencia puede haber con el resto?".

Pineda quedó en silencio, su cerebro aún procesaba el cambio sutil en la actitud de los hombres en la sala.

"Yo tomaré la responsabilidad", dije. "Creo que te conozco lo suficiente como para saber que eres un hombre de palabra".

"¿Lo crees?" dijo, su sonrisa astuta me indicó que no me creyó. Pasaba algo. Miró a su alrededor. Los ocho agentes habían tomado posiciones detrás de sus hombres y cubrían las puertas. No habían armas a la vista, pero las caras de piedra comunicaban una amenaza igualmente mortal. Miré su cara en el instante en que se dió cuenta de que había sido sutilmente acorralado.

"Bueno, que así sea. Carguemos el jeep", dijo Pineda con un extraño aire de resignación que me sorprendió y deprimió. Era como si supiera lo que estaba a punto de suceder y me dijera, "Bueno, estoy muerto, ¿pero todo ésto valió la pena?"

Si O'Connor y Libardo tenían la menor idea de que algo andaba mal, no lo demostraron. Cargaron la droga en el jeep, cumpliendo con su tarea de forma automática y mecánica. Esto presentaba dificultades ya que tenían que embutir 30 kilos en un compartimiento secreto que estaba hecho para llevar sólo 25. Con la ayuda de dos o tres de los agentes, el empacado tomó alrededor de una hora.

Apenas finalizado el trabajo, sonó el teléfono. Contesté la llamada en el dormitorio.

"Me llamo Víctor Marini", dijo quien llamaba. "Usted me está esperando".

"¿Esperándolo yo a usted?"

"Por supuesto. Estoy aquí en Tucson, representando al Sr. Velasco. Vine a ver los contratos".

"¿Contratos?"

"Sí, los contratos", repitió. "Los artículos para los que traje la documentación".

"Mire, estoy a medio hacer algo. ¿Puede llamarme de nuevo, como en unos 15 minutos?"

"Espero que todavía tenga usted algunos contratos".

"Sí", dije, "tengo más contratos de los que usted necesita".

"Bien, sólo quería saber si primero podría leer los contratos".

"Cuando venga aquí podrá leerlos, comérselos, limpiarse el culo con ellos, lo que usted quiera. Estoy ocupado".

Cuando volví al living, Libardo estaba vestido y listo para partir con el jeep.

"Le daremos una media hora para que se adelante", dijo Pineda, "un tiempo suficiente como para llegar a la autopista. Después tu gente nos puede llevar de vuelta al hotel".

"Por supuesto", dije. "¿Por qué no tomamos unos tragos y descansan un rato?"

El colombiano estaba a unos pocos minutos de ser arrestado y me sentí extrañamente incómodo de saberlo. Antes me encantaban los minutos finales de un caso; ver la sorpresa en la cara del narcotraficante cuando en vez del maletín con dólares o droga se encontraba ante una docena de armas y placas doradas. Uno de cada tres o cuatro arrestos finalizaba con el "narco" perdiendo el control de sus intestinos. Algunos se desmayaban, otros tenían ataques convulsivos; durante mi carrera había visto morir a tres de ataques cardíacos en el sitio del arresto. Solía pensar que eran unos miserables narcotraficantes de mierda que se merecían lo que les pasaba. Me encantaba lo que hacía. Pero esta vez, toda la alegría se había desvanecido.

Me paré bajo el umbral de la puerta mirando cómo Libardo se alejaba en el jeep, siguiendo a un auto con dos agentes. Lo guiarían directamente hasta la autopista. Los dos vehículos se movieron lentamente por la calle desierta y se perdieron de vista. En la distancia pude oír el helicóptero, después todo quedó en silencio. Me dí la vuelta y entré a la casa.

En el living Espinosa, Pineda y O'Connor estaban sentados en silencio, con tragos en las manos. Entré a la habitación y me senté cerca de Pineda. Todos los agentes habían desaparecido, hecho que no había pasado desapercibido a Pineda, que miraba de una puerta vacía a otra.

Nadie habló por un largo rato. Sentía el latir de mi corazón en el pecho. Espinosa, con los ojos dilatados, tomó de un golpe el resto de su trago; su camisa estaba manchada con la transpiración. O'Connor estaba sentado casi rígidamente, con los ojos fijos en Pineda como si esperase una señal.

De pronto, varias ruedas sonaron en la entrada de la casa. Pineda me miró, con el rostro contraído en una mueca. Lo sabía.

La puerta se abrió de golpe. Agentes armados irrumpieron en la sala por todas partes, gritando en inglés y en español "¡Policía!" "DEA, no te muevas hijo de puta". Cayeron sobre los tres narcotraficantes. "¡Al suelo, cabrón!, con las manos y las piernas bien separadas"

Un agente, que había pasado la tarde manteniendo lleno el vaso de Espinosa, lo hizo caer de una patada. Retrocedí rápidamente hacia el pasillo.

*"Tienen el derecho a permanecer callados. Cualquier cosa que ustedes digan puede ser usada en su contra". "¿De dónde mierda saliste, rubiecito?"*

Los agentes no hubiesen necesitado decir una sola palabra; los tres hombres no abrieron la boca. Se sometieron y obedecieron órdenes. Al ser esposado, Pineda miró a su alrededor hasta encontrarme en el pasillo. El aspecto de su cara era una promesa de que su odio nunca moriría, y sobreviviría cualquier sentencia que él recibiese.

Al poco rato abrí las persianas para mirar cómo se llevaban a los tres hacia los automóviles. Una multitud había aparecido afuera como si se hubiese materializado del polvo del desierto. Miraron en silencio mientras los agentes entraron a los automóviles, se prendieron los motores y la caravana de una docena de autos se alejó rugiendo de la casa.

Una vez más todo quedó extrañamente estático. Y yo me encontraba completamente solo.

## XXVIII

# EL AJUSTE DE CUENTAS DE ANA

### 1

Permanecí parado en el pasillo escuchando el silencio de la casa, tratando de comprender lo que había ocurrido. Comencé a caminar desafortunadamente por toda la casa. Tenía que borrar de mi mente las abrumadoras imágenes de los últimos tres años.

Me lancé al suelo e hice unas flexiones que había aprendido durante mi entrenamiento en artes marciales, exigiéndole a mi cuerpo todo lo que diese. Estaba justo frente al televisor-espía, pero por primera vez no me importó. Tenía que quemar el odio que inundaba mi cuerpo. Cuando los inspectores me viesen en el video, probablemente comenzarían a llevar sus armas con ellos hasta en la cama.

El teléfono sonó y me recuperé automáticamente. Me puse de pie de un salto, corrí hacia el dormitorio y conecté la grabadora al teléfono antes de que sonara el tercer timbrado.

"Estoy aquí", dijo Víctor Marini, el hombre de Velasco.

"¿Dónde es aquí?" pregunté.

"El Hotel "Granada Royale".

"¿Dónde queda éso?", nunca había oído hablar de ese hotel.

Me dió un número de teléfono y lo anoté.

"¿Está listo para hacer negocios o no?". Ya no me quedaba paciencia para el juego.

"Sí, pero quiero leer los contratos antes de firmarlos; sabe a lo que me refiero".

"Pero si usted no tiene ningún maldito documento, no puede leer ningún maldito contrato".

"Mire", insistió Marini, "nadie firma un contrato sin antes leerlo".

"No lo conozco", dije. "Parece tan estúpido que podría ser policía. Hasta podría ser el director de la DEA".

"¿Ana no le ha dicho quiénes somos?"

"Sí", dije.

"¿Cuándo llegará ella a Tucson?"

"¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?". *Por favor cuelgue el teléfono. Ya es suficiente. Quiero tomar un avión y largarme de aquí.*

"¿Está seguro de que sabe quienes somos?"

"Estoy cansado de tanta charla y estoy ocupado. Lo llamaré cuando esté listo".

Por unos minutos jugué con la idea de no decir palabra sobre la llamada. Ana ganaría su tarjeta de liberación de la cárcel. Si dejáramos libres a asesinos como Mejía, Roberto y Carlos, ¿por qué no a Ana?

Entonces, como si hubiese una batalla legal en mi mente, pensé en una de mis primeros supervisores, Al Seeley, jefe del Escuadrón de Control de Narcóticos de la Aduana de los EE.UU. Al creía en lo sagrado de un juramento. Recordé cómo en cierta ocasión había destrozado verbalmente a un agente por liberar a un supuesto traficante de cocaína por "no tener suficiente evidencia".

"Usted juró encarcelar criminales, no liberarlos", dijo Al, acusándolo con el índice al hombre. "Los jueces, jurados y fiscales distritales, son ellos quienes liberan a la gente. Usted buscó la solución más fácil", dijo en tono severo. "Usted tuvo miedo de los problemas. No quiso arriesgarse. Pero es por arriesgarse para lo que le pagan; por eso se le entregó un arma y la placa; eso es lo que usted juró que haría".

Nunca pude olvidar ese momento. Esas palabras tenían un gran significado para mí. Dejar que Marini escapara era la solución más fácil.

Caminaba nerviosamente otra vez cuando oí que un auto se estacionaba en la entrada. Corrí al dormitorio en busca de mi arma. Iba por el pasillo cuando Sonia y Lydia irrumpieron en la casa.

"¿Qué pasó?" preguntó Sonia con los ojos iluminados por la emoción.

Lydia interrumpió. "Voy a tratar de reservar los boletos para el vuelo. ¿Esto se acabó, no es cierto?"

"El cliente de Ana que vino de Los Angeles está en la ciudad", dije.

"¿Pero no se prolongará más allá de mañana, no?"

"No quiero que sea así. Pero debo llamar a Turghid".

"Bueno, haré mi reservación para mañana", dijo ella, dejándonos a Sonia y a mi parados en el vestíbulo. "Si tengo que cancelarlo, lo cancelaré".

"¿Cómo lo tomaron?" preguntó Sonia impaciente. "¿Se sorprendieron? ¿Cómo reaccionó Mario?"

"Se sorprendieron, pero no dijeron nada".

"¿Nada?"

"Ni una sola palabra. Estoy seguro de que nunca dejarán de pensar en nosotros, pero no dijeron nada. Se mantuvieron calmados".

Se la veía desilusionada y atemorizada.

"Ana llamó", dije. "Te manda un beso".

"Oh", Sonia se puso repentinamente alerta. "¿Qué pasará con ella ahora?"

"Llegará en la mañana. Su cliente llegó de Los Angeles y ella quiere recibir su comisión".

"¿Será arrestada?"

"Así parece. ¿No te sorprende, no?"

Sonia vaciló un momento, tratando de comunicar con su linda cara una solidaridad hacia otro ser humano que quizás nunca había experimentado. Ella y Ana habían vivido juntas las más increíbles aventuras. Encogió los hombros. "¿Y cuándo agarrarán a Papo?". Ana ya era parte del pasado.

"No creo que tengan la menor idea de dónde se encuentra".

"La DEA", dijo, amargamente. "Qué tropa de tontos".

Oí el ruido de ruedas sobre grava y me acerqué rápidamente a la ventana. Un automóvil pasó despacio por la casa. Sólo pude ver sus faros en la oscuridad. "¿Qué es lo que crees que hará Papo?", dije mirando las luces traseras desaparecer calle abajo. "¿Escapar o venir a buscarnos?"

Me dí la vuelta, pero Sonia iba en camino a su habitación, con ambos puños apretados.

"No lo sé", dijo por encima del hombro. "Tú dímelo".

Diez minutos después, atravesaba a toda velocidad la noche del desierto, con destino a la oficina de Turghid. Lo había llamado para informarle sobre la llamada telefónica de Marini y él me dijo que fuera a verlo. Me había hablado en tono amistoso, lo cual me desarmó completamente. Pero algo más me perturbaba.

Justo antes de salir de la casa, levanté el auricular del teléfono de la cocina para hacer una llamada y oí decir a Sonia, "... porque es un tonto".

Una voz de hombre le preguntó, "¿No dijeron nada? ¿Mi nombre no salió a relucir? ¿Cómo puedes estar segura?" Entonces Sonia dijo, "¡Cállate! Hay alguien en la línea!"

Colgué y salí rápidamente de la casa. La voz de hombre me pareció la de Pachi, pero había oído su voz sólo una vez; no estaba seguro. ¿Llamarlo de la casa? ¿Y quién era "el tonto"?

"En el cuartel general están muy contentos", dijo Turghid cuando entré a su oficina. "Van a postergar las revelaciones a la prensa hasta que se hagan acusaciones en contra de Arce Gómez".

"Maravilloso", dije, preguntándome si Turghid creía en realidad que Arce Gómez sería acusado. "¿Y qué pasará con Papo. Alguien tiene idea de dónde está?"

"No está en Tucson con seguridad", dijo Turghid.

"Bueno, ¿qué hacemos con este Marini?"

"Hay algo jodido con el tipo ése. El "Granada Royal" ni siquiera está en Tucson, está en Phoenix".

"¿Phoenix?"

"Está allí, lo que significa que con seguridad no está aquí", dijo Turghid gozando de su ocurrencia.

"Sea como sea", dije, descubriendo que el Turghid alegre era más difícil de soportar que el de siempre. "Quiero irme de aquí lo más pronto posible, así que dime lo que quieres que haga".

La sonrisa de Turghid desapareció y tamborileó sus dedos gruesos en el escritorio. "Sólo dile a ese hijo de perra que si quiere hacer un trato vale más que venga a Tucson".

Me puse de pie. "Si no te importa", dije, "quisiera terminar mi parte en ésto e irme lo más pronto posible. Tengo unos problemas familiares".

"Está bien", dijo Turghid, sus ojos eran dos puntos negros. "Te puedes ir tan pronto como quieras".

Mientras me dirigía a la puerta, añadió. "Siento realmente que tengas problemas familiares. Más bien, de paso ¿cómo marcha tu otro problemita con Seguridad Interna?"

Ni siquiera pretendió ser amable; en sus ojos sólo había malicia.

"Supongo que no tan mal", le contesté, "me están permitiendo trabajar contigo".

A las 22:30, solo en la cocina, conecté la grabadora y llamé a Marini a Phoenix.

"¿Qué demonios trata de hacer?", lo acusé apenas contestó. "Está en Phoenix, no en Tucson".

"¿Estoy dónde?"

"Está en Phoenix, Arizona, y yo estoy en Tucson".

"¿Cómo es posible que tenga el mismo código telefónico que usted?"

"¿Es tan estúpido?" pregunté. *Vamos, cabrón, cuelga para que pueda largarme de aquí en el próximo vuelo.*

Cuando Marini finalmente comprendió que estaba a 70 millas de donde yo estaba, dijo que alquilaría un auto y que estaría en Tucson en la mañana. Vendría, aunque le dije en español que era un idiota, un cretino y un payaso.

Colgué y llamé a Turghid.

"Marini dice que estará aquí mañana".

"¿Qué te parece si cuando llega, le presentas a otro agente para que te reemplace? Y por qué no llamas a Ana y te aseguras que venga a recoger su comisión".

"Ya llamó. Partirá de Miami en la mañana. ¿Algo más?"

"Sí", dijo Turghid. "Si no tienes nada que hacer, por qué no trabajas un poco más en esas cintas".

## 2

A la mañana siguiente, me despertó la luz brillante del sol. Oí el ruido lejano de un teléfono. Al poco rato, Sonia me llamó a través de la puerta, "Es para ti".

La casa estaba en silencio. Sonia me esperaba cerca del teléfono de la cocina. "Creo que es el tipo de Ana", dijo. "Es muy amable".

"Sí", dije, "es él".

"No quise decirle nada. No sabía lo que tú le dijiste".

"¿Dónde está Lydia?"

"En el lugar de costumbre, durmiendo".

"¿Hay alguien más aquí?"

"Nadie".

Levanté el teléfono. "*Hable*".

"Soy yo", dijo Marini.

"No me lo diga. ¿Es el mismo Víctor Marini que no pudo encontrar Tucson?"

"Tengo reservado un billete para el vuelo de las 10:40 a Tucson", dijo, aún determinado a ignorar mis comentarios.

"Marini, me sorprende con sus movidas. En un minuto está en camino, al siguiente ya no viene. Ayer me dijo que alquilaría un auto, ahora dice que viene por avión. Deje de llamarme. Sólo límitese a llamarme cuando llegue. De hecho, estoy tan cansado de hablar con usted, que tal vez sería mejor que acabemos con esto".

"No, no", dijo rápidamente Marini. "Hay otra gente más involucrada en esto, y están esperando... Gente muy importante".

"Sí, ya lo sé", dije. Y colgué.

Sonia me miraba fijamente. "¿Cuándo arrestarán a Ana?"

"Parece que muy pronto".

"No me parece correcto", dijo, por primera vez preocupada de verdad. Pero la mirada de animal acorralado en sus ojos la traicionaba. No estaba preocupada por Ana. El arresto de Ana la amenazaba personalmente, en cualquier momento su mundo personal tan cuidadosamente protegido podría derrumbarse.

Sabes la verdad mejor que nadie, Sonia. Cuando fuiste la reina, mantuviste a esta gente en el negocio. La droga que obtenían, se las dabas tú y no significaban nada para ti. Habían cientos de ellos viviendo de tí. Eras la Reina de la Cocaína. Y ahora los mandas a la cárcel y tú no irás. ¿No te parece correcto, Sonia? Ni siquiera a ti.

"Ya te expliqué cómo funciona", le dije. "Yo no tomo esas decisiones".

Sonia miró hacia la piscina, su mandíbula temblaba ligeramente, las pupilas de sus ojos se movían rápidamente.

El teléfono sonó. "Mi gente está extremadamente opuesta a ir a Tucson", dijo Marini.

"Marini, usted y su gente se pueden ir a la mierda".

"No, no, escuche. Le ruego...".

"La única razón por la que le escuché es por el respeto que le tengo a Ana".

"Por favor, le quería comunicar algo...".

"¡Ya basta de comunicarl!" grité. "Ana está en camino por su culpa. Espero poder detenerla". Tiré el teléfono.

Pensé en llamar a Ana. Quizás aún había tiempo de evitar que viniese. La salvaría de un arresto. ¿Qué podrían hacerme? Estaba cumpliendo órdenes, manteniéndome "dentro del blanco". Si otro estuviese dirigiendo esta locura quería arrestarla, podría acusarla del mismo modo que supuestamente acusarían a Arce Gómez.

Pensé en las palabras de Al Seeley. Había jurado encarcelar a los criminales. Pero no tenía sentido encarcelar a alguien como Ana, mientras otorgábamos inmunidad a grandes narcotraficantes como Sonia y permitíamos que asesinos quedaran en libertad. De golpe comprendí la verdad que me vería forzado a aceptar, si aplicaba aquel principio a los miles de personas que había arrestado. Pasmado, borré la idea de mi mente.

El teléfono sonó de nuevo.

"Ha habido una confusión", dijo Hernando Velasco.

"¡A la mierda con la confusión!" dije, "Si quiere hacer negocios, diga cuándo y cómo, o deje de hacerme perder el tiempo". Volví a colgar el teléfono bruscamente.

Eran las 10:30. Tal vez había tiempo de alcanzar a Ana. Sin el trato con Velasco, el caso en su contra no sería peor que el caso en contra de Mónica García y hasta ahora nadie la estaba investigando.

Sonó el teléfono.

"Miguel, habla Candy, la hija de Ana".

"¡Qué bueno! estaba a punto de llamarte".

"Mi madre acaba de llamar desde el aeropuerto. Su vuelo salió hace un rato. Me pidió que llamara para que alguien la vaya a recoger".

Sobre las 2:30 Rudy, Sonia y Lydia estaban en camino al aeropuerto para recoger a Ana. South había llegado a la casa y se dirigió inmediatamente al depósito de la piscina, supuestamente a revisar el equipo de grabación. Nadie dijo una sola palabra sobre el arresto de Ana. Tal vez después de lo que les dije a sus clientes de California, éstos no aparecerían y la DEA los dejaría, como a todos los otros.

Unos minutos después de las 3:30 Ana entró en la casa seguida por un joven latino, apuesto, vestido de jeans. Ana, con gafas con lentejuelas, pantalones apretados al estilo Capri, como siempre un poco sueltos en las nalgas, y suecos de taco alto con los que le costaba caminar, se me acercó y me envolvió en un beso y un abrazo.

"Ay, Miguel, qué gusto me da verlo otra vez", dijo.

"El gusto es mío, Ana", dije, sintiendo su tibieza y una especie de adormecimiento en el pecho.

"Este es Antonio", dijo ella poniendo el brazo sobre los hombros del joven, mientras aún me estrechaba. "Es el novio de Candy. ¿No le parece adorable?"

"Mucho gusto", dijo Antonio en perfecto inglés. Era un muchacho de buen aspecto de no más de 20 años, con pelo largo y rubio blanqueado por el sol y una sonrisa alegre. "Qué casa más linda".

"¿Has estado antes en Tucson?" le pregunté en español.

Me contestó en inglés. "No, es la primera vez que vengo". Miró a Lydia y se le iluminó el rostro. Lydia evitó su mirada sintiéndose incómoda.

"¿A qué te dedicas?"

"Estoy en segundo año en la Universidad de Miami".

Tus estudios podrían finalizar repentinamente, mi querido y joven amigo, pensé. Todo depende de lo que digas.

"Esos tus pantalones se ven tan sexy", le dijo Sonia a Ana, tomándole la mano con una sonrisa tan amorosa y genuina que sentí un escalofrío.

"En serio", dijo Ana, volviéndose para verse por detrás, "¿o sólo tratas de hacerme sentir bien?. Siempre lo haces. No sé si lo dices en serio". Besó a Sonia. "Miguel, no sabes lo maravillosa que es Sonia". La volvió a besar.

Sonia rió. Sus ojos brillaron. Eran los ojos de una niña, felices, inocentes, y libres de culpa. ¿Cómo lo hacía?

"¿Le pasa algo, Miguel?" dijo Ana. "Parece estar tan... preocupado. Algo relacionado con su hijita?"

"Es por sus amigos de California, Ana. Están actuando de manera extraña". Le hice un recuento de mis conversaciones con Velasco y Marini.

"Lo llamaré ahora mismo", dijo Ana y marcó el número de Velasco en Los Angeles, mientras el resto nos sentamos en el living. Rudy abrió las cortinas de las ventanas que daban a la piscina y nos inundó la luz del sol de la tarde. "¿Alguien quiere un trago?" pregunté en español.

"Yo quiero una Coca Cola", dijo Antonio, mirando con ganas a Lydia, quien hojeaba una revista como si estuviese en la sala de espera de un médico.

South se escurrió dentro de la sala y se quedó parado, mirándonos con una expresión rara en el rostro.

La voz de Ana nos llegó desde la cocina, "Deberías haberlo dicho antes de que partiera de Miami", dijo. "No, por supuesto que no. No puedes decirme una cosa y después otra. No, esto no es sólo un negocio; son mis amigos".

Antonio trató de llamar la atención de Lydia. "¿Eres de aquí, Erica?"

Sorprendido, recordé que Erica era el nombre ficticio de Lydia. Lo habíamos usado tan poco durante la operación que casi lo olvidé. Rogué que Lydia no lo hubiese olvidado.

"¿Perdón?" dijo Lydia, bajando la revista.

"¿Eres de Tucson?" dijo Antonio.

"No. Soy de Nueva York".

"Ah sí. Me encanta Nueva York, voy a menudo allá".

"Qué bien", dijo Lydia, levantando de nuevo la revista.

Me levanté y fui hacia la cocina. Sonia me siguió. Ana seguía al teléfono. Se la veía disgustada.

"Así es la cosa", dijo. "Espera, se lo diré". Se volvió hacia mí y dijo, "La gente que tiene el dinero no quiere venir a Tucson. Hernando dice que quiere venir en su avión con piloto propio para recoger los 10 kilos, volver a Los Angeles y regresar mañana con el dinero".

"Dígale que no, Ana", dije. "Dígale que se olvide de hacer negocios con nosotros".

"No", repitió Ana por el teléfono. "Dijo que no".

Ana colgó. Estaba alicaída. Para ser una de las mayores *comisionistas*, la pérdida de una comisión de \$25.000 parecía haberle causado mayor preocupación que la que podía suponerse.

"Lo siento mucho", dijo, mirándonos a Sonia y a mí. "Ustedes son mis amigos, estoy tan avergonzada".

"No te preocupes", dijo Sonia, tomándole la mano y acariciándosela. Besó a Ana en la mejilla.

"Si no le importa, Miguel", dijo Ana, "Me gustaría tomar el próximo vuelo de regreso a Miami".

Me sentí aliviado. Ordené a Rudy que hiciera la reservación para Ana en el siguiente vuelo. "Claro", dijo él, guiñándome un ojo y sonriendo. Se veía tan aliviado como yo. La Operación Huvo ya casi finalizaba.

South había desaparecido de nuevo, así que mientras Rudy hablaba por teléfono serví tragos a todos. Ana me sonrió repentinamente y alzó su vaso. Yo levanté el mío y dije, "*Amor, salud y dinero, Ana y el tiempo pa' gozarlos*". Y de verdad se los deseaba.

Rudy se me acercó y susurró que el próximo vuelo a Miami salía a las 6:30; eran ya pasadas las cuatro. Antes de que pudiera decir nada, South apareció en la puerta más animado que nunca. Hizo un gesto con la cabeza indicando que quería hablar conmigo. Lo seguí a la cocina.

"Turghid quiere que encarcele a la vieja perra", dijo, con una sonrisa truculenta.

Me esforcé para mantener la calma. Era inevitable, era sólo otra narcotraficante.

"Tú y Rudy llévenla al aeropuerto y arréstena en el camino". dije. "La oficina está allí mismo y si piensas que es muy arriesgado, llama a Turghid y pide apoyo de un par de autos adicionales".

"El Sr. Turghid quiere que usted lo haga", dijo lentamente, saboreando el momento.

"¿Dijo que yo lo haga personalmente?"

"Usted personalmente, me lo recaló. ¿Quiere llamarlo?". South hizo una reverencia hacia el teléfono. "Adelante, siga usted".

"No. Le creo".

"Quiere que yo conduzca el auto y que usted haga el arresto. Y quiere que Lydia esté presente, porque es mujer".

"Buena idea", dije, y salí hacia el living.

"¿Lo hará?" preguntó.

No contesté.

"... y mi esposo está peor que nunca", decía Ana cuando entré, "no tiene remedio y no sé qué hacer. Contaba con ese dinero". La rápida mirada que me dió Sonia confirmó que sabía que todo había acabado para Ana.

"Ana", interrumpí, "tenemos reservas en el vuelo que sale a las 6:30. ¿Por qué no salimos ahora para que lleguemos a tiempo al aeropuerto?. Quizás tengamos tiempo de tomar un café y charlar sobre nuestro viaje a Colombia".

"Excelente idea, Miguel", dijo Ana, poniéndose de pie. Antonio se veía confundido; acababa de llegar después de un vuelo de cinco horas y estaba

a punto de tomar otro. El negocio de la droga no era tan entretenido como se lo imaginó. "¿Vendrás con nosotros, no?" le preguntó Ana a Sonia, quien no se había movido de su asiento.

"No", dije rápidamente, "uno de nosotros tiene que quedarse por si llegan llamadas importantes, *mami*, y quiero aprovechar la oportunidad para hablar con usted un rato".

"Entonces despedámonos", dijo Ana, tomando a Sonia en sus brazos. Habían lágrimas en sus ojos.

"¿Por qué te portas como si fuese el fin del mundo?", dijo Sonia, mirándome de reojo.

"No sé", dijo Ana, sacando un pañuelo y secándose las lágrimas. "Tal vez... no sé. Te voy a extrañar".

"Si me extrañas, llámame cuando llegues a tu casa", dijo Sonia.

Ana se acercó a abrazar a Lydia.

"No, Lydia nos acompañará", dije.

Al partir, Sonia dijo, "No te olvides. Llámame cuando llegues a tu casa".

Minutos más tarde, estábamos en camino al aeropuerto con South al volante; Lydia sentada en el asiento delantero y yo atrás entre Ana y Antonio. Los últimos 20 minutos Ana me tomó la mano y habló de todo, desde los tratos fallidos y sus problemas financieros hasta del viaje a Colombia. South me miraba expectante por el espejo retrovisor. Lydia estaba inescrutable detrás de sus gafas oscuras.

Al acercarnos al aeropuerto, vi la bandera flameando sobre la fortaleza de la DEA. Ana se inclinó súbitamente y me dió un beso en la mejilla.

"Gracias, Miguel", dijo.

Nunca le pregunté por qué me agradecía, ya que en ese instante sacaba mi placa y credenciales de la DEA. Los puse frente a sus ojos y el sol de la tarde se reflejó sobre la placa dorada. Abrí la funda de cuero para que pudiera ver mi foto. Ana la miró fijamente por un largo rato y se derrumbó. Antonio se puso pálido.

"¡No te muevas, cabrón!" gritó South, disminuyendo la velocidad y retorciéndose en su asiento. "¡Quedas arrestado!". Trató de sacar su arma.

"Está bien, tranquilo hombre. No voy a escapar", dijo Antonio, con los ojos fijos en el arma con la que Lydia le apuntaba.

"¿Qué es ésto, Miguel?" dijo Ana, con su voz en un áspero susurro; su cuerpo temblaba contra el mío.

"Soy agente de la DEA, Ana", le dije. "Lo siento. Queda arrestada".

"Miguel", sollozó y apoyó su cabeza en mi hombro. Lydia se acercó y le acarició el hombro. "¿Por qué a mí, Miguel? No lo entiendo. La gran DEA... ¿por qué a mí? No soy nada. Podían haber agarrado a Pacho Cuervas, al mayor traficante de Colombia. ¿Por qué a mí?"

La sostuve en mis brazos. South estacionó el auto a un lado del camino. Sonriendo, me pasó un par de esposas. "Buck quiere que vaya esposada", dijo.

Siempre he creído que una de las razones por las cuales los agentes viven un promedio de sólo cinco años después de jubilarse, es que, nos guste o no, nos involucramos emocionalmente con nuestros objetivos, nuestros casos y nuestros informadores; trabajamos en demasiada proximidad y nos perdemos constantemente. Quizás todos terminamos muriendo con el corazón destrozado.



## XXIX

# ESCAPE DE TUCSON

### 1

En una habitación vacía y sin ventanas de la oficina de la DEA en Tucson, Ana fue rápidamente deshumanizada: se la obligó a desnudarse, todos sus orificios corporales fueron revisados por Lydia, se tomaron sus huellas digitales, se le asignó un número y se le tomaron fotografías.

Cuando la vi de nuevo, estaba sentada en una esquina de la oficina, su piel pálida grisácea, respondiendo a las preguntas que un agente chicano le leía de un formulario "Arresto/Historial Personal". Lydia estaba sentada en un escritorio cercano haciendo sus reservas finales con la aereolínea. Antonio, que sería liberado y devuelto a Miami en el siguiente vuelo, estaba sentado al otro extremo del escritorio donde se encontraba Ana. Rourke, con un cigarrillo en la boca, escribía a máquina mientras varios agentes y alguaciles conversaban entre ellos. Ana había pasado a ser una "hispana, sexo femenino, 50 años de edad" y la Operación Huno entraba a los bancos de datos que ya estaban atestados de operaciones y mujeres hispanas.

Me senté en el asiento de uno de los escritorios cercanos a la oficina de Turghid y llamé a mi máquina contestadora de llamadas en Virginia. Los únicos mensajes que había recibido eran de una agencia de cobranzas y de

un agente de seguros. Los escuché una y otra vez. Quería irme de Tucson lo más pronto posible, pero no podría hacerlo hasta hablar con Turghid, y no me sentía preparado para ello.

Oí a Turghid en su oficina, felicitando a South por su "magnífico trabajo". Ana levantó la vista por un instante y nuestras miradas se encontraron. Bajó la vista y miró a otro lado. De repente South apareció a mi lado.

"El Sr. Turghid quiere que le tome una declaración".

"¿Qué?"

"El Sr. Turghid quiere que le tome una declaración a Tamayo".

Me puse de pie y atravesé el cuarto. Le hice una seña a Lydia para que se acercara, necesitaba un testigo y ella hablaba español. Me senté en el escritorio frente a Ana, y Lydia puso una silla a mi lado. Coloqué un cassette en blanco en la grabadora que estaba sobre el escritorio, apreté el botón de grabación y le leí a Ana sus derechos en español. Me escuchó con la cabeza baja.

"¿Entiende cuáles son sus derechos, Ana?" pregunté, tratando de cumplir lo que se me había ordenado.

"Sí", dijo, con voz apenas audible.

"Ana, tengo que preguntarle todo lo que sabe sobre los narcotraficantes. Pero no tiene que contestarme. Tiene el derecho a permanecer en silencio. En este país esto no puede ser usado en su contra".

Me miró por primera vez.

"Usted ya lo sabe todo", dijo. "La mayor narcotraficante que he conocido es Sonia Atalá".

Durante la hora siguiente, hice que Ana rememorase sus años en el negocio de la droga. Nunca había estado involucrada directamente; sólo se limitaba a presentar a quienes eran las principales fuentes de droga a intermediarios y ganaba una comisión sobre la cantidad vendida. Sonia había sido su principal fuente.

"El negocio de Sonia era tan grande", me dijo, "que llegué a recibir hasta \$50.000 sólo por presentarle a gente".

"¿Sólo por presentarle a alguien?"

"Sí, nada más... era la mayor narcotraficante".

Miré a Lydia, pero parecía que no había percibido lo irónico que era arrestar a Ana y proteger a Sonia. Estaba ansiosa por terminar y volver a su hogar.

"¡Levine!", llamó alguien. "Teléfono".

Me acerqué a otro escritorio y tomé el teléfono.

"¿La arrestaron?" dijo Sonia emocionada. "¿Como lo está tomando? ¿Está cooperando?"

"¿Llamaste para eso?"

"No. Marini llamó. Dijo que está en Tucson".

"¿Dónde?"

"En el "Marriott." ¿Qué pasó con Ana? ¿Qué dijo?"

"¿Te dió su número de habitación?"

"Ciento treinta y ocho".

Le colgué el teléfono a Sonia. Transferí toda mi furia y frustración hacia la imagen de ese hombre sin rostro que no había podido llegar a Tucson. Si no hubiese sido por ese hijo de puta, Ana no estaría aquí.

"No se vayan a ningún lado" le dije a Tommy, el agente que se me parecía y a los otros agentes que aún estaban en la oficina. Me miraron mientras abrí de golpe la puerta de Turghid y miré adentro.

Rourke y South levantaron la vista, sorprendidos. South se sonrojó como si lo hubiesen pillado masturbándose en el baño. Turghid abrió la boca pero no pudo decir nada.

"El cliente de Ana, el tipo de Los Angeles, acaba de llamar a la casa. Me está esperando en el "Marriott". Quiero ir allí con un grupo de agentes y ver qué es lo que tiene. Si encuentro algo en su habitación, lo encarcelaremos inmediatamente".

Turghid me miró fijamente. Me sentía cargado de adrenalina y al borde de explotar. Tenía que desahogarme y él estaba frente a mí como un símbolo de todo lo que despreciaba. Turghid debió sentirlo.

"Bueno", dijo. "Lleva a South contigo".

Después de una alocada carrera a través de Tucson, Tommy, South, uno de los chicanos y yo nos encontrábamos en el pasillo frente a la puerta de la habitación de Marini. Toqué la puerta suavemente. Se abrió unos centímetros. Tommy y yo entramos de golpe, casi aplastando contra la pared a un tipo pequeño vestido de polera y pantalones de algodón.

Victor Marini, supuesto vendedor de toneladas de droga, era un colombiano flaco, que temblaba y que en ese instante perdió el control de su vejiga e intestinos. Nadie dijo una palabra mientras el mal olor se expandía por la habitación; Marini se limitó a mirarnos mientras revisábamos las cómodas y su equipaje. Cuando me di cuenta que no encontraríamos nada, dije, "Bueno, quería encontrarse conmigo. Soy Miguel"

"Ah, don Miguel", dijo Marini, con sus ojos dilatados como pelotas de golf. Tomó una toalla que estaba encima de su cama y se la envolvió alrededor de la cintura. "Encantado de conocerlo en persona". Me extendió la mano, pero no la tomé.

"Está aquí para hacer negocios", le dije, "o, ¿sigue hablando mierda?". El agente chicano rió. El mal olor era insoportable.

Marini dijo algo en español, con la voz temblando, acerca de hacer un trueque de cocaína por un cargamento de hashish que Velasco tenía oculto

cerca de Hollywood, mientras miraba cómo los agentes revisaban sus pertenencias por segunda vez.

"Quiero estar seguro de que no es policía o agente", dije.

Finalmente, Tommy movió la cabeza en gesto negativo; el cuarto estaba limpio. Parecía que Marini estaba a punto de llorar. No quería perderlo. Si Ana estaba en la cárcel también quería que cayeran Marini y su jefe Velasco, barón de la droga de Hollywood.

"Lo siento", dije. "No puedo arriesgarme. Debería haber sido más directo conmigo".

"Por favor, permítame llamar al Sr. Velasco", dijo Marini. "Por favor hable con él, don Miguel. Que él le explique la situación o si no creerá que fallé en el cumplimiento de mi misión". Marini tomó el teléfono, sujetando la toalla con la otra mano. Un instante después yo conversaba con Velasco.

"No lo podíamos decir por teléfono", explicó Velasco. "Queríamos ofrecerle un trato difícil de explicar".

"Bueno, lástima que hubiera un malentendido. Pero de todos modos, me marchó esta noche".

"Mire, de verdad queremos hacer negocios con ustedes. Tengo mi propio avión y pilotos. Sé todo sobre Sonia. Tenemos que llegar a algún arreglo. ¿Cuánto va a traer?"

"Tal vez de 300 a 500 alfombras".

"Puedo comprarlas todas, fácilmente", dijo.

"Viajo esta noche", dije. "Si quiere hacer negocios hable con mi hermano Tommy".

Le pasé el teléfono a Marini; después de decir varias veces "si señor", colgó. Tommy le dió un número de teléfono y nos fuimos.

En la calle, Tommy y el agente chicano reían. Hasta South, normalmente falto de sentido del humor, sonreía. Ninguno creía que Marini llamaría. "¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de que somos policías?"

En realidad, pensé, actuamos más como narcotraficantes que como policías, recordando el secuestro de Martínez y McCullough. Estaba seguro de que Marini llamaría, pero ya no me importaba. La Operación Huno había finalizado y mi instinto me ordenaba escapar de Tucson lo más pronto posible.

## 2

Una hora después me encontraba en el estacionamiento de la DEA buscando el Lincoln, mi mente estaba tan confundida que no podía acordarme de dónde lo había estacionado después del arresto de Ana. De pronto sentí pasos detrás mío; me di la vuelta y ví el resplandor del cigarrillo

de Rourke, quien se aproximaba en la oscuridad. Jack se veía cansado y desgredado.

"¿A dónde vas?" me preguntó.

"Me voy de aquí lo más pronto posible".

Puso su maletín al suelo. "Si nadie te lo ha dicho todavía, hiciste un trabajo excelente".

"Gracias", dije. "Será bueno que por lo menos agarremos a Arce Gómez y a Mejía".

Rourke inhaló profundamente el humo de su cigarrillo. "Es cierto".

"¿Cuál es el plan?" dije, sin que me gustase el tono de derrota que percibí en su actitud. "¿Cuándo crees que Arce será nombrado?"

Rourke encogió los hombros. "¿Quién sabe? Te dije que habían ciertos problemas que debían solucionarse primero".

"¿Qué tipo de problemas?"

"Mike, ahora mismo hay gente en Bolivia, testigos. Corroboran todo lo que dice Sonia; sitúan a Arce Gómez haciendo cientos de tratos de drogas",

"Entonces, ¿cuál es el problema?"

Rourke, dio una chupada a su cigarrillo y miró nerviosamente alrededor. "*¿Qué más podía ser? Están protegidos por la CIA*", dijo amargamente.

Era la segunda vez que me lo mencionaba, pero esta vez lo hizo sin dudar. Debía ser difícil que me hablara abiertamente; yo era una agente "rebelde". Era una señal de la frustración que lo embargaba. Rourke era un agente de narcóticos demasiado bueno para no sentirse mal por lo que pasó con la Operación Huno, pero no estaba preparado para enfrentarse a los "ternos".

"Así que después de toda esa mierda sobre mantenerse en el blanco", dije, "el blanco ni siquiera será acusado"

"Lo están discutiendo. Están buscando la manera de hacerlo sin quemar a sus protegidos".

"Quienes probablemente son narcotraficantes más grandes que Arce Gómez, ¿no es cierto?"

Rourke no dijo nada. Se lo veía disgustado. Por lo menos, yo no era el único que se sentía así.

"Cada vez que se hace un arresto y los "ternos" no se pelean por la atención de las cámaras de TV, se sabe que hay algo raro", dije. Los arrestos de Pineda y los otros no habían aparecido en la prensa y nunca aparecerían.

"Es cierto".

"¿Qué hay acerca de Mejía?" dije. "¿Por lo menos lo están buscando o necesitamos también el permiso de la CIA?"

"¿Sólo Dios sabe?"

"Jack, ¿estás bromeando? ¿Mejía también? Tal vez no lo estemos buscando, pero estoy seguro de que él me busca a mí. Para él no existe diferencia entre Sonia y yo".

"No depende de mí", dijo Rourke hastiado. "Depende del Fiscal General de los EE.UU."

"¿Pero aún existe la posibilidad de que no se lo acuse?"

"Antes de que salgas de aquí", dijo Rourke, agachándose para recoger su maletín, "asegúrate de obtener la autorización de Turghid".

"En serio Jack, ¿hay alguna duda sobre la acusación a Mejía?"

"Estoy haciendo lo mejor posible, Mike, créeme. Tengo que irme". Me dió la mano. "Cuídate, compadre, ¿bueno?"

"Es todo lo que puedo hacer", dije, estrechándole la mano.

El momento de debilidad de Rourke había pasado. Quería preguntarle sobre Sonia, pero tenía la impresión de que no valdría la pena; ni siquiera Rourke sabía la verdad acerca de ella.

Me dirigí hacia el desierto en el auto, sintiéndome como el niño que todos los días es abusado por un matón en el camino a la escuela. Tenía que hacer algo.

Fui a un teléfono público y telefoneé a uno de los abogados con quien hablé después del caso Suárez. Había cometido el error de darme el teléfono de su domicilio y decirme que lo llamara en cualquier momento. Era sábado por la noche y en Nueva York sería alrededor de la una de la mañana.

"¿Quién?" preguntó la voz adormecida del abogado.

"Mike Levine", dije. "El agente de la DEA que trabajó en el caso de Roberto Suárez; cenamos juntos hace más o menos un año".

"Ah sí, ya recuerdo. Por Dios, ¿sabe qué hora es?"

"Por favor, cóbreme por su tiempo. Estoy en medio de algo que... pensé que debería asegurarme de que alguien más conociera todo este asunto y usted ya conoce una parte". Inicié un recuento de la Operación Huno.

Minutos después, finalicé diciendo: "Y ahora, no sólo están protegiendo al Alemán, Pacho Cuervas y los otros, sino que apuesto a que no acusarán a Arce Gómez y quizás ni siquiera a Mejía. Me siguen investigando, la misma maldita investigación que realizaban cuando usted y yo nos conocimos".

"¿Puede probar algo más que incompetencia?" dijo el abogado.

"¿Probar? ¿Recuerda el caso Suárez, cómo es que comenzó todo esto?"

"¿No era algo relacionado con un juez federal o con que el Fiscal General de los EE.UU. en Miami retiró los cargos?"

"El Fiscal General de los EE UU retiró todos los cargos en contra de uno de los mayores narcotraficantes de la historia y, después, la CIA le ayudó al hijo de perra a derrocar al gobierno de Bolivia", dije, dándome cuenta de que probablemente parecería estar loco.

"¿Si?"

"Y después, tal como lo predijeron nuestros informantes, el juez federal disminuyó la fianza de Alfredo Gutiérrez, permitiéndole escapar a Bolivia. La DEA se negó a enviar un solo hombre a seguirlo".

"¿Cuál es la cuestión? Ya hablamos previamente sobre éso", dijo, disgustado. Me arrepentí de haberlo llamado.

"¿Cuál es mi cuestión? No estamos hablando de un caso cualquiera; es el caso mayor de nuestra historia. La gente de la policía secreta argentina me informó que ellos trabajaban para la CIA, colaborando a que la misma gente que arresté se apoderara de Bolivia, liberaron a los mayores narcotraficantes del mundo y luego los ayudaron a apoderarse de su país. Ahora en este instante, estoy trabajando en un caso que involucra a la misma gente y está ocurriendo lo mismo. Están protegidos, los mayores traficantes de drogas del mundo son intocables".

"¿Y eso qué tiene que ver con usted a nivel personal?"

"¿Personalmente? Soy agente federal de "narcóticos". He pasado mi vida tratando de hacer caer a esa gente. Escribí una carta a la revista *Newsweek* y fui puesto bajo investigación. Me acusaron de todo, desde acostarme con una agente casada hasta de tocar la radio demasiado fuerte. Dios mío, están investigando hasta mi motocicleta. Esos son los hechos que puedo comprobar. Esos bastardos están atacándome a nivel personal. Ahora están haciendo lo mismo con la Operación Huno y estoy trabajando de nuevo con la misma gente, el mismo gobierno sucio de Bolivia. ¿No le parece a usted que ésto va más allá de un problema de incompetencia?"

"Levine, la última vez que hablamos, usted dijo que la DEA lo estaba acosando, arriesgando su vida, dañando su reputación, etc., ¿no es cierto?"

"Sí".

"Creo que le informé que podría existir un caso legal basado en la violación, por parte de la DEA, de sus mismos procedimientos en el manejo de la investigación, pero usted se decidió contra el litigio".

"Eso fue entonces. Ahora los hechos se repiten. Me asignan a una misión secreta, mientras tratan de encarcelarme. Mi punto de vista actual es que la guerra antidroga es un fraude y que cualquiera que trata de revelarlo es pisoteado. Eso es lo que me están haciendo".

"Un momento, parece que ahora está listo para enfrentarse a todo el gobierno. La mayor parte de lo que dijo no tiene nada que ver con usted".

"Sí lo tiene, tiene que ver con todos. ¡Nuestro propio gobierno está detrás de la explosión de cocaína en este país!"

"Es posible. Pero como abogado sólo puedo litigar en base a lo que le hagan a usted personalmente, no a lo que le hagan a sus casos".

"Pero ésa es la razón por la que me persiguen".

"Deje que le haga un favor y le ahorre dinero. Parece que usted necesita contactarse con un político y no con un abogado".

"¿Conoce a alguno en quien pueda confiar?" dije.

Quedó en silencio por un momento. "¿De dónde está llamando?"

"De un teléfono público en las afueras de Tucson".

"¿Le parece apropiado?"

"No sé. ¿Qué sugeriría?"

"Este no es el tipo de conversación que debería efectuarse por teléfono".

Tenía razón; una de las principales reglas de la policía es decir por teléfono sólo lo que podría publicarse en la primera plana del *New York Times*. ¿Además, por qué confiaba en este abogado, por qué me dió su número de teléfono?. El conocía personalmente a varios de los "ternos". El agente que me lo presentó había dicho que era el tipo de persona que podía "arreglar las cosas con los "ternos" sin necesidad de presentarse ante una corte". Bien podría contar mi historia a un programa de radio el día de mañana.

"Estaré pronto en Nueva York", dije. "¿Puedo contar con su confidencialidad?"

"Practico la abogacía desde hace 20 años". Estaba disgustado.

"Bien, disculpe. Discúlpeme por haberlo llamado a su domicilio". Quedó en silencio. "Lo veré en unas dos semanas".

"Está bien", dijo y colgó.

Ambos sabíamos que nunca más lo llamaría.

Me quedé en la cabina telefónica por un largo rato escuchando el sonido de la línea muerta, esperando oír un clic o algún ruido delator. Tenía el mismo mal presentimiento que cuando escribí la carta a *Newsweek*. Pensé que había cometido otro terrible error.

### 3

Era pasada la medianoche cuando llegué a la casa. Vigilé cuidadosamente el barrio, buscando si se veía algo anormal, antes de acercarme a la casa. Mientras Papo Mejía estuviese libre, tendría que cuidarme de cualquier par de luces que se reflejara por demasiado tiempo en mi espejo retrovisor o de cualquier par de ojos persistentes y de cualquier ruido extraño.

Sonia estaba parada en el pasillo cuando entré. "Te llamaron por teléfono". Me pasó una nota. Decía, "Llamar al Sr. Arlington, en Virginia, tan pronto como reciba ésto".

Por un momento pensé que era un chiste. Después recordé, Arlington era el nombre que el "Rabbi" me dijo que utilizaría si tenía que localizarme urgentemente. Era raro; el "Rabbi" no había hablado conmigo desde mi regreso de Argentina y ni siquiera me había saludado cuando nos

encontramos en el ascensor del cuartel general. ¿Por qué me llamaba ahora?

"¿Cómo está Ana?" preguntó Sonia, mirándome con ansiedad.

"Ana está destrozada", dije. "No la reconocerías".

"¿Está cooperando?" preguntó Sonia, más nerviosa de lo que recordara haberla visto. "¿Ella dijo algo sobre mí?"

"No sé. Tuve que salir de la oficina".

Sonó el teléfono. "Aló", contesté.

"MIGUEL, HIJO DE PUTA!" aulló Candy en el otro extremo

"¿QUE LE HICISTE A MI MADRE?"

Alejí el auricular de mi oído.

"¿QUE LE HICISTE A MI MADRE, MENTIROSO DE MIERDA?", sollozó.

"HIJO DE PUTA, TE MATARE SI LE HACES DAÑO A MI MADRE.

¿COMO PUDISTE HACERLE ESTO?"

Presioné el botón para desconectar el teléfono.

"Ha estado llamando toda la noche", dijo Sonia, sin inmutarse. "¿Cómo pudo saberlo tan pronto?"

"Tal vez permitieron que su novio hiciera una llamada telefónica".

"Todo el mundo se enterará", dijo.

"Todo el mundo se enteró en el instante mismo en que la gente de Mejía llamó a un abogado".

Sonia encogió los hombros. Trataba de mostrarse indiferente, pero sus ojos la traicionaban. Estaba atemorizada.

El teléfono sonó. Levanté el auricular y oí de nuevo los gritos de Candy. Volví a presionar el botón y lo dejé descolgado.

"Es terrible", dije, "es su madre. Tengo que salir un rato. Si te molesta, déjalo descolgado hasta que regrese". Tenía que llamar al "Rabbi" desde un teléfono público.

Sonia se puso alerta. "¿A dónde vas?"

"A dar una vuelta", dije, y me alejé hacia la puerta.

"¿Qué le pasa a alguien como Ana?", preguntó.

No estaba seguro de que era lo que la intranquilizaba más: lo que Mejía podría hacer o lo que Ana podría decir sobre ella. "Los jueces son indulgentes en casos como éste, es una mujer mayor y no ha sido arrestada previamente. Tal vez hagan un trato con ella; si se declara culpable y si quizás acepta testificar contra alguien. Además, éste es un caso sobre el que no se quiere publicidad alguna".

"No entiendo", dijo.

"No hay nada que entender", dije, disgustado conmigo mismo por haber abierto la boca. "Es lo que es".

"¡Eso no es lo que quisiste decir!" me acusó.

Quedé parado sobre el umbral de la puerta, sintiendo el aire fresco del desierto en la espalda. Sonia me miró con los ojos hambrientos del interrogador. "Tú pasaste por lo mismo que yo pasé. Figúrate tú misma".

Súbitamente me puso la mano en el brazo. "¿Puedo ir contigo, Miguel? Es una noche tan linda y me siento nerviosa". La punta de sus dedos y luego la palma de su mano me tocaron la piel. Sonreía, mirándome a los ojos.

"Lydia está aquí, si pasa algo".

"Sí", dijo Sonia, esfumándose su sonrisa y alejándose su mano de mi brazo. "¿Qué haces cuando sales solo?"

"Rezo".

Encontré un teléfono público en el estacionamiento de una tienda en el desierto. Marqué el número del Rabbi, deposité un puñado de monedas de 25 centavos y esperé a que se hiciera la conexión. Miré mi Rolex alquilado. Eran casi las 2:00.

El "Rabbi" levantó el teléfono al primer timbrado. "Espero que seas tú, polaco obstinado", dijo, como si hablásemos a diario. "¿De dónde me llamas?"

Di un vistazo a mi alrededor. "De una cabina telefónica en medio del desierto".

"¿Te fijaste si no te siguen?"

"Por supuesto. ¿Qué es lo que pasa? Me asustaste"

"Deberías estarlo. ¿No recuerdas que una vez te dije que si querías sobrevivir no debías llamar la atención?"

"Eso es precisamente lo que trato de hacer", dije. Me sentía mareado y me apoyé contra el vidrio de la cabina.

"No, según lo que me han dicho. Mucha gente está disgustada contigo".

"¿Disgustada conmigo? Deberían estar disgustados por la droga que desapareció, por los jueces que dejan salir de la cárcel a los narcotraficantes y por los casos tan falsos que ni siquiera pueden ser revelados a la prensa".

"No voy a discutir las cualidades de la guerra antidroga. Lo que trato de hacer es darte algunos consejos, aunque quizás ya sea muy tarde".

Sus palabras me llegaron como un balde de agua helada. "Lo siento", dije.

"Quiero hacerte unas cuantas preguntas, quiero que me contestes la verdad. ¿Tocaste a esa mujer?"

"¿Qué mujer?"

"La informadora con la que estás trabajando".

"¿Alguien dijo eso?" di un puñetazo al teléfono. "¿También me acusan de eso? Es que ella me acusó..".

"¡Cálmate!" me cortó el "Rabbi". "No me contestaste".

"Carajo, por supuesto que no".

"Si me estás diciendo la verdad no tienes de qué preocuparte".

"Entonces no tengo de qué preocuparme".

"Una pregunta más. ¿Has contactado a alguien fuera de la agencia sobre el caso en el que trabajas?"

"¿Por qué? ¿Alguien dijo que lo hice?"

"Esa no es una respuesta negativa".

"¿Por qué? ¿Alguien está asustado o algo por el estilo?"

"Mike, te llamé para ayudarte, no para pelear contigo".

"Sabes, quisiera ver las caras en el cuartel general cuando un juez vea el video de los acusados, en este caso, analizando droga que supuestamente salió del laboratorio de la DEA con un 90 por ciento de pureza y afirmando que sólo tiene 50 o 60 por ciento y que es "basura".

"Tal vez no funcione exactamente del modo que piensas", dijo francamente.

Se me enfrió el alma. "¿Qué tratas de decir?"

A lo lejos en el desierto, un auto frenó e hizo un giro. No lo había visto pasar.

"Quiero decir, que no cuentes con que ocurra lo que piensas".

"No entiendo", dije, con el corazón palpitante. El auto se aproximaba rápidamente.

"Si te digo algo más, podría ponerte en una situación en que tengas que cometer perjurio como testigo o testificar sobre esta conversación. Y si por alguna razón no se realiza el juicio; si por ejemplo todos se declaran culpables, nunca sabrás la diferencia de todas maneras. No hay modo de que sepas de forma oficial lo que sé, así que no diré nada".

"No puedo creerlo", dije.

El auto entró al estacionamiento. Habían dos hombres dentro y ambos me miraron, mientras estacionaron al lado de mi auto.

"Créeme", dijo el "Rabbi". "¿Has oído algo sobre tu investigación?"

"Todo lo que sé es que siguen investigándome".

"Tu archivo ha sido enviado a la oficina del Fiscal General de los EE.UU. en espera de una decisión sobre si encausarte o no".

"¡Encausarme! ¿Por qué, por tocar la radio demasiado fuerte?"

"No sé. Pero buscarán cualquier cosa que puedan hallar. Si fuera tú, lo tomaría en serio".

"Para mí, esos cabrones son tan serios como el cáncer. ¿Sabes lo que me hicieron en Miami?"

"Vi tu memorándum", dijo, "y también lo vió mucha otra gente. ¿Conoces a un asistente del Fiscal General llamado Pat Sullivan?"

"Miami".

"El archivo de tu caso está en sus manos".

"Dios mío. Es el mismo tipo que liberó a Gasser; ¿ahora va a decidir si encausarme o no?. Ni siquiera sé por qué me encausarán. ¿Qué es lo que se supone que yo debo hacer?"

"Primero que nada, cálmate. Aún no se ha tomado ninguna decisión. Así que si yo estuviera en tu lugar trataría de ganar muchos amigos y salir rápidamente de Tucson".

Los dos hombres habían salido de su auto y caminaban lentamente hacia mí. Saqué mi arma de la cartuchera.

"¿Estás ahí?", preguntó el "Rabbi".

"Espera un segundo", dije, enderezándome y poniendo el arma detrás de mi cadera. Le quité el seguro y abrí sólo unos centímetros la puerta de la cabina.

"¿Los puedo ayudar en algo?" le dije al más cercano, cuyos rasgos estaban oscurecidos por la sombra de su sombrero de vaquero. El otro se quedó parado entre las sombras, detrás mío.

"Sólo estamos esperando para usar el teléfono, socio, ¿vas a tardar mucho?"

"Si, lo siento mucho", dije.

"¿Ese Lincoln ahí, es tuyo?"

"Si".

"Lindo auto, ¿no Will?"

"Si", dijo el otro.

"No sé qué es lo que se traen entre manos cabrones", dije, apretando el arma. "Pero están en el lugar equivocado. El teléfono está ocupado y el auto no está a la venta".

El tipo que estaba frente a mí, rió suavemente. "No hay problema", dijo. Los dos volvieron a su auto.

"Disculpa", le dije al "Rabbi", "dos tipos querían usar el teléfono". Puse mi arma en su cartuchera.

"Lo oí", dijo el "Rabbi". "¿A esta hora de la noche y en ese teléfono de Tucson en particular?. Te estás poniendo viejo".

El auto salió despacio del estacionamiento, con las luces apagadas. Una vez en la carretera, sus luces se prendieron, el motor rugió y en unos segundos desapareció en la distancia.

"Te dije una vez que te cuides de los sandwiches de mantequilla de maní, ¿no es cierto?" dijo el "Rabbi".

"Si, y supongo que no te creí. Aún no quiero creerte".

"Qué lamentable". Su voz sonó cansada de repente. "Es tarde".

"No sé cómo agradecerte".

"Olvidalo. Varios de nosotros, aparte de tí, no estamos de acuerdo con las cosas que están sucediendo. Pero a diferencia tuya, no pensamos que sabemos todas las respuestas".

"¿Respuestas?" reí. "¿Alguna vez dije que sabía alguna respuesta?"

"Creo que hablé lo suficiente", dijo. "Cuida tus espaldas. No me gustaría que te pase nada". Colgó.

Después de colgar esperé a que el teléfono sonara. La llamada se había prolongado 10 o 15 minutos adicionales y no quería que la compañía de teléfonos se los cobrara al "Rabbi"; eso proveería una prueba permanente sobre la llamada. No habíamos cometido ningún crimen, pero ¿por qué arriesgarse? Esperé unos cinco minutos y el teléfono no sonó. Era muy extraño.

\* \* \*

De regreso a la casa pensé en el "Rabbi". Me era difícil creer que el motivo para prevenirme era simplemente su admiración por mi carrera o su desacuerdo con alguna política de la DEA o aquello a lo que se refirió veladamente. Después de todo, era un "terno". Pero yo sabía que quedaban algunos que no se habían vendido a los políticos, a la CIA y a todos los demás que tenían sus manos en la bolsa de la guerra antidroga; Ralph Saucedo me había dicho que algunas personas me apoyaban en el cuartel general. Tenía que creer que el Rabbi era una de esas personas. Tenía que tener fe en alguien.

## 4

Volví a la casa poco después de las 3:00 a.m. y no pude dormir hasta antes del amanecer. Desperté en la tarde y me sentí mejor. Por lo menos sabía más que antes. Saber lo peor es mejor que no saber nada; uno puede hacer algo para remediar la situación y luego relajarse y esperar. Quedaría en manos de Dios.

Telefoné a Turghid para pedirle que autorizara mi salida de Tucson. Estaba alegre. "Acabamos de arrestar a tu buen amigo Marini, junto con un piloto de San Francisco llamado Don Wilson Camp. ¿Conoces el nombre?"

"No. Debe ser el piloto de Velasco".

"Sí, bueno puede despedirse de su avión; el cabrón trajo una muestra de hashish. Había una chica muy linda con él, pero creo que la dejaremos libre".

"Qué mala suerte", dije.

"Sí. Tommy hizo un excelente trabajo". Se rió.

"Bueno, no me vas a necesitar más, ¿no?"

"Quiero que te quedes hasta que el fiscal llegue mañana; para el caso de que te necesite para algo. Y no te olvides, mientras estés aquí, sigue trabajando en esas cintas".

Le avisé a Lydia que tendría que cancelar su reserva una vez más, de ningún modo pasaría una noche solo con Sonia, subí al auto y fui al gimnasio. Además de necesitar una buena sesión de ejercicios, quería

despedirme de mis amigos. Encontré a Sam, solo en el sauna. No tenía buena cara.

"Sr. Magnífico", dijo. "Hace tiempo que no te veía. Pensé que te habías ido".

"No", dije, sentándome a su lado. "Pero me voy a ir. Quería despedirme de ustedes. ¿Dónde está Morris?"

"Morris", dijo moviendo la cabeza. "Morris no está muy bien".

"¿Qué le pasó?"

"Una embolia... hace tres días, en la noche".

"Demonios, no lo puedo creer. Era fuerte como un toro. ¿Cómo está?"

"Como un toro", repitió, moviendo la cabeza aún. "No está bien. Dios me perdone, pero lo que queda de él... *Gornisht halfin*".

"Sam, lo siento", dije poniéndole la mano en el hombro. La cubrió con su mano sarmentosa y me miró a los ojos. Había una tristeza en aquellos ojos azules que me hirió en lo más profundo.

"Eres un buen *boychick*, Levine. Se lo dije a Morris, él pensó que estabas metido en algo raro, pero yo le dije "Morris, él es un buen *boychick*. Lo sé".

"Gracias Sam. Espero merecerlo".

"Debes escucharle a los viejos, Levine. ¿Tienes hijos?"

"Sí".

"Debes gozar de ellos mientras puedas, abrázalos, bésalos. Pronto crecerán y serás viejo es increíble lo rápido que ocurre. Es como si fuese un sueño".

Usó las mismas palabras de mi abuela. Michaela, la vida es como un sueño... como un sueño.

El lunes en la mañana me despertó el sonido del teléfono. Eran las 7:00, hora poco apropiada para llamadas de narcotraficantes o agentes del gobierno, a menos que hubiese una emergencia. Siguió sonando. Busqué la grabadora. Cuando llegué a la cocina Sonia venía por el pasillo. Levanté el teléfono. Era nuestro servicio de contestación de llamadas.

"Hay un mensaje urgente para el Sr. Miguel y Sonia", dijo una mujer a quien no pude reconocer.

"Adelante", dije.

"Alguien llamado Guacho llamó y dijo que lo llamen inmediatamente". La mujer me dió un número de teléfono local.

Le agradecí y colgué. Sonia me miraba fijamente. Seguramente me puse pálido.

"Es Papo", dije, marcando el número. "Dejó un número de teléfono de aquí, de Tucson".

Dejé que el teléfono sonara un largo rato antes de colgar. Probablemente era una cabina telefónica.

"No está aquí", dijo Sonia tranquilamente. "Nunca vendrá. Sólo trata de avisarnos que no se olvidará; que no le importa dónde estemos; que nos puede encontrar. ¿Crees que le tiene miedo a la DEA?" Rió con una risa corta, como ladrido. "Tendrá paciencia. Cuando pensemos que ya no existe peligro es cuando atacará".

"Tú sabes que el hombre no está aquí", dijo bruscamente Turghid, disgustado porque lo llamé a su casa.

"Sólo pensé que debía informarte", dije. "Es mi trabajo".

Hice una reservación para un vuelo a Nueva York que partía el lunes a medianoche. La Operación Huno, y tal vez toda la guerra antidroga, habían acabado para mí. Pero sin la guerra contra las drogas, ¿qué tipo de vida me esperaba? Durante 17 años mi carrera había reemplazado todo lo que hacía que la vida fuera llevadera: familia, amigos, mirar el atardecer con alguien amado. Además, como única fuente de ingresos, mi trabajo se había convertido en mi identidad. Ahora mi identidad y mi libertad se encontraban en peligro.

En la tarde, Rourke vino a recoger a Sonia y a Lydia para llevarlas al aeropuerto. Les ayudé a poner sus maletas en el auto.

"Adiós", dijo Lydia, dándome la mano, con aspecto de haber cruzado la meta en una maratón.

"Supongo que nos veremos en el juicio", dije, abriéndole la puerta del auto. Asintió y subió al auto. No quedaba más que decir.

"Nos vemos en el cuartel general, compadre", dijo Rourke, sentado al volante. Nos dimos la mano.

Sonia ya se encontraba en el asiento trasero; la miré sintiéndome incómodo, sin saber qué decir. Rourke encendió el motor y el auto salió hacia la calle; Sonia se dió la vuelta y se despidió con la mano por la ventana trasera. Sonreía.

Quedé solo. Repentinamente, sentí un escalofrío. La casa era el último lugar donde quería estar solo. Tenía que salir de aquí lo antes posible.

Reuní mis pertenencias apresuradamente. El menor ruido era una amenaza. Se prendió el aire acondicionado y casi se me detuvo el corazón. Miraba por las ventanas, esperando ver pararse en la entrada algún auto desconocido.

Era una trampa natural. Había sido forzado a permanecer un día más; todos sabían que estaba solo. La llamada de Papo llegó esa mañana, y había mucha gente que pensaba que yo sabía demasiado. Si me mataban, la culpa caería automáticamente sobre Mejía.

A las 4:00 había empacado y estaba listo. Tenía ocho horas de espera antes de mi vuelo, pero no me importaba en lo más mínimo. Salí casi volando de la casa y no volví la mirada una sola vez. Supuestamente debía esperar la aprobación del fiscal para partir, pero no me importó nada.



## TERCERA PARTE

# EL SECRETO DE SONIA

Los presidentes y los primeros ministros son quienes hacen los tratos secretos y hablan el verdadero idioma secreto. Las corporaciones. Los militares. Los bancos. Esa es la red secreta. Es ahí donde ocurre todo. El poder fluye bajo la superficie, a nivel mucho más profundo del que vivimos. Es donde se quebrantan las leyes, en las profundidades, más allá de donde se encuentran los adictos y los vendedores callejeros.

Don DeLillo, *"Great Jones Street"*



**XXX**

## **PROTEGIENDO EL OASIS**

Estoy personalmente convencido de que el Departamento de Justicia está en contra de los intereses de los Estados Unidos en cuanto a poner un atajo a las drogas... ¿Qué puede esperar un agente de la DEA que arriesga su vida? El gobierno de los Estados Unidos no le brindará apoyo. Encuentro que eso es algo intolerable.

Representante Larry Smith, director de la Comisión de la Cámara de Representantes sobre Control Internacional de Narcóticos, durante su investigación de la acción de nuestro gobierno en seguimiento a la muerte por tortura del agente de la DEA Enrique "Kiki" Camarena.

El lunes 17 de mayo, tres semanas después de mi escapada de Tucson, una de las mayores reestructuraciones burocráticas de la historia puso a la DEA en absoluto desorden y, posiblemente, me salvó de ser despedido.

Ocurrió tal como lo predijo Tony Buono. El cuartel general fue reorganizado de acuerdo al concepto de divisiones y el lunes fue el día del traslado general. Fui transferido desde la abolida Unidad Sudamericana en

el cuarto piso, a la División Heroína en el sexto piso. El traslado me rescató de las garras de Terry Burke, de la División Marihuana, del eterno escrutinio de Tommy Dolittle, y me puso bajo el mando de Kevin Gallegher.

Gallegher, un elegante y canoso veterano de décadas de guerra antidroga en Europa y Asia, era demasiado hombre para hacer un despido en nombre de los "ternos". Su única pregunta ante un subordinado era: ¿Puede encerrar narcotraficantes? Si uno podía hacer eso, no podía hacer nada incorrecto. No era ni político ni "terno", era un agente profesional de "narcóticos". Pensé que tal vez fuera uno de esos silenciosos disidentes que el "Rabbi" había mencionado.

Ese lunes de locura, todos los empleados del cuartel general de la DEA recibieron órdenes de trasladarse al mismo tiempo a su nuevo lugar de trabajo. Los ascensores y escaleras estaban atestados de gente que trataba de llevar de un lugar a otro archivos, materiales de escritorio y pertenencias personales. El caos que esa absurda reestructuración causó en las oficinas, se reflejó prontamente en el desempeño de la agencia. Y aún continúa hoy en día.

Me encontré con Tony cuando éste trataba de salir a empujones de un ascensor repleto. "Hey, Mikey!" dijo riendo. "¿Qué te dije?"

"Así es", le respondí.

Echamos una mirada furtiva a nuestro alrededor. "Hey, ¿cuál es la diferencia entre la DEA y el *Titanic*?"

"¿Cuál?"

"El *Titanic* tenía orquesta". Lanzó una carcajada y siguió su camino.

El 18 de mayo, Rourke vino a verme a la oficina. No lo había visto, ni había oído su voz hacía tres semanas.

"¿Estás listo para volver a Tucson?" me preguntó.

"¿Tengo alternativa?"

"¡No! Quieren que tus informes sobre el caso estén al día. Vamos a ir a juicio". Acercó una silla a mi escritorio.

"¿Cómo está Ana en la cárcel?"

"¿No oíste nada?"

"No he oído nada de nada", dije. "¿Cómo oíría a menos que tú me lo dijeras?"

"Ana pagó su fianza, la bajaron de \$1 millón a \$20.000. Escapó a Colombia. La estamos declarando ahora fugitiva".

Las noticias me causaron una extraña mezcla de emociones. Estaba contento de que Ana estuviese lejos, bajo las leyes de Colombia, sus ciudadanos no podían ser extraditados a otros países por cargos de drogas. Ana nunca más podría retornar a los Estados Unidos, lo que no parecía un castigo para ella. Pero la disminución tan radical de su fianza olía a encubrimiento, al estilo de la CIA.

Me pregunté cuánto les tomó a los "ternos" y a la CIA para darse cuenta de que si Ana era enjuiciada, su abogado y la prensa se deleitarían con las preguntas que quedaron sin contestar después de la Operación Huno, la más importante de las cuales, era, cuánto sabía en realidad sobre Sonia Atalá, su informadora y protegida. Tal como ocurrió en el caso Suárez, cuando los programas y operativos de la CIA estuvieron amenazados, los acusados fueron misteriosamente liberados de la cárcel y el caso destruido.

"Y ¿qué hay acerca de Mejía?, ¿ha sido declarado fugitivo, no?"

Rourke estaba embarazado. "No ha sido acusado".

"Es el colmo" dije. "El hijo de perra me anda buscando y mi propia agencia ni siquiera ha logrado conseguir una orden para arrestarlo"

Rourke frunció el ceño y asintió, "Tienes razón, Mike".

"¿Va a ser acusado?"

Encogió los hombros. "Ojalá lo supiera".

"¿Quieres decir que tal vez nunca sea acusado?" Tenía la impresión de que Rourke quería decirme algo, así que tenía que controlarme; una palabra demás y lo cohibiría. Mi vida podría depender de lo que Rourke dijese o no lo hiciese.

"Lo que digo es que no lo sé, Mike"

"¿Bien, quién ha sido acusado?"

Rourke miró a su alrededor con cara de desdicha. "Por el momento", dijo, "los únicos acusados son los cuatro tipos que fueron a la casa y Ana. Asimismo, Ana está acusada junto con tu amigo Marini y el piloto".

"¿Quieres decir que después de toda esta mierda, Mejía y Arce Gómez quedarán libres de culpa y ¿Ana Tamayo será acusada dos veces?"

Las palabras quedaron flotando en el aire. Rourke se veía tan disgustado como me sentía yo. Ninguno de los dos nos habíamos enrolado en la DEA para tomar parte de algo así.

Rourke movió la cabeza tristemente. "Es la Agencia", dijo tan bajo que apenas pude oírlo. Parecía que tenía miedo de oír su propia voz.

"¿Qué?"

"Es la Agencia", repitió. "Arguyen que si seguimos adelante con la acusación a Arce Gómez pondremos en peligro programas importantes que se realizan en Bolivia".

"Sí", dije, forzando una sonrisa, "programas importantes. Tienen miedo de que el mundo se entere de que en Bolivia no existiría el gobierno de la cocaína si no fuese por la CIA. ¿Y Mejía, ¿también lo protegen a él?"

Pensó por un momento. "Lo dudo. El Fiscal de los EE.UU. cree que no existe suficiente evidencia en su contra".

Sentí cómo la sangre me subía a la cara. "¿Aun con la cinta de la conversación entre él y Sonia?" Dije, sintiendo como mi voz subía de tono a pesar de mis esfuerzos para evitarlo.

"Eso es suficiente como para encarcelar a la Madre Teresa. El tipo es un asesino a sangre fría. Si yo no le importo a la DEA, ¿qué pasará con Sonia? Mejía no la olvidará. ¿Cómo puede esta gente liberar asesinos y vivir con la conciencia limpia? ¿A quién acusamos? A Ana Tamayo, dos acusaciones" Levanté los brazos. "Otra gran victoria en la guerra contra la droga".

"¿Piensas que yo soy él que toma estas decisiones, compadre? Trabajo en la maldita División Marihuana y mi jefe ya me tiene loco preguntando cuándo acabaré con esto. Mientras tanto, sigo creándome enemistades tratando de hacer que Arce Gómez sea acusado. ¿Y tú qué estás haciendo?"

"¿Qué estoy haciendo? Lo necesario para sobrevivir, Jack. Lo que sea necesario".

No había oído nada sobre mi investigación por Seguridad Interna y me sentía muy atemorizado, atemorizado de cualquier cara extraña que viese más de dos veces, de cada "clic" en la línea telefónica, de cada sobre dirigido a mí que pudiese anunciar mi despido o una acusación, de cada golpe en la puerta de mi oficina y de cada llamada telefónica. Los inspectores seguían investigando mi vida y tenía que esperar a que terminaran antes de comenzar a reconstruirla. En ese momento, no era el hombre apropiado para denunciar a nadie.

Pero también me costaba estar en paz con mi conciencia sin hacer nada. Después de que Rourke se marchó, marqué el número del "Rabbi". No habíamos hablado desde que lo llamé de Tucson. Tuve la esperanza de que él me llamaría o me daría alguna señal de que no había ningún problema entre nosotros.

"¿Qué tal si nos reunimos para tomar un café?" , le pregunté. "Se ha presentado algo y necesito hablar con alguien".

Quedó en silencio. "Bueno", dijo finalmente. "¿Por qué no sales a caminar en el parque que está frente a la Calle Catorce. Me reuniré contigo en un momento". Parecía que había estado esperando mi llamada.

Crucé la Calle Catorce hacia un pequeño parque situado directamente al frente del cuartel general. El parque, fácilmente visible desde el edificio de la DEA, era un lugar deprimente lleno de árboles muertos, bancos deshechos, graffiti y mierda de perro. Estaba habitado por vagos, alcohólicos, drogadictos y una multitud de locos de mirada vacía. Pensé que era un lugar raro para nuestra reunión.

Me senté en un banco que parecía estar casi protegido de las ventanas de la DEA por las ramas de un viejo roble. A unos 13 metros de distancia vi cómo un muchacho de unos 15 años con gorra de béisbol le vendió droga a otro muchacho de su edad. El vendedor miró hacia mí y por un momento nuestras miradas se encontraron. Tocó la visera de su gorra y movió la cabeza. Quería saber si quería comprarle. Desvié la mirada y vi al "Rabbi"

aproximarse. Tomaba un helado. El muchacho lo vió y se fue. El "Rabbi" lucía como un "oficial de negocios".

Limpió cuidadosamente un espacio en el banco con su pañuelo y se sentó.

"Qué día más lindo", dijo.

"¿No estás un poco nervioso?" le pregunté, mirando hacia el edificio de la DEA.

"¿Por qué? Tú y yo nos conocemos; ¿trabajamos para la misma agencia, no?. Si alguien nos viera reunidos en un callejón o con aspecto de esconder algo, estaría nervioso. No tengo nada que ocultar. ¿Y tú?"

"Nada tampoco, pero evidentemente otra gente sí", dije y le hice un rápido recuento de mi conversación con Rourke. "Mira", concluí, "sé que no hay mucho que pueda hacer, pero ¿no hay nadie en el piso doce que se preocupe cuando se destruyen casos intencionalmente? Especialmente un caso con el potencial de este último".

El "Rabbi" tomó el último bocado de su helado y lamió el palito. "La mejor parte", dijo. Dió una mirada alrededor buscando un basurero en el parque, que era como un basural. El más cercano estaba a unos 18 metros y rebalsaba de basura. Dobló el palo y el papel haciendo un pequeño paquete y lo sujetó en la mano. Por un momento pensé que lo pondría en su bolsillo, pero no lo hizo; simplemente lo sujetó.

"Sabes, Levine, éste no es un mundo perfecto. Por mucho que nos disguste admitirlo, a pesar de lo importantes que creemos ser, hay ocasiones en que existen otros intereses que tienen prioridad sobre los nuestros. Eso es algo difícil de admitir, especialmente cuando arriesgamos la vida por lo que creemos. Pero a veces tenemos que tener fe en que la gente que dirige las cosas sepa un poco más que nosotros".

"¿Quieres decir la gente que decide que los "narcos" salen libres de la cárcel?" dije.

Me miró fijamente. "Sí".

"¿Pero cómo podemos justificarlo? ¿Cómo podemos mandar gente a morir para decomisar unas onzas de polvo en las calles, mientras que la gente de la misma agencia protege a los tipos que ponen toneladas de polvo a la venta? ¿Y qué de la juventud sobre la que tanto rebuznan los políticos, es pura farsa?"

"No eres ningún tonto, Michael", dijo. "El mundo es mucho más complejo".

"Hombre, estoy aprendiendo a golpes".

"La DEA no funciona en el vacío. Los Estados Unidos es como un oasis perfumado en medio de una letrina; todos quieren entrar. Si tienes la suerte de vivir aquí, vives feliz. Pero con esa felicidad también vienen muchos enemigos que quieren quitárnosla. En los años 40 eran los nazis y los

fascistas; ahora son los comunistas. Sólo Dios sabe lo que vendrá después. El punto es que, mantener nuestra fuerza y defender nuestro modo de vida son prioridades que están antes que nada".

"Incluyendo la guerra antidroga", dije.

"Especialmente la guerra antidroga", dijo el "Rabbi".

"¿Especialmente?"

"Especialmente", repitió. "¿Quién crees que es la facción más fuerte, más anticomunista en el Tercer Mundo?"

"Los banqueros americanos".

El "Rabbi" rió. "Ellos también. Hey, ¿nunca pensaste unírte a los espías?"

"Dudo que me contratasen".

"Nunca se sabe". El "Rabbi" me miró. "¿Conoces la teoría de las fichas de dominó?"

"Vaya, la DEA todavía no ha destruido mis células cerebrales. Leía la prensa durante la guerra de Vietnam".

"¿Estuviste allí?"

"No. Fui dado de baja el 61".

"Pero serviste".

"Claro. Así lo mandaba la ley".

"Bueno, ¿qué hubieras hecho si te mandaban a Vietnam?"

"Entonces... ". La imagen de un muchacho de 19 años, en uniforme de combate pasó como relámpago por mi mente, "... probablemente hubiera ido y muerto". dije.

"Seguro, hubieras ido", dijo el Rabbi.

"Pero tenía sólo 19 y no sabía nada de nada. No me preguntes lo que hubiera hecho si sabía lo que sé ahora. El problema es que me está pasando lo mismo con la guerra antidroga".

"Te entiendo", dijo el "Rabbi", "pero trata de imaginarte una situación parecida a Vietnam en este hemisferio; tal vez en Méjico".

"Bueno", dije, "veo lo que tratas de decir". "En realidad no lo veía, pero no quería entrar en una discusión, no sobre Vietnam".

"Sabes mucho sobre Bolivia. ¿Por qué crees que ese hijo de perra de Castro escogió Bolivia como objetivo principal para el comunismo y mandó al Che Guevara, su hombre más importante?"

"Supongo que porque es el país más pobre de Sudamérica".

"Te ganaste un chupete", dijo el "Rabbi". "La gente hambrienta tiene tendencia a cambiar de gobiernos. ¿Y piensas que sólo porque el Che terminó donde deberían ir todos los comunistas, van a dejar de causar problemas en Bolivia?"

"Supongo que no", dije.

"Y si la teoría de las fichas de dominó es correcta y se apoderan de Bolivia, ¿qué caería después?"

Encogí los hombros. "El Bronx, espero".

El "Rabbi" rió de nuevo. "El punto es, Michael, que no podemos permitirles apoderarse de Bolivia, no importa cuál sea el costo".

"¿Aun si tenemos que apoyar a narcotraficantes?"

"Cuando te dije "especialmente la guerra antidroga", pensaba en países como Bolivia, donde la droga dá de comer a mucha gente. Esa gente tiene que comer, Michael, o son vulnerables al cambio. Y el "cambio" en nuestro hemisferio es algo que los Estados Unidos debe controlar estrictamente".

"Te olvidaste de algo", dije.

"¿De qué?"

"La única exportación de Bolivia que rinde dinero es la cocaína, y ese país también provee a Colombia la mayoría de la pasta base; y para ser dos países en bancarrota, le deben mucha plata a nuestros banqueros. ¿No nos gustaría que nuestros banqueros pierdan demasiado dinero, no?"

"No te pongas cínico".

"¿Cínico? Es un hecho, ¿no es cierto?"

"Será un hecho, pero proteger los intereses de la banca no es una consideración para la DEA".

"¿Y qué de los asesinos de muchos?" dije, incapaz de contenerme. "¿Alguien se preocupa en el cuartel general cuando los liberan? Mejía mató a un hombre porque le debía dinero. Después mató a toda la familia: mujeres, niños, viejos; a todos. Una vez le disparó a un tipo porque no saludó a su padre. ¿Qué razón podríamos tener para proteger a una bestia como ésa? Si te consideras hombre de ley y tienes la oportunidad de encarcelar a ese animal y no lo haces, por cualquier razón, ¿cómo puedes seguir considerándote hombre de ley?"

La mirada del Rabbi se veía preocupada. "Ocurren errores, Levine; los más inteligentes entre nosotros los cometen".

"Sí", dije, "y entonces alguien te salta encima y te dice, "Estás jodido". O te arrestan. Pero, ¿qué pasa cuando la gente que dirige las cosas anda jodiéndolo todo y sin embargo son la ley? o peor, están fuera del alcance de la ley. ¿Y a quién pide apoyo el agente de la DEA cuando arriesga su vida contra un asesino y acaba perseguido por éste, sin que su agencia levante un dedo para protegerlo?"

El "Rabbi" me miró de nuevo, pensativo. Vi cómo el papel y el palito caían de su mano. De pronto miró su reloj. "Tengo que regresar", dijo, poniéndose de pie. "No puedo prometerte nada, pero voy a hacer unas averiguaciones".

"Iré contigo", dije.

"No", dijo rápidamente. "¿Por qué no te quedas unos minutos?".

"Mira, si me pasé un poco de raya."

"¿Crees que te pasaste de raya?"

"En realidad, no. Mejía podría estar en este mismo parque".  
Sonrió. "Esperemos que no".  
Lo vi alejarse rápidamente del parque y entrar al cuartel general.

Por el cariz que tomaron las cosas, las "averiguaciones" que hizo el Rabbi produjeron un pequeño milagro. El miércoles, 20 de Mayo, recibí una llamada de Ollie South.

"El Sr. Turghid me pidió que lo llamara", dijo en tono descortés.

"¿En qué puedo ayudarte?"

"Bueno, ¿se acuerda de esa conversación telefónica con Mejía que usted y Sonia grabaron?"

"¿Sí, qué hay con éso?"

"El Sr. Turghid quiere saber si aquello incrimina a Mejía".

La pregunta era increíblemente estúpida o increíblemente siniestra. Me tomó un instante decidir que se trataba de la segunda opción. "Ya traduje la cinta; te la dejé a ti".

"Sí, lo sé. Pero está como evidencia (en la bóveda de evidencia de la DEA) y debo obtener la información para el Fiscal de los EE.UU."

"¿Van a acusar a Mejía?"

"Supongo que sí", dijo South.

Me permití uno de los pocos momentos de gozo silencioso que experimentarí en los años ochenta.

"No entiendo la pregunta. Escribí una traducción de la cinta y te la entregué, junto con las otras. ¿No te diste cuenta que era incriminatoria?"

"Yo.. ah, no la tengo".

"¿No tienes la traducción que hice?"

"Seguramente estaba en el sobre de evidencia junto con la cinta".

"Así que supongo que no la leíste y tampoco la tienes".

"Se me debe haber pasado entre las manos. ¿Sabe cuántas cintas tuve que manejar?"

"Si ése es el caso", dije, "déjame informarte que la conversación telefónica con Mejía es la evidencia más incriminatoria que he visto u oído en los 17 años que trabajo como agente".

"Mmmm", dijo South.

"De hecho, probablemente es la evidencia más importante en todo el caso".

"Mmmm".

Sentí una punzada de temor. "¿No la has perdido, no?"

"No he perdido nada". dijo South.

"Si se perdió, echaste a perder todo el caso".

"Todo lo que recuerdo es que la puse con la evidencia", dijo en tono defensivo.

"Entonces debería estar allí, ¿no es cierto? le dije.

"Si... hasta donde yo sé".

"Hasta donde lo sabes", repetí, deseando apretarle el cuello a través del teléfono. Pero le llegaría su día, pensé. Tarde o temprano él y Turghid, o alguien, tendrían que explicar lo de la cocaína adulterada que nos entregaron en Tucson. Si South no le temía a ese día, alguien tenía que temerle. No pude resistirme a escarbar un poco más.

"¿Alguien está transcribiendo el video de los análisis de la droga?"

"Si", dijo South.

Sentí sonar una alarma en la mente. Cuando hablé acerca del video con el "Rabbi", me había dicho, "Tal vez no funcione del modo que piensas".

"¿No han habido problemas con éso, no?" Pregunté.

"No, que yo sepa", dijo.

"Van a necesitar mi ayuda para transcribir la cinta", dije. "Dile a quien lo esté haciendo, que me llame".

"¿Por qué lo necesitarían a usted?"

"Es una cinta de cuatro horas y media", dije. "Ocurrieron muchas cosas, muchas conversaciones simultáneas, ese tipo de cosas. Yo estuve presente, así que puedo aclarar cualquier confusión. También quiero asegurarme de que la traducción sea correcta y me dará la oportunidad de revisar todo antes de testificar. Tú sabes, de refrescar la memoria".

"Pasaré la voz".

"Si, hazlo".

Nunca fui llamado para ayudar a transcribir las cintas. Cuando llegué a Tucson para testificar en el juicio contra los hombres de Mejía, supe que todos los videos de los análisis de la droga estaban sin sonido. Me informaron que South había cometido un error, nadie sabía de qué tipo, con el equipo de grabación. South juró haber revisado el equipo y que éste funcionaba perfectamente. Nadie lo interrogó, ni se investigó más el asunto.

El 29 de junio Papo Mejía fue finalmente acusado y se emitió una orden de arresto. El 2 de agosto, Mejía y Ana fueron finalmente listados como fugitivos por la DEA, pero al no existir tratado de extradición con Colombia, había muy poca esperanza de enjuiciarlos en los Estados Unidos. Arce Gómez, el "blanco" de la Operación Huno, no sería acusado. Los deseos de la CIA prevalecieron y sus programas secretos fueron resguardados.



## XXXI

# LA CAJA DE PANDORA

El 11 de agosto de 1982, el gobierno de los EE.UU. siguió juicio a los cuatro lacayos de Mejía. El caso recibió muy poca atención de la prensa local y ninguna de la prensa nacional; poco típico de los "ternos" de la DEA, que generalmente se mueven como monos detrás de un plátano cuando se trata de los medios de comunicación. No obstante, el real Imperio Secreto no pareció prestarle mayor atención al caso.

Un fiscal especial, aparentemente del Departamento de Justicia en Washington, fue asignado a Tucson para colaborar al fiscal local Negatu Molla, para seguir este caso relativamente fácil. En todos mis años de servicio federal, nunca ví al "Justicia Principal" mostrar tanta preocupación por un caso de drogas.

"¿Por qué un fiscal desde Washington?" le pregunté a Molla, que había sido designado oficialmente como fiscal. Molla era un hombre agradable de origen africano, .

"Dijeron que es nueva, y que desean que adquiriera experiencia", dijo Molla.

"¿En Tucson? ¿Desde Washington hasta Tucson para adquirir experiencia? ¿No le parece que hubiera sido mejor adquirirla en algún juicio

grande por drogas en Miami o Nueva York, o allí mismo en el Distrito de Columbia?"

Molla rió. "¿Quién lo sabe? Eso es lo que me dijeron".

Jane (nombre ficticio) tenía el pelo crespo y la mirada perpetuamente sorprendida de una colegiala. Pero después de hablar con ella por unos minutos, me di cuenta de que no era ni inocente ni una abogada joven sin experiencia. Tenía curiosidad sobre todo pero no divulgaba nada. Si había sido enviada a Tucson para adquirir experiencia, ciertamente no era en el campo de la abogacía. Rourke me informó confidencialmente que estaba con la CIA. No era de sorprenderse. Le puse el apodo de "la Chica de la CIA" y traté de mantenerme lo más lejos posible de ella.

Sin embargo, eso resultó imposible, ya que la Chica de la CIA estaba en todas partes. Se alojó en nuestro hotel, comía y hacía vida social con nosotros, no obstante lo cual nosotros supimos muy poco acerca de ella aparte de que hacía incontables llamadas a Washington para informar sobre el "avance" de este juicio tan poco espectacular.

Y donde quiera que Sonia fuese, la Chica de la CIA también iba. Aunque la Chica de la CIA afirmaba hablar muy poco español y Sonia supuestamente no hablaba inglés, nunca necesitaron de un intérprete. La Chica de la CIA se convirtió en una parte íntima de la vida de Sonia por varios años, no sólo tomando parte en su supervisión y preparación como testigo del gobierno y como cofiscal en un juicio posterior en Miami, sino también asistiendo a reuniones con la CIA durante las cuales se tomaron decisiones para no acusar a Arce Gómez.

Aunque el video del análisis de la droga no tenía sonido y había ingerencia de la CIA en la parte acusadora; decidí no hacer preguntas. Mi caso con Seguridad Interna seguía pendiente, el problema de drogas de mi hija había empeorado, la recompensa de Suárez por mi vida seguía en pie y, mi mayor deseo, era que encontraran a Papó Mejía antes de que él me encontrara. Era todo lo que podía hacer para evitar que mi vida se derrumbara, esta vez no me enfrentaría al Imperio Secreto. Pero tenía un as en la manga, por lo menos así lo creía.

Testificaría sobre la conversación del video mudo. Me presentaría ante las cámaras en la corte y narraría la acción. Si los abogados de la defensa y la prensa eran lo suficientemente astutos, mi testimonio podría ayudar a desenmascarar la farsa de la guerra antidroga.

Supuse que los hombres de Mejía habían dicho y hecho lo suficiente para ser sentenciados, por lo que pensé que la verdad sobre la droga adulterada no causaría daño a la parte acusadora. Pero podría ser suficiente como para que algún reportero se interesara en hacer una investigación, tal como ocurrió después de aquel robo en el Hotel "Watergate" en 1972.

Una vez que la prensa entrara en el caso, pensé que nada la detendría. El Congreso se vería forzado a prestar atención al caso. Estaba seguro de que una investigación del senado comprobaría que el Ministro y la Reina de la Cocaína, nunca hubieran existido si no fuera por el apoyo encubierto de la CIA al cartel boliviano de la cocaína.

Mi turno para testificar llegó en una tórrida tarde de agosto en Tucson. Los "ternos" no habían hecho su acostumbrada "danza de la victoria" ante la prensa, así que no habían presentes miembros de la prensa nacional. Pero habían suficientes reporteros locales como para interesarse por la revelación.

La clave de la caja de Pandora estaba en cómo reaccionarían los abogados de la defensa ante mi testimonio. Cada uno de los acusados tenía su propio abogado. Supuse que después de oír mi testimonio, por lo menos uno de ellos demandaría que el gobierno explicara cómo fue que recibimos basura de 50 por ciento de pureza. La diferencia de pureza indicaba que por lo menos 12 kilos de cocaína, con un valor de \$2,4 millones, habían sido sustraídos en medio de lo que la DEA había descrito como su caso más importante, suficiente escándalo como para causar una investigación aparte.

Y eso sería sólo el comienzo. Después haría todo lo que estuviese en mis manos para que la investigación fuera ampliada para abarcar la falta de interés de los "ternos" para investigar, arrestar o encausar a los otros acusados del caso, desde El Alemán y Roberto hasta Papo Mejía y el mismo Arce Gómez. Luego trataría a toda costa de que se incluyera la desaparición de los acusados en el caso Suárez y el rol de la CIA en el "Golpe" de la Cocaína. La CIA le había disparado al corazón de los Estados Unidos y yo quería que el mundo lo supiera.

Llegó la hora de mostrar al jurado el video mudo y la corte fue trasladada a una habitación especial, equipada con pantallas de televisión, para que el jurado viera la acción. Cuando me senté en el banquillo de los testigos, me sentía mareado por la emoción. Respiré profundamente y traté de aparecer calmado.

Primero, Alfred Donau, el abogado de Pineda, se puso de pie para hacerme algunas preguntas. El juez había otorgado permiso a todos los abogados de la defensa para interrumpir el procedimiento a fin de interrogarme.

"Agente Levine, ¿usted tuvo en su poder un aparato de grabación durante la filmación de este video?"

Ahora sí, pensé. Donau es astuto, sospecha que el gobierno está ocultando algo.

"Si señor", dije, mi voz retumbó en la corte.

"¿Y usted tenía la intención de que se grabara el sonido, ¿no es verdad?"

"Ciertamente". Me inundó la alegría.

"¿Pero usted no tiene aquella grabación?". Donau se veía incrédulo.

El Fiscal Molla intercedió y preguntó si yo sabía lo que había ocurrido.

"En realidad no sé cuál fue el problema, pero tuvo que ver con algo que le pasó a alguien. ¿Quién? No lo sé". Tenía la esperanza de que mi confusión atraería a la defensa como la sangre a los tiburones. "En ese momento en particular habían siete u ocho personas preparando la casa para el análisis final del contenido de la droga". Eso era suficiente para que Donau exigiera que todos los presentes en la casa fuesen interrogados.

Mas, ninguno de los abogados de la defensa continuó la línea del interrogatorio. La Chica de la CIA, que me miraba fijamente desde la mesa de la fiscalía, parecía ser la única en la corte que comprendía lo que estaba tratando de hacer.

Narré durante varias horas la acción que se daba en las pantallas, enfatizando y reenfatisando el hecho de que Pineda y sus hombres no estaban contentos por la calidad de la cocaína, que me acusaban de adulterarla y que la habían llamado "basura".

En una parte, el video mostraba a Pineda, O'Connor y Libardo visiblemente disgustados. Explicué que lo estaban porque la droga estaba diluida. Miré fijamente a cada uno de los abogados defensores tratando de enfatizar el hecho.

"O'Connor y Libardo reclaman que la cocaína no es pura", dije, "que ha sido diluida con algo. Pineda también me dice que la cocaína no es pura".

Esperaba que los abogados de la defensa cayeran sobre mí. Cada uno tenía al frente una copia del informe del laboratorio de la DEA, indicando que Turghid había recibido cocaína con 89 por ciento de pureza. ¿Qué explicación podía tener el gobierno por la discrepancia? ¿Quién había diluido la droga y por qué? La defensa podía haber exigido que se volviera a analizar la cocaína y que se comparara con los informes originales. La DEA, cuando menos, se hubiese visto obligada a una autoinvestigación. Pero no dijeron nada. Así que seguí insistiendo.

Después hubo un segmento de cuatro minutos durante el cual Pineda y O'Connor discutían acaloradamente conmigo, mientras examinábamos la cocaína con un lente de aumento. Dan Pykett, el abogado de Espinosa, pareció percibir algo.

"¿Recuerda usted lo que dijo?" me preguntó.

"Sí. Creo que en ese momento están diciendo que la muestra en particular estaba cortada".

"¿Quién dijo eso, agente, si usted lo recuerda?"

"O'Connor dijo, "Ha sido cortada". *Vamos, abogado por favor. Tiene enfrente un informe del gobierno que asevera que la droga nunca fue*

*cortada. ¡O'Connor es un experto!. Siga preguntando, maldición, siga preguntando.*

De nuevo la línea del interrogatorio fue abandonada.

Pero no la dejaría morir. Describí que la mayoría de la conversación estaba relacionada con la calidad de la cocaína. Yo me dije: "es tan mala, que hasta llegué a pensar que Pineda no la aceptaría". Al pasar las horas, me dí cuenta de que la defensa no profundizaría el tema. La última oportunidad se presentó instantes antes del final del video, cuando Molla preguntó: "Ahora en cuanto al sonido del video, ¿cuándo supo usted que no había sonido en el video o que el micrófono no funcionó?"

"Más o menos la última semana después de mi arribo a Tucson para los arreglos previos al juicio", dije.

"¿Fue entonces, que por primera vez, se enteró acerca de eso?"

"Si, fue la primera vez en que me enteré", repetí, deseando que los abogados defensores me leyeran el pensamiento.

"¿Y es cierto que hasta el día de hoy usted realmente no sabe cuál fue la falla?"

"Si".

Me imaginé a Dan Pykett interrogándome.

"Agente Levine, usted ha sido agente encubierto por varios años, ¿no es cierto?"

"Diecisiete largos años, señor".

"¿Y durante esos años, ¿en cuántos casos diría usted que ha participado?"

"Varios miles, señor".

"Y varios de ellos involucraron el uso de aparatos electrónicos de grabación, ¿correcto?"

"Si señor, varios".

"Y varios de esos casos involucraron una casa encubierta u otro lugar que estuviese equipado para grabar conversaciones, ¿es eso correcto?"

"Correcto, señor".

"¿En cuántas de esas ocasiones los aparatos no lograron grabar absolutamente nada?"

"Nunca, señor. Esta es la primera vez en mi carrera que sucede algo así".

"¿No es extraño que se informe a un agente encubierto sobre un video defectuoso de cuatro horas y media de duración, sólo dos días antes de que testifique?"

"Es muy extraño. Si hubiese sido verdaderamente un error, se me hubiera informado inmediatamente, de modo que me preparara mejor para testificar".

"Ahora agente Levine, ¿lo considera la DEA como a un experto en analizar cocaína?"

*"Estoy seguro que sí".*

*"¿Diría usted que los acusados estaban en lo cierto cuando calificaron la cocaína como "basura"?"*

*"Era tan mala, señor, que casi tuve que rogarles para que la aceptaran".*

*"Entonces, agente Levine, ¿usted está afirmando que existe evidencia de que una cantidad substancial de la cocaína fue sustraída?"*

*"Absolutamente e inequívocamente sí".*

*"¿Y no es cierto que la DEA tiene en su poder centenares, si no millares de kilos de cocaína de alta pureza en sus depósitos?"*

*"Absolutamente cierto, señor".*

*"¿No es extraño que un caso de la importancia de éste recibiese cocaína amarillenta con menos de un 90 por ciento de pureza?"*

*"Así es, señor. Es lo suficientemente extraño como para llevar a cabo una investigación a través del congreso".*

*"¿Por qué razón se le entregaría cocaína de mala calidad?"*

*"Con el fin de evitar que los narcotraficantes quisieran hacer tratos con nosotros".*

*"¿Y qué se lograría con eso?"*

*"Arruinar un caso que hubiera podido permitir la confiscación de centenares de millones y quizás miles de millones de dólares en dinero destinados a la droga, además de permitirnos destruir una vasta red de narcotráfico en Sudamérica".*

"Me opongo a esa línea de interrogatorio", dijo uno de los abogados defensores. Yo retorné a la realidad.

"Objeción aceptada", dijo el juez.

"No tengo más preguntas", dijo Molla.

El análisis de la cinta de la droga había terminado y nadie hizo las preguntas esenciales. Quizás debí haber sido más directo en mi testimonio; quizás yo mismo debí haber solicitado una investigación. Cuando traté de denunciar las irregularidades desde hacía 18 meses con mi carta a *Newsweek*, acabé siendo investigado por Seguridad Interna. Un agente de la DEA, como cualquier profesional al servicio de la ley, está entrenado para no dar mayor información que la necesaria en las cortes judiciales. Debe responder sólo a lo que se le pregunta. Sentía demasiado temor para intentar proceder de otra manera.

Días después me di cuenta de que me había concentrado tanto en la cocaína adulterada que no había pensado en el motivo que podría tener la persona que dañó el sonido del video. La respuesta me llegó una tarde, durante un receso en el juicio. Sonia, Rourke, la Chica de la CIA y yo estábamos reunidos en la oficina de Molla, cuando la Chica de la CIA salió de la habitación para hacer su informe de la tarde a Washington.

Me pregunté qué demonios podía informar. No existía la necesidad de hacer un informe de avance, el juicio era tan rutinario como cualquier caso

hacer un informe de avance, el juicio era tan rutinario como cualquier caso de drogas de menor importancia. Hasta la prensa había perdido interés en la cuestión. Sin embargo, ella llamaba a su oficina tres o cuatro veces al día. Entonces me dí cuenta. Los informes no eran sobre el avance del juicio, sino que eran sobre cómo se habían controlado los daños que podía causar el mismo.

Si la Operación Huno era una amenaza a los programas de la CIA, como Rourke lo había indicado, la información revelada durante el juicio era lo que más temía la Agencia. Esa era la razón por la que el video no tenía sonido, eran cuatro horas y media de conversación que nombraba a docenas de personas involucradas en el negocio de la droga, desde ministros del gobierno boliviano hasta el misterioso alemán de Miami. Se estaban protegiendo esos nombres para no llamar la atención de los medios de comunicación. Por lo menos uno de esos nombres, como Rourke lo confirmaría después, pertenecía a una persona de alto rango en el gobierno boliviano, protegida por la CIA.

Cuando Sonia se presentó a declarar, fue el testigo perfecto. Hablaba suavemente y era reservada; miraba a los abogados defensores directo a los ojos; respondió con calma a la mirada iracunda de Pineda; escuchó cuidadosamente cada palabra de todas las preguntas que le hicieron, dando a la fiscalía suficiente tiempo como para objetar a las preguntas de la defensa. Parecía que se había dedicado a ésto toda su vida.

Su testimonio fue manejado por nada menos que la Chica de la CIA, quien había venido a Tucson para adquirir "experiencia". Molla no dijo una sola palabra mientras Sonia testificó.

Ninguno de los abogados defensores pudo lograr nada durante sus interrogatorios. Durante su testimonio, uno de ellos, Herbert Abramson, hizo una observación interesante. Se dió cuenta de que Sonia reaccionaba a las preguntas que se le hicieron en inglés antes de que el intérprete las tradujese al español.

"¿Usted habla y entiende Inglés, Sra. Atalá?" preguntó Abramson.

"No, entiendo sólo algunas palabras".

"Recuerda usted que ayer, el intérprete le preguntó en inglés al juez sobre las palabras arreglo y acuerdo, y usted le dijo al intérprete que ambas significaban lo mismo; ¿recuerda usted?"

"No, no lo recuerdo".

El interrogatorio no fue más allá. Muy malo.

El 25 de agosto, bajo la estrecha vigilancia de la CIA y de los Departamentos de Estado y de Justicia e ignorado por los medios de comunicación, fueron hallados culpables de todos los cargos en el juicio los

No mucho después de la condena, los "ternos" comenzaron a desplegar una cortina de humo. En contra de todas las regulaciones de la DEA y del Departamento de Justicia, se iniciaron procedimientos administrativos con la intención de destruir toda evidencia y de cerrar la Operación Huno.

Era así cómo los intereses especiales en nuestro gobierno querían que finalizara la operación, una vez que mientras existiera la evidencia y hubiese atención sobre Sonia, su secreto estaría en peligro. Este era un caso parecido al de Suárez, que los intereses especiales nunca quisieron que sucediera; había sido un monstruo creado por algunos agentes rebeldes de la DEA que no pudo controlar la CIA. Era necesario aplicar un control para eventuales daños. Ante la ley, la evidencia no podía ser destruida de ningún modo en tanto existieran fugitivos vivos. Pero la ley no tomaba en cuenta los casos en que el gobierno quería destruir. Si hubiera dependido de los "ternos", nadie más hubiese sido arrestado en la Operación Huno.

## XXXII

### PAPO

El miércoles 15 de septiembre, aproximadamente a las 14:45, los letreros de "No Fumar" y "Abrocharse el Cinturón de Seguridad" se iluminaron en el avión de Avianca, que había partido de Bogotá, Colombia. La azafata anunció la llegada al aeropuerto internacional de Miami en español, inglés y portugués. "Se ruega a todos los pasajeros tener preparados sus pasaportes para Inmigración y aduanas y revisar las tarjetas de arribo".

El pasajero del asiento 14A; un hombre bajo, fornido, con pelo crespo oscuro, mandíbula de bulldog y los ojos más fríos que la tripulación recordase, se puso una chaqueta gris sobre la camisa de seda rosada. Su Rolex de oro y diamantes reflejó el sol cuando sacó una billetera de cuero de cocodrilo del bolsillo interior de su chaqueta y revisó sus documentos de entrada, un pasaporte colombiano a nombre de Luis Fernando Arcila Mejía, un formulario de entrada del departamento de Inmigración de los EE.UU. y un formulario de declaración de Aduana. ¿Tiene algo que declarar? decía en el formulario. Puso que no, firmó el formulario y rió para sí mismo.

El avión se inclinó preparándose para el aterrizaje. Miami brillaba como el oro a la luz de la tarde. El hombre sonrió. Amaba este país, este lugar

dorado donde todo era posible; donde todo tenía un precio y lo que no estaba a la venta se tomaba gratis. Era el lugar donde un hombre con *cojones*, que no tenía miedo de luchar para lograr lo que quería, podía vivir como un dios.

La vida era perfecta para Papo Mejía. A los 27 años, tenía una bella esposa, un hijo recién nacido y el dinero y poder que pocos hombres tenían. Y ninguno de los *comemierdas* que habían tratado de desafiarlo, que quisieron hacerle daño, eran suficiente amenaza como para perder un minuto de sueño. Era demasiado poderoso para ellos. Aún el gran gobierno gringo podía ser comprado y controlado si se tenía suficiente astucia y los contactos apropiados.

Lo que pasó en Tucson fue poca cosa. El idiota de Pineda se metió en una trampa. Debía haberse dado cuenta, y el maricón de Espinosa debería haber sido asesinado apenas se arruinó el trato.

Papo percibió algo raro en el mismo instante en que oyó la voz de Sonia por teléfono. Debía seguir su instinto y cortar el contacto. Pero había dejado que Pineda lo convenciera. "Sólo habla con ella", le había dicho. "Sólo hasta que sepamos dónde viven y qué es lo que tienen".

Papo había estado en lo correcto. Le previno a Pineda que se cuidara de una trampa; la *lesbiana de mierda* era más peligrosa que una serpiente. Hacía apenas unos años había tratado de contratar unos *pistolocos* en Colombia para matar políticos en Bolivia. En una mujer de ese tipo, no se podía confiar ni un segundo.

Papo se maldijo por no haberla matado en la primera ocasión, cuando le vino a rogar a Colombia, pidiéndole que le diera tiempo, echándole toda la culpa a Arce Gómez y a los bolivianos, diciendo que ellos tenían el dinero. Debía haberse dado cuenta entonces que fingía, que Arce Gómez la estaba sacando del negocio, por lo que trataba de que Papo lo matara. Como eso no funcionó, entonces *la puta traicionera* corrió a la DEA para que sus miembros le hicieran el trabajo sucio.

La primera noche, cuando Eduardo estuvo sentado frente a ella y al agente judío de la DEA, debería haberlos matado a los dos; debería haber apretado el gatillo a la primera excusa. Si no hubiera podido escapar, por lo menos hubiese muerto como un hombre en vez de podrirse en la cárcel.

Bueno, ya no importaba; lo hecho, hecho estaba; cumplirían sus condenas y mantendrían la boca cerrada. Papo se había asegurado de que no era buscado y, mientras no lo arrestaran por otra acusación, la única evidencia en su contra, la grabación, sería destruida y el caso entero prontamente olvidado.

Pero Papo Mejía no olvidaba. Mientras el gran tigre de papel que era la DEA se olvidase de Tucson, él nunca olvidaría hasta vengarse de Sonia

Atalá y el *judío trigueño*. Por el momento se requería paciencia, pero ya se estaban haciendo algunas discretas averiguaciones; estaba reuniéndose información; la cacería había comenzado ya. Y cuando menos lo esperasen la puta boliviana y el *judío trigueño*, cuando el nombre de Mejía comenzara ya a borrarse de sus memorias, él aparecería de pronto. Sonrió ante la idea.

Cinco mil metros más abajo, algo extraño se desarrollaba en la terminal de llegadas internacionales del aeropuerto. Un enorme negro de casi dos metros y 130 kilos de peso, con ojos enloquecidos se movía lentamente entre la multitud. Unas cuerdas débiles separaban a la multitud de una puerta de vidrio opaco que llevaba a la zona de aduanas de los EE.UU.. Cada pocos segundos la puerta se abría y los recién llegados sentían las primeras llamaradas del calor de Miami mientras daban sus primeros pasos hacia una confusión de niños gritando, bebés aullantes y gente gritando en varios idiomas, la Tierra Prometida.

La atmósfera en la terminal, como muchos lo recordarían, estaba extrañamente tensa ese día. "Se sentía que algo ocurriría", dijo después un testigo. La multitud, formada en su mayoría por bulliciosas familias de latinos que habían ido al aeropuerto a recibir a sus familiares que llegaban de Colombia, parecía más grande y bulliciosa que de costumbre.

El hombre esperaba agarrando una bolsa grande de papel. Se colocó detrás de la multitud, sin siquiera fijarse en el niño que chocó con él y cayó al suelo llorando y tomándose la cabeza. El hombre miraba hacia la puerta de vidrio, sus ojos dilatados no pestañeaban.

Al otro lado de la puerta de vidrio, Papo Mejía entregó su pasaporte a un oficial de Inmigración, que introdujo a la computadora el nombre y la fecha de nacimiento del pasaporte falso. La pantalla se iluminó con las palabras "Sin Archivo Policial". El oficial devolvió el pasaporte a Papo y dijo, "*Bienvenido a los Estados Unidos, Señor Arcilo*".

Para pasar por la aduana, Papo caminó unos 10 metros hasta la sección de entrega de equipaje, recogió su maleta y se puso en fila ante el mostrador de aduana. Pasar por aduana fue más fácil que pasar por Inmigración. El inspector de aduana lo estudió, tratando de decidir si el colombiano, cuyo pasaporte lo describía como *comerciante*, merecía una revisión completa. Papo lo miró sin inmutarse, no tenía nada que esconder. Nunca estaría en un avión con droga, menos aún llevarla encima.

Este tipo no lleva nada, pensó el inspector. Está muy seguro de sí mismo; usa demasiadas joyas para ser mula. No está nervioso.

El inspector le hizo una seña para que pasara. Papo levantó su maleta y se dirigió hacia la puerta de vidrio y las calles de Miami. Ningún problema.

Había sido admitido una vez más en los Estados Unidos, como lo fue innumerables veces anteriormente. Era muy fácil.

Al otro lado de la puerta, los pasajeros emergieron y quedaron desorientados por la repentina cacofonía de la multitud que se movía y se empujaba entre sí. Los pasajeros comenzaron a salir apresuradamente hacia la multitud. Dos agentes se miraron el uno al otro. Era un día de trabajo difícil para ellos. Su atención estaba enfocada en los recién llegados, en busca de fugitivos, narcotraficantes y sospechosos de terrorismo. No tenía sentido vigilar la multitud.

Nadie esperaba lo que sucedería. La puerta se abrió y media docena más de recién llegados quedó atónita después de dar sus primeros pasos en la Tierra Prometida. Papo se adelantó, buscando a su esposa y la empleada. Su instinto callejero desarrollado en los barrios más bajos de Bogotá y en millares de encuentros de entrega de drogas en Miami, le urgía a moverse más rápido. Se sentía demasiado vulnerable.

Papo se apresuró entre el grupo de gente que se dirigía hacia la salida. Generalmente se sentía seguro en medio de una multitud, pero no en esta ocasión. Estaba atascado entre la marea de gente y por el peso de su propio equipaje. No pudo ver al hombre enorme que se acercaba entre la multitud como una ballena, con la sucia bolsa de papel apretada entre las manos. Repentinamente la bolsa cayó y se escucharon gritos. Una bayoneta de 30 centímetros se levantó por encima de la multitud.

Papo no oyó el retumbar de pasos detrás de él hasta el momento final. Se dió la vuelta en el momento en que una enorme mano se cerro en su garganta. Vió cómo la hoja larga, oxidada, subía y le caía encima. Extrañamente, no sintió dolor alguno cuando la bayoneta le entró a la base del cuello. La sangre comenzó a salir a chorros, cegándolo, enrojeciendo todo. La hoja subió de nuevo y luego se enterró hasta la empuñadura en el estómago de Papo. El enorme negro gritó algo ininteligible y apuñaló a Papo por tercera vez.

Papo, para quien la violencia no era una novedad, no sucumbió ante el shock. Sus piernas se movieron tratando de huir. Pero no llegó muy lejos. La enorme mano lo tomó por la garganta otra vez, ahogando un asustado grito de "Mami". El hombrón elevó la bayoneta siete veces más, hundiéndola en el cuello, pecho y estómago de Papo.

Finalmente, entre una confusión de gritos, pasos apresurados y motores de aviones, el hombre dejó caer el cuerpo de Papo al suelo, como si fuese el cadáver de un lechón, sus miembros batiéndose salvajemente y su voz chillando histéricamente sobre la oscuridad que lo envolvía, la misma oscuridad a la que Papo había enviado a tantos.

El hombre se alejó de la escena, seguido por un policía en traje de civil. Fue arrestado fuera del aeropuerto sin resistirse. No hizo ninguna declaración. La policía supo después que su nombre era Miguel Arcángel Pérez y que era "marielito", uno de los 125.000 cubanos que emigraron a los Estados Unidos en 1980, cuando Castro vació cárceles y asilos para locos y los mandó en barcos a Miami desde el puerto de Mariel. Nada más se pudo saber sobre el hombre. Después, la policía reveló que Pérez probablemente había estado buscando a Mejía durante unos tres años y que supuso que el mejor lugar para atraparlo sería al salir de la aduana, al retornar de uno de sus innumerables viajes a Colombia. Sin duda alguna lo encontraría desarmado.

Existen dos teorías sobre la razón por la que Pérez emboscó y atacó a Mejía. La más creíble es que fue contratado por Griselda Blanco, la conocida "Madrina" colombiana. Un informador declaró haber estado presente cuando Griselda, que sabía los planes de viaje de Papo, entregó a Pérez la bayoneta oxidada. El odio que la Madrina sentía por Papo era legendario. Habían estado en guerra por muchos años, una de las más largas y sangrientas de las guerras de la cocaína.

La investigación policial indicó asimismo que Mejía había estado utilizando la casa del hermano de Pérez, cuya hija era paralítica, como lugar de escondite de drogas; que las drogas desaparecieron al poco tiempo y junto con ellas el hermano de Pérez y su sobrina. No le tomó mucho tiempo a Pérez para darse cuenta de que la causa de la desaparición de sus familiares era Mejía.

Probablemente no se sabrá nunca cuál de las dos teorías se ajusta a la verdad, lo cual no tuvo mayor importancia en el caso. Lo que sí importó es que Papo Mejía sobrevivió.



## XXXIII

# EL JUICIO DE PAPO

El 3 de febrero de 1983, regresé a Tucson para testificar en contra de Papo Mejía en un juicio que el gobierno de los EE.UU. nunca esperó o intentó que ocurriese.

Yo había sido transferido temporalmente a la Fuerza Especial de Florida del Sur, creada por el Vicepresidente Bush y viajaba constantemente entre Miami y Nueva York. Estaba absorto en la guerra contra la droga que libraba mi hija y, al mismo tiempo, trabajaba como agente en Miami y Carolina del Norte y del Sur. Seguridad Interna seguía investigándome y continuaban los rumores de que sería acusado por algo, aunque nadie sabía por qué.

Durante mi primera noche en Tucson salí a cenar con Sonia y la Chica de la CIA, Rourke, María Montez y Lydia. Sonia estaba muy alegre, reía y hacía bromas sobre el hábito de fumar de Rourke. Tenía muchas razones para estar contenta. Le había robado a Papo Mejía una bolsa de joyas, \$500.000 en efectivo y un Mercedes y no sólo había escapado, sino que ahora lo vería pasar el resto de su vida entre rejas.

El 9 de febrero, vi por primera vez a Papo en persona. Tenía aspecto saludable a pesar de haber sido apuñalado diez veces con una bayoneta

hacía tan sólo cinco meses. De hecho, no se le veían signos externos de daño. Estaba bien vestido con un traje de color claro; tenía aspecto robusto y estaba lleno de veneno. Desde el momento en que me acerqué a testificar, la cara de Mejía hizo una mueca maliciosa y sus ojos me enviaron un mensaje constante. Durante los dos días que duró mi testimonio, me sacó los ojos de encima sólo una vez. Cuando detallé cómo Sonia y yo lo habíamos manipulado durante la llamada telefónica que lo mandaría a la cárcel, inhaló profundamente, se dió la vuelta y pareció mirar hacia la pared. Su mandíbula temblaba como si tuviese un pequeño roedor atrapado entre los dientes.

"Quería estar seguro de que tenía grabada la voz del Sr. Mejía", dije mientras miraba su perfil, preguntándome cuántas vidas había acabado, y si sus espíritus habían estado conscientes de lo que pasó. "Quería probar su rol en la conspiración; que supiera que obtendría la droga que había comprado y por la que había pagado". Me imaginé que esos espíritus me tocaban el brazo diciendo, "Hiciste bien, Levine; equilibraste la balanza". Por un momento me sentí satisfecho. Mis actos habían tenido una buena consecuencia.

Cuando Papo se tornó hacia mí de nuevo, su rostro parecía estar hinchado de odio. El hecho de que Sonia y yo estuviéramos vivos le inspiraría la furia suficiente como para sobrevivir cualquier sentencia que recibiese. Necesitaría esa furia, ya que el 18 de marzo, el Juez Márquez sentenció a Mejía a 30 años de cárcel y libertad bajo palabra de por vida.

Durante un receso en mi testimonio, Lydia se me acercó, "Mike, voy a regresar a Los Angeles esta noche", dijo. "¿Me podrías llevar al aeropuerto después de acabar la sesión en la corte?"

Quedé atónito. Lydia no me había hablado de manera tan directa desde aquel día en Miami, hacía casi un año, cuando los inspectores llamaron a la habitación ordenándole que se presentara para ser interrogada.

"Claro. Me encantaría".

"¿Estás seguro de que no te molestará?" me preguntó, como si hubiese cambiado de opinión.

"En nada", dije.

Apenas terminó la sesión de la corte esa noche, Lydia y yo salimos hacia el aeropuerto. Durante la media hora de camino, sólo miró por la ventana del auto hacia los soleados edificios. Traté de conversar con ella.

"¿Cómo está tu esposo?"

"Bien".

"¿Cómo van las cosas en la oficina de Los Angeles?"

"Bien".

Finalmente me rendí. Pero al llegar al aeropuerto, Lydia me miró. "Mike", dijo, con voz tan suave que apenas la oí.

"Sí".

"Tal vez no nos veamos más".

"Nunca se sabe".

"Yo..., quería decirte que fue un placer trabajar de nuevo contigo".

"Igualmente, Lydia".

No dijo nada más. Me sentía más disgustado que antes.

Cuando estacioné el coche frente a la terminal, Dave Gorman y Dave Kunz se estacionaron justo delante de nosotros. Parecía que el destino los había enviado.

"¡Hey! Qué casualidad encontrarlos aquí", dijo Gorman. "¿Nos están siguiendo?"

"¡Vaya!" dijo Kunz, "Cuatro miembros del equipo del caso Suárez en el mismo lugar. Tienen que haber inspectores por algún lado, especialmente si Levine está aquí". Fingió tener binoculares en las manos y comenzó a vigilar el estacionamiento.

"No me hagan recuerdo", dije, notando que Lydia se había sonrojado.

"Hombre, te trataron de agarrar a toda costa", dijo Gorman. "Deben haber intentado unas cien veces que Dave y yo cambiásemos nuestro testimonio".

"Eso es lo que me dijeron". dije, sintiendo pasar por mi mente la tortura de los tres años pasados. Algo le pasó a Lydia, se veía tan disgustada como lo estaba yo.

"Si, hombre", dijo Kunz, "realmente querían atraparte".

"¿Qué es eso de "querían"?" dije.

"¿Sigue la investigación?"

"Que yo sepa, sí".

"Me hicieron lo mismo", dijo Lydia de súbito. La expresión de su rostro me dijo que quería decir más.

"Sabes", le dije, "nunca te pregunté lo que pasó después de aquel día cuando te llamaron en Miami".

"Me obligaron a volver a Miami para ser interrogada", dijo, mirándome directamente.

"¿Sobre qué?"

"Querían saber si estuvimos juntos en la cama", dijo con disgusto.

"Estás bromeando", dijo Kunz.

"Ojalá fuera así", dijo Lydia.

Recordé que Tommy Dolittle me había dicho que era un asunto no relacionado conmigo. "¿Qué más querían averiguar?" pregunté, contento de que hubieran dos testigos que la oyesen, pero enfurecido contra los cabrones que hacían necesarios los testigos.

"Tenías razón", dijo Lydia, "cuando dijiste que tratarían de culparte si me negaba a ir. Me preguntaron una y otra vez, "¿Levine le dijo que no hable con nosotros?"

"¿En otras palabras, trataban de atraparme?"

"Sí", dijo Lydia, como si se hubiese sacado un gran peso de encima.

"Vaya", dijo Kunz. "Siguen persiguiéndote".

"Supongo que sí", dije. Ambos Daves miraban a su alrededor.

"Uno de los inspectores", continuó Lydia, "el gordo con los dientes desastrosos...".

"Quasimoto", dije.

"Sí", dijo Lydia enfurecida, "ese tipo, me lanzó un memorándum a la cara; aquel sobre agentes que grabasen a otros agentes. Quería saber si habías grabado la llamada telefónica".

"¿Qué le dijiste?"

"Le dije, "Estábamos realizando una misión y grabamos todas las llamadas que entraron. No esperábamos recibir una llamada de ustedes"."

"¿Cómo lograron que regreses a Miami?"

"Quasimoto llamó a mi jefe y le dijo, "¡Mande a la puta de regreso!" Mi jefe me dijo que si lo deseaba, testificaría sobre las palabras exactas".

"¿Por qué no les sigues un juicio?" preguntó Gorman, mirando un auto que pasaba.

"Tal vez lo haga", dijo Lydia. Era otra vez mi vivaz compañera del caso Suárez. "Mi esposo quiso venir a Miami. La gente de su grupo lo calmó. Quería presentarse en la oficina de Quasimoto y decirle, "Soy el esposo de la puta". Mike, pensé que Johnny sería capaz de matarlo. Ahora estamos en conversaciones con un abogado".

"Si me necesitas para algo, para testificar o lo que sea, puedes contar conmigo", dije.

Lydia asintió. Su abogado probablemente le advirtió que no me dijese nada, porque yo lo podría utilizar en contra de los inspectores, involucrando a ella y a su esposo en mi caso. Todo este tiempo ella había estado atemorizada de decir algo y yo había tenido miedo de hacer preguntas.

"Alguien tiene que enfrentarse a estos cabrones. Dile a tu esposo que juntos tendríamos una causal perfecta".

"Bueno", dijo Lydia, con aprensión en la mirada. "No estoy segura sobre lo que haremos. Johnny y yo tendremos que hablar y decidir".

La oportunidad se alejaba. Yo quería seguir hablando, pero los Daves estaban incómodos y Lydia dijo que quería hacer unas llamadas telefónicas. Antes de que se fuera me aseguré de que tuviese todos los números de teléfono y direcciones que yo tenía.

"No te olvides", dije, "habla con tu esposo. Te apoyaré al cien por ciento. Llama y avísame".

"Sí", dijo por sobre el hombro y desapareció dentro de la terminal.

"Qué locura", dijo Kunz, meneando la cabeza.

"¿Quién creería toda esta mierda?" dijo Gorman.

"Quizás escriba un libro sobre todo ésto", dije. Los dos Daves quedaron en silencio.

Nunca más vi a Lydia. A los pocos meses, ella y su esposo fueron ascendidos y transferidos al extranjero.

En cuanto a Sonia, durante la última semana del juicio la vi lo suficiente como para saber que se había convertido en la perfecta herramienta para los actos de magia de los "ternos". Había perfeccionado su desempeño como testigo. Sabía cómo utilizar su belleza y su sonrisa de colegiala para hacer que cualquier jurado olvidara que ella misma era una de las mayores narcotraficantes del mundo; que había formado parte de un gobierno que había torturado, violado y asesinado a miles de sus compatriotas, muchos de los cuales fueron torturados hasta la muerte en su casa frente al Hotel "Los Tajibos" en Santa Cruz. Era una parte invaluable y bien protegida del juego de la guerra antidroga, el juego que estaba destruyendo a los Estados Unidos.

Después del juicio, partí de Tucson sin despedirme. Dudaba saber de nuevo sobre Sonia o la Operación Huno. La DEA, la justicia, el Departamento de Estado y la CIA habían cerrado una vez más sus libros a la Operación Huno. Finalmente, los "ternos" de la DEA, violando sus propias regulaciones, cerraron oficialmente el archivo del caso de Tucson y destruyeron toda la evidencia, incluyendo las grabaciones, videotapes y la cocaína adulterada. Para ellos el caso estaba cerrado. Para mi nunca lo estaría.



## XXXIV

# EL ULTIMO BAILE

Una noche lluviosa de mediados de mayo, incapaz de poder dormir, manejaba mi auto por los suburbios de Virginia. Paré en un club nocturno cerca de la Ruta 50, en Alexandria, para tomar un trago y quizás conversar con alguien. Se presentaba un grupo de música country y la mayoría de las mesas estaban ocupadas. Acababa de pedir una Coca Cola dietética cuando la vi.

Sonia estaba sentada en una mesa con dos parejas de unos treinta y tantos años de edad. Las mujeres llevaban vestidos de cocktail y los hombres estaban vestidos de traje formal; estaban bronceados como si hubiesen retornado recientemente de un viaje de vacaciones. El oro y los diamantes brillaban mientras los cinco conversaban animadamente. Era como si una mesa de un club nocturno de Bogotá se hubiese trasladado por arte de magia a los suburbios de Virginia. Mi instinto gritaba: trato de drogas, trato de drogas.

Si había algo que aprendí durante mis 18 años en la guerra antidroga, era cómo identificar un trato. Lo podía hacer como el compositor que oye una sola nota en una sinfonía ejecutada por 100 músicos. Pero, ¿cómo

podía ella estar haciendo un trato si estaba bajo el Programa de Protección de Testigos?

Unos meses antes supe que la "Chica de la CIA" había iniciado el trámite para acoger a Sonia bajo el Programa de Protección de Testigos. Lo que significaba que Sonia y su familia tenían nuevas identidades y status de residentes extranjeros o ciudadanía de los EE.UU.; que recibían miles de dólares para su subsistencia del gobierno y dinero de "recompensa" de la DEA; que se les había otorgado una casa y trabajo; y que sus vidas estaban protegidas y (supuestamente) estrechamente vigiladas por la justicia. También indicaba que Sonia ya no estaba en manos de la DEA, ya que había sido la Chica de la CIA quien la puso bajo el programa de protección.

También me había enterado de otras noticias más espeluznantes para mí personalmente. Todos los procesos resultantes del testimonio de Sonia estaban bajo estricto control de la Chica de la CIA y de Pat Sullivan, quien aún debía decidir si encausarme o no. ¡Qué paquete más lindo!

Sonia, como si hubiera oído una alarma telepática, se dió la vuelta súbitamente y me miró de forma directa. Se puso pálida por un instante y luego sonrió.

Yo también le sonreí.

Me hizo una seña con la cabeza hacia la pista de baile, donde unas cuantas parejas bailaban una tonada suave. Asentí y me dirigí hacia ella. Sonia dijo algo rápidamente a sus acompañantes y rió nerviosamente como era su costumbre. Sus acompañantes, ahora serios y nerviosos, se dieron la vuelta para mirarme.

Mientras Sonia se acercaba, su sonrisa desapareció y sus ojos barrieron todo el local buscando alguna señal de que éste no había sido un encuentro casual. Quizás la expresión confundida de mi rostro le aseguró que simplemente me había encontrado con ella por azar, ya que volvió a sonreír radiantemente. Sus compañeros de mesa nos miraban preocupados.

"Te prometo que no ando siguiéndote", dijo riendo mientras me tomaba los brazos.

"¿Por qué pensarías éso?" dije. "Tú llegaste primero". Rió nerviosamente.

No dijimos nada por unos minutos, simplemente moviéndonos al ritmo de la música. Recordé nuestro primer baile en Miami, hacía más de un año. En aquel entonces tuve la impresión de que nos vigilaban; ahora tenía la certeza absoluta. Giré con Sonia, mirando las caras que nos rodeaban. Sentí cómo la mano de Sonia se movía por mi espalda hasta llegar a mi cuello.

"¿Y cómo va la guerra antidroga de los gringos?" dijo, sintiéndose en confianza. "¿Sigues tomándola tan en serio?"

"Depende", dije, sintiendo un nudo en mi estómago y una presión en la cabeza que no había sentido en meses. Comencé a encontrar ojos que parecían mirarnos fijamente.

"Nunca cambiarás", dijo, acercándose más a mí. "Qué pena".

"¿Cómo va el inglés?"

Encogió los hombros. "Prefiero el español".

"¿Y cómo está tu familia, Wálter y los niños?"

Sonrió. "Todos están bien. Nos estamos acostumbrando. Pero sería mejor volver al hogar y quedarnos permanentemente".

Había dicho permanentemente como si hubiese estado recientemente allí. Y un viaje de esa naturaleza sólo podía significar droga. ¿Pero cómo podía ser posible si estaba bajo el Programa de Protección de Testigos?

"¿Vas a volver a Bolivia?" le pregunté.

"Por supuesto. Algún día volveré".

"¿Pero, estuviste allí recientemente?"

Se puso pálida de nuevo. Su mano se alejó de mi cuello. "¿Cómo podía haber ido?"

"Eso es lo que me preguntaba". Dijiste, "ir al hogar permanentemente".

"A eso me refería".

"¿No tienes miedo?"

Encogió los hombros. "¿De qué podría tener miedo? Los gobiernos cambian. Tengo amistades".

Bailamos en silencio por un momento. En los tres meses desde el juicio de Mejía había bloqueado de mi mente a Sonia y la Operación Huno. Tenía otros problemas de qué preocuparme. La investigación de Seguridad Interna seguía pendiente y el problema de drogas de mi hija había empeorado tanto, que pedí mi transferencia a Nueva York.

Mi instinto de agente de narcóticos me pedía que llevara a Sonia a su mesa y pidiese a sus acompañantes que se identificaran, llamara a un escuadrón de agentes de la DEA para interrogarlos, consiguiera órdenes de allanamiento para revisar los lugares donde se alojaban y la casa donde Sonia vivía. Estaba seguro de que ella había vuelto al negocio.

Pero la experiencia de los últimos cinco años también me llamaba a la reflexión, diciendo que lo que Sonia estaba haciendo no era un secreto para la CIA o los "ternos" de la DEA, y que si hacía algo que la pusiera en peligro, las acusaciones en mí contra se convertirían en un encausamiento criminal.

"Tus amigos se ven un poco incómodos", dije.

"¿Por qué dices eso?" dijo, poniéndose tensa.

"¿De dónde son?"

Sonia dejó de bailar. "Tienes razón, creo que he sido descortés". Se dirigió a su mesa.

La seguí, sintiéndome inseguro sobre qué hacer después.

Se dió la vuelta y me besó suavemente en la mejilla. "Qué gusto de verte otra vez, Miguel. Espero que se arreglen tus problemas". Sus ojos quedaron fijos en los míos por un momento. Era una advertencia.

Quedé inmóvil por un instante. Cuando Sonia se unió a sus acompañantes, todos me miraron. *¿No te parece suficiente? Sal de aquí antes de que te metas en mayores problemas.* Dejé un billete de \$10 dólares en el bar y salí a la noche.

Nunca más vi a Sonia. Pero no fue la última vez que supe de ella.

# XXXV

## UN TRATO CON EL DIABLO

En algunas ocasiones la filosofía de esta agencia es que, un pacto con el diablo es mejor que no pactar.

-Robert Feldkamp, Portavoz de la DEA

### 1

Jack Rourke estaba provocando una crisis. A pesar de estar asignado a la División Marihuana, a pesar de la disimulada oposición de los "ternos" y la abierta oposición de la CIA, siguió tratando de lograr una acusación en contra de Arce Gómez y otros personeros del gobierno boliviano. Algunos de ellos eran de interés para la CIA; recibían sueldos del gobierno de los EE.UU. y estaban protegidos de toda acusación, mientras que inundaban nuestras calles con cocaína. La CIA afirmaba que acusar a esta gente dañaría irreparablemente sus "importantes programas".

En noviembre de 1982, como resultado de la insistencia de Rourke, se efectuaron reuniones secretas entre la DEA, el Departamento de Justicia y la CIA para discutir si dicha acusación se podía lograr sin poner en peligro los programas de la CIA. La Chica de la CIA tomó parte en todas estas reuniones, al igual que Pat Sullivan y Rourke.

Si se acusaba a cualquiera de las personas protegidas por la CIA, el rol de la Agencia en el "golpe de Bolivia" de los narcotraficantes, violadores y asesinos (y quizás su rol en el narcotráfico), también podría ser revelado al pueblo de los Estados Unidos. Por esta razón, el resultado de las reuniones secretas, que se realizaron más con el objetivo de aplacar a Rourke y a los silenciosos disidentes de la DEA, que con propósito alguno de control del narcotráfico, fue que no se haría una acusación. Los narcotraficantes protegidos por la CIA pudieron continuar con sus actividades criminales sin ser tocados por la guerra antidroga.

Mientras tanto, Sonia seguía siendo informadora de la DEA, aunque bajo el constante escrutinio de la CIA. La DEA había utilizado a Sonia demasiado durante la Operación Huno para que la agencia la pudiese recuperar sin arriesgarse a que se creasen problemas con agentes como Rourke, quien aún creía que la guerra antidroga podía seguir adelante a pesar de los programas de la CIA. Era más fácil y menos arriesgado dañar las investigaciones de la DEA de manera encubierta, negándose a cooperar y poniendo obstáculos a través de los "ternos", que se prestaban al juego. Pero, nuevamente, no contaron con la obstinada determinación de Rourke.

Rourke, que aún no tenía grado de supervisor, continuó presionando para lograr una acusación en contra de Arce Gómez. Los "ternos" de la DEA pasaban de un supervisor a otro la responsabilidad por el resto de la Operación Huno. Poco a poco, el caso se tornó imposible de ganar debido a la "desaparición" de la evidencia, y extrañamente no se hizo ninguna investigación de seguimiento. Rourke, no obstante, nunca se rindió. Continuó presionando para conseguir la cooperación de otros informadores que no estaban controlados por la agencia y que pudieran incriminar a la mafia de Arce Gómez.

A principios de 1983, Rourke había logrado obtener la cooperación de Natalia "Nati" Justiniano, la amiga y constante acompañante de Sonia. Ella había acompañado a Sonia en muchos de sus viajes y además señalaba que era amiga de Arce Gómez. El 1 de febrero, testificó ante un gran jurado en Miami, corroborando gran parte de la historia de Sonia. Su testimonio también incriminó a algunas personas protegidas por la CIA que eran cómplices de Arce Gómez.

A mediados de febrero, Rourke logró que otro traficante, cliente de Sonia, a quien la DEA había arrestado en un caso distinto, testificara ante el mismo gran jurado en Miami. Este también incriminó a Arce Gómez y sus cofrades. Parecía que Rourke lograría una acusación con o sin la cooperación de la CIA.

El 17 de febrero, la Chica de la CIA y Pat Sullivan tuvieron una reunión secreta con una de las personas protegidas por la CIA, a quien Sonia había implicado como narcotraficante. La Operación Huno había comenzado a

importunar de nuevo a las actividades de la CIA en el mundo de la droga y tendría que ponerse un alto. La CIA declaró que Sonia había mentido. Una semana después, el 25 de febrero, la persona protegida por la CIA tuvo que pasar por una prueba con detector de mentiras del Departamento de Justicia y falló la prueba.

Inmediatamente después de este misterioso hecho, los "ternos" de la DEA se dieron cuenta repentinamente de que uno de los testigos que más daño podía hacer al gobierno boliviano, aún más que Sonia, había estado bajo sus narices todo este tiempo: Pachi, el esposo de Sonia .

Pachi, quien fuera Subsecretario de Trabajo durante el gobierno del General Hugo Banzer (1971-1978), gobierno apoyado por la CIA durante el cual floreció el negocio de la cocaína, no había sido tan inocente con referencia al tráfico de drogas de Sonia, como ella lo había señalado. Resultó ser amigo de Arce Gómez y de sus asesinos, a algunos de los cuales conocía desde la infancia. Wálter admitió haber tomado parte activa en el tráfico de drogas; no sólo corroboró el testimonio de su esposa, en muchos casos se mostró más deseoso de hablar que ella sobre lo que ocurrió detrás de las sangrientas puertas del gobierno de la cocaína.

Cómo fue que Rourke logró saber sobre el rol de Pachi después de haberlo tenido en su custodia durante casi dos años, es algo que sólo se sabrá cuando nuestros congresales investiguen seriamente el verdadero rol de la CIA en el tráfico internacional de drogas<sup>1</sup>.

El 21 de marzo de 1983, después de un mes de interrogar a Pachi, Rourke lo hizo testificar ante el gran jurado en Miami. Después, el 25 de abril, Rourke nuevamente llevó al gobierno de los EE.UU., a pesar de su renuencia, ante el gran jurado. No obstante la oposición de los "ternos", del Departamento de Justicia y de la CIA, Arce Gómez fue finalmente acusado junto a otras 16 personas. Entre los personeros del gobierno boliviano que fueron acusados, por lo menos tres estaban protegidos por la CIA. Los acusados que no formaban parte del gobierno eran narcotraficantes de nivel medio y clientes de Sonia.

Los acusados:

Luis Arce Gómez, alias "Lucho", Ministro del Interior de Bolivia .

Alberto Alvarez, alias "El Gato", representante de Arce Gómez y funcionario cuasi oficial del gobierno boliviano.

Juan Carlos Camacho, Fiscal General de la Nación y representante de Arce Gómez en el narcotráfico (sospechoso de estar protegido por la CIA).

---

1) No obstante declaraciones como: "nuestras agencias secretas se han convertido, ellas mismas, en canal de las drogas", hechos por el Senador John Kerry, no es una singularidad que oficialmente el gobierno de los EE.UU. abra cargos por el crimen de tráfico de drogas. En su libro: "Out of Control" (New York - Atlantic Monthly Press, 1987), el periodista investigador Herbie Cockburn mostró de modo absolutamente concluyente que, una indagación en el seno del gobierno de los EE.UU. acerca de complicaciones con el tráfico de drogas hacia nuestro pueblo haya resultado una vergüenza, por el propósito de encubrir los crímenes verdaderos que se suponía estaban siendo investigados.

José Tito Camacho, Jefe de la Policía de Narcóticos de Bolivia y representante de Arce Gómez en el narcotráfico (sospechoso de estar protegido por la CIA).

Herlán Echeverría, personero oficial del gobierno boliviano y representante de Arce Gómez en el narcotráfico (sospechoso de estar protegido por la CIA).

José Nelo Callaú, personero oficial del gobierno boliviano y representante de Arce Gómez en el narcotráfico (sospechoso de estar protegido por la CIA).

John Doe, alias "Mendieta", químico del gobierno boliviano.

Ana Rodríguez de Tamayo, *comisionista* amiga de Sonia (único objetivo de la Operación Huno que fue acusada por tres cargos distintos).

René Benítez, cliente de Sonia (ya en custodia por dispararles a los agentes de la DEA McCullough y Martínez).

Jorge Barón, cliente de Sonia.

Carlos Gallo, cliente de Sonia.

Humberto Montero, cliente de Sonia.

Roberto Bernabé Suárez, cliente de Sonia.

Rolando Rafael Franco, cliente de Sonia.

Alejandro Vásquez Caicedo, cliente de Sonia.

Rafael Sánchez Jeréz, cliente de Sonia.

Nestor Villalta Ramírez, cliente de Sonia.

Fue una gran victoria personal para Rourke. Había vencido a las fuerzas de su propio gobierno, que eran mucho más poderosas y siniestras que las de cualquier narcotraficante. Como agente de la DEA, que había vivido, respirado y creído en la Gran Mentira, yo sabía el regocijo que sentía. Pero en cuanto a su valor en la supuesta guerra antidroga, la acusación a Arce Gómez no significaba nada. Como no existía tratado de extradición con Bolivia por crímenes relacionados con drogas, nadie esperaba que se enjuiciara a Arce Gómez ni a las otras personas protegidas por la CIA. Era otra burla al pueblo de los Estados Unidos.

Cuando Arce Gómez se enteró de que había sido acusado, casi cometió un error fatal en su desdén por la falsa guerra antidroga de los gringos. Arce Gómez renunció a su puesto como Ministro del Interior para comprobar su "inocencia", con la intención de dar al Congreso de los EE.UU. la impresión de que Bolivia estaba cooperando en la guerra antidroga y de ese modo permitir que el gobierno boliviano siguiese recibiendo enormes cantidades de dinero como ayuda. Fue designado Agregado militar del ejército boliviano en Argentina, donde planeaba figurar lo menos posible. Cuando fue hecha pública la acusación en su contra, permaneció en Argentina a pesar de su

vulnerabilidad, pues podía ser arrestado y extraditado. El no podía concebir que los argentinos, que lo habían puesto en el poder, lo entregasen a la DEA. Yo tampoco lo creía; ni, estoy seguro, tampoco la CIA.

Rourke, impávido ante la intriga, presionó para conseguir una orden internacional de arresto y solicitó que las autoridades argentinas cumplieren con el tratado de extradición, arrestando a Arce Gómez. Para sorpresa de muchos en nuestro gobierno, las autoridades argentinas cumplieron. El 16 de mayo de 1983, Arce Gómez fue arrestado por primera vez en su vida.

Poco después, Rourke, henchido de alegría, apareció en mi oficina. "¡Lo agarraron!" dijo.

"Felicitaciones, te las ganaste de verdad".

"Gracias", dijo, cerrando la puerta y tomando asiento.

No sabía si decirle o no sobre mi último baile con Sonia; decidí no hacerlo. Sonia estaba en el Programa de Protección de Testigos y bajo la supervisión del Departamento de Justicia, la DEA y la CIA. Ni el Presidente era vigilado por tanta gente. ¿Cómo demonios podría atreverme a decir que me había encontrado con ella cuando hacía un trato de drogas?

"¿Crees que los argentinos nos lo entregarán?" dije.

"¿Por qué no lo harían?" dijo Rourke.

"Ayudaron a que el tipo subiera al poder", dije, "y la agencia los utilizó para hacerlo. Son tan responsables por el "Golpe de la Cocaína" como el mismo Arce Gómez. ¿Qué vas a hacer, acusarlos a ellos también?".

Rourke dió una rápida mirada hacia la puerta cerrada de mi oficina. Hablar así en un edificio lleno de agentes e informadores de la CIA, podía ser considerado como traición. Pero cada vez que veía a Rourke, volvía a vivir la triste experiencia y perdía el control de lo que decía.

Rourke aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y no dijo nada. Me di cuenta de que habían profundas ojeras bajo sus ojos. Su camisa estaba arrugada. Sabía que le disgustaba mencionarme la agencia; el hecho de que lo hiciera era un testimonio de su frustración.

"Permíteme hacerte una pregunta", dije. "Has estado luchando contra ellos desde el principio. Decididamente no querían que se hiciera esta acusación. ¿Crees que van a cambiar repentinamente su actitud y entregarnos a ese tipo? En este mismo instante se están haciendo contactos y se están presionando botones sobre los que tú y yo nunca sabremos, y tú estás muy consciente de eso".

Suspiró profundamente. "Ya veremos, compadre. Ya veremos".

Dos semanas después, un juez argentino falló en contra del encauzamiento de Arce Gómez, por falta de evidencia; el ex Ministro de la Cocaína fue liberado y regresó inmediatamente a Bolivia.

Humberto Montero y Jorge Barón, quienes habían sido acusados junto con Arce Gómez, fueron arrestados. En mayo de 1984, ambos fueron enjuiciados bajo cargos de posesión de cocaína con intento de venta. Sus principales acusadores serían sus fuentes, Sonia y Pachi, quienes no fueron acusados por ningún crimen. El fiscal fue Pat Sullivan, con la colaboración de la Chica de la CIA.

A lo largo del juicio, los abogados de la defensa subrayaron que la guerra antidroga había concedido a Sonia Atalá, una de la mayores fuentes de droga de la historia, grandes sumas de dinero, protección del gobierno norteamericano y residencia en los Estados Unidos, utilizándola para penalizar a supuestos narcotraficantes, que eran, en efecto, nada más que sus clientes. Estos argumentos no cambiaron la opinión del jurado. Ambos fueron sentenciados a largas penas de cárcel.

Pero la defensa logró que Sonia y Wálter revelasen el sórdido cuadro de la guerra antidroga de los EE.UU. en general y de los Atalá en particular. El testimonio reveló el importante rol que Sonia jugó en la "invasión de la cocaína" a los Estados Unidos y lo bien que estaba protegida por la misma gente a quienes invadía, y aclaró la parte que tuvo Pachi en el tráfico de drogas. Lo más importante es que prefiguró los increíbles hechos que sucederían después.

José Quinón, el abogado defensor de Montero, interrogó a Sonia, ya veterana en el arte de testificar. Había perfeccionado el rol de víctima inocente de las circunstancias, que había sido abusada por todos los hombres malvados que la rodeaban, mientras que saboteara cualquier iniciativa de la defensa.

Quinón, un cubano americano, no era ningún tonto. El que fuera abogado defensor del famoso Carlos Lehder, estableció rápidamente que Sonia había sido narcotraficante de alto rango antes del "Golpe de la Cocaína"; que en Bolivia, Sonia y Wálter eran propietarios de tres casas, una enorme estancia donde 10 o más familias de campesinos vivían como esclavos, aviones, una plantación de algodón y una estancia ganadera; que en Río de Janeiro eran propietarios de apartamentos y oficinas; que durante la estadía de Sonia en los Estados Unidos, el gobierno le había pagado \$75.000 dólares y le había prometido substanciales pagos adicionales cuando testificara; y que ni un centavo de ese dinero había sido declarado ante el servicio de impuestos internos.

A lo largo del interrogatorio de Sonia, Quinón también reveló que cuando la DEA solicitó al gobierno de García Meza/Arce Gómez una lista de los principales narcotraficantes bolivianos, Sonia estaba a la cabeza de la

lista y que las razones que tenía para perseguir a Arce Gómez eran muy distintas a las que había declarado a la DEA.

*Quinón: ¿Qué fue lo que le hizo presentarse a la DEA para reclamar sobre Arce Gómez y la demás gente del gobierno boliviano?*

*Sonia: Para pedirles su ayuda.*

*Quinón: ¿Quería que la DEA la proteja de los personeros del gobierno boliviano que la estaban sacando del negocio del narcotráfico; eso es lo correcto?*

*Sonia: No me estaban sacando del negocio del narcotráfico.*

*Quinón: No es un hecho, que hacia marzo de 1981, a comienzos de marzo de 1981, la mayor parte de su capital se había agotado porque se lo entregó a Juan Carlos Camacho y Alberto Alvarez; ¿es eso correcto?*

*Sonia: Sí.*

*Quinón: Además, ellos ya conocían a todos sus clientes colombianos ya que usted llevó a Nelo Callaú a Colombia para presentárselos; ¿correcto?*

*Sonia: Que lo llevé a Colombia, sí.*

*Quinón: ¿Y los otros dos, Juan Carlos Camacho y Alberto Alvarez tenían acceso a la cocaína del gobierno boliviano; correcto?*

*Sonia: Sí.*

*Quinón: ¿Entonces ya no la necesitaban, no es cierto?*

*Sonia: Exactamente.*

*Quinón: ¿Y usted no estaba muy contenta con el hecho de que Arce Gómez y su gente la estaban sacando de un negocio millonario; correcto?*

*Sonia: Correcto.*

Quinón también estableció que inmediatamente después del Golpe de la Cocaína, Sonia recibió el mando de un escuadrón personal de mercenarios neo nazis entrenados por Klaus Barbie, a quienes alimentó, alojó y para quienes compró armas. Sonia manifestó que aunque mantuvo al grupo, no tuvo autoridad sobre ellos.

*Quinón: ¿Quiere usted decir que no tuvo ningún poder sobre lo que ellos (los mercenarios) hicieron?*

*Sonia: No, porque ellos tenían su propio jefe.*

*Quinón: ¿No fueron ellos quienes la protegieron a usted y a su negocio de droga?*

*Sonia: No.*

*Quinón: ¿Está segura de eso?*

*Sonia: Sí.*

*Quinón: ¿Y su esposo Pachi, tuvo algún poder sobre aquel grupo mercenario?*

*Sonia: No.*

*Quinón: ¿Y en su conocimiento, él no habría utilizado al grupo para su protección?*

*Sonia: No, nunca lo utilizamos para protección.*

*Quinón: Y ése es el mismo grupo mercenario que confiscaba droga de otros narcotraficantes que no pagaban dinero a Arce Gómez por la protección, y la traía a su casa temprano en las mañanas; ¿correcto?*

*Sonia: Sí, pero sólo porque fueron enviados. Ellos fueron enviados.*

David Finger, el abogado defensor de Jorge Barón, siguió con el interrogatorio y continuó investigando las relaciones entre Sonia y los mercenarios.

*Finger: Señora, ¿no le molestaba el hecho de que ese grupo mercenario que usted alimentaba y alojaba, torturase gente?*

*Sonia: Sí, pero no había nada que pudiese hacer al respecto.*

*Finger: Usted tuvo que darles su casa y alimentarlos; ¿tuvo que hacerlo?*

*Sonia: A una parte del grupo, porque ellos eran muchos.*

*Finger: Señora, ¿creo que usted le dijo al Sr. Quinón que el grupo mercenario no estaba a su disposición y que sólo vivía en la residencia que usted les brindó y donde usted pagó por su alimentación?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: No es acaso un hecho, señora, que usted estuvo presente en la reunión a la que asistieron los señores Juan Carlos Camacho, Alberto Alvarez y su esposo Pachi, y que Camacho y Alvarez les hicieron saber que ustedes podrían usar al grupo para hacer correr la voz entre sus amistades de que tenían un grupo de seguridad provisto por el gobierno para evitar pagar impuestos sobre la casa; ¿recuerda usted esa conversación...?*

*Sonia: Sí, señor, pero existe una diferencia entre haber podido usar al grupo y tenerlo a mis órdenes. Las dos cosas son diferentes.*

*Finger: ¿Qué fue lo que usted entendió que Camacho y Alvarez pretendían, cuando dijeron que hicieran correr la voz de que el gobierno les estaba facilitando un grupo mercenario, qué supuso que querían decir con eso, señora?*

*Sonia: Entiendo que hacer correr la voz quería decir hacer que otra gente piense que tenía a mis órdenes un grupo de mercenarios... Pero en realidad no lo estaban. Hacer correr la voz es sólo como hacer propaganda.*

*Finger: Entonces, según usted, ¿Camacho y Alvarez no querían decir eso cuando se lo manifestaron? ¿Usted en realidad no los podía utilizar, aunque vivían en su casa y usted proveía a su alimentación?*

*Sonia: En varias oportunidades, tanto Camacho como Alvarez me dijeron que los podía utilizar, o si necesitase algo podía contar con la ayuda de los mercenarios. Pero nunca recibí su ayuda.*

*Finger: El punto es, señora, que estaban a su disposición si usted lo deseaba; ¿correcto?*

*Sonia: Sí.*

El testimonio de Sonia reveló que era tan capaz de asesinar como cualquiera de las personas a quienes estaba acusando. Cuando Rolando Franco, un vendedor de nivel intermedio, se había negado a pagarle a Sonia por una partida de cocaína, acusándola de haber reemplazado parte de ésta con azúcar, Sonia tomó prisionero a Roberto Bernabé Suárez, uno de los socios de Franco, y amenazó con matarlo a menos que Franco pagase. Increíblemente, bajo interrogatorio directo de la Chica de la CIA, Sonia declaró francamente haber mantenido como rehén a Bernabé Suárez y haber efectuado la amenaza. (Irónicamente, Sonia había testificado en contra de Franco y Bernabé Suárez; ambos fueron acusados junto con Arce Gómez). Cuando Finger volvió a interrogar a Sonia, subrayó el incidente.

*Finger: ¿Y esa es la razón por la que mantuvo como rehén a Bobi (Bernabé Suárez) y amenazó con matarlo?*

*Sonia: Amenacé con no liberarlo hasta que me pagasen, pero lo dejé libre sin que me hubiesen pagado.*

*Finger: Señora, no llegó usted a un acuerdo con el Sr. Franco, un arreglo, donde él aceptó pagarle a usted una parte y usted liberaría a Bernabé Suárez?*

*Sonia: Hice dos acuerdos con él, pero él no cumplió con ninguno de los dos.*

*Finger: Pero cuando usted liberó a Bernabé Suárez, ¿fue con la condición de que se efectuaría un pago? Usted no lo dejó en libertad porque era una buena acción, ¿no es cierto?*

*Sonia: Lo dejé libre, porque dijeron que me pagarían. Ese fue el motivo.*

Para admitir haber secuestrado a alguien, Sonia tenía que tener confianza absoluta en sus protectores de los EE.UU.. Cuando Finger volvió al tema de la tortura durante y después del "Golpe de la Cocaína", se reveló lo demás en lo que había estado involucrada.

*Finger: Antes de que los mercenarios tomaran y usaran su casa, usted tuvo ocasión de ir a ver la casa con su esposo Wálter, Juan Carlos Camacho y Alberto Alvarez; ¿correcto?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: Y Camacho le dijo que le gustaba la casa, porque estaba tan aislada que los gritos no se oírían; ¿no fue eso lo que le dijo?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: Creo que usted testificó ayer, que les permitió usar la casa porque Camacho le pidió autorización para usarla; ¿no es cierto?*

*Sonia: Sí.*

Finger averiguó sobre la participación de Sonia en el supuesto complot de Arce Gómez para inundar los Estados Unidos con cocaína. Su interrogatorio sacó a luz a una Sonia muy poco intimidada por el Ministro.

*Finger: Después del golpe usted retornó de Colombia a Santa Cruz en fecha 14 de septiembre de 1980, ¿no es cierto, señora?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿Y usted fue contactada por Herlán Echeverría para que se comunicase con el Sr. Arce Gómez?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿El era un hombre poderoso dentro del gobierno?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿Usted no lo había conocido previamente?*

*Sonia: No.*

*Finger: ¿Y usted le dijo al Sr. Echeverría que no podía reunirse con él esa noche, pero que lo recibiría la mañana siguiente en su casa a las siete en punto?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿Y la mañana siguiente usted llegó con una hora de atraso a la reunión con el Sr. Arce Gómez?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿Entonces usted estuvo de acuerdo en reunirse con él, al día siguiente?*

*Sonia: No estoy segura si fue el mismo día o al día siguiente.*

*Finger: Pero estuvo de acuerdo en reunirse después.*

*Sonia: Sí. Estuve de acuerdo en reunirme después.*

*Finger: Y finalmente, usted se reunió con él en fecha 23 de septiembre; ¿no es cierto?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ¿Y fue entonces cuando efectuó las discusiones sobre el dinero de protección?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: Ya que los Estados Unidos había cortado la ayuda económica a Bolivia...*

*Sonia: Sí.*

*Finger: ... y ya que los Estados Unidos cortó la ayuda, Arce Gómez le dijo a usted que iba a invadir a los gringos con cocaína; ¿correcto?*

*Sonia: Sí.*

*Finger: Cuando uso la palabra gringo, estamos hablando de los mismos gringos que le han pagado a usted \$75.000, ¿no es cierto?; somos los mismos gringos... bueno, ¿quiénes son los gringos?*

*Sonia: La gente de los Estados Unidos.*

*Finger: ¿La gente de los Estados Unidos son los gringos a los que usted iba ayudar a Arce Gómez a invadir con cocaína?*

*Sonia: Ajá.*

Wálter "Pachi" Atalá no era un buen testigo para el gobierno. A pesar del intento de la parte acusadora de presentarlo como si hubiese sido obligado a traficar para salvar a su esposa e hijos, a pesar de admitir numerosos actos específicos de narcotráfico y a pesar de haber recibido inmunidad total de enjuiciamiento, Wálter se negó a aceptar su participación directa en el narcotráfico o a haber sido obligado a nada. Quizás por su ego o por su origen aristocrático, Wálter no pudo presentarse a sí mismo de ninguna otra forma que no fuese coherente con su extraña auto imagen de super macho. Quinón fue el primero en interrogar a Wálter sobre su participación en el negocio de la cocaína.

*Quinón: ¿Insiste usted en que estuvo indirectamente involucrado en el tráfico de cocaína?*

*Wálter: Señor abogado, después de que el gobierno del Gral. García Meza subió al poder, el tráfico de cocaína era algo legal en mi país. Todos aquellos que pagaban al Ministro del Interior, podían traficar cocaína libremente con su protección.*

*Quinón: Sr. Atalá, usted no está contestando a mi pregunta. No le estoy preguntando sobre el Presidente... ni si el narcotráfico era legal. Es una pregunta simple. Por favor, escúchela. ¿Está diciendo usted que estuvo indirectamente involucrado en el tráfico de cocaína?*

*Wálter: Estaba conectado directamente, porque ya era una cosa legal en mi país. Al principio, para aclarar, de modo que los miembros del jurado sepan sobre ésto, en el comienzo del "Golpe de la Cocaína" yo traté de camuflar la situación, pero no después de eso, porque era algo que sería legalizado.*

*Quinón: Entonces... cuando usted le dijo a Tito Camacho que "nos está obligando a ser narcotraficantes", con seguridad usted no trata de sugerir al jurado que Tito Camacho le estaba torciendo el brazo y diciendo, "Bueno, Pachi, tienes que traficar cocaína"; no estaba haciendo eso, ¿no es cierto?*

*Wálter: No, él no forzaba, pero presionó moralmente. Existen distintos tipos de presión. Hay presión moral y física, dentro de cualquier procedimiento y la presión psicológica.*

*Quinón: ¿Entonces usted estaba siendo presionado moral y psicológicamente para participar del narcotráfico, dolorosamente, no?*

*Wálter: No, de esa manera, pero le puedo decir en honor a la verdad, que siempre estuve involucrado en asuntos peligrosos. Siempre me gustó el peligro. Entonces no podía sentirme avergonzado, por las palabras del Sr. Tito Camacho. Cuando le digo que no tengo miedo, es porque he sido corredor de automóviles...*

Más tarde, Quinón hizo un segundo intento.

*Quinón: Sr. Atalá, anteriormente usted mencionó que proviene de una buena familia; ¿correcto?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Quinón: ¿Y en algún punto de su vida usted se vió involucrado con la cocaína?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Quinón: Bien, ¿cómo sucedió esto?*

En los siguientes tres o cuatro minutos, Wálter, como buen político, habló del sufrido pueblo boliviano, el precio de la hoja de coca y la caída de la economía boliviana. Cuando parecía que recién empezaba su perorata, Quinón lo interrumpió.

*Quinón: Sr. Atalá, no deseo interrumpirlo. Creo que la pregunta que le dirigí era de tono más personal, que sobre su país. La pregunta es: ¿por qué se involucró con la cocaína, si usted proviene de una familia buena, honesta y acaudalada?*

*Wálter: En vista de la situación que se había generado, y le reitero otra vez, ellos fueron a mi casa a invitarme, para que yo también participara porque era amigo personal del Ministro del Interior. Y supuestamente, las personas que unieron fuerzas con el nuevo gobierno eran gente con la que había estado en el colegio.*

Sonia había dicho que fue "forzada" a traficar para el Ministro del Interior, pero Wálter dijo que había sido "invitado" a participar por Arce Gómez, su amigo personal. Sonia había dicho que no conoció a Arce Gómez antes del "Golpe de la Cocaína", pero Wálter dijo que habían sido compañeros de colegio. Increíblemente, los Atalá ni siquiera trataron de coordinar sus versiones.

Quizás la respuesta más reveladora que Wálter dió, una de las pocas que correspondía con la versión de Sonia, fue cuando respondió a Quinón sobre las razones por las que estaba cooperando repentinamente a la investigación de la DEA.

*Quinón: Bien. Ahora, permítame preguntarle esto: ¿por qué decidió cooperar con la DEA?*

*Wálter: Esa es una pregunta interesante.*

*Quinón: Tiene razón. Por eso se la hice.*

*Wálter: Mire, en mi país... generalmente, la gente es quien lleva la culpa de ser... de ser quienes se dedican al narcotráfico. Sin embargo, el narcotráfico viene desde el gobierno. Es por eso que cuando fui detenido, mucha gente fue detenida. Wálter había sido detenido por los mercenarios de Arce Gómez cuando la DEA sacó a Sonia de Bolivia. Sin embargo, los culpables de la situación existente en mi país, estaban de vacaciones y gozando del dinero y trabajaban directamente con los clientes que mi esposa ya les había presentado en los Estados Unidos y Colombia.*

Quinón tal vez esperando oír la típica historia del narcotraficante arrepentido por sus errores, quedó sorprendido por la admisión de Wálter en sentido de que estaba utilizando al gobierno de los EE.UU. para vengarse de la gente que los había sacado a Sonia y a él del negocio, y continuó la línea del interrogatorio.

*Quinón: Bien. Mi pregunta fue... y quizás usted la malinterpretó... ¿por qué cooperó con la DEA? Usted me está hablando sobre personeros del gobierno boliviano y le entiendo, pero lo que quiero saber es ¿por qué usted cooperó con la DEA...?*

*Wálter: Habiendo estado antes en la misma situación, tenía la gran oportunidad que me brindaba este gobierno (ligero sarcasmo de Pachi).*

*Quinón: Este gobierno; ¿quiere usted decir, los Estados Unidos?*

*Wálter: De los Estados Unidos, a través del departamento de la DEA, de cooperar y decir la verdad sobre la situación existente en mi país. Y me brindé a hacerlo.*

*Quinón: Así que usted decidió cooperar, porque repentinamente decidió que la cocaína es mala para la sociedad; ¿correcto? (Quinón también era ligeramente sarcástico).*

*Wálter: No quiero dar detalles, señor abogado, pero le diré eso, que sí.*

*Quinón: Era una situación en que su conciencia le molestaba y decidió que era un buen momento para hacer algo respecto al problema; ¿correcto?*

Wálter: *Sí, señor.*

Otra serie de preguntas que hizo Quinón reveló la interesante moralidad variable de Pachi.

Quinón: *Estuvo usted presente cuando Arce Gómez le ofreció a su esposa todas las hojas de coca que pudiese comerciar.*

Wálter: *No, señor. Permítame añadir algo a lo que usted dijo sobre la hoja de coca. Cuando el Sr. Mendieta, el químico del gobierno que trabajaba para Arce Gómez, nos ofreció a nombre del Ministerio que abriésemos una fábrica de cocaína, me opuse. Le expresé que aunque éramos traficantes, no éramos productores o dueños de fábricas. Así que me parece demasiado que usted me pregunte si el Ministro ofreció hojas de coca.*

Quinón: *Está bien. ¿Por qué se ofendió usted? y le respondió a Mendieta, "Seré traficante, pero, Dios mío, no fabricante" ¿Por qué se ofendió tanto? ¿Qué es lo que le ofendía sobre la fabricación de cocaína?*

Wálter: *No es una cuestión de haber sido ofendido, señor abogado, pero más bien una situación de uso de arma... si uso un arma para dispararle a alguien, tiene que existir alguien detrás mío que fabricó esa arma o fabricó el arma para que yo cometiese un crimen... Nunca se me pasó por la mente ser fabricante.*

*Ya había sido utilizado (por el gobierno boliviano) para que venda su cocaína, señor abogado. Quiero que usted comprenda mi posición ética.*

Quinón: *En otras palabras, usted no era fabricante, ¿por qué la ética no se lo permitía?*

Wálter: *La ética y mi moral no me lo permitieron y nunca lo hice.*

Quinón: *Bien. ¿La moral y la ética nunca lo afectaron para que usted vendiera cocaína?*

Wálter: *La distribución de cocaína, porque era algo ya fabricado. Mi esposa y yo nunca fuimos al banco donde el gobierno boliviano almacena cocaína en bóvedas y dijimos, "entréguennos estas bolsas". Las llevaron a nuestra casa. Cuando le expresé al Sr. Mendieta que la cocaína del gobierno boliviano era pésima, no servía, él me expresó, "pero si tú y Sonia tienen un buen químico que la puede reprocesar".*

Finalmente, Quinón trató el tema de cuán selectivo había sido el gobierno de los EE.UU. en cuanto a quién sería acusado. Cuando Wálter respondió, apenas disimuló su desdén por la guerra antidroga de los Estados Unidos.

Quinón: *Con excepción de Ana Tamayo, ninguna de las personas que trabajaba con su esposa ha sido acusada en esta causa; ¿correcto?*

*Wálter: Ese no es mi problema, señor abogado.*

*Quinón: Simplemente le estoy haciendo una pregunta, señor. ¿No es ese un hecho?*

*Wálter: Es problema de la DEA, no mío.*

Cuando Finger continuó con el interrogatorio, exploró el misterio del tardío descubrimiento de Pachi como testigo, por parte de Rourke.

*Finger: ¿Por qué empezó a hablar con la DEA un año y medio después de su llegada a los Estados Unidos de América?*

*Wálter: Porque ellos nunca hablaron conmigo antes.*

*Finger: Usted había visto agentes de la DEA en su casa cuando éstos hablaban con Sonia, ¿no es cierto?*

*Wálter: Cuando Sonia vino a los Estados Unidos, creo que dio toda la información. Posteriormente, cuando los agentes de la DEA iban a mi casa, yo salía, porque no es bueno escuchar lo que no es conveniente para uno mismo.*

*Finger: ¿Usted sabía que eran agentes de la DEA?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Finger: ¿Y usted sabía que estaban allí para hablar con Sonia sobre narcotráfico?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Finger: ¿Y usted le dijo ayer al Sr. Quinón que la razón por la que está cooperando, es porque tiene una convicción moral contra la cocaína?*

*Wálter: Le dí esa respuesta, porque mi esposa tenía ciertos acuerdos con la DEA. Sin embargo, yo no los tenía. Cuando me preguntaron si cooperaría, dije que podría hacerlo. Nunca dije, "¿Pero qué me va a pasar, me van a pagar dinero o qué me darán?"*

*Finger: No estoy sugiriendo que usted hiciera eso, Sr. Atalá. Lo que quiero saber es por qué cuando la DEA visitaba a su esposa a lo largo de más de un año, nunca se aproximó a decir, "Tengo alguna información, puedo colaborarles en la guerra antidroga"; ¿por qué no lo hizo?*

*Wálter: Cuando llegué de mi país, traje alguna información, información escrita. Y también tenía un problema y es que no me vendo ni me disculpo. Entonces, como no me invitaron, tampoco dije nada. No quiero eso, no me gusta eso.*

*Finger: ¿Entonces, usted no prestaría sus servicios a la DEA en tanto que ellos no se lo pidiesen?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Finger: Cuando la DEA finalmente habló con usted, nunca les preguntó, "¿Por qué tardaron tanto?"*

*Wálter: No, señor.*

*Finger: ¿Nunca le explicaron por qué recién se estaban comunicando con usted en febrero de 1983, cuando usted estuvo en el país desde octubre de 1981?*

*Wálter: Ellos son investigadores y deben haber sabido la razón.*

Finger también sondeó sobre la relación de Pachi con Arce Gómez. La respuesta de Wálter pareció enfatizar la posibilidad de que una de las razones de la CIA para apoyar, si no instigar al "Golpe de la Cocaína", podía haber sido el derrotar al Presidente Carter en las elecciones de 1980, algo que el Doctor ya me había dicho en Argentina.

*Finger: ¿Cómo es que usted conocía a Arce Gómez?*

*Wálter: Si no me equivoco, él es de la ciudad de Sucre. Y cuando comencé a dedicarme a las carreras, bueno, él... estaba acantonado en Sucre y allí fue donde lo conocí. Todos los años en las fiestas, que son el 25 de mayo, lo veía en Sucre. Charlábamos, jugábamos, como buenos amigos. Era, como dicen, mi amigazo. Era aficionado a las carreras de autos.*

*Finger: Era amigo personal de usted o sólo un aficionado a las carreras.*

*Wálter: Bueno, era mi amigo, porque cuando llegaba, hacía todo lo que podía por mí. Era sólo capitán de ejército en aquella época.*

*Finger: Usted tuvo una reunión con Arce después de que él asumiera el poder, en la que hablaron sobre la difícil situación económica de Bolivia; ¿recuerda usted eso?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Finger: ¿Y él le indicó a usted que tenía informes de que 80 por ciento de los americanos adultos usaban o eran adictos a la cocaína?*

*Wálter: Sí, señor.*

*Finger: ¿Después él le dijo que sería mejor que cuidaran sus fronteras, porque las iba a cubrir con cocaína?*

*Wálter: Si los Estados Unidos negaban toda a ayuda al país, sí, ese sería el camino.*

El "Golpe de la Cocaína" ocurrió en julio de 1980, cuatro meses antes de la elección de Reagan. Si el "Golpe de la Cocaína" y la supuesta "Sorpresa de Octubre" -el plan para retrasar la liberación de los rehenes americanos en el Irán-, eran parte de una conspiración global para derrotar al Presidente Carter, es otra de las muchas preguntas que sólo pueden ser respondidas por medio de una investigación completa del comportamiento criminal de los personeros del gobierno de los EE.UU., los cuales están escondidos detrás del velo de la llamada "seguridad nacional".

Cerca al final del interrogatorio de Finger, Pachi describió de manera sucinta el rol de Sonia en la explosión de la cocaína en los Estados Unidos.

*Wálter: Mire, señor abogado. Le voy a decir algo, si usted lee el procedimiento completo, de cómo sucedieron las cosas... El Ministro y los caballeros que le acompañaban necesitaban contacto internacional y lo que mi esposa hacía era abrir un camino para la llamada invasión de la cocaína a los Estados Unidos.*

*Finger: ¿Ella era quien abría la senda?*

*Wálter: Ella era quien presentaba a la gente.*

Y si aún quedaban dudas de los motivos reales de los Atalá para volverse hacia el gobierno de los EE.UU., Wálter los aclaró.

*Wálter: Porque después de que Sonia presentó a Arce Gómez y sus hombres a sus clientes, ellos nos quisieron eliminar y la forma de eliminarnos era engañándonos, entregándonos mercadería que no era buena, con precios ridículos comparados con el precio real de la cocaína, enviando a sus representantes personales a Colombia y Miami, y viniendo el mismo Sr. Arce Gómez a los Estados Unidos. De este modo estaría preparando una red de narcotráfico de tamaño considerable.*

*Finger: ¿Se aprovecharon de usted y de su esposa?*

*Wálter: Y después, fuimos los chivos expiatorios de toda la cuestión, señor.*

*Finger: ¿Entonces ustedes escaparon a los Estados Unidos de América?*

*Wálter: Busqué un lugar que me ofreciera la oportunidad de vivir en paz y de brindar lo que siempre quise brindarles a mis hijos.*

El juicio de los clientes de Sonia finalizó con condenas, como todos lo esperaban. Montero y Barón fueron sentenciados a 10 y 5 años de prisión, respectivamente. La ironía de que Sonia estuviese mandando a sus clientes a la cárcel salió a relucir en la descripción que hizo Montero de su primer encuentro con Sonia.

*Finger: ¿Sería correcto decir que cuando esa reunión ocurrió en abril, usted sabía que Sonia era narcotraficante?*

*Montero: Decididamente. Durante la conversación ella me manifestó, antes de finalizar, que la gente hacía un chiste sobre ella y que era que... ella era la "reina de Bolivia coronada con una corona de nieve".*

En su resumen, Finger dijo: "Cuando se escribieron las palabras "Entregadme a los fatigados, a los pobres, a los que desean respirar la libertad, en la Estatua de la Libertad", no creo que éstas se refiriesen a Sonia y a Pachi Atalá. Creo que si la gran dama supiera que Sonia y Pachi Atalá fueron aceptados como residentes de los EE.UU., caería cubierta en llanto del pedestal donde se encuentra en el puerto de Nueva York".

Y él ni siquiera estaba al tanto de todo.

Una vez acabado el juicio, y cumplido su deber, Sonia y Wálter desaparecieron en ese mundo de lugares secretos e identificaciones falsas conocido como el Programa de Protección de Testigos. Rourke se resignó a su nuevo puesto en la División de Marihuana. Y el verdadero Imperio Secreto respiró de nuevo tranquilo, pensando que la Operación Huno por fin descansaría en paz.

## XXXVI

# UN ARRESTO POR DROGAS EN TEXAS

A las 3:00 p.m. del 14 de diciembre de 1987, dos chicanos de bigote entraron a uno de los restaurantes de la cadena Denny's, en las afueras de San Antonio, Texas. Sus miradas recorrieron el lugar. El restaurante estaba casi vacío. Una familia almorzaba en una de las mesas de atrás y el muchachito levantó la vista para mirarlos. "¡No mires!" le dijo su padre, empujándole la cabeza en dirección al plato, "¡No te metas en lo que no te importa!" Esos dos tipos significaban problemas y los problemas eran algo a lo que no se miraba a los ojos en San Antonio.

Lo que el padre no sabía era que los dos hombres que estaban parados en la puerta eran los agentes de la DEA Bobby Hernández y Rudy González. Estaban allí para encontrarse con Francisco Altamirano, quien los miraba nerviosamente desde una mesa cercana al mostrador. Había otro hombre sentado junto al mostrador, con los ojos invisibles detrás de sus gafas oscuras.

Altamirano asintió casi imperceptiblemente y los dos hombres se acercaron rápidamente a su mesa.

Para Hernández y González, éste era el gran día que habían estado esperando desde que Altamirano les vendió cocaína por primera vez en abril. Era el día del arresto. Si habían hecho todo bien y con un poco de suerte, tal vez atraparían algo mejor que Altamirano- su secreto mejor guardado-, su fuente.

Llegar más allá del vendedor callejero y encontrar la fuente, en lo que Hernández y González habían trabajado durante siete meses: era un difícil juego psicológico. No se podía comprar demasiada droga, pues el vendedor se pondría sospechoso. Y tampoco se podía comprar una cantidad pequeña, pues aumentar la cantidad anterior lo pondría aún más sospechoso. Una vez que un agente había hecho varias compras pequeñas y estaba seguro de la confianza del vendedor, trataría de atraer a la fuente pidiendo más droga de la que se le confiaría al vendedor. La fuente, sin confiar en el vendedor callejero pero sin querer perder la venta, aparecería en persona con la droga, y los agentes atraparían a un narcotraficante de primera categoría o quizás a un contrabandista de drogas.

Hernández y González le habían comprado a Altamirano un total de ocho onzas de cocaína. Unas dos semanas antes González visitó a Altamirano en un restaurante donde trabajaba a medio tiempo, como cocinero. Altamirano freía huevos cuando González entró a la cocina por la puerta trasera y le preguntó si sería posible comprar un par de kilos.

"¡Qué! Me estás jodiendo, ¿hombre? Mi gente me arruinaría si oyese eso".

"¿Por qué te arruinarían?", había dicho Rudy. "¿No quieren ganar dinero?"

"Esta gente es de los peces gordos de Sudamérica", había dicho Altamirano misteriosamente. "Peruanos... hermano y hermana. Nunca antes les he pedido esa cantidad. Pensarían que soy policía o algo así. Mira lo que me hiciste hacer. Quemé los malditos huevos".

"Te dije si sería "posible", hombre. De todas maneras, ahora no tengo tanto dinero. Hey, no botes esos huevos. Tengo que confesarte algo, mi amigo, quemados o no, cocinas los mejores huevos rancheros que he comido en mi vida".

Un par de días después, González y Hernández aparecieron en el restaurante de Altamirano para avisarle que tenían dinero suficiente como para 15 onzas de cocaína, un valor de \$16.000. La cantidad era definitivamente mucho más de la que Altamirano acostumbraba a vender, pero no la suficiente como para asustarlo. La trampa era perfecta.

"¿Bueno?, ¿la trajiste?" dijo Hernández sentándose frente a Altamirano.

González se sentó al lado de su compañero, vigilando al hombre que estaba cerca al mostrador, quien estaba sentado detrás de ellos con el brazo alrededor de una bolsa de cuero. Para Rudy, que había trabajado y viajado por Sud y Centro América, el hombre tenía el tipo de rasgos que podían ser mejicanos o acaso caribeños, pero definitivamente no peruanos. Además, ningún narcotraficante de primera clase estaría sentado en Denny's con la droga en una bolsa.

González se sentó de lado en su asiento, el tipo del mostrador tenía que ser vigilado. El trato podía ser una estafa, casi la mitad de los agentes de la DEA que morían cumpliendo su deber habían sido víctimas de estafas. Dieciséis mil dólares en efectivo, podían atraer a los tipos más raros. Si el tipo llevaba una Uzi en la bolsa, los doce agentes que patrullaban la calle no servirían de nada. Las cosas ocurrirían demasiado rápido.

"¿Trajeron el dinero?" preguntó Altamirano, hablando en español, lo suficientemente fuerte como para que el hombre en el mostrador lo oyese.

"Lo tenemos cerca", dijo Hernández. "¿Y la cosa?"

"Quince es mucho", dijo Altamirano, en voz alta. "Mi gente no arriesgaría tanta *sota* en uno. Tengo siete onzas cerca. Les daremos las otras ocho cuando mi gente sepa que me pagaron por las siete primeras".

"¿Cuán lejos es cerca?" dijo Hernández, mirando al tipo del mostrador. La droga no estaría en la bolsa. Si había algo ahí, era un arma.

"Unas dos cuadras... cinco minutos", dijo Altamirano. Repentinamente miró con sospecha a los dos agentes, sus ojos moviéndose nerviosamente del uno al otro. "Esta gente no bromea. Hay por lo menos un tipo armado, vigilando".

"*Cógelo suave, ese*". dijo Hernández, sonriendo. "Nos conoces. Estamos aquí para hacer negocios".

Ambos agentes se relajaron un poco. El hecho de que el mismo Altamirano estuviese preocupado de que lo estafaran era una buena señal. Significaba que había venido a hacer el negocio correctamente; significaba también que su fuente estaba cerca.

"Ya vuelvo", dijo González, levantándose de la mesa. El hombre sentado ante el mostrador se dió la vuelta hacia él, protegiendo con la mano la bolsa de cuero. González caminó despacio hacia la puerta y luego al estacionamiento. Quizás el tipo le servía de ojos y oídos a la fuente. González esperaba que así fuera; estaba a punto de ver y oír mucho.

"¿A dónde va?" dijo Altamirano nerviosamente.

"Tranquilo, *ese*", dijo Hernández. "Regresará en un segundo".

En el estacionamiento, González sintió cómo la adrenalina corría por sus venas; la acción empezaba. Abrió la maletera del auto. La bolsa llena de billetes de \$100 dólares parecía brillar. El aire estaba claro y los olores del restaurante se sentían más penetrantes que un momento antes. Desde el

momento en que regresara al restaurante con el dinero, estaría lo más cerca a la muerte que un agente puede aproximarse.

González sintió que lo vigilaban docenas de ojos. No podía verlos, pero sabía que estaban muy cerca. Eran de su grupo, su equipo, su apoyo; eran sus hermanos. Si se presentaban problemas interpretarían el menor gesto suyo. Lo protegerían con sus propias vidas. El pensar en ellos le dio confianza.

"El agente tomó el dinero y está volviendo a Denny's", susurró una voz en las radios de los autos. "Lo va a mostrar".

"¿Listos?" dijo el supervisor de grupo.

"Unidad 4407, diez cuatro".

"Unidad 4409, diez cuatro".

"Unidad 4417, diez cuatro".

"Si está mostrando el dinero", dijo el supervisor, "la fuente tiene que estar cerca. Quiero que cero siete y cero nueve estén atentos a los agentes; el resto que vigile el barrio buscando cualquier cosa que pueda estar relacionada".

Un coro de diez cuatros contestó a través de la ondas de radio

Cuando González retornó al restaurante con la bolsa de dinero bajo el brazo, el hombre que estaba sentado cerca del mostrador lo miró abiertamente, su mano estaba aún sobre la bolsa de cuero. El codo de González tocó el arma que llevaba bajo la camisa. Si el *hijo de puta* se mueve, pensó, me lo llevo conmigo.

"Aquí está", dijo González, sentándose en la mesa. Abrió la bolsa.

"Revísala", dijo Hernández.

González mantuvo la bolsa abierta y sus dedos pasaron por los fajos de billetes. "Espacio", dijo Altamirano, inclinándose sobre la mesa, con ojos brillantes.

"¿Viste lo suficiente?" dijo Hernández.

"Sí", dijo Altamirano, mirando al tipo del mostrador, quien había oído y visto todo.

"Bueno, entonces hagámoslo", dijo González, poniendo la bolsa debajo de su brazo. Se paró rápidamente y se dirigió hacia la puerta.

Altamirano se sorprendió. "¿A dónde va?" Se movió nerviosamente en su asiento.

"Tranquilo", dijo Hernández, "está poniendo el pan de nuevo al horno, para que no se enfríe, eso es todo".

Pero Altamirano no lo oía. Miraba cómo el hombre del mostrador seguía a González hacia el estacionamiento.

González había abierto la maleta cuando se dio cuenta de que el hombre se le acercaba con la bolsa de cuero apretada bajo el brazo. Rudy

dejó el dinero y cerró la maleta. El hombre pasó tan cerca como para tocarlo. Siguió caminando despacio, salió del estacionamiento, parando unas cuantas veces para mirar atrás.

González se sentó en el asiento delantero del automóvil y tomó un micrófono escondido. Lo puso sobre sus piernas, y presionó el botón para hablar. "Creo que el tipo con la bolsa es de contra-inteligencia".

"Diez cuatro", dijo una voz. "Lo estoy vigilando".

"No lo pierdas de vista", dijo el supervisor.

"Se dirige a Dos Pedros".

"Habla cuarenta y cuatro diez. Lo voy a seguir a pie para agarrarlo".

"Cuarenta y cuatro quince, idem".

El hombre con la bolsa de cuero continuó caminando despacio por la calle, vigilando con cautela a su alrededor, en dirección al estacionamiento del restaurante Casa Dos Pedros, ubicado a unos 200 metros de distancia. Paró abruptamente en dos ocasiones y se dio la vuelta, pero no vio nada raro. Una docena de agentes lo vigilaba, agachados dentro de sus coches, mirando a través de espejos retrovisores o binoculares, ocultos detrás de árboles o agachados detrás de autos estacionados.

"¿Vieron al tipo?" preguntó el supervisor.

Silencio.

"¿Alguien vio dónde está el tipo de la bolsa?"

Transcurrieron tres segundos minutos, y luego una voz dijo, "Veo al hombre de la bolsa, se está metiendo en un auto con dos personas. Ya no lleva la bolsa".

"¿No la lleva?" preguntó el líder del grupo. "¿Alguien vio dónde la metió?"

Silencio.

"¿Dónde está?"

"En el estacionamiento de Dos Pedros. Está en un Chevy Malibu azul con dos personas".

"¿Tienes una descripción?"

"Sólo veo que son un hombre y una mujer".

"¿Encendieron el motor?"

"No, están sentados hablando".

"Todas las unidades ponerse en posición", dijo el supervisor. Estaba enojado.

En el restaurante Denny's, Hernández y Altamirano finalmente decidieron cómo hacer el trato.

"Tengo siete onzas en mí auto", dijo Altamirano. "Si pagas por eso, te doy el resto".

"Bueno", dijo Hernández. "Apenas vea que todo está aquí. Traeré el dinero del auto de mi socio. Después haremos lo mismo con las otras ocho ¿listo?"

"Listo".

Los dos hombres salieron del restaurante y se dirigieron al auto de Altamirano que estaba estacionado en una calle próxima. Altamirano, temblando de nervios, tuvo dificultad en poner la llave en el contacto. Finalmente prendió el motor y puso el auto en marcha.

"¿A dónde vamos?" dijo Hernández. "¿Creí que la cosa estaba en el auto?"

"Está", dijo Altamirano. "Está a tus pies".

Una bolsa de papel cubierta con una toalla se encontraba directamente bajo los pies de Hernández. Bobby levantó la bolsa. Adentro había una lata de spray para el pelo. "¿Qué mierda es esto?"

"La lata tiene doble fondo", dijo Altamirano.

Hernández volcó la lata y destapó el fondo; estaba lleno de bolsas plásticas con polvo blanco. Era perfecto; el trabajo de un profesional. Hernández se emocionó. Una lata así no podía estar en manos de un vendedor callejero como Altamirano. Estaban cerca de algo grande. Se trataba de algo más que una fuente; era una fuente primaria... un traficante. "Qué lindo", dijo Hernández.

"Así es", dijo Altamirano, complacido. Acababa de entrar al estacionamiento de Denny's.

"Estacionate frente a mi socio", dijo Hernández. "Traeré el dinero".

Altamirano se estacionó a unos 6 metros de González. Hernández se bajó y caminó rápidamente hacia el otro auto. "Tiene la cosa en el auto. Dame las llaves".

"Mierda", dijo González, "voy a extrañar a ese tipo".

"¿De qué estás hablando?"

"Nadie cocina huevos rancheros como él".

"Oye. Deja de joder. Se va a dar cuenta".

González le pasó las llaves. Hernández abrió la maletera. Esa era la señal para el arresto.

El estacionamiento se llenó de actividad. Varios autos se acercaron a Altamirano con chirridos de frenos y patinazos. Antes de que pudiese reaccionar estaba de cara al suelo en el pavimento y lo esposaban.

"Tenemos la mitad de la droga", dijo González al micrófono. "Atrapien al otro tipo".

El polvo se levantó por los aires cuando unos seis automóviles entraron rápidamente al estacionamiento de la Casa Dos Pedros. Dos agentes a pie salieron corriendo por detrás de los autos estacionados. En unos segundos el Malibú azul estaba rodeado de hombres armados que apuntaban a los pasajeros. El menor movimiento causaría un tiroteo que reduciría el interior del automóvil a una masa de sangre y sesos.

"¡Muestran sus jodidas manos!".

*"¡Policía, no se muevan, manos arriba!*

*"Muestran las manos, mierda, o mueren!*

La mujer fue la primera en salir, con el hermoso rostro plácido e inmutable. Los dos hombres pálidos de terror, tuvieron que ser sacados del automóvil. El hombre del mostrador se identificó como Luis Santiago. El hombre y la mujer fueron identificados como un matrimonio: Pachi y Sonia Albrecht.

"No tiene cara de narcotraficante" dijo un agente gordo con botas de vaquero mientras Sonia Albrecht miraba desafiante a sus captores. Su esposo Pachi, esposado a su lado, se veía confuso y asustado.

*"Mierda, parece cheerleader de A & M".*

*"Mírale los ojos", dijo González. "Está fresca como una lechuga".*

*"Mira a su marido; parece que está a punto de llorar".*

No se encontró nada incriminatorio en el Malibú de los Albrecht; pero un mozo de la Casa Dos Pedros informó a Hernández que había visto a Santiago poner algo en un Thunderbird dorado, minutos antes del arresto. Una rápida revisión de las placas reveló que el Thunderbird estaba registrado a nombre de Santiago y en pocas horas Rudy había obtenido una orden de pesquisa.

La revisión del auto de Santiago reveló las ocho onzas adicionales de cocaína que estaban escondidas en otras dos latas. Habían huellas digitales de Sonia Albrecht en una de las latas y las huellas digitales de Pachi Albrecht estaban sobre la bolsa de papel que contenía las siete onzas que estaban en el auto de Altamirano. Los siguientes artículos también fueron hallados e inventariados en el coche de Santiago (tal como se listó en los documentos de la corte):

*- una hoja de papel (que) listaba más de \$11.000 dólares en gastos de Sonia Albrecht con respecto a ciertos viajes de o a lugares como Miami (centro de entrada de cocaína proveniente de Sudamérica a los Estados Unidos) y Bolivia, uno de los de los principales países fuente de cocaína en Sudamérica;*

*- una hoja de papel que listaba varias armas de fuego, incluyendo ciertas armas automáticas frecuentemente utilizadas por narcotraficantes en América Latina y crecientemente utilizadas por éstos en los Estados Unidos.*

Un experto no pudo determinar si la letra de las listas pertenecía a Santiago. Misteriosamente, no se hizo comparación alguna con la letra de ninguno de los Albrecht.

Altamirano y Santiago fueron incriminados por cargos federales de tráfico de cocaína y fueron sentenciados a siete años de cárcel. Se levantaron todos los cargos criminales en contra de los Albrecht. Mucho después de

que fueran liberados, Hernández y González supieron que el verdadero apellido de la pareja era Atalá.

Después de la liberación de los Atalá, el fiscal federal acusó a Santiago de ser la fuente de la cocaína y su sentencia fue incrementada a 15 años. Santiago apeló de su sentencia. La Corte de Apelaciones se negó a atender su petición, pero hizo la siguiente observación: "El testimonio del agente González también apoya la conclusión de que la apariencia y ubicación de los Albrecht, los dos individuos que se reunieron con Santiago en el Chevrolet azul, estaban de acuerdo con la declaraciones de Altamirano respecto a su fuente".

A pesar de la Corte de Apelaciones y la verdad, los Atalá desaparecieron. La Reina de la Cocaína y su esposo habían desaparecido una vez más entre las sombras del Imperio Secreto.

# XXXVII

## RESURRECCIÓN

### 1

La resurrección de la Operación Huno el 14 de octubre de 1989, fue rápida e inesperada. Ese día se efectuó una transferencia de prisioneros, en el aeropuerto de Bogotá, Colombia, bajo estricta seguridad. Había gran preocupación entre los empleados del gobierno de los EE.UU., que estaban al tanto de que el Cartel de Medellín sabía del plan y estaba preparando un asalto militar frontal. Se hizo conocer el hecho a aquellos pocos empleados del gobierno colombiano, que eran de suficiente confianza como para participar en la toma de decisiones. Se dispuso cerrar el aeropuerto y la zona aledaña, como medida de seguridad. Considerando la importancia de lo que estaba a punto de ocurrir, se justificaba la precaución. Además, el hecho crearía revuelo entre la prensa.

En la oscuridad previa al amanecer, una extraña caravana -una limusina negra Mercedes Benz, escoltada por una docena de motocicletas de la policía, jeeps del ejército y camiones cargados con soldados armados-, se trasladaba velozmente por entre las calles desiertas, dirigiéndose hacia las afueras de la ciudad. En el aire tres helicópteros de fabricación americana

sobrevolaban la zona, vigilando las calles en busca de posibles emboscadas

A pedido de los personeros del gobierno de los EE.UU., el ejército colombiano había movilizado a miles de hombres. Todos los caminos que llevaban al aeropuerto, cubriendo un radio de dos kilómetros, estaban bloqueados y vigilados por soldados y vehículos de la policía. La reja perimetral de la pista de aterrizaje estaba custodiada por soldados armados con ametralladoras. Hombres armados de civil y uniformados del ejército y la policía estaban apostados sobre el techo de la terminal, en todos los pasillos y aún en los baños. Dentro de la terminal vacía habían hombres armados apostados cada 5 metros. Solamente una división de tanques hubiera sido una amenaza a la seguridad de este operativo.

A la luz del amanecer amazónico de oro y de fuego naranja, dos soldados apostados en la reja perimetral conversaban sobre el impresionante despliegue en derredor suyo.

"¿Para qué crees que sea todo ésto?"

"Alguien dijo que el presidente gringo llegaba de visita".

"¡Coño! Yo me pregunto cómo se sentirá el ser tan importante, como si tuvieras el culo hecho de oro y diamantes".

Súbitamente un enorme C-127 de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos rugió volando bajo en el horizonte. En unos minutos el gigantesco avión se deslizaba por la pista hacia la terminal.

El aeropuerto se llenó de actividad. Aparecieron los helicópteros. La caravana atravesó la reja en dirección a la pista, donde se le unieron más vehículos militares, formando una V protectora frente a la limusina. La formación cruzó la pista hacia el C-127, que se había detenido a un centenar de metros de la terminal principal. La escotilla trasera del avión se abrió y bajaron a la pista varios soldados del ejército de los EE.UU. y agentes.

Los vehículos hicieron alto a unos doce metros de la cola del avión. Los soldados colombianos saltaron de sus vehículos y formaron un círculo alrededor del área, sujetaban sus armas nerviosamente como si esperasen un ataque inminente. Sólo se les había informado que tomarían parte de un operativo histórico.

El Presidente colombiano, Virgilio Barco, forzado a actuar por la creciente violencia del Cartel de Medellín, estaba extraditando por primera vez a un ciudadano colombiano a los Estados Unidos, por acusaciones sobre drogas. El cartel había llegado al extremo de asesinar políticos, jueces y gente de la prensa que se les oponía. Si Barco no hacía algo para cortar el poder del Cartel, pronto no le quedaría gobierno que dirigir.

Se había preparado una lista de 20 "extraditables", entre los cuales presuntamente estaban los más peligrosos y poderosos narcotraficantes del

mundo. De acuerdo a la prensa de los Estados Unidos, era una lista estelar de criminales internacionales. Las noticias sobre las intenciones de Barco habían conmocionado al mundo; era una desafío abierto a la organización criminal más poderosa que existiera. Muchas personas con largos años de experiencia en el control de narcóticos en Sudamérica no creían que Barco llevara a cabo su amenaza. Pero hoy era el día que probaría que estaban errados; el día, de acuerdo a varios políticos de los EE.UU. y los medios de comunicación, en que los barones de la droga recibirían el golpe más duro. Era el día en que el primero y supuestamente más peligroso de los extraditables sería enviado a los Estados Unidos a encararse con la justicia.

Una figura esposada emergió de la limusina, con una bolsa de cuero sobre la cabeza. El prisionero fue rodeado por soldados y policías de civil y el grupo se dirigió hacia el avión. El prisionero caminó apresuradamente con sus zapatos descubiertos y pantalones al estilo Capri. Algunos agentes de la DEA notaron que los pantalones, aunque apretados, eran sueltos en las nalgas.

El primer ciudadano en ser extraditado era Ana Tamayo.

Ana, a quien la prensa había llamado "una figura clave del célebre Cartel de Medellín", era uno de los tres narcotraficantes colombianos que serían enviados a los Estados Unidos en el C 127 ese sábado en la mañana. Los otros dos eran -Bernardo Peláez Roldán y Roberto Peter Carlini-, que también habían sido descritos como "figuras claves", "barones de la droga", y "personas con roles importantes". También se había dicho que estaban relacionados con el Cartel de Medellín<sup>1</sup>.

Yo nunca había oído hablar de ellos.

El Fiscal General Dick Thornburgh dijo, "Felicito al Presidente Virgilio Barco y al gobierno de Colombia por su esfuerzo continuo en la guerra contra los narco terroristas". Los colombianos, por supuesto, solicitaron mayor ayuda financiera y el Presidente Bush, por supuesto, envió \$65 millones en equipo militar, pagados por los crédulos y convencidos contribuyentes norteamericanos. Entre los miembros de la prensa, pocos se dieron por aludidos cuando los colombianos protestaron diciendo que no necesitaban equipo militar, ya que afirmaban que la guerra antidroga no era en realidad una guerra de tipo militar y que preferirían recibir dinero. Pero decidieron quedarse con el equipo de todos modos, como símbolo del apoyo de los EE.UU.. Los contribuyentes norteamericanos quedaron agradecidos.

Cuando las noticias se publicaron, quedé sorprendido. Alguien había cometido un error. Ana nunca debió ser arrestada, pues si era enjuiciada, no sólo tendría yo que testificar, sino que la prensa mundial estaría a la expectativa. Lo que se revelaría podría no estar de acuerdo con la imagen

---

1) Despacho de "UPI News" 10/14/89. "Colombia deporta a tres sospechosos de tráfico de drogas".

de la guerra antidroga que nuestros políticos y burócratas querían hacer pública.

Justamente, yo había pasado por otra Operación Huno, este desastre fue llamado Operación Trifecta e involucró a altos personeros de gobierno de Méjico, Panamá y Bolivia. Yo estaba escribiendo una revelación sobre dicha operación, titulada *"Deep Cover"* (*La verdad sobre cómo las rivalidades internas de la DEA, la incompetencia y los subterfugios nos hicieron perder una de las batallas más importantes de la guerra antidroga*). Debía jubilarme en diciembre y el libro se publicaría en marzo, después de lo cual dudaba que ningún fiscal en un caso tan lleno de secretos sucios como la Operación Huno, quisiera tenerme como testigo. Además, como lo aprendieron los "ternos" en el caso Suárez, no se podía contar conmigo para que callara la boca y me prestara a su juego. Si me iba a enfrentar a los "ternos" de la guerra antidroga, lo haría como civil. No obstante que para mi retiro distaban sólo siete semanas, los recuerdos del daño que me causó Seguridad Interna seguían frescos en mi memoria.

En noviembre de 1983, llegaron a su fin los dos años y medio de esfuerzos del gobierno por acusarme.

Era el final de la tarde cuando Kevin Gallegher me llamó a su oficina. "Cierra la puerta", dijo. Estaba parado frente a su escritorio, con un paquete grueso de papeles en la mano y expresión sombría en el rostro. Mike Powers, cuya esposa fue asesinada por narcotraficantes en Tailandia, estaba sentado en un sofá mirándome.

"¿Debo sentarme?"

"Creo que sería mejor", dijo Powers.

"Lee ésto", dijo Gallegher, pasándome el paquete.

La cubierta lo decía todo. Decía que se me acusaba de haber efectuado una transacción cuestionable con un informador (transacción que la DEA me había ordenado efectuar con Tania), llamadas no autorizadas desde la Embajada Americana (las llamadas telefónicas a mis hijos cuando Suárez puso precio a mi cabeza) y falta de recibos de gastos durante el caso Suárez (ofensa que sólo podría compararse con acusar a un soldado en combate por no llenar su declaración de impuestos). Los "ternos" habían propuesto una suspensión de 20 días, sin salario, y se me concedió la oportunidad de contestar.

"Sólo querían arruinarte", dijo Kevin.

"Deja que nosotros contestemos", dijo Powers. "Te conozco; te pondrás demasiado emocional. Escribirás un manifiesto de 200 páginas".

Mike tenía razón. Tenía 10 días para responder a las acusaciones y dos años y medio de furia contenida en mi interior. Dejé que Mike y Kevin respondiesen por mí a las acusaciones.

La respuesta fue concisa y no emocional. Declaraba de forma inequívoca y clara que yo no había hecho nada que mereciera castigo. Unas semanas después de que la entregué, los "ternos" decidieron suspenderme por una semana.

"Después de toda esa mierda, tenían que hacerte algo", dijo Kevin. "¿Por qué no tomas una semana de vacación, te olvidas y vas a Nueva York a encarcelar a vendedores de drogas?"

Esa tarde me llamó el "Rabbi". "Eres muy afortunado", dijo.

"Así es", dije, sintiéndome tan afortunado como quien ha sido encarcelado injustamente y el carcelero le dice que tiene suerte de no haber sido llevado a la silla eléctrica.

Al final hice caso al consejo de Kevin. No tenía el poder suficiente como para enfrentarme solo a esa gente. Habían transcurrido casi dos años desde la primera vez que Rourke me mencionó el nombre de Sonia Atalá; casi tres años y medio habían pasado desde que lo oí en labios de su tío Hugo en el "Sheraton" de Buenos Aires. No me sentía con ánimos para investigaciones sobre cocaína en general y para la Operación Huno en particular. Lo mejor que podía hacer era bloquear cualquier pensamiento sobre la Operación Huno y toda la farsa que los americanos se tragaban sobre la guerra antidroga. Logré hacer eso durante cinco años.

## 2

A fines de la primera semana de noviembre de 1989, Ana Tamayo había estado encarcelada por casi un mes y nadie me informó que se me requeriría como testigo. Cosas como esa ya no me parecían extrañas.

Iba muy poco a la oficina. Seis meses antes había saltado por la ventana de un segundo piso, persiguiendo a un vendedor de crack y estaba tratando de recuperarme de tres discos herniados, una fractura en el tobillo derecho y mayores daños recibidos en mi rodilla ya operada. Generalmente iba a la oficina una vez por semana y permanecía un par de horas, para ponerme al día con el papeleo que estaba relacionado casi siempre con mis lesiones o mi retiro. Por eso, me pareció un acto del destino que me encontrara en la oficina el 13 de noviembre, cuando Rourke llamó.

"Hombre, qué bien que te encuentro", dijo Rourke. "Pensé que ya te fuiste. ¿Oíste acerca de Ana?"

"¿Cómo podría evitarlo?" dije. "Ha aparecido en todos los programas noticieros, en todos los periódicos. Es increíble".

"¿Lo puedes creer, Ana Tamayo? Y nos la entregaron con una bolsa sobre la cabeza".

"Dios", dije. "Es como lo de Chiappe en 1975".

"¿Estuviste en eso?"

"Claro. Fui demandado... por secuestro".

Por un instante volví a ver ese amanecer en el aeropuerto de Ezeiza casi 15 años de guerra antidroga antes. Recordé la boca abierta y sangrante de Chiappe, cuyos dientes habían sido destrozados a culatazos. En aquel entonces pensé que se merecía lo que le pasó. Ahora ya no pensaba del mismo modo.

"¿Y qué la van a hacer a la pobre Ana?" le pregunté a Rourke.

"Mike, no tienes idea de la mierda que es esta cosa. No tienes idea".

"Nada me sorprendería".

"¿Sabes quién es su abogado defensor?" Rourke rió. "Es el que fuera abogado defensor de Carlos Lehder".

"No lo puedo creer", dije. "Aún trato de comprender el significado del cuadro de Ana Tamayo con la bolsa sobre la cabeza. ¿Dónde la van a enjuiciar?"

"Será enjuiciada en Miami. ¿Adivinas lo que pasó en Tucson?"

"No puedo imaginármelo".

"¿No puedes imaginártelo, ah? Un supervisor de grupo fue y decidió limpiar todos los archivos".

"¿Quieres decir que se deshizo de todo lo archivado?" dije, sintiendo cómo la furia se acumulaba en mi pecho. Fue cuando me enteré de que toda la evidencia acumulada durante la Operación Huno había sido destruida.

"Lo cerró", dijo Rourke.

"Cerró el caso".

"No sólo cerró el caso, ¿adivina qué más hizo?. ¿No es cierto que hay una acusación en contra de Ana por escapar estando bajo fianza?"

"Sí".

"Hizo que se levantara". Rourke dejó de hablar, dándome tiempo para pensar en las implicaciones. "¿Cuándo en tu vida oíste hablar de que se levantara una acusación por no respetar la fianza?"

"No lo puedo creer", dije.

"Ni a un muerto se le levanta una acusación por no respetar la fianza", dijo Rourke.

"¿Quién es el responsable de haber disuelto el caso?"

"Nunca oí hablar de él en mi vida", dijo Rourke. "Ha sido supervisor de grupo durante tres años, yo supongo. Supongo asimismo, que tampoco sea de las personas más apreciadas".

Aposté dentro de mí mismo que el supervisor era uno de los que habían sido "transferidos" de la CIA.

"¿Qué pasó con los videos donde aparecíamos con Ana?" pregunté, recordando también las cintas de Roberto, Mónica García y los análisis de la cocaína amarillenta.

"Recibí una llamada telefónica de esos tipos para averiguar si aún quedaba algo de la evidencia. Hace poco hablé con Pat Sullivan y estaba en estado de pánico. Existe todo un lío con el abogado defensor sobre el hecho de que Ana esté detenida sin derecho a fianza y otros problemas. Sullivan llamó a la DEA en Miami".

"Sí". dije. Con Sullivan como fiscal, sabía que nunca tendría que testificar en contra de Ana.

"Entonces ¿a quién crees que los "ternos" le asignaron el caso? A un mocoso nuevo. El tipo se presentó a Sullivan, nada menos que al fiscal principal. Sabes que tal vez lo nombren Fiscal General de los EE.UU.. El muchacho entró a su oficina se sentó frente a él y le dijo, "No sé nada sobre este caso. No tengo idea de por qué estoy aquí. No quiero estar aquí. Pero aquí me tiene".

"Dios mío", dije.

"Ahora la prensa está sobre nosotros".

"¿Cuál será el próximo paso?" pregunté. "Cuando supe que tenían a Ana, supuse que me notificarían para atestiguar, pero no fui notificado. Sé que tengo que testificar".

"Sí, tú sabes que hubiera hecho éso inmediatamente y pensé que lo sabías hace tiempo".

"Vi las noticias".

"Estaba en casa tomando desayuno cuando me lo dijeron". dijo Rourke. "Es más, sabes ¿qué pasó? Me llamaron hace unos tres meses cuando la hicieron arrestar y pensaban traerla. Casi me atraganto".

"Sí".

Dije, "mierda, no hay problema, la acusaremos de no respetar la fianza. Así que llamé y averigué que el caso había sido disuelto. Casi me caigo de la silla. Disolvieron el caso", repitió, como si aún no lo creyera. "Entonces hablé con Sullivan y le dije, Pat, este es un caso de conspiración no relacionado con drogas".

"El me dijo, "No queremos que la manden a los Estados Unidos".

"Entonces le dije, "Pat, parece que no tendremos elección, porque otra persona tomará esa decisión". "El me contestó que no".

"Entonces, adivina lo que le pasó hace tres semanas a la hija de Ana".

"No sé. Nada me sorprende ya".

"Mike, ésto es lo que pasó", dijo Rourke, bajando la voz a un susurro conspiratorio. "La hija estaba trabajando para la DEA tratando de ayudar a su madre. Ella trató también de trabajar con alguien en Cartagena... en secreto. Entonces Ana fue arrestada en Colombia y la hija creyó que serviría de intermediaria con la DEA. Hace tres semanas la hija iba manejando por una de las calles de Cartagena. Su amiga saltó del auto. Se acercó una motocicleta y le volaron los sesos".

"Ohh", dije sintiendo que me quedaba sin aliento. Rourke reía. Nunca pensé que fuese cruel, pero se reía.

"Después, Ana terminó con una bolsa sobre la cabeza embarcada a los EE.UU."

"Todo ésto es increíble", dije recordando los gritos de Candy cuando arresté a su madre; recordando a Ana cuando me consoló aquella noche en que supo que mi hija se dedicaba a las drogas. "Esto es demasiado hasta para Hollywood. ¿Quién creería todo ésto?"

Sentí cómo mi voz se quebraba y me pregunté si Rourke se había dado cuenta.

"Mike, ¿voy a salir en el próximo libro?"

"Con seguridad", dije. "Mientras tanto, ¿qué está haciendo Sonia?"

Hubo un largo silencio. "Sonia", dijo Rourke lentamente, con su voz apenas un susurro, "está sujeta a tres Títulos 3".

"¿Quieres decir que está vendiendo droga de nuevo?"

"Está haciendo todo lo que puede".

"Dios mío" dije, pensando de nuevo en Ana esposada y con una bolsa sobre la cabeza.

"No sé qué mierda voy a hacer con todo eso", dijo Rourke. "Hasta está vendiendo tarjetas de Inmigración".

"Carajo", dije, pero en realidad no estaba sorprendido. Le habíamos dado licencia para robar y la estaba utilizando lo mejor que podía.

Rourke me describió el arresto de Sonia en San Antonio.

"Estaba en el auto con Wálter, ¿tú sabes, no? Wálter, el Cristiano".

"Sí".

"Los dos estaban en el asiento trasero de un automóvil. El tipo se bajó del auto y le vendió droga a un agente de la DEA".

"¿Pachi?"

"Sí. Wálter, cojudo sin sesos, Pachi Atalá".

"Dios mío", dije de nuevo. Recién me enteraba del hecho.

"Los arrestaron a todos", continuó Rourke. "Tratamos de no darle mucha importancia al arresto. No se puede intervenir en un operativo y decirles a los participantes que se olviden de todo. Pero parece que el nombre de ella apareció en unos cuantos cables".

Quedamos en silencio por un largo rato.

"Entonces, ¿cuál es el siguiente paso, Jack?"

"¿Cuál es el siguiente paso? No lo sé. Estoy contento de saber que sigues trabajando. Pensé que habías saltado por la puerta trasera".

"Faltan siete semanas para que me jubile, Jack".

"Siete semanas... bueno, te traeremos de vuelta".

Por un momento se me fue el alma a los pies, pensando en que no podría retirarme hasta que el caso de Ana terminase. Pero Sullivan no desearía de manera alguna que testificase.

"¿Hablas en serio?" pregunté.

"Claro".

"¿Quieres decir que te están haciendo retomar la Operación Huno?"

"Creo que éso es lo que va a suceder. Sullivan está enloquecido por la prensa. Y lo están tomando como una seria indicación de lo que estamos haciendo en Sudamérica. Tú sabes, acusar y no poder encausar es lo que menos quieren que ocurra".

"Esto es increíble".

"Lo que queremos es que Ana se declare culpable de algo... cualquier cosa. Sólo para sacarla del camino".

"Increíble", repetí.

"Ana Tamayo, te acuerdas de su aspecto".

"Sí".

"Hombre, se ve mejor que hace 10 años. Casi no lo creo. Se hizo arreglar el pelo y todo eso".

"La convertimos en una celebridad internacional", dije. "¿Por qué no?"

"Anda con cara de inocencia".

"Pobre su hija", dije. "Recuerdo cuando la arresté a Ana, puso su cabeza en mi hombro y me dijo..".

"¿Cómo se llamaba la canción, Mike?"

Me sorprendió que Rourke lo recordara. En el momento en que arresté a Ana, en la radio tocaban una canción en español sobre un tipo que le escribía a su madre desde la cárcel. Había olvidado que se lo conté a Rourke.

"Creo que decía *"Desde la cárcel te escribo, querida madre"* o algo por el estilo".

Rourke reía. "¿Era en español?"

"Sí, creo que sí".

"Recuerdo que le dijiste, "Lo siento, pero no lo planeé así ", dijo Rourke riendo aún.

Lo había dicho, pero no me refería a la canción.

"¿Sabes lo que me dijo cuando la arresté?" le pregunté. "Dijo, "Podían haber atrapado a Pacho Cuervas; podían haber atrapado a todos esos peces gordos y me arrestaron a mí, Miguel. La gran DEA. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?" y lloraba. A decir verdad tuve ganas de llorar con ella".

Rourke dejó de reír. No era un tema que le gustara tratar.

"Entonces qué es lo que debo hacer", pregunté, "¿esperar a que se pongan en contacto conmigo?"

"No, supongo que sólo... ahora sé dónde encontrarte. Pensé que tal vez estabas de gira por el mundo presentando tu libro, compadre. Ni siquiera tuviste la cortesía de mandarme un ejemplar".

"¿Cómo, qué cortesía? Ni siquiera sabía dónde encontrarte".

"Sí, sí".

"¿Y Sonia? ¿Es testigo clave de esto?"

"Claro que es un testigo clave. Pero adivina qué, recuerdo que nos dijo que la única persona contra la que no testificaría en toda la conspiración, era Ana".

No nos quedaba más de qué hablar. Sin embargo Rourke no quería cortar. Habló por un rato sobre todas las porquerías contra las que los agentes de la DEA tienen que batallar en el cumplimiento de su deber. Y luego me sorprendió.

"Se está poniendo cada vez peor. Tienes que divulgar este fraude de mierda, Michael. Tienes que revelarlo".

"Haré lo mejor posible, Jack. Es demasiado; nadie más lo creería. Es un fraude tan grande que no sé por dónde empezar".

Ana Tamayo no fue a juicio, sus abogados hicieron un arreglo con los fiscales. Se declaró culpable y fue sentenciada a cinco años de cárcel; lo que en realidad significaba que cumpliría sólo dos años y medio en prisión. Cuando lo supe, de nuevo supuse que la Operación Huno y Sonia Atalá seguirían siendo los secretos más resguardados de la guerra antidroga. Pero lo mejor, o tal vez lo peor, quedaba aún por suceder.

## XXXVIII

# FINAL FRAUDULENTO

Chimoré, el cuartel de la DEA en la región del Chapare en Bolivia, es para la gente que vive en la zona como una pústula en una piel de alabastro. La región es una de las más bellas de la tierra. Desde el campamento cercado con alambre de púas con sus barracones, puestos de centinelas, plataformas para helicópteros y defensivos de sacos de arena, se pueden ver cientos de kilómetros cuadrados de bosque húmedo y las negras cumbres de la Cordillera que aparecen entre las nubes. El Chapare está formado por 2,5 millones de hectáreas donde se cultivan grandes cantidades de la más potente hoja de coca.

Dentro del campamento el personal, la policía boliviana antinarcóticos llamada "Los Leopardos", agentes de la DEA, agentes de la Aduana de los EE.UU. y personal militar del ejército de los EE.UU., ostensiblemente dedicados a la erradicación total de la coca en Bolivia, se mueven de un lugar a otro en uniforme de combate. La seguridad es estricta, ya que el campamento está rodeado por el enemigo, aquellos que necesitan la hoja de coca para subsistir, es decir, alrededor del 70 a 80 por ciento de la población de Bolivia.

En un día típico, llegaba información de supuestas fuentes confidenciales de la DEA, sobre la existencia masiva de laboratorios de cocaína en la selva. Los agentes y la policía boliviana salían apresuradamente en los helicópteros, pero cuando llegaban al lugar de los hechos sólo quedaban latas vacías de cerveza y bolsas vacías de comida. Cuando se trataba de quitar la comida de la boca de su propio pueblo, no se podía contar con la lealtad de la mayoría de los policías bolivianos. Y los militares eran francamente corruptos.

Desde el punto de vista boliviano toda la guerra antidroga era un espectáculo desorganizado, a veces cómico, organizado para la prensa y políticos de los EE.UU. de visita a Bolivia, con el propósito de mantener el flujo de ayuda económica. También existían rumores inquietantes en sentido de que uno de los mayores laboratorios de procesamiento de cocaína, el de Huanchaca, era manejado por la CIA para financiar operaciones encubiertas en Sudamérica; tales como la de los Contras. Algunos testigos aseguraban haber visto a Oliver North, héroe americano, en el laboratorio de Huanchaca.

El objetivo del operativo de la mañana del domingo 10 de diciembre de 1989, era demasiado importante para que se filtrara información. El mundo estaría expectante y un error podría tener efectos desastrosos para las imágenes de los políticos bolivianos y americanos. Por esta razón, ninguno de los participantes del operativo sabía la identidad o lugar en que se encontraba el objetivo, ni la naturaleza de la misión, hasta que los helicópteros estuvieron en el aire.

Al amanecer, cuatro helicópteros del ejército de los Estados Unidos, con bandera boliviana, piloteados por soldados americanos y transportando tropas bolivianas y agentes de la DEA, se elevaron suavemente del suelo. A unos pocos kilómetros del pueblucho de Sinahota, donde el enemigo, campesinos pobres que necesitaban alimentar a sus familias, continuaba la cosecha de coca, un viejo levantó la vista hacia los helicópteros. Levantó la mano derecha, cerró el puño y extendió el dedo del medio. Un hombre del pueblo le había dicho que era un insulto para los gringos; que el dedo representaba un pene erecto. El viejo no entendió porque un pene erecto podía ser considerado como insulto, no tenía sentido. Pero sobre estos gringos y su loca guerra antidroga había tanto que no tenía sentido, que supuso que la información era cierta.

Los helicópteros se formaron en línea recta y pasaron sobre el viejo, tomando altitud en dirección a Santa Cruz de la Sierra. El viejo mantuvo el dedo en alto hasta que se perdieron de vista. Había jurado que levantaría el dedo cada vez que viese helicópteros sobrevolar las tierras sagradas de su pueblo.

A bordo de uno de los helicópteros se reveló el objetivo de la misión de esa mañana. Un americano aplaudió. "Cállate, carajo", le dijo su nervioso supervisor. Un "Leopardo" fuertemente armado, miró con curiosidad al gringo. Otro de los "Leopardos" cerró los ojos y apoyó su cabeza en el fuselaje.

"¿Todos llevan puestos sus chalecos anti-balas?" dijo el supervisor. "Alguien que hable español pregunte a los bolivianos si los tienen. Creo que este va a ser un operativo difícil".

El objetivo del operativo no era otro que el Ministro de la Cocaína, Luis Arce Gómez.

Vale la pena examinar las maniobras detrás del telón, que convencieron a los políticos bolivianos para que entregaran a Arce Gómez a los americanos.

Mientras Pat Sullivan regateaba con el abogado defensor de Ana Tamayo sobre una declaración de culpabilidad, arreciaba la guerra antidroga en Colombia. El Presidente Barco trató de presionar al Cartel de Medellín, destruyendo algunos de sus laboratorios de procesamiento de cocaína y extraditando a otros narcotraficantes de poca significancia.

Barco dejó que otros narcotraficantes, tales como el no violento Cartel de Cali, expandieran sus operaciones. Después de todo, como él y los políticos de los EE.UU. lo sabían detrás del telón, la economía colombiana era demasiado dependiente de la droga como para hacer una guerra frontal contra la coca. Además, el dinero de la droga era el único que pagaba las enormes deudas que países como Colombia, Bolivia y Perú tenían con los nerviosos banqueros de los EE.UU..

A pesar de la duplicidad y la hipocresía, la nueva ofensiva en Colombia resultó un regalo de Dios para los políticos americanos y colombianos. La prensa se ocupaba de escribir historias de los políticos, revelando atentados con explosivos, tiroteos, amenazas, secuestros y extradiciones. Los hechos en Colombia también sirvieron como cortina de humo para los altos personeros del gobierno de los EE.UU. implicados en tráfico de drogas, durante las investigaciones del caso Iran Contras. Una vez más los americanos fueron informados de que estaban ganando la guerra antidroga y el Presidente Bush recibió \$9 mil millones del Congreso destinados a la guerra antidroga para el año de 1989. (En 1990 recibió \$11 mil millones). La mayor parte de ese dinero fue destinado a la recientemente militarizada guerra antidroga.

Para los políticos norteamericanos que apoyaron la militarización de la guerra antidroga, resultaba que en tanto hubieran titulares en la prensa sobre acciones de armas, seguirían ganando las elecciones. Para los burócratas de la guerra antidroga, habría mayor financiamiento e imperios

más grandes. Para los políticos colombianos, habría más dinero proveniente de los contribuyentes y drogadictos americanos, cuya creciente demanda estaba ahora a cargo del floreciente Cartel de Cali y otros. Colombia recibía los comentarios más favorables de la prensa mundial como nunca antes lo había recibido. Pero para los "ternos", responsables de la guerra antidroga en Bolivia, la guerra se estaba convirtiendo en un problema.

En diciembre de 1989, Bolivia estaba atrasada en la lucha por los titulares de prensa. Colombia había extraditado a 11 "barones de la droga", y Bolivia ni uno solo. Además, Bolivia aún no llegaba a los 12.000 acres de coca que había prometido destruir para 1987. Esto no se podía lograr sin matar de hambre a la mitad de la población. La administración Bush presionó a los "ternos" del Departamento de Estado que estaban a cargo de las cosas en Bolivia; a su vez ellos presionaron a los políticos bolivianos. Si los bolivianos querían su turno en los bolsillos del contribuyente americano, más les valía adecuarse al programa.

Al gobierno boliviano se le ocurrió una idea. Arce Gómez había sido un problema por muchos años. El Ministro de la Cocaína había estado oculto durante seis años, buscado en Bolivia por su responsabilidad en el asesinato y tortura de miles de personas. Se había determinado una fecha del juicio y se lo acusó de violaciones a los derechos humanos. Fue notificado, se conocía perfectamente el lugar donde vivía en la hacienda de su madre cerca de Santa Cruz, pero simplemente no se presentó a juicio. El gobierno no quiso arriesgarse a un largo juicio, porque aunque tenía muchos enemigos ganados por los asesinatos y tortura cometidos, Arce Gómez también tenía muchos amigos que se oponían a la guerra antidroga de los gringos y lo veían como a un símbolo del desafío a aquellos. Su enjuiciamiento podría causar grandes problemas en Bolivia.

Entonces ¿por qué no entregar a Arce Gómez a los gringos que estaban 5.000 millas al norte y que repentinamente habían decidido agarrarlo? Los americanos tendrían sus titulares y Bolivia seguiría recibiendo ayuda económica, tal vez hasta un aumento y se liberaría de un problema al mismo tiempo.

"Pero no podemos hacerlo", debe haber señalado algún alto personero del gobierno boliviano, en la reunión secreta convocada para determinar la forma de asegurar que la ayuda americana continuara llegando. "Es ciudadano boliviano. No tenemos tratados de extradición. De hecho, nuestra ley prohíbe expresamente el que ciudadanos bolivianos sean llevados a juicio en otros países".

Esto no era totalmente cierto. El único tratado de extradición entre los Estados Unidos y Bolivia era de naturaleza especial. Fue firmado en 1904, bajo mucha presión de los EE.UU., con el expreso propósito de capturar y devolver a los famosos ladrones norteamericanos de bancos Butch Cassidy

y Sundance Kid, quienes estaban supuestamente ocultos en Bolivia. Pero éstos nunca fueron capturados y de todas maneras no eran bolivianos.

Un antiguo ventilador crujió mientras los hombres sentados a la mesa estaban absortos en sus pensamientos. Finalmente, un asistente del ministro, que estaba a punto de ganarse un puesto en la historia de Bolivia, dijo, "Tengo una idea. Como no se presentó al juicio por violación de derechos humanos, quitémosle la ciudadanía". Se produjo un momento de silencio; luego, uno por uno, los hombres sentados alrededor de la mesa comenzaron a sonreír.

Arce Gómez sería el sacrificio perfecto. A los gringos no les importaba que estuviera viejo, sin un centavo, fuera del narcotráfico hacía ya mucho tiempo y que no fuera ya una amenaza más que para sí mismo: de todos modos saldría en enormes titulares. Sería el símbolo perfecto para demostrar al mundo que la actitud de Bolivia respecto a la guerra antidroga era tan seria como la de Colombia. Valdría por lo menos unos \$50 millones en ayuda de los EE.UU..

Y fue así que ese domingo por la mañana en 1989, la policía boliviana acompañada por asesores de la DEA "encontró" a Arce Gómez en la hacienda de su madre, finalizando así la "búsqueda" de seis años de duración, de un hombre a quien los agentes de la DEA en Bolivia habían reportado ver de compras en el centro de Santa Cruz durante los últimos seis años. Lo que quedaba del que fuera Ministro de la Cocaína, el único boliviano extraditado en la historia de ese país, fue puesto en un avión de la DEA y transportado a Miami, donde lo procesaría nada menos que Pat Sullivan.

"Nunca abandonamos su búsqueda", declaró James Shedd, portavoz oficial de la DEA.

"Llevar a Luis Arce Gómez a juicio es un golpe importante contra el peligro que representan para los Estados Unidos los narcotraficantes", señaló Diane Cossin, asistente del Fiscal de los EE.UU. en Miami. Declaraciones semejantes fueron formuladas por todos los políticos que habían ganado votos por su apoyo a la guerra antidroga y por todos los "ternos" cuyo trabajo dependía de que siguiese existiendo. Al poco tiempo, Bolivia recibió un aumento de la ayuda de los EE.UU..

Dos semanas más tarde, el ejército de los Estados Unidos invadió Panamá para arrestar a un narcotraficante de nivel mediano llamado Manuel Noriega. Lee Atwater, jefe del Partido Republicano, describió la invasión que dejó como saldo 23 soldados americanos y alrededor de 2.000 inocentes panameños muertos, como una "lotería política". Arce Gómez y Bolivia desaparecieron de los titulares.

Tres meses más tarde, después de ocho precarios años de vida, la Operación Huno fue discretamente enterrada. En un juicio virtualmente

ignorado por la prensa, Sonia Atalá, uno de los mejor pagados y protegidos testigos profesionales del Programa de Protección de Testigos, y veterana del sistema judicial de los EE.UU. (lo conocía desde todos los ángulos), fue sacada de la clandestinidad para ser la principal acusadora de Arce Gómez. El Ministro de la Cocaína, por supuesto, fue sentenciado a 30 años de prisión por todos los cargos en su contra; lo cual no estuvo mal si se considera que era un hombre diabólico responsable por todos los daños que hizo a su pueblo. Pero si se tiene en cuenta que Arce Gómez no hubiera tenido clientes si no fuera por Sonia y que el golpe que lo llevó al poder no hubiera ocurrido sin el apoyo encubierto de los EE.UU., es difícil considerar su extradición y sentencia como una victoria en la guerra antidroga.

Y eso no es todo.

Lo interesante es que la peor ironía de mi carrera de 25 años en busca de la mayor fuente de droga, fuera revelada durante el juicio a Arce Gómez, un mes después de mi retiro. Bajo interrogatorio del abogado defensor Stephen Finta, Sonia admitió que, con pleno conocimiento, cooperación y ayuda del gobierno de los EE.UU., todos sus bienes y propiedades en Bolivia le fueron devueltos: sus tres casas; *Perseverancia*, el rancho con sus enormes pastizales, rebaños de ganado, plantación de algodón, avionetas, pistas de aterrizaje y familias campesinas; los departamentos y oficinas en Brasil. También se reveló que Sonia retornaría pronto a Bolivia, país que seguía siendo la principal fuente de cocaína del mundo, nuevamente libre para su reinado supremo como la Reina con Corona de Nieve.

# EPÍLOGO

Y éste es el resto de la historia.

A Papo Mejía le restan unos 22 años de cárcel, de donde ha hecho saber que soy el número uno en su lista. Está convencido de que tengo mayor responsabilidad que Sonia por su actual residencia, quizás la agencia se puso en contacto con él. Durante un viaje reciente que hice a Miami para investigar ciertos aspectos de este libro, me reuní con los dos abogados de Mejía, quienes señalaron que tenían esperanzas de sacarlo de la cárcel en ocho años.

"Entonces qué puedo hacer", les dije, "¿esconderme en la clandestinidad?"

"No", dijo uno de ellos. "Creo que hay otros antes de usted en la lista".

Las sentencias de los cuatro lacayos de Mejía fueron las siguientes.

*Eduardo Pineda: 10 años de cárcel y libertad especial bajo palabra de por vida.*

*Mario Espinosa: 8 años de cárcel y libertad especial bajo palabra por 25 años.*

*José Libardo: 5 años de cárcel y libertad especial bajo palabra por 15 años.*

*Michael O'Connor: 5 años de cárcel y libertad especial bajo palabra por 10 años.*

Victor Marini y Donald Wilson Camp, los lacayos de Hernando Velasco, el barón de la droga de Hollywood, se declararon culpables. Marini fue sentenciado a 4 años de cárcel y 10 años de libertad especial bajo palabra; Camp a 2 años de cárcel. Velasco, quien fuera descrito por Ana Tamayo y otros como uno de los mayores narcotraficantes de California, no fue arrestado, acusado o investigado, no obstante las numerosas conversaciones telefónicas grabadas e inculpativas que mantuvo conmigo y Sonia, y que fueron grabadas, y los arrestos y declaraciones de Marini y Camp.

Roberto Torrez nunca logró poseer a Sonia, pero no le fue mal en lo demás. No fue encarcelado y recibió bastante cocaína del gobierno de los EE.UU., para su uso personal. El hombre había admitido haber sido parte de la Conexión Francesa en los años 60; estuvo en posesión, analizó y conspiró para distribuir una gran cantidad de cocaína; admitió haber cometido múltiples asesinatos y estuvo en posesión de armas automáticas. Todas estas confesiones estaban registradas en cintas de audio y video, sin

embargo nunca fue encausado o siquiera investigado. Su guardaespaldas Carlos, que también admitió en las cintas haber cometido múltiples homicidios y venta de drogas en gran escala nunca fue acusado, arrestado, o siquiera identificado.

Pacho Cuervas, presumiblemente uno de los mayores narcotraficantes colombianos, sobre quien poseíamos evidencia de narcotráfico a nivel mundial, no fue acusado, investigado, ni completamente identificado. Por varios años, su nombre se mantuvo ausente del sistema de computadoras de la DEA. El y su organización continuaron sus negocios sin obstáculos y posiblemente continúan operando.

El Alemán, identificado como el principal cliente de Papo Mejía y descrito como "intocable" debido a sus conexiones políticas, además de fuente de cocaína para políticos, jueces y celebridades, nunca fue investigado o identificado.

Mónica García no fue acusada por los numerosos actos incriminatorios que cometió ante y fuera de las cámaras durante la Operación Huno; tampoco la DEA realizó esfuerzo alguno para investigarla o identificar su organización, la cual posiblemente sigue funcionando.

Nicole Levine: gracias a Frank Gullich, maravilloso agente de la DEA y obstinado polaco (su voto logró mi transferencia a Nueva York), fui trasladado a Nueva York, donde fui testigo de cómo mi hija ganó su guerra personal contra la droga. El que no haya usado drogas durante seis años, me enorgullece más que cualquier victoria en mi carrera.

La clave para ganar la lucha contra la droga, en el caso de Nicole, fue ignorar todo lo que el gobierno venía diciendo durante las últimas dos décadas sobre la causa de nuestra problemática de drogas, que nuestros jóvenes son víctimas de una epidemia de drogas causada por la "disponibilidad de droga" y diabólicos extranjeros; que debemos confiar en el gobierno para poner atajo a la droga o, de otro modo, convertimos en víctimas de diabólicos vendedores de drogas. Toda la farsa de la guerra antidroga está basada en esa mentira, una mentira que mantiene esclavizada a más gente a las drogas que la que esclavizan todos los traficantes que han existido.

Decirle a una persona adicta que es una víctima, le da licencia para continuar con la adicción. Esto se llama *permitir*. Nuestros líderes han sido culpables de permitir durante más de 20 años y el resultado ha sido la pérdida de miles de vidas. La vida de mi hermano. La vida de mi hijo. Me encantaría ver a los responsables en la cárcel y gustosamente pasaría el resto de mi vida tratando de encarcelarlos. Pero sin el apoyo del pueblo Americano, esto no sucederá jamás.

Por lo menos, mi descubrimiento del fraude ayudó a salvar a mi hija. Desde el momento en que Nicole comprendió que no era la víctima de un

polvo inerte, ni de los vendedores de droga (quienes nunca dan a los usuarios muestras "gratis"), ni de una epidemia misteriosa; desde el momento en que se dio cuenta de que estaba en sus manos el experimentar con las drogas y que su familia no toleraría su comportamiento, estábamos con rumbo a la victoria.

Mi motocicleta: poco antes de salir por última vez del cuartel general, Kevin Gallagher me llamó a su oficina. Se veía avergonzado, lo cual era raro en él.

"Yo supongo que debo darte una reprimenda", dijo, mirando a un papel que tenía sobre el escritorio. "Algo respecto a tu motocicleta".

"¿Por qué?"

"Por tu motocicleta".

"¿Mi motocicleta? ¿Qué fue lo que hizo?"

"¿Qué fue lo que hizo?" Kevin me golpeó el hombro con el papel. "Si tú no sabes lo que hizo, yo menos. No hagas preguntas estúpidas. Sal de aquí antes de que alguien me haga cambiar de opinión".

La guerra antidroga bajo el mandato del Presidente Clinton es aún mayor y ha cobrado más fuerza que antes. Parece que todos los departamentos del gobierno federal toman parte de ésta, DEA, FBI, CIA, NSA, IRS, DIA, ATF, el Departamento de Estado, el Pentágono, Aduanas, el Servicio de Guardacostas, el Ejército, la Fuerza Naval, la Fuerza Aérea, la Infantería de Marina; y cada uno lucha por obtener mayor campo de acción y una porción mayor del presupuesto para la guerra antidroga. Cuando comencé como agente en 1965, existían dos agencias federales dedicadas al cumplimiento de las leyes sobre drogas y el presupuesto era menor a los \$10 millones. Hoy en día existen 54 agencias involucradas y el presupuesto es de \$13 mil millones. Dirigiendo todo este desastre está un "Zar" de la Guerra Anti Droga que generalmente es nombrado por influencias políticas, sin necesitar calificación específica para el trabajo. El más reciente es Lee Brown, ex comisionado de policía de la ciudad de Nueva York, ciudad asolada por la droga.

Tal vez el mayor problema que encara el "Zar" es que algunas de las agencias que supuestamente deben luchar contra las drogas, tienen una actitud esquizofrénica en cuanto a la lealtad. Durante décadas, la CIA, el Pentágono y organizaciones secretas como la de Oliver North, han estado apoyando y protegiendo a los mayores narcotraficantes del mundo. Esos bravos luchadores por la libertad en Afganistán, los Mujahedin, son los proveedores de gran parte de la heroína que se usa en los Estados Unidos. La DEA ha comprobado que los Contras y algunos de sus aliados en Centroamérica tal como Honduras, proporcionan por lo menos un 50 por ciento de la cocaína consumida en los Estados Unidos. En los años 80 fueron el principal conducto para la cocaína colombiana que entraba a los

EE.UU.. El resto de la provisión de drogas para el hábito americano venía de otros grupos apoyados por la CIA, tales como DFS (el equivalente Mejicano de la CIA), el Ejército Unido Shan del Triángulo de Oro del Sudeste Asiático, o de otros grupos y/o individuos como Manuel Noriega. El apoyo a esta gente ha sido visto secretamente como de mayor prioridad que el limpiar las calles de drogas.

El otro gran problema que el Zar debe encarar es el de los millones de personas en países pobres tales como Bolivia, Perú, Colombia, Afganistán, Turquía, Taiwan, Ghana, Nigeria, Iran, India, Paquistán, Méjico, y el Sudeste Asiático, que dependen para su subsistencia del dinero que los norteamericanos gastan en drogas (estimado en alrededor de \$200 mil millones de dólares al año). Los líderes de estos países afirman estar de nuestro lado en la guerra antidroga, pero es difícil luchar contra aquello que alimenta a los hijos.

Es así que con la ayuda de burócratas y políticos norteamericanos, hacen un show para demostrar a los contribuyentes norteamericanos lo comprometidos que están con nuestra guerra antidroga. Y en agradecimiento, les pagamos miles de millones de dólares en ayuda y cientos de millones en "fondos para la guerra antidroga". Sin embargo, increíblemente, después de casi tres décadas de cooperación internacional y a pesar de las estadísticas que citan los políticos, afirmando una y otra vez que "estamos ganando la guerra antidroga", las drogas siguen entrando a nuestras fronteras en cantidades crecientes.

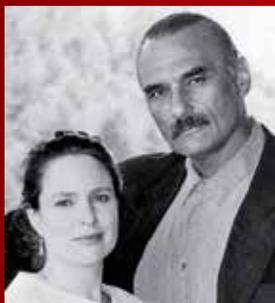
¡Pero atención! Se ve una esperanza en el horizonte y ésta proviene del mismo pueblo norteamericano. En mis viajes por el país, dando conferencias a adultos, adolescentes y niños, he percibido un gran despertar. La gente está comenzando a hastiarse de los miles de millones de dólares que se tiran por la ventana en la guerra antidroga militarizada ; de casos como la invasión de Panamá, que ha dado como resultado un mayor narcotráfico en aquel país; de tratos secretos efectuados en nombre de la "seguridad nacional", que en realidad nos quitan la seguridad del hogar; y de la falta de preocupación que muestran los gobernantes elegidos y sus subalternos en cuanto al bienestar del pueblo norteamericano. Como lo dijera el sabio personaje de tira cómica Pogo, "Nos encontramos con el enemigo, y el enemigo somos nosotros". La gente está en busca de la verdad sobre la guerra antidroga y cuando la descubra, será el fin del Imperio Secreto.

¡Defiéndete, pueblo americano! ¡Defiéndete!

---

Este libro se termino de imprimir  
El mes de julio de 2001 en:  
**Talleres Gráficos "KIPUS"**  
Ladislao Cabrera No. E -0316  
Telf. 258526 – 237448  
Fax. (591) (04) 258526  
Cochabamba - Bolivia

---



## MICHAEL LEVINE

### “Mi seguro de vida consiste en denunciar”

Michael Levine, ex-agente de la DEA, tras 25 años de trabajo como agente encubierto.

Junto a su esposa, Laura Kavanau-Levine, Michael denuncia en su libro “LA GUERRA FALSA” que la guerra de las drogas “es el más grande, más claro y más mortífero fraude jamás perpetrado antes por el Gobierno de los Estados Unidos.

Un hombre del Norte relata la oscura trama de rivalidades y mezquindades de dos organismos norteamericanos que dicen combatir el tráfico de drogas: la DEA y la CIA.

Resumiendo su libro Levine expresa: “La diferencia con la CIA es que la DEA se dedica a tumbar traficantes; la CIA en cambio, es una organización de espías, que trabaja inteligencia y, por ello, puede justificar cualquier cosa: derrocar gobiernos, matar, sobornar o traficar con droga. Mi experiencia me indicó que, a cierto nivel, la diferencia desaparece: cuando los traficantes ocupan cargos o tienen poder político, la inteligencia justifica la droga”.